BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 71

M. ANNEO LUCANO

FARSALIA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ANTONIO HOLGADO REDONDO



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección latina: SEBASTIÁN MARINER BIGORRA.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de esta obra ha sido revisada por VÍCTOR-JOSÉ HERRERO.

Depósito Legal: M. 18777-1984.

ISBN 84-249-0938-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1984.—5735.

INTRODUCCIÓN

1. *Vida de Lucano*

La vida de Marco Anneo Lucano tuvo las mismas características de un fuego fatuo: brevedad y fulgor. Aparte de las biografías de época humanística (las de Pomponio Leto, Sulpicio Verulano, Filipo Beroaldo, etc.), tres son las *Vitae Lucani* antiguas y autorizadas: la de Suetonio, mutilada y tal vez abreviada, la atribuida a Vacca y la que, sin atribución a autor alguno ni en la Antigüedad ni en los tiempos modernos, aparece en el cod. *Vossianus Latinus*, fol 63; las llamaremos, respectivamente, *Vida* I, II y III[1]. Las *Vidas* I y III (ésta procede claramente de aquélla) son, en general, hostiles al poeta, mientras que la II le es favorable, tal vez porque Vacca fuera, como piensa Rostagni, de origen español y estuviese ligado de alguna forma a la familia de los Anneos[2]. Asimismo, nos ofrecen noticias sobre Lucano los poetas de la generación siguiente Marcial[3] y Estacio[4] y, sobre su muerte, el historiador

[1] La edición crítica de estas *Vitae*, con buena bibliografía, puede verse en el denso y enjundioso librito de C. BRAIDOTTI, *Le vite antiche di M. Anneo Lucano*, Bolonia, 1972; también se alude en él a las *Vitae* de época humanística.

[2] A. ROSTAGNI, *Storia della letteratura latina*, vol II, 3.ª ed., Turín, 1964, pág. 531. Otros piensan que Vacca es de los siglos III o IV, e incluso del VI.

[3] MARCIAL, VII 21-23.

[4] ESTACIO, *Silvas* II 7 (*Genethliacon Lucani ad Pollam*): «¡oh tierra en extremo feliz y venturosa!».

Tácito[5]. Con los datos de estas fuentes enhebraremos una síntesis biográfica del poeta.

Nació Lucano el día 3 de noviembre del año 39 d. C. en Córdoba (su lugar de nacimiento impulsó a Estacio a cantar a la Bética como «felix heu nimis et beata tellus»[6]), en el seno de una familia de brillante trayectoria política y cultural. Su abuelo paterno fue el famoso Séneca el Rétor; sus tíos paternos, Séneca el Filósofo y Lucio Anneo Novato, llamado, tras su adopción por el rétor Junio Galión, Lucio Junio Anneo Galión[7], al que su hermano el Filósofo dedicó sus tratados *De ira* y *De uita beata*. El padre del poeta fue Marco Anneo Mela, el tercero y más joven de los hermanos, «caballero romano, ilustre entre los suyos..., relevante ciudadano que brilló con todo tipo de méritos y se distinguió por su inclinación a la vida tranquila; seguidor de ese tipo de vida, mientras más se apartaba de la multitud, menos conseguía permanecer en el anonimato» (*Vida* II)[8]. Su madre, Acilia, igualmente de Córdoba, pertenecía a otra familia ilustre, la de los Acilios[9]; era hija de Acilio Lucano, orador de talento, *uir clarissimus* y bien relacionado con los altos funcionarios romanos de la Bética (*Vida* II); de él tomó nuestro poeta su *cognomen*. Creció, pues, Lucano en un ambiente familiar óptimo para el desarrollo de sus potencialidades artísticas.

[5] TÁCITO, *Anales* XV 49, 3; 56, 4; 58, 1; 70, 1.

[6] ESTACIO, *Genethliacon...*, 24.

[7] Es el Junio Galión ante el cual, siendo procónsul de Acaya, compareció S. Pablo (*Hechos de los Apóst.* 18, 12-18).

[8] TÁC., *Anales* XVI 17, lo trata peor: tras aludir a su condición de *eques romanus dignitate senatoria*, dice que se abstuvo de aspirar a cargos públicos por una ambición al revés, intentando igualar en poder a los cónsules desde su condición de simple caballero; y que se hizo administrador de los bienes del Príncipe (*procurator*) por considerarlo el camino más corto para ganar dinero.

[9] En las inscripciones de la Bética está bien representado el nombre de *Acilius*; véase C. CASTILLO, *Prosopographia Baetica*, I, Pamplona, 1965, págs. 2-6.

A los ocho meses de su nacimiento fue llevado a Roma, donde debió vivir sus dos primeros años en estrecho contacto familiar con su tío Séneca, ya que éste, desterrado a Córcega en el año 41, escribe a su madre Helvia aconsejándole que busque lenitivo a su dolor en el cariño de sus nietos, y se refiere a Lucano con estas palabras ternísimas: «Vuelve los ojos a tus nietos, a Marco, niño cariñoso en extremo, ante cuya presencia ninguna tristeza puede ser duradera; no hay aflicción tan grave ni tan reciente en cualquier pecho, que él no pueda dulcificar con sus abrazos. ¿Qué lágrimas no secará su alegría? ¿Qué corazón atenazado por la angustia no se relajaría con sus gracias vivaces? ¿A quién no invitará al buen humor su espíritu juguetón? ¿A quién, abrumado por preocupaciones, no seducirá y distraerá su parloteo, que uno no se cansa de escuchar?[10].

Se educó con los maestros más eminentes («a praeceptoribus tunc eminentissimis est eruditus», *Vida* II), entre ellos el noble filósofo estoico Anneo Cornuto, en cuya escuela tuvo por condiscípulo a Persio, al que admiraba como poeta[11]. Pero su principal maestro y, a la vez, su modelo de vida fue, sin duda, su tío Séneca, vuelto del destierro en el año 49, cuando el poeta contaba 10 años de edad, y con el que vivió estrechamente unido unos 15 años, hasta la muerte de ambos. Cuando Séneca se hizo cargo de la educación del joven Nerón (dos años mayor que Lucano), debió volcar todo su interés y sabiduría en la formación cultural y moral del Príncipe y, a la vez, de su sobrino. Y hasta es posible

[10] SÉNECA, *Consol. a Helvia* XVIII 4.

[11] Véase la *Vita* de Persio compuesta por el gramático M. Valerio Probo y recogida en múltiples ediciones del satírico, por ejemplo, en la de la Coll. Budé.

que pensara ya, para el futuro, en situar a Lucano, que daba muestras de talento precoz y relevantes prendas, cerca de Nerón como amigo, consejero y hombre de influencia en la orientación política y moral del Emperador, soñando con un bello triunfo del estoicismo y del «anneísmo» [12].

Como era habitual en la época, Lucano marchó a Grecia a completar su formación. Cuando Nerón subió al poder (año 54 d. C.), el talento de Lucano, de sólo 15 años, debía haber llegado ya a sus oídos. Como quiera que sea, sin duda por insinuación de su maestro Séneca, el Emperador hizo venir a Lucano de Atenas y lo incorporó a su «cohors amicorum» (*Vidas* I y II). La estrella de Lucano empieza a fulgurar con luz propia en el «cenáculo» de poetas y artistas de que se había rodeado el Emperador y que nos ha descrito bien Tácito [13]. En esas tertulias poéticas rivalizaron más de una vez, noblemente, Nerón y Lucano [14]. Allí debió de leer nuestro poeta sus primeras composiciones, todavía adolescente, en las que ya revelaba unas dotes nada comunes. Pero su consagración «oficial» como poeta tuvo lugar en el año 60, año en que Nerón instituyó los Juegos «Quinquenales», denominados «Neronianos» (*Neronia*) [15]. Constaban de un triple concurso: ecuestre, gimnástico y musical; bajo el término musical (*musicum*), un tanto vago, hay que sobreentender, además de las actuaciones musicales propiamente dichas, la elocuencia y la poesía [16]. Entre los concursantes se encontraba el propio Emperador, que, naturalmente, fue declarado vencedor por aclamación. Pero los verdaderos vencedores no se fueron de vacío, y Lucano fue coronado en el teatro de Pompeyo por la recitación de sus *Laudes Neronis* (*Vida* II), su primera actuación oficial como poeta («prima ingenii experimenta in Neronis laudibus dedit quinquennali certamine», *Vida* I). En seguida recibe un nuevo premio del Emperador: es nombrado cuestor, antes de la edad legal (que eran los 25 años) y, poco después, augur (*Vidas* I y II). Es el momento cenital del astro de Lucano en la corte de Nerón: con 21 o 22 años pertenece al círculo de los amigos más íntimos del Emperador, es poeta reconocido y consagrado oficialmente, cuestor, augur, en plena efervescencia literaria y con un porvenir esplendoroso.

Pero esta brillante posición le va a durar muy poco. Pronto van a llegar los enfrentamientos entre el Emperador degenerado y el joven y orgulloso poeta, de intachable vida privada, que carecía del espíritu servil propio del cortesano logrero y que nunca compartió con el Emperador otra cosa que las aficiones artísticas. El año 62 muere el otro consejero de Nerón, Burro, «no se sabe si de enfermedad o por envenenamiento» [17], y empieza a declinar la estrella de Séneca, que ese mismo año pide a su discípulo, sin conseguirlo, que le permita retirarse a la vida privada. Las relaciones entre maestro y discípulo están ya irremediablemente deterioradas y Lucano, estrechamente vinculado a su tío, seguirá voluntariamente la suerte de éste.

Un elemento importante que atizará el fuego de la discordia y desembocará en la ruptura entre Nerón y

[12] Así I. Cazzaniga, *Problemi intorno alla Farsaglia*, Milán, 1956, pág. 6 de la Introduzione.

[13] Tácito, *Anales* XIV 16, 1. Por su parte, Suetonio (*Nerón* 52) tenía mucho mejor concepto de las dotes poéticas del Emperador, del que afirma que «componía con gusto y sin esfuerzo» y asegura que sus poemas eran totalmente originales, sin colaboración alguna. Los restos conservados de la obra poética de Nerón pueden verse en H. Bardon, *Les empereurs et les lettres latines d'Auguste à Hadrien*, 2.ª ed., París, 1968, págs. 201-212.

[14] *Qui primo apud imperatorem Neronem maximum potuit, adeo ut de componendis uersibus nonnumquam inter se contenderent* (*Vida* III).

[15] Suet., *Nerón* 12. Tácito, *Anales* XIV 20-21.

[16] Bardon, *Les empereurs...*, pág. 199.

[17] Tácito, *Anales* XIV 51.

Lucano será la envidia de aquél hacia los éxitos y el renombre poético de éste, que ya había compuesto parte de la *Farsalia*. La *Vida* II nos dice que éste fue el motivo de la inquina del Emperador hacia el poeta. También Tácito, que no se distingue precisamente por sus simpatías hacia Lucano, reconoce que Nerón «procuraba acallar su reputación poética y le había prohibido dar a conocer su obra, lleno de vana envidia» [18]. Pero Lucano, haciendo gala de una libertad e independencia que rayaba en lo temerario, a mil leguas del servilismo dominante, pasa a la ofensiva, componiendo poemas contra el Emperador y sus poderosos amigos y llegando al sarcasmo más hiriente: en cierta ocasión, tras un desaire que Nerón le había hecho [19], Lucano, al desahogar ruidosamente su vientre en las letrinas públicas, recitó, en plan de burla, un hemistiquio de un verso del Emperador: «sub terris tonuisse putes», acto de temeridad que puso en fuga, despavoridos, a los que estaban cerca de él (*Vida* I).

La muerte de Lucano irá ligada, como lo estuvo la mayor parte de su vida, a la de su tío Séneca. Ambos morirán acusados de intervenir en la conjuración de Pisón del año 65, acusación, sin duda, de acuerdo con la verdad, aunque es más difícil creer que Lucano se convirtiera «por así decir, en abanderado de la conjuración pisoniana, abundando en públicos elogios de los tiranicidas, lleno de amenazas, hasta el punto de arrojar ya a los pies de sus más allegados la cabeza del César» (*Vida* I). Por mucha que fuera la fogosidad del joven

[18] *Ibid.*, XV 49.

[19] El desaire consistió en que, mientras el poeta recitaba en público con asistencia de Nerón, éste se retiró, con el pretexto de tomar el aire. G. PLINVAL, «Une insolence de Lucain», *Latomus* 15 (1956), 512-520, opina, con endebles argumentos, que la noticia de la *Vida* I hay que entenderla al revés: que fue Lucano el que hizo el desaire a Nerón, mientras éste recitaba ante el senado.

poeta, no es fácil imaginárselo cayendo en tamaña ceguera.

Como tampoco es fácil creer que, en fuerte contraste con su supuesta actitud anterior, denunciara, al verse perdido, a su propia madre Acilia, inocente, «con la esperanza de que su impiedad le fuera de provecho ante un príncipe matricida» (*Vida* I). También Tácito se hace eco de esta noticia, dándola por segura [20], aunque le ofrece la disculpa (?) de que lo hizo «al prometérsele la impunidad». Es un tema espinoso y debatido [21]. Hay quienes piensan que se trata de una calumnia, puesta en circulación por Nerón para desprestigiar al poeta. Y parecen probar la inocencia de Lucano las propias palabras de Tácito de que la madre del poeta «no fue ni absuelta ni condenada; no se hizo mención de ella» [22], siendo así que Nerón no era de los que dejaba en paz a un acusado, fuera o no culpable. Además, es significativa la actitud de Estacio: pinta a Lucano en el Elíseo, escoltado por Pompeyo y Catón y viendo cómo en el Tártaro se halla Nerón, pálido de miedo ante la figura de su madre. Esta alusión al matricidio de Nerón, al cual se le opone expresamente la figura intachable de Lucano en los Campos Elíseos, parece impensable, por inoportuna, si hubiera estado vivo el rumor de la culpabilidad de Lucano para con su madre, calumnia a la que probablemente hubiera aludido Estacio para refutarla. Pero también parece deducirse de Estacio la inocencia de Nerón respecto a propalar esta calumnia, al no referirse a ello para nada.

La muerte de Lucano la describe plásticamente Tácito: «Seguidamente ordena (Nerón) la muerte de Lucano. Éste, mientras fluía su sangre, al darse cuenta de que

[20] TÁCITO, *Anales* XV 56, 4.

[21] Véase el enfoque prudente de S. MARINER, *Lucano. Farsalia*, Madrid, 1978, págs. 13-14. Y también, CAZZANIGA, *Problemi...*, páginas. 36-37.

[22] TÁCITO, *Anales* XV 71.

su pies y sus manos se iban enfriando y de que la vida se escapaba poco a poco de sus extremidades, con el corazón aún caliente y en posesión de sus facultades, recordó un pasaje poético por él compuesto, en el que había descrito el final de un soldado herido, con imágenes evocadoras de una muerte similar; recitó aquellos versos, y tales fueron sus últimas palabras»[23]. Los versos recitados por Lucano son objeto de controversia[24], aunque la opinión más común es que se trata de *Farsalia* III 635-646, donde se describe la muerte de Lícida.

El poeta se abrió las venas el 30 de abril del año 65. Tenía, pues, al morir, 25 años de edad. Poco antes de su muerte se había casado con Pola Argentaria, que mantuvo vivo durante muchos años su recuerdo, celebrando el aniversario de su nacimiento y consiguiendo que dedicaran versos a su memoria poetas como Marcial y Estacio.

2. *Obra de Lucano*

Aparte de la *Farsalia*, la única obra que del poeta nos ha llegado, tenemos noticias, fundamentalmente por la *Vida* II y el *Genethliacon* de Estacio, de 14 producciones de Lucano, de mayor o menor extensión, en verso y en prosa:

1) *Iliacon*, poema épico sobre Troya, que, según Estacio, trataba de la muerte de Héctor y el rescate de su cuerpo por parte de Príamo.

2) *Catachthonion*, poema sobre un descenso a los infiernos («et sedes reserabis inferorum», en frase de Estacio).

[23] *Ibid.*, XV 70.

[24] V.-J. HERRERO, *Lucano. La Farsalia*, vol. I, Barcelona, 1967, pág. XIII.

3) *Laudes Neronis*, poema en elogio del Emperador, que le valió un premio y supuso, como hemos dicho, su consagración pública como poeta[25].

4) *Saturnalia*, probables poemas dedicados a sus amigos en las fiestas Saturnales.

5) *Orpheus*, que, como *Catachthonion*, trataba de un tema de ultratumba, tan del gusto del poeta. Tal vez le movió la osadía juvenil de rivalizar con Virgilio, que había dedicado al tema un bellísimo epilio (episodio de Aristeo en el libro IV de las *Geórgicas*); o quizá pretendió halagar a Nerón, aficionado a la cítara.

6) *Medea*, tragedia inacabada, tal vez imitación de la de su tío.

7) *Siluae*, 10 libros, probablemente poemas ocasionales, de contenido variado, como la obra de igual título de Estacio.

8) *Salticae fabulae*, 14 libros, argumentos o libretos para representaciones de pantomimas.

9) *Epigrammata*. A ellos debe pertenecer el verso licencioso que nos ha conservado Marcial en uno de sus epigramas dedicados a Pola y evocadores de la memoria de Lucano[26].

10) *Adlocutio ad Pollam*, probablemente una exhortación en verso a su esposa con algún motivo determinado. Estacio, a quien debemos la noticia, la imitó tal vez en uno de sus poemas a su esposa[27]. No es imposible que esta *Adlocutio* de Lucano formara parte de sus citadas *Siluae*.

[25] Sobre la opinión de Maciejczyk, que identifica estas *Laudes Neronis* con los dos poemas bucólicos que conservamos y conocemos bajo el nombre de *Carmina Einsidlensia*, y la de Lösch, para quien las *Laudes* serían sólo el primero de dichos poemas, siendo el segundo los *Saturnalia*, también de Lucano, véanse M. SCHANZ, C. HOSIUS, *Geschichte der römischen Literatur*, vol. II, 4.ª ed., Munich, 1967, pág. 491.

[26] MARCIAL, X 64, 6.

[27] ESTACIO, *Silvas* III 5.

11) *De incendio Urbis*, declamación en prosa contra el incendio de Roma por Nerón en el año 64.

12) *Oratio in Octauium Sagittàm et pro eo*, discurso que parece claramente un ejercicio escolar, una *controuersia* de las que tan buenos ejemplos nos ha dejado el abuelo paterno del poeta, Séneca el Rétor. Lucano diserta en contra y a favor de Octavio Sagita, tribuno de la plebe condenado por adulterio y asesinato [28].

13) *Epistolae*, colección de cartas desde Campania, ignoramos si en prosa o en verso.

14) *Carmen*, un poema infamante (*famosum*) contra Nerón y sus poderosos y degenerados amigos, del que nos da noticia la *Vida* I.

3. *La «Farsalia»: algunos problemas y puntos de interés*

La *Farsalia* es la única obra de Lucano que se nos ha conservado. Este largo poema épico sobre la guerra civil entre César y Pompeyo plantea algunos problemas y presenta algunos puntos en los que se ha detenido de forma específica la atención de los estudiosos. Aludiremos brevemente a los principales.

3.1. TÍTULO.—La *Vida* I habla de «ciuile bellum... recitauit»; la *Vida* II, de «belli ciuilis libri». El título *Bellum ciuile* es el de la tradición manuscrita y de los escolios [29]; y es el que siguen prefiriendo, en nominativo, modernamente muchos editores totales o parciales del poema, como Bourgery-Ponchont, Cazzaniga, Duff, Grisset y Wuilleumier-Le Bonniec. Otros se inclinan por

[28] TÁCITO, *Anales* XIII 44.

[29] Sobre este problema del título, véanse las Introducciones a las ediciones citadas de HERRERO (págs. XV-XVI) y MARINER (págs. 17-18), así como la de A. BOURGERY en la Coll. Budé, vol. I, 3.ª ed., París, 1958, pág. VIII; también CAZZANIGA, *Problemi...*, págs. 39-41.

la variante *De bello ciuili*; entre ellos, Getty, Hosius, Lejay y Postgate-Dilke. Y otros recogen el título de la *Vida* II: *Belli ciuilis libri*; así, Badali, Gagliardi y Housman. Pero todos coinciden en denominar al poema *Guerra civil*. También se inclina por el posible título *De bello ciuili* Brisset [30], título que ya había defendido Rossbach en el siglo pasado [31].

Frente a dicho título, otros prefieren el de *Pharsalia* (Herrero, Mariner, etc.), vigente durante siglos y avalado por Estacio («Pharsalica bella detonabis», *Geneth.* 66) y por el propio Lucano, en el famoso pasaje de IX 980-986, donde se refiere a la gloria de los poetas y afirma dirigiéndose a César: «uenturi me teque legent; Pharsalia nostra/uiuet, et a nullo tenebris damnabimur aeuo» (985-986). Es un pasaje muy discutido [32]. No creemos, como muchos, que «me teque» signifique «mis versos y tu historia», identificando historia con los *Comentarios* cesarianos de la guerra civil, ya que Lucano está proclamando la gloria de los «poetas»; significaría, más bien, «mis versos y tus hazañas (incluidas en ellos)». Asimismo, «Pharsalia nostra» se referiría a «la batalla ganada por ti y cantada por mí», y «damnabimur» sería un plural normal, referido a César y a Lucano. En este sentido la gloria del primero en la posteridad se debería al poema del segundo, como la de

[30] J. BRISSET, *Les idées politiques de Lucain*, París, 1964, pág. 26, n. 7.

[31] Véase E. MALCOVATI, *M. Anneo Lucano*, Milán, 1940, pág. 21, nota 4.

[32] L. HERRMANN, «Le prologue de la *Pharsale*», *Latomus* 6 (1947), 91-94, ha dado la interpretación más original y osada, defendiendo que el *Caesar* del v. 982 no es Julio César, sino Nerón, y que estos versos debían ir, en la redacción de Lucano, inmediatamente después de I 66, como broche final del «elogio de Nerón». Véanse también las intepretaciones de M. A. LEVI, «Il prologo della *Pharsalia*», *Riv. di Filol. e d'Istruz. Class.* 27 (1949), 71-78, y de M. E. GRISET, «Lucanea. I: Le due *Farsaglie*», *Riv. di Studi Class.* 2 (1954), 111-113.

Aquiles a Homero, lo que no desdeciría de la actitud general anticesariana del poeta. Pero de esta interpretación no puede deducirse que el título dado a su poema por el autor fuera el de *Farsalia*, para lo cual sería necesario, por de pronto, interpretar «nostra» y «damnabimur» como plurales de autor, lo que parece difícil dentro del contexto[33].

De todos modos, aunque *Farsalia* no corresponda al contenido estricto del poema, es evidente que la descripción de la batalla en el libro VII constituye el núcleo esencial de la obra, su «climax», su *Höhepunkt*, y ello en el doble aspecto del contenido y de la forma. En esto convienen prácticamente todos los estudiosos del poema[34]. Farsalia es la batalla en la que se juega, a juicio del poeta, la libertad del pueblo romano. Es el episodio de la libertad perdida, el punto que divide la historia de Roma en un «antes» y un «después». Es, por tanto, un título posible, con suficiente entidad. Pero no sabemos si fue el que le puso el poeta. La cuestión, para los no dogmáticos, sigue forzosamente con el rótulo de *non liquet*.

3.2. Contenido y estructura. — El poema, pese a sus numerosas digresiones, sigue cronológicamente las vicisitudes de la guerra civil, desde la exposición de sus causas y el paso del Rubicón hasta la guerra de Alejandría, terminando bruscamente, cuando César, acorralado y en extremo peligro, divisa entre sus filas a Esceva, el héroe ensalzado en el libro VI. La terminación brusca, en un episodio sin «cerrar», unida al hecho de que el libro X sólo contiene 546 versos frente a los 695 del libro I, el más corto de los restantes (los demás pasan todos de 700), son argumentos que inclinan a pensar que la obra quedó incompleta por la muerte temprana del autor. A este problema va unido, en los estudios recientes, el problema de la estructura, la composición, la unidad del poema.

Entre los pocos estudiosos de Lucano que creen que el poema nos ha llegado completo destaca M. Haffter[35], para quien el poeta ha pretendido dar una réplica de los *Commentarii belli ciuilis* de César y, por ello, la *Farsalia* abarca prácticamente los mismos sucesos que dichos *Commentarii*, hasta los preliminares de la guerra de Alejandría[36], alargándose sólo unos versos más para aludir a la muerte de Aquilas (X 522-523) y evocar la futura muerte de César (X 528), ambas cosas necesarias para dar satisfacción a los Manes de Pompeyo. Los últimos 13 versos, con los apuros de César y la referencia a Esceva, completan la imagen del caudillo, que una vez más será favorecido por la fortuna. La aparición de César al principio y al final de la obra indica, para Haffter, un ciclo cerrado: se canta la guerra civil entre César y Pompeyo, con la derrota y muerte de éste; se describe, como expiación, la muerte de sus matadores (Potino y Aquilas), y César, vencedor, sigue con vida, aunque se evoque su muerte futura. Todo está completo. Para Haffter, por último, el poema está dividido en dos «péntadas», que intentan reproducir, en es-

[33] Interpretaciones variadas pueden verse en: V. Ussani, «Controversia lucanea», *Riv. di Filol.* 29 (1901), 50-58; J. P. Postgate, «*Pharsalia* nostra», *Class. Review* 19 (1905), 257-260; A. Barriera, «Intorno a un titolo errato del poema di Lucano», *Boll. di Filol. Class.* 22 (1916), 153 y sigs.; H. C. Nutting, «*Pharsalia* nostra», *Class. Weekly* 26 (1932), 173-174.

[34] Véanse, entre otros, B. F. Dick, «Fatum and Fortuna in Lucan's *Bellum Ciuile*», *Class. Philol.* 62 (1967), 239; W. Rutz, *Studien zur Kompositionskunst und zur epischen Technik Lucans*, Kiel, 1950, pág. 32; A. Guillemin, «L'inspiration virgilienne dans la *Pharsale*», *Rev. Étud. Lat.* 29 (1951), 215 y 221; M. Rambaud, «L'apologie de Pompée par Lucain au livre VII de la *Pharsale*», *Rev. Étud. Lat.* 33 (1956), 258.

[35] M. Haffter, «Dem schwanken Zünglein lauschend wachte Cäsar dort», *Museum Helv.* 14 (1957), 118-126.

[36] «Haec initia belli Alexandrini fuerunt», terminan los *Commentarii* de César.

cala un poco menor, las dos héxadas de la *Eneida*. La tesis de M. Haffter fue pronto contestada, y desmontados su argumentos, por Pfligersdorffer y Buchheit [37] y, posteriormente, en un largo trabajo, por Vögler [38]. Por su parte, Haffter recibe el apoyo de J. Brisset [39], que intenta desvirtuar, infructuosamente a nuestro juicio, las objeciones bien fundadas de los dos primeros autores citados.

El polo opuesto a Haffter lo constituye R. T. Bruère [40], que defiende un inmenso poema extendido hasta el fin de las guerras civiles, concretamente hasta el año 29, abarcando dos décadas (49-29).

La tesis más extendida y aceptada es la que supone que Lucano concibió su poema en 12 libros, por emulación con la *Eneida*, y que debía terminar con la muerte de Catón. Así, ya a principios de siglo, R. Pichon [41]. Pero el que ha desarrollado más brillantemente esta hipótesis ha sido W. Rutz [42], que defiende una *Farsalia* estructurada en tres «tétradas», cada una de ellas terminada con una muerte: la de Curión (libro IV), la de

[37] G. Pfligersdorffer, «Lucan als Dichter des geistigen Widerstandes», *Hermes* 87 (1959), 344-377. V. Buchheit, «Lucans *Pharsalia* und die Frage der Nichtvollendung», *Rhein. Museum* 104 (1961), 362-365.

[38] G. Vögler, «Das neunte Buch innerhalb der *Pharsalia* des Lucan und die Frage der Vollendung des Epos», *Philologus* 112 (1968), 222-268.

[39] Brisset, *Les idées...*, págs. 163-167.

[40] R. T. Bruère, «The scope of Lucan historical epic», *Class. Philol.* 45 (1950), 217-235. Antes de él, ya O. Ribbeck, *Geschichte der römischen Dichtung*, vol. III, Stuttgart, 1892, págs. 91 y sigs.

[41] R. Pichon, *Les sources de Lucain*, París, 1912.

[42] Rutz, *Studien...* También, entre otros, W. Wünsch, *Das Bild des Cato von Utica in der Literatur der neronischen Zeit*, Marburgo, 1949; H. Flume, *Die Einheit der künstlerischen Personlichkeit Lucans*, Bonn, 1950; W. Menz, *Caesar und Pompeius im Epos Lucans*, Berlín, 1952; y P. Wuilleumier, H. Le Bonniec, ed. del libro I del poema, París, 1962.

Pompeyo (libro VIII) y la de Catón (supuesto libro XII) [43]. Las muertes irían en gradación ascendente, y la de Catón constituiría un «climax» adecuado, que correspondería, además, al *telos* anunciado al principio del poema: el «iusque datum sceleri» tendría su cumplimiento en la muerte de Catón.

Por último, B. M. Marti [44], de acuerdo también con la división en tétradas y con la terminación de cada una de ellas por una muerte, ha añadido una tétrada más, que terminaría con la muerte de César [45]. Se basa, para ello, en dos argumentos principales, uno interno y otro externo o formal. El primero es la estrecha relación que, para ella, existe entre el tratamiento de la guerra civil en la *Farsalia* y en la *Historia* de T. Livio, según lo transmitido por las *Periochae* y por el *Epítome* de Floro. La clara correspondencia entre la repartición de los sucesos en el poeta y en el historiador provoca en la autora la fundada sospecha de que aquél pensó acabar su poema con la muerte de César. En cuanto al argumento formal o artístico, asegura la autora que así como «la sección del libro II dominada por Catón anticipa sin ninguna duda la tétrada-Catón, que comienza en el libro IX» y que terminaría, con su suicidio, en el XII, del mismo modo la caracterización de Bruto en

[43] También defiende la epopeya de Lucano en 12 libros O. Schönberger, «Zur Komposition des Lucan», *Hermes* 85 (1957), 251-254, pero con una división en «tríadas», aunque reconoce las dificultades unitarias de la tercera de ellas (libros VII-IX). Por su parte, la división en «mónadas», es decir, que cada libro forma un todo cerrado y unitario en forma y contenido, ha sido defendida por H. P. Syndikus, *Lucans Gedicht vom Bürgerkrieg*, Munich, 1958, con argumentos poco convincentes, pues hay casos en que parece clara la difuminación de fronteras entre libros, como había probado ya muchos años antes Menz (obra citada en la nota anterior).

[44] B. M. Marti, «La structure de la *Pharsale*», en *Lucain* (Entretiens sur l'antiquité classique; 15), Ginebra, 1970, págs. 3-38.

[45] También cree Malcovati (*M. Anneo...*, pág. 66) que el poema debía de terminar con la muerte de César.

el propio libro II, unida a las alusiones (sobre todo en VII 586-595) al destino que se le reserva como vengador de la república esclavizada, anticipan una tétrada-Bruto vengador (y, por tanto, asesinato de César), ya que «Lucano no pone jamás tanto cuidado en caracterizar a un personaje, si no es con la intención de hacerle jugar un papel importante»[46].

Creemos que ponerse a imaginar, si se considera la *Farsalia* incompleta, de cuántos libros se compondría, es un ejercicio tan vano como inútil. En primer lugar, supone estar convencido de que Lucano tenía ya, desde el principio, un plan preconcebido y rigurosamente organizado, lo que es mucho suponer. Y aun admitiéndolo, ¿quién puede asegurar que sobre la marcha no hubiera cambiado dicho plan de acuerdo con los elementos ofrecidos a su inspiración? Un gran poeta nunca se deja maniatar por las matemáticas en el número de versos ni de libros. Y ¿por qué la obsesión del número «canónico» (12 libros, como la *Eneida*)? Lucano, que tanto innovó en la épica, no tenía por qué plegarse al número de libros virgiliano. ¿Es que un devoto de Virgilio como Silio Itálico no compuso su poema épico con un número de libros tan poco «canónico» como 17? Y, si la descripción de la batalla de Farsalia se considera la almendra del poema, ¿por qué no podría defenderse (argumentos habría para ello) que el poema abarcaría 13 libros, único modo de que el libro farsálico, el VII, quedara exactamente en el centro? Muchas más preguntas podrían hacerse y todas colgarían sobre el vacío, pero con igual derecho que las hipótesis formuladas. El intento de establecer el número de libros que «podría haber tenido» la *Farsalia* entra dentro del campo de la adivinación y de la magia y hubiera encantado al poeta; es casi un problema a resolver por la maga Ericto. Supone querer introducirse en la mente del autor, saber más que el

[46] MARTI, «La structure...», págs. 20-21.

propio Lucano, que tal vez murió ignorante de cuántos libros iba a constar su poema.

3.3. LOS SIETE PRIMEROS VERSOS. — La *Vida* III afirma que el poema de Lucano comenzaba con el actual verso 8: «Quis furor...», pero que su tío Séneca, al que se lo había entregado para que lo enmendara, le añadió los vv. 1-7, para que no comenzara *ex abrupto*. También los *Commenta Bernensia*[47], en el comentario al v. 1, afirman, aunque sin asegurarlo tajantemente, que «se dice» que los siete primeros versos los añadió Séneca, «según unos, el tío de Lucano; según otros, su hermano» (no consta que Lucano tuviera ningún hermano llamado Séneca ni de ningún otro modo). Por su parte, la *Vida* I asegura que Lucano, antes de morir, encargó a su padre que corrigiera algunos de sus versos.

Todas estas noticias, en buena parte contradictorias, han contribuido a crear una gran confusión. Ya en el siglo pasado, C. F. Weber[48] defendió que el poeta habría escrito, al final de su vida, los vv. 1-7 y los habría enviado a su padre para que éste hiciera sustituir el anterior proemio (8-66), que contenía el elogio de Nerón, por este nuevo proemio, sin referencia al Emperador; pero que, en la transmisión del texto de la *Farsalia*, en lugar de realizarse la sustitución, se habrían yuxtapuesto ambos proemios.

En este siglo se han dedicado a este problema varios trabajos específicos[49]. Parece claro que la no autoría

[47] Ed. H. USENER, Leipzig, 1869 (= Hildesheim, 1967).

[48] C. F. WEBER, *De duplici Pharsaliae Lucaneae exordio*, Marburgo, 1860.

[49] V. USSANI, «Su i versi 1-7 (lib. I) del poema lucaneo», *Riv. di Filol.* 31 (1903), 463-469; HERRMANN, «Le prologue...»; LEVI, «Il prologo...»; E. MALCOVATI, «Sul prologo della *Farsaglia*», *Athenaeum* 29 (1951), 100-108; E. GRISET, «Lucanea II: I proemi», *Riv. di Studi Class.* 2 (1954), 185-190; G. B. CONTE, «Il proemio della *Pharsalia*», *Maia* 18 (1966), 42-53.

modernos, en que siguen defendiéndola, con diversos matices, algunos estudiosos del poeta, como Marti, Schönberger o Griset [54]. Este último opina que Lucano no fustiga los defectos físicos del Emperador, sino sus lacras morales: su histrionismo, sus manías incendiarias, sus ridículas pretensiones artísticas.

Esta hipótesis del elogio irónico se presta a graves objeciones, por lo que no es extraño que la hayan descartado la mayoría de los estudiosos modernos [55]. En aguda observación de Brisset, ¿cómo podía esperar Lucano que su ironía sería captada por los enemigos del Emperador y por la posteridad, pero no, en cambio, por el propio Nerón y sus amigos, lo que habría tenido para él inmediatas consecuencias fatales? Claro que Griset, coherente con su teoría, defiende que el Emperador percibió, en efecto, este tono irónico y que fue esto precisamente lo que provocó la ruptura entre ambos, cosa difícil de aceptar (sin una prueba clara, que Griset no ofrece), pues dicho elogio debió de ser escrito, como el libro I de la *Farsalia*, en fecha temprana, muy poco después de recitar el poeta en público sus *Laudes Neronis*

[54] B. M. MARTI, «The meaning of the *Pharsalia*», *Amer. Journ. of Philol.* 66 (1945), 274-275, que lo califica de «extravagant praise»; O. SCHÖNBERGER, «Zu Lucan. Ein Nachtrag», *Hermes* 86 (1958), 232, habla de «grellen Farben»; E. GRISET, «Lucanea. IV: L'elogio neroniano», *Riv. di Studi Class.* 3 (1955), 134-138.

[55] Citemos algunos representativos: R. PICHON, *Les sources de Lucain*, París, 1912, pág. 185; A. D. NOCK, «The proem of Lucan», *Class. Review* 40 (1926), 17-18; LEVI, «Il prologo...»; G. K. GRESSETH, «The quarrel between Lucan and Nero», *Class. Philol.* 52 (1957), 24-27; SYNDIKUS, *Lucans Gedicht*...; PFLIGERSDORFFER, «Lucan als Dichter...»; P. GRIMAL, «L'éloge de Néron au début de la *Pharsale* est-il ironique?», *Rev. Étud. Lat.* 38 (1961), 296-305; U. PIACENTINI, *Osservazioni sulla tecnica epica di Lucano*, Berlín, 1963, págs. 19-22; BRISSET, *Les idées*..., págs. 196-199; L. THOMPSON, «Lucan's apotheosis of Nero», *Class. Philol.* 59 (1964), 147-153; BARDON, *Les empereurs*..., pág. 234; MARINER, *Farsalia*, págs. 22-26; K. E. BOHNENKAMP, «Zum Nero-*Elogium* in Lucans *Bellum Ciuile*», *Mus. Helv.* 34 (1977), 235-248.

(año 60), y no existe motivo serio para dudar de que las relaciones entre el poeta y el Emperador siguieron siendo excelentes hasta el 62 o el 63.

Levi es el que ha dado de este elogio una interpretación más positiva y favorable (que Brisset considera «enteramente satisfactoria»), pero que es, a nuestro juicio, más sugestiva que convincente: el elogio encierra un verdadero «programa político», consistente en una invitación a «no apartarse de la tradición romana ni alejarse de la posición central ejercida por Roma entre las partes de la *ecumene*», es decir, el poeta manifiesta «una clara hostilidad a las formas helenísticas de *regnum*, que él opone a la tradición política romana», con una crítica implícita a la política de los antecesores Calígula y Claudio [56].

Grimal, por su parte, descartando explícitamente cualquier contenido irónico, observa que se trata de un «pasaje astrológico», doctrina con la que estaban familiarizados los lectores de Lucano. Basándose en escritores de astronomía, sobre todo en Manilio, afirma que la región del cielo destinada por el poeta a Nerón, tras su muerte, es la posición central que en la bóveda celeste ocupa el signo de «los Gemelos», signo sometido a la influencia de Febo y que tiene el poder de derramar los dones de las musas sobre aquellos a los que protege, lo que estaba en consonancia con las aficiones poético-artísticas del Emperador. El poeta «une los recuerdos de las *Geórgicas* a las revelaciones astrológicas de la *Égloga* cuarta en un desarrollo que ha pretendido particularmente ingenioso y brillante» [57]. Thompson cree, a su vez, que el elogio está inspirado en un pasaje del *Hercules Oetaeus* de Séneca y que el poeta, en la deificación de Nerón, lo ha asimilado a Hércules, aunque simultáneamente ha creado una asociación del Empera-

[56] LEVI, «Il prologo...», pág. 77.

[57] GRIMAL, «L'éloge...», pág. 305.

dor con Augusto, al enriquecer la descripción de su apoteosis con reminiscencias de Virgilio, Ovidio y Manilio.

La opinión más comúnmente aceptada es que se trata de una dedicatoria «ritual», sin más transcendencia, en la línea de la dedicatoria virgiliana a Augusto al comienzo de las *Geórgicas*[58], y con la fraseología oficial propia del momento, que puede constatarse en los elogios al Emperador que figuran en las *Bucólicas* de Calpurnio Sículo o en los *Carmina Einsidlensia*. Esta hipótesis de la dedicatoria convencional, no sentida, la comparten desde Pichon hasta Mariner, pasando por Nock («reproduce ideas corrientes en el tiempo»), Bardon, Gresset, Syndikus, Piacentini («fórmula convencional»), etc. Pero también se ha hecho notar, con razón (Bardon, Brisset, Mariner), que es perfectamente posible que el poeta, dada la temprana composición del elogio, compartiera sinceramente el entusiasmo que había despertado en todos el advenimiento de Nerón al trono y los primeros años de su reinado, en que aún no se había revelado el monstruo que luego llegaría a ser. Suetonio[59] habla elogiosamente de estos primeros tiempos e incluso cuenta que, al tener que firmar una sentencia de muerte, exclamó: «¡Cómo quisiera no saber escribir!» Aurelio Víctor[60] dice que «los cinco primeros años de su reinado fueron tan gloriosos... que Trajano tenía razón al repetir con frecuencia que todos los otros reinados estaban lejos de valer lo que el primer quinquenio de Nerón». Es el famoso *quinquennium Neronis*, en que éste se habría comportado como un

[58] Sobre esta divinización de Augusto, pueden verse: G. Wissowa, «Das Prooemium von Vergils *Georgica*», *Hermes* 52 (1917), 92-104; M. Goelzer, «Virgile et l'apothéose d'Octavien au livre I des *Géorgiques*», *Transact. Amer. Philol. Ass.* 60 (1929), 38-40; J. Bayet, «L'inmortalité astrale d'Auguste», *Rev. Étud. Lat.* 17 (1939), 141-171.

[59] Suet., *Nerón* 9 ss.

[60] Aurelio Víctor, *Liber de Caesaribus* 5.

príncipe ejemplar, aunque no todos los historiadores lo aceptan[61]. La influencia de Séneca debió de ser importante en estos primeros años, y sus tratados *De beneficiis* y *De clementia*, encaminados a aconsejar al príncipe un gobierno justo, parecen indicar que el comportamiento del discípulo engendraba esperanzas en el maestro con vistas a un gobierno basado en la justicia y en la generosidad.

La objeción de Griset respecto a por qué, si el elogio era sincero cuando se escribió, no fue suprimido cuando ya no tenía razón de ser y podía ser eliminado de la obra sin peligro, es decir, después de la muerte del Emperador y de su *damnatio memoriae*, no parece decisiva: si ya estaban publicados y en circulación los tres primeros libros, la edición definitiva, que incluía a los ya publicados y a los inéditos, tal vez no quiso mutilar la obra del poeta ni lo creyó necesario, tanto si el editor consideraba que era una dedicatoria convencional, no sentida, que nadie iba a tomar en serio, como si pensaba que Lucano había sido sincero, pero que, en la época de su composición, tenía razones para serlo y no iba, pues, en desdoro suyo mantener dicho pasaje, que todos ya conocían y comprendían, porque en aquellos tiempos habían pensado como el poeta. Cierto es que la interpretación de Levi es, tal vez, la única que se hurta a tal objeción, al ver en el elogio un programa político nacionalista. Grimal, a su vez, partidario de la sinceridad del elogio adulatorio, opina que es comprensible que los editores póstumos de Lucano, «cuidadosos de su gloria», hayan conservado este pasaje, por tratarse, como ya cité más arriba, de un pasaje astrológico particularmente brillante.

[61] Algunos creen que «es una leyenda fabricada por la propaganda estoica, bajo los Flavios y Trajano, para justificar el apoyo prestado por Trásea y Séneca al gobierno de Nerón en sus comienzos» (P. Dufraigne, ed. de Aur. Víctor en la Coll. Budé, París, 1975, pág. 81, n. 2).

4. *Ideario político de Lucano*

La ideología política que se refleja en la *Farsalia* ha sido objeto, en las últimas décadas, de varios estudios de interés, enfocados desde distintas perspectivas, entre los que destaca, por abarcar el problema en su conjunto y hacerlo en profundidad, la obra de Brisset [62]. El tema suele ir unido, desde hace más de un siglo, al de la publicación del poema en dos etapas: parte de él en vida del autor y el resto después de su muerte.

La *Vida* II nos informa de que el poeta publicó «tres libros, quales uidemus»; y los otros siete fueron de publicación póstuma. La opinión más común es que los tres libros publicados por el poeta fueron los tres primeros. Esta opinión va unida, desde hace más de un siglo, a la tesis de la «dualidad ideológica» de la *Farsalia*. Dicha tesis, expuesta por Boissier [63] con la claridad y brillantez que le caracterizan, defiende que los tres primeros libros fueron compuestos y publicados en la época de la amistad entre el poeta y el Emperador y, por tanto, nada hay en ellos ofensivo para el Imperio, ningún punto de vista que se salga de la ideología oficial sobre la guerra civil y que no hubiera podido firmar el propio Nerón. En este contexto encaja perfectamente el elogio-dedicatoria. Pero luego sobreviene la ruptura entre ambos por los celos de Nerón respecto al talento poético de Lucano; y después de la ruptura,

[62] Brisset, *Les idées*... A los trabajos sobre el tema citados por la autora en su pág. 28, n. 4, pueden añadirse: R. Castresana, *Historia y política en la «Farsalia» de Marco Anneo Lucano*, Madrid, 1956; O. Schönberger, «Ein Dichter römischer Freiheit: M. Annaeus Lucanus», *Altertum* 10 (1964), 26-40; D. Gagliardi, *Lucano poeta della libertà*, 2.ª ed., Nápoles, 1970; P. Esposito, «Il VII libro della *Pharsalia* e l'ideologia di Lucano. Un'ipotesi interpretativa», *Vichiana* 7 (1978), 117-141.

[63] G. Boissier, *L'opposition sous les Césars*, 3.ª ed., París, 1892, págs. 272 y sigs.

en el ambiente de los *uiuida odia* que Tácito atribuye al poeta, escribe éste los siete últimos libros, en los que destila progresivamente una rabiosa ideología antiimperial, un republicanismo cada vez más ferviente.

La tesis de Boissier fue aceptada por importantes estudiosos (entre otros, Lejay, Plessis, Terzaghi y Malcovati) y se ha mantenido hasta nuestros días. Sin embargo, entre los propios autores que aceptan la dualidad ideológica del poema, existen divergencias respecto a cuáles fueron los tres libros publicados por el poeta y en los que se mostraría favorable al régimen imperial. Ussani [64] piensa que no se trata de los tres primeros, sino de los libros I, VII y IX, mientras que Pichon [65] opina que probablemente fueron los libros II, VII y VIII. Para complicar aún más las cosas, Vitelli [66] defiende que Lucano había compuesto los libros I-VII durante su amistad con Nerón y que los pasajes antiimperiales de los libros IV-VII fueron introducidos por el poeta después de su ruptura con el Emperador, cosa que no pudo hacer con los tres primeros libros por estar ya publicados. Y Bardon [67] cree que no son los tres primeros libros, sino los cuatro primeros, los favorables a Nerón, asomando el antineronianismo sólo a finales del IV, en el apóstrofe a Curión, añadido tras la ruptura con el Emperador. Más divergencias aún: Griset [68], aun defendiendo la tesis tradicional del cambio de ideología a partir del libro IV, opina que lo que no cambia en el poema, de principio a fin, es la postura anticesariana del poeta; mientras que Cazzaniga [69]

[64] Ussani, «Controversia...».

[65] Pichon, *Les sources...*, Apéndice.

[66] C. Vitelli, «Sulla composizione e pubblicazione della *Farsaglia*», *Studi Ital. di Filol. Class.* 8 (1900), 33-72.

[67] Bardon, *Les empereurs...*, pág. 235.

[68] M. E. Griset, «Lucanea. III: L'anticesarismo», *Riv. di Studi Class.* 3 (1955), 58 y sigs.

[69] Cazzaniga, *Problemi...*; pág. 41.

afirma que en los tres primeros libros «la figura de César presenta claros rasgos de simpatía» por parte de Lucano.

¿Qué puede deducirse de este cúmulo de contradicciones, que podría fácilmente ampliarse? Sencillamente, la «unidad ideológica» del poema. La mejor prueba de ella son estas divergencias, en que cada estudioso ha ido encontrando e intentando explicar los pasajes proimperiales y antiimperiales en libros en los que «no debía haberlos», según la hipótesis previamente aceptada; lo cual indica que dichos pasajes existen a lo largo de toda la obra, prácticamente sin diferencias desde el libro I al X. Brisset [70] ha hecho un recuento de los pasajes, versos o alusiones contra Nerón o el Imperio en los tres primeros libros, supuestamente proneronianos, así como de las referencias favorables a Nerón o al Imperio en los libros IV-X, hasta llegar a la conclusión, que compartimos, de que «el relato de la guerra civil presenta una unidad perfecta» [71]. Mariner [72] ha puesto de relieve contra «cualquiera de las hipótesis dualistas» los pasajes anticesarianos o manifiestamente propompeyamos de los libros I-III, y viceversa de los libros IV-X, haciendo notar que no hay nada tan antipompeyano como el discurso de IX 256-283, que, por si fuera poco, está puesto en boca de Catón; o el «¡vencer hubiera sido peor!», de VII 706, en cuyo caso, para Lucano, Pompeyo hubiera sido el verdugo de la libertad romana: «¡Valiente pompeyanismo, pues, que prefiere la derrota y muerte de Pompeyo a su victoria!» [73].

No cabe duda, sin embargo, de que los pasajes favorables a Nerón en el conjunto del poema son muy escasos en comparación con los pasajes, abundantísimos, en

[70] Brisset, *Les idées...*, págs. 186-192.

[71] *Ibid.*, pág. 191.

[72] Mariner, *Farsalia...*, págs. 20-22.

[73] *Ibid.*, pág. 22.

los que clama contra la tiranía y añora y reivindica la libertad perdida. «La *Farsalia* es, en su espíritu general, una obra de oposición» [74]. Pese a que el poeta, con afán de objetividad, reconozca y admire a veces las cualidades y el comportamiento de César (y no sólo en los tres primeros libros; véase, p. ej., IV 254-259 o VII 566-567), es evidente que, para Lucano, la «buena causa» es la de Pompeyo y Catón. El poema, en su línea ideológica, es claramente anticesariano desde el comienzo (el elogio de Bruto y Catón, en II 234 ss., es muy revelador al respecto). El personaje más elogiado por su dignidad y su altura moral es Catón, el campeón de la libertad frente a la tiranía.

¿Quiere esto decir que el poeta fue, en su ideario político, un «republicano», bien de nacimiento, desde su primera formación, bien después de su ruptura con Nerón? La primera hipótesis no la defiende prácticamente nadie; la segunda, muchos, desde que la expusieron el citado Boissier y, poco antes que él, Girard [75]. Siguiendo a estos autores, Dolç ha llamado a Lucano «el más enérgico de los republicanos entre sus contemporáneos, quizá el único republicano que engendró verdaderamente el Imperio» [76]. Incluso hay autores que piensan no en un republicanismo teórico y añorante, sino en que creyó realmente que podía restablecerse la República si se lograba acabar con la tiranía de Nerón [77].

No cabe duda, en efecto, de la posición antineroniana del poeta después de su ruptura con el Emperador, ruptura debida muy probablemente no sólo a un problema de celos literarios, sino también a la progresiva

[74] Brisset, *Les idées...*, pág. 191.

[75] J. Girard, «Un poète républicain sous Néron», *Rev. de Deux Mondes* 10 (1875), 423-444.

[76] M. Dolç, «Aproximación a la estética de Lucano», en *Retorno a la Roma clásica*, Madrid, 1972, pág. 227.

[77] Así Marti, «The meaning...», págs. 375-376, y Schönberger, «Zu Lucan...», págs. 233-234.

degeneración moral de Nerón, que chocaba frontalmente con el estoicismo profesado por Lucano y su pureza de vida [78]. Desde entonces son cada vez más claros sus ataques a la tiranía y su añoranza de la libertad, evolución de sentimientos reflejada en el poema [79]. Pero de esto no se deduce necesariamente que el poeta ataque a Nerón desde una «postura republicana». Creemos, con los razonamientos de Castresana y, sobre todo, de Brisset [80], que nuestro poeta nunca fue republicano, como tampoco lo fue su tío Séneca, que en su tratado *De clementia* hace un elogio contundente del Principado; y no llegó a esta postura porque el fracaso de la tentativa de restablecimiento de la República en el año 41, tras el asesinato de Calígula, le hubiera demostrado que ya sólo era viable el régimen imperial [81], sino que era, como demostró Pichon, «un monárquico de convicción, y no de resignación» [82]. En época neroniana el Principado no era en absoluto sinónimo de tiranía, y el concepto de *Libertas* estaba lejos de ser ya sinónimo de República. Eran perfectamente compatibles Principado y libertad [83], como después pondrán de relieve Tácito y Plinio el Joven [84], para quienes ya no se concibe otra libertad que la de vivir gobernados por un «dueño justo», un *iustus Princeps* [85]. Ésta

[78] Cazzaniga, *Problemi...*, pág. 24.

[79] Véase L. Pavan, «L'ideale politico di Lucano», *Atti dell'Istit. Veneto di Scienz. Lettr. ed Arti* 113 (1954-1955), 220-222.

[80] Castresana, *Historia...*, págs. 127-131; y Brisset, *Les idées...*, págs. 204-223.

[81] Es la tesis de R. Waltz, *La vie politique de Sénèque*, Paris, 1909.

[82] R. Pichon, «Un filósofo, ministro durante el imperio romano», en *Hombres y cosas de la antigua Roma* [traducción de M. Ontañón], Madrid, 1928, págs. 179-234.

[83] Véase J. Béranger, *Recherches sur l'aspect idéologique du Principat*, Lausana, 1953, especialmente págs. 65-67.

[84] Tácito, *Historias* I 1; Plinio, *Panegírico de Trajano*.

[85] Compárese con Cicerón, un auténtico republicano, para quien la libertad no consistía en tener un dueño justo, sino en no tener dueño: «libertas, quae non in eo est ut iusto utamur domino, sed ut nullo» (*De Rep.* II 23).

era la mentalidad de la aristocracia en general, y de los estoicos en particular, en época de Nerón. Y así pensaban Séneca y Lucano, y hasta Peto Trásea [86]. Séneca se esforzó, sin conseguirlo, en inculcar en el joven Nerón el sentido de la justicia, la generosidad, el buen gobierno. Lucano estuvo unido al Príncipe en sus comunes aficiones literarias hasta que la amistad se trocó en odio. Pero ese odio no le convirtió en republicano (al menos, el poema no nos da pie para deducir tal cosa), sino en enemigo del *iniustus Princeps*, a quien quería ver sustituido por un Príncipe justo. Pensar otra cosa es considerar a Lucano (que, aunque joven, no era ya un adolescente) como una marioneta sin convicciones, una veleta cambiante, por puro resentimiento personal, en algo de tanta importancia como es la inclinación racional a un régimen político determinado [87].

Lo que sí fue Lucano fue un enamorado de la «libertad», de cuya pérdida, tras la guerra civil, se lamenta en uno de los pasajes más inspirados del poema (VII 432-445), aparte de frecuentes alusiones a todo lo largo de la *Farsalia*. Este fervor por la libertad ha sido bien puesto de relieve en los trabajos citados de Pfligersdorffer, Schönberger y, sobre todo, en la obra de Gagliardi [88], que nos da de Lucano una imagen de héroe romántico que lucha sin descanso por la libertad artística y política. Esta aureola de joven poeta que arremete contra la tiranía de Nerón y muere víctima

[86] A. Sizoo, «Paetus Thrasea et le stoïcisme», *Rev. Étud. Lat.* 4 (1926), 229-237.

[87] Al «proceso psicológico fácil de explicar» (Vitelli, «Sulla composizione...», pág. 65), según el cual nuestro poeta se convirtió de monárquico en republicano, no le vemos la fácil explicación sin ofender gratuitamente a Lucano.

[88] El trabajo de Pfligersdorffer se citó en la n. 37; los de Schönberger y Gagliardi, en la n. 62.

de estos ataques es la que ha provocado en muchos estudiosos la defensa del republicanismo de Lucano. Creemos que es un error de perspectiva identificar amor a la libertad y republicanismo en la aristocracia romana de época de Nerón. Puede que se diera alguna excepción, pero, a nuestro juicio, no hay argumentos sólidos para pensar que Lucano fuera esa excepción. La racionalidad de lo que fue debe imponerse, en este tema, sobre el deseo de lo que debía haber sido.

5. *Ideario filosófico-teológico de Lucano*

Malcovati comienza de este modo el breve pero sustancioso capítulo que dedica a «Lucano frente al problema religioso» [89]: «Lucano no da crédito a las fábulas de la mitología. La postura de su espíritu frente al problema religioso está llena de contradicciones: ora niega la existencia de los dioses, ora se dirige a ellos para interrogarlos, invocarlos, fustigarlos; ora aparece atraído por la doctrina de Epicuro, ora lleno de entusiasmo por el estoicismo, ora ligado a las supersticiones del vulgo.» Pero afirma que, no obstante, el núcleo principal de su ideario filosófico-religioso es el estoicismo.

Ésta es la opinión más corriente entre los estudiosos de Lucano, que han centrado sobre todo su atención, al enfocar el problema filosófico-religioso, en la trilogía *Dei-Fatum-Fortuna*. Unos hacen más hincapié en las contradicciones y otros intentan explicarlas de diversos modos, para poner de relieve su adhesión fundamental al estoicismo. Ya en el siglo pasado Souriau y Girard acentuaron la mezcla en el poema de elementos estoicos, epicúreos, escépticos y supersticiones populares [90], mientras que Millard subrayaba sus simpatías

[89] Malcovati, *M. Anneo...*, págs. 52-59.

[90] M. Souriau, *De deorum ministeriis in Pharsalia*, París, 1885; J.

estoicas [91]. En nuestro siglo ha sido Pichon el que con más cuidado ha inventariado los elementos estoicos de la *Farsalia* y su coincidencia con la doctrina de Séneca [92]. Por su parte, la profesora Marti ha defendido que Lucano concibió su poema sobre la guerra civil como un modelo, a pequeña escala, de las tribulaciones de la humanidad entera en su lucha y en su difícil andadura hacia el ideal estoico de la sabiduría [93], tesis que concede total preeminencia al estoicismo de la *Farsalia*, ya en su propia incubación, pero que es más sugestiva que convincente.

Está claro que Lucano no cree en los dioses de la mitología, que han sido expulsados de su poema, donde no mueven los hilos de la acción, como hacían en la epopeya tradicional. Cuando el poeta alude a los dioses individuales del panteón greco-romano lo hace como una concesión a las creencias populares y a la manera vulgar de expresarse. Lucano, siguiendo fundamentalmente las doctrinas estoicas y concretamente a su tío Séneca, parece haber pasado del politeísmo al monoteísmo, considerando a Júpiter como el «alma del mundo», que todo lo llena y lo dirige todo: «Iuppiter est quodcumque uides, quodcumque moueris» (IX 580; también II 4, V 95, X 265-267).

Por otro lado, cumplen un papel importante en el poema el *Fatum* y la *Fortuna*. El *Fatum* parece representar la concatenación inexorable de los hechos, una especie de ley inmutable que afecta tanto al Universo como a los humanos, pues mundo físico y mundo huma-

Girard, «Du rôle des dieux dans la *Pharsale*», *Journ. des Savants* (1888), 192-217 y 315-330.

[91] J. E. Millard, *Lucani sententia de deis et fato*, Utrecht, 1891.

[92] Pichon, *Les sources...*, cap. IV. También Castresana (*Historia y política...*, cap. I) ha rastreado las ideas de Séneca sobre *deus*, *prouidentia*, *fortuna*, *fatum* y la posición de Lucano al respecto, en todo coincidente con la de su tío.

[93] Marti, «The meaning...», sobre todo pág. 355.

no se hallan asimilados en la *Farsalia*[94]. Este concepto de *Fatum* está ya en la primera aparición del término en el poema (I 70), aunque mezclado aquí con la doctrina herodotea de la *hýbris* y la *némesis*[95]; y en VI 98, VII 600, VIII 568-569, etc. La *Fortuna* parece ser con frecuencia la ejecutora de las decisiones del *Fatum* (I 82-84, II 131-133, IV 737-738, etc.) y, por tanto, una divinidad más cercana a los hombres, más viva y flexible, capaz, frente a la inmutabilidad del *Fatum*, de mostrarse caprichosa y mudable, injusta, cruel y desleal[96]. Existen también las *Fortunae* individuales (*Fortuna Caesaris, Magni...*), contrapuestas, y a veces, aunque raramente, la *Fortuna* es asimilable a la *Týkhē* griega, al azar puro y simple, tal como aparece en Salustio, César y Tito Livio[97]. Las palabras con que Schönberger designa al *Fatum* de la *Farsalia* como una resultante de los poderes divinos en el dinamismo de la acción[98], creemos que deben aplicarse con más exactitud a la *Fortuna*.

Ahora bien, el *Fatum* y la *Fortuna* son, para los estoicos, manifestaciones de la *Prouidentia* divina, siempre justa y equitativa. ¿Cómo pueden decretar y llevar a cabo la ruina de Roma con la guerra civil? ¿Cómo pueden hacer triunfar la causa peor, la de César, que es en el

[94] Véase F. König, *Mensch und Welt bei Lucan im Spiegel bildhafter Darstellung*, Kiel, 1957.

[95] Véase, al respecto, M. E. Campiche, «Les causes de la guerre civile d'après Lucain», *Rev. Étud. Lat.* 42 (1964), 63; y A. W. Lintott, «Lucan and the history of the *Civil War*», *Class. Quart.* 21 (1971), 493.

[96] H. Le Bonniec, «Lucain et la religion», en *Lucain* (Entretiens...), pág. 170; el autor pasa revista, en un bien organizado trabajo, a la postura de Lucano frente a las ceremonias religiosas, el culto imperial, los cultos bárbaros, los dioses del panteón greco-romano, la *fortuna*, el *fatum*, la adivinación, la magia, etc.

[97] Brisset, *Les idées...*, págs. 57-58.

[98] Schönberger, «Zu Lucan...», pág. 235. El autor defiende también que Lucano no ha dejado de creer en los dioses tradicionales, a los que increpa como culpables de la Guerra Civil.

poema el favorito de la Fortuna? De aquí que Lucano maldiga a veces a los dioses y al Destino cruel. Es el viejo tema de la conciliación de la Providencia con el triunfo del mal en el mundo, tema ligado a la conciliación del determinismo con la voluntad del hombre. Según los estoicos, el hombre es libre para forjarse su destino, y la *uirtus* está por encima de la fortuna, que nada puede contra ella. Sólo los *insipientes*, los que no han alcanzado la *uirtus*, son incapaces de remontar los obstáculos de la Fortuna.

En esta línea, la guerra civil es permitida por el *Deus*, y encaja dentro de la *Prouidentia* en cuanto que es una «expiación» por el mal uso que los romanos han hecho de su libertad y por la desmesura a que había llegado el poderío romano. El Destino intenta, pues, con la guerra civil corregir los desequilibrios, con un sentido fundamentalmente justo de la punición. La Fortuna favorece a César porque César es, en ese momento, un agente del Destino, un instrumento para conseguir un fin justo; más tarde, cumplida su misión, el Destino lo castigará a su vez[99].

Pero no hay duda de que las contradicciones sobre los poderes divinos son frecuentes en la *Farsalia*. A veces los elementos de la citada trilogía parecen intercambiables; a veces se confunden los dos primeros, o los dos últimos, o el primero y el último; a veces dichos poderes se enfrentan entre ellos[100]. Además, en un famoso pasaje (VII 445-447) se niega la existencia de los dioses, y unos versos más abajo (454-455) se afirma que los dioses no se cuidan de los hombres, pasaje que unos creen netamente epicúreo y en el que otros ven una referencia a los dioses mitológicos, en los que el poeta no cree.

[99] Véanse, en esta línea, las consideraciones de Brisset, *Les idées...*, págs. 51-78.

[100] Pueden verse los correspondientes pasajes en Brisset, *op. cit.*, pág. 67.

La explicación de conjunto a estas contradicciones la ha buscado Le Bonniec en el carácter de Lucano, alma inquieta y apasionada, y en la condición contradictoria de la vida misma [101]. Malcovati basa su explicación en las dudas filosóficas de la época y en la juventud del poeta, aún sin una sólida formación [102]. Pero, a nuestro juicio, la verdadera explicación está insinuada en las últimas palabras del citado capítulo de Malcovati: «y además era poeta, y su *Farsalia* es una obra de poesía». Éste es el verdadero camino, la auténtica solución, que ha sido desarrollada por Dick y por Due [103]. Dick, tras afirmar que no se trata de una crónica, sino de una epopeya, y que ésta necesita, para llamarse tal, representación dramática de los caracteres, estudia y explica las aparentes contradicciones por las necesidades dramáticas en la pintura de los distintos personajes del poema, como Mario, Alejandro, César, Pompeyo y Catón [104]. A su vez, Due rastrea los pasajes en que Lucano se aparta del estoicismo ortodoxo y concluye con estas palabras que compartimos totalmente: «Tenemos que vérnoslas con un autor que ha querido ser poeta y no filósofo, que ha escrito una epopeya nacional, no una obra filosófica; lo que importa a la hora de la interpretación es la coherencia en la estructura literaria, de la que forman parte las sentencias filosóficas. Si la filosofía expresada en la obra no fuera acorde con la es-

101 Le Bonniec, «Lucan et la religion»..., págs. 194-195.

102 MALCOVATI, *M. Anneo*..., pág. 59.

103 DICK, «Fatum and Fortuna...», págs. 235-242. O. S. DUE, «Lucain et la philosophie», en *Lucain* (Entretiens...), 203-224.

104 Ya antes W. H. FRIEDRICH, «Cato, Caesar und Fortuna bei Lucan», *Hermes* 73 (1938), 391-423, había hecho notar que Lucano mide a sus personajes con arreglo a la actitud de éstos frente al *Fatum* (sobre todo, pág. 420). El término *Fatum* es, en la *Farsalia*, mucho más abundante que *Fortuna*: 258 veces aquél, frente a 144 éste, según el recuento en DEFERRARI, FANNING, SULLIVAN, *A Concordance to Lucan*, Washington, 1940 (= Hildesheim, 1965), *sub uocibus*.

tructura literaria, sería una falta literaria; pero si el poeta no fuera consecuente en su filosofía, ello no sería una falta literaria, a condición de que las inconsecuencias formaran parte de una estructura literaria coherente» [105]. Ésta es la solución: las supuestas contradicciones filosóficas no son contradicciones literarias, las únicas importantes para un poeta.

6. *La «Farsalia» y la tradición épica*

Se ha hecho notar que el género épico es, tal vez, el más cerradamente tradicional, y que Lucano es, de todos los épicos antiguos, el que «más palmariamente ha desdeñado esa tradición» [106]. Pero la revolución de Lucano era, no obstante, «esperada», dado el ambiente de la época y el talante del autor, como ha puesto de relieve Piacentini [107], que, en dos breves y densos capítulos, rastrea el epos histórico y subraya, frente a él, la «nuova impostazione lucanea» [108].

Se ha hecho especial hincapié en las semejanzas y diferencias entre Lucano y Virgilio. Para muchos, la *Farsalia* es la «anti-*Eneida*» y Lucano es, de forma consciente e intencionada, el «anti-Virgilio» [109]. Para otros, la inspiración virgiliana de la *Farsalia* es indubitable. Ya Heitland señaló más de 300 pasajes virgilianos imitados en la *Farsalia* [110]; y luego, entre otros, han ras-

105 DUE, «Lucain...», pág. 221.

106 M. VON ALBRECHT, «Der Dichter Lucan und die epische Tradition», en *Lucain* (Entretiens...), pág. 270. Véase también F. CUPAIUOLO, *Itinerario della poesia latina nel I secolo dell'Impero*, Nápoles, 1973, cap. III («Il poeta e la tradizione letteraria»).

107 PIACENTINI, *Osservazioni*..., pág. 1: «L'opera di Lucano rappresenta la rivoluzione più attesa contro la tradizione del genero epico.»

108 *Op. cit.*, caps. II y III.

109 «Gegen-Vergil» lo llama A. THIERFELDER, «Der Dichter Lucan», *Arch. für Kulturgeschichte* 25 (1935), 14.

110 W. E. HEITLAND, Introducción a la edición de Lucano por C. E. HASKINS, Londres, 1887.

treado estas huellas Caspari, Plessis, Pichon, Malcovati, Guillemin y Thompson-Bruère [111].

A nuestro juicio, la actitud de Lucano debe enmarcarse en el cuadro general de la reacción que surge en el siglo I contra el ideal del clasicismo augústeo. Frente al equilibrio, la moderación, el *decorum* dominante en dicho clasicismo, se alza el deseo de romper moldes, el gusto por un estilo «nuevo», más dinámico e individualizado, menos sujeto a normas y ortopedias, tanto formales como de contenido. Esta «liberación» se inicia ya con Ovidio y se acentúa en Séneca, alcanzando incluso a la prosa histórica, como la de Valerio Máximo o Quinto Curcio, decididos, con anécdotas o exotismos, a sorprender, a maravillar al lector [112]. En este contexto, la postura de Lucano es la de la *aemulatio*, la afirmación de una personalidad propia frente a la tradición (*parádosis*), que llega hasta desvincularse de las normas del género, a romper con los modelos, incluso a negar la tradición, en las formas que ésta propone y, más aún, en el espíritu que la impregna [113]. La *Farsalia* intenta transformar las normas de la épica por superación. No es una «anti-*Aeneis*», sino una «über-*Aeneis*», en expresión atinada de von Albrecht.

Esta ruptura lucánea con la tradición épica es visible en algunos rasgos especialmente llamativos:

[111] F. Caspari, *De ratione quae inter Vergilium et Lucanum intercedat quaestiones selectae*, Leipzig, 1908; F. Plessis, *La poésie latine*, París, 1909, págs. 573 y sigs.; Pichon, *Les sources...*, págs. 218 y sigs.; Malcovati, *M. Anneo...*, págs. 100 y sigs.; Guillemin, «L'inspiration virgilienne...» (para el libro VII); L. Thompson, R. T. Bruère, «Lucan's use of virgilian reminiscence», *Class. Philol.* 63 (1968), 1-21, y «The virgilian background of Lucan's fourth book», *Class. Philol.* 65 (1970), 152-172; M. Tartari, «Lucano e la tradizione epica virgiliana; ripresa e contrapposizione nel libro IV del *Bellum Ciuile*», *Boll. di Stud. Lat.* 9 (1979), 25-39.

[112] Cupaiuolo, *Itinerario...*, pág. 17 y sigs.

[113] Véase Conte, «Il proemio...», pág. 46.

A) Supresión del «aparato divino». — Se llama comúnmente «aparato divino», aunque no es una expresión muy afortunada [114], la intervención de los dioses, que mueven los hilos de los sucesos y de los hombres. Este elemento divino es esencial a la épica, según todas las definiciones antiguas, desde Teofrasto hasta Petronio [115]. Los personajes homéricos son puros muñecos de guiñol manipulados por los dioses, hasta el punto de que se ha hablado de «los títeres de la epopeya» [116]. Los dioses homéricos, a pesar de que intervienen en las luchas de los hombres, son absolutamente libres en sus decisiones, objetivos, sin vinculaciones morales ni de ningún tipo; y, mientras más libres, mayor es el peso del aparato divino en la determinación de las acciones humanas. Virgilio, que sigue las huellas de Homero, se ha impregnado también de la epopeya helenística [117] y de los presupuestos literarios de Calímaco y de los neotéricos. En él los dioses son menos «objetivos», más «parciales». El *pius* Eneas tiene que ser necesariamente aprobado por Júpiter; no es el héroe homérico admirado por su *aretê* y capaz de luchar contra los dioses, sino el héroe piadoso, apoyado necesariamente por ellos [118]; y, cuanto mayor es la parcialidad de los dioses, su necesaria vinculación a un héroe

[114] B. Snell, *La cultura greca et le origini del pensiero europeo*, Turín, 1951, pág. 17.

[115] Teofrasto definía el poema épico como «conjunto de cosas divinas y humanas» (cf. Diomedes, en *Grammatici Latini* I, pág. 483). Petronio (*Sat.* 118,6), en polémica con Lucano, defiende la obligación del poeta épico de narrar los sucesos «per ambages deorumque ministeria».

[116] A. G.ª Calvo, «Los títeres de la epopeya», *Est. Clás.* 7 (1963), 95-106.

[117] K. Ziegler, *Das hellenistische Epos*, Leipzig, 1934.

[118] W. Schadewaldt, «Sinn und Werden des vergilischen Dichtung», en *Aus Roms Zeitwende. Vom Wesen und Wirken des augusteischen Geistes*, Leipzig, 1931.

o a una empresa humana, tanto menor es la necesidad de un aparato divino [119].

Frente a los poemas homérico-virgilianos, en la *Farsalia* los dioses no son, ni colectiva ni individualmente, manipuladores de la acción. Ni siquiera les dirige el poeta la tradicional invocación del comienzo, sustituida por el aludido elogio de Nerón. Entre las múltiples causas asignadas a esta eliminación de lo divino, se suele insistir especialmente en el tema tratado, plenamente histórico, desprovisto de cualquier halo mítico o legendario y en el que, por tanto, hubiera parecido ridícula la participación activa de los dioses [120]. Sea como sea, Lucano desaloja de su epopeya a los dioses e instala, en su lugar, al hombre. Su poema es antropocentrista, desde su «uictrix causa deis placuit, sed uicta Catoni» (I-128) hasta la afirmación de los soldados de César de que ellos son su *fatum* («nos fatum sciat esse suum», V 293). Y esta postura suponía una revolución de la épica, pese a que no debió de extrañar demasiado en un siglo en el que quiebran las ideologías filosóficas y religiosas [121].

B) Racionalismo. — Es una faceta en estrecha relación con la anterior. Al eliminar a los dioses, Lucano explica por vías racionales y científicas multitud de sucesos y fenómenos que la epopeya tradicional explicaba

[119] Piacentini, *Osservazioni...*, pág. 13; Friedrich, «Cato, Caesar...», págs. 394 y sigs.

[120] Le Bonniec, «Lucain et la religion»..., pág. 166; F. Martins, «A crise do maravilhoso na epopeia latina», *Humanitas* 1 (1947), 25-76. Este autor explica de forma muy expresiva (págs. 29-30) lo ridículo, anacrónico, inverosímil y sin sentido que hubiera resultado la intervención de los dioses en un asunto histórico reciente. Pero su concepto de «maravilloso» como sinónimo de «aparato divino» es discutible. En Lucano hay mucho de maravilloso, en el sentido de sorprendente, mágico, exótico.

[121] Piacentini, *Osservazioni...*, pág. 18.

por intervención divina. Veamos algunos ejemplos ilustrativos:

Las causas de los sucesos no tienen un origen mítico-religioso, sino natural y humano. Las causas de la guerra civil son históricas y reales: el triunvirato, las muertes de Craso y de Julia, la ambición de los caudillos, la corrupción de las costumbres, etc. [122].

Las tempestades no se deben a la ira de los dioses, sino que se explican por causas meteorológicas naturales. Así, la más importante de la *Farsalia* (V 504-677) va precedida por una explicación, a cargo de Amiclas, de los indicios detallados que la anuncian (el sol, la luna, el comportamiento de diversos animales), de los vientos que la desencadenan, del lugar de donde vienen las olas, etc. [123].

La lucha entre Hércules y Anteo (IV 590-653) presenta una gran diferencia con la paralela de Hércules y Caco (*Eneida* VIII 185-275), por la «esclusione dell'atmosfera mitica» y la «osservazione veristica della tecnica di lotta» [124]. Lucano describe la lucha como la de dos gladiadores de su tiempo: frotamiento previo de los miembros, hinchazón de los músculos con el esfuerzo, «llaves» de los luchadores, etc. [125].

En esta línea se encuentran las numerosas «digresiones científicas» del poema: descripciones geográficas de

[122] Sobre el tema pueden verse: Piacentini, *op. cit.*, págs. 22-27; y los trabajos de Campiche y Lintott (de éste, sobre todo, págs. 493-498), citados en la n. 95.

[123] El mejor estudio de conjunto sobre las cuatro tempestades principales de la *Farsalia* es el de M. P. O. Morford, *The poet Lucan*, Oxford, 1967, caps. III y IV. También Piacentini, *op. cit.*, págs. 29-33 (para la tempestad del libro V), y König, *Mensch und Welt...* (para la tempestad de IV 48-120).

[124] Piacentini, *op. cit.*, pág. 37.

[125] Sobre este episodio, aunque en un enfoque distinto, puede verse P. Grimal, «L'épisode d'Antée dans la *Pharsale*», *Latomus* 8 (1949), 55-61.

la Galia (I 396-465), de los Apeninos (II 396-438), de Brindis (II 610-627), de Lérida (IV 11-23), del reino de Juba y los pueblos de Libia (IV 670-684), de Tesalia (VI 333-412), de las Sirtes (IX 303-318), sobre el Nilo y sus fuentes (X 172-331), etc.[126]; disquisiciones filosóficas; exposiciones técnico-astronómicas (como la de VIII 172-184); despliegues científico-naturales, como el de las serpientes de Libia (IX 587-937), un minitratado de herpetología[127]; explanaciones técnicas sobre el arte de la profecía (V 64-236), sobre la magia (VI 413-830), etc.[128].

C) HISTORICISMO. — Desde Aristóteles se sabía que la diferencia entre el historiador y el poeta estriba en que el primero narra lo que ha ocurrido y el segundo lo que pudo ocurrir[129]. El modelo clásico de epopeya, el homérico-virgiliano, canta una historia remota, confundida con la leyenda, con incrustaciones, en el caso de

[126] Las descripciones de la Galia, los Apeninos y Tesalia las ha estudiado minuciosamente R. SAMSE: «Lukans Exkurs über Gallien», *Rhein. Mus.* 88 (1939), 164-179; «Lukans Exkurs über die Apenninen», *ibid.* 89 (1940), 293-316; «Lukans Exkurs über Thessalien», *ibid.* 91 (1942), 250-268. Véanse también A. BOURGERY, «La géographie dans Lucain», *Rev. de Philol.* 54 (1928), 25-40, y S. PUCHI, *La geografia di Lucano*, Palermo, 1938.

[127] I. CAZZANIGA, «L'episodio dei serpi libici in Lucano e la tradizione dei *Theriaka* Nicandrei», *Acme* 10 (1957), 27-41; J. AUMONT, «Sur «l'épisode des reptiles» dans la *Pharsale* de Lucain», *Bull. Ass. Guill. Budé*, 4.ª serie (1968), 103-119; R. B. KEBRIC, «Lucan's snake episode (IX 587-937), a historical model», *Latomus* 35 (1976), 380-382.

[128] Sobre la profecía, B. F. DICK, *The Role of Manticism in Lucan's Epic Technique*, Fordham Univ., 1962; «The Technique of Prophecy in Lucan», *Transact. Amer. Philol. Ass.* 94 (1963), 37-49; y «The Role of the Oracle in Lucan's *De bello ciuili*», *Hermes* 93 (1965), 460-466. Sobre los precisos conocimientos de magia que poseía Lucano, A. BOURGERY, «Lucain et la magie», *Rev. Étud. Lat.* 6 (1928), 299-313; y J. VOLPILHAC, «Lucain et l'Egypte dans la scène de nécromancie de la *Pharsale*, VI 413-830, à la lumière des papyri grecs magiques», *Rev. Étud. Lat.* 56 (1978), 272-288.

[129] ARIST., *Poética* IX 1451a-b.

Virgilio, de referencias a la actualidad, pero enmascaradas en una atmósfera mítica. Por otra parte, la epopeya romana, con Nevio y Ennio, se caracteriza por un mayor acercamiento a la historia reciente, incluso con frecuencia en su seco estilo analístico[130]. Pero Nevio se remonta a la leyenda mítica de Dido y Eneas, y Ennio se adhiere a Homero con el uso del hexámetro y con el sueño en el que se le traspasa el alma del poeta de la *Ilíada*.

Lucano da un paso más: elige un tema de historia reciente y viva, destierra cualquier nebulosidad mítica y narra cronológicamente los hechos, manteniéndose siempre fiel a la verdad histórica[131], por lo que ya entre los antiguos se le consideró a veces más un historiador que un poeta. El epos de Lucano, con su historicismo y su vena realista, se aparta de la epopeya tradicional e inaugura la línea que seguirá siglos después la épica española[132].

D) AUSENCIA DE HÉROE PROTAGONISTA. — También en esto Lucano es un caso aparte. Respecto al héroe de su poema, hay opiniones para todos los gustos: César[133], Pompeyo[134], Catón[135], incluso los tres juntos[136]. Hay

[130] E. NORDEN, *Ennius und Vergilius*, Leipzig, 1915 (Stuttgart, 1966).

[131] La fidelidad histórica de Lucano la ha puesto de relieve P. GRIMAL, «Le poète et l'histoire», en *Lucain* (Entretiens...), 53-117.

[132] Así lo percibió ya R. MENÉNDEZ PIDAL, *Los españoles en la literatura*, 2.ª ed., Madrid, 1971, págs. 104-105. Recientemente ha desarrollado con amplitud esta idea S. MARINER, «Epopeya e hispanidad», *Est. Clás.* 78 (1976), 285-341.

[133] Así W. S. TEUFFEL, *Geschichte der römischen Literatur* II, Leipzig, 1910, pág. 266; HEITLAND, *Introducción...*, pág. LXII (Catón sería un héroe secundario, de tipo moral); MALCOVATI, *M. Anneo...*, págs. 66-67; BRISSET, *Les idées...*, pág. 164, n. 2.

[134] CASTRESANA, *Historia...*, págs. 149 y 229.

[135] R. PICHON, *Histoire de la Littérature Latine*, París, 1930, pág. 567; FRIEDRICH, «Cato, Caesar...», pág. 419.

[136] J. W. DUFF, *A Literary History of Rome in the Silver Age*, Nueva York, 1927, pág. 328.

quien piensa que el verdadero héroe es el Pueblo Romano [137]; o la República [138]; o la Libertad [139]; o un «tema» que da unidad al conjunto: el tema de la «guerra civil» [140]; o el de la *patria ruens* [141]; o el de «la lucha entre Tiranía y Libertad» [142]; o el «núcleo estoico» [143], etc.

Este ancho abanico de opiniones revela claramente que no existe en el poema un héroe neto y definido, a la manera tradicional [144] (Aquiles, Ulises, Eneas, etc.). Es evidente que a nuestro poeta no le gustaban los caminos trillados. Podemos aplicarle, en su postura ante la epopeya tradicional, las palabras que él, en otro contexto, asigna a César: «concessa pudet ire uia» (II 446).

7. *Retórica y valor literario de la «Farsalia»*

El retoricismo de Lucano es ya un tópico en cualquiera de los estudiosos de literatura latina [145], y con razón, pues basta leer una página de la *Farsalia* para percibirlo. A su formación retórica contribuyó el ambiente literario de la época postaugústea y, sobre todo, su propio ambiente familiar [146]. La retórica se plasma en nuestro autor en una clara tendencia a lo patético, y el pathos se presenta en una rica gama de irisaciones personales: colosalismo, sentido trágico, paradojas y antítesis, intervención exacerbada del poeta en el relato [147].

¿Quiere decir esto que Lucano es un puro declamador grandilocuente, pero no un poeta? De ningún modo. En primer lugar, había que preguntarse si la retórica fue, para la poesía de esta época, un puro e infecundo artificio estilístico o, más bien, un componente cualificador del nuevo gusto, con una justificación y validez histórica en sí misma [148]. En su más íntima sustancia la retórica postaugústea se constituye como la búsqueda, hasta la exasperación, de nuevos valores y presupuestos literarios, comenzando por ahondar en el «yo», analizando los propios sentimientos y descubriendo lo que en cada hombre hay de específicamente individual y humano. Se concede preferencia al aspecto individual de la creación artística, anteponiendo la emulación (*zê-*

---

137 Así ya Plessis, *La poésie*..., pág. 560; más recientemente Cazzaniga, *Problemi*..., pág. 60; por su parte, Piacentini (*Osservazioni*..., pág. 40) hace notar que Lucano, en sus catálogos de pueblos, no habla nunca de jefes, sino de colectividades.

138 Girard, «Un poète...», pág. 427.

139 H. C. Nutting, «The hero of the *Pharsalia*», *Amer. Journ. Philol.* 53 (1932), 41-52.

140 Sanford, «Lucan and Civil...», pág. 123.

141 O. S. Due, «An Essay on Lucan», *Class. & Mediaev.* 22 (1962), 120.

142 Syndikus, *Lucans Gedicht*..., *passim*.

143 Marti, «The meaning...», sobre todo pág. 355.

144 S. Mariner, «La *Farsalia*, poema sin dioses, ¿también sin héroes?», *Est. Clás.* 62 (1971), 133-159. Ya A. Klotz, *Geschichte der römischen Literatur*, Leipzig, 1930, pág. 258, afirmaba que «el poema, en suma, no tiene héroe ni contenido unitario».

145 Véanse, por ejemplo, Schanz-Hosius, *Geschichte*..., vol. II, pág. 498; o E. Norden, *La letteratura romana*, trad. it., Bari, 1958, pág. 165.

146 Sobre el tema, puede verse el enjundioso trabajo de S. F. Bonner, «Lucan and the Declamation Schools», *Amer. Journ. Philol.* 87 (1966), 257-289.

147 La referencia a los trabajos y autores que se han ocupado de las diversas facetas del retoricismo y el *pathos* lucáneos (Fraenkel, Gundolf, Thierfelder, Eckardt, Nowak, Syndikus, Seitz, Marti, Morford...) puede verse en nuestros artículos: «El encabalgamiento versal y su tipología en la *Farsalia* de Lucano», *Cuad. Fil. Clás.* 13 (1977), 213-267 (sobre todo, 219); «Las paradojas retóricas en Lucano», en *Actas del V Congr. Esp. de Est. Clásicos*, Madrid, 1978, págs. 371-376; y, para una ejemplificación de dicho *Pathos*, nuestro «Encabalgamiento y *pathos*: la muerte de Pompeyo en la *Farsalia* (VIII 536-711)», *Cuad. Fil. Clás.* 15 (1978), 251-260.

148 Cupaiuolo, *Itinerario*..., pág. 49, y, en general, todo el cap. II («Il *nuovo stile* e la poetica della retorica»). Para algunos aspectos de la retórica lucánea (sobre todo de la *inuentio*), es interesante y sugestivo W. Rutz, «Lucan und die Rhetorik», en *Lucain* (Entretiens...), págs. 235-265.

los) a la imitación (*mímēsis*). Esta nueva poética, en la medida en que se aparta del clasicismo augústeo, revela sugestivas posibilidades de expresión de sentimientos, alucinaciones y fantasías. Origina una poesía expresionista, pero auténtica poesía.

A Lucano lo salva precisamente la «intensidad» de sus sentimientos, que lo hce derramarse en el poema, con intervenciones continuas. Arte y vida se funden y confunden en él en un único sentimiento, hasta el punto de que «non si sa definire se è retorica il suo poema o è retorica la sua vita» [149]. Cupaiuolo considera que la *Farsalia* es «sobre todo obra de un artista», por la grandiosidad del cuadro que despliega y por el avance irresistible de la acción, que traslada su dinamismo al propio estilo [150]. Téngase en cuenta, además, que el poeta murió muy joven y que dejó su obra inacabada, sin el último toque. Aun así, sin juzgar las posibles creaciones más perfectas de su frustrada madurez, sino únicamente la obra que alumbró su precocidad, ésta contiene valores más que suficientes como para «colocar indubitablemente a Lucano en el lugar que le corresponde: entre los poetas» [151].

8. *Pervivencia de Lucano*

Aludiré brevemente a «la fortuna de Lucano» en las distintas épocas, tema sobre el que existen varios trabajos de interés [152].

149 CAZZANIGA, *Problemi...*, pág. 51.

150 CUPAIUOLO, *Itinerario...*, pág. 86.

151 MORFORD, *The poet...*, pág. 88. Son las palabras con las que el autor cierra su obra, dedicada a demostrar que la «épica retórica» de Lucano es tan válida poéticamente, dentro de los presupuestos literarios de su tiempo, como la épica virgiliana en el suyo.

152 Trabajos de conjunto, breves pero enjundiosos, son el de MALCOVATI, *M. Anneo...*, cap. V («La fortuna di Lucano»), y el de W. FISCHLI, *Studien zum Fortleben der Pharsalia des M. Annaeus Lucanus*, Lucerna, s/a. También los apartados que dedican al tema, en sus respectivas Introducciones, las ediciones de HERRERO y MARINER.

Conocidos son los juicios negativos de Petronio, ya citado, de Quintiliano («magis oratoribus quam poetis imitandus») y, centurias después, de Servio («historiam composuisse, non poema») y de S. Isidoro, que repite a Servio [153]. Pero, en contraste, los juicios positivos de Marcial y de Estacio [154]. Entre los escritores cristianos, S. Jerónimo, S. Agustín, Juvenco, Prudencio, Orosio, etc., conocen bien a Lucano, lo citan y lo imitan.

Durante la Edad Media, desde Prisciano hasta Dante, la *Farsalia* es, junto a la *Eneida*, el poema épico más popular y conocido. Prisciano toma para su *Gramática* tal cantidad de ejemplos de nuestro poeta que ha podido decirse, con expresiva exageración, que podría, con ellos, reconstruirse la *Farsalia*, si no se nos hubiera conservado [155]. En el estudio de Sanford pueden leerse numerosas citas de Lucano en autores medievales: Albertino de Musato, Abelardo [156], Raterio de Verona, Arnulfo de Orleans, Aimerico, Gualterio de Chatillon, Mateo de Vendôme, Godofredo de Viterbo, Conrado de Hirsau, Juan de Salisbury y otros. Cerrando la Edad Media, los repetidos elogios de Dante [157].

153 PETR., 118, 6; QUINT., X 1, 90; SERVIO, a *Eneida* I 382; ISID., *Oríg.* VIII 7, 10.

154 MARCIAL, XIV 194 (también VII 21, 22, 23; X 64); ESTACIO, *Silvas* II 7. Por su parte, TÁC., *Diál. Orad.* XX 5, le reconoce *poeticus decor* y lo asimila a Virgilio y Horacio. Para una valoración de las opiniones de los antiguos sobre Lucano, cf. E. M. SANFORD, «Lucan and his Roman Critics», *Class. Philol.* 26 (1931), 233-257.

155 E. M. SANFORD, «Quotations from Lucan in Mediaeval Latin Authors», *Amer. Journ. Philol.* 55 (1934), 17.

156 Para el uso de Lucano en la correspondencia entre Abelardo y Eloísa, que «se saben de memoria la *Farsalia*», véase E. MALCOVATI, «Sulla fortuna di Lucano», *Atene & Roma* 8 (1963), 27-33; y también, P. VON MOOS, «Lucan und Abaelard», en *Hommages à A. Boutemy*, Bruselas, 1976, págs. 413-443.

157 El más conocido en *Infierno* IV 88-90.

Los Renacimientos y Siglos de Oro mantienen el interés por Lucano. Referencias a él o influencias suyas pueden detectarse en escritores de Italia (Petrarca, Poliziano, Tasso, etc.), de Francia (Rabelais, Montaigne, Corneille, Voltaire, etc.), de España (Juan de Mena, Gómez Manrique, el Marqués de Santillana, Ercilla, Cervantes, Miguel de Carvajal, Juan de la Cueva, Cristóbal de Mesa, Góngora, Quevedo, Gracián, Jáuregui, etc.) [158]. Los humanistas, sobre todo después del descubrimiento y la publicación de la *Poética* de Aristóteles (1536), se inclinaron más hacia el modelo homérico-virgiliano de la épica. Algunos, como J. J. Escalígero, desprecian a Lucano, pero otros, como Grocio, lo admiran. Entre los humanistas españoles sobresalen en la admiración Luis Vives y el «Brocense».

Los escritores del Barroco conectan bien con Lucano, al que consideran como de la familia [159]. Y lo mismo sucederá con los románticos y prerrománticos, admiradores, cuando no apasionados, de nuestro poeta: Keats, Shelley, Hölderling, Fóscolo, Víctor Hugo, Goethe, etc. [160]. El siglo XIX, con su criticismo extremoso y su positivismo, desprecia generalmente a Lucano como poeta; un buen ejemplo es Nisard, que lo considera como símbolo de la «decadencia» [161]. Pero a ese siglo, en su segunda mitad, debemos una serie de obras de gran valor sobre el poeta: la edición crítica de Hosius, las investigaciones métricas de Trampe, la obra de Obermaier sobre la lengua, el estudio de las fuentes históricas por Baier, de las literarias por Christoni y Diels, de los tropos por Gregorius, de su postura política por Boissier, de su postura religiosa por Souriau y Millard, la erudita introducción de Heitland a la edición de Haskins, la magnífica edición del libro I por Lejay, etc. Bien es verdad que estos autores encararan la obra de Lucano «como cualquier cosa, menos como un poema» [162]. Y será en nuestro siglo, en los años veinte y treinta, con las obras de Gundolf, Fraenkel, Thierfelder y Eckardt, cuando se va a enfocar a Lucano desde el ángulo de sus valores poéticos.

Después de la segunda guerra mundial se produce un autentico renacimiento de los estudios lucáneos, sobre todo en Alemania: desde 1949 comienzan a aparecer allí abundantes tesis doctorales sobre el poeta, entre las que sobresale la de W. Rutz [163]. Fruto espléndido de este *furor Teutonicus* (para usar una de las más famosas frases de la *Farsalia*) en el estudio del poeta han sido las dos bibliografías críticas aparecidas en la revista *Lustrum* y debidas, respectivamente, a R. Helm («*Lucanus* 1925-1942», *Lustrum* 1 [1956], 163-228) y a W. Rutz («*Lucan* 1943-1963», *Lustrum* 9 [1964], 243-334). Lo mismo debe decirse del libro publicado por la fondation Hardt en 1970 (*Lucain* [Entretiens...]).

También la filología italiana ha dedicado en las últimas décadas numerosos estudios a Lucano, desde que rompió el fuego, en 1940, el bello libro de E. Malcovati [164]. Y la filología de lengua inglesa, sobre todo

158 Véase C. SCHLAYER, *Spuren Lukans in der spanischen Dichtung*, Heidelberg, 1927.

159 FISCHLI, *Studien...*, pág. 54.

160 DUE, «An Essay...», pág. 80, afirma que Goethe fue «el último gran poeta que apreció a Lucano y se dejó influir por él». Para esta época es interesante L. PAOLETTI, «La fortuna di Lucano dal Medioevo al Romanticismo», *Atene & Roma* 7 (1962), 144-157.

161 D. NISARD, *Études de moeurs et de critique sur les poètes latins de la décadence*, Bruselas, 1834 (Parte 2.ª: «Lucain ou la décadence»).

162 DUE, «An Essay...», pág. 81; en las págs. 75 y sigs. de este trabajo, se nos ofrece un resumen apretado, pero sugestivo, de la suerte de Lucano en las diversas épocas.

163 RUTZ, *Studien...*, citado en n. 34. Otras se deben a Klien, Flume, Menz, Schnepf, Nowak, König, Metger, Syndikus, etc. Y trabajos importantes, buena parte de ellos, como las *Dissert.*, ya citados: Schönberger, Haffter, Opelt, Burck, Pfligersdorffer, etc.

164 La propia Malcovati ha publicado otros trabajos sobre Luca-

de Estados Unidos, siguiendo las huellas de la gran especialista B. M. Marti, que publicó en 1945 un famoso estudio[165] y ha insistido en varios trabajos posteriores. En cuanto a Francia, tras la edición y los trabajos de Bourgery, el libro más importante publicado sobre nuestro poeta es el de J. Brisset, repetidamente citado. Pero hay trabajos notables de Grimal, Guillemin, Rambaud, etc.

¿Y en España? Paratore constataba, con motivo del 1900 aniversario de la muerte de nuestro poeta, que los españoles nos habíamos volcado en homenajear a Séneca, olvidando del todo a su sobrino Lucano, pese a que éste «princeps Hiberici nominis gloriam edidit atque circumtulit diuque paene principem locum inter Romanos heroi carminis auctores obtinuit»[166]. Aparte del libro de R. Castresana, citado, dos filólogos han dedicado en España especial atención al poeta en los últimos años: los también citados V.-J. Herrero y S. Mariner. El primero, con su tesis doctoral sobre Lucano en España, diversos trabajos sobre el autor y la edición crítica, con traducción, del poema. El segundo, con cursos de Doctorado sobre el poeta, dirección de trabajos sobre él y la traducción reciente de la Farsalia, que había sido precedida de una *Selección de la «Farsalia»*, con aparato crítico y traducción, publicada en Catania, en la Col. «Poeti del mondo latino».

9. *El texto*

En las «Introducciones» a las ediciones críticas de Housman, Bourgery, Herrero y la *Selección...* de Ma-

no. Otros nombres: Piacentini, Paratore, Cazzaniga, Griset, Conte, Gagliardi, Paoletti, etc.

[165] Marti, «The meaning...». *Dissertationes* y trabajos de Dick, Due, Tucker, Jensen, Murdock, Bruère, Philips, Morford, etc., atestiguan la actualidad de Lucano en este ámbito filológico.

[166] E. Paratore, «De Lucano poeta, ab eius morte anno undeuicies centesimo exacto», *Latinitas* 15 (1967), 3-19.

riner pueden verse los problemas de la transmisión del texto de la *Farsalia*. Aquí nos limitamos a señalar lo siguiente:

La enorme popularidad de Lucano en la Edad Media dio lugar, desde la época carolingia, a numerosos mss., de los que han llegado hasta nosotros más de 150 totales y otros muchos parciales. Aún está por hacer el estudio detallado de todos ellos, con la distribución en familias y la reconstrucción del arquetipo.

Aparte de unos fragmentos de los libros V, VI y VII conservados en dos palimpsestos que se remontan a los siglos IV o V (*Palatinus Vaticanus* 24, *Vindobonensis* 16 y *Neapolitanus* IV A 8), los códices más antiguos de la *Farsalia* que nos han llegado son de los siglos IX-X. Entre ellos cabe destacar los seis siguientes: *Z* = *Parisinus Latinus* 10.314; *P* = *Parisinus Latinus* 7502; *M* = *Montepessulanus* H 113; *V* = *Vossianus Latinus* XIX q. 51; *U* = *Vossianus Latinus* XIX f. 63; *G* = *Gemblacensis-Bruxellensis* 5330. Los códices de Lucano existentes en bibliotecas españolas han sido colacionados y valorados por Herrero (págs. LX-LXXI de su «Introducción»).

En nuestra traducción hemos seguido el texto de la edición de Housman, de la que únicamente nos desviamos en los siguientes pasajes:

Texto de Housman	Nuestro texto
I 8-9: .... *ferri?*	.... *ferri*
.... *cruorem*	.... *cruorem,* (A. Ernout, *Rev. Phil.* 37 [1963] 186-188).
I 229: *impiger, et torto*	*impiger, it torto* (Bourgery).
I 254: *ruentem*	*furentem* (Bourgery; A. Holgado, en *Emerita* 59 [1981], 353-359).
I 463: *Belgis*	*bellis* (Bourgery).
I 532-533: .... *lampas emicuit caelo*	.... *lampas emicuit caelo.* (Bourgery).

Texto de Housman	Nuestro texto
II 292: *complossas*	*compressas* (Bourg.).
II 710: *qua*	*quae* (Bourg.).
III 724: *descendit*	*discedit* (Bourg.).
IV 662: *gerat*	*regat* (mss. *P,G,U*).
VI 200: *portae*	*torta* (Bourg.).
VI 778: *tacitae*	*tactae* (Bourg.).
VII 387: *nona explicat*	*non expleat* (Bourg.).
IX 674: *oculisque*	*oculique* (Bourg.).
IX 674 A: Verso de Housman	Suprimido.
X 122 A: Verso de Housman	Suprimido.
X 123: *cuius*	*quorum.*
X 472 A: Verso de Housman	Suprimido.
X 474: *nocens?*	*nocens.*
X 514-515: *ut uidit libera ponti ostia, non fatum meriti poenasque*	*aditus ac libera ponti ostia permisit. Nec poenas inde* (Bourg.).

10. *Ediciones y traducciones*

A) Ediciones y traducciones no españolas. — La *editio princeps* se imprimió en Roma en 1469. A finales del propio siglo xv se publicaron los comentarios de Ognibene y de Sulpicio Verulano, que acompañarán a muchas de las ediciones italianas posteriores. En Francia, Sebastián Gryphe edita varias veces la *Farsalia* a lo largo del siglo xvi. Peor es a partir del xvii cuando surgen las ediciones críticas valiosas. Desde entonces, las más destacadas son:

H. Grotius, Amsterdam, 1610; Amberes, 1614; Leiden, 1626.
T. Farnabius, Amsterdam, 1618 (y muchas ediciones posteriores).
G. Kortte (Cortius), Leipzig, 1726.
F. Oudendorp, Leiden, 1728.
P. Burman, Leiden, 1740.
R. Bentley, R. Cumberland, Strawberry-Hill, 1760.

C. F. Weber, Leipzig, 1821-1831.
W. E. Heitland, C. E. Haskins, Londres y Cambridge, 1887 (larga introducción del primero y comentarios del segundo).
C. Hosius, Leipzig, 1892 (1905, 1913). Edición crítica muy importante, que no tuvo rival hasta que salió la de Housman.
P. Lejay, París, 1894 (libro I, con sugestiva introducción y enjundiosos comentarios).
C. M. Francken, Leiden, 1896-1897.
J. P. Postgate, Cambridge, 1913 (libro VII); 1917 (libro VIII). Hay edición del libro VII, revisada y aumentada por O. A. W. Dilke, Cambridge, 1960.
A. E. Housman, Oxford, 1926 (1927, 1950, 1958, 1970). Es la mejor de las ediciones críticas del poeta.
A. Bourgery, M. Ponchont, 2 vols., Col. Budé, París, 1926-1930 (con traducción francesa). Buena edición crítica.
J. D. Duff, Col. Loeb, Londres y Cambridge, 1928 (con traducción inglesa).
R. J. Getty, Cambridge, 1940 (libro I). Edición crítica con comentario.
I. Cazzaniga, Milán, 1956. Incluido en el libro *Problemi intorno alla Farsaglia* se encuentra lo siguiente: libro I (con aparato crítico), libro VIII 557-691 (con aparato crítico), libro IX 702-838 (sin aparato crítico) (págs. I-LXXVIII); traducción de los citados textos (págs. 1 A-39 A); comentario del libro I (págs. 191-261).
E. Griset, Turín, 1960. (Selección de textos, con introducción y comentario.)
P. Wuilleumier, H. Le Bonniec, París, 1962 (libro I). Algunas notas críticas y buen comentario.
R. Badalì, Bolonia, 1972. (Texto y comentario de los libros I y VI.)
D. Gagliardi, Florencia, 1975. (Libro VII, con introducción y excelente comentario.)
R. Mayer, Londres, 1979. (Libro VIII, con introducción, texto latino, traducción inglesa y comentario literario.)
P. Barratt, Amsterdam, 1979. (Libro V, con comentario.)

A su vez, las ediciones más importantes de *Escolios* de Lucano son:

H. Genthe, *Scholia uetera in Lucanum e codice Montepessulano*, Berlín, 1868.
H. Usener, *M. Annaei Lucani Commenta Bernensia*, Leipzig, 1869 (= Hildesheim, 1967).

J. ENDT, *Adnotationes super Lucanum*, Leipzig, 1909 (= Stuttgart, 1969).
B. M. MARTI, *Arnulfi Aurelianensis Glosule super Lucanum*, Roma, 1958.

En cuanto al *Léxico* de Lucano, puede verse:

G. W. MOONEY, *Index to the Pharsalia of Lucan*, Dublín, 1927.
J. DEFFERRARI, M. W. FANNING, A. S. SULLIVAN, *A Concordance of Lucan*, Washington, 1940 (= Hildesheim, 1965).

Traducciones de la *Farsalia*, además de las ya aludidas, pueden citarse como representativas:

Las francesas, en prosa, de MARMONTEL (1766) y HAUREAU (1837), y en verso, de DEMOGEOT (1886) y GALLOT (1894).
Las italianas de CASSI (1826), de USSANI (1899-1903: libros I, II, III, VII), de L. CARELLI (Turín, 1954).
Las inglesas de F. R. B. GODOLPHIN, ed. (Nueva York, 1949), y R. GRAVES, parcial (Londres, 1956).

B) EDICIONES Y TRADUCCIONES ESPAÑOLAS. — La primera traducción castellana de la *Farsalia* es anónima y se encuentra inserta en la *General Estoria* de Alfonso el Sabio [167].

La segunda, y primera no anónima, es la de Martín Laso de Oropesa, publicada en el siglo XVI sin lugar ni año de impresión, aunque tal vez sea de hacia 1535 [168].

La tercera se debe a Juan de Jáuregui, de la 1.ª mitad del siglo XVII, y fue publicada después de su muerte. Es una versión en octavas reales, muy libre, con adiciones y omisiones desfiguradoras y con abuso de amplificaciones retóricas. El traductor quiso imitar en el estilo a Lucano, de cuya «españolidad» se sentía orgulloso, pues subtituló su versión «poema español» (hay edición moderna, Aguilar, Madrid, 1947) [169].

Tras Jáuregui, durante siglos, y hasta fechas recientes, no vuelve a hacerse ninguna traducción ni edición nueva de la *Farsalia*. Ahora contamos con dos excelentes, ya aludidas:

V.-J. HERRERO, *Lucano. La Farsalia*, 3 vols., Col. Hispánica de Autores Griegos y Latinos, Barcelona-Madrid, 1967-1982. Edición crítica, con traducción castellana y buena introducción.
S. MARINER, *Lucano. Selección de la «Farsalia»*, Col. «Poeti del mondo latino», Catania, 1971. Introducción, texto con aparato crítico, traducción castellana y notas explicativas.
Lucano. Farsalia, Madrid, 1978. Traducción castellana, con introducción y notas.

11. *Nuestra traducción*

Hemos intentado ajustarnos al texto lo más posible, conservando, cuando era viable, el estilo del poeta, pero sacrificando, siempre que entraban en conflicto, la forma al contenido. Es decir, cuando una expresión nos parecía muy «lucánea», pero no reflejaba con total exactitud el pensamiento del autor, hemos optado siempre por trasladar con la mayor precisión posible el contenido, aun en perjuicio de la forma.

Nos han sido útiles las traducciones de Duff y Bourgery-Ponchont, pero, muy especialmente, somos deudores de Herrero y Mariner. Nuestro particular agradecimiento a este último cuya traducción nos ha

[167] Ha sido estudiada por V.-J. HERRERO, «Influencia de Lucano en la obra de Alfonso el Sabio. Una traducción anónima e inédita», *Rev. de Arch. Bibliot. y Museos* 67 (1959), 697-715.

[168] Así V.-J. HERRERO, «Laso de Oropesa y su traducción de la *Farsalia*», *Rev. de Arch. Bibliot. y Museos* 69 (1961), 752-773.

[169] V.-J. HERRERO, «Jáuregui, intérprete de Lucano», *Helmantica* 5 (1964), 389-410. En la Introducción a su edición de Lucano (págs. L-LIII) puede verse el juicio crítico, esquemático y preciso, que le merecen las dos traducciones citadas: bastante positivo para Laso de Oropesa y muy negativo para Jáuregui.

servido de guía y, casi siempre, de clave resolutoria en los pasajes dudosos o de especial complicación. A Herrero, a su vez, una sincera gratitud por su revisión cuidadosa de nuestra traducción y por sus acertadas observaciones, que me han servido para mejorar muchos pasajes.

BIBLIOGRAFÍA

R. Ackermann, *Lucans Pharsalia in den Dichtungen Shelleys*, Zweibrücken, 1896.

F. M. Ahl, «Pharsalus an the *Pharsalia*», *Class. et Med.* 29 (1968), 124-161.

— «Appius Claudius and Sextus Pompey in Lucan», *Clas. et Med.* 30 (1969), 331-346.

— «Hercules and Curio: some comments on *Pharsalia* IV 581-824», *Latomus* 31 (1972), 997-1009.

— «The Pivot of the *Pharsalia*», *Hermes* 102 (1974), 305-320.

— *Lucan. An introduction*, Nueva York, Cornell Univ. Press, 1976.

M. von Albrecht, «Der Dichter Lucan und die epische Tradition», en *Lucain* (Entretiens sur l'Antiquité Classique, 15), Fond. Hardt, Ginebra, 1970, págs. 269-308.

F. Arnaldi, «Lucano», *Vichiana* 3 (1974), 40-49.

F. Arredondo, «Genialidad trágica del cordobés Lucano», *Helmantica* 2 (1951), 66-83.

— «Un episodio de magia negra en Lucano», *Helmantica* 4 (1952), 347-362.

J. Aumont, «Caton en Libye (Lucain, *Pharsale* IX 294-949)», *Rev. Étud. Anc.* 70 (1968), 304-320.

— «Sur "l'épisode des reptiles" dans la *Pharsale* de Lucain (IX 587-937)», *Bull. Ass. Guill. Budé*, 4.ª serie (1968), 103-119.

R. Badalì, «I codici romani di Lucano», *Boll. Com. Prep. Ed. Naz. Class. Greci e Latini* 21 (1973), 3-47; 22 (1974), 1-48.

L. Baldini Moscadi, «Osservazioni sull'episodio magico del VI libro della *Farsaglia* di Lucano», *Studi Ital. Filol. Classica* 48 (1976), 140-199.

H. Bardon, *Les Empereurs et les lettres latines d'Auguste à Hadrien*, 2.ª ed., París, 1968, cap. VII («La renaissance néronienne»).
J. W. Basore, «Direct Speech in Lucan as an Element of Epic Technic», *Trans. Amer. Phil. Ass.* 35 (1904), 94-96.
F. L. Bastet, «Lucain et les arts», en *Lucain* (Entretiens...), 121-158.
H. Berthold, «Beobachtungen zu den Epilogen Lucans», *Helikon* 17 (1977), 218-225.
B. Bilinski, «De Lucano Troiae periegeta observationes», *Eos* 42 (1947), 90-121.
K. E. Bohnenkamp, «Zum Nero-Elogium in Lucans *Bellum Ciuile*», *Mus. Helv.* 34 (1977), 235-248.
S. F. Bonner, «Lucan and the Declamation Schools», *Amer. Journ. of Phil.* 87 (1966), 257-289.
A. Bourgery, «La géographie dans Lucain», *Rev. Philol.* 54 (1928), 25-40.
— «Lucain et la magie», *Rev. Étud. Lat.* 6 (1928), 299-313.
C. Braidotti, *Le vite antiche di M. Anneo Lucano*, Bolonia, 1972.
J. Brisset, *Les idées politiques de Lucain*, París, 1964.
R. T. Bruère «The scope of Lucan's historical epic», *Class. Philol.* 45 (1950), 217-235.
— «Lucan's Cornelia», *Class. Philol.* 46 (1951), 221-236.
— «Lucan and Petrarch's *Africa*», *Class. Philol.* 56 (1961), 83-99.
V. Buchheit, «Lucans *Pharsalia* und die Frage der Nichtvollendung», *Rhein. Museum* 104 (1961), 362-365.
E. Burck, «Das Menschenbild im römischen Epos», *Gymnasium* 65 (1958) 139-146 (para Lucano).
—*Vom römischen Manierismus*, Darmstadt, 1971.
E. Burck-W. Rutz, «Die *Pharsalia* Lucans», en *Das römische Epos* (ed. E. Burck), Darmstadt, 1979, 154-199.
R. Castresana, *Historia y política en la Farsalia de M. Anneo Lucano*, Madrid, 1956.
I. Cazzaniga, *Problemi intorno alla Farsaglia*, Milán, 1955.
—«L'episodio dei serpi libici in Lucano e la tradizione dei *Theriaka* nicandrei», *Acme* 10 (1957), 27-41.
E. Cizek, *L'époque de Néron et ses controverses idéologiques*, Leiden, 1972.
H. Cogliano, *Il barochismo in Seneca e in Lucano*, Mesina, 1938.
G. B. Conte, «Il proemio della *Pharsalia*», *Maia* 18 (1966), 42-53.
— «La guerra civile nella rievocazione del popolo: Lucano II 67-233. Stile e forma della *Pharsalia*», *Maia* 20 (1968), 224-253.

— «Ennio e Lucano», *Maia* 22 (1970), 132-138.
— *Saggio di commento a Lucano. Pharsalia VI 118-260. L'aristia di Sceva*, Pisa, 1974.
A. Cozzolino, «Due precedenti lucanei», *Vichiana* 5 (1976), 54-61.
B. F. Dick, *The Role of Manticism in Lucan's epic technique*, tesis doct., Fordham Univ., 1962.
— «The Technique of Prophecy in Lucan», *Transact. Amer. Philol. Ass.* 94 (1963), 37-49.
— «The Role of Oracle in Lucan's *De bello ciuili*», *Hermes* 93 (1965), 460-466.
— *Fatum* and *Fortuna* in Lucan's *Bellum Ciuile*», *Class. Philol.* 62 (1967), 235-242.
H. Diels, *Seneca und Lucan*, Berlín 1886.
M. Dolç, «Aproximación a la estética de Lucano», en *Retorno a la Roma clásica*, Madrid, 1972, págs. 223-264.
O. S. Due, «An Essay on Lucan», *Class. et Mediaev.* 22 (1962), 68-132.
— «Lucan et la philosophie», en *Lucain* (Entretiens...), págs. 203-232.
L. Eckardt, *Excurse und Ekphraseis bei Lucan*, tesis doct., Heidelberg, 1934.
A. Eichberger, *Untersuchungen zu Lucan*, tesis doct., Tubinga, 1935.
A. Ernout, «Lucain (*Bellum ciuile* I 8-12)», *Rev. Phil.* 37 (1963), 186-188.
— «Lucain et Salluste», *Rev. Phil.* 45 (1971), 293-297.
M. Erren, «Elf Lucanverse (Vii 510-520)», *Hermes* 91 (1963), 74-103.
P. Esposito, «Sulla fortuna delle opere minori di Lucano attraverso i secoli», *Vichiana* 6 (1977), 85-92.
— «Il VII libro della *Pharsalia* e l'ideologia di Lucano. Un'ipotesi interpretativa», *Vichiana* 7 (1978), 117-141.
W. Fauth, «Die Bedeutung der Nekromantie-Szene in Lucans *Pharsalia*», *Rhein. Museum* 118 (1975), 325-344.
E. Fraenkel, «Lucan als Mittler des antiken *Pathos*», en *Kleine Beiträge zur Klassischen Philologie* II, Roma, 1964, págs. 233-266.
W. H. Friedrich, «*Cato, Caesar* und *Fortuna* bei Lucan», *Hermes* 73 (1938), 391-423.
H. Flume, *Die Einheit der künstlerischen Persönlichkeit Lucans*, tesis doct., Bonn, 1954.
D. Gagliardi, *Lucano poeta della libertà*, 2.ª ed., Nápoles, 1970.
— «Lucano e Sallustio», *Boll. Stud. Lat.* 4 (1974), 16-21.
— «Osservazioni sul libro X della *Pharsalia*», *Boll. Stud. Lat.* 8 (1978), 245-251.
J. van Gelder, «Lucan als Dichter», *Hermeneus* 26 (1955), 182-192.

R. J. GETTY, «Observations on the first book of Lucan», *Class. Quart.* 30 (1936), 55-63.
— «Neopythagoreanism and Mathematical Symmetry in Lucan, *De bello ciuili* I», *Transact. Amer. Philol. Ass.* 91 (1960), 310-323.
H. C. GOTOFF, *The Transmission of the Text of Lucan in the Ninth Century*, Cambridge, Mass., 1971.
G. K. GRESSETH, «The quarrel between Lucan and Nero», *Class. Philol.* 52 (1957), 24-27.
P. GRIMAL, «L'épisode d'Antée dans la *Pharsale*», *Latomus* 8 (1949), 55-61.
— «L'éloge de Nerón au début de la *Pharsale* est-il ironique?», *Rev. Étud. Lat.* 38 (1960), 293-305.
— «Le poète et l'histoire», en *Lucain* (Entretiens...), págs. 53-117.
A. GUAGLIANONE, «Gli epigrammi di Lucano», *Sileno* 2 (1976), 51-58.
A. GUILLEMIN, «L'inspiration virgilienne dans la *Pharsale*», *Rev. Étud. Lat.* 29 (1951), 214-227.
F. GUNDOLF, *Caesar, Geschichte seines Ruhms*, Berlín, 1924.
M. HADES, «Later latin epic and Lucan», *Class. Weekly* 30 (1936), 153-157.
H. HAFFTER, «Dem schwanken Zünglein lauschend wachte *Caesar* dort», *Mus. Helv.* 14 (1957), 118-126.
L. HAKANSON, «Problems of textual criticism and interpretation in Lucan's *De bello ciuili*», *Proceed. Cambridge Philol. Society* 25 (1979), 26-51.
V.-J. HERRERO, «La influencia de Lucano en la obra de Alfonso el Sabio. Una traducción anónima e inédita», *Rev. Arch. Bibl. y Museos* 67 (1959), 697-715.
— «Lucano en la literatura hispano-latina», *Emerita* 27 (1959), 19-52.
— «Laso de Oropesa y su traducción de la *Farsalia*», *Rev. Arch. Bibl. y Museos* 69 (1961), 752-773.
— «Jáuregui, intérprete de Lucano», *Helmantica* 5 (1964), 389-410.
L. HERRMANN, «Le prologue de la *Pharsale*», *Latomus* 6 (1947), 91-94.
D. H. HOGENDORN, «Declamatory Influences in Lucan's *Pharsalia*», *Harv. Stud. in Class. Philol.* 74 (1970), 337-339.
A. HOLGADO, «El encabalgamiento versal y su tipología en la *Farsalia* de Lucano», *Cuad. de Filol. Clás.* 13 (1977), 213-267.
— «Las paradojas retóricas en Lucano», en *Actas V Congr. Esp. Est. Clás.*, Madrid, 1978, págs. 371-376.
— «Encabalgamiento y *pathos*. La muerte de Pompeyo en la *Farsalia*», *Cuad. de Filol. Clás.* 15 (1978), 251-260.

— «Crítica textual y estilo: nota a *Farsalia* I 254», *Emerita* 49 (1981), 353-359.
V. L. HOLLIDAY, *Pompey in Cicero's Correspondence and Lucan's Civil War*, La Haya, 1969.
U. HÜBNER, «Hypallage in Lucans *Pharsalia*», *Hermes* 100 (1972), 577-600.
— «Studien zur Pointentechnik in Lucans *Pharsalia*», *Hermes* 103 (1975), 200-211.
— «Der Sonnenaufgang vor Pharsalus. Zu Lucan VII 1-3», *Philologus* 120 (1976), 107-116.
M. JENNINGS, «Lucan's medieval popularity. The exemplum tradition», *Riv. di Cult. Class. e Medioev.* 16 (1974), 215-233.
R. C. JENSEN, *Dawn and Dusk in the epics of Vergil and Lucan*, North Carolina Univ., 1961.
R. B. KEBRIC, «Lucan's snake episode (IX 587-937), a historical model», *Latomus* 35 (1976), 380-382.
A. KLIEN, *Formen und Mittel der Charakteristik in Lucans Pharsalia*, tesis doct., Innsbruck, 1946.
F. KOENIG, *Mensch und Welt bei Lukan im Spiegel bildhafter Darstellung*, tesis doct., Kiel, 1957.
M. LAPIDGE, «Lucan's imagery of cosmic dissolution», *Hermes* 107 (1979), 344-370.
W. D. LEBEK, *Lucans Pharsalia. Dichtungsstruktur und Zeitbezug*, Gotinga, 1976.
H. LE BONNIEC, «Lucan et la religion», en *Lucain* (Entretiens...), 161-200.
M. A. LEVI, «Il prologo della Pharsalia», *Riv. di Filol. e Instruz. Class.* 27 (1949), 71-78.
H. W. LINN, *Studien zur Aemulatio des Lucan*, tesis doct., Hamburgo, 1971.
A. W. LINTOTT, «Lucan and the history of the *Civil War*», *Class. Quart.* 21 (1971), 488-505.
R. C. LOUNSBURY, «History and motive in book seven of Lucan's *Pharsalia*», *Hermes* 104 (1976), 210-239.
Lucain (Entretiens sur l'Antiquité Classique, 15, Fondation Hardt), Ginebra, 1970.
Lucan, editor W. RUTZ, Darmstadt, 1970.
J. F. MAKOWSKI, *Death and Liberty in Lucan's Pharsalia*, tesis doct., Princeton Univ., 1974.
E. MALCOVATI, *M. Anneo Lucano*, Milán, 1940.

— «Sul prologo della *Farsaglia*», *Athenaeum* 29 (1951), 100-108.

— «Lucano e Cicerone», *Athenaeum* 31 (1953), 288-297.

— «Sulla fortuna di Lucano», *Atene & Roma* 58 (1963), 27-33.

S. MARINER, «La *Farsalia*, poema sin dioses, ¿también sin héroes?», *Est. Clás.* 62 (1971), 133-159.

— «Epopeya e hispanidad«, *Est. Clás.* 78 (1976), 285-341.

B. M. MARTI, «The Meaning of the Pharsalia», *Amer. Journ. of Philol.* 66 (1945), 352-276.

— «Literary criticism in the mediaeval commentaries on Lucan», *Transact. Amer. Philol. Ass.* 72 (1941), 245-254.

— «Lucan's invocation to Nero in the light of the mediaeval commentaries», *Quadrivium* 1 (1956), 7-18.

— «Cassius Scaeua and Lucan's Inuentio», en *Studies in Honor of H. Caplan*, Ithaca, Nueva York, 1962, págs. 239-257.

— «Tragic History and Lucan's *Pharsalia*», en *Studies Ullman* I, Nueva York, 1964, págs. 165-204.

— «La structure de la *Pharsale*», en *Lucain* (Entretiens...), 3-50.

— «Lucan's narrative techniques», *La parola del passato* 30 (1975), 74-90.

C. A. MARTINDALE, «Three notes on Lucan VI», *Mnemosyne* 30 (1977), 375-387.

F. MARTINS, «A crise do maravilhoso na epopeia latina», *Humanitas* 1 (1947), 25-76.

F. MARX, «M. ANNAEUS LUCANUS», PAULY-WISSOWA. *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, I 2, 1958, cols. 2226-2236.

W. MENZ, *Caesar und Pompeius im Epos Lucans*, tesis doct., Berlín, 1952.

W. METGER, *Kampf und Tod in Lucans Pharsalia*, tesis doct., Kiel, 1957.

P. VON MOOS, «Cornelia und Heloise», *Latomus* 34 (1975), 1024-1059.

— «Lucan und Abaelard», en *Hommages à A. Boutemy*, Bruselas, 1976, págs. 413-443.

— «Lucans tragedia im Hochmittelalter. Pessimismus, contemptus mundi und Gegenwartserfahrung», *Mittellatein. Jahrbuch* 14 (1979), 127-186.

M. P. O. MORFORD, *The poet Lucan* (*Studies in Rhetorical Epic*), Oxford, 1967.

— *The Purpose of Lucan's Bellum Ciuile*, tesis doct., Yale Univ., 1970.

E. NARDUCCI, «Il tronco di Pompeo (Troia e Roma nella *Pharsalia*)», *Maia* 25 (1973), 317-325.

— «Lucano e l'anti-mito di Roma», *Dial. di Arch.* 8 (1974-75), 438-474.

— *La providenza crudele, Lucano e la distruzione dei miti augustei*, Pisa, 1979.

B. NAVARRO, «Lucano, una visión idealista de la historia», *Hisp. Antiqua* 4 (1974), 111-178.

A. D. NOCK, «The proem of Lucan», *Class. Review* 40 (1926), 17-18.

H. NOWAK, *Lukanstudien*, tesis doct., Viena, 1955.

H. C. NUTTING, «The hero of the *Pharsalia*», *Amer. Journ. of Philol.* 53 (1932), 41-52.

J. OBERMAIER, *Der Sprachgebrauch des M. Annaeus Lucanus*, Munich, 1886.

R. P. OLIVER, «Lucan's *Naval Battle*», en *Homenaje a A. Tovar*, Madrid, 1970, págs. 323-334.

A. OLLFORS, *Studien zum Aufbau des Hexameters Lucans*, Göteborg, 1967.

I. OPELT, «Die Seeschlacht vor Massilia bei Lucan», *Hermes* 85 (1957), 435-445.

L. PAOLETTI, «La fortuna di Lucano del Medioevo al Romanticismo», *Atene & Roma*, NS, 7 (1962), 144-157.

— «Lucano magico e Virgilio», *Atene & Roma*, NS, 8 (1963), 11-26.

E. PARATORE, «Virgilio georgico e Lucano», *Ann. Scuola Norm. Sup. di Pisa* 12 (1943), 40-69.

— «De Lucano poeta, ab eius morte anno undeuicies centesimo exacto», *Latinitas* 15 (1967), 3-19.

G. PASQUALI, *Storia della tradizione e critica del testo*, 2.ª ed., Florencia, 1952, págs. 431-434.

G. PFLIGERSDORFFER, «Lucan als Dichter des geistigen Widerstandes», *Hermes* 87 (1959), 344-377.

O. C. PHILLIPS, *The influence of Ovid on Lucan's Bellum Ciuile*, tesis doct., Chicago, 1952.

U. PIACENTINI, *Osservazioni sulla tecnica epica di Lucano*, Berlín, 1963.

R. PICHON, *Les sources de Lucain*, París, 1912.

S. PUCHI, *La geografia di Lucano*, Palermo, 1938.

A. PUNTONI, «La composizione del poema lucaneo», *Rendic. della Accad. dei Lincei*, Ser. 8, II (1947), 101-126.

F. QUADLBAUER, «Lukan im Schema des ordo naturalis/artificialis. Ein Beitrag zur Geschichte der Lukanbewertung im lateinischen Mittelalter», *Grazer Beiträge* 6 (1977), 67-105.

M. QUARTANA, «Marzia e Cornelia nel poema di Lucano», *Atene & Roma* 21 (1918), 189-198.

M. RAMBAUD, «Le soleil de *Pharsale*», *Historia* 2 (1955), 346-378.
— «L'apologie de Pompée par Lucain au livre VII de la *Pharsale*», *Rev. Étud. Lat.* 33 (1956), 258-296.
—«L'opposition de Lucain au *Bellum ciuile* de César», *L'inform. littér.* 12 (1960), 155-162.
H. J. ROSE, «The Witch scene in Lucan», *Transact. Amer. Philol. Ass.* 44 (1913), 1-12.
— «The Dream of Pompey», *Acta Classica* 1 (1958), 80-84.
W. RUTZ, *Studien zur Kompositionskunst und zur epischen Technik Lucans*, tesis doct., Kiel, 1950.
— «*Amor mortis* bei Lucan», *Hermes* 88 (1960), 462-475.
— «Die Träume des Pompeius in Lucans *Pharsalia*», *Hermes* 91 (1963), 334-345.
— «Lucans Pompeius», *Der altsprach. Unterricht* 9 (1968), 5 y sigs.
— «Lucan und die Rhetorik», en *Lucain* (Entretiens...), págs. 235-265.
R. SAMSE, «Luckans Exkurs über Gallien, I 396-465», *Rhein. Museum* 88 (1939), 164-179.
— «Lukans Exkurs über die Apenninen, II 396-438», *Rhein. Museum* 89 (1940), 293-316.
— «Lukans Exkurs über Thessalien, VI 333-412», *Rhein. Museum* 91 (1942), 250-268.
E. M. SANFORD, «Lucan and his Roman Critics», *Class. Philol.* 26 (1931), 233-257.
— «Lucan and Civil War», Class, Philol, 28 (1933), 121-127.
— «Quotations from Lucan in mediaeval latin authors», *Amer. Journ. of Philol.* 55 (1934), 1-19.
C. F. SAYLOR, «Belli spes improba. The theme of walls in Lucan, *Pharsalia* VI», *Transact. Amer. Philol. Ass.* 108 (1978), 243-257.
L. SCHAAF, «Das Prooemium zu Lucans *Bellum ciuile* und das Verständnis des Gesamtwerkes», en *Festschr. H. Patzer*, Wiesbaden, 1975, 209-231.
C. SCHLAYER, *Spuren Lucans in der spanischen Dichtung*, Heidelberg, 1928.
H. SCHNEPF, *Untersuchungen zur Darstellungskunst Lucans im* 8. *Buch der Pharsalia*, tesis doct., Heidelberg, 1953.
D. SCHÖNBERGER, «Zur Komposition des Lucan», *Hermes* 85 (1957), 251-254.
— «Zu Lucan. Ein Nachtrag», *Hermes* 86 (1958), 230-239.
— «Leitmotivisch wiederholte Bilder bei Lucan», *Rhein. Museum* 103 (1960), 81-90.

— *Untersuchungen zur Wiederholungstechnik Lucans*, Heidelberg, 1961.
— «Ein Dichter römischer Freiheit: M. Annaeus Lucanus», *Altertum* 10 (1964), 26-40.
H. A. SCHOTTES, *Stoische Physik, Psichologie und Theologie bei Lucan*, tesis doct., Bonn, 1969.
K. SEITZ, «Der pathetische Erzählstil Lucans», *Hermes* 93 (1965), 204-232.
G. SERVAN, *Les fonctions du fantastique dans la Pharsale*, Bucarest, 1973.
M. SOURIAU, *De deorum ministeriis in Pharsalia*, París, 1885.
R. B. STEELE, «Lucan's *Pharsalia*», *Amer. Journ. of Phil.* 45 (1924), 301-328.
H. P. SYNDIKUS, *Lucans Gedicht vom Bürgerkrieg*, tesis doct., Munich, 1958.
H. SZELEST, «Lucan und sein Werk», *Das Altertum* 18 (1972), 103-114.
— «Crassus in Lucans *Pharsalia*», *Eos* 67 (1979), 111-116.
W. TASLER, *Die Reden in Lucans Pharsalia*, tesis doct., Bonn, 1972.
M. TARTARI, «Lucano e la tradizione epica virgiliana; ripresa e contrapposizione nel libro VI del *Bellum ciuile*», *Boll. di Stud. Lat.* 9 (1979), 25-39.
A. THIERFELDER, «Der Dichter Lucan», *Archiv für Kulturgeschichte* 25 (1935), 1-20.
L. THOMPSON, R. T. BRUÈRE, «Lucan's use of Virgilian Reminiscence», *Class. Philol.* 63 (1968), 1-21.
— «The Virgilian Background of Lucan's Fourth Book», *Class. Philol.* 65 (1970), 152-172.
A. TOVAR, *En el primer giro* (*Estudios sobre la antigüedad*), Madrid, 1941, págs. 87-118.
P. TREMOLI, *Religiosità e irreligiosità nel Bellum Ciuile di Lucano*, Trieste, 1968.
R. A. TUCKER, *Sententiae in the Bellum Ciuile of Lucan and earlier latin epics*, John Hopkins Univ., 1967.
— «Lucan and the Baroque. A Revival of Interest», *Class. World* 62 (1968/69), 295 y sigs.
V. USSANI, «Sui versi 1-7 (lib. I) del poema lucaneo», *Riv. di Fil. e d'Istruz. Class.* 31 (1903), 463-469.
— *Sul valore storico del poema lucaneo*, Roma, 1903.
— *Dante e Lucano*, Florencia, 1918.
G. VIANSINO, *Studi sul Bellum Ciuile di Lucano*, Salerno, 1974.

M. A. VINCHESI, «Gli studi recenti su Lucano: risultati e prospettive», *Atene & Roma*, NS, 20 (1975), 135-158.

C. VITELLI, «Sulla composizione e publicazione della *Farsaglia*», *Stud. Ital. di Filol. Class.* 8 (1900), 33-72.

— «Studi sulle fonti storiche della *Farsaglia*», *Stud. Ital. di Filol. Class.* 10 (1902), 361-429.

G. VÖGLER, «Das neunte Buch innerhalb der *Pharsalia* des Lucan und die Frage der Vollendung des Epos», *Philologus* 112 (1968), 222-268.

J. VOLPILHAC, «Lucain et l'Egypte dans la scène de nécromancie de la *Pharsale*, VI 413-830, à la lumière des papyri grecs magiques», *Rev. Étud. Lat.* 56 (1978), 272-288.

LIBRO I

SINOPSIS

1-66	Proemio. Elogio de Nerón.
67-182	Causas de la guerra civil.
183-227	Paso del Rubicón.
228-261	Toma de Rímini.
262-295	Llegada de los tribunos y discurso de Curión.
296-391	Discursos de César y de Lelio.
392-465	Descripción de la Galia.
466-522	Terror en Roma.
523-695	Los prodigios.

Guerras más que civiles [1] cantamos, libradas en las llanuras de Ematia [2], y el crimen investido de legalidad, y un pueblo poderoso que, con su diestra vencedora, se revolvió contra sus propias entrañas; la lucha entre formaciones de la misma sangre y, rota la alianza para la tiranía [3], el enfrentamiento, con intervención de todos los efectivos del universo trastornado, para abocar a un delito que afectó por igual a ambos bandos; enseñas alineadas frente a enseñas iguales y hostiles, idénticas águilas frente a frente y picas amenazando a idénticas picas.

¿Qué locura, ciudadanos, qué desenfrenado abuso de las armas es ése de ofrecer la sangre latina a pueblos odiados? Y, cuando debía despojarse a la orgullosa Babilonia de los trofeos ausonios y la sombra de Craso

[1] Otros entienden *plus quam ciuilia* como «no solamente civiles», por haber intervenido en ellas ejércitos extranjeros. Pero nuestra traducción nos parece más acorde con el retoricismo de Lucano ya desde el primer verso, aparte de su fundamentación real: son guerras «más que civiles» porque no se riñen sólo entre conciudadanos, sino entre parientes. Recuérdese que César y Pompeyo habían sido suegro y yerno.

[2] Ematia es una región de Macedonia con cuyo nombre designa Lucano el reino entero y también a la vecina región de Tesalia, en cuyas llanuras se riñó la batalla de Farsalia.

[3] La alianza que acordaron, en el año 60 a. C., César, Pompeyo y Craso y que se conoce como primer triunvirato.

andaba errante sin haber sido aún vengada [4], ¿os plugo emprender unas guerras que no iban a proporcionaros ningún triunfo [5]? ¡Ay, qué de tierras y mares hubieran podido conquistarse, con esta sangre que empapó las diestras de unos conciudadanos, en las regiones de donde viene Titán y en donde la noche esconde las estrellas [6], o bien por donde el mediodía se abrasa en horas ardientes o por la parte en que el rigor invernal, incapaz de suavizarse ni con la primavera, agarrota con los fríos de Escitia un mar helado! [7]. Ya hubieran sido subyugados los seres, el Araxes bárbaro y hasta las poblaciones, si las hay allí afincadas, que conocen el nacimiento del Nilo [8]. Después, si tamañas ansias tienes, Roma, de una guerra impía, una vez sometido el orbe entero a las leyes latinas, vuelve tus manos contra ti; pero hasta el momento no te han faltado enemigos en el exterior. Ahora, en cambio, el hecho es que en las ciudades de Italia amenazan ruina los edificios, con sus techumbres a medio caer; grandes bloques de piedra

[4] Craso fue vencido y muerto por los partos (cuya capital era Babilonia) en el año 53 a. C. en la batalla de Carras. En poder del enemigo quedaron las enseñas del ejército romano («ausonios», por Ausonia, nombre antiguo de Italia), que no fueron recobradas hasta el año 20 a. C., bajo Augusto.

[5] La celebración del triunfo sólo se concedía por la victoria contra enemigos extranjeros.

[6] Expresión para indicar el Occidente, dentro de la concepción antigua de que las estrellas hacen de noche el mismo recorrido que el sol durante el día y se esconden por el Oeste cuando va a salir el sol por el lado opuesto.

[7] Alude Lucano poéticamente a los cuatro puntos cardinales: la región de Titán (= el Sol, hijo del titán Hiperión = el Este), el Oeste (nota anterior), el Sur y, finalmente, el Norte, designado por la Escitia, territorio extendido al norte del Mar Negro.

[8] Los seres son los chinos; el Araxes, río de Armenia, personifica a esta región; y en cuanto al nacimiento del Nilo, adonde Nerón había enviado una expedición de reconocimiento, basta para demostrar el interés de Lucano por la cuestión el largo excurso que le dedica en el canto X 172-331.

yacen al pie de las murallas derrumbadas, las casas se encuentran abandonadas, sin que nadie las guarde, y en las antiguas ciudades sólo vaga algún que otro habitante; el hecho es, igualmente, que Italia está erizada de malezas, no se la ha arado en muchos años y faltan manos para los campos que las reclaman; no serás tú, Pirro feroz, ni será el Cartaginés [9] el responsable de tamañas calamidades: a ningún arma extraña le es posible llegar tan hondo: las profundas de verdad son las heridas de brazos de conciudadanos.

Pero si los destinos no encontraron otra vía para la llegada de Nerón y a un precio tan caro conceden los dioses los reinados perdurables; si el cielo no pudo someterse al imperio de su Tonante sino tras las guerras de los Gigantes sanguinarios [10], entonces no nos quejamos más, oh dioses del cielo: incluso los crímenes y la impiedad los damos por buenos a cambio de esta compensación. Ya puede colmar de muertos Farsalia sus llanuras siniestras y saturarse de sangre los manes cartagineses [11]; los últimos combates pueden ya entablarse en la funesta Munda [12]; a estas fatalidades pueden añadirse, César, el hambre de Perusa y las fatigas

[9] El cartaginés por antonomasia es Aníbal, que infligió grandes derrotas a los romanos en la segunda guerra púnica. Antes, también Pirro había llegado como enemigo al sur de Italia, en ayuda de la colonia griega de Tarento.

[10] Hijos terroríficos de Urano y de la Tierra que se rebelaron contra Júpiter y a los que éste venció en terrible lucha (la Gigantomaquia), con ayuda de otros dioses y de Hércules.

[11] Los cartagineses caídos en las Guerras Púnicas se ven ahora vengados con la sangre de los romanos muertos en Farsalia. Según otros, aludiría el poeta a la batalla de Tapso, en África, el año 46 a. C., donde los partidarios de Pompeyo fueron derrotados por César. De este modo, la venganza de los cartagineses se cumpliría en su propia tierra.

[12] En la batalla de Munda, en Hispania, cerca de Córdoba, César derrotó a los hijos de Pompeyo, poniendo así fin a la guerra civil.

de Módena [13], así como las naves que guarda sumergidas la escarpada Léucade [14] y los combates contra armadas de esclavos al pie del Etna llameante [15]: mucho es, con todo, lo que Roma debe a las guerras civiles, pues estos sucesos tuvieron como objetivo tu llegada. A ti, cuando, cumplida tu estancia en la tierra, te encamines, tarde, hacia los astros [16], el palacio de la región celeste que tú hayas preferido te acogerá en medio de la alegría del universo; tanto si te agrada empuñar el cetro como si prefieres subir al carro inflamado de Febo e iluminar con el fuego errante la tierra, que no tiene miedo ante este cambio de sol, toda divinidad te cederá su puesto, y la naturaleza te brindará el derecho, que te pertenece, de elegir qué dios quieres ser y dónde deseas establecer tu reinado sobre el mundo. Pero no deberás elegir tu asiento en el Círculo Ártico ni tampoco por donde se inclina la zona tórrida del austro, frente por frente: desde allí verías a tu querida Roma con sesgada trayectoria astral [17]. Si haces sentir tu peso sobre una parte del éter inmenso, el eje del cielo acusará la carga. En el centro de la bóveda celeste mantén en equilibrio el peso del cielo; que esa parte del éter se encuentre totalmente límpida y vacía, y que por la zona del César no se interponga ni una nube. Entonces

[13] En Perusa, el año 40 a. C., sitió Octavio a Lucio Antonio, hermano de Marco Antonio, hasta conseguir su rendición por hambre. En Módena, en el 43, sitió Marco Antonio a Décimo Bruto, el cesaricida, que murió en el asedio, así como los cónsules Hircio y Pansa venidos en su ayuda.

[14] En el golfo de Léucade tuvo lugar la batalla naval de Accio, el 31 a. C., en la que Octavio derrotó a Marco Antonio y a Cleopatra.

[15] Sexto Pompeyo reclutó esclavos para su ejército y su flota; fue vencido en Sicilia por lugartenientes de Octavio el 36 a. C.

[16] Se refiere a la «apoteosis» de Nerón.

[17] Sobre la posible alusión irónica, defendida por algunos escoliastas, al estrabismo de Nerón, así como, en el verso siguiente, a su obesidad, y, en general, sobre los problemas que plantea este elogio de Nerón, véase la Introducción.

el género humano, depuestas las armas, mire por su propia felicidad y todos los pueblos se amen entre sí; que la paz, extendida por el universo, mantenga cerradas las puertas de hierro del belicoso Jano [18]. Pero tú eres ya para mí una divinidad; y, si te acojo en mi pecho como poeta inspirado, ya no quiero invocar al dios que revela los secretos de Cirra ni hacer venir a Baco desde Nisa [19]: tú bastas a darme alientos para cantos romanos.

Mi ánimo se ve impulsado a revelar las causas de tamaños sucesos, y se abre ante mí una inmensa tarea [20]: ¿qué fue lo que empujó a las armas a un pueblo enfurecido? ¿Qué sacudida arrancó la paz al universo? El celoso eslabonamiento de los destinos, la imposibilidad, para lo muy elevado, de seguir en pie mucho tiempo, los graves derrumbes bajo un peso excesivo y Roma incapaz de sostenerse a sí misma. De igual modo, cuando, disuelto el ensamblaje del universo, la hora suprema haya cerrado la marcha de tantos siglos, retornando por segunda vez al antiguo caos, todas las estrellas chocarán con las estrellas en confusión, astros encendidos caerán al ponto, la tierra se negará a tender la línea de los litorales y se sacudirá al mar, Febe marchará en sentido contrario al de su hermano y, juzgando indigno de ella conducir su carro por una trayectoria oblicua, reclamará para sí el curso del día [21]; y la discordancia total del mecanismo celeste trastornará

[18] El templo de Jano, en Roma, sólo se cerraba en época de paz.

[19] Con Cirra, localidad cercana a Delfos, se alude a Apolo, dios que emitía sus oráculos en esta última ciudad. Nisa es una ciudad de la India, donde se creía que nació y se crió Baco.

[20] La exposición de las causas de la guerra civil es para el poeta una «inmensa tarea». Hay en los dos primeros versos una clara imitación de Ovidio, *Met.* I 1, y de Virgilio, *En.* VII 45. La primera de estas causas es de tipo filosófico; las demás son las mismas que defienden los historiadores.

[21] Febe es la Luna, hermana del Sol, y normalmente sigue el mismo curso que éste. La «trayectoria oblicua» es la «eclíptica».

las leyes del universo en descomposición. Lo encumbrado se derrumba sobre sí mismo: éste es el límite de crecimiento que a la prosperidad han fijado los dioses. Pero en ninguna nación delega la Fortuna su ojeriza contra un pueblo con poder sobre la tierra y el mar. Tú eres la causa de tus desgracias, Roma, convertida en propiedad común de tres dueños [22], y el pacto funesto de una tiranía que nunca, hasta ahora, había sido adjudicada a varias personas. ¡Oh vosotros, en funesta concordia y ciegos por el exceso de ambición! ¿De qué os vale unir vuestras fuerzas y copar el mundo en medio? Mientras la tierra sostenga al mar y el aire a la tierra, y unos esfuerzos prolongados acompañen la órbita de Titán, y la noche siga al día en el cielo a través del mismo número de constelaciones [23], no habrá lealtad entre los asociados para un gobierno tiránico; ningún poder consentirá ser compartido. No hace falta dar crédito a ninguna nación ni buscar lejos ejemplos de esta ley fatal: nuestras primeras murallas se empaparon con la sangre de un hermano. Y en aquella ocasión el precio de tamaña locura no era la tierra ni el mar: un pequeño refugio enfrentó a los que aspiraban a su dominio [24].

Poco tiempo duró esta concordia discordante y la paz se mantuvo no por la voluntad de los caudillos, pues el único obstáculo de la guerra inminente era la mediación de Craso. De igual modo que el exiguo Istmo [25] que corta las olas y separa dos mares, sin permitir que mezclen sus aguas, si la tierra retrocediera, haría chocar el mar Jónico contra el Egeo, así, cuan-

[22] Véase la n. 3.

[23] Los doce signos del zodíaco.

[24] La muerte de Remo por obra de su hermano Rómulo, en los mismos comienzos de Roma, es una buena premonición de que ni siquiera los hermanos se avienen a compartir el poder. El «refugio» (*asylum*) lo estableció Rómulo para acoger a los fugitivos de los pueblos cercanos e incrementar así la escasa población de Roma.

[25] El istmo de Corinto.

do Craso, que mantenía separadas las armas crueles de los caudillos, manchó de sangre latina, con una muerte lamentable, la asiria Carras, las pérdidas sufridas con los partos desataron las furias romanas [26]. Con aquella batalla lograsteis, Arsácidas, más de lo que imagináis: procurasteis a los vencidos una guerra civil. Se reparte el poder espada en mano y la fortuna de un pueblo poderoso en posesión del mar, de las tierras, del orbe entero no fue suficiente para dos. Pues las prendas de una unión por la sangre y las antorchas nupciales cambiadas en fúnebres con siniestro presagio se las llevó a los manes Julia, prematuramente arrebatada por la mano cruel de las Parcas [27]; en efecto, si los hados te hubieran concedido una más larga estancia en la vida, tú te hubieras bastado para detener la furia de tu marido, de un lado, y de tu padre, del otro, y para arrancar las armas y unir las manos antes armadas, como las sabinas, puestas en medio, unieron a yernos con suegros [28]. Con tu muerte se trizó la lealtad y se hizo posible a los caudillos promover la guerra. Les prestó estímulos la emulación en el valor: tú, Magno, temes que sus recientes proezas obscurezcan tus antiguos triunfos y que tu victoria sobre los piratas quede por debajo del sometimiento de los galos; a ti [29], te engalla la expe-

[26] No contra los partos, autores de la derrota y muerte de Craso (véase n. 4), sino que, con la desaparición de éste, que hacía de elemento moderador, Pompeyo y César se enfrentaron en guerra civil.

[27] Julia, hija de César y esposa de Pompeyo, era otro elemento de concordia entre ambos. Su muerte prematura, en el 54 a. C., aceleró la guerra.

[28] Las mujeres sabinas, raptadas por los romanos para tomarlas por esposas, sirvieron luego de elemento conciliador, evitando la guerra entre sus esposos y sus padres y familiares.

[29] Lucano designa aquí a Pompeyo con su glorioso sobrenombre de Magno, mientras que omite el nombre de César. En esta primera referencia explícita a ambos caudillos, se ve ya hacia cuál de los dos van sus inclinaciones. Es mucho más frecuente en el poema el sobrenombre Magno que el nombre Pompeyo (193 ocurrencias frente a 81).

riencia ininterrumpida de tus empresas esforzadas y tu Fortuna, que no consiente un segundo puesto. A nadie puede ya soportar César por encima de él ni Pompeyo a un igual. Quién empuñó con más derecho las armas, es impiedad saberlo; cada uno se apoya en un poderoso valedor: la causa vencedora plugo a los dioses, pero la vencida, a Catón [30].

Y no se enfrentaron en iguales condiciones. Uno, en el declinar de sus años hacia la vejez y menos belicoso por el uso prolongado de la toga, ha desaprendido ya con la paz el oficio de jefe y, a la busca de nombradía, hace muchas concesiones al populacho, se deja arrastrar completamente por los humores del pueblo y se ufana con los aplausos de su teatro [31]; no renueva sus efectivos y confía demasiado en su buena suerte de antaño. Se yergue, sombra de un gran nombre, como en campo fértil una enhiesta encina cargada con los despojos de un pueblo antiguo y las sagradas ofrendas de los caudillos; no está ya sujeta por fuertes raíces: su propio peso la fija al suelo; extendiendo al aire sus ramas desnudas, da sombra con su tronco, no con su follaje; y por más que vacile, amenazando caer al primer soplo del Euro, mientras tantos árboles de tronco firme se alzan en su torno, a ella sola, sin embargo, se la venera. En cambio, en César no sólo se daba el renombre y la reputación de general, sino un coraje incapaz de mantenerse quieto, y su única vergüenza era vencer sin combate. Fogoso e indomable, dondequiera que le llamaran la esperanza o la cólera, acudía a actuar [32], y jamás dudaba en manchar su espada; espoleaba sus éxi-

[30] Uno de los más celebrados versos de la *Farsalia*, en el que Catón, el modelo de sabio estoico, es parangonado con los dioses.

[31] Pompeyo hizo contruir e inauguró, en el 55 a. C., el primer teatro permanente, no desmontable, que hubo en Roma.

[32] Era proverbial la rapidez de César en actuar, a la que se alude en otros pasajes del poema. Muy adecuada la comparación con el rayo, que es, por otra parte, frecuente en la poesía épica.

tos, acuciaba al favor divino, arrollando cuanto obstaculizaba sus aspiraciones al poder supremo, gozoso de abrirse camino con la destrucción, tal como el rayo arrebatado por los vientos a través de las nubes, en medio del estruendo del éter sacudido y del fragor del orbe, centellea, surca el cielo e infunde pavor en las gentes, cegándoles los ojos con su llama en zigzag; descarga con violencia sobre los lugares que consagra [33] y, sin que ninguna materia impida su curso, origina en un amplio espacio una gran catástrofe al caer, y grande también al remontarse, tras recoger sus fuegos esparcidos [34].

Éstos eran los motivos de los caudillos; pero subyacían también en la sociedad semillas de guerra [35], que acaban siempre por hundir a los pueblos poderosos. En efecto, cuando, con el sometimiento del mundo, la Fortuna acarreó riquezas excesivas y las costumbres se rindieron ante la prosperidad, y el botín y el pillaje sobre el enemigo nos ganaron para el lujo, ya no hubo límite para el oro y las edificaciones; desdeñó el hambre los platos de antaño; vestidos apenas decentes para llevarlos las muchachas jóvenes, se los pusieron sin pudor los hombres; se huye de la pobreza, fecunda en héroes, y se hace traer de todas las partes del mundo lo que lleva a la perdición a cada uno de esos pueblos; entonces se ponen a empalmar lindes de parcelas, alargándolas, y las campiñas otrora surcadas por la dura reja de

[33] El lugar donde cae el rayo es sagrado, como tocado por Júpiter, el fulminador (véanse, más adelante, vv. 606-608 de este mismo canto).

[34] Se creía que el rayo, después de caer sobre la tierra, volvía a remontarse al cielo.

[35] La corrupción de las costumbres, provocada por la abundancia de riquezas, frente a la austeridad y la grandeza de la antigua Roma, es, desde finales de la República, un lugar común de historiadores, como Salustio, T. Livio o Tácito, de filósofos, como Séneca, y de poetas, como Horacio o Juvenal.

Camilo y sufridoras de los antiguos arados de los Curios [36], las convierten en dilatados latifundios con el trabajo de colonos forasteros. No era aquel un pueblo al que hiciera feliz una paz tranquila, al que su propia libertad abasteciera, sin necesidad de empuñar las armas. De aquí, fáciles las explosiones de cólera y sin importancia los actos criminales a los que inducía la pobreza; gran honra, digna de buscarse incluso con la espada, tener más poder que la propia patria: la medida del derecho era la fuerza; de aquí, las leyes y los plebiscitos aprobados por coacción y los tribunos, a la par que los cónsules, subvirtiendo el derecho; de aquí, las fasces [37] conseguidas con presión del dinero, el propio pueblo sacando a subasta sus favores, el soborno, mortal para la Ciudad, reanudando cada año los enfrentamientos en el Campo [38] venal; de aquí, la usura voraz y el rédito ansioso de vencimientos [39], la buena fe conculcada y la guerra, ventajosa para muchos.

Ya César en su marcha había rebasado los helados Alpes y concebido en su espíritu grandes levantamientos y una guerra inminente. Cuando se llegó a las aguas del insignificante Rubicón, el general tuvo la visión de una gigantesca figura de la patria estremecida: brillante en la oscuridad de la noche y con una gran tristeza en el rostro, derramando sus blancos cabellos desde una cabeza coronada de torres [40], se erguía con la ca-

[36] Camilo, que libró a Roma de los galos, y, entre los Curios, sobre todo Curio Dentato, vencedor de los samnitas y de Pirro y famoso por su austeridad, simbolizan, aquí y en otros lugares del poema (II 544, V 28, VI 786-787, VII 358, X 152), las antiguas virtudes romanas.

[37] Designa el poder ejecutivo de las magistraturas superiores, sobre todo, el consulado.

[38] El Campo de Marte, lugar donde se celebraban las elecciones, a menudo con sobornos y compraventa de votos.

[39] Los intereses de los préstamos solían cobrarse el día de los Idus de cada mes.

[40] Roma, como la diosa Cibeles, se representaba tradicionalmente con una corona de torres.

bellera ajada y decía entrecortada de sollozos: «¿Hacia dónde seguís avanzando? ¿Adónde lleváis, guerreros, unas enseñas que son mías? Si marcháis con arreglo al derecho, si como ciudadanos, hasta aquí y sólo hasta aquí os está permitido.» Entonces un escalofrío sacudió los miembros del general, se le erizaron los cabellos y, estorbando su marcha, una miedosa vacilación paralizó sus pies al borde de la ribera. Luego, dijo: «¡Oh tú, señor del trueno, que desde lo alto de la roca Tarpeya [41] contemplas las murallas de la Ciudad, y vosotros, Penates frigios de la familia Julia [42], Quirino, misteriosamente arrebatado [43], Júpiter Laciar, que resides en la encumbrada Alba [44], fuegos de Vesta [45] y tú, oh Roma, parigual de la divinidad suprema, favorece mis empresas! No te persigo con las armas de las Furias; heme aquí, aquí estoy yo, César, vencedor por tierra y por mar, soldado a tu servicio en todas partes (y, si se me permite, también ahora). Aquel, el culpable será aquel que me convirtiere en tu enemigo.»

Desde ese momento rompe toda dilación de la guerra y por las hinchadas aguas del río hace llevar con premura las enseñas, como en las áridas llanuras de la abrasada Libia un león, al ver cerca a un enemigo, se detiene indeciso, mientras concentra toda su cólera; luego, cuando se ha excitado con el látigo de su cola

[41] Es decir, desde su templo en el Capitolio. El «señor del trueno» es Júpiter.

[42] La familia Julia, a la que pertenece César, se considera descendiente de Iulo, hijo de Eneas; de ahí que los Penates frigios, traídos de Troya por Eneas, sean los dioses protectores de su familia, además de serlo de Roma.

[43] Quirino es sobrenombre de Rómulo, arrebatado, según la tradición, al cielo por su padre Marte.

[44] Júpiter Laciar, o protector por excelencia del Lacio, tenía su santuario en el monte Albano, hoy Monte Cavo.

[45] Las vestales eran las encargadas de mantener siempre encendido, en el templo de Vesta, el fuego, símbolo del poderío de Roma.

salvaje, ha erizado su crin y ha dejado escapar de sus anchas fauces un sordo rugido, entonces, si se le clava una lanza blandida por el ágil moro o se alojan los venablos en su ancho pecho, sigue avanzando a través del hierro, sin preocuparse de tan grave herida.

De un manantial exiguo brota y con parva corriente se desliza el Rubicón bermejo cuando abrasa el verano candente, serpentea por valles profundos y separa, frontera cabal, las llanuras de la Galia de las que cultivan los ausonios. En aquel momento le daba pujanza el invierno, y habían engrosado su caudal la luna, preñada de lluvias en su creciente ya por tercer día consecutivo [46], y los Alpes, al fundir sus nieves a los húmedos soplos del Euro.

Primero los caballos de pie sonoro se colocan al sesgo frente a la corriente, prestos a aguantar el embate de las aguas; luego el resto de la tropa, por un vado practicable, hiende las ondas mansas del río ya domeñado.

César, cuando, franqueado el río, tocó la ribera opuesta y asentó su pie en las campiñas vedadas [47] de Italia, exclamó: «Aquí, aquí dejo la paz y el derecho profanado; a ti, Fortuna, te sigo. Lejos de aquí queden ya las alianzas; bastante hemos confiado en ellas; hay que tomar por juez a la guerra [48].» Así dijo y, jefe acucio-

[46] Hay varias interpretaciones de esta expresión que nos parecen menos adecuadas, como «en el tercer mes del invierno» (A. Bourgery-M. Ponchout, ed. crít., 2 vols., Col. Budé, París, 1926-1930 [en adelante cit. Bourgery], *ad locum*) o «la tercera noche después de la luna nueva» (P. Wuilleumier- H. Le Bonniec, ed. crít., París, 1962 [libro I], *ad locum*; R. Badalì, texto y com., Bolonia, 1972 [libros I y VI], *ad locum*). La que aquí damos es la defendida *ad locum*, en sus respectivas ediciones, por A. E. Housman (Oxford, 1926), J. D. Duff (col. Loeb, Londres y Cambridge, 1928), y S. Mariner (*Lucano. Farsalia*, Madrid, 1978).

[47] El senado había prohibido a César, que era procónsul de la Galia, entrar en Italia al mando de tropas.

[48] Para César, la causa mejor será la del bando que resulte victorioso, pues los dioses ayudan siempre a la buena causa. De este modo

so, lleva raudos sus escuadrones en las tinieblas de la noche; avanza más veloz que el proyectil giratorio de la honda balear y que la flecha del parto disparada de espaldas [49]. Ataca amenazador la vecina Rímini cuando los astros huían de los rayos del sol, dejando sólo a Lucífero [50]. Ya se levantaba el día que iba a presenciar los primeros tumultos de la guerra; pero bien por voluntad de los dioses, bien que el turbulento Austro las hubiera empujado, las nubes mantuvieron lúgubre el día. Tan pronto hizo alto la tropa, con órdenes de asentar las enseñas en el foro, tras su ocupación, el sonido estridente de los clarines y el clamoreo de las trompetas, junto al ronco son del cuerno, entonaron al unísono el toque de guerra impío. Se quebró el reposo de los ciudadanos y los jóvenes, empujados bruscamente fuera de sus lechos, descuelgan de un tirón las armas que reposaban junto a los sagrados Penates, tal como las dejó una paz prolongada; saltan sobre unos escudos carcomidos, con la armazón ya desnuda, sobre unas picas curvadas por la punta, sobre unas espadas rugosas por la acción corrosiva de la oscura herrumbre.

Cuando refulgieron las bien conocidas águilas y enseñas romanas, y César apareció destacado en el centro de la formación, se sintieron agarrotados por el terror, el espanto se enseñorea de sus helados miembros y en el silencio de su corazón revuelven estas mudas quejas: «¡Oh murallas nuestras, en mala hora fundadas en la vecindad de los galos, condenadas, ay, por su funesto emplazamiento! Paz profunda y tranquilo reposo en todos los pueblos: nosotros, presa somos de los enfurecidos y su primer campamento. Preferible sería, Fortuna,

intenta dar legitimidad a sus planteamientos, frente al senado y a Pompeyo.

[49] Legendaria era la habilidad de los honderos baleares, así como la pericia de los partos para disparar mientras huían.

[50] El lucero de la mañana, o sea, el planeta Venus, es el último en desaparecer a la salida del sol.

que nos hubieras brindado una morada en la zona oriental o entre los hielos del Ártico, o tiendas nómadas, antes que darnos a proteger las puertas del Lacio. Nosotros fuimos los primeros en ver los movimientos de los senones y al cimbro furioso, al Marte de Libia y las correrías de la furia teutónica [51]: siempre que la Fortuna acosa a Roma, por aquí se abre camino a las batallas.» Así se queja cada uno con callados lamentos, sin atreverse a exteriorizar su temor; ni una palabra fiaron a su congoja, sino que, como es de profundo el silencio de los campos cuando el invierno mantiene quietas a las aves, y como calla el mar, aguas adentro, sin un murmullo, así de profunda es su calma.

La luz del día había disipado las gélidas sombras de la noche; y he aquí que los destinos allegan las lumbres de la guerra, espolean el espíritu indeciso de César, acuciándole a los combates, y rompen todas las dilatorias resistencias del pudor: la Fortuna se afana en justificar la insurrección del jefe e inventa excusas para la guerra. La curia, con amenazas, conculcando el derecho y evocando ostentosamente la suerte de los Gracos, expulsó sin miramientos de la Ciudad, dividida en dos bandos, a los tribunos disidentes [52]. A éstos, cuando se encaminaban hacia las enseñas, en marcha ya y próximas, del general, se les une el audaz Curión, de lengua venal, antaño voz del pueblo, que se atrevió a defender

[51] Los galos senones fueron los que tomaron Roma hacia el año 390 a. C. Los cimbros y los teutones constituyeron un grave peligro para Roma hasta que fueron vencidos por Mario en los años 102-101 a. C. El «Marte de Libia» es Aníbal.

[52] Los tribunos cesarianos Marco Antonio y Quinto Casio abandonaron Roma después de que, en una sesión del senado, la curia, de mayoría pompeyana, les amenazó, según Lucano, con darles muerte, como había sucedido antaño con los hermanos Gracos, enfrentados con el poder senatorial. En aquella sesión se discutía si la presentación de César como candidato al consulado era compatible con la prórroga de su poder proconsular en la Galia con mando de tropas. Los antedichos tribunos defendían tal compatibilidad; el senado, no.

acarreados para la guerra, y Marcelo el charlatán y ese nombre vacío, Catón[60]. ¿Será cierto que unos clientes de baja extracción y conseguidos a base de dinero colmarán las ansias de Pompeyo con ese despotismo ininterrumpido a lo largo de tantos años? ¿Guiará él el carro del triunfo antes de que lo permita legalmente su edad? ¿No soltará él nunca sus cargos, una vez que los ha copado? Y ¿para qué voy ya a quejarme de la violencia impuesta a los campos en todo el mundo y del hambre que se ve forzada a la servidumbre[61] ¿Quién desconoce que asentó un campamento en el foro atemorizado, cuando las espadas de brillo siniestro cercaron al tribunal acobardado por el insólito círculo de espectadores, y que, osando la tropa irrumpir en medio del proceso, las enseñas pompeyanas rodearon a Milón, el acusado[62]? Ahora también, para que no lo coja cansado una vejez de simple particular, prepara guerras nefandas, acostumbrado como está a las discordias civiles y diestro en superar a Sila, su maestro de crímenes[63]. Y como jamás deponen su furor los fieros tigres a los que, mientras rastrean en el bosque de Hircania los

[60] Gayo Claudio Marcelo fue cónsul en el 49 a. C., cuando César volvía de la Galia. Catón, uno de los principales protagonistas del poema, fue acérrimo enemigo de César.

[61] El pueblo hambriento forzado a someterse. En el 57 a. C., Pompeyo, nombrado *praefectus annonae* o encargado de la alimentación, almacenó en Roma todo el trigo con la prohibición de exportarlo, por lo que se le acusó de provocar intencionadamente la carestía para tener al pueblo sometido a su poder.

[62] Se trata del proceso contra Milón, cabecilla de una banda al servicio del partido aristocrático, que había dado muerte, el 52 a. C., a Clodio, líder de la banda de la facción contraria, la popular. Fue defendido por CICERÓN (*Por Milón*). Pompeyo, rodeando de tropas el tribunal, impidió que el proceso se desarrollara en las normales condiciones de tranquilidad e imparcialidad requeridas.

[63] Pompeyo empezó su carrera política y militar a la sombra de Sila, pero está clara la parcialidad de estas palabras de César.

cubiles de sus madres, sirve de alimento la copiosa sangre de las reses degolladas, así también a ti, habituado a lamer la espada de Sila, te dura aún, Magno, la sed. No existe sangre alguna que, acogida una vez en la boca, consienta que se amansen las fauces con ella manchadas. ¿Qué término, con todo, encontrará un poderío tan prolongado? ¿Cuál es el límite de los crímenes? Que al menos tu querido Sila, tristemente famoso, te enseñe, insaciable, a descender ya de ese trono[64]. ¿Es que después de los cilicios errantes y de las campañas en el Ponto contra un rey agotado, a duras penas rematadas por el veneno bárbaro[65], se le asignará a Pompeyo, como última misión, César, por no haber obedecido, según el senado, cuando se me ordenó deponer mis águilas victoriosas? Si a mí se me ha hurtado el premio a mis esfuerzos, que a éstos al menos, aunque sea sin su jefe, se les otorguen las recompensas que merece una larga campaña; que este ejército, no importa bajo qué jefe, pueda celebrar el triunfo. ¿Adónde se refugiarán, tras las guerras, viejos y agotados? ¿Qué asiento tendrán cuando se licencien? ¿Qué tierras se darán a nuestros veteranos para que las labren, qué colonias a los fatigados? ¿O te parece mejor, Magno, convertir a los piratas en colonos?[66]. Enarbolad, enarbolad las enseñas largo tiempo victoriosas: hay que emplear las fuerzas que hemos desarrollado. Al que armas empuña, todo se lo da quien le niega lo que es justo. Y no nos

[64] Sila, dueño absoluto del poder en Roma, abdicó incomprensiblemente en el 79 a. C., retirándose a la vida privada.

[65] Alusión a los grandes éxitos de Pompeyo, aquí minimizados: su victoria, en el 67 a. C., sobre los piratas de Cilicia que infectaban el Mediterráneo y la que obtuvo sobre Mitrídates, rey del Ponto, que, tras su derrota, abandonado y traicionado por los suyos, se envenenó y, como el veneno tardaba en actuar, se hizo atravesar con la espada.

[66] Después de su victoria sobre los piratas, a un cierto número de ellos, hechos prisioneros, los convirtió en colonos, asignándoles tierras, como a los veteranos de guerra.

faltará el apoyo de los dioses, pues mis armas no buscan ni el botín ni el trono: intentamos librar de tiranos a una ciudad dispuesta a ser esclava.»

Terminó de hablar; pero la multitud, vacilante, masculla entre dientes vagos propósitos con murmullo impreciso. Un piadoso respeto a los penates paternos, aun siendo sus instintos feroces por la costumbre de matar y altaneros sus sentimientos, los quebranta; pero la siniestra afición a la espada y el miedo al general revoca sus inclinaciones. Entonces Lelio, que ejerce las funciones de primipilo [67] y porta el distintivo otorgado a sus merecimientos, una corona de encina que simboliza la recompensa por haber salvado a un conciudadano, exclama: «Si se nos permite, supremo capitán del nombre de Roma, y tenemos derecho a pronunciar palabras sinceras, el que una paciencia tan premiosa haya puesto freno a tus fuerzas, eso es lo que lamentamos. ¿Es que te faltaba confianza en nosotros? Mientras la sangre cálida anima nuestros cuerpos vivos y mientras nuestros brazos robustos pueden blandir las picas, ¿soportarás tú a esos degenerados con toga y la tiranía del senado? ¿Hasta ese punto es lamentable vencer en una guerra civil? ¡Adelante! Guíanos a través de los pueblos de Escitia, a través de las inhóspitas riberas de las Sirtes, a través de las calientes arenas de la Libia sedienta; este brazo, para dejar sometido el mundo a sus espaldas, ha domado con el remo las hinchadas olas del Océano y ha quebrado las espumas del Rin bajo el cielo del Norte [68]: poder cumplir tus órdenes es para mí tan obligado como querer hacerlo. No es conciudadano mío aquel contra quien yo oiga, César, sonar tus trompetas. Por tus enseñas afortunadas en diez campañas y por tus triunfos sobre cualquier clase de enemigo, yo te juro que si me ordenas hundir la espada en el pecho de

[67] Era el centurión de mayor categoría dentro de cada legión.
[68] Véase la n. 59.

mi hermano o en la garganta de mi padre o en las entrañas de mi esposa encinta, por más que lo rehúse mi diestra, todo, sin embargo, lo haré cumplidamente; si despojar a los dioses o prender fuego a los templos, la llama del taller de moneda del campamento fundirá las estatuas de las divinidades; si asentar el campamento cabe las aguas del etrusco Tíber, a los campos de Italia acudiré, resuelto, a trazarlo. Sean cuales sean las murallas que tú desees derruir a ras del suelo, un ariete empujado por estos brazos míos hará saltar sus piedras, aunque la ciudad que ordenes demoler hasta los cimientos sea la propia Roma.» Las cohortes, todas a una, asintieron a estas palabras y, levantadas en alto las manos, las ofrecieron para cualquier guerra a la que él las convocara. Sube al cielo un clamoreo tan grande como grande es, cuando el Bóreas tracio se ha abatido sobre las rocas de la pinífera Ossa [69], el fragor que se produce en el bosque, aplastado hasta curvarse las duras ramas y enderezándose de nuevo hacia el cielo.

César, cuando ve que la guerra es acogida con tan buena disposición por los soldados y que los hados le empujan, para no retrasar la Fortuna por ningún tipo de indolencia, a sus cohortes, esparcidas por los territorios de la Galia, las manda llamar, y se dirige a Roma, poniendo en movimiento desde todas partes las enseñas. Abandonaron las tiendas plantadas junto a la concavidad del Leman y el campamento que, enriscado sobre el flanco curvo de los Vosgos, ponía freno a los belicosos lingones de pintadas armas. Otros dejaron los vados del Isara, que, después de fluir con curso propio a lo largo de tantas campiñas, desemboca en un río de mayor fama [70] y no logra conservar su nombre hasta

[69] Monte de Tesalia. El bóreas, viento del Norte, es llamado aquí «tracio», porque la Tracia estaba al norte de Macedonia, entre ésta y el Mar Negro.
[70] El Ródano.

las aguas del mar. Se ven libres los rubios rutenos de la guarnición romana que de largo tiempo les vigilaba; el Aude, de tranquila corriente, se alegra de no soportar ya las quillas latinas, y lo mismo el Varo, frontera de Italia desde que se adelantó la línea de demarcación [71]; y también el paraje en que un puerto consagrado al nombre de Hércules empuja con sus cóncavas rocas el piélago: el ábrego no tiene derechos sobre él, ni el céfiro: sólo el cierzo conturba, como propios, los litorales e impide el acceso al seguro fondeadero de Mónaco [72]; y la región en que se extiende una costa indecisa, que reivindican alternativamente la tierra y el mar, cuando se derrama hacia adelante el inmenso Océano o cuando se repliega con el reflujo de sus olas [73]. ¿Es un viento de la extremidad del cielo el que así echa a rodar el piélago y lo deja, luego de empujarlo, o es que, movida por un segundo astro, la onda de la inestable Tetis se agita con las fases de la luna, o más bien el flamígero Titán, para beber sus aguas nutricias, empina el Océano y lleva sus olas hasta los astros? [74]. Indagadlo vosotros a quienes inquieta el movimiento fatigoso del universo. En cambio, por lo que a mí toca, tú, cualquiera que seas la causa que produces tan frecuentes movimientos, tal como lo han querido los dioses, permanece oculta para siempre.

Entonces, los que ocupan las campiñas de Nemetes y las riberas del Adur, por donde el territorio tarbélico deja entrar al mar suavemente y lo aprisiona en su cur-

[71] La frontera entre Italia y la Galia Narbonense, establecida en los Alpes, fue retrotraída hasta el río Varo por César en el 49 a. C.

[72] El puerto de Mónaco, relacionado con Hércules. Ya PLINIO EL VIEJO (*Hist. Nat.* III 47) lo llama «Portus Herculis Monoeci». El cierzo, que, según el poeta, lo bate, es el mistral o viento del norte.

[73] Se refiere a la acción de las mareas, sobre cuyas posibles causas hace Lucano brevemente una de las digresiones científicas a las que tan aficionado es.

[74] Creían los antiguos que el sol se alimentaba con el agua evaporada del mar.

vado litoral, ponen en marcha las enseñas; y se llenan de alegría, con la partida del enemigo, el santono y el bitúrige y los suesones, ágiles a pesar de sus largas armas; el leuco y el remo, los mejores en menear el brazo para el disparo; el pueblo sécuano, muy hábil en el manejo de las riendas para el caracoleo; y el belga, que aprendió fácilmente a conducir el carro de guerra importado; y los arvernos, que osaron fingirse hermanos del Lacio como pueblos de sangre troyana; el nervio, levantisco en demasía y manchado por el pacto del asesinato de Cota [75], y los que te imitan, sármata, vistiendo anchas bragas [76], los vangiones: y los bátavos brutales, a quienes excitan estridentes trompetas de bronce con doble curvatura; las tierras por donde divaga el Cinca [77] en su corriente, por donde el Ródano arrebata y lleva hasta el mar con sus veloces ondas al Saona, y aquellas donde, encaramado en la cumbre de las montañas, un pueblo habita los Cebenas, que amagan con sus nevados peñascos. [Los de Poitiers cultivan, libres de tributos, sus propios campos; a los de Tours, dados al vagabundeo, ya no les coartan más los campamentos circundantes; el de Angers, que detestaba marchitarse, Mayena, entre tus nieblas, es ahora confortado por las apacibles ondas del Loira; la ínclita Orleans está del todo libre de los escuadrones de César] [78]. Tú también,

[75] De hecho no fueron los nervios, sino los eburones, sus vecinos y aliados, los que dieron muerte a Lucio Arunculeyo Cota, jefe de una legión romana, en el 54 a. C., quebrantando el acuerdo de dejarle libre paso por sus tierras.

[76] Los sármatas habitaban al norte del Danubio y del Mar Negro; los vangiones, a orillas del Rin, en las cercanías de los actuales Worms y Spira. Mas los verdaderos portadores de *bracae* eran los galos de la Narbonense, que se conocía como la *Gallia Bracata.*

[77] No puede ser el río español afluente del Segre (véase más adelante, IV 21), sino un río galo desconocido. A no ser que se trate de la confusión de un copista.

[78] Se trata de cinco versos interpolados: los cuatro primeros lo fueron hacia el año 1100; el último, durante el Renacimiento.

tréviro, estás gozoso del cambio de escenario de la guerra, y lo mismo tú, lígur, ahora rapado, antaño sobrepasando a toda la Galia cabelluda [79] con tus melenas derramadas graciosamente por la nuca; y vosotros, los que aplacáis con víctimas terribles al cruel Teutades y a Eso, pavoroso en sus salvajes altares, y a Táranis, cuya ara no es menos atroz que la de Diana escítica [80].

Vosotros también, poetas inspirados que con vuestros elogios dirigís hacia una larga posteridad a las almas valerosas cobradas por la guerra, habéis entonado, ya sin cuitas, numerosos cantos, bardos. Y vosotros, druidas, tras soltar las armas, habéis vuelto a vuestros bárbaros ritos y al hábito siniestro de vuestros sacrificios. A solos vosotros es dado conocer a los dioses y a los poderes del cielo, y a solos vosotros, ignorarlos: habitáis espesuras profundas en remotos bosques sagrados; conforme a vuestra doctrina, las sombras no emigran a las silenciosas moradas del Erebo y a los pálidos reinos del subterráneo Dite: el mismo espíritu sigue rigiendo los miembros en otra región del mundo; si moduláis doctrina verdadera, la muerte es el punto central de una larga existencia. Felices en todo caso con su error los pueblos a los que contempla la Osa: a ellos no les angustia el conocido como mayor de los temores, el miedo a la muerte. De ahí la mentalidad de sus guerreros, con inclinación a precipitarse sobre la espada, unas almas dispuestas a acoger la muerte, y el sentimiento de que es una cobardía preocuparse por conservar una vida que ha de volver [81]. Y hasta vosotros, puestos como dique para apartar de las armas a los caucos de largos cabellos, os dirigís a Roma y dejáis las feroces riberas del Rin y el mundo romano abierto a los pueblos extranjeros.

[79] La *Gallia Comata*, así llamada por la costumbre céltica de los cabellos largos, era la no sujeta al poder romano, y se distinguía de la Narbonense, romanizada muy pronto y llamada *Togata* por la adopción de la característica toga romana.

[80] Teutades, Eso y Táranis son las tres principales divinidades de la Galia, a las que se ofrecían sacrificos humanos, como a la Diana-Ártemis venerada en el Quersoneso tracio.

[81] Suele creerse, ya desde CÉSAR (*Guerra de las Galias* VI 14, 5), que los druidas creían en la transmigración de las almas a otros seres después de la muerte. Según P. LEJAY (ed. y com., París, 1894 [libro I]) en su comentario a este pasaje, Lucano expone aquí la auténtica doctrina druídica, que consiste en considerar la otra vida como mera prolongación de ésta, sin transmigración, conservando la misma personalidad.

César, una vez que estos inmensos efectivos, con el acarreo de lo más granado de sus tropas, le infundieron confianza para osar mayores empresas, se disemina por toda Italia y pone guarniciones completas a las ciudades cercanas. Un rumor sin fundamento vino además como añadidura a unos temores que eran reales, irrumpió en los ánimos del pueblo, presagió un desastre inminente y, veloz mensajero de una guerra ya en puertas, innumerables lenguas desató en la propagación de noticias falaces. Hay quien llega a informar de que allí donde Mevania [82] se despliega en llanuras cuajadas de toros, unos pelotones de caballería se lanzan, osados, a los combates; y que por donde el Nar vierte sus aguas dentro del Tíber, realizan correrías los escuadrones bárbaros del cruel César; y que él en persona, al frente de todas las águilas y estandartes apiñados, avanza con más de una columna y con múltiples campamentos [83]. Y no le imaginan tal como le recuerdan: agigantado, lleno de ferocidad acude a sus mientes, y más salvaje que el enemigo al que él ha vencido. A éste, se dice, las poblaciones que se extienden entre el Rin y el Elba, arrancadas de sus territorios del Norte y de las moradas de sus padres, le siguen a la zaga, y se ha dado orden de que la Ciudad sea saqueada por unos pueblos salvajes

[82] La actual Bevagna, ciudad de la Umbría, cerca de Asís.

[83] Es decir, en marcha seguida, estableciendo un campamento cada noche para abandonarlo al día siguiente y proseguir la marcha; de ahí su multiplicación.

a la vista de los romanos. Así cada uno, con su pánico, va reforzando el rumor y, sin que nadie dé garantías de los desastres, temen los que ellos han imaginado. Y no sólo se amedrenta el vulgo, sacudido por un terror vano, sino la curia, y hasta los propios senadores saltaron de sus escaños y un senado en huida encarga a los cónsules la declaración de guerra, siempre odiosa.

Entonces, sin saber a ciencia cierta qué cobijos buscar para sentirse seguros y cuáles rehuir como peligrosos, donde a cada uno le lleva la impetuosidad de la huida, allí acucian a la masa atropellada, y columnas ininterrumpidas en larga hilera rompen hacia adelante. Se creería o que nefandas antorchas habían atacado sus techos o que ya con la sacudida del derrumbamiento sus casas vacilaban tambaleantes: de tal modo la turba, enloquecida, en atropellada carrera por la ciudad, como si la única esperanza para sus aflicciones estuviera en salir de las murallas de su patria, se precipita a ciegas. Como, cuando el Austro borrascoso repele de las Sirtes líbicas al mar inmenso y cruje, al romperse, la pesada mole del mástil que sostiene las velas, saltan al agua, abandonando la nave, el piloto y la marinería y, sin haberse deshecho aún el ensamblaje de la quilla, cada uno provoca su propio naufragio, del mismo modo, abandonando la ciudad, se huye precisamente hacia la guerra. A ninguno pudo hacerle volver su padre debilitado ya por los años, ni a ningún marido su esposa con sus llantos, ni los lares paternos les retuvieron siquiera el tiempo de formular sus votos por una salvación que era dudosa; ninguno se detuvo en el umbral ni, por tanto, partió saturado con la contemplación, tal vez ya la última, de la ciudad amada: se precipita, irrevocable, la masa. ¡Oh dioses, propicios en conceder lo más alto, pero en permitir conservarlo, poco propicios! Una ciudad rebosante de gentes propias y de pueblos sometidos y capaz de albergar a todo el género humano, si

pudiera concentrarse tal cúmulo de personas, ante la inminente llegada de César se la dejaron como fácil botín unos brazos cobardes. Cuando, urgido por el enemigo, se ve sin salida el soldado romano en extranjeras tierras, rehúye los peligros de la noche con una exigua empalizada, y un improvisado terraplén, con defensas de cepellón cogido a prisa, le brinda seguros sueños dentro de las tiendas; tú, en cambio, Roma, nada más oírse el anuncio de la guerra, quedas abandonada: ni una sola noche se tiene confianza en tus murallas. Con todo, es preciso disculpar un pánico tan grande, es preciso: la huida de Pompeyo, eso les atemoriza.

Entonces, para que ni un atisbo de esperanza en el porvenir aliviara al menos los ánimos amedrentados, vino a añadirse la prueba evidente de un destino peor, y los dioses, amenazadores, llenaron de prodigios las tierras, los cielos, el mar. Desconocidos astros vieron las oscuras noches, y al polo ardiendo en llamas, y antorchas volando en sesgo por el cielo a través del vacío, y la estela del astro temible, el cometa, que trastorna los reinos en la tierra. Repetidos relámpagos centellearon en un engañoso cielo despejado y el fuego diseñó figuras variadas en el aire denso: ora, con luz alargada, brilló en el cielo una jabalina, ora, con luz difusa, una lámpara. Sin ninguna nube, un rayo silencioso y que arrancaba su fuego de las regiones septentrionales, sacudió violentamente la cúspide de Júpiter Laciar [84]; estrellas menores, habituadas a bajar y hacer su recorrido en horas nocturnas, sin luz, vinieron en pleno día, y Febe, cuando ya, unidas las puntas de sus cuernos, reflejaba con su entera redondez la luz de su hermano, embestida de repente por la sombra de la tierra, se eclipsó [85]. El propio Titán, cuando paseaba su cabeza

[84] Véase n. 44.

[85] Febe, es decir, la Luna, que estaba en fase de plenilunio, sufrió un eclipse.

por el centro del Olimpo, ocultó su carro de fuego en oscura calígine, envolvió de tinieblas su disco y obligó a las gentes a desesperar de que fuera de día: al modo que Micenas, bajo Tiestes, atrajo sobre sí la noche, al huir el sol por Oriente [86]. El feroz Múlciber [87] abrió el cráter del Etna siciliano y no empujó las llamas hacia el cielo, sino que, con la inclinación de la cúspide, la lava ardiente cayó contra el flanco de Italia. La negra Caribdis volteó desde sus abismos un mar de sangre; lastimeros aullidos lanzaron los sañudos perros de Escila. Del altar de Vesta fue retirado el fuego, y su llama, que manifiesta el acabamiento de las ferias latinas [88], se escinde en dos partes y se eleva en un doble ápice, imitando la pira tebana [89]. Entonces la tierra se desplazó de su eje y los Alpes, al tambalearse sus cimas, sacudieron a uno y otro lado sus nieves de siglos. Tetis, acreciendo el caudal de sus aguas, cubrió la hispánica Calpe [90] y la cumbre del Atlas. Sabemos que lloraron las estatuas de los dioses indigetes [91] y que las de los Lares, con su sudor, atestiguaron el apuro de la ciudad; que los exvotos cayeron al suelo en sus templos; que

[86] Atreo, rey de Micenas, sirvió en un banquete a su hermano Tiestes sus propios hijos. El sol invirtió su curso como protesta ante tal infamia.

[87] Vulcano, dios del fuego. Paulo Festo, gramático del siglo II d. C., hace derivar el apelativo de *mulcere*, que significaría «ablandar», porque este dios ablanda el hierro en sus fraguas.

[88] Las ferias latinas, fiestas con que se conmemoraba anualmente la confederación de los pueblos del Lacio, concluía con un sacrificio nocturno en el ya aludido santuario de Júpiter Laciar sobre el Monte Cavo. El fuego de dicho sacrificio indicaba la terminación de las ferias.

[89] La pira de Eteocles y Polinices, hermanos que murieron luchando uno contra el otro en el asedio de Tebas. Al incinerarlos juntos, la llama de la pira se partió en dos, indicando su mutuo odio incluso después de muertos.

[90] Gibraltar.

[91] Dioses nacionales que protegen la ciudad y la familia, como los Lares.

siniestras aves ensuciaron el día y que las fieras, dejando las selvas al anochecer, establecieron audaces sus cubiles en el centro de Roma. Además hubo lenguas de animales con facilidad para pronunciar sonidos humanos; partos monstruosos entre los hombres por el número y la dimensión de los miembros: a la madre le dio miedo su propio hijo; y los siniestros vaticinios de la profetisa de Cumas se divulgan entre el pueblo [92]. Al tiempo, los sacerdotes con tajos en los brazos, a quienes agita la salvaje Belona [93], proclaman los designios de los dioses, y los galos [94], haciendo girar su cabellera sanguinolenta, aullaron presagios funestos para las gentes. Urnas funerarias repletas de huesos allí enterrados emitieron lamentos. Entonces se oyó fragor de armas, y grandes gritos por los parajes intransitados de los bosques, y apariciones que se venían a las manos. Los que cultivan los campos pegados al borde de las murallas huyeron en desbandada: una Furia gigantesca daba vueltas a la ciudad, sacudiendo hacia abajo un pino con la punta encendida, a más de sus cabellos estridentes [95], cual la Euménide que empujó a la tebana Ágave o la que volteó los dardos del cruel Licur-

[92] Profecías contenidas en los llamados «libros sibilinos», que, según la tradición, fueron ofrecidos a los Tarquinios por la Sibila de Cumas y que se quemaron en el incendio del Capitolio el 83 a. C., siendo reconstruidos no con plenas garantías. Solían consultarse en épocas de crisis nacional.

[93] Los sacerdotes de Belona, diosa de la guerra —probablemente de origen sabino—, se herían en ceremonias sangrientas.

[94] Los galos, sacerdotes de Cibeles, se mutilaban, poseídos por la diosa, e incluso se autocastraban.

[95] Por las serpientes que les servían de cabellera.

[96] Dos venganzas de Baco. Ágave, madre de Penteo, rey de Tebas, fue empujada, en el frenesí dionisíaco, a matar y despedazar a su hijo, que había ofendido a Baco. Por su parte, Licurgo, rey de Tracia, prohibió el culto de Baco y cortó las vides de su reino. En castigo, el dios le dejó ciego e hizo que diera muerte, por error, a su propio hijo Driante.

go[96], o como, por orden de Juno, rencorosamente injusta, Megera infundió pavor al Alcida, por más que ya hubiera visto a Dite[97]. Resonaron trompetas y, como es de enorme el griterío de las cohortes que entrechocan, ese mismo estruendo despidió la negra noche, pese al silencio de las auras. Pareciendo surgir de en medio del Campo de Marte, los manes de Sila vaticinaron funestos presagios y, a su vez, alzando su cabeza junto a las heladas aguas del Anio, hecho trizas su sepulcro, Mario puso en fuga a unos campesinos[98].

En vista de estos prodigios pareció oportuno, conforme a una añeja costumbre, hacer venir adivinos etruscos. De ellos, el más entrado en años, Arrunte, que habitaba el recinto amurallado de Luca, abandonada, bien instruido en los zigzagueos del rayo y en las venas aún calientes de las vísceras y en los avisos del vuelo que va y viene en el aire, ordena primeramente quitar de en medio los monstruos que la naturaleza, en desacuerdo con sus leyes, había producido sin semilla alguna y quemar en infaustas llamas los fetos abominables de vientres estériles. Luego, ordena a los amedrentados ciudadanos dar una vuelta completa a la ciudad[99] y que, purificando los muros con solemne ceremonia lustral[100], den también la vuelta a todo lo largo del po-

97 Hércules, el Alcida (descendiente de Alceo), se volvió loco por obra de la Furia Megera, según Séneca —Lisa, según Eurípides—, y dio muerte a su esposa y a sus hijos. Dite es Plutón, dios de los infiernos, de donde logró volver victorioso Hércules, liberando a Teseo y trayéndose al Cérbero, el perro de tres cabezas guardián del reino subterráneo.

98 La evocación de Sila y de Mario, anteriores protagonistas de una sangrienta guerra civil, cierra hábilmente la enumeración de los prodigios que anuncian la nueva guerra civil. El cadáver de Mario, por orden de Sila, fue arrojado al río Anio. Sila fue enterrado en el Campo de Marte.

99 Es la ceremonia llamada *Amburbium*.

100 El *lustrum* es una ceremonia de purificación, que suele ir acompañada de un *suouetaurile* o sacrificio expiatorio de un cerdo, una oveja y un toro.

merio[101], por sus bordes extremos, los pontífices, a quienes está asignado el privilegio de las celebraciones rituales. Siguen multitud de sacerdotes de menor rango, ataviados al estilo gabino[102], y abre la fila de las Vestales, coronada de bandeletas, la sacerdotisa, la única a la que es lícito contemplar la imagen de la Minerva troyana[103]. A continuación los que custodian los hados divinos y los oráculos misteriosos y retiran la imagen de Cibeles, una vez bañada en el exiguo Almón[104]; y el augur, ducho en observar las aves que vuelan por la izquierda[105]; y el septénviro, encargado de los banquetes rituales[106]; y la cofradía de los ticios[107]; y el salio, que lleva a la espalda con alegría los escudos sagrados, y el flamen, que alza el ápice en su noble cabeza[108].

101 El *pomerium* es el recinto religioso de Roma, zona no edificable ni cultivable.

102 Con la toga recogida por la espalda y anudada al pecho, para facilitar los movimientos. Costumbre importada de Gabii, vieja villa del Lacio.

103 El *Palladium*, estatua de Minerva traída, según la tradición, de Troya y conservada en el templo de Vesta.

104 Afluente del Tíber, donde se sumergía la estatua de Cibeles en la ceremonia final de sus fiestas anuales del mes de marzo. El rito lo presidían los quindecínviros, encargados de guardar los libros sibilinos (véase n. 92) y de supervisar los cultos extranjeros. El culto de Cibeles procedía de Frigia.

105 Aquí, símbolo de buen augurio. De hecho, cuando los augures observaban el vuelo de las aves, el buen augurio lo indicaba el que volaran por el Este, y el malo, por el Oeste. En Roma, a diferencia de Grecia, los augures se solían colocar mirando al Sur, con lo que la izquierda coincidía con el Oriente, zona de buen augurio.

106 Los septénviros, auxiliares de los pontífices, eran los encargados de preparar los banquetes rituales en honor de Júpiter.

107 Asociación religiosa encargada de mantener los cultos sabinos, y cuya fundación se atribuía al viejo rey sabino Tito Tacio.

108 Los salios eran sacerdotes de Marte y celebraban su culto con danzas rituales, haciendo entrechocar los escudos sagrados (*ancilia*) que se decía habían caído del cielo en tiempos del rey Numa Pompilio. El *flamen Dialis* o sacerdote de Júpiter llevaba como distintivo el *apex* o rama de olivo fijada al tocado con una cinta de lana.

Y mientras ellos desfilan en torno a la ciudad que se extiende en largas sinuosidades, Arrunte recoge los fuegos diseminados del rayo, los entierra musitando una lúgubre letanía y asigna a aquellos lugares la protección de una divinidad; luego, acerca a las sagradas aras un toro de cerviz bien escogida. Ya había comenzado a derramar el vino y a aplicar la harina salada con la hoja del cuchillo en sesgo, y la víctima, que oponía larga resistencia a un sacrificio nada agradable, cuando los ministros del culto, recogiéndose la ropa, sujetaron sus cuernos amenazantes, dobladas por fin las rodillas, ofrecía su cuello vencido. Pero no saltó la sangre de costumbre, sino que de la ancha herida se desparramó, en lugar de sangre roja, un sucio flujo de mal agüero. Empalideció Arrunte, pasmado ante el sacrificio funesto, e indagó la cólera de los dioses en las entrañas extraídas febrilmente [109]. Ya el color mismo llenó de pánico al adivino; en efecto, las vísceras pálidas, pero moteadas de negras manchas e infectadas por coágulos sanguinosos, abigarraban con salpicaduras de sangre su extraordinaria lividez. Observa el hígado empapado de podre y ve las venas amenazantes por la parte hostil [110]. Queda oculta la fibra del pulmón jadeante y una pequeña fisura corta las zonas vitales. El corazón está aplomado, las vísceras expelen sangraza por unas grietas abiertas y los intestinos revelan sus ocultas cavidades. Y —prodigio funesto que nunca apareció en las entrañas impunemente— helo aquí: observa que en la cabeza del hígado ha crecido la protuberancia de otra cabeza; una parte cuelga enfermiza y fláccida, otra

[109] Los harúspices eran los encargados de adivinar el futuro estudiando las entrañas de las víctimas sacrificadas. Examinaban una serie de órganos, de los que Lucano enumera aquí cuatro: el hígado, los pulmones, el corazón y los intestinos.

[110] El hígado es el órgano más importante en la haruspicina y se dividía para su examen en dos zonas: la favorable y la hostil.

irradia salud y mueve sin compasión las venas con rápidas pulsiones. Cuando por estos signos comprendió la fatalidad de grandes desgracias, exclama: «Apenas me es lícito, oh dioses del cielo, revelar a las gentes todo lo que estáis maquinando; pues no he celebrado en tu honor, supremo Júpiter, este sacrificio: los dioses infernales han venido al pecho de este toro inmolado. Indecibles calamidades tememos, pero sobrevendrán mayores aún de lo que tememos. ¡Que los dioses tornen favorable lo que he visto y que no merezcan ningún crédito las vísceras, sino que eso sea una impostura de Tages, fundador de esta ciencia [111]!» Así vaticinaba el etrusco, envolviendo sus presagios en palabras sinuosas y velándolos con múltiples ambages.

Por otra parte, Fígulo [112], cuyo afán era conocer a los dioses y los misterios del cielo, y a quien ni la egipcia Menfis igualaría en la observación de las estrellas y en los cómputos tocantes a los astros, afirma: «O bien este mundo vaga sin ley alguna a través de las edades y los astros van a la deriva con un curso no determinado, o, si los rigen los destinos, para la Ciudad y para el género humano se prepara una inminente catástrofe. ¿Se abrirán las tierras y se irán al fondo las ciudades, o hará desaparecer un aire abrasador la templanza del clima? ¿Negará sus mieses la tierra, incumpliendo su cometido, o el agua toda se impregnará de ponzoñas en ella esparcidas? ¿Qué tipo de calamidades preparáis, oh dioses del cielo, con qué tribulación aprestáis vuestra cólera? Los últimos días de muchos vienen a coincidir en un solo lapso de tiempo. Si en lo más alto del cielo la fría estrella de Saturno encendiera, maligna,

[111] Mítico personaje etrusco que enseñó a sus conciudadanos la haruspicina, expuesta en los llamados «libros tagéticos».

[112] Nigidio Fígulo, personaje curioso e interesante —político, matemático, filósofo, mago, etc.—, contemporáneo de César y de Cicerón, es utilizado por Lucano para emitir una predicción astrológica.

negros fuegos, Acuario habría derramado lluvias deucalioneas [113] y la tierra entera habría desaparecido en un extenso mar. Si al salvaje león de Nemea lo oprimieras ahora tú, Febo, con tus rayos, los incendios se desatarían por todo el mundo y se habría abrasado el éter, soflamado por tu carro. No hay rastro de estos fuegos. Tú, que inflamas al Escorpión amenazador con su cola llameante y abrasas sus pinzas, tú, Gradivo [114], ¿qué gran catástrofe preparas? Pues el benigno Júpiter está hundido en las profundidades de su ocaso, la salutífera estrella de Venus está ofuscada y Cilenio [115], de curso veloz, permanece inmóvil; así Marte, en solitario, domina el cielo. ¿Por qué las constelaciones han abandonado sus órbitas y se desplazan a oscuras por el firmamento, mientras que reluce en exceso el flanco de Orión el espadífero? Inminente es la rabia de los combates, y el poder de la espada en la mano subvertirá todo derecho; al crimen nefando se le dará el nombre de virtud, y muchos años perdurará esta locura. Pero ¿de qué sirve implorar a los dioses su acabamiento? Acompañada de un tirano viene esa paz. Prolonga, Roma, sin interrupción la cadena de tus desventuras y alarga mucho tiempo el cataclismo: ya sólo eres libre mientras dure la guerra civil.»

Bastante habían amedrentado ya estos presagios a la plebe empavorecida, pero otros mayores la acucian. Pues, cual de la cima del Pindo baja corriendo la bacante edónida [116], llena del ogigio Lieo [117], tal, a través de

[113] Alude a Deucalión, hijo de Prometeo y único superviviente, junto a su esposa Pirra, del diluvio universal. Algunos lo asimilan a la constelación de Acuario.

[114] Apelativo de Marte, relacionado erróneamente por los gramáticos latinos con el verbo *gradior* «marchar», como si fuera «el que marcha» al combate.

[115] Apelativo de Mercurio, que se suponía había nacido en el monte Cileno, en Arcadia.

[116] Los edonios eran un pueblo de Tracia, cuyo rey Licurgo ha sido aludido más arriba.

[117] Lieo es un sobrenombre de Baco y significa «liberador» de

la ciudad estupefacta, se precipita una matrona, revelando con estos gritos la invasión de su pecho por Febo: «¿Adónde me llevas, oh Peán [118]? ¿En qué tierra me depositas, tras haberme arrebatado por encima del éter? Contemplo el Pangeo, blanquecino en sus cumbres nevadas, y la ancha llanura de Filipos al pie del peñasco del Hemo [119]. Explícame, oh Febo, qué locura es ésta, con la que formaciones romanas entremezclan dardos y brazos, y hay guerra sin haber enemigo [120]. ¿A qué otras regiones me arrastras? Me conduces a los límites extremos del Oriente, por donde el mar cambia de aspecto con la corriente caudalosa del lágida [121] Nilo: a ese que yace, tronco desfigurado [122], en la arena del río, lo reconozco. Me llevas en volandas sobre el mar hasta la traicionera Sirte y la reseca Libia, adonde la funesta Enio [123] ha trasladado las formaciones de Ematia. Ahora me veo arrebatada por encima de las alturas de los Alpes coronados de nubes y de los Pirineos enhiestos en el aire. Regresamos a las moradas de mi

preocupaciones. Ogigio equivale a tebano, pues Ogiges fue el mítico fundador de Tebas. Baco era hijo de la tebana Sémele.

[118] Sobrenombre de Apolo, «el que cura» enfermedades y desgracias.

[119] El Pangeo es una cadena montañosa entre Macedonia y Tracia. El Hemo es un macizo rocoso al norte de Tracia. Filipos está aquí por Farsalia, confusión debida a que ambas batallas se riñeron en Macedonia.

[120] Sin enemigo extranjero, se entiende, ya que será una guerra entre conciudadanos.

[121] Lago había sido el fundador de la dinastía de los Lágidas, a la que pertenecían el entonces rey de Egipto Ptolomeo XIV y su hermana Cleopatra.

[122] Alusión al cadáver de Pompeyo, decapitado en Egipto por los sicarios del susodicho Ptolomeo, cuando llegó allí después de su derrota en Farsalia.

[123] Diosa griega de la guerra, equivalente a la Belona romana. Con la referencia a Sirte y Libia alude el poeta a la batalla de Tapso en el 46 a. C. Inmediatamente después, con la referencia al paso de los Pirineos, se alude a la batalla de Munda, en Hispania (véase n. 12).

ciudad paterna y guerras impías se consuman en medio del senado [124]. Resurgen por segunda vez las facciones, y nuevamente recorro el mundo entero. Dame a contemplar nuevas riberas del mar y una tierra nueva: ya he visto, Febo, Filipos [125].» Esto dijo y, abandonada del delirio extenuante, se desplomó.

---

[124] Alusión al asesinato de César en el senado el 15 de marzo del 44 a. C.

[125] Aquí sí se alude a la auténtica batalla de Filipos del 42 a. C.

LIBRO II

SINOPSIS

1-233	Lamentaciones de los romanos.
234-391	Bruto, Catón, Marcia.
392-438	Huida de Pompeyo. Descripción de los Apeninos.
439-477	Execración del avance de César.
478-525	Domicio en Corfinio.
526-609	Arenga de Pompeyo.
610-736	Pompeyo en Brindis.

Ya las iras de los dioses quedaron de manifiesto, señales evidentes de guerra ofreció el universo, y la naturaleza, presciente, trastornó, con una avalancha de prodigios, las leyes y avenencias de las cosas y denunció públicamente el delito. ¿Por qué a ti, señor del Olimpo, te pareció bien añadir a los atormentados mortales esta gran angustia, la de conocer por medio de siniestros presagios las calamidades por venir? Ya sea que el creador del mundo, tan pronto como recogió, al ceder la conflagración, los reinos aún informes y la materia bruta, fijara para siempre la causalidad, sometiéndose también él a la ley con la que todo lo rige, y con la línea inamovible de los destinos delimitara al universo portador de las generaciones que se le prescriben, ya sea que nada haya preestablecido, sino que el azar vague sin rumbo fijo y lleve y traiga las vicisitudes y domine la casualidad los sucesos de los mortales, ¡que sobrevenga de repente lo que preparas, sea lo que sea; que la mente de los hombres esté ciega para su destino futuro; séale lícito tener esperanza al que tiene temor!

Así pues, cuando comprenden con qué desastres para el mundo se van a confirmar los anuncios fidedignos de los dioses, una fúnebre suspensión de actividades [126] se extiende por la ciudad; quedó oculta bajo

[126] El *iustitium* es la suspensión de las actividades judiciales y los negocios públicos en general como señal de duelo por alguna calamidad nacional.

atuendo plebeyo toda dignidad, la púrpura no acompañó a ningunas fasces. Al tiempo contuvieron sus quejas y a todos los recorrió un gran dolor silencioso. Así, en los comienzos de un duelo, llenas de pasmo, las casas están mudas, cuando los cadáveres yacen sin que se les haya gritado aún el último adiós ni la madre, con los cabellos sueltos, haya empujado los brazos de las esclavas a sañudos golpes de pecho, sino que estrecha los miembros rígidos al escaparse la vida y el rostro exánime y los ojos con la fijeza amenazadora de la muerte; aquello no es aún dolor, y ya no es ansiedad: se inclina con la mente en blanco y queda pasmada de su desgracia.

Las matronas se despojan de sus galas de antes y, afligidas, ocupan los templos en tropel: unas rociaron de lágrimas las imágenes de los dioses, otras lastimaron sus pechos contra el duro suelo, esparcieron, consternadas, en el sagrado recinto sus cabellos lacerados y con frecuentes alaridos hieren unos oídos acostumbrados a que se les invoque con plegarias votivas. Y no todas se prosternaron en el templo del supremo Tonante: se repartieron los dioses y, para no provocar celos, en ningún altar faltó una matrona. Una de ellas, con desgarros en sus húmedas mejillas y con moraduras en sus brazos acardenalados por los golpes, exclama: «Ahora, infortunadas madres, golpead a una vuestros pechos, ahora desgarrad vuestras cabelleras y no aplacéis estas manifestaciones de dolor ni las reservéis para las supremas desgracias. Ahora hay posibilidad de llorar mientras sigue indecisa la suerte de los jefes: en cuanto haya vencido uno de los dos habrá que mostrar alegría.» Con estos acicates se fustiga el dolor a sí mismo.

De igual modo los hombres, partiendo hacia la guerra, hacia distintos campamentos, derraman justas quejas contra las divinidades crueles: «¡Mísera suerte, ay, no haber nacido a tiempo de las guerras púnicas y no

haber sido combatientes de Cannas y del Trebia! No es la paz lo que pedimos, dioses del cielo: infundid cólera a los pueblos extranjeros, soliviantad ahora a las ciudades feroces; que el mundo entero se conjure para la guerra, de la aquemenia Susa bajen a la carrera los batallones medos [127], al maságeta no lo coarte el Istro escítico [128], desparramen a los rubios suevos, desde las regiones extremas del aquilón, el Elba y la cabecera, no sometida, del Rin [129]; convertidnos en enemigos para todos los pueblos: ¡la guerra civil, apartadla! Que nos acose, de un lado, el dacio, del otro, el geta [130]; que se lance uno hacia los iberos, otro hacia las aljabas orientales; que ninguna mano, Roma, te quede libre. O bien, dioses del cielo, si os place borrar el nombre de Italia, que el éter, arracimado en fuegos, caiga copiosamente a tierra por medio de rayos. Padre cruel [131], a uno y otro bando, a la vez, y a uno y otro caudillo, mientras aún no lo tienen merecido, castígalos. ¿Con tal afluencia de crímenes sin precedentes buscan cuál de los dos mandará sobre la Ciudad? Casi no merecería la pena promover guerras civiles para que no mandara ninguno de los dos [132].» Tales quejas exhala un patriotismo de inminente desaparición [133].

[127] Los medos son los persas. Susa, importante ciudad de Persia, donde reinó la dinastía fundada por Aquemenes.

[128] El Istro es el Danubio. Los maságetas habitaban en la ribera oriental del Caspio, en el actual Turquestán.

[129] Los suevos parecen simbolizar aquí a todos los germanos, y las regiones del aquilón, el Elba y el Rin, los límites septentrional y meridional de Germania (BOURGERY, *ad loc.*)

[130] Dacios y getas pertenecían a la Dacia, actual Rumania y parte de Hungría.

[131] Júpiter, señor de los rayos, a los que acaba de aludir.

[132] Es decir, la guerra civil es tan abominable, que, incluso si supiéramos que con ella íbamos a conseguir que no mandaran en Roma ni César ni Pompeyo, lo que sería maravilloso, ni aun así merecería la pena promoverla, por los males que acarrea.

[133] En efecto, pronto van a olvidar sus buenas intenciones para enfrentarse en guerra civil.

En cambio, a sus desventurados padres les acongoja su propia angustia, aborrecen la duradera fatalidad de su vejez gravosa y sus años conservados para presenciar por segunda vez guerras civiles. Y uno de ellos, buscando precedentes a su gran ansiedad, exclama: «No otras eran las agitaciones que preparaban los hados en el momento en que el victorioso Mario, desterrado tras sus triunfos sobre teutones y líbicos, escondió su cabeza en fangosas ovas. Charcas de un terreno poroso y lagunas cenagosas protegieron, Fortuna, un depósito entregado por ti; más tarde unos grilletes de hierro y una suciedad prolongada fueron consumiendo, en una prisión, al anciano. Y el que parecía destinado a morir cónsul y dichoso en la Ciudad por él arrasada, pagaba anticipadamente el castigo de sus crímenes. La propia muerte rehuyó más de una vez a aquel hombre y en vano se le concedió a un enemigo suyo la posibilidad de verter una sangre que le era odiosa, pues éste, en el momento mismo de descargar el golpe, se quedó rígido y dejó escapar el hierro de su mano embotada: había visto una inmensa luz en la cárcel tenebrosa y a las divinidades que castigan los crímenes, y también el porvenir de Mario [134], y había escuchado con pavor: 'No te está permitido tocar ese cuello; debe éste a las leyes del destino muchas muertes antes de la suya: depón tu inútil furor.' Si es vuestro gusto, cimbros, vengar los duelos que provocó la destrucción de vuestro pueblo, conservad a este anciano. No está él protegido por el favor de una divinidad, sino por la tremenda cólera de los dioses celestes, ese hombre feroz y suficiente para el destino que desea aniquilar a Roma. Este mismo, llevado por un piélago adverso a una tierra enemiga, y empujado por entre aduares vacíos, vino a caer

[134] Es decir, que debía llegar de nuevo a cónsul, magistratura que desempeñó siete veces. El enemigo que, ante esta visión, fue incapaz de matarlo era, según las *Adnotationes*, un lictor cimbro.

en el reino despoblado de Jugurta, sobre el que había conseguido un triunfo [135], y holló las cenizas púnicas. Cartago y Mario se consolaron cada uno con el destino del otro y, al verse a un mismo nivel de postración, perdonaron a los dioses. Allí recogió las iras de los africanos. Tan pronto como volvió a él la Fortuna, liberó a batallones de esclavos: los ergástulos, fundidas las cadenas de hierro, echaron fuera a unas hordas salvajes. A nadie se le otorgaba lucir los distintivos de jefe sino al que ya había adquirido experiencia de crímenes y había aportado al campamento su impiedad. ¡Oh fatalidad, qué día, qué día fue aquel en que Mario asaltó victorioso las murallas, y a qué trancos corrió la muerte sañuda! La nobleza pereció a la par que la plebe, la espada se paseó a sus anchas y ante ningún pecho retrocedió el hierro. Se amontona la sangre en los templos, y el pavimento, enrojecido de la mucha carnicería, queda empapado y resbaladizo. A nadie le protegió su edad: no hubo sonrojo en anticipar el último día de vida del anciano en el declinar de los años, ni en quebrar, en el umbral mismo de su existencia, los destinos en ciernes de una infeliz criatura. ¿Bajo qué acusación pudieron los pequeños merecer la muerte? Pero era suficiente poder ya morir. Les arrastra la propia impetuosidad de su furor y les parecía propio de perezosos pararse a buscar un culpable. Una gran parte murió para hacer bulto y el vencedor, tinto en sangre, cogía aprisa cabezas cortadas de cuellos desconocidos tan sólo por vergüenza de ir con las manos vacías. Única esperanza de salvación: estampar besos temblorosos en aquella mano manchada de sangre. ¡Pueblo, ay, degenerado! Aun concediendo que mil espadas secundaran señales de muerte nunca vistas, apenas sería decente para unos

[135] Además de sus victorias sobre los cimbros y teutones (n. 51), Mario derrotó y llevó encadenado a Roma a Jugurta, el feroz e inteligente rey de Numidia.

hombres de verdad hacerse acreedores de ese modo a largos siglos de existencia, cuánto menos al deshonor de un corto período de tiempo y a una vida sólo hasta el regreso de Sila [136].

»¿Quién tendría tiempo para llorar las muertes del pueblo en masa? Apenas lo hay para decir que tú, Bebio, despedazadas una a una tus vísceras, pereciste entre las innumerables manos de un círculo de gente que descuartizaba tus miembros; o para aludir a ti, Antonio, présago de nuestras desgracias, cuya cabeza, llevándola colgante de los ajados mechones blancos un soldado, la depositó, todavía chorreando sangre, en la mesa del festín [137]. Desgarró Fimbria los cuerpos mutilados de los Crasos [138]; los atroces travesaños se empaparon en la podre de los tribunos [139]. A ti también, Escévola, desasistido de Vesta ultrajada por ellos, te inmolaron delante mismo del santuario de la diosa y de su fuego siempre encendido; pero tu vejez, consumida, hizo fluir de tu cuello una pizca de sangre y no llegó a apagar las llamas. A estos sucesos sigue el séptimo año en que él tomó una vez más las fasces [140]. Éste fue el término de la vida para Mario, que padeció todo lo que puede deparar la peor fortuna y disfrutó todo lo que puede prodigar la mejor, y dio la medida de lo que puede abarcar el destino de un hombre.

[136] Los que escaparon a la muerte por haber sido partidarios, sinceros o fingidos, de Mario fueron muy pronto víctimas de Sila.

[137] Es el abuelo del triunviro Marco Antonio; orador famoso, uno de los protagonistas del ciceroniano *Del orador*. Asesinado por sicarios de Mario, le presentaron su cabeza, mientras éste estaba cenando. El relato, en Valerio Máximo, II 9, 5.

[138] Gayo Flavio Fimbria, legado de Mario, dio muerte a los dos Crasos, padre e hijo, y envió sus cabezas a aquél.

[139] Los *Commenta Bernensia* dicen que se trata de los tribunos Mario Celio y Sexto Lucilio, arrojados desde la roca Tarpeya. Se dice, asimismo, que había un «travesaño» fijado a la roca con garfios de hierro y destinado a detener los cuerpos que caían de arriba.

[140] Es el séptimo consulado de Mario (véase n. 134).

»Y para entonces, ¡cuántos cayeron muertos en Sacriporto[141] y qué masa de hombres tirados por tierra acopió la puerta Colina, en momentos en que la capital del mundo y el dominio universal a punto estuvieron de trasladarse y cambiar de lugar, y el samnita albergó esperanzas de descalabros a Roma superiores al de las Horcas Caudinas! Sila vino, además, a añadirse a estas calamidades sin medida, con sus ansias de venganza. Lo poco que quedaba de sangre a la Ciudad, él lo agotó; y, al cortar los miembros gangrenados ya en exceso, el remedio traspasó la medida y en el punto al que le orientaba la infección se le fue la mano más de la cuenta. Murieron los culpables, pero cuando ya los únicos que podían seguir con vida eran los culpables. Diose entonces vía libre a los odios y, desatada de los frenos legales, irrumpió la ira. No se otorgaban a uno sólo todas las iniciativas, sino que cada cual cometió delitos por su cuenta: el vencedor había impartido sus órdenes de una vez por todas. Un hierro nefando hundió el esclavo en las entrañas de su dueño, los hijos se empaparon en sangre paterna, llegó a haber contienda sobre a quién correspondería cercenar el cuello de un padre, murieron hermanos por la recompensa otorgada para ello a sus hermanos. Los sepulcros se llenaron de fugitivos, se mezclaron los cuerpos vivos con los enterrados y los escondrijos de las fieras no tuvieron cabida suficiente para un pueblo en masa. Uno quebró su cuello y estranguló su garganta con un lazo; otro, arrojándose de cabeza con todo su peso, se estrelló al chocar contra el duro suelo, y hurtaron sus muertes al sanguinario vencedor; otro eleva en persona el rimero de leños de su propia pira, salta al medio de las llamas antes de haber derramado toda su sangre y, cuando aún puede hacerlo, penetra en el fuego. Las cabezas de los jefes fueron paseadas en una pica a través de la ciudad sobrecogida y apiladas en medio del foro: allí es donde pueden reconocerse todos los que yacen por doquier. Tantas víctimas del crimen no vio la Tracia colgar de los establos del tirano de Bistonia[142], ni la Libia en las puertas de Anteo[143], ni Grecia lloró entristecida tantos miembros mutilados en el palacio de Pisa[144]. Cuando ya se van deshaciendo en pudrición y, desfigurados por el mucho tiempo transcurrido, han perdido sus rasgos diferenciales, la diestra de sus desventurados padres recoge y sustrae con hurto asustadizo a los que son aún reconocibles. Y recuerdo que yo mismo, ansioso de colocar sobre la pira y las vedadas llamas el desfigurado rostro de mi hermano asesinado, revisé todos los cadáveres de la paz de Sila y, entre todos los troncos, rebusqué con qué cuello se avenía la cabeza cortada. ¿A qué voy a referirme a la sangre con que fueron aplacados los manes de Cátulo[145]? Fue cuando

[141] En Sacriporto, cerca de Preneste, y en las proximidades de la puerta Colina tuvieron lugar, respectivamente, las primeras y decisivas victorias de Sila, a su vuelta de Asia, contra Mario y contra tropas samnitas venidas en su ayuda. La referencia a las Horcas Caudinas recuerda la humillación infligida a los romanos en la segunda guerra samnita cerca de la antigua *Caudium*.

[142] Diomedes, rey de los bistonios en Tracia, alimentaba a sus yeguas con carne humana, sacrificando a sus huéspedes. Hércules le dio muerte e hizo que lo devoraran sus propios caballos.

[143] Anteo, el gigante hijo de la tierra, colgaba a las puertas de su cueva las cabezas de los por él vencidos. Su lucha contra Hércules la narra Lucano en el canto IV 590-660.

[144] Ciudad de la Élide. Su rey Enómao ponía como condición a todos los que aspiraban a la mano de su hija Hipodamía, vencerle antes a él en una carrera de carros; si resultaban vencidos, les daba muerte. Murieron muchos, ya que los caballos de Enómao, dirigidos por el auriga Mírtilo, eran invencibles. Pélope logró vencer, sobornando a Mírtilo, y casó con Hipodamía.

[145] Quinto Lutacio Cátulo, colega de Mario en el consulado cuando la victoria contra los cimbros, se suicidó luego, cuando supo que su antiguo colega había decretado su muerte. En venganza, murió despedazado, tal como lo cuenta el poeta a continuación, un sobrino adoptivo de Mario, Mario Gratidiano.

Mario, la víctima, tal vez sin que las sombras de aquél desearan esas funestas exequias, pagó una indecible expiación a su tumba insatisfecha; y vimos sus carnes laceradas, las heridas tantas como los miembros y, a pesar de la entera mutilación de su cuerpo, no se asestó a su vida el golpe mortal: siniestro sistema de abominable crueldad, demorarle la muerte al que se está muriendo. Cayeron arrancadas sus manos, su lengua cortada palpita y golpea con mudas convulsiones el aire vacío. Uno le amputa las orejas, otro los respiraderos de la nariz aguileña, aquél le desencaja los globos oculares del hueco de las órbitas y por último le saca los ojos, una vez que ellos han contemplado el resto de los miembros. A duras penas se dará algún crédito a tan salvaje crimen, a que una sola persona tantos suplicios haya acaparado. De igual modo, entre la masa de un derrumbamiento se confunden los miembros aplastados bajo el enorme peso, y no llegan más desfigurados al litoral los cadáveres de los que perecieron mar adentro. ¿De qué sirvió malograr el resultado del trabajo y desfigurar, como despreciable, el rostro de Mario? Para que este crimen y esta carnicería, al mostrársela, deleitaran a Sila, aquél debía haber estado reconocible.

»Vio la Fortuna de Preneste [146] a sus colonos todos a la vez pasados a cuchillo: un pueblo entero pereciendo en el tiempo que se tarda en dar muerte a un solo hombre. Entonces la flor de Italia, la única juventud, ya, del Lacio, cayó y mancilló los recintos [147] de la desventurada Roma. Que tantos jóvenes sucumban a la vez a una muerte implacable, a menudo fue a resultas

[146] Preneste, donde había un famoso templo dedicado a la Fortuna, fue pasada a cuchillo por Sila por haber acogido a Mario, que se refugió allí después de su derrota en Sacriporto.

[147] Se refiere a matanzas en el Campo de Marte, donde estaban los *ouilia* o recintos parecidos a rediles de ovejas, en los que penetraban los electores tras depositar la tablilla del voto, permaneciendo allí hasta el final de la votación.

del hambre, del furor del piélago, de súbitos derrumbamientos, de contaminación de la tierra o el aire o de un cataclismo bélico; nunca, de un castigo. Entre columnas de gente apiñada y montones de personas desangradas con la muerte dentro apenas podían los vencedores mover los brazos; con dificultad caen al suelo aun después de estar bien muertos [148], y se van deslizando con la nuca vacilante; pero a otros los estruja el gran hacinamiento y hasta los cadáveres toman cumplida parte en la matanza: pesados troncos sin cabeza aplastan a los cuerpos vivos.

»Impávido, Sila asistió desde un alto sitial como despreocupado espectador de un crimen tan atroz: no se inmutó por haber ordenado la muerte de tantos millares de personas infortunadas. La corriente del Tíber acogió, amontonados, todos los cadáveres de las víctimas de Sila. Los primeros cayeron en el agua, los últimos, sobre otros cuerpos. Las barcas, precipitándose sobre ellos, encallaron; y, cortado por la cruenta aglomeración, el caudal de agua de delante siguió fluyendo hacia el mar, la corriente que le seguía quedó estancada ante la pila de cadáveres. Ya el empuje de la sangre acrecida se abrió camino y, derramándose por toda la campiña y lanzándose hacia las ondas del Tíber en impetuosa avenida dio ayuda a las aguas estancadas; ya ni el cauce ni las riberas pueden contener al río y éste devuelve los cadáveres a la llanura. Por fin, abriéndose paso penosamente hasta las ondas tirrenas, dividió la azulada superficie del mar con un torrente de sangre. ¿Y por estas hazañas mereció Sila ser llamado salvador del universo y afortunado [149], y, por ellas, erigirse un monumento funerario en medio del Campo de Marte?

[148] Es decir, el apiñamiento hace que los muertos sigan en pie, sosteniéndose unos a otros.

[149] Sila se dio a sí mismo el sobrenombre de *Felix* «el favorito de la Fortuna».

Tales padecimientos nos aguardan de nuevo, tal será el camino recorrido en el desarrollo de la guerra, tal será, en firme, el desenlace de las contiendas civiles. Aunque males más graves inquietan nuestros temores, y se concentran efectivos para la guerra con mucho mayor daño del género humano. Para los Marios desterrados la máxima recompensa de la guerra fue volver a estar en Roma, y la victoria de Sila no tuvo otro alcance que el de erradicar un partido odioso: a éstos, Fortuna, los llamas a otros destinos y se enfrentan los que son hace tiempo poderosos. Ni el uno ni el otro promovería guerras civiles contentándose con lo que Sila se contentó.» Así se lamentaba la doliente vejez, evocando el pasado y temerosa del porvenir.

Pero el pecho del magnánimo Bruto[150] no lo perturbó el terror y, en medio de tan gran sobresalto causado por la medrosa agitación, él no era de los que se lamentaban, sino que a la hora en que la noche invita al sueño, cuando la parrasia Hélice[151] hacía girar sus ejes a una posición oblicua, golpea la entrada de la casa nada lujosa de su pariente Catón[152]. Encuentra a aquel gran hombre, con un desasosiego que lo traía desvelado, dándoles vueltas a los destinos de su pueblo y a los acaecimientos de la Ciudad, temiendo por todos, despreocupado en cuanto a sí mismo; y comenzó a hablarle en estos términos: «Tú, única garantía ya de la virtud expulsada y ahuyentada tiempo ha de toda la tierra, pero que a ti no conseguirá arrancártela la fortuna con ninguno de sus torbellinos, tú ponme en el buen camino, vacilante como estoy en mis pensamientos, tú dame fuerzas en mi indecisión con la firmeza de tu seguridad.

150 Marco Junio Bruto, el futuro asesino de César.

151 Hélice es tanto como la Osa Mayor, en la que fue transformada aquélla, hija de Licaón, rey de Arcadia, donde se encuentra la ciudad de *Parrasium*.

152 Catón era tío de Bruto, como hermano de su madre Servilia, y, además, suegro, como padre de su esposa Porcia.

Que otros sigan, pues, al Magno o las armas de César: para Bruto, su único jefe será Catón. ¿Es la paz lo que defiendes, manteniendo inalterables tus pasos en medio de un mundo vacilante, o has decidido dar por buena la guerra civil, coadunándote con los que acaudillan los crímenes y con los desmanes del pueblo enfurecido? A cada cual le arrastran a estas luchas criminales sus particulares motivos: a éstos, su casa deshonrada y unas leyes a las que deben temer en tiempo de paz; a aquéllos, el hambre, a la que sólo pueden escapar con la espada, y su reputación, que sólo puede borrarse con la destrucción del mundo. A ninguno le ha empujado a las armas el furor: se encaminan a los campamentos ganados por la magnitud de la recompensa; ¿sólo a ti te agradan las guerras por sí mismas? ¿De qué te sirvió permanecer tantos años inmune a las costumbres de un tiempo corrompido? Este único galardón obtendrás por tu prolongada virtud: a los otros la guerra los pillará ya culpables, a ti es ella la que te hará serlo. Que no se les permita, oh dioses del cielo, a las funestas armas un poder tal que logren poner en acción incluso esas manos. Las picas arrojadas por tus brazos no volarán en la confusa nube de los dardos[153]; para que tamaña virtud no se pierda inútilmente, sobre ti se cargará la suerte toda de la guerra. ¿Quién, aun cayendo por la herida que otro le infligió, no querrá morir en el filo de tu espada y hacerte responsable del crimen? Mejor será que pases en soledad un tranquilo descanso, sin armas, como los astros del cielo giran inalterados siempre en su curso. El aire más cercano a la tierra es el que se inflama con los rayos y las zonas más bajas del mundo dan cabida a los vientos y a surcos relampa-

153 Es decir, no serán unas picas del montón, confundidas entre las demás, sino con una especial relevancia; todo el mundo se fijará en ellas y, como dice seguidamente, él será, por tanto, el principal responsable de las posibles calamidades de la guerra.

gueantes de llamas; el Olimpo está más arriba de las nubes. Por una ley de los dioses la discordia conturba a los seres más pequeños; los grandes conservan la paz. ¡Con qué alegría acogerán los oídos de César la nueva de que interviene en la lucha tan importante ciudadano! En efecto, jamás se dolerá de que el campamento preferido haya sido el opuesto al suyo, el del caudillo Magno: de sobra le aprueba a él mismo Catón, si aprueba la guerra civil. Una gran parte del senado, un cónsul dispuesto a hacer la guerra a las órdenes de un particular y otros próceres constituyen una tentación[154]; agrega a éstos Catón puesto bajo el yugo de Pompeyo y ya en todo el orbe el único hombre libre será César. Y si te apetece tomar las armas en defensa de las leyes de la patria y defender la libertad, ahora no tienes en Bruto un enemigo de Pompeyo ni de César: cuando acabe la guerra, lo será del vencedor.»

Así habla; mas a él, de lo profundo del pecho, le responde Catón estas augustas palabras: «La suprema impiedad, Bruto, declaro que son las guerras civiles, pero adonde los hados la arrastran la virtud seguirá sin temor. Culpa será de los dioses el haberme hecho también a mí culpable. ¿Quién querría contemplar la caída de los astros y del universo, libre él mismo de espanto? ¿Quién, mantenerse de brazos cruzados, mientras se desploma el encumbrado éter y la tierra se tambalea con el peso entreverado del mundo que se derrumba con ella? Pueblos desconocidos secundarán la locura itálica y las campañas romanas, y también reyes separados por mares, bajo otro hemisferio; ¿y sólo yo llevaré una vida de paz? Lejos de mí, oh dioses celestiales, la insensatez de que Roma, que va a conmover con su catástrofe a dacios y getas, sucumba sin que yo me in-

[154] El cónsul Marcelo y la mayor parte del senado y de la aristocracia se ponen a las órdenes de Pompeyo, un particular, ya que en estos momentos no ostenta ninguna magistratura.

quiete. Como a un padre privado de sus hijos por la muerte el propio dolor le incita a prolongar más y más el funeral ante la tumba, y le agrada meter las manos en las fúnebres pavesas y, alzado el mogote de la pira, sostener él mismo las fúnebres antorchas, yo no me dejaré arrancar antes de abrazarte ya muerta, Roma; e iré siempre, Libertad, en pos de tu nombre y de tu sombra vana[155]. Sea así: los dioses implacables llévense a manos llenas víctimas expiatorias romanas, no ahorremos a la guerra sangre alguna. ¡Ojalá, ay, los dioses del cielo y del Erebo[156] consintieran en exponer esta cabeza mía condenándola a todos los castigos! Masas de enemigos aplastaron a Decio[157], que había ofrecido su vida en expiación: acribíllenme a mí ambas formaciones, hágame blanco de sus dardos la bárbara horda del Rin, reciba yo, accesible a todas las lanzas, puesto en medio, las heridas de la guerra entera. Sirva esta sangre mía para redimir a los pueblos, quede expiado con mi muerte cuanto deben pagar merecidamente las costumbres romanas. ¿Por qué perecen pueblos de fácil sometimiento al yugo, por qué los que se prestan a soportar crueles tiranías? Sólo a mí atacadme con la espada, a mí que defiendo inútilmente las leyes y los derechos vanos. Mi garganta, sólo la mía, otorgará la paz y el fin de sus desdichas a los pueblos itálicos: después de mi muerte ya no habrá necesidad de guerra para quien desee reinar. ¿Cómo no seguir las enseñas de la patria y el caudillaje de Pompeyo? Y no es que deje de

[155] Catón es, para Lucano, el campeón de la libertad perdida.

[156] Catón se ofrece en holocausto por las culpas de Roma, para recibir los castigos que ésta merezca no sólo en esta vida, sino también en la otra; de ahí que invoque también a los dioses del Erebo, es decir, de los infiernos.

[157] Dos miembros de la familia de los Decios, padre e hijo, se ofrecieron en expiación por la victoria de Roma, el primero en la guerra latina (341 a. C.), el segundo en la guerra samnítica (296 a. C.).

estar bien claro que, si le sonríe la fortuna, también él se promete el dominio del mundo entero: por ello, venza contándome entre sus soldados, para que no imagine que ha vencido en su propio beneficio [158]». Así habla; removió con ello los agudos acicates de la cólera y excita la fogosidad del joven Bruto hacia una querencia excesiva de la guerra civil.

Entretanto, cuando Febo empujaba las heladas tinieblas, sonaron golpes en la puerta y la franqueó la venerable Marcia, tras haber dejado, afligida, la pira de Hortensio [159]. Tiempo atrás, todavía doncella, habíase uncido al tálamo de un marido más noble; más tarde, cuando el nacimiento de un tercer vástago sirvió ya de cumplido tributo y galardón de aquel matrimonio, ella, aún fecunda, fue cedida para colmar de hijos otros penates y unir dos familias con el lazo de la sangre materna; pero, una vez que hubo encerrado en la urna las postreras cenizas [160], conturbada en su rostro lastimero, mesando sus cabellos esparcidos, tundiendo su pecho con golpes incesantes y recubierta con las cenizas del sepulcro —de otro modo no podría agradar a aquel hombre ilustre— le habla, afligida, de este modo: «Mientras había en mis venas sangre y vigor para la maternidad, llevé a cabo tus órdenes, Catón, y tomé dos maridos, concibiendo de ambos; fatigadas mis entrañas y exhausta de los partos, vuelvo, no apta ya para ser entregada a ningún hombre. Concédeme la alianza intacta de nuestro antiguo tálamo, concédeme sólo el

[158] Militando Catón en sus filas, Pompeyo, si vence, tendrá que reconocer que no lo ha hecho en beneficio de sus ambiciones personales, sino de la República y la libertad, que es por lo único que lucha a sus órdenes Catón.

[159] Marcia, antigua esposa de Catón, fue cedida por éste al orador Hortensio, para que le diera hijos. Ahora, muerto Hortensio, pide a Catón que la acoja de nuevo. Para los estoicos, el único fin del matrimonio es la procreación.

[160] Una vez incinerado el cadáver de Hortensio y recogidas sus cenizas.

nombre, aunque vacío [161], de matrimonio; permítaseme tener escrito en mi tumba: 'Marcia de Catón', y que a lo largo de los siglos no sea cuestión dudosa si cambié mis primeras antorchas nupciales repudiada o cedida. No me recibes como compañera de alegrías ni en la prosperidad: vengo a compartir cuitas y fatigas. Permíteme ir a la zaga de tu campamento: ¿por qué se me va a dejar a mí en la seguridad de la paz y Cornelia [162] va a estar más cerca de la guerra civil?»

Estas palabras doblegaron al héroe y, aunque los tiempos no eran propios para tálamos, porque el destino convocaba ya a los combates, con todo, les complacen las simples promesas y las fórmulas legales carentes de vana pompa y admitir a los dioses como testigos de la ceremonia. No cuelgan, coronando el dintel, festivas guirnaldas, ni la blanca bandeleta corre de uno a otro montante, ni existen las antorchas rituales, ni se alza un tálamo apoyado en gradas de marfil y desplegando sus ropas recamadas de oro; ni la joven desposada, ciñendo su frente con torreada corona, evita rozar el umbral con su planta, al traspasarlo [163]; tampoco para ocultar discretamente el tímido rubor de la esposa cubrió el velo rojizo su rostro inclinado, ni un cinturón esmaltado de piedras preciosas ciñó sus flotantes vestiduras, ni rodeó su garganta un collar apropiado a la ocasión, ni un chal, apoyado en el arranque de los hombros, se plegó estrechamente a sus desnudos brazos. Tal como estaba, ella conserva el lúgubre aspecto de

[161] «Sine concubitu», aclaran las *Adnotationes*.

[162] Hija de un Escipión, se había casado con Pompeyo, tras enviudar éste de Julia, la hija de César.

[163] La corona torreada era para asimilarse a la figura de Cibeles, la Gran Madre, fecunda en hijos. Lo de no tocar el umbral recibe varias explicaciones, todas ellas en los *Commenta Bernensia*: simular un rapto, costumbre que vendría de Rómulo y el rapto de las sabinas; evitar que tropezara, lo que sería señal de mal agüero; el respeto a Vesta, diosa del hogar, de donde procedería «vestíbulo».

sus ropas de luto, y de la manera que lo hace con sus hijos, así abrazó a su marido. Cubierta bajo la lana del duelo queda oculta la púrpura, no rechiflaron las gracias de costumbre, ni el marido fue blanco, a su pesar, de las impertinencias de la fiesta a usanza sabina[164]. Ni un solo testigo de la familia, ni un solo pariente les acompañó: se unen en la mayor intimidad y contentándose con los auspicios de Bruto. Catón no se quitó de su venerable rostro la horrorosa pelambrera ni dio muestras de alegría en su duro semblante —desde el momento en que había visto blandir las mortíferas armas había dejado que le cayeran por la frente rígida, sin cortarlos, los blancos cabellos, y que una barba lúgubre le creciera en las mejillas: a él, en cuanto libre de partidismos y de odios, sólo le cabe llevar luto por el género humano—; y no intentó los ayuntamientos del antiguo tálamo: incluso a un amor legítimo resistió su fortaleza. Éstas fueron las costumbres, ésta la línea de conducta, inalterada, de Catón: guardar la medida, tener marcado un límite, seguir a la naturaleza, gastar la vida al servicio de la patria y creerse nacido no para sí, sino para el mundo entero. Para él los banquetes eran aplacar el hambre; los grandes palacios, combatir el frío bajo techado; los vestidos preciosos, echar sobre sus miembros la áspera toga a la manera del ciudadano romano; la única finalidad de Venus, ésta: la descendencia: en pro de la Ciudad es padre y en pro de la Ciudad, marido; cultivador de la justicia, practicante de una honestidad estricta, bueno en interés de la comunidad; en ninguna de las acciones de Catón se deslizó ni tuvo parte el placer egoísta.

[164] Son los cantos fesceninos, originarios de Fescenia, ciudad de Etruria: cantos alegres, de sal gruesa, licenciosos y picantes dirigidos a los esposos. Nótese cómo en estas nuevas bodas de Catón y Marcia, de una forma negativa, enumerando lo que «no se dio» en ellas, se hace, de hecho, una descripcion bastante detallada de lo que era una ceremonia nupcial normal.

Entretanto, el Magno, retirándose con sus medrosas columnas, ocupó la plaza campana del colono dardanio[165]. Ésta le pareció bien como base de operaciones; desde allí, desplegó destacamentos diseminados para un choque del grueso de sus fuerzas con el enemigo, por la zona en que el Apenino yergue a Italia en umbrosas colinas: por ninguna de sus cimas la tierra alcanzó un abultamiento más elevado ni se puso más cerca del Olimpo[166]. El macizo montañoso se extiende, situado en el centro, entre las dos aguas, la del mar inferior y la del superior[167], y sus estribaciones las encierran, de un lado Pisa, que rompe en sus bajíos las ondas tirrenas, del otro, Ancona, expuesta a las olas dalmáticas. Engendra él en manantiales espaciosos inmensos ríos y dispersa sus corrientes en la divisoria de ambos mares[168].

(Hacia la ladera de la izquierda se lanzan el Metauro, de veloz corriente, el arrollador Crustumio, el Sapis en confluencia con el Isauro, el Sena y el Aufido, que golpea las ondas adriáticas; y aquel al que la tierra ha abierto un cauce mejor que a ningún otro río, el Erídano, hace rodar hasta el mar bosques destrozados y absorbe en sus aguas todas las de Italia. Dice la leyenda que este río fue el primero en dar sombra a sus riberas con una corona de álamos y que, cuando Faetón[169],

[165] Es decir, troyano, por Dárdano, fundador mítico de Troya. Se trata aquí de Capua, en Campania, cuya fundación se atribuía al troyano Capis, compañero de Eneas.

[166] Aquí equivalente al cielo.

[167] Respectivamente, el Tirreno y el Adriático.

[168] Otra de las digresiones científicas de Lucano: la descripción de los ríos que corren por las dos vertientes del Apenino. Los nombres actuales de los ríos de la vertiente izquierda son los siguientes: *Metaurus* = Metauro; *Crustumium* = Conca; *Sapis* = Savio; *Isaurus* = Foglia; *Sena* = Cesano; *Aufidus* = Ofanto; *Eridanus* = Po.

[169] Hijo del Sol y de la ninfa Clímene. Sin consentimiento de su padre, condujo su carro, y, no pudiendo dominar los corceles, se acer-

conduciendo el día ya en su declive por una ruta transversal, incendió el éter con sus inflamadas riendas, mientras que las masas de agua fueron tragadas del todo por la abrasada tierra, éste tuvo un caudal de una fuerza equiparable a los fuegos de Febo. No sería él menor que el Nilo si, a través de las llanuras del espacioso Egipto, el Nilo no convirtiera en estanques las arenas de Libia; no sería menor que el Istro, de no ser porque el Istro, mientras recorre el globo, va recibiendo caudales dispuestos a precipitarse en aguas cualesquiera y no desemboca con su sola corriente en las aguas escíticas [170].

El agua que gana la vertiente derecha del macizo forma el Tíber y el hondo Rútuba. De allí se desliza también el raudo Volturno, el Sarno, que despide brisas nocturnas, el Liris, empujado por las aguas vestinas [171] a través de las regiones donde reina la sombreada Marica [172], el Síler, que erosiona los escabrosos parajes de Salerno, y el Macra, que, como no retiene en sus vados ningún navío, se precipita hacia las aguas de la vecina bahía de Luna.)

Por donde, más alongado, se yergue en el aire con su empinada cresta, contempla las campiñas de la Galia y llega hasta las pendientes de los Alpes. Luego, feraz con los umbros y los marsos y domeñado por la reja del arado sabino, abarcando con sus piníferos roquedales todos los pueblos indígenas del Lacio, no abandona Italia antes de verse encerrado en compañía de las aguas de Escila y de desplegar sus rocas hasta el templo de Lacinio [173]; iba más lejos que Italia, hasta que el mar, abatiéndose sobre él, rompió el istmo fronterizo y el agua hizo recular las tierras. Mas, luego que ese terreno fue estrangulado por los dos mares, las últimas estribaciones se retrajeron del Péloro siciliano [174].

có tanto a la tierra que la incendió. Zeus, para evitar la conflagración total, envió un rayo contra Faetón y lo precipitó en el río Erídano.

[170] Las aguas escíticas son el Mar Negro. El Istro (hoy Danubio), aparte de sus otros afluentes, recibe cerca de su desembocadura las aguas del Sereth y del Pruth.

[171] Del país de los vestinos. Los nombres actuales de estos ríos de la vertiente derecha del Apenino son: *Rutuba* = Rotta; *Vulturnus* = Volturno; *Sarnus* = Sarno; *Liris* = Garigliano; *Siler* = Sele; *Macra* = Magra.

[172] Toman su nombre de una ninfa itálica, esposa de Fauno y madre de Latino, según Virgilio, que tenía un bosque sagrado cerca de Minturno, en Campania.

César, loco por las armas, se alegra de no abrirse camino alguno sino con derramamiento de sangre, de no pisar territorio de Italia libre de enemigos ni irrumpir en campos vacíos, de no desperdiciar la marcha misma y ensartar batalla tras batalla. No le apetece tanto atravesar puertas abiertas como tener que romperlas, ni tanto hollar campiñas ante colonos resignados como arrasarlas a hierro y fuego. Se avergüenza de ir por camino permitido y parecer un ciudadano más. Entonces, las villas del Lacio, dubitantes e indecisas sobre sus simpatías en una u otra dirección, aunque prestas a ceder al primer sobresalto de la embestida de la guerra, aseguran no obstante sus murallas con tupidos bastiones, las rodean por doquier con una abrupta empalizada y aparejan en los altos torreones de los muros bolas de piedra y proyectiles que vuelen desde lejos sobre el enemigo. Más inclinado hacia el Magno se halla el pueblo, pero la lealtad pugna con el pánico amenazador, tal como, cuando el austro es dueño del mar con sus soplos horrísonos, todas las aguas lo secundan, pero si, por su parte, la tierra entreabierta con el golpe

[173] Promontorio de Calabria donde había templos de Juno, que tomaba de él la advocación de Lacinia. Las aguas de Escila aluden al estrecho de Mesina.

[174] Punta nordeste de Sicilia, hoy Faro de Mesina. Dice el poeta que el Apenino se adentraba sin solución de continuidad en la actual Sicilia, pero que en un momento dado se rompió dicha continuidad, abriéndose el estrecho de Mesina, por el que se comunicaron el Tirreno y el Adriático.

del tridente de Eolo echa al euro sobre las hinchadas olas, las aguas, aunque heridas por el nuevo viento, mantienen la influencia del anterior y, cuando el cielo ha cedido al euro nubífero, el agua sigue fiel al noto [175]. Mas el terror hallaba hacedero trastrocar las ideas, y la fortuna se llevaba tras sí la fidelidad indecisa.

El pueblo etrusco quedó indefenso por la huida del cobarde Libón [176], y Umbría [177], una vez expulsado Termo [178], perdió al punto su independencia. Y no hace la guerra civil con los auspicios de su padre el que vuelve la espalda con sólo oír el nombre de César, Sila [179]. Varo [180], cuando los escuadrones de caballería, en su avance, tocaron las puertas de Osimo, precipitándose por el lado opuesto de las murallas, sin cuidarse de sus espaldas, huye por zona de bosques, por zona de peñascales. Léntulo es desalojado de la ciudadela de Asculo; el vencedor los presiona en su repliegue y hace dar un giro a las tropas [181]: de una columna tan numerosa sólo el jefe huye y unas enseñas que no llevan tras sí cohorte alguna. Tú también, Escipión [182], dejas sola,

[175] Noto es el nombre griego del austro anteriormente citado, viento del Sur. Con esta comparación, Lucano afirma que, pese a la irrupción del euro (=Cesar), el pueblo sigue fiel a Pompeyo.

[176] Escribonio Libón era entonces prefecto de Etruria.

[177] Región del nordeste del Lacio, lindando con Etruria.

[178] El pretor Minucio Termo, que huyó de Gubbio, en Umbría.

[179] Lucio Cornelio Sila, hijo del dictador y yerno de Pompeyo. Se alude aquí al citado sobrenombre de su padre, *Felix*.

[180] Publio Attio Varo, que morirá luego en la batalla de Munda.

[181] Es decir, se las atrae a sus filas. Publio Cornelio Léntulo será después hecho prisionero por César en la toma de Corfinio.

[182] Lucio Cornelio Escipión, suegro de Pompeyo. Mandaba una legión que había sido de César y que le fue detraída a éste y pasada al mando de Pompeyo en su proyectada guerra contra los partos; con ella, dice el poeta, se resarció Pompeyo de las tropas que a él mismo le habían sido detraídas antes en beneficio de la guerra de las Galias. Ahora Escipión, al aproximarse César, teme que esta legión se pase de nuevo a su antiguo general, y huye.

desguarnecida, la ciudadela de Nuceria a ti confiada, aunque en aquel campamento tenía su sede la más firme juventud guerrera, ya tiempo atrás sustraída al ejército de César por el miedo a los partos: con ella el Magno reparó su pérdida en favor de la Galia y, en tanto él mismo la convocaba para la guerra, dio a su suegro el usufructo de sangre romana.

Por su parte, a ti te retienen los techos de Corfinio, rodeados de poderosas murallas, belicoso Domicio [183]; el toque de tus trompetas lo obedecen soldados bisoños, antaño enfrente del corrompido Milón [184]. Cuando vio a lo lejos surgir en la llanura una inmensa nube de polvo y unas formaciones flameantes con sus armas heridas por el reverbero del sol, exclamó: «Compañeros, bajad corriendo a las orillas del río y hundid el puente en el agua. Y tú sal ahora todo entero de tus fuentes de montaña y arrastra, torrente, todas tus aguas, para que te lleves espumeante los navíos, desarticulada su trabazón. Que en esta línea quede detenida la guerra, en esta ribera consuma el enemigo sus ocios en la inacción. Contened al general en su avance precipitado: César, inmovilizado aquí por vez primera, será para nosotros una victoria.» Y sin hablar más, hizo salir del recinto a sus columnas con toda rapidez, pero en vano. Pues César, adelantándosele, cuando observó desde las campiñas que su marcha quedaba interrumpida si se daba suelta al río, clama desde su ardiente cólera: «¿No es suficiente que hayáis buscado en las murallas escondrijos a vuestro miedo? ¿Bloqueáis las llanuras y tratáis de manteneros lejos de mí con ríos al medio, cobardes? No; aunque el Ganges me echara atrás con su hinchada corriente, no se detendrá ya César ante río alguno después de haber franqueado las aguas del Ru-

[183] Lucio Domicio Ahenobarbo, que también luchó luego contra César en el asedio de Marsella. Fue antepasado de Nerón.

[184] Sobre Milón y su proceso, véase n. 62.

bicón. Apresuraos, escuadrones de a caballo; id con ellos, tropas de a pie: subid al puente que está a punto de derrumbarse.»

Tras estas palabras, el ligero corcel de pie sonoro devoró a rienda suelta la llanura y brazos vigorosos voltearon hacia la otra orilla dardos que semejaban una lluvia incesante. Se adentra César en el río ya libre, una vez rechazado el destacamento de guardia, y el enemigo se ve empujado en masa hacia sus seguras fortalezas. Erige César torres destinadas a lanzar grandes pesos y el mantelete [185] se desliza hacia las murallas que separan ambas formaciones, cuando he aquí que —¡abominación de la guerra!— las tropas, abiertas las puertas, arrastraron a su general en calidad de prisionero; detúvose éste a los pies de su altanero conciudadano. Sin embargo, amenazador el rostro y la cerviz erguida, su elevada nobleza reclama la muerte con la espada. Sabe César que busca el castigo y tiene miedo al perdón. «Vive, le dice, aun contra tu voluntad y contempla la luz del día por mi munificencia. Para tu bando, una vez que haya sido vencido, serás una garantía de buena esperanza y un ejemplo de mi modo de ser. O bien, si es tu gusto, prueba a tomar de nuevo las armas y, si vencieres, yo no estipulo nada para mí mismo a cambio de este perdón [186].» Así habla y ordena soltar las ligaduras de sus manos atadas. ¡Ay!, ¡cuánto mejor hubiera podido la fortuna respetar el pudor romano, incluso llevando a cabo la ejecución! El más completo de los castigos para un ciudadano es que el haber estado en los campamentos al servicio de la patria, del general Magno y del senado entero ¡se le perdone! Reprime Domicio, impertérrito, su cólera acumulada y se dice a sí mismo: «¿Volverás tú a Roma y a un pacífico retiro, pero deshonrado? ¿No tratas ya hace tiempo de lanzarte en medio de los delirios de la guerra, presto a morir? Precipítate sin dudarlo, rompe los lazos que te atan a la vida y escapa así a la generosidad de César.»

[185] Especie de galería cubierta, rodante, bajo la cual se protegían los sitiadores para acercarse a las murallas.

[186] Uno de los ejemplos de la famosa *clementia* cesariana, virtud más política que moral. Lucano la convierte aquí en un rasgo de crueldad, afirmando que el peor castigo para Domicio era justamente dejarlo con vida. Domicio no agradeció este perdón, pues prosiguió en su lucha contra César hasta morir en la batalla de Farsalia.

Ignorante, entretanto, de la captura del general, aprestaba sus armas el Magno, para reforzar a sus partidarios incoporándoles vigorosos efectivos. Y, dispuesto ya a ordenar el toque de marcha en cuanto saliera el sol, pensando que había que tantear el ardor de la tropa antes de partir, arenga con solemne voz a las cohortes silenciosas: «¡Oh vosotros, vengadores de crímenes y seguidores de unas enseñas que son las buenas, oh vosotros, el auténtico ejército de Roma, a los que el senado ha confiado unas armas que no son las de un particular [187], reclamad con ansia la lucha! Arden los campos itálicos con salvajes devastaciones, la rabia de los galos se desparrama a través de los Alpes helados, ya ha tocado la sangre, contaminándolas, las espadas de César. ¡Bien por los dioses!, que han hecho que nosotros hayamos soportado los primeros los daños de la guerra: que parta de ellos la impiedad y ahora mismo, bajo mi dirección, demande Roma el suplicio y el castigo. Pues a éstos, con justicia, no es apropiado llamarlos combates, sino cólera de la patria vengadora; ni esto es una guerra más de lo que lo fue cuando Catilina aprestó contra nuestros techos antorchas incendiarias, y también Léntulo, cómplice de su locura, así como la mano insensata de Cetego, el del hombro desnudo [188].

[187] César lucharía como mero particular, en su propio beneficio. Pompeyo, en nombre de Roma y del senado.

[188] Cornelio Cetego tuvo en la conjuración de Catilina el encargo de dar muerte a los senadores, y particularmente a Cicerón. Sobre «el hombro desnudo» dicen los *Commenta Bernensia*: «Cetego conside-

¡Oh rabia, digna de lástima, de un caudillo! Cuando los destinos querrían mezclarte, César, con los Camilos y los grandes Metelos, vienes a parar a los Cinnas y a los Marios [189]. Acabarás en el polvo, sin duda, como Lépido quedó en tierra a merced de Cátulo [190], como Carbón [191], que, decapitado por orden mía, está enterrado en un sepulcro siciliano, y como Sertorio [192], que, en su destierro, soliviantó a los feroces iberos. Aunque, si de algo vale mi palabra, me disgusta, César, unir también tu nombre al de éstos y que Roma haya puesto mis manos como dique a tu desvarío. ¡Ojalá tras las campañas contra los partos Craso hubiera vuelto a salvo y victorioso de las riberas de Escitia, para que tú, con una culpabilidad semejante, cayeras a manos del mismo enemigo del que lo hizo Espártaco! [193] Si los dioses han ordenado que tú también vengas a añadirte a mis títulos de gloria, fuerza tiene —¡hela aquí!— mi diestra para blandir la pica, hirviente me bulle otra vez la sangre en torno a las entrañas; aprenderás que no huyen ante la guerra los que han sido capaces de aguantar la paz. Llámeme, si quiere, flojo y acabado; a vosotros mi edad no os cause temor: que el general

ró distintivo permanente de su familia, como una especie de sacerdocio, el ir los días de fiesta con el hombro desnudo.»

[189] Camilos y Metelos simbolizan personajes insignes de Roma, frente a Cinnas y Marios, que promovieron y fueron derrotados en una guerra civil. Lucio Cornelio Cinna, aliado de Mario contra Sila, fue célebre por su crueldad.

[190] Lépido y Cátulo fueron colegas en el consulado. El primero tomó postura contra Sila y fue derrotado por el segundo.

[191] Papirio Carbón, colega de Mario en el consulado, huyó a Sicilia, donde fue ejecutado por Pompeyo por orden de Sila.

[192] Proscrito por Sila, Sertorio se refugió en Hispania, donde tuvo en jaque a las tropas romanas varios años, hasta que murió por la traición de su lugarteniente Perpenna.

[193] Esclavo tracio, de la escuela de gladiadores de Léntulo en Capua, suscitó una rebelión de esclavos, llegando a reunir noventa mil hombres. Fue derrotado por Craso en el 71 a. C.

sea más viejo en este campamento, con tal de que en el otro lo sean los soldados. Hasta donde pudo un pueblo libre enaltecer a un conciudadano he subido yo, y por encima de mí no dejé sino el trono. No tienes aspiraciones de simple particular tú, quienquiera que seas, que tratas de ir más allá que Pompeyo en la ciudad de Roma. De este lado se van a alinear ambos cónsules, de este lado una línea de generales [194]. ¿Será César vencedor del senado? No lo arrastras todo, Fortuna, en tan ciega carrera ni has perdido tan absolutamente el pudor. La Galia, que le hizo frente muchos lustros, y una generación como costo de la empresa, ¿eso le envalentona? ¿Haber huido de las heladas ondas del Rin y, tras llamar Océano a las aguas estancadas de un mar de imprecisos contornos [195], haber mostrado las espaldas, aterradas, a los britanos, a quienes había ido a buscar? ¿O se han inflado sus vanas amenazas porque la fama de su furor hizo salir de sus hogares nativos a la ciudad en armas? ¡Ay, insensato! No es que huyan de ti: es que todo viene tras de mí. Cuando yo paseé mis enseñas refulgentes por todo el mar, antes de que Cintia escondiera su disco entero por dos veces [196], el pirata, asustado, abandonó todos los rincones del piélago y mendigó una morada en un estrecho asentamiento de tierra firme [197]. Yo mismo, a un rey indómito y que demoraba los destinos de Roma, le obligué, más afortunado que Sila, a ir en pos de su muerte, fugitivo a través de las franjas de tierra que separan el mar de Escitia [198]. Ninguna parte del mundo carece de mi pre-

[194] Según Pompeyo, en su bando se alinearían los más ilustres comandantes de Roma en ese momento.

[195] Por las mareas del Mar del Norte.

[196] Es decir, en menos de dos meses. Cintia es la Luna, adorada, como Febe-Diana, en el monte Cinto, cercano a Delos.

[197] La victoria ya aludida de Pompeyo sobre los piratas (véanse nn. 65 y 66).

[198] Nueva alusión a Mitrídates (n. 65). Tres guerras libró Roma contra él, que, después de la primera, hizo matar a más de ochenta

sencia, sino que la tierra entera, bajo cualquier sol que se extienda, está ocupada por mis trofeos: de un lado, la Osa conoce mis victorias desde aquí hasta las heladas ondas del Fasis [199]; el centro del eje [200] me es conocido en la zona del ardiente Egipto y de Siene, donde la sombra no se inclina hacia ningún lado [201]; teme mis leyes el occidente y el hesperio Betis [202], que golpea a Tetis huidiza más allá de todos los ríos; me conoce el árabe por mí domado, y también los heníocos [203], feroces en la guerra, y los colcos, famosos por haberles sido robado el vellocino [204]; temen mis enseñas los capadocios, la Judea entregada al culto de un dios impreciso [205] y la afeminada Sofene; he sometido a los armenios, a los fieros cilicios y el monte Tauro [206]: ¿qué guerra he dejado para mi suegro, fuera de la civil?»

Las palabras del general no las secundan sus partidarios con ninguna aclamación, ni piden el toque inme-

mil romanos. Pompeyo acabó con él en el 63 a. C. Se dio muerte después de huir por la franja de tierra que separa el Mar Negro del Mar de Azov.

[199] Río de la Cólquide, al este del Mar Negro. Aquí simboliza la parte más septentrional del Imperio romano.

[200] La zona del ecuador, que aquí está por el sur del Imperio.

[201] Siene, cercana al ecuador, en el alto Egipto. Sus habitantes, en el solsticio de verano «tienen a mediodía la sombra bajo sus pies, no como nosotros, cuya sombra se tuerce hacia los lados de acuerdo con el curso del sol» (*Adnotationes*, ad loc.).

[202] El Guadalquivir, tomado aquí como el extremo oeste del Imperio.

[203] Pueblo sármata, cercano a la Cólquide.

[204] Alude a la célebre expedición de los argonautas al mando de Jasón.

[205] Extrañaba a los romanos que los judíos no dieran a su único Dios un nombre claro y preciso, como los que ellos daban a sus múltiples dioses. Sofene es una ciudad de Armenia, que el poeta tacha de *mollis* «porque allí los hombres se cubren todo el cuerpo» (*Commenta Bernensia*, ad loc.).

[206] Monte de Cilicia que aquí parece simbolizar a los habitantes de dicha región.

diato de trompeta para la batalla prometida. El propio Magno se dio cuenta del miedo y decidió replegar las enseñas y no exponer a los riesgos de tan decisivo combate a una tropa ya vencida por la fama de César, antes de haberlo visto. Al modo como un toro, expulsado de la manada en una primera lucha, se dirige a los recesos de los bosques y, vagando desterrado por los campos vacíos, pone a prueba sus cuernos contra los troncos y no vuelve a los pastos sino cuando, recobrado el vigor de su cerviz, da por buena la elasticidad de sus músculos, y luego, vencedor, a las vacadas, que han vuelto a él, las arrastra, escoltado por los toros, a los parajes que quiere, incluso contra la voluntad del pastor, así el Magno, desigual en fuerzas, entregó Italia y, fugitivo a través de los campos de Apulia, se retiró a las protegidas fortalezas de Brindis.

Es una ciudad ocupada antaño por colonos dicteos [207], a los que, fugitivos de Creta, transportaron a través de los mares navíos cecropios con las velas que dieron el falso anuncio de la derrota de Teseo [208]. De una parte, un flanco estrecho de Italia, que va reduciéndose en angostura, introduce en el mar una ahilada lengua de tierra que con doblados cuernos encierra las aguas del Adriático. Con todo, este mar adentrado en bocas angostas no sería un puerto si una isla no aguantara en sus peñascos a los violentos coros [209] e hiciera refluir las olas ya cansadas. De un lado y de otro la

[207] Es decir, cretenses, por el monte Dicte, que se alza en la zona oriental de la isla.

[208] Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, cuando partió hacia Creta para dar muerte al Minotauro y liberar así a Atenas del tributo humano que pagaba al monstruo, llevaba izadas en su nave velas negras, y dijo a su padre que, a la vuelta, si regresaba vencedor, las cambiaría por velas blancas. Se le olvidó efectuar el cambio, y su padre, que vio desde la ribera las velas negras, creyendo muerto a su hijo, se arrojó al mar, que de él tomó el nombre.

[209] Vientos del Noroeste.

naturaleza puso frente al mar abierto enriscados roquedales y echó atrás los vientos, de modo que las embarcaciones se mantuvieran estables sujetas sólo con la oscilante amarra. De otra parte, se extiende a sus anchas todo el mar, ya las velas se dirijan a tus puertos, Corfú, ya intente ganarse, a la izquierda, la iliria Epidamno, que se inclina hacia las ondas jónicas. Aquí se refugian los navegantes cuando el Adriático ha puesto en movimiento todas sus fuerzas y los montes Ceraunios han desaparecido entre las nubes, y cuando la calabresa Sasón está inundada por las olas espumosas.

Así, cuando a Pompeyo no le queda ninguna confianza en los lugares dejados a su espalda, ni le es posible trasladar la guerra al país de los duros iberos, por interponerse los Alpes con sus inmensas cordilleras, habla así a su hijo, al mayor en edad de tan noble estirpe: «Te ordeno ir a tantear las apartadas zonas del universo: moviliza al Eufrates y al Nilo, hasta donde llega la fama de nuestro nombre, ciudades a través de las cuales se divulgó el nombre de Roma después de mis hazañas como general. Haz volver al mar a los colonos cilicios [210] esparcidos por las campiñas; instiga luego a los reyes de Faros y a Tigranes, al que yo hice rey [211]; y te advierto que no dejes atrás las armas de Farnaces [212] ni los pueblos nómadas de las dos Armenias, ni las fieras naciones a lo largo del litoral del Ponto [213], las hordas de los montes Rifeos y las que refrena con su agua espesa la lenta laguna Meocia [214], capaz de sostener los carros de los escitas, y... ¿a qué demorarme más? Por todo el Oriente, hijo, llevarás las nuevas de mi guerra y en todo el orbe soliviantarás las urbes que yo sometí: vuelvan a mi campamento todos aquellos sobre los que triunfé. En cuanto a vosotros, los que marcáis con vuestro nombre los fastos del Lacio [215], que el primer soplo del bóreas os empuje hacia el Epiro; desde allí, a través de las campiñas de los griegos y de los macedonios conseguid nuevas fuerzas, mientras el invierno da una tregua para la paz.» Así dice, y todos ejecutan sus órdenes y desamarran del litoral a las cóncavas naves.

Por su parte, César, que jamás tolera la paz ni un prolongado reposo de las armas, no sea que los destinos pudieran sufrir algún cambio, sigue de cerca a su yerno y le pisa los talones. Bastarían a otros tantas plazas tomadas al primer asalto, tantas ciudadelas ocupadas tras echar fuera al enemigo, y la propia Roma, capital del mundo, máximo galardón de la guerra, tan fácil de conquistar; pero César, volcado en todo, creyendo que no hay nada hecho cuando queda algo por hacer, apremia fieramente y, por más que sea dueño de toda Italia, por el hecho de que el Magno se asienta todavía en un extremo del litoral, se duele, con todo, de que la comparte con él; y, por otro lado, tampoco quiere que sus enemigos anden sueltos en mar abierto, sino que intenta bloquear las aguas con un dique y echar rocas en el fondo del ancho puerto. Piérdese en la inmensidad el vano esfuerzo; todos los peñascos se los traga el mar devorador e incorpora esas masas a sus arenas, tal como, si se despeñara en medio de las aguas del mar eolio [216] el empinado Erice; con todo, ni una roca so-

[210] Nueva alusión a los piratas cilicios convertidos en colonos (nn. 65 y 66).

[211] Rey de Armenia, yerno y aliado de Mitrídates, rey del Ponto, a quien luego traicionó.

[212] Hijo de Mitrídates, que se alzó contra su padre y a favor de Pompeyo. Durante la guerra civil quiso extender su reino y fue vencido por César en Zela, en el 47 a. C.

[213] El Ponto Euxino o Mar Negro. Las dos Armenias son la mayor y la menor.

[214] El Mar de Azov.

[215] Esto es, los cónsules, con cuyos nombres se designaban los años.

[216] La parte del mar Tirreno que baña las islas Lípari, también llamadas Eolias, al norte de Sicilia. El monte Erice, con un célebre templo de Venus, se halla en Sicilia; el Gauro, en Campania.

bresaldría de la superficie, o bien si el Gauro, desencajada su cumbre, se desplomara en el fondo del Averno de aguas completamente inmóviles. Así pues, cuando ningún bloque aguantó en firme su peso en el fondo, decidió entonces talar árboles y entrelazarlos, uniendo sus troncos con inmensas cadenas en una gran extensión. Canta la fama que unos caminos semejantes construyó sobre el mar el ensorberbecido persa [217] cuando aproximó, con puentes muy audaces, Europa a Asia y Sestos a Abidos y avanzó a pie sobre el estrecho del Helesponto de rápida corriente, sin temer al euro ni al céfiro, mientras que hacía llevar sus velas y navíos al centro del monte Atos. Así las bocas de salida del mar quedan estrechadas con la caída de bosques enteros; entonces sobre el enorme rimero de troncos se eleva la construcción y empinadas torres se mecen sobre las aguas.

Pompeyo, al ver bloqueadas las salidas del mar por una tierra recién fabricada, acongoja su espíritu con roedoras cuitas: cómo abrirse camino al piélago y esparcir la guerra por los mares. Una y otra vez, hinchados por el noto y empujados por tensos cordajes a través de las propias barreras del mar, los bajeles desgarraron sobre las aguas salobres la cúspide del dique y abrieron camino a las quillas; y la ballesta, torcida por brazos poderosos, disparó a través de las tinieblas antorchas de múltiples hendiduras [218]. Cuando, por fin, le pareció bueno el momento para una fuga furtiva, dio orden a sus hombres de que no lleve la alarma a los litorales el griterío de la tripulación, ni la corneta indique las horas del relevo, ni la trompeta avise a la marinería para hacerse a la mar. Ya había empezado la última parte de Virgo a preceder a Libra, que con su aparición iba a traer a Febo, cuando soltaron en silencio las amarras a las naves. No provocó gritos el ancla en el momento en que su garfio es arrancado de las espesas arenas; mientras se curvan las antenas del mástil y mientras se endereza, enhiesto, el madero, los comandantes de la flota se mantuvieron, medrosos, en silencio, y los marineros, colgados al aire, despliegan hacia abajo las velas arrolladas sin sacudir los fuertes cordajes, para evitar que silbe el aire. El general, hasta con votos, te suplica, Fortuna, que la Italia que le impides conservar, se le permita, al menos, perderla. A duras penas lo consienten los hados, pues el mar, embestido por las proas, resonó con un vasto murmullo, rebulle el agua y las olas, con los surcos entremezclados de tantas quillas, [salen hirviendo desde el fondo y golpean rugientes el litoral] [219].

[217] Jerjes, que pretendió hacer pasar sus tropas por un puente de naves tendido en el Helesponto.

[218] «En la incandescencia durante su vuelo mantenía 'muchas hendiduras' en su extremo que no permitían que llegara a formarse el pábilo», lo que indicaría «la rapidez de dicho vuelo» (MARINER, *ad loc.*).

Así, los enemigos, recibidos en el interior de las murallas por las puertas —todas ellas se las había abierto la adhesión de la ciudad, que cambia de signo según la fortuna—, en precipitada carrera a lo largo de los ramales como cuernos del sinuoso puerto ganan su embocadura y se duelen de que el mar esté surcado por la flota. ¡Oh vergüenza: pequeña victoria es para ellos la huida del Magno!

Conducía los bajeles al mar abierto un angosto canal, más estrecho que la onda de Eubea que azota Cálcide [220]. Aquí encallaron dos embarcaciones y les dieron alcance las tropas aparejadas para toda la flota y, trasladada la lucha a la costa, allí por primera vez enrojeció Nereo [221] con sangre de la guerra civil; el

[219] Este verso, interpolado por HOUSMAN *(ad loc.)*, respondería hipotéticamente al sentido de la laguna que el autor señala en el pasaje.

[220] El estrecho de Euripo, que separa Beocia de Eubea, isla del mar Egeo. Cálcide es una de las más antiguas ciudades, y luego capital, de Eubea.

[221] Manera poética de designar el mar con el nombre de este dios marino.

resto de la escuadra se alejó, con la pérdida de estos navíos de cola: tal como, cuando la nave pagasea [222] se dirigía a las ondas del Fasis, la tierra adentró en el mar los escollos cianeos; Argo, aunque disminuida por habérsele arrebatado la popa, logró escapar de los peñascos: la Simplégade [223] percutió en vano el mar vacío y volvió a su sitio a afianzarse ya para siempre. Ya el cambio de color del cielo de oriente avisaba de que Febo estaba próximo a salir, y la luz, sin ser blanca todavía, tira a roja y arrebata su fuego a los astros más cercanos; y ya las Pléyades palidecen, ya los carros del Boyero declinante se desvanecen borrosos en la sobrehaz del límpido cielo; se ocultan las estrellas mayores y el propio Lucífero huye ante el calor del día. Para entonces ocupabas, Magno, el mar abierto, pero sin llevar contigo los mismos hados de cuando perseguías a los piratas sobre las olas por todo el mar: cansada de tus triunfos, la Fortuna te abandonó. Expulsado con tu esposa y tus hijos, y arrastrando contigo a la guerra todos los penates, marchas todavía grande, con una escolta de pueblos, a pesar de ir desterrado. Se te busca un escenario lejano para tu caída que no merecías. No, a los arenales de Faros no se les condena a albergar tu tumba porque los dioses celestiales hayan preferido privarte de un sepulcro en tu patria: es que se le ahorra ese bochorno a Italia. Lejos de aquí, en un romoto lugar del globo, esconda la Fortuna tal impiedad y que la tierra romana se conserve incontaminada de la sangre de su Magno.

[222] La nave Argo, que transportó a los argonautas a la Cólquide para arrebatar el vellocino de oro (véase n. 204), fue construida, según la tradición, en la ciudad de Págasas, en Tesalia.

[223] Las Ciáneas o Simplégades —las que se juntan— eran dos pequeñas islas rocosas en el punto de la desembocadura del Bósforo en el Mar Negro. Según la leyenda, se acercaban entre sí para impedir el paso de las naves hacia dicho Mar. La nave Argo logró pasar y desde entonces los escollos quedaron inmóviles; así decía la propia leyenda que debía suceder si algún navío se les escapaba.

LIBRO III

SINOPSIS

1-45	Aparición de Julia a Pompeyo
46-168	César en Roma.
169-297	Catálogo de los aliados de Pompeyo.
298-508	Asedio de Marsella. Lucha terrestre.
509-762	Asedio de Marsella. Batalla naval.

Cuando empujó la flota el austro, abatiéndose sobre las velas que cedían a su presión, y los bajeles surcaron el mar abierto, toda la marinería miraba hacia las olas jónicas. Sólo el Magno no desvió sus ojos de la tierra de Italia mientras distingue los puertos de su patria, los litorales que jamás volverán ante su vista, las cumbres con un techo de nubes y los montes desvaneciéndose imprecisos. Luego, cedieron lánguidos a un sueño profundo los miembros del general; entonces, espectro de siniestra amenaza, le pareció que Julia [224] levantaba su cabeza afligida por entre unas grietas de la tierra y se mantenía erguida como una Furia en su sepulcro en llamas. «Expulsada, dijo, de los Campos Elíseos, morada de los justos, me veo arrastrada, desde el comienzo de la guerra civil, a las tinieblas estigias cabe las almas culpables. Yo misma he visto a las Euménides [225] empuñando antorchas para blandirlas ante

[224] La hija de César y esposa de Pompeyo, de la que ya se habló en el canto I. Casada con Servilio Cepión, se divorció de él y contrajo matrimonio con Pompeyo en el 59 a. C. Murió en el 54, después de dar a luz un hijo que también falleció.

[225] Es el nombre eufemístico de las Furias. Habla enseguida el poeta del barquero Caronte, que pasaba en su barca las almas de los condenados, del Tártaro, que aquí indica el Erebo o Infierno, y de las Parcas, Cloto, Láquesis y Átropo, que hilan y cortan la vida de los mortales. El sentido general de estas alusiones es que las víctimas de la guerra civil serán muy numerosas.

nuestras armas; está disponiendo innumerables barcas el barquero del Aqueronte abrasado; se ensancha el Tártaro para múltiples castigos; apenas dan abasto a la tarea las hermanas, todas, aun metiendo prisa a su diestra: fatigadas dejan a las Parcas los hilos, al ser tantos los que cortan. Mientras yo fui tu esposa, celebraste, Magno, jubilosos desfiles triunfales: tu fortuna cambió con el nuevo tálamo: condenada por el destino a arrastrar siempre a la catástrofe a maridos en la cúspide del poder, Cornelia, esa concubina, te desposó cuando aún estaba caliente mi pira [226]. Que vaya ella pegada a tus enseñas por los campos de batalla y por los mares, con tal de que a mí se me permita interrumpir tus sueños intranquilos y no os quede tiempo libre para vuestro amor, sino que César ocupe tus días y Julia tus noches. A mí, los olvidos que provocan las riberas del Leteo no han logrado, esposo mío, borrarme tu recuerdo y los reyes de las calladas sombras me han autorizado a seguirte. Apareceré en medio de las formaciones cuando tú estés librando combates. Jamás, Magno, te será permitido por mi sombra y por mis manes dejar de ser su yerno; en vano intentas cortar con la espada los lazos que te unen a mí: la guerra civil te hará mío [227].» Tras estas palabras huyó la sombra, desvaneciéndose entre el abrazo del amedrentado esposo.

[226] Nos parece mejor considerar esta pira como la de la propia Julia, no como la pira del anterior marido de Cornelia, Craso, hijo del triúnviro derrotado en Carras y que murió junto con su padre en dicha batalla. En cualquier caso, hay una evidente exageración de Lucano al llamar concubina (*paelex*) a Cornelia, ya que su matrimonio con Pompeyo tuvo lugar un año después de morir su marido y dos años después de la muerte de Julia. También hay exageración retórica en los «triunfos» que supuestamente compartió Pompeyo con Julia, ya que el último de estos triunfos es tres años anterior a dicho matrimonio.

[227] Ya que Pompeyo morirá en ella y se reunirá así con Julia en el más allá.

Éste, por más que los dioses y los manes le amenacen con el desastre, más impetuoso se lanza a las armas, con espíritu decidido ante sus desgracias, y se dice: «¿A qué asustarnos con el fantasma de una vana visión? O nada de sentimiento les queda a las almas desde el momento de la muerte o la muerte misma no es nada[228].» Ya Titán iba declinante hacia el interior de las ondas y había sumergido, de su disco de fuego, tanto cuanto suele faltar a la luna, bien a punto de ser llena, bien cuando ya no es llena: en ese momento la hospitalaria tierra ofreció a las naves una fácil arribada; recogieron los cordajes y, abajado el mástil, ganaron a remo la costa.

A César, cuando los vientos se llevaron aprisa los bajeles escapados, el mar ocultó la flota y quedó como jefe único en las costas de Italia, no le produce alegría la gloria de haber ahuyentado al Magno: se queja de que los enemigos lleven por el mar seguras las espaldas. Pues ya ninguna buena suerte basta al impetuoso héroe, ni le parecía tan importante vencer si con ello aplazaba el enfrentamiento armado. Entonces arrojó de su pecho la preocupación de las armas y pasaba el tiempo aplicado a tareas de paz y a cómo suscitar las querencias inconstantes del pueblo, sabedor de que tanto los motivos de cólera como los mayores movimientos de simpatía están determinados por el diario sustento. En efecto, sólo el hambre hace libres a las ciudades, y es el miedo lo que se compra cada vez que los poderosos alimentan al vulgo indolente: una masa hambrienta no conoce el temor[229]. Curión recibió órdenes de trasladarse a las ciudades de Sicilia, por donde el mar o bien cubrió la tierra con súbitas inundaciones, o bien la desgarró y convirtió en costas propias lo que era terreno firme: enorme es allí la violencia del piélago y sin cesar se esfuerzan las aguas a fin de que los montes rotos no vuelvan a unir sus confines. La guerra se extiende también a las costas sardas. Ambas islas son famosas por la feracidad de sus campiñas y ningunas tierras antes que éstas colmaron Italia de mieses importadas ni los graneros de Roma con más abundancia. Apenas las supera en fertilidad del suelo Libia, cuando, al retirarse los austros y reunir el bóreas las nubes bajo el centro del eje[230], alcanza, gracias a las lluvias desatadas, un año colmado.

[228] Si no hay sensaciones después de la muerte, esta visión es ilusoria; si las hay, la muerte no debe inspirar temor, ya que se sigue viviendo en otro lugar. Lo primero es doctrina epicúrea; lo segundo, estoica.

[229] Es decir, dando bienestar al pueblo se compra el miedo a perder ese bienestar. El verdaderamente peligroso es el pueblo hambriento, que no tiene nada que perder en una guerra.

Una vez tomadas por el general estas previsiones, entonces, victorioso, llevando tras sí unas columnas sin armas, con apariencia de paz, se dirige a su ciudad natal. ¡Ay!, si hubiera regresado a su ciudad tras haber sometido únicamente a las poblaciones de los galos y las gentes del Norte, ¡qué serie de hazañas, qué escenas de guerra hubiera podido llevar por delante en larga procesión triunfal!: cómo ponía cadenas al Rin y al Océano, cómo la Galia famosa, mezclada con los rubios britanos, iba en pos de sus altos carros. ¡Ay, qué gran triunfo se perdió por obtener más victorias! No salieron a verlo a su paso ciudades con alborozadas muchedumbres, sino mudas de miedo; ni en parte alguna se apiñó la masa al encuentro del caudillo. Con todo, se alegra de inspirar a las gentes un temor tan grande y no hubiera preferido que se le quisiera.

Ya había rebasado las escarpadas alturas de Anxur[231] y los parajes donde una senda húmeda divide

[230] Es decir, en el Sur, hacia donde es lógico que empuje las nubes el bóreas, viento del Norte. Libia era una franja de tierra del África septentrional, lindando con Egipto. Junto con Sicilia y Cerdeña constituía el granero de Roma.

[231] Antigua ciudad de los volscos, hoy Terracina.

las lagunas pontinas, donde se alza el bosque sagrado, donde el reino de la Diana escítica[232] y donde está el camino que siguen las fasces latinas[233] hacia la cimera Alba; desde elevada roca divisa ya a lo lejos la ciudad que no ha visto en todo el tiempo de la guerra del Norte y, contemplando maravillado las murallas de su querida Roma, dice así: «¿A ti, sede de los dioses, te han abandonado unos hombres sin que les forzara a ello combate alguno? ¿Por qué ciudad, entonces, se empuñarán las armas? Loados sean los dioses, porque ahora no se ha volcado sobre las costas del Lacio la furia oriental, ni el sármata veloz junto con el panonio, ni el geta mezclado con los dacios[234]: teniendo tú, Roma, un jefe tan asustadizo, la fortuna te ha hecho el favor de que se trate de una guerra entre conciudadanos.» Así dice, y penetra en la ciudad consternada por el terror, pues se cree que va a arrasar con llamas humeantes las murallas de Roma, como de una ciudad conquistada, y va a dispersar a los dioses. Ésta fue la medida del terror: piensan que él desea hacer todo lo que abarca su poder. No hay tiempo para simular felices augurios, ni aclamaciones fingidas en alegre alborozo: apenas lo hay para odiar. Llena los palacios de Febo[235] una turba de senadores salida de sus escondrijos, sin ningún derecho de reunir el senado; no brillaron los sa-

[232] Santuario de Diana en el bosque de Aricia, al pie del monte Albano. Se le llama «escítica» por la tradición de que su estatua procedía de Escitia, concretamente de la Táuride, donde fue robada por Orestes, llevada a Atenas y de allí a Italia. Las lagunas pontinas eran una región del Lacio expuesta a inundaciones y atravesada por la Via Apia.

[233] Es decir, los cónsules de Roma, cuando van a honrar a Júpiter Laciar durante las ferias latinas (véanse nn. 44 y 88).

[234] Sobre los sármatas, véase n. 76; sobre dacios y getas, n. 180. La Panonia se extendía entre la Dacia, el Nórico y la Iliria, coincidiendo en parte con la actual Hungría.

[235] Es decir, el templo de Apolo en el Palatino, donde tuvo lugar esta reunión del senado.

grados escaños con la presencia de un cónsul, no asiste el que le sigue en poder según la ley, el pretor, y las sillas curules, sin ocupantes, fueron retiradas de su sitio. Todo lo era César: la curia está como testigo de las palabras de un particular. Tomaron asiento los senadores dispuestos a dar su aprobación tanto si reclamaba para él el trono como si templos, o incluso la ejecución o el destierro del senado. Por suerte, sintió él más rubor de dar órdenes que Roma de consentirlas. A pesar de ello, la Libertad montó en cólera, con intención de probar, por medio de un solo hombre, si puede el derecho plantar cara a la fuerza; y así el belicoso Metelo, cuando ve que se intenta hacer saltar los quicios del templo de Saturno[236] con grandes embestidas, apresura el paso y, rompiendo las filas de César, se plantó ante las puertas del templo todavía sin abrir (hasta tal punto el amor al oro es el único que no conoce el temor al hierro ni a la muerte; perecen las leyes derogadas sin distinción alguna, pero vosotros, riquezas, el lote más despreciable de las cosas, promovisteis un enfrentamiento) e, impidiendo al vencedor el pillaje, protesta el tribuno con voz clara: «No se abrirá el templo a no ser que lo golpeéis a través de mi costado, ni te llevarás, ladrón, riquezas ningunas sino rociadas con mi sangre sagrada[237]. Sin duda alguna la violación de este poder mío tropieza con los dioses; y por ello las execraciones de un tribuno, que siguieron a Craso hasta la línea de batalla, lo condenaron a inexorables combates[238]. Desenvaina ya la espada, pues ni siquiera tienes que sentir reparo de una muchedumbre que con-

[236] Donde se guardaba el *aerarium* o tesoro público de Roma. Intenta evitar el latrocinio de César el entonces tribuno de la plebe Lucio Cecilio Metelo.

[237] Las personas de los tribunos eran inviolables.

[238] El tribuno Ateyo Capitón intentó disuadir a Craso de que emprendiera la guerra contra los partos. El triúnviro no le hizo caso y aquél lo maldijo.

temple tu crimen: estamos frente a frente en una ciudad desierta. No se llevará de lo nuestro su recompensa tu criminal tropa. Hay pueblos que puedes poner a sus pies, murallas que regalarles. No te fuerza la indigencia al expolio de la paz que nos has quitado: tienes a tu alcance, César, los saqueos de guerra.» Ante estas palabras el vencedor, encendido en una gran cólera: «Vanas esperanzas abrigas de una muerte honrosa: no se manchará, dijo, mi mano en esa garganta, Metelo; ninguna de tus magistraturas [239] te hará digno de la ira de César. ¿Teniéndote a ti por campeón, ha quedado protegida la libertad? El largo transcurrir de los días no ha confundido las sumidades con los abismos hasta el extremo de que las leyes, si están salvaguardadas por la voz de Metelo, no prefieran ser abolidas por César.»

Así dijo, y como el tribuno no se retiraba aún de las puertas, le acomete una cólera más violenta: mira en torno suyo las crueles espadas, olvidándose de simular su apariencia de paz; pero entonces Cota [240] compelió a Metelo a desistir de su intento excesivamente audaz: «La libertad, le dijo, de un pueblo al que oprime la tiranía perece con el ejercicio de esa libertad [241]; conservarás una sombra de ella, si das tu aquiescencia a cuanto se te ordene. A tantas iniquidades hemos obedecido cuando se nos ha derrotado; la única disculpa de nuestra vergüenza y de nuestro innoble miedo es no haber podido negarnos a ninguna de esas iniquidades. Que se lleve él de aquí cuanto antes los funestos gérmenes de

---

[239] Antes de tribuno había sido cónsul.

[240] Colega de Metelo en el tribunado.

[241] Diversas interpretaciones se han dado de esta frase. Creemos que el sentido es éste: bajo la tiranía no existe verdadera libertad; mas puede haber una apariencia de ella, si se obedece al tirano como si se estuviera de acuerdo con él, pero estando interiormente en desacuerdo. Se trata, en realidad, de libertad «interna». Ésta al menos aparente libertad se pierde, si uno quiere ejercitar la auténtica libertad.

la guerra siniestra [242]. Las pérdidas conmueven a los pueblos sólo si a ellos los protegen leyes propias: la pobreza del esclavo es gravosa no para él, sino para su dueño.»

Seguidamente, apartado Metelo, quedó accesible el templo. Entonces resuena la roca Tarpeya [243] y con fuerte estridencia atestigua la apertura de las puertas; a continuación se saca del fondo del templo el tesoro del pueblo romano, allí guardado, y sin tocar desde muchos años atrás: el que habían aportado las guerras púnicas, el que proporcionó Perseo [244], el que constituyó el botín de la derrota de Filipo [245], el oro que te dejó, Roma, el galo [246] en su huida precipitada y aquel a cambio del cual Fabricio no aceptó venderte a un rey [247]; todo lo que fuisteis guardando vosotras, costumbres de nuestros parcos antepasados, el tributo que enviaron los ricos pueblos de Asia, el que entregó la Creta de Minos a su conquistador Metelo [248] y el que Catón transportó por mar desde la lejana Chipre [249]. Entonces las riquezas de oriente y los remotos tesoros de reyes cautivos, tesoros que fueron paseados en los

---

[242] Es decir, el dinero guardado en el Erario. Unos versos antes Lucano ha dirigido unas parentéticas imprecaciones contra el «amor al oro», causa de todos los males.

[243] El templo de Saturno estaba en el Capitolio o *mons Tarpeius*.

[244] Enumera el poeta una serie de conquistas romanas que sirvieron para allegar el tesoro que ahora roba César. Perseo, rey del Epiro, fue derrotado por el cónsul Paulo Emilio en la batalla de Pidna en el 168 a. C.

[245] Filipo, rey de Macedonia, fue derrotado en la batalla de Cinocéfalos, en Tesalia, el 197 a. C.

[246] Los galos conquistaron Roma hacia el 390 a. C. Este «galo» si no es un singular colectivo, puede referirse al jefe Breno.

[247] Se trata de Gayo Fabricio, cónsul en 282 y 278 a. C., que no aceptó el oro que Pirro le ofrecía a cambio de su traición a Roma.

[248] Quinto Cecilio Metelo conquistó Creta en el 66 a. C.

[249] Catón fue el encargado de traer desde Chipre las riquezas que uno de sus reyes dejó en herencia al pueblo romano.

triunfos de Pompeyo, se sacan fuera; se saquean los templos con funesta rapiña y entonces por vez primera Roma fue más pobre que un César.

Entretanto, a lo largo del mundo entero, la buena estrella del Magno había movilizado para la lucha a ciudades que iban a acompañarle en su caída[250]. La más cercana, Grecia, le proporciona efectivos para la guerra librada en sus proximidades. Tropas fócidas envió Anfisa, y lo mismo la rocosa Cirra y el Parnaso, que quedó deshabitado en sus dos cumbres[251]. Acudieron juntos los caudillos beocios, a quienes rodean el veloz Cefiso, con su corriente oracular, y la cadmea Dirce[252]; y también las tropas de Pisa y el Alfeo, que, a través del mar, envía sus aguas a los pueblos de Sicilia[253]. Entonces el arcadio dejó el Ménalo y el soldado traquinio el Eta de Hércules[254]. Se precipitan los tesprotes y los dríopes, y los antiguos selas dejaron silenciosas las en-

[250] Comienza la lista de los aliados de Pompeyo. Este tipo de catálogos entra dentro de la más pura tradición épica (HOMERO, *Il.* II 484 ss.; VIRGILIO, *En.* VII 647 ss.). En Lucano vimos ya una de estas listas de pueblos, en I 392 ss.: los pueblos de la Galia de donde partieron los legionarios llamados por César. Y en el canto VII hay también una breve reseña de las tropas de ambos ejércitos. Pero estos tres catálogos de Lucano se diferencian de los citados de Homero y Virgilio en que, mientras éstos hablan de «caudillos» o de «pueblos con sus caudillos al frente», Lucano no menciona ni a un solo caudillo, sino únicamente pueblos: nombres de ciudades, regiones y, sobre todo, gentilicios.

[251] Las dos cumbres son Cirra y Nisa. El Parnaso es el monte de las Musas y de Apolo, con su santuario de Delfos.

[252] El Cefiso corre cercano al Parnaso y a Delfos, de ahí lo de oracular. La fuente de Dirce se hallaba en Tebas, fundada por Cadmo.

[253] Pisa es una ciudad de la Élide. El Alfeo, el río más grande del Peloponeso, atraviesa Arcadia, Mesenia y la Élide, desembocando en el mar Jónico. Según la leyenda, alarga su corriente hasta Sicilia, enamorado de la ninfa siciliana Aretusa.

[254] Ménalo era un monte de Arcadia consagrado a Pan. Traquinia, ciudad de Tesalia fundada por Hércules, en cuyo monte Eta se abrasó el héroe con la túnica que le dio su esposa Deyanira, empapada en la sangre de Neso.

cinas en la cumbre caonia[255]. Aunque la leva dejó exhausta a Atenas entera, escasos navíos alcanzan los puertos de Febo[256] y sólo tres bajeles reclaman la creencia en que fue verdad lo de Salamina[257]. Ya la vieja Creta, amada de Júpiter, viene a la lucha con sus cien pueblos, y Cnosos, ducha en manejar las aljabas, y Gortina, no menos diestra que los arqueros orientales; además, el que habita la troyana Oricos[258]; el atamán, que vaga diseminado por los bosques profundos; Enquelias, que atestigua con su nombre antiguo la muerte y la transformación de Cadmo[259], y la cólquida Apsirto[260], que espumea en las ondas adriáticas; los que cultivan los campos del Peneo, con cuyo trabajo la reja tesalia rotura la hemonia Jolcos[261]. (Desde allí por primera vez fue desafiado el mar, cuando la inexperta Argo, profanadas las costas, mezcló naciones desconocidas entre sí y fue la primera que puso en contacto a la raza humana con los vientos y las olas furiosas

[255] Los tesprotes son de Tesalia, los dríopes y selas, del Epiro, donde está, igualmente, la región montañosa de Caonia, con la ciudad de Dodona, famosa por su oráculo de Zeus, que queda ahora silencioso.

[256] El puerto consagrado a Apolo es, según Housman, el de Accio o el de Apolonia.

[257] Pasaje diversamente interpretado. Nuestro sentido aparece claro en la traducción: Atenas apoya a Pompeyo con todas sus fuerzas navales, pero éstas consisten en tres míseras naves, único recuerdo de que alguna vez fue una potencia marítima, concretamente cuando triunfó sobre los persas en Salamina.

[258] Ciudad del Epiro, llamada dardania porque se decía fundada por el troyano Héleno, que reinó allí con Andrómaca, la viuda de Héctor. También los atamanes son una población del Epiro.

[259] Enquelias está aquí por Tesalia, donde se cambiaron en serpientes Cadmo y su esposa Harmonía.

[260] Región de la Istria, donde, según la leyenda, diseminó Medea (la «cólquide») los miembros de su hermano Apsirto, cuando era perseguida por su padre Eetes.

[261] El Peneo es el principal río de Tesalia. Jolcos es la ciudad de Jasón, donde se construyó la nave Argo. «Hemonia» vale tanto como Tesalia, por un más antiguo nombre de la región.

del piélago, y mediante aquella nave se añadió a los destinos una nueva forma de muerte[262]. Se abandonan igualmente el Hemo de Tracia y Foloe, con su falsa leyenda de una población biforme[263]. Queda desierto el Estrimón, acostumbrado a enviar al tibio Nilo las aves de Bistonia[264], y la bárbara Cone, donde un ramal del Danubio, el de muchos brazos, pierde sus aguas sármatas y baña a Peuce esparcida por el mar[265]; también Misia y la tierra de Idalis, regada por el Caico helado, y Arisbe, de gleba demasiado somera[266]; y acuden los que habitan Pitane, y la ciudad que deplora, Palas, tus regalos, condenada por Febo vencedor, Celenas[267], por donde el Marsias, que desciende veloz entre rectas orillas, aborda al sinuoso Meandro y, mezclado con él, reemprende su andadura; y la tierra que deja salir al Pactolo de sus vetas auríferas, donde el Hermo, no menos rico, separa tierras de cultivo. También las tropas troyanas, con sus funestos augurios, se dirigieron a unas enseñas y a un campamento destinados a perecer, y no les contuvo la leyenda de Troya ni el que César pretendiera descender del frigio Iulo. Se agregan las poblaciones de Siria; quedó deshabitado —así se dice—

[262] Es decir, la muerte por naufragio.

[263] O bien porque allí nacieron los centauros, o porque este pueblo utilizó caballos para la guerra y los enemigos los creyeron centauros. Las dos hipótesis en las *Adnotationes*. Sólo la segunda en los *Commenta Bernensia*.

[264] Las grullas, que se suponía emigraban al Nilo desde el río Estrimón, de Tracia.

[265] Cone y Peuce son islas cercanas a la desembocadura del Danubio.

[266] Misia es región del Asia Menor, en la costa del Egeo. La tierra idalia es la que se extiende junto al monte Ida. Arisbe es una ciudad de la Tróade.

[267] Pitane es ciudad de la Argólide, en Asia Menor. Celenas era una ciudad frigia, donde el sátiro Marsias, con la flauta inventada por Palas Atenea, se atrevió a desafiar a Apolo, dios de la lira. Fue vencido por éste y desollado vivo. Luego fue convertido en río, afluente del Meandro.

el Orontes y también la feliz Nínive, Damasco, expuesta a los vientos, Gaza, Idume, rica en palmeras, Tiro, de suelo inestable, y Sidón, preciada por su púrpura[268]. Estas embarcaciones las guió hasta la guerra por una ruta del mar sin desvíos la Osa Menor[269], que no da más seguridad a ningunas otras quillas. (Los fenicios fueron los primeros —si se da crédito a la fama— que osaron consignar en caracteres rudimentarios la palabra, para que perdurara[270]: aún no sabía Menfis entretejer los papiros de sus ríos y solamente aves, fieras y otros animales esculpidos en piedras conservaban un lenguaje mágico.) Quedaron también despoblados el bosque de Tauro y Tarsos, fundada por Perseo, y el antro coricio, abierto en rocas carcomidas; Mallos y la remota Eges resuenan en sus arsenales, y el cilicio, que ya no es pirata, marcha con navíos de guerra normales[271].

La fama de las campañas movilizó también las apartadas regiones del Oriente, donde se venera al Ganges, el único en todo el orbe que se atreve a dar rienda suelta a sus bocas frente al sol naciente y empuja sus aguas contra el opuesto euro, allí donde el caudillo peleo[272], más allá de las líquidas llanuras de Tetis, se detuvo y se declaró vencido por la magnitud del orbe; y donde, llevando arrebatado su caudal por diversas torrenteras, el Indo no nota que el Hidaspe se mezcla a su vasta corriente; movilizó a los que beben los dulces jugos de la tierna caña, a los que tiñen su cabellera con untura

[268] El Orontes es río de Siria; ciudades sirias son Nínive, Damasco y Gaza, donde Cambises dejó sus riquezas. Idume es de Palestina. Tiro y Sidón, las dos famosas ciudades comerciales de los fenicios.

[269] O sea, la estrella polar, que encabeza la Osa Menor.

[270] Los fenicios pasaban, en efecto, por inventores del alfabeto, cuyo conocimiento habrían transmitido a Grecia.

[271] El Tauro es una cadena montañosa que separa Cilicia y Panfilia de Armenia. Las demás, son ciudades de Cilicia, al sur del Asia Menor.

[272] Alejandro Magno, llamado «peleo» por Pela, ciudad de Macedonia.

azafranada y ciñen con coloreada pedrería sus flotantes vestidos de lino, y a los que se construyen sus propias piras y suben, vivos aún, a las llamas [273]. ¡Ay, qué gloria tan grande es para esta gente meter mano a los destinos y, repletos de vida, regalarles a los dioses lo que les sobra! Vinieron los feroces capadocios, pueblo que deja sin cultivar el duro suelo del Amano, y el armenio habitante del Nifates, que hace rodar peñascos [274]. Dejaron los coatras [275] sus bosques, que tocan el cielo. Acudisteis, árabes, a una parte del mundo que no conocíais, extrañados de que las sombras de los bosques no vayan hacia la izquierda [276]. Igualmente movilizó la locura de los romanos a los remotos orestas y a los caudillos carmanos [277] —cuyo cielo, ya inclinado hacia el austro, no ve, sin embargo, sumergirse a la Osa Mayor en su totalidad, y brilla allí el Boyero, veloz, sólo una pequeña parte de la noche—; y el territorio de los etíopes —que no se vería alcanzado por ningún sector del Zodíaco si, doblado el corvejón, no se adelantara el final de la pezuña del encorvado Tauro [278]—; y la región

[273] Se refiere, en todas estas costumbres, a poblaciones de la India, según las noticias de Estrabón y Ptolomeo.

[274] Capadocia, en Asia Menor, fue la provincia más oriental del Imperio romano. El Amano es un ramal de la cordillera del Tauro. El Nifates, un río armenio para Lucano, es para otros un monte.

[275] Pueblo próximo al Mar de Azov, del que habla Plinio.

[276] Esto es, hacia el Sur, que es la izquierda según se mira a Occidente. En esa dirección se les proyecta la sombra a los árabes una parte del año, dada su situación al sur del Trópico de Cáncer.

[277] Los orestas, poco conocidos, habitaban, según los *Commenta Bernensia*, en las proximidades del Mar Caspio. Los carmanos son un pueblo de Persia a los que Estrabón (XV 2, 14) califica de salvajes. Respecto a la indicación astronómica referida a estos últimos, comenta Housman: «Es verdad que el Boyero se pone entre los carmanos con más rapidez que en Italia, pero es un error del poeta que, por ello, la noche sea más breve» («Apéndice astronómico» de su ed.).

[278] De nuevo Housman, en el citado, «Apéndice astronómico» de su edición, señala el error de Lucano, que comparte con Virgilio y Estacio: «los tres poetas conciben el zodíaco como coincidente, no ya

donde, junto con el Tigris de arrebatada corriente, tiene su cabecera el caudaloso Eufrates, a los que Persia da nacimiento en manantiales no muy distantes, y no se sabe, cuando el terreno mezcla sus corrientes, qué nombre es preferible para las aguas. Pero el Eufrates, derramándose fecundo sobre los campos, hace las veces del río de Faros [279]; en cambio, al Tigris se lo traga la tierra por una súbita hendidura, esconde su curso, ocultándolo, y, haciéndole luego renacer de una nueva fuente, no se opone a entregar su corriente a las aguas del mar.

Entre las formaciones de César y las enseñas contrarias, los belicosos partos mantuvieron indecisa su inclinación, satisfechos de haber reducido a dos los rivales [280]. Emponzoñaron sus flechas los pueblos nómadas de Escitia, a los que ciñen el Bactros con su helado caudal e Hircania con sus vastas selvas; además, los heníocos lacedemonios, raza temible por el manejo de las riendas, y el sármata, emparentado con los salvajes moscos; los que habitan donde el Fasis surca las riquísimas campiñas de los colcos; donde corre el Halis, funesto para Creso [281]; donde, deslizándose de la cima del Rifeo, el Tanais [282] ha puesto a sus riberas los nombres de dos partes distintas del mundo —fron-

con el ecuador, sino, peor aún, con el Trópico de Cáncer». Dice aquí Lucano que Etiopía está más al Sur que todas las constelaciones del zodíaco y sólo alcanza a tocarla la perpendicular trazada desde la punta de la pezuña de Tauro, que sería, para el poeta, la extremidad sur del zodíaco, siendo así que «la mitad del zodíaco se extiende más al Sur que la pezuña de Tauro», p. ej., Aries, Piscis, Virgo y Libra. Lucano «ha olvidado que el zodíaco es oblicuo y alcanza ambos Trópicos; él lo imagina paralelo al ecuador y a los dos círculos tropicales», en cuyo caso sí sería la pezuña de Tauro el borde sur del zodíaco.

[279] El Nilo.

[280] Dando muerte a Craso, el tercer miembro del triunvirato.

[281] El Halis es un río de la Paflagonia en Asia Menor, a cuyas orillas fue derrotado Creso por el rey Ciro.

[282] El actual Don, que desemboca en el Mar de Azov.

tera, a la vez, de Asia y de Europa, al separar los confines de tierras colindantes agranda ya un continente, ya el otro, con arreglo a sus sinuosidades—; y donde el Ponto extrae las aguas de la Meótide a través de un estrecho torrencial [283] —y así arrebata la gloria a las columnas de Hércules, pues se dice que no es Cádiz la única en dar entrada al Océano—; además, los pueblos esedonios y el arimaspe, que sujeta sus cabellos anudándolos con un pasador de oro; después, el fuerte ario, el maságeta, que soluciona los largos ayunos de la guerra sarmática con el caballo en el que huyó, y los velocísimos gelonios.

No, ni cuando Ciro se puso al frente de sus columnas desde los reinos orientales y el persa [284] descendió con una tropa que se contaba por las flechas disparadas, ni cuando el vengador del amor de su hermano [285] golpeó la superficie del mar con tan numerosas escuadras, tuvieron tantos reyes un solo jefe, ni jamás se reunieron gentes tan variadas en su talante ni lenguas de son tan diferente en una muchedumbre. ¡A tantos pueblos, para abocarlos juntos a una catástrofe sin medida, puso en marcha la Fortuna, y aprestó así unas exequias dignas del funeral del Magno! No cesó el cornígero Amón [286] de enviar a la guerra hordas marmáricas de la árida Libia en toda su extensión, desde los moros de su parte occidental hasta las Sirtes paretonias de sus

[283] Es el Bósforo Cimerio, que comunica los citados Ponto y Meótide, es decir, el Mar Negro y el de Azov. Creían los antiguos (PLINIO, *Hist. Nat.* II 168 y IV 93) que del Mar de Azov provenían, a través del Mar Negro, las aguas del Mediterráneo y demás mares interiores, en lugar de venir del Atlántico a través del estrecho de Gibraltar.

[284] Jerjes.

[285] Agamenón, caudillo máximo de los griegos en la guerra de Troya, emprendida para vengar la afrenta inferida a su hermano Menelao, a quien Paris le robó a su esposa Helena.

[286] Sobrenombre de un Júpiter venerado en Libia y al que el poeta aludirá en un episodio del canto IX 511-586.

costas orientales. A fin de que César, favorito de la fortuna, lo tuviese todo de un golpe, Farsalia le ofreció el universo para que lo venciera a la vez.

Él, cuando abandonó las murallas de la amedrentada Roma, a marchas forzadas franquea en un vuelo los Alpes nubosos; y mientras los otros pueblos estaban empavorecidos por el terror que inspiraba su fama, la juventud focea [287] osó, en la incertidumbre del momento y contra la ligereza propia de los griegos, guardar la fidelidad a los pactos sellados y seguir una causa, no a los destinos. Antes de nada, sin embargo, procuran doblegar el furor indómito y el duro corazón de aquel guerrero con palabras de paz, y al enemigo, que ya está próximo, le hablan así, portando las ramas de la cecropia Minerva [288]:

«Que Marsella compartió siempre los destinos de vuestro pueblo en las guerras exteriores lo atestigua cualquier época comprendida en los anales del Lacio. También ahora, si buscas algún triunfo en una zona desconocida del orbe, aquí tienes a tu servicio nuestras diestras para guerras contra extranjeros. En cambio, si funestas formaciones, si siniestros combates estáis preparando en plena discordia, ofrecemos lágrimas por las guerras civiles y nos mantenemos al margen. Que no hurgue mano alguna las heridas execrables. Si la locura hubiera hecho empuñar las armas a los habitantes del cielo o si los gigantes, hijos de la tierra, intentaran escalar los astros, con todo, no se atrevería la piedad humana a prestar ayuda a Júpiter ni con armas ni con plegarias, y la raza de los mortales, ignorante de la suerte corrida por los dioses, sabría solamente por medio de los rayos, que en el cielo el único que reina toda-

[287] Parece confundir Lucano la Fócide, en Grecia, con Focea, en Asia Menor, de donde, en realidad, procedían los focenses de Marsella.

[288] Ramos de olivo, señal de paz. Cecropia por Cécrope, el mítico fundador de Atenas, ciudad consagrada a Minerva o Atenea.

vía es el Tonante. Añade el que de todas partes concurren pueblos innúmeros y que el mundo no es tan pasivo ni tiene horror al contagio de los crímenes hasta el punto de que las guerras civiles necesiten de espadas forzadas. ¡Ojalá fuera éste, por cierto, el criterio de todos, de manera que rehusaran intervenir en vuestros destinos y ningún soldado ajeno os acompañara a estos combates! ¿A quién no le flojeará la diestra a la vista de su padre ni le impedirán lanzar una nube de dardos sus hermanos en las filas de enfrente? El fin de esta guerra criminal llegará en seguida si no confiáis las armas a ninguno al que sea lícito empuñarlas[289]. Éste es, en suma, nuestro ruego: las terribles águilas y las enseñas hostiles déjalas lejos de nuestra ciudad, no tengas reparo en confiarte a nuestros muros y permite que acojamos dentro a César y la guerra quede de puertas afuera. Haya un lugar exento de crimen, seguro tanto para Magno como para ti, de forma que, si el destino vela por la Ciudad invicta, si decidís llegar a un acuerdo, haya un sitio donde podáis acudir sin armas. O bien, ya que os reclaman los peligros tan importantes de la guerra de Iberia, ¿por qué desviáis vuestra marcha precipitada? No somos baza decisiva ni importante en esta situación, nunca hemos empuñado las armas con éxito —desterrados de las primitivas moradas de nuestra patria y, después de trasladar las ciudadelas de la Fócide[290] abrasada, protegidos por unas murallas poco consistentes en un litoral extranjero, lo único que nos da lustre es nuestra lealtad. Si te aprestas a encerrar nuestros muros en un asedio y a hacer saltar por la violencia nuestras puertas, dispuestos estamos a recibir teas y dardos sobre nuestros techos, a buscar y

[289] Es decir, a los no romanos. Si sólo los romanos empuñan las armas, se acabará la guerra, porque no osarán luchar contra los de su misma sangre.

[290] Véase n. 287.

beber de prisa unos tragos de agua en las fuentes desviadas por ti y a lamer, sedientos, la tierra excavada; y, si nos faltan los frutos de Ceres, a morder entonces suciamente cosas hediondas a la vista y asquerosas al tacto. Y no tiene miedo este pueblo a soportar en defensa de la libertad lo que hizo Sagunto, asediada por el Marte cartaginés. Niños arrebatados del seno de sus madres y que succionan en vano los pechos desecados por el hambre serán arrojados en medio del fuego, la esposa reclamará para sí la muerte de manos de su querido esposo, los hermanos se intercambiarán heridas y, forzados a ello, preferirán esta forma de guerra civil.»

Así terminó de hablar la juventud griega, cuando la cólera del caudillo, delatada ya en su semblante alterado, declaró de viva voz su resentimiento:

«Una vana confianza en nuestra pronta marcha anima a estos griegos. Por más aprisa que vayamos hacia el extremo occidental del mundo, hay tiempo de destruir Marsella. Alegraos, cohortes: por un favor de los hados se nos ofrecen combates sobre la marcha. Como el viento, si no se le oponen espesos bosques de firmes troncos, pierde sus fuerzas disipándose en el espacio vacío, y como se extingue un gran fuego, si no encuentra obstáculos, del mismo modo a mí me perjudica la falta de enemigos y considero un menoscabo para mis armas que no me hagan frente los que pueden ser vencidos. Pero, eso sí, si voy solo y envilecido tras deponer mis armas, entonces se me abren sus casas. ¡Ya no sólo se proponen cerrarme sus puertas, sino encerrarme dentro de ellas! Pero es que intentan escapar —dicen— a los siniestros contagios de la guerra. Pues ¡sufriréis castigos por haber buscado la paz y aprenderéis que en mi época nada hay más seguro que la guerra teniéndome por jefe!» Tras estas palabras desvía su marcha hacia la ciudad, que no da muestras de temor; y entonces

contempla las murallas cerradas y guarnecidas por un espeso círculo de combatientes.

No lejos de los muros una prominencia del terreno que se eleva formando un altozano despliega en su cima aplastada un pequeño llano: este roquedal le pareció al caudillo susceptible de ser acordonado por una larga fortificación y muy apropiado para un campamento seguro. La parte más cercana de la ciudad se eleva en una ciudadela de la misma altura que el altozano, y en las hondonadas entre ambas prominencias se extienden campos de cultivo. Decidió entonces realizar una empresa de un trabajo inmenso: enlazar con un vasto terraplén las colinas opuestas. Pero antes, para bloquear toda la ciudad por la parte en que la circunda la tierra firme, llevó a cabo una larga línea de construcciones desde lo alto del campamento hasta el mar y, rodeando con un foso las fuentes y los pastos de la llanura, levantó con cepellón y tierra fresca sus líneas defensivas coronadas de espesas almenas.

Ya es un hecho suficientemente digno de recordarse y hasta un eterno timbre de gloria el que corresponde a esta ciudad griega por haber detenido, sin incitarla nadie ni dejarse abatir por el temor mismo, el curso precipitado de la guerra, que lo iba reduciendo todo a cenizas, y, cuando todas habían sido conquistadas por César al primer asalto, hacerle, ella sola, perder tiempo para vencerla. ¡Qué gran proeza la de frenar los destinos y, cuando la Fortuna se apresuraba a imponer al mundo entero un caudillo, hacerle perder aquellos días! Entonces caen todos los bosques en una ancha extensión y se despoja a las selvas de sus troncos, para que, como una delgada capa de tierra y unos ramajes sostienen flojamente la estructura central, apriete la madera el suelo con el enlace de una compacta armazón a ambos lados, no sea que el terraplén vaya a ceder bajo la presión de las torres.

Había un bosque sagrado, jamás profanado desde remotos tiempos, que con sus ramas entrelazadas encerraba un espacio tenebroso y unas gélidas sombras en cuyas profundidades no penetraba el sol. Este bosque no lo ocupan los Panes, habitantes de los campos, ni los Silvanos, señores de los bosques, ni las Ninfas, sino los santuarios de unos dioses de bárbaros ritos: aras construidas para siniestros altares y todos los árboles purificados con sangre humana. Si merece crédito la antigüedad, que sintió admiración por los dioses del cielo, incluso las aves temen posarse en aquellas ramas y las fieras acostarse en aquellos cubiles; ni siquiera el viento se abate sobre aquellas espesuras ni los rayos que saltan de los negros nubarrones: un horror especial anida en aquellos árboles, que no ofrecen sus follajes a las caricias de brisa alguna. Además, cae el agua en abundancia de sombríos manantiales y las lúgubres imágenes de los dioses carecen de valor artístico y se alzan, como bloques informes, de los troncos cortados. La propia impresión de abandono y el tinte pálido de los troncos podridos produce estupefacción; no se teme así a las deidades veneradas bajo figuras familiares: ¡tanto incrementa la sensación de terror no conocer a los dioses a los que se teme! Ya la fama contaba que a menudo mugían con terremotos las cóncavas cavernas, que los tejos se abatían hasta el suelo y de nuevo se levantaban, que brillaban incendios de malezas que no se quemaban, que se deslizaban dragones enroscados a los troncos. No lo frecuentan las gentes arrimándose para celebrar cultos, sino que se lo han dejado a los dioses. Tanto si está Febo en medio del firmamento como si ocupa el cielo la noche sombría, el propio sacerdote tiene pavor a acercarse y teme toparse de repente con el señor del bosque.

Este bosque manda César echarlo abajo a golpes de hacha; en efecto, cercano a la obra e intacto en la gue-

rra anterior, se alzaba espesísimo en medio de montes pelados. Pero temblaron las manos valerosas e, impresionados por la imponente majestad del lugar, creían que, si herían aquellos árboles sagrados, las hachas se volverían contra sus propios miembros. Cuando vio César a sus cohortes agarrotadas por un gran entumecimiento, se atrevió el primero, arrebatando un hacha, a blandirla y hendir con su filo una elevada encina; y, metido el hierro en el violado tronco, dice: «Para que ninguno de vosotros dude ya en derribar el bosque, pensad que he sido yo el que ha cometido el sacrilegio.» Obedeció entonces sus órdenes la multitud, toda ella, no ya tranquila por haber eliminado el pánico, sino porque habían contrapesado la cólera de los dioses y la de César. Caen a tierra los olmos, se abate la nudosa encina; el árbol de Dodona [291] y el aliso, especialmente apropiado para las olas, y el ciprés, que fue testigo de duelos no plebeyos [292], entonces por primera vez depusieron su cabellera y, privados de su follaje, dejaron penetrar la luz del día; y el bosque, empujado al suelo, se sostuvo, al caer, por lo apiñado de sus troncos. Gimieron, al verlo, los pueblos de la Galia, mas los combatientes encerrados en las murallas saltan de alegría; en efecto, ¿quién podría pensar que a los dioses se les ofende impunemente? Pero la fortuna respeta a muchos culpables y las divinidades sólo reservan su cólera para los desgraciados. Cuando hubo suficientes árboles talados, se los llevan las carretas requisadas en los campos; y los agricultores, cuando les arrebataron sus bueyes, lamentaron perder la cosecha anual de sus tierras privadas del curvo arado.

El general, sin embargo, no pudiendo soportar la retención de la guerra ante estas murallas, vuelto como

[291] La encina. Sobre Dodona, véase n. 255.

[292] El ciprés era el árbol funerario, consagrado a las divinidades infernales.

estaba hacia las campañas de Hispania, al extremo del mundo, dio órdenes de llevar adelante las operaciones de asedio [293]. Se erige un terraplén de ejes estrellados, que sostiene sobre él dos torres de igual altura que las murallas; estas torres no quedaron fijas al suelo por ningún tirante, sino que se deslizaron un largo trecho por una fuerza oculta. Como la pesada mole se bamboleaba tanto, los combatientes creyeron que un viento, buscando la salida, sacudía las huecas cavidades de la tierra y se extrañaron de que sus murallas siguieran en pie [294]. Desde aquellas torres caen los dardos dentro de las altas fortalezas de la ciudad. Pero mayor fuerza había en los proyectiles griegos contra los cuerpos romanos. Las picas, en efecto, no salían disparadas sólo por el impulso de los brazos, sino que, lanzadas por el tenso mecanismo de la ballesta, no se detienen limitándose a atravesar un solo cuerpo, antes, abriéndose camino a través de la armadura y de los huesos, siguen su marcha dejando la muerte tras sí: después de heridas varias le queda todavía impulso al proyectil. Las piedras, por su parte, cada vez que salen disparadas por el violento empuje de las cuerdas, como un peñasco al que arranca de la cima de un monte la acción del tiempo, ayudada del impulso de los vientos, lo rompen todo a su paso, y no sólo dejan sin vida a los cuerpos aplastados por ellas, sino que descuartizan totalmente los miembros ensangrentados.

Sin embargo, cuando avanza el coraje hasta el pie de las murallas enemigas, al abrigo de una espesa tortuga [295] —las filas delanteras llevan entreveradas

[293] César marchó a Hispania, dejando a Trebonio al mando de las operaciones y a Décimo Bruto el mando de la escuadra.

[294] Una de las teorías sobre el origen de los terremotos era la de ser producidos por vientos subterráneos.

[295] La «tortuga» consistía en poner los soldados los escudos sobre sus cabezas, pegados unos a otros formando un techo continuo, para así acercarse a los muros enemigos y neutralizar los proyectiles arrojados desde arriba.

las armas con las armas, y el escudo, horizontal, cubre el casco—, los proyectiles que antes, a larga distancia, les causaban la muerte caen ahora a sus espaldas. Y no es tarea fácil para los griegos corregir la dirección del disparo ni cambiar la modalidad de una máquina preparada para lanzamientos de largo alcance; se limitan, pues, a voltear a brazo desnudo peñascos que caen por su propio peso. Mientras existió el entramado de los escudos, tal como resuenan los techos golpeados por el granizo inofensivo, así repelió todo tipo de proyectiles; en cambio, una vez que la bravura, ya vacilante, de los guerreros, dejó romper, por el agotamiento de la tropa, esta ininterrumpida trabazón, los escudos aislados cedieron al incesante golpeteo. Entonces, cubierto con una leve capa de tierra, avanza el mantelete y, ocultos bajo sus reparos y tras su fachada cubierta, ya se disponen a socavar los cimientos y a derribar las murallas con el pico; o ya el ariete, lanzado con especial ímpetu en el impacto de su movimiento oscilante, intenta deshacer la trabazón del compacto muro y remover uno de los sillares superpuestos. Pero golpeada desde arriba por objetos incendiarios, piezas de gran tamaño, una lluvia de estacas e impactos de varas de roble endurecidas al fuego, cede la techumbre y, cansados de un esfuerzo agotador y baldío, ganan de nuevo sus tiendas los soldados.

El colmo de su satisfacción fue para los griegos el que resistieran sus murallas. Se disponen a tomar la iniciativa de la lucha: a favor de la noche, cubriendo con sus escudos llameantes antorchas, la juventud, llena de audacia, hizo una irrupción. Ni lanzas ni arco mortífero: el arma de aquellos combatientes fue la llama, y el viento, arrebatando los incendios, los difundió en rápida carrera a lo largo de la línea romana de fortificaciones. Y el fuego, por más que luche con madera verde, no propaga lentamente su violencia, antes, fluyendo aprisa de todas las antorchas, se acompaña de anchas espirales de negro humo; y no solo consumió los bosques, sino ingentes peñascos; y hasta rocas solidísimas, desmoronándose, se disolvieron en polvo. Se vino abajo el terraplén y, en el suelo, parecía aún mayor.

Se esfumó para los vencidos la esperanza de un éxito por tierra y decidieron probar fortuna en un ataque por mar. No decoró las naves, hermoseándolas con pintadas maderas, la imagen refulgente de un dios tutelar, sino que los troncos sin pulir, tal como caen en las montañas, se entrelazan, plataforma consistente para combates navales. Y ya, dando escolta a la nave torreada de Bruto[296], había llegado hasta el mar, con la corriente del Ródano, la flota, que dominaba las campiñas de Estócada[297]. De igual modo los combatientes griegos quisieron confiar a los destinos todos sus efectivos y dieron armas a ancianos de edad avanzada junto con jovenzuelos. Recibe dotaciones no sólo la escuadra anclada en las ondas: también repescan en los arsenales navíos fuera de servicio. Cuando Febo, esparciendo sobre la superficie del mar sus rayos matinales, los quebró en las aguas, y el cielo estaba libre de nubes; cuando, echado el bóreas y apaciguados los austros, el mar quedó en sosiego, reservado para la guerra, cada uno puso en marcha desde el fondeadero el bajel a su cargo, y con brazos de vigor parejo, de un lado se adelantan las naves de César, del otro, la escuadra de remeros griegos: a impulso de los remos retemblaron las quillas y repetidos golpes hacen avanzar las empinadas popas. Cerraban las alas de la flota romana múltiples tipos de navíos: poderosas trirremes, barcos movidos por cuatro filas de remeros superpuestos y otros que hienden las aguas con más hileras de remos todavía. Todo este poderío formaba una barrera frente al mar abier-

[296] El jefe de la flota, como se ha dicho en la n. 293.

[297] Tres pequeñas islas frente a la costa de Marsella.

to: ocupan la retaguardia, en formación de media luna, los navíos que se conforman con alinear dos filas de remeros, los liburnos. Pero, enhiesta por encima de todas, la nave almirante de Bruto es empujada por seis hileras de remos, adentra su mole en alta mar y con sus remos más elevados apenas llega de lejos a las aguas.

Cuando ya mediaba un trecho de mar que ambas escuadras podían recorrer con un solo golpe de remos, innumerables gritos se confunden en el inmenso éter, se ahoga con el clamoreo el estruendo de los remos y ni siquiera hubo modo de escuchar ninguna trompeta. Entonces barren la azulada superficie, se dejan caer sobre los bancos y con los remos se lastiman los pechos. En cuanto resonaron al chocar espolones con espolones, se echaron atrás los bajeles y una nube de dardos cubrió el aire y, al caer, los espacios libres del mar. Y ya, alejando las proas unas de otras, despliegan las alas, y navíos enemigos quedan dentro de esta formación abierta. Como, siempre que la marea se bate con los céfiros y los euros, las olas se van hacia un lado, el grueso de las aguas hacia otro, así, cuando las popas, surcado el mar, han dejado estelas diversas, el agua que se llevó con sus remos aquella nave, ésta la trae de nuevo. Pero los bajeles de los griegos son hábiles en el ataque y en la retirada, en no quebrar su marcha con largos rodeos y en responder sin tardanza al timón conductor; el navío romano, en cambio, es particularmente seguro en ofrecer una quilla estable y un servicio similar al de los combates en tierra. Le dice entonces Bruto a su piloto, sentando en la popa portaenseña: «¿Consientes que la formación se dedique a hacer evoluciones en alta mar y pretendes competir con el enemigo en maniobras navales? Traba de una vez combate y pon de costado nuestras naves frente a los espolones foceos.» Obedeció y presentó al enemigo las naves en

sesgo. Entonces, todo navío que tanteó la solidez de la armada de Bruto, vencido por su propio embate, quedó preso de la nave abordada; otros, además, son atrapados por garfios y redondeadas cadenas, y se prescinde de los remos: la lucha, recubiertas las aguas, fue a pie firme.

Ya no se voltean dardos tensando los brazos ni se producen heridas desde lejos con el disparo de proyectiles: se llega a las manos; en un combate naval, es la espada la que más actúa. Cada uno, desde el baluarte de su popa, se mantiene inclinado hacia el enemigo, para herirle, y ninguno de los muertos cayó en su propio navío. Espumea, crecida, la sangre sobre el agua, y las olas quedaron cubiertas por cuajarones. A las naves arrastradas por los garfios de hierro atenazantes les impiden tomar contacto los montones de cadáveres. Otros, a medio morir, se hundieron en el vasto abismo y tragaron agua de mar mezclada con su propia sangre; algunos, que arrastraban un soplo de vida en lucha con la lenta muerte, perecieron por el repentino hundimiento de sus bajeles hechos pedazos. Dardos que han errado el blanco llevan a cabo su mortífera misión en las profundidades, pues todo proyectil que, perdida su fuerza, cae, encuentra una herida que hacer en el seno de las aguas.

Un navío romano, rodeado por embarcaciones foceas, se defiende con igual arrojo a babor y a estribor, distribuidas a ambos lados sus fuerzas; mientras Cato pelea desde su elevada popa y está arrancando, audaz, un aplustre [298] griego, le atraviesan a la vez la espalda y el pecho dardos disparados a un tiempo: se topan los proyectiles en mitad de su cuerpo y la sangre se quedó

[298] Adorno en el extremo de la popa que tenía forma de ave, cola de pescado, etc., y que era codiciado como trofeo. Este combatiente Cato, así como los nombrados a continuación, no son conocidos, por lo que pudieran ser nombres imaginarios.

quieta, sin saber por cuál de las heridas salir, hasta que un copioso borbotón expulsó a la vez ambas picas, dividió en dos su soplo vital y repartió la muerte entre las dos heridas. Hacia aquí enfila también su popa la diestra del desventurado Telón: a ninguna mano obedecieron los bajeles mejor que a la suya en las tempestades del piélago, ni de nadie fue mejor conocido el tiempo del día siguiente, ya observara a Febo, ya los cuernos de la luna, para adecuar siempre las velas a los vientos venideros. Estaba él a punto de romper con su espolón el ensamblaje de una quilla latina, pero unas picas vinieron a hundirse vibrantes en medio de su pecho, y la diestra del piloto moribundo desvió el derrotero del navío. Mientras Giareo pretende trepar a la nave de su amigo, recibe el disparo de un proyectil en sus ijadas suspendidas en el vacío y, clavado a la nave, quedó colgante, sosteniéndolo el dardo.

Están allí dos hermanos gemelos, gloria de una madre fecunda, a quienes engendraron unas mismas entrañas para destinos diferentes: la muerte cruel marcó la diferencia entre ellos, y sus desventurados padres, suprimido ya el equívoco, reconocieron al único superviviente, causa de lágrimas sin fin: él les mantiene viva la pena a todas horas, pues ofrece a sus lloros los rasgos del hermano perdido. Uno de estos dos, estando los remos entremetidos en forma de peine de púas oblicuas, se atrevió a echar mano desde una popa griega a una nave romana; mas un terrible golpe desde arriba se la amputa; quedó, sin embargo, adherida por el esfuerzo con que se había agarrado y, muerta como estaba, siguió manteniéndose rígida con los músculos crispados. Creció en la adversidad su coraje: mutilado, acrecienta su noble cólera; renueva el combate con su valiente mano izquierda y se inclina sobre las aguas para rescatar su derecha. También aquella mano le fue cortada con el brazo entero: privado ya de escudo y dardos, sin ir a esconderse en los bajos del navío, sino al descubierto y protegiendo con su pecho desnudo las armas de su hermano, sigue a pie firme, acribillado por una lluvia de dardos y, aun con su muerte ya bien asegurada, detiene en su cuerpo los proyectiles que hubieran hecho morir a muchos de los suyos. Entonces concentró en sus miembros agotados el aliento que se le escapaba por multitud de heridas, tensó sus músculos con toda la poca sangre que le quedaba y con los nervios faltos de vigor saltó sobre la popa enemiga para dañarla con solo su peso. La embarcación, colmada con un montón de cadáveres y atestada de copiosa sangre, recibe de través en su flanco golpes incesantes y, una vez que, rota su trabazón, hizo agua, repleta como estaba hasta el tope del puente, se hundió en las olas, revolviendo el espacio contiguo del mar en vertiginoso remolino. Se apartan a ambos lados las aguas, separadas por la nave sumergida, y el mar se dejó caer de nuevo sobre el emplazamiento de la popa. Muchas formas extrañas de variados destinos brindó al mar aquella jornada.

Una mano de hierro, al trabar en la popa sus garfios atenazantes, enganchó a Lícides. Hubiérase hundido en las profundidades, pero lo impiden sus compañeros, sujetando sus piernas colgantes. Dislocado, queda partido en dos, y la sangre no brotó lenta, como de una herida: rotas las venas, cae de todas partes, y la corriente vital que fluye hacia sus miembros desgarrados queda interrumpida por las aguas. Nunca la vida de un mortal escapó por senda tan anchurosa. La parte inferior del tronco entregó a la muerte unos miembros carentes de órganos vitales; pero en la parte donde se asienta el inflado pulmón, donde hierven las vísceras, allí los hados se mantuvieron indecisos largo tiempo y, tras mucho luchar con esta porción del cuerpo, a duras penas lograron llevarse los miembros todos.

Mientras la dotación de uno de los bajeles, combativa en exceso, se agolpa sobre un costado que se inclina y deja vacío el lado de la embarcación carente de enemigos, la nave, volcada por el peso acumulado, cubrió con su cóncavo casco el mar y la tripulación; y no les fue posible agitar los brazos en el anchuroso piélago, antes perecieron en un espacio cerrado del mar. Asimismo pudo contemplarse una forma singular de muerte siniestra cuando casualmente dos navíos, uno contra el otro, traspasaron con sus espolones a un guerrero que se mantenía a flote. Se le abrió el centro del pecho ante impactos tan descomunales y, triturados los huesos, no pueden los miembros impedir que resuenen los garfios de bronce; estallado el vientre, la sangre mezclada con trozos de vísceras arroja por la boca su masa nauseabunda. Cuando echan atrás las embarcaciones con los remos y hacen retroceder los espolones, el cuerpo, desplomándose en el mar con el pecho perforado, dejó pasar el agua a través de sus heridas. La mayor parte de una tripulación naufragó y, luchando a brazo partido con la muerte, corrió a pedir auxilio de una nave aliada; pero a estos náufragos, como se agarraban con sus brazos a la madera por la parte superior, a pesar de habérseles prohibido, y daba bandazos la nave a punto de irse a pique por la masa de gente a ella acogida, la tripulación, sin piedad, les siega desde arriba con la espada los brazos a la mitad. Dejando colgados los antebrazos de la popa griega, cayeron quedándose sin manos: las ondas no sostuvieron ya más a flor de agua el peso de los cuerpos mutilados.

Estando ya sin armas todos los soldados por haber disparado sus proyectiles, encuentra nuevas armas el furor: el remo blandió uno contra el enemigo, mientras otros con sus vigorosos brazos voltean el aplustre entero y hasta los bancos, arrancados tras el desalojo de los remeros. Incluso hicieron pedazos las cubiertas para usarlas en la lucha. Retienen los cuerpos de los muertos que se van hundiendo y despojan a los cadáveres de los hierros que llevan clavados. Muchos, necesitados de proyectiles, tiraron hasta arrancar de sus propias heridas la mortífera jabalina y se sujetaron las vísceras con la mano izquierda, en espera de que la sangre les deje fuerzas para asestar poderosos golpes y salga cuando ya hayan volteado la lanza contra el enemigo.

Ninguna plaga, sin embargo, causó más estragos en este mar que la más opuesta al agua. En efecto, el fuego, fijado a resinosas teas y avivado por una capa de azufre, se desparrama; por su parte, los bajeles, propicios a suministrarle combustible, propagaron los incendios bien con la pez, bien con la cera líquida. Y no triunfan las aguas sobre las llamas, antes el fuego devastador reclama para sí los pedazos de las embarcaciones a pique diseminadas por el mar. Uno abre una vía de agua, para extinguir con las olas las llamas; otros, para no irse al fondo, se agarran a tablas ardiendo. Entre mil formas de muerte la única que les causa pavor es aquella por la que han empezado a morir. Y no desaparece con el naufragio la bravura: recogen los dardos caídos al mar y se los sirven a los navíos, braceando inseguros por las ondas con golpes sin vigor; ora, si hay escasez de dardos, utilizan el agua: salvajemente se abraza el enemigo al enemigo y se gozan en hundirse con los miembros enlazados y en morir sumergiendo al otro. Hubo en aquella contienda un foceo que los aventajaba a todos en contener la respiración bajo el agua, explorar el fondo del mar por si algo se había hundido en las arenas y arrancar las dentelladas demasiado hondas del garfio, cada vez que el ancla no respondía a los tirones del cable. Este foceo, cuando había atrapado y llevado hasta el fondo a un enemigo, regresaba victorioso e incólume a la superficie; pero una vez, cuando creía salir por mar abierto, chocó con unas naves y se

quedó para siempre bajo el agua. Otros echaron sus brazos sobre los remos enemigos y detuvieron la huida de las embarcaciones. La mayor preocupación fue no desperdiciar la propia muerte: muchos hubo que, al morir, clavaron sus miembros heridos en la popa y quitaron efecto a los golpes de los espolones enemigos.

Erguido como estaba Tirreno en lo más alto de su proa, Lígdamo, volteador de la honda balear, le disparó un proyectil y, alcanzándole, le quebró con el plomo macizo la cavidad de las sienes. Despedidos de sus cuencas, saltan fuera los ojos, una vez que la sangre rompió todos los ligamentos; permanece en pie, estupefacto, al verse privado de golpe de la visión, y piensa que aquellas tinieblas son las de la muerte. Pero cuando advirtió que seguía habiendo vigor en sus miembros, dijo: «Vosotros, compañeros, como soléis hacer con las máquinas de guerra, a mí también colocadme en la posición correcta para disparar dardos. Exhala, Tirreno, lo que te queda de vida probando al completo los azares de la guerra. Tu cuerpo, ya en buena parte un cadáver, tiene aún un gran cometido como soldado: recibirás las heridas en lugar de un vivo.» Dicho esto, arroja contra el enemigo dardos con mano ciega, pero con todo, no inútiles. Alcanzan éstos a Argo, joven de noble estirpe, por la parte en que el bajo vientre se desvía hacia los ijares y, cayendo hacia delante, ayudó con su propio peso a la penetración del hierro. Se hallaba en pie, en la parte opuesta de la embarcación ya vencida, el infortunado padre de Argo; en la época de su juventud no consentía ir a la zaga de nadie en las filas foceas: su fuerza, doblegada por el paso del tiempo, se había venido abajo y, agotado por la vejez, era ya un ejemplo más que un soldado; al ver la herida mortal de su hijo, el anciano, cayéndose una y otra vez a través de los bancos de la larga nave, llega a la popa y encuentra a los miembros todavía alentando. No rodaron lágrimas de sus mejillas,

no golpea su pecho, sino que, extendidas las manos, se quedó rígido en todo su cuerpo. La noche le invadió, vastas tinieblas cubrieron sus ojos y, mirando al desventurado Argo, dejó de reconocerle. Éste, al ver a su padre, levanta la cabeza desmadejada y el cuello ya sin fuerzas; ningún sonido sigue a la apertura de sus labios, sólo pide un beso con la mirada, en silencio, e invita a la diestra de su padre a cerrarle los ojos. Cuando el anciano salió de su letargo y empezó a cobrar fuerza el dolor lacerante, exclamó: «No malgastaré los instantes que me conceden los crueles dioses: atravesaré mi garganta senil. Perdona, Argo, a tu desventurado padre por haber rehuido tus abrazos y tus últimos besos. Aún no ha abandonado tus heridas la sangre cálida, yaces semivivo y todavía puedes sobrevivirme.» Tras estas palabras, a pesar de que había manchado de sangre la empuñadura de su espada hundida a través de sus entrañas, con todo, saltó de cabeza al fondo de las aguas: no se avino a confiar a un solo tipo de muerte su espíritu, que tenía prisa por adelantarse al trance final de su hijo.

Dejan ya de estar equilibrados los destinos de los jefes, y el resultado del combate ya no era dudoso por más tiempo. La mayor parte de la flota griega se va al fondo, pero el resto de las embarcaciones, cambiando de remeros, transportaron a sus vencedores; sólo unas pocas, en huida precipitada, alcanzaron los arsenales. ¡Qué llanto de padres había en la ciudad! ¡Qué profundos los sollozos de las madres por el litoral! A menudo, como estaban borrosas las fisonomías por el agua, una esposa, abrazando el cadáver de un romano, creyó ver los rasgos de su marido, y, junto a las llamas de las piras, padres infortunados llegaron a disputar por un cuerpo sin cabeza. Por la otra parte, Bruto, vencedor en el mar, fue el primero en conferir gloria naval a las armas de César.

LIBRO IV

SINOPSIS

1-401 Operaciones en Hispania.
402-581 Sucesos de Curicta. Heroísmo de Vulteyo.
582-824 Curión en África. Episodio de Hércules y Anteo. Muerte de Curión.

Entretanto, lejos, en los últimos confines de la tierra [299], César dirige fieramente una guerra que no es culpable de mucha mortandad, pero que va a ofrecer a los caudillos los derroteros más importantes del destino. Con pareja autoridad eran jefes de aquel campamento Afranio y Petreyo [300]; la buena armonía tradujo su mando común en turnos de igual duración, y la guardia que, siempre vigilante, protegía la empalizada, obedece alternativamente a las consignas de uno y otro. Éstos, aparte de las formaciones latinas, contaban con el incansable ástur, los ligeros vetones y los celtas que, emigrados de un antiguo pueblo de los galos, mezclan su nombre al de los iberos.

Un terreno fértil se hincha formando una colina de moderada altura y asciende en rampa con suave abultamiento; sobre éste se yergue Lérida, fundada por manos antiguas; se desliza ante ella con sus plácidas aguas el Segre, no el último entre los ríos de Occidente, al que abraza con un gran arco un puente de piedra, destinado

[299] Es decir, en Hispania, considerada como el extremo occidental del mundo. Comienza la descripción de las operaciones cesarianas en Hispania, que abarcan prácticamente la mitad de este canto IV.

[300] Lucio Afranio y Marco Petreyo son los legados de Pompeyo en la Hispania Citerior. Varrón, legado de la Hispania Ulterior, no es mencionado por Lucano.

a aguantar las crecidas invernales. Pues bien, un roquedal cercano sostiene las enseñas del Magno, y en un montículo de no menor altura levanta César su campamento; en medio, la corriente del río separa las tiendas. Desde aquí despliega la tierra, desparramada, abiertas campiñas, sin que apenas la vista pueda alcanzar su final, y tú delimitas estas llanuras, Cinca impetuoso, que tienes prohibido empujar con tu curso las olas y los litorales del Océano, pues, mezclados uno y otro caudal, el Ebro, que da a este territorio su nombre, te priva a ti del tuyo.

El primer día de campaña estuvo libre de combates sangrientos: tan sólo desplegó a la vista los efectivos de los caudillos y sus numerosas enseñas. Se sintió repugnancia ante el crimen; el pudor puso freno a las armas de aquellos hombres enfurecidos y ellos dieron un día de respiro a su patria y a las leyes que habían quebrantado; César, con el cielo ya en declive hacia la noche, rodeó su huestes con un foso construido a toda prisa mientras siguen a pie firme las primeras filas: así engañó al enemigo, ocultando el campamento con los manípulos casi en contacto. Con el nuevo día manda escalar a la carrera, repentinamente, la colina que se interponía entre su campamento y la bien protegida Lérida. A ese mismo punto empujó al enemigo el miedo a la vez que el amor propio, y en marcha apresurada ocupó antes el montículo. A aquéllos, el coraje y las armas les infunden confianza en ocupar la posición; a éstos, en cambio, la propia posición ya ocupada. El soldado, con su carga, va trepando con esfuerzo a las altas rocas, la hilera se agarra, con el cuerpo hacia atrás, a la pendiente frontera y, a punto de caerse de espaldas, continúa derecho apoyándose en el escudo del que le sigue. A ninguno le dio tiempo de blandir el dardo, mientras resbala y asegura sus pasos clavando en tierra la pica, mientras se sujetan a los salientes rocosos y

a los matorrales y, olvidándose del enemigo, se abren camino con la espada. Vio el general a sus columnas a punto de caer pendiente abajo y ordena a la caballería entrar en combate y, girando a la izquierda, interponer el lado protegido por el escudo. Así los de a pie se replegaron con facilidad y sin que nadie les hostigara, y el vencedor quedó arriba colgado en balde, al escamoteársele el combate.

Hasta aquí lo que propiamente dirimieron las armas: los azares restantes se los brindó a la guerra el clima inseguro con sus cambiantes vaivenes. El invierno, aferrándose con hielos tenaces y secos aquilones, agarrotada la atmósfera, retenía las lluvias en las nubes. Abrasaban las zonas montañosas las nieves, y las tendidas llanuras las escarchas, que no habían de perdurar en cuanto vieran el sol; y toda la tierra más cercana a la zona del cielo que hace desaparecer los astros [301] se había resecado, endurecida por esta serenidad invernal. Mas, una vez que, en la primavera, el que ve a su zaga a los otros astros [302], el portador de Hele que cayó de su grupa, acogió de nuevo al cálido Titán y, equilibradas otra vez las duraciones conforme al peso del fiel de la Balanza, los días iniciaron su ventaja [303], entonces, abandonando al sol, Cintia, en cuanto refulgió todavía escasamente visible en su creciente, echó fuera al bóreas y tomó sus brillos del euro [304]. Éste, cuantas

[301] Es decir, a Occidente.

[302] Aries o el Carnero, que encabeza los signos del zodíaco, por eso los otros van a su zaga. Hele, hija de Atamante y de Néfele, huye, con su hermano Frixo, de su madrastra Ino a lomos de un carnero con vellón de oro, pero cae al mar al que da su nombre, Helesponto. Su hermano llega a la Cólquide, donde el carnero, despojado de su vellón, es convertido en constelación, que es Aries.

[303] A partir del equinoccio de primavera.

[304] Cintia o la Luna abandona el sol cuando empieza a brillar de noche. El bóreas, viento del Norte, es seco, mientras que el euro, viento del Sureste, es lluvioso.

nubes encontró en su propio eje, las volteó con los soplos nabateos [305] hacia la zona occidental del mundo, y asimismo las nieblas que siente el árabe y las que exhala la tierra bañada por el Ganges, cuanto el sol naciente permite condensarse, cuanto había acarreado el coro, que oscurece el cielo oriental, y cuanto había resguardado del sol a los indios. Las nubes, expulsadas de Oriente, hicieron allí abrasador el día; y no pudieron descargar en la zona central del mundo [306], sino que se llevaron en su huida los temporales. Se ven libres de lluvias la Osa y el noto [307]: sólo hacia Calpe [308] fluye un aire cargado de humedad. Aquí, donde empieza ya el reino de los céfiros y el punto más alejado del firmamento pone límite a Tetis [309], imposibilitadas de seguir avanzando, se arrebujaron en espesos conglomerados, y esta acumulación de nubarrones apenas tiene cabida en el espacio que separa la tierra de la atmósfera. Y, por fin, presionadas por el cielo, se espesan en copiosas lluvias y se precipitan en aguaceros; y no conservan los rayos sus fulguraciones, por más que centelleen incesantes: extinguen las lluvias los relámpagos. Luego, con su círculo inacabado abraza la atmósfera el arco iris, sin que apenas un poco de claridad deje ver su gama de colores; sorbió el Océano [310], se llevó hasta las nubes las olas que había arrebatado y devolvió el agua, derramándola desde el cielo. Hasta las nieves del Piri-

[305] Orientales; los nabateos eran un pueblo de Arabia.

[306] Entre Oriente, de donde salen las nubes cargadas de lluvia, y Occidente, donde van a descargar, la zona central puede ser Asia Menor y Grecia.

[307] Es decir, las nubes no fueron ni hacia el Norte (la Osa) ni hacia el Sur (el noto).

[308] Gibraltar, es decir, hacia Occidente, en concreto, Hispania.

[309] Tetis, esposa del Océano, designa aquí el propio Océano Atlántico, que baña el extremo occidental del mundo.

[310] Creían los antiguos que el arco iris, al hundirse en el mar, sorbía el agua que después se derramaba en lluvias desde la atmósfera.

neo, que nunca fue capaz de derretir el sol, se disolvieron [311] y, al quebrarse el hielo, las peñas se pusieron a gotear. Entonces, el agua que mana de las fuentes habituales no encuentra sus caminos de siempre: tan copiosas son las avenidas que reciben todos los cauces desde sus riberas. Náufragas, nadan ya por la llanura las armas de César y, al empuje de una enorme masa de agua, el campamento se tambalea; las corrientes suben represadas hasta la parte superior del vallado. No son fáciles los apresamientos de ganado; los surcos, inundados, no proporcionan ningún tipo de cereales; con los errores a que dan lugar los caminos anegados, se extravían los saqueadores desperdigados en las campiñas ocultas por las aguas. Y enseguida se presentó, sempiterna primera acompañante de las grandes calamidades, el hambre cruel; sin que lo asedie enemigo alguno, el soldado padece necesidad: con toda su fortuna, y sin que sea un despilfarro, compra una insignificante cantidad de trigo. ¡Oh lívida peste de la avaricia!: no falta quien, quedándose sin comer, vende lo suyo por el oro que le brindan. Ocultas quedan ya lomas y colinas, ya todas las corrientes de agua las ha hecho desaparecer una sola laguna, sepultándolas en su vasto abismo; englutió por entero las rocas, sumió las guaridas de las fieras y se tragó a las propias fieras, hizo girar en súbitos remolinos las rugientes aguas y repelió, más fuerte que ellas, las mareas del Océano. La noche, como un manto bajo el firmamento, no siente la salida de Febo: el desfigurado aspecto del cielo y las tinieblas ininterrumpidas hacen borrosos los perfiles de las cosas. Así permanece la región inferior del mundo [312], dominada por la zona glacial y por inviernos perpetuos: no contempla en el firmamento astros

[311] No por obra del sol, como es habitual, sino de los fuertes aguaceros.

[312] La zona antártica.

ningunos, no produce nada con su frío esterilizador, pero atempera con sus hielos los calores de los signos del Zodíaco ecuatoriales. ¡Ojalá tú, supremo creador del mundo, ojalá quieras hacerlo tú también, Neptuno, que, por el segundo lote del sorteo [313], tienes poder sobre el tridente marino: consagra tú la atmósfera a lluvias perpetuas, impide tú volver atrás a cuantas mareas dejaste sueltas! ¡Que no tengan los ríos un curso en declive hacia las costas, sino que sean repelidos por las aguas del mar, y la tierra, resquebrajada, abra camino a las corrientes: inunde estas llanuras el Rin, inúndelas el Ródano; pongan los ríos de través sus inmensos caudales! ¡Disuelve aquí las nieves del Rifeo, vuelca aquí estanques, lagos y encalmadas lagunas, se encuentren donde se encuentren, y arrebátales a las guerras civiles estas desventuradas tierras!

Pero la Fortuna, contenta con el somero susto de su héroe, volvió a manos llenas, y los dioses, propicios, le brindaron más favores de los habituales, haciéndose así acreedores a su perdón. Ya la atmósfera estaba más aclarada, Febo, emparejado en fuerzas con las aguas, había esparcido en vellones las espesas nubes y las noches se teñían de rosicler al alborear el día; guardando cada elemento su lugar, la capa húmeda se retiró del firmamento y cuantas aguas pendían en la atmósfera se escurrieron hacia abajo. Los árboles empiezan a mostrar sus cabelleras, los collados a emerger de las aguas estancadas y los valles a adquirir solidez, al ver el sol. Luego que el Segre se encajonó entre sus riberas, abandonando las campiñas, antes de nada se entrelaza el blanco sauce con mimbre humedecido a manera de pequeña embarcación y, recubierta con la piel de un novillo sacrificado, capaz ya de resistir pasajeros, se desli-

[313] Alude al reparto del mundo entre los dioses hijos de Saturno: a Júpiter le cupo en suerte el cielo y la tierra; a Neptuno, el mar; a Plutón, el infierno.

za altanera sobre la hinchada corriente. Así navega el véneto por el Po estancado y el britano por el anchuroso Océano; así, cuando el Nilo no lo inunda todo, se trenza el esquife de Menfis con acuático papiro. Transportada en estas embarcaciones, la tropa se apresura a talar árboles y a recurvar los troncos por los dos extremos y, por temor a las crecidas de la corriente impetuosa, no fijó los tirantes en el borde mismo de la ribera, sino que ensanchó el puente hasta bien entradas las campiñas. Y, para que el Segre no repita su osadía con nuevos anegamientos, se le reparte en canales y, cuarteado así su caudal en arroyuelos, paga el castigo de su desbordamiento. Cuando ve que todo secunda los destinos de César, Petreyo abandona la encumbrada Lérida y, desconfiando de las fuerzas del mundo conocido, va a la busca de pueblos indómitos y siempre fieros en la lucha por amor a la muerte, y se dirige a los confines del mundo.

César, contemplando las colinas desnudas y el campamento abandonado, da orden de tomar las armas y no buscar puente ni vados, sino atravesar el río a fuerza de brazos. Se le obedece y, para lanzarse al combate, la tropa tomó resuelta un camino que le hubiera inspirado temor para huir. Enseguida, al coger de nuevo las armas, hacen entrar en calor sus miembros mojados y restablecen, con una marcha a la carrera, el movimiento de sus articulaciones entumecidas por la corriente, hasta que, al llegar el mediodía, empezó a menguar la sombra; y ya la caballería acosa la retaguardia enemiga y éstos se mantienen indecisos entre la huida y el combate.

Yerguen en la llanura sus crestas rocosas dos peñones gemelos y entre ellos se asienta el hondón de un valle; desde allí un terreno escarpado empalma sin interrupción elevadas colinas, entre las cuales, en quebradas sombrías, se esconden caminos bien seguros; César

se percata de que, si el enemigo se apodera de aquellas gargantas, la guerra se le escapa hacia regiones inaccesibles y gentes feroces: «¡Adelante, sin línea de formación!, grita, cambiad el curso de un combate que se os ha arrebatado con la huida y presentadles un porte de lucha y unos semblantes amenazadores: que no les quepa a esos medrosos sucumbir con la muerte del cobarde; que, conforme van huyendo, se les aloje el hierro derechamente en el pecho.» Así dijo, y logra adelantarse al enemigo que pretendía alcanzar las montañas. Allí, a poca distancia uno de otro, fijan los campamentos con una somera empalizada. Cuando sus miradas recíprocas, que ninguna distancia empaña, alcanzaron con claridad los semblantes respectivos [vieron allí a sus hermanos, a sus hijos y a sus padres] [314], comprendieron lo infamante de la guerra civil. Durante un corto tiempo el miedo selló sus labios: únicamente saludan a los suyos meneando la cabeza y moviendo la espada. Luego, cuando el afecto, encendido por estímulos más poderosos, rompió las reglas de la disciplina, se atreve ya el soldado a saltar la empalizada y a tender sus manos abiertas, con ansias de abrazos. Grita éste el nombre de un huésped, llama aquél a un pariente, trae otro a la memoria el tiempo compartido en la niñez en los mismos estudios: no había romano que no encontrara a un conocido entre los enemigos. Bañan con lágrimas las armas, con sollozos interrumpen los besos, y la tropa, aunque aún no manchada por sangre alguna, se asusta de lo que hubiera podido hacer. Pero ¿a qué golpeas tu pecho? ¿A qué, insensato, lanzas gemidos? ¿A qué derramas llantos baldíos y no confiesas que obedeces por propia voluntad el mandato del crimen? ¿A tal extremo temes a aquel a quien tú mismo conviertes en terrible? Que ordene el toque de combate: tú no hagas

[314] Verso que falta en los mejores mss. y es tenido comúnmente por interpolado.

caso a sus crueles notas; que mande enarbolar los estandartes: tú, sin moverte; de inmediato se vendrá abajo la Furia de la guerra civil y César, como simple particular, se hará amigo de su yerno.

Ven ahora, tú que todo lo abrazas en eterno lazo, oh Concordia, salvación de los elementos y de los múltiples seres del mundo y sagrado amor del orbe: grande es ahora la responsabilidad sobre el futuro que tienen en sus manos nuestras generaciones. Se acabaron los tapujos de tantos crímenes: el pueblo culpable se ha quedado sin excusa: han reconocido a los suyos. ¡Ay, destinos que con vuestro poder siniestro acrecentáis, tras un pequeño respiro, desastres ya tan graves! Había paz: los soldados vagaban en camaradería por ambos campamentos; bien avenidos, sobre el duro césped ponen mesa y copas, compartiendo el vino; hubo en la hierba fuegos hogareños y, arrimando los asientos, alargan la velada los relatos de sus campañas: en qué llanura formaron por primera vez para el combate, con qué fuerza salió disparada la lanza de su diestra. Mientras se jactan de las grandes proezas realizadas y mientras niegan la verdad de muchas faltas, renovaron los desventurados sus protestas de lealtad —lo único que perseguían los destinos— y con aquellos apegos se acrecentó la gravedad de todas las atrocidades que después iban a ocurrir. En efecto, luego que Petreyo tuvo conocimiento de estos lazos de paz y ve que están vendidos él y su campamento, arrastra las manos de sus esclavos a criminales combates y con la apretujada escolta de esta chusma expulsa violentamente del campamento a los enemigos desarmados, separa con la espada a los fundidos en abrazos y destroza la paz con un río de sangre. Su cólera feroz añade estas palabras destinadas a atizar la lucha: «¡Ay!, tú que no piensas ya en tu patria, que te has olvidado de tus enseñas, ¿no puedes, soldado, brindar a tu causa el servicio de regresar, tras vencer a César, como baluarte del Senado? Pues, al menos, sí puedes brindarle el que tenga que vencerte [315]. Cuando aún no os falta la espada, ni unos destinos todavía indecisos, ni sangre que derramar por muchas heridas, ¿iréis a postraros ante un amo, portaréis sus enseñas que en otro tiempo condenasteis y, para que César os admita entre sus servidores sin discriminaros con los demás, tendréis que suplicárselo? ¿También habéis pedido que se perdone la vida a vuestros generales? Jamás será mi salvación el precio y la recompensa de una traición abominable: no se hacen las guerras civiles para que los jefes conserven la vida. De hecho se nos entrega bajo el falso nombre de paz. No extraerían las gentes el acero del filón que se hunde en las entrañas de la tierra, no circunvalarían las ciudades ningunas murallas, no iría a los combates el feroz corcel de pie sonoro ni al mar la flota, para esparcir por el piélago sus torreados navíos, si alguna vez la libertad se concediera, como se merece, a cambio de la paz [316]. A mis enemigos, sin duda, los ligan los juramentos pronunciados para un crimen sacrílego; en cambio, vosotros dais menos valor a vuestra palabra empeñada, por aquello de que a los que luchan por una causa justa se les permite incluso esperar el perdón. ¡Ay, siniestros funerales del Pudor! Ahora mismo, ignorante de tus destinos, estás disponiendo, Magno, masas de combatientes en todo el orbe y pones en pie de guerra a los reyes que dominan los confines del mundo, cuando tal vez, con este pacto nuestro, ya se ha acordado poner a salvo tu vida.» Con estas palabras conturbó todos los corazones y los encarriló otra vez a la querencia de los crímenes.

[315] Esto es, al menos debes brindar a tu causa el que César tenga que vencerte, el no entregarte a él sin lucha.

[316] El sentido es: cuando se firma la paz con el vencedor, éste jamás respeta la libertad de los vencidos. «El que acepta la paz, acepta la esclavitud», dicen las *Adnotationes*. La libertad, pues, sólo puede conservarse luchando y venciendo.

De igual modo, cuando las fieras, sin el hábito ya de las selvas, se han ido amansando en su jaula cerrada, han dejado su aspecto amenazador y han aprendido a obedecer al hombre, si penetra en sus bocas ardientes una gota de sangre, vuelven su rabia y su salvajismo y se les dilatan las fauces que, al degustar la sangre, les han recordado su vida anterior; hierve en ellas la cólera, que apenas perdona al amedrentado domador. Se llega a todo tipo de atropellos, y las monstruosidades que, por la ojeriza de los dioses, hubiera podido llevar a cabo la fortuna en la negra noche de las batallas, esas mismas las ejecutó la obediencia a la disciplina. Entre las mesas y las yacijas atraviesan los pechos a los que poco antes dieron calor con sus abrazos; y, aunque al principio desenvainaron el hierro entre gemidos, luego que la espada, enemiga de la justicia, se les pegó a la mano, van odiando a los suyos a medida que los hieren y, a fuerza de golpes, van apuntalando sus ánimos vacilantes. Hierve ya el campamento con el tumulto [y con la avalancha de crímenes: llegan a coger por el cuello a sus padres] [317] y, como si fuera un desperdicio el crimen cometido en secreto, todos los horrores los exhibieron ante los ojos de sus comandantes: se regodean en ser criminales.

Tú, César, aunque perdiste muchos soldados, respetas a los dioses [318]; y en verdad que no te cupo mayor fortuna ni en las campiñas de Ematia ni en las aguas de la focense Marsella, ni realizaste tamaña proeza en el mar de Faros [319], ya que sólo en este suceso criminal de la guerra civil tú quedarás como el jefe de la causa más justa. Unas tropas manchadas por una matanza abominable no se atreven los comandantes a confiarlas a un campamento próximo al de César, y de nuevo emprenden la retirada hacia las murallas de la alta Lérida. Pero la caballería enemiga, saliéndoles al paso, les escamoteó todas las llanuras y encerró al enemigo en unas colinas sequerosas. Entonces, faltos de agua como estaban, ansía César rodearlos con un foso escarpado y no permitir que su campamento toque las riberas ni que puedan desviar regueros en torno a caudalosos manantiales.

[317] Verso tenido comúnmente por interpolado.

[318] Lucano, imparcial esta vez, elogia a César, porque éste no dio muerte a los pompeyanos que se hallaban en su campamento, cosa que hasta hubiera sido comprensible como represalia por los cesarianos muertos mientras confraternizaban en el campamento enemigo.

[319] Alusión a tres importantes victorias de César: la de Farsalia (véase n. 1), la naval de Marsella (véase canto III) y la de Alejandría, que se relatará en el canto X.

Cuando se vieron a un paso de la muerte, su temor se convirtió en cólera violenta. La tropa sacrificó los caballos, auxiliares de ninguna utilidad para hombres sitiados, y forzada finalmente, tras abandonar toda esperanza, a renunciar a la huida, se arroja contra los enemigos dispuesta a perecer. Cuando César vio que bajaban a la carrera, atropelladamente, y se dirigían como víctimas a una muerte segura, exclama: «Los dardos quietos por ahora, soldado, y haz que burle tu espada al que sobre ella se precipita: que la guerra no me cueste sangre alguna. No se vence sin bajas al que presenta su garganta al enemigo. Ahí veis cómo llegan unos combatientes que se desprecian a sí mismos, detestando su vida, dispuestos a hacerme pagar su muerte; no sentirán los golpes, se echarán sobre las espadas, se alegrarán de derramar su sangre. Que abandone sus mentes esta calentura, decaiga su loco arrebato, pierdan las ganas de morir.» Así, eludiendo el combate, dejó que sus amenazas se desfogaran en balde y fueran languideciendo, hasta que, desaparecido Febo, la noche le sustituyó con sus luminarias. Luego, al no brindárseles posibilidad alguna de morir matando, poco a poco decae su cólera feroz y se van entibiando sus propósitos, tal como los pechos heridos sustentan mayores arrojos mien-

tras el dolor y la herida son recientes, la sangre cálida presta a los nervios activa energía y los huesos aún no han atraído hacia ellos la piel; pero si el vencedor, consciente de haber hundido bien la espada, sigue erguido y mantiene firme su brazo, entonces, una vez que la sangre coagulada cerró las secas heridas, un frío letargo agarrota las articulaciones y el aliento, robándoles el vigor. Y ya, necesitados de agua, comienzan por excavar la tierra en busca de veneros ocultos y corrientes subterráneas; y no sólo cavaron los suelos con picos y duros azadones, sino con sus propias espadas, y un pozo cavado en el monte lo ahondan hasta el nivel de la llanura irrigada. No se hundiría a tanta profundidad, dejando tan lejos la luz del día, el pálido buscador del oro ástur. A pesar de ello, no sonaron regueros de cursos encubiertos ni brotaron nuevos manantiales al golpear la roca, ni siquiera destilan las cavidades rezumando un poco de humedad ni se mueve la arenilla empujada por una leve vena de agua. Entonces los hombres, exhaustos por los muchos sudores, son aupados a la superficie, rotos de fatiga, del interior de aquellas minas de sílice; vosotras, aguas en cuya busca iban, los hicisteis aún menos capaces de soportar los secos calores. Agotados, son incapaces de sustentar con alimentos sus desmayados cuerpos: aborreciendo la comida, buscaron en el hambre remedio contra la sed [320]. Si un suelo un tanto esponjoso denuncia humedad, estrujan a dos manos sobre la boca los apelmazados terrones; si un turbio cenagal de limo negruzco yace estancado, la tropa entera, a porfía, se echa de bruces sobre el líquido asqueroso y sorbe, moribunda, unas aguas que rehusaría si pensara que va a seguir con vida; al modo de las bestias, dejan secas las hinchadas mamas de los ganados y, cuando se les acaba la leche, succionan de

[320] «Para, al privarse de alimentos, tener menos sed» (*Adnotationes*).

la ubre agotada una sucia sangraza. Trituran también hierbas y follajes, arrancan las ramas húmedas de rocío y exprimen los jugos, por si los hay, de los verdes retoños de los árboles y de su tierna pulpa.

¡Oh afortunados aquellos a quienes un bárbaro enemigo, en su huida, dejó tirados por los campos, envenenando las fuentes! [321]. Puedes, César, derramar en estos ríos podre y carroña de alimañas, o el pálido acónito que nace en las peñas dicteas [322], y hacerlo a la vista de todos: estos soldados romanos lo beberán a sabiendas. Les arden de fuego las entrañas y sus bocas resecas están rígidas con la aspereza de unas lenguas como escamas; se les contraen ya las venas, el pulmón, sin el riego de líquido alguno, estrangula el paso del aire de un lado a otro y la respiración, fatigosa, les daña el ulcerado paladar; abren, sin embargo, las bocas y aspiran el aire que les va a lesionar. Esperan las lluvias, a impulsos de las cuales flotaban poco antes todos los objetos, y clavan sus miradas en las nubes sin agua. Y para que el ayuno de agua desmorone aún más a estos desventurados, no acampan sobre los secarrales de Méroe [323] o bajo el trópico de Cáncer, donde aran desnudos los garamantes [324], sino que el ejército, apresado entre el pantanoso Segre y el rápido Ebro, contempla, sediento, la cercanía de ambos ríos.

Al fin se rindieron, domeñados, los comandantes, y Afranio, de quien partió la iniciativa de pedir la paz,

[321] Así obraron contra los romanos Jugurta, rey de Numidia, Mitrídates, rey del Ponto, y Juba, rey de Mauritania.

[322] De Creta (véase n. 207). «Los antiguos distinguían varias clases de acónito y creían, según las leyendas, que había nacido esta planta de la baba mortífera del Can Cérbero cuando Hércules lo sacó fuera del Averno» (V.-J. Herrero, *Lucano. La Farsalia*, 3 vols., Col. Hispánica de Autores Griegos y Latinos, Barcelona-Madrid, 1967-1982, *ad locum*).

[323] Isla formada por una bifurcación del Nilo.

[324] Bajo el trópico de Cáncer está la zona tórrida. Los garamantes son un pueblo africano al sur de Numidia.

abominando de las armas y arrastrando hacia el campamento enemigo sus escuadrones medio muertos, se plantó, suplicante, ante los pies del vencedor. Conservó en su ruego una gran dignidad, no quebrantada por las desgracias, y entre su buena estrella anterior y sus vicisitudes recientes mantuvo el porte de un vencido, pero de un jefe, y solicita el perdón con ánimo tranquilo: «Si los destinos me hubieran hecho caer bajo un enemigo envilecido, no me faltaba una diestra vigorosa para apresurar mi muerte; pero en este caso hay a mi favor una razón singular para pedirte gracia: creerte, César, digno de concederme la vida. No nos movemos por simpatías de partido ni hemos empuñado las armas por hostilidad a tus designios. La guerra civil, en definitiva, nos sorprendió en puestos de mando y hemos guardado fidelidad, mientras nos fue posible, a la causa con la que topamos primero. En nada demoramos tus destinos: te entregamos los pueblos de Hispania, te dejamos libre el camino hacia los de Oriente y abonamos tu seguridad en la parte del mundo dejada a tus espaldas. No ha sido la sangre derramada en el campo de batalla lo que te ha dado la victoria final de esta campaña, ni la espada ni las manos cansadas de blandirla: la sola culpa que debes perdonar a tus enemigos es la de haberte hecho vencedor. Y no se te piden grandes cosas: que concedas la licencia a los fatigados, que nos dejes terminar lejos de las armas la vida que nos dispensas. Imagínate que nuestras columnas yacen tendidas en el campo de batalla; en efecto, no conviene mezclar con las armas afortunadas las que la fortuna condenó, ni que unos cautivos se hagan partícipes de tu triunfo: estos pelotones han cumplido ya su destino. Ésta es nuestra petición: que no obligues a tus vencidos a vencer contigo.»

Terminó de hablar; César, por su parte, deferente y con rostro sereno, accede y les perdona el servicio de

las armas y el castigo [325]. Tan pronto como sellaron los acuerdos de paz en forma debida, la tropa baja corriendo hacia los ríos ya sin custodia, se echa de bruces en las riberas y enturbia las corrientes ahora a su disposición. El continuo trasiego de bruscas tragantadas, al no dejar pasar el aire por las arterias vacías, a muchos les estrechó y hasta les cortó la respiración; y la abrasada dolencia no cede aún, sino que, como una enfermedad que necesita ríos enteros con las entrañas ya repletas, les sigue reclamando agua. Luego, volvió el vigor a los nervios y las fuerzas a los soldados. ¡Oh lujo, despilfarrador de bienes, jamás contento con lo adquirido a bajo precio, oh hambre avariciosa de alimentos buscados por tierra y por mar, oh vanagloria de las mesas de delicados manjares!, aprended con qué poco puede conservarse la vida y cuáles son las exigencias de la naturaleza. No reanima a estos enfermos un vino famoso envasado en tiempos de un cónsul del que no se tiene memoria, ni beben en copas de oro o vasos mirrinos, sino que les vuelve la vida con agua pura. A los hombres les basta una corriente de agua y los dones de Ceres.

¡Desventurados, ay, los que hacen la guerra! A la sazón, aquella tropa, dejando sus armas al vencedor, sin coraza pero segura e inofensiva, libre de cuidados, se dispersa hacia sus respectivas ciudades. ¡Oh, cuánto les pesa ahora, cuando disfrutan del regalo de la paz, haber blandido alguna vez el hierro tensando los brazos, haber soportado la sed y haber rogado, en vano, a los dioses prósperos combates! Sin duda, a los que han gozado del favor de Marte les quedan tantas batallas indecisas, tantas fatigas en todo el orbe; para que nunca vacile la fortuna, inconstante en sus favores, ¡hay que

325 Nuevo rasgo de la *clementia* cesariana, reconocido, aunque en mera alusión, por Lucano.

vencer tantas veces!; es preciso derramar sangre en todas las tierras y seguir a César por todas las vicisitudes de su destino. ¡Feliz el que pudo, cuando el mundo amenaza ruina, saber ya el lugar de su reposo! Fatigados, no se les llama a ningún combate, no interrumpe sus sueños seguros el son de las trompetas. Les acogen ya su esposa, sus hijos inocentes, sus humildes techos y su tierra nativa, sin que hayan sido trasladados allí como colonos. Incluso de esta carga les dispensó la fortuna: están libres de la inclinación partidista que turba la mente: uno les perdonó la vida, el otro fue su general. De este modo son los únicos que, felices, contemplan las luchas civiles sin hacer votos por ninguno de los dos bandos.

No se mantuvo idéntica en todo el orbe la fortuna de la guerra, sino que se atrevió a asestar algún golpe al partido de César. Por donde las olas del mar Adriático azotan la alargada Salona y el tibio Iáder[326] corre hacia los blandos céfiros, allí, confiado en la belicosa nación de los curictas[327], a quienes da sustento una tierra rodeada por las aguas del Adriático, está bloqueado Antonio[328], con su campamento al borde de la costa, a salvo de cualquier incursión bélica, con tal de que se mantenga alejada la única que conquista lo inexpugnable, el hambre. No ofrece el suelo forraje para alimentar los caballos, no hace germinar mies alguna la rubia Ceres: la tropa había despojado de hierbas la llanura y, esquilmado ya el terreno con sus dientes las-

[326] Salona y Iáder son ciudades de Iliria. El último nombre parece, por el contexto, el de un río o cadena montañosa de la misma región.

[327] Curicta es una isla de la costa ilírica.

[328] Gayo Antonio, hermano del triúnviro, jefe de un destacamento de tropas cesarianas, se hallaba bloqueado por Marco Octavio, almirante de la flota pompeyana, que ocupaba la costa. Básilo, jefe de las tropas cesarianas que venían en ayuda de Antonio, se rindió, como éste, ante Marco Octavio. Estos otros dos personajes aparecen en los versos siguientes.

timosos, había arrancado las hierbas secas del césped del campamento. Tan pronto como divisaron en el litoral de la tierra de enfrente a tropas amigas y a Básilo al frente de ellas, buscaron nuevos medios de huir furtivamente por mar. Y así, no construyen, según costumbre, largas embarcaciones ni hacen altas las popas, sino que entrelazan, en una línea insólita, maderos capaces de aguantar el transporte de grandes pesos. En efecto, sostienen la balsa por todas partes cubas vacías, cuya sucesión, afianzada por largas cadenas, soporta tablas de aliso puestas de través en dos hiladas; no lleva remeros expuestos a los dardos en un frente descubierto, sino que golpea el espacio del mar rodeado por los maderos y presenta el enigma de un deslizamiento misterioso, ya que ni lleva velas ni azota las aguas a la vista. Entonces observan el estrecho, esperando el momento en que, con el descenso de las aguas, entre en movimiento la marea y por el reflujo queden al descubierto las arenas. Y ya, a medida que el mar retrocedía, se iban ampliando las costas: una balsa, botada, baja por la pendiente deslizándose mar adentro, y con ella sus dos compañeras. Sobre cada una de ellas se yergue una enhiesta torre y unos entablamentos que amenazan con sus oscilantes almenas. No quiso Octavio, guardián de las ondas ilíricas, atacar de inmediato la embarcación y contuvo sus rápidos bajeles hasta que, con la marcha favorable, se acrecentara el botín, y, brindándoles un mar en paz, invita a los que temerariamente se han adentrado en él a reemprender la navegación. De igual modo, mientras va acorralando a los ciervos asustados por el espantajo y temerosos del aire impregnado del olor de las plumas[329], o mientras extiende las redes en las horquillas dispuestas, el cazador retiene la boca

[329] SÉNECA, *De ira* II 11, 6, lo describe como «una cuerda con una serie de plumas abigarradas y a la que, por la impresión que produce, se la llama espantajo».

ladradora del ágil moloso, ata a los sabuesos espartanos y cretenses y no le confía el bosque a ningún perro, excepto al que rastrea las huellas con el hocico pegado al suelo y ha aprendido a no ladrar al descubrir la presa, contentándose con indicar la guarida agitando la traílla. Sin demora se cargan al completo las embarcaciones y, ganando ansiosamente las balsas, se abandona la isla a la hora en que las últimas claridades impiden a las primeras tinieblas desembocar en noche cerrada.

Pero entre los pompeyanos la tropa cilicia, con sus tradicionales artimañas, se dispone a montar una trampa en el mar y, dejando libre la superficie del estrecho, suspende un cable a mediana profundidad, lo deja moviéndose flojo y amarra las cadenas a los escollos de la costa rocosa de Iliria. Ni la balsa que iba en cabeza ni la que le seguía se vieron retenidas, pero la tercera embarcación quedó apresada y, jalando el cable, se la arrastró hasta el acantilado. Se ciernen sobre el mar unos cóncavos peñascos; su mole, siempre amenazando caer, sigue en pie —¡oh maravilla!— y con sus bosques da sombra a la superficie de las aguas. Acá trajo a menudo el mar navíos destrozados por el aquilón y cadáveres sumergidos, y los escondió en aquellos tenebrosos antros; el mar oculto en los peñascos devuelve sus rapiñas y, cuando las cavernas vomitan sus aguas, las olas del vertiginoso torbellino sobrepasan en ebullición a la tauromenitana Caribdis [330]. Aquí quedó varada la nave, cargada de colonos opiterginos [331]; la rodean bajeles

[330] Así llamado este famoso escollo del estrecho de Mesina por estar cercano a la ciudad de Tauromenio, en Sicilia.

[331] De Opitergium, hoy Oderzo, en la Galia transpadana, cerca de Venecia. Sobre este heroico episodio dicen los *Commenta Bernensia* que Gayo Vulteyo Capitón era tribuno militar, exhortó a los suyos a combatir con valentía y después, al invitárseles a la rendición, se mataron unos a otros y sólo hubo seis supervivientes. Y que César, en agradecimiento, eximió del servicio militar a los opiterginos durante veinte años y amplió considerablemente su territorio.

desamarrados de todos los fondeaderos; otros soldados llenan las rocas y los litorales. Vulteyo (él era jefe de la embarcación) se dio cuenta de la trampa encubierta bajo el agua; tras haber intentado en vano romper el cable con la espada, reclama batalla, sin ninguna esperanza y sin saber por dónde ofrecía la espalda y por dónde el pecho al combate [332]. En este trance, sin embargo, el valor dio de sí todo cuanto, así atrapado, podía dar: entre tantos millares como rodeaban a la embarcación capturada y, de ésta, una cohorte apenas completa, se entabló la lucha, no larga por cierto, pues la noche hizo desaparecer con su sombra la luz indecisa y las tinieblas mantuvieron la paz.

Entonces, consternada como estaba la cohorte y llena de pánico ante su inminente destino, Vulteyo le dio ánimos con estas magnánimas palabras: «Soldados, a quienes no queda de libertad más que el breve espacio de una noche, reflexionad en este corto intervalo sobre vuestra crítica situación. No le queda un breve lapso de vida a nadie que durante él tenga tiempo de procurarse la muerte; y no es menor, jóvenes, la gloria del suicidio por el hecho de ir al encuentro de un destino ya cercano. Siendo como es incierta para todos la duración de la vida por venir, igual mérito hay en renunciar a años que uno espera vivir como en truncar el instante último de permanencia en la vida, con tal de que uno se procure la muerte con su mano: a nadie se le obliga a morir por propia voluntad [333]. No se nos abre ningu-

[332] Al estar rodeado de enemigos, siempre daba el pecho y la espalda a alguien.

[333] A uno se le puede matar sin que él lo quiera. Pero si se elige voluntariamente la muerte mediante el suicidio, esto sí es un acto libre, querido, y no menos libre, voluntario y meritorio por el hecho de que uno esté ya sin esperanzas de sobrevivir. Lucano hace hablar a Vulteyo como un puro estoico, defensor de la liberación personal por el suicidio antes que someterse como esclavo al vencedor.

na escapatoria, de todas partes están apostados conciudadanos nuestros al acecho de nuestras gargantas: decidíos a morir, y se acabó todo temor. Desea lo que no puedes evitar. Sin embargo, no vamos a sucumbir en la ciega nube de los combates ni en ocasión en que los propios dardos envuelven en tinieblas a las formaciones entremezcladas. Cuando los cadáveres yacen amontonados en el campo de batalla, toda muerte queda absorbida en la cuenta común, desaparece, entre la masa confusa, la bravura; pero a nosotros los dioses nos han colocado en una nave a la vista de nuestros compañeros y del enemigo; brindarán testigos las aguas, los brindarán las tierras, los prestará la isla desde lo alto de sus peñascos, serán espectadores los dos bandos desde riberas opuestas. No sé qué ejemplo grande y memorable preparas, Fortuna, con nuestros destinos. Todos los recordatorios que a través de los tiempos ha exhibido la fidelidad y la devoción militar guardada espada en mano los habrán sobrepasado nuestros combatientes. Pues echarse sobre las propias espadas por ti, César, sabemos que es bien poco; pero, bloqueados como estamos, no nos quedan para ofrecerte mayores prendas de tan gran devoción. La suerte envidiosa ha sustraído mucho a nuestra gloria, al no estar atrapados junto con nuestros ancianos y nuestros hijos. Que sepa el enemigo que hay guerreros indomables, que cobre miedo ante unos espíritus enfurecidos y prestos a morir y se alegre de que no hayan embarrancado más embarcaciones. Procurarán tantearnos con acuerdos de paz y pretenderán corrompernos con el ofrecimiento de una vida deshonrosa. ¡Ay, ojalá, para que alcance más nombradía esta muerte singular, nos prometan el perdón y nos animen a esperar seguir con vida, para que, cuando atravesemos con el cálido hierro nuestras entrañas, no piensen que es que habíamos perdido toda esperanza! Con nuestro gran arrojo hemos de hacernos merecedores de que

César, aun habiendo perdido sólo un puñado de hombres entre tantos millares, llame a esto auténtica pérdida y hasta desastre. Aunque los destinos nos ofrecieran una retirada y nos dejaran escapar, yo no querría evitar lo que nos amenaza. He arrojado fuera mi vida, camaradas, y estoy, todo entero, empujado por los aguijones de la muerte inminente: es un delirio. Sólo a quienes ya roza la cercanía del destino les es dado conocer lo que los dioses ocultan a quienes han de vivir, para que puedan seguir viviendo: que morir es una felicidad.» De esta manera levantó su fogosidad los ánimos todos de los influenciables guerreros. Si bien antes de las palabras de su jefe todos miraban con los ojos humedecidos las estrellas del cielo y se sobrecogían cuando giraba el timón de la Osa [334], esos mismos, cuando las exhortaciones penetraron en sus ánimos esforzados, ansiaron la llegada del día. Y a la sazón, el polo no era remiso en inclinar los astros hacia el mar, pues el sol ocupaba la constelación de Leda [335], cuando su luz, por la vecindad de Cáncer, está más alta; la noche, corta, gravitaba entonces sobre las flechas de Tesalia [336].

El día naciente dejó ver a los histrios [337] apostados en los peñascales y a los belicosos liburnos en el mar con la escuadra griega. Trataron primero de convencerles por medio de un pacto, dando largas al combate, por ver si, con este aplazamiento de la muerte, la propia vida se les hacía más dulce a los apresados. Se mantenían firmes los jóvenes guerreros decididos a inmolarse, habiendo renunciado ya a la vida, altaneros y despreocupados de una lucha cuyo final habían enco-

[334] Temían la llegada del nuevo día, en el que iban a morir.

[335] Es decir, Gémini. Era el mes de junio, a punto de pasar a Cáncer, ya pleno verano.

[336] La noche, en cambio, se hallaba en la constelación opuesta a Gémini, Sagitario o el centauro Quirón, natural de Tesalia.

[337] Los histrios ocupaban una pequeña península al norte del Adriático; los liburnos, al sur de aquéllos, en la costa del mismo mar.

mendado a su propia mano; ningún tumulto pudo turbarles a aquellos valientes los ánimos dispuestos a lo peor; siendo sólo unos pocos, aguantaron el ataque de innumerables tropas, a la vez por tierra y por mar: tan grande es la confianza que infunde una muerte segura. Cuando les pareció que ya había corrido en la batalla sangre suficiente, su furor dio la espalda al enemigo [338]. El primero, el propio jefe de la embarcación, Vulteyo, reclamando ya para su garganta desnuda el golpe fatal, exclama: «¿Hay aquí algún guerrero cuya diestra sea digna de mi sangre y que, hiriéndome a mí, demuestre con evidencia absoluta que quiere morir?» Sin dejarle hablar más, la espada, y no una sola, atravesó al punto sus entrañas. Tiene elogios pra todos pero, ya moribundo, a aquel a quien debía la primera herida le da muerte, con un golpe agradecido. Se enfrentan entre sí los demás y perpetraron en un solo bando toda la abominación de las guerras. Así la cohorte dircea, surgida de la semilla de Cadmo, cayó bajo los golpes de los suyos, siniestro presagio para los hermanos tebanos [339]; y así, nacidos en las llanuras del Fasis del diente siempre en vela, los hijos de la tierra, con la cólera que les infundieron los mágicos encantamientos, llenaron de sangre fraterna tan anchos surcos, y hasta la propia Medea se espantó de aquel primer crimen que

[338] No para huir, sino para volverse contra sí mismos y darse la muerte unos a otros.

[339] Dircea es igual a tebana, por la fuente Dirce, de la ciudad de Tebas. Cadmo, fundador de esta ciudad, dio muerte a un dragón y sembró sus dientes, por consejo de Atenea. De ellos nacieron hombres armados que se mataron unos a otros, lo que fue un mal presagio para los hermanos tebanos Eteocles y Polinices, que, andando el tiempo, se van a matar igualmente entre sí en el asedio de Tebas. A continuación alude el poeta a la siembra de los dientes de otro dragón, el que guardaba el vellocino de oro y al que dio muerte Jasón, con ayuda de las hierbas mágicas de Medea. También de estos dientes nacieron guerreros que se mataron entre sí.

había cometido con sus hierbas de efectos no probados con anterioridad. Así caen unos combatientes que habían acordado su mutua ejecución, y en la muerte de estos valientes es la propia muerte la que requiere menos valor [340]. A la vez derriban y caen con herida mortal, y a nadie le falló la diestra, aun cuando hiera con mano moribunda. Y la herida no se debe a la agresión de las espadas: es el hierro el que se ve golpeado por el pecho y las gargantas las que se echan sobre la mano armada. Cuando, por criminal azar, topan hermanos con hermanos o un hijo con su padre, a pesar de ello, sin que les tiemble la mano, hunden la espada con todo su peso. La única prueba de afecto, al herir, fue no repetir el golpe. Ya medio muertos arrastran por la ancha cubierta las entrañas colgantes y derramaron a chorros la sangre sobre el mar. Ver la luz que han despreciado, mirar a sus vencedores con rostro altivo y sentir la llegada de la muerte, les causa placer. La balsa se ve ya colmada de sangrienta mortandad y los vencedores retiran los cadáveres hacia las piras, maravillándose los jefes de que a alguien pueda inspirar un caudillo tal devoción. De ningún navío habló más boquiabierta la Fama difundiéndose por todo el orbe. Sin embargo, después de tales ejemplos de unos héroes, seguirán sin comprender las gentes cobardes cómo no es nada difícil el coraje de escapar a la esclavitud por propia mano; antes bien, las tiranías se hacen temer por el hierro, por las crueles armas se ve consumida la libertad, y no saben que las espadas se han inventado para que nadie sea esclavo [341]. ¡Ojalá, muerte, no quisieras retirar de

[340] Es más fácil dejarse matar que dar muerte a sus propios compañeros.

[341] Este verso, en la misma línea estoica de defensa del suicidio que el anterior discurso de Vulteyo, fue grabado en los sables de la guardia nacional de París durante la Revolución Francesa. Pero, claro está, cambiando el sentido que el contexto le da en el poema de Lucano: los revolucionarios franceses consideraban que las espadas hacían

la vida a los cobardes, sino que sólo fueras el don de la bravura!

No menos fiero que el referido Marte fue el que entonces se enardeció en las campiñas de Libia. Curión, en efecto, lleno de audacia, desamarró sus naves del litoral lilibeo[342] y, recibiendo en las velas un aquilón nada violento, arribó a orillas de un fondeadero conocido[343], entre los semiderruidos alcázares de la gran Cartago y Clípea[344], y coloca su primer campamento lejos de las espumosas aguas, por donde se desliza lento el Bágrada[345] surcando la seca arena. Desde allí alcanza unas elevaciones y unos peñascos erosionados por todas partes, a los que una tradición no sin fundamento llama «los reinos de Anteo». Al desear conocer las causas de esta antigua denominación los rudos habitantes le enseñan lo que han aprendido a través de muchas generaciones:

«La Tierra, sin agotar todavía sus entrañas después del nacimiento de los Gigantes, concibió un espantable vástago en las cuevas de Libia. No le dio tan merecida gloria Tifón, ni Ticio ni el feroz Briareo; y le hizo un favor al cielo al no dar a luz a Anteo en las campiñas flegreas[346]. Las fuerzas ya tan inmensas de su hijo las

libre al hombre, en cuanto que debía utilizarlas para matar a los enemigos que querían esclavizarlos, no para matarse a sí mismos.

[342] Siciliano, por el nombre de un promontorio en la parte occidental de Sicilia, isla a la que había sido enviado Curión, como dijo el poeta en el canto III 59.

[343] Llamado Anquilaria (César, *Guerra civil* II 23, 1).

[344] Nombre de un promontorio y de una ciudad cercanos al actual cabo Bon.

[345] Río que desemboca en el mar entre Útica y Cartago; es el actual Medjerda.

[346] En Macedonia, donde nacieron los Gigantes que se sublevaron contra Júpiter (véase n. 10). Tifón fue sepultado bajo el Etna. Ticio fue precipitado en los infiernos, donde yace su cuerpo «de nueve yugadas» con dos serpientes royéndole el hígado, que se renueva. Briareo es el gigante de los «cien brazos».

colmó además la Tierra con este don: al tomar contacto con su madre, sus miembros ya desfallecidos cobraban vigor con renovada energía. Esa caverna fue su morada; dicen que se escondía bajo la alta peña y que tenía por festín los leones que apresaba; para el sueño no solían procurarle un colchón las pieles de alimaña, ni un lecho la madera de los bosques: restaura sus fuerzas tendiéndose en la tierra desnuda. Perecieron a sus manos los colonos de las campiñas de Libia, perecen cuantos empuja el mar a la ribera; su valor, sin servirse durante mucho tiempo del socorro de la caída, deja perder esas asistencias de la tierra: aun manteniéndose en pie, nadie era capaz de superarle en fuerza. Por fin, al divulgarse la fama de este verdugo sanguinario, puso en camino hacia las costas de Libia al magnánimo Alcida[347], que estaba librando de monstruos la tierra y el mar. Arrojó él la piel del león de Cleona; Anteo, la de uno de Libia; el extranjero roció sus miembros con aceite, guardando la costumbre de la palestra olímpica; el otro, no dándole suficiente confianza el tocar a su madre sólo con los pies, derramó por sus miembros, como ayuda, cálidas arenas. Engarzaron manos y brazos en múltiples nudos; se tantearon largo tiempo los cuellos, sin resultado, con la presión de los brazos; frente contra frente, la cabeza se mantiene inmóvil y se maravillan ambos de haber dado con un igual. No quiso el Alcida servirse de todas sus fuerzas en el primer asalto y dejó agotarse a su adversario, hecho que le reveló su incesante jadeo y el sudor frío que se desprendía de su cuerpo fatigado. Ya su nuca, sin fuerzas, flaquea, ya su pecho se ve estrujado por el pecho de su oponente, ya, golpeadas por la mano de través, se le doblan las pier-

[347] Hércules, descediente de Alceo. El león de Cleona, citado seguidamente, es el de Nemea (Cleona es una ciudad próxima al bosque de Nemea), muerto por aquél como uno de sus «doce trabajos» y con cuya piel se cubría.

nas. Al punto el vencedor atenaza las espaldas de su rival que van cediendo, lo estrecha por el medio comprimiéndole los ijares, le separa los muslos, metiéndole entre ellos los pies y deja tendido a su contrincante a todo lo largo de sus miembros. Le absorbe el sudor la tierra reseca; se le llenan las venas de sangre caliente, se le abultaron los músculos, se le endurecieron los miembros todos y aflojó, con un cuerpo como nuevo, los nudos de Hércules. Quedó el Alcida estupefacto ante una fuerza tan vigorosa y no sintió tanto miedo ni en las aguas inaquias [348], inexperto como era, ante la hidra, al cercenarla y renacerle sus serpientes. Se enfrentaron de igual a igual, uno, con las fuerzas de la Tierra, el otro, con las suyas propias. Nunca como entonces le cupo a la cruel madrastra [349] tener más esperanzas: ve agotados por el sudor los miembros y la nuca del héroe, la que se mantuvo seca cuando llevaba encima el Olimpo [350]. Y cuando por segunda vez echó sus brazos sobre los miembros nuevamente fatigados, Anteo, sin esperar la presión violenta de su antagonista, se deja caer espontáneamente y, con la energía absorbida, se levanta más poderoso. Toda la fuerza vital que hay en el suelo se transfunde a sus miembros cansados, y la Tierra, con la lucha del héroe, se fatiga. Cuando, al fin, se dio cuenta el Alcida de que sacaba provechosos refuerzos del contacto con su madre, le dijo: 'Te voy a mantener de pie, no te pondré más en el suelo e impediré que te tiendas en la tierra. Permanecerás pegado

[348] Ínaco fue el fundador de Argos, en cuya región se encontraba la laguna de Lerna, donde estaba la hidra a la que dio muerte Hércules en otro de sus trabajos.

[349] Juno, esposa de Júpiter, que era el padre de Hércules. Ella era la responsable última de los trabajos de Hércules, al que quería eliminar por ser hijo adulterino de su esposo con Alcmena, esposa a su vez de Anfitrión, rey de Tebas.

[350] Reemplazando a Atlante, que había ido a traerle las manzanas de oro de las Hespérides, el último de sus doce trabajos.

a mí, apretados tus miembros contra mi pecho: aquí, Anteo, es donde vas a caer' [351]. Tras estas palabras levantó en vilo a su contendiente, que se esforzaba por tocar el suelo. No pudo la Tierra transmitir sus fuerzas a los miembros de su hijo moribundo: el Alcida, entre la madre y el hijo, mantuvo en el aire aquel pecho, ya contraído por un frío entumecedor, y durante largo tiempo no dejó tocar la tierra a su enemigo. De este episodio, la afamada tradición, guardián de los tiempos antiguos y orgullosa de sí misma, designó a estas tierras con el nombre de Anteo. Pero más importante sobrenombre dio a estas colinas el que alejó de las fortalezas del Lacio al enemigo cartaginés, Escipión; pues, al apoderarse de la tierra de Libia, éste fue su asentamiento. Ahí mismo puedes ver los restos de su antigua empalizada [352]. Éstas son las primeras llanuras que ocupó aquí la victoriosa campaña romana.»

Curión, ufano, como si la buena estrella de los lugares dirigiera las guerras y conservara en favor de él los destinos de los caudillos anteriores, asentando en un paraje afortunado sus malhadadas tiendas, confió demasiado en su campamento y arrebató a aquellas colinas sus felices augurios, provocando con fuerzas desiguales a feroces enemigos.

Toda el África que se había rendido a las enseñas romanas estaba a la sazón bajo la autoridad de Varo [353], que, aunque confiado en el grueso de los efectivos latinos, con todo, hizo venir de todos lados las fuerzas del rey: los pueblos de Libia y las enseñas de las

[351] Es decir, tanto si quieres dejarte caer, como si yo te tumbo, será encima de mí, no en la tierra.

[352] Todavía se llamaban *Castra Cornelia*. Se refiere a la segunda guerra púnica, cuando Escipión el Mayor o primer Africano persiguió a Aníbal hasta África y lo derrotó en Zama.

[353] Publio Atio Varo, enemigo de César, que moriría después en la batalla de Munda.

extremidades del mundo, que acompañaban a su rey Juba [354]. Jamás un soberano poseyó un territorio más dilatado: en el sentido de su mayor longitud, sus reinos, por su punto occidental, están delimitados por el Atlas, cercano a Cádiz, y por su extremo oriental, por el templo de Amón, limítrofe de las Sirtes; a su vez, por donde se extiende a lo ancho, la región más cálida del inmenso reino separa el Océano [355] de los parajes abrasados de la zona tórrida. El número de pueblos se corresponde con la extensión del territorio; y todos ellos integran el campamento: los autóloles, los númidas errantes, el getulo siempre dispuesto con su caballo sin montura; además, el moro, del mismo color que el indio, el nasamón indigente, los veloces marmáridas juntos con el requemado garamante, el mazace, capaz de igualar las flechas de los medos cuando voltea su vibrante proyectil; el pueblo masilio, que, montando a pelo, guía con ligero rebenque la boca de sus monturas, que no conocen el freno; y el cazador africano, acostumbrado a vagar por aduares deshabitados y, en cuanto pierde la confianza en su arma, a echar sobre los enfurecidos leones sus flotantes vestidos. Y no sólo por partidismo en la guerra civil aparejaba sus armas Juba, sino que intervenía en la lucha movido por rencor personal. También a él había intentado Curión, el año en que profanó a dioses y a hombres [356], expulsarlo, por una ley tribu-

[354] Rey de Numidia, fiel partidario de Pompeyo, a quien debía el trono, ya que él fue quien se lo dio a su padre Jénsal. Murió en la batalla de Tapso.

[355] Aquí es el mar al norte de Mauritania. Todo este pasaje parece estar lleno de imprecisiones geográficas e históricas, segun R. Pichon, *Les sources de Lucain*, París, 1912. Para este autor, los pueblos del reino de Juba, que Lucano presenta desordenados, tendrían este orden geográfico de Oeste a Este: autóloles, mazaces, mauros, masilienos y getulos, númidas, africanos, nasamones y garamantes, marmáridas.

[356] El año 50 a. C. en que fue tribuno y se pasó por dinero al bando de César.

nicia, del trono de sus mayores y librar a Libia de un tirano, a la par que hacía de ti, Roma, un reino. Con el recuerdo constante de su resentimiento, considera él que esta guerra es fruto natural de su conservación del trono. Así pues, con estos rumores sobre el rey tiembla ya Curión, y también porque aquellos soldados suyos nunca habían mostrado demasiado apego a la causa cesariana, ni era una tropa probada en las aguas del Rin, sino capturada en la ciudadela de Corfinio [357]: desleal a sus nuevos jefes y poco de fiar para el anterior, piensa que le está permitido por igual seguir uno u otro bando. Pero, una vez que Curión observa la desgana de todos a causa del miedo enervante y que los servicios nocturnos de la empalizada quedan desasistidos por la deserción, pronuncia para sí con ánimo turbado estas palabras: «Con la audacia se enmascara el temor, por grande que sea; yo seré el primero en tomar las armas. Que la tropa baje a campo raso, mientras aún está de mi lado; la ociosidad da lugar siempre a un ánimo voluble. Arrebátales con la lucha la posibilidad de reflexionar: cuando, empuñada la espada, se nos mete dentro una siniestra voluptuosidad, y el casco nos tapa el sonrojo, ¿quién se acuerda de comparar jefes, quién, de sopesar causas? Donde uno se encuentra, ese bando es el que apoya; tal como en los juegos de la arena mortal no es un viejo rencor el que obliga a enfrentarse a los que a ella saltan: el estar frente a frente es lo que despierta su odio.» Dicho esto, formó sus líneas en campo abierto; y le acogió benévola la fortuna de la guerra, con vistas a engañarle respecto a futuros desastres. Rechazó, en efecto, a Varo de la llanura y les acribilló las espaldas inermes en una huida vergonzosa, hasta que

[357] El episodio de la toma de Corfinio en el canto II 478 ss. Pero estos soldados no eran prisioneros, sino que se pasaron voluntariamente a César, entregándole a su jefe Domicio, como cuenta el propio poeta en el citado pasaje.

se lo impidió el campamento. Pero, luego que llegaron a oídos de Juba los infortunios de la batalla con la derrota de Varo, alegrándose de que la gloria de la campaña se le haya reservado a sus arrestos, pone en marcha a toda prisa sus columnas en secreto, y mantiene oculta, con órdenes de guardar silencio, la noticia de sus movimientos, con este solo temor respecto a su desprevenido adversario: despertar su miedo. Se envía por delante, para que provoque unas pequeñas escaramuzas y sirva de cebo con un pequeño destacamento, a Saburra, el segundo entre los númidas después del rey, simulando de este modo que la guerra le ha sido confiada; y Juba mantiene estacionado el grueso de los efectivos del reino en un hondo valle: tal como un enemigo más astuto [358] se mofa con su cola de los áspides de Faros, provoca sus iras con su sombra oscilante y, con su cabeza de través, apresa el cuello de la serpiente que azota el aire vacío, con dentellada sin peligro, fuera del alcance del tósigo mortal; entonces la ponzoña se vierte en vano y las fauces se desinflan al desaparecer el veneno. La fortuna había dado éxito a la trampa y, lleno de ferocidad, sin intentar descubrir las fuerzas del enemigo oculto, Curión obliga a la caballería a salir de noche del campamento y a hacer un extenso recorrido por las desconocidas llanuras. Y él, a los primeros levantes de la aurora, da orden de que las enseñas salgan del campamento, a pesar de las recomendaciones, tan insistentes como baldías, para que recele de las trampas líbicas y de las campañas púnicas, siempre infectadas de estratagemas. La fortuna había entregado al joven guerrero a los destinos de una muerte próxima y la guerra civil arrastraba a uno de los responsables de ella. Conduce las enseñas por un camino abrupto sobre escarpadas rocas, sobre peñascales; cuando a lo lejos, desde

[358] Este enemigo acérrimo de los áspides es, según los escoliastas, el icneumón, que parece identificarse con la mangosta.

lo alto de las colinas, los enemigos se dejaron ver, retrocedieron un poco, con su táctica de costumbre, hasta que Curión, dejando la colina, confiara a los campos abiertos sus tropas desplegadas. Éste, creyéndolo una huida, ignorante de aquella artimaña traicionera, en plan de vencedor, descolgó su ejército hasta las llanuras de abajo. Tan pronto como se hizo patente la estratagema y los númidas huidizos cercaron a las columnas, abarrotando los montes por todos los lados, se quedó estupefacto el propio general y, a la vez, la tropa condenada a morir. No buscaron la huida los cobardes, ni los valientes el combate, y menos cuando el corcel no se excita con el clangor de las trompetas ni golpea con sus cascos las peñas, lastimándose la boca que tasca los duros frenos, ni desparrama sus crines, ni entiesa sus orejas, ni se empeña en no estarse quieto con el impaciente meneo de sus patas: fatigada se abate la cerviz, desprenden vaho sus miembros sudorosos, se le pone rígida la boca seca con la lengua fuera, roncos gemidos exhala su pecho, apretado por un resuello incesante, una profunda convulsión contrae fuertemente sus ijares agotados y la espuma, reseca, se le endurece en el bocado lleno de sangre. Y ya no dan un paso más ni azuzados por fustas y aguijadas, ni siquiera estimulados por repetidos espolazos: hiriéndoles, se obliga a andar a los caballos, pero a nadie le aprovechó haber quebrantado la resistencia de sus cabalgaduras, pues aquello no fue un ataque ni una carga: tan sólo se acercan al enemigo y ahorran así distancia a sus proyectiles, ofreciéndose como blanco. Por otra parte, en cuanto el nómada africano lanzó sus caballos contra la columna, las llanuras retemblaron con el estruendo y, desmoronada la tierra, una polvareda tan grande como la que hace voltear el remolino de Bistonia [359] cubrió

[359] Pueblo de Tracia, que está aquí por Tracia entera.

con su nube el aire y trajo consigo las tinieblas. Pero, cuando el sino lamentable de la batalla se abatió sobre la infantería, ninguno de los riesgos propios de los altibajos de todo combate mantuvo indeciso el desenlace, sino que la muerte ocupó cada instante de la lucha [360]; pues ni siquiera fue posible lanzarse al ataque y llegar a las manos. Así, cercados por todas partes, los combatientes se ven abrumados por lanzas que caen oblicuas desde cerca y verticales desde lejos y van a perecer no sólo por heridas y sangre, sino por la lluvia de dardos y el simple peso del hierro. Así pues, una formación tan grande se va apretando en un pequeño círculo y, si alguno, por miedo, se deslizó hacia el centro del conglomerado, apenas se puede revolver sin daño entre las espadas de los suyos; se va espesando el grupo a medida que la primera línea, al ir reculando, comprime su anillo. No hay ya espacio, así de apretujados, para mover las armas y, apelotonados, se lastiman los miembros; el pecho armado se quiebra al entrechocar con otro pecho. El moro victorioso no gozó del espectáculo tanto como se lo brindaba la fortuna; no contempla él ríos de sangre ni caída de miembros ni cuerpos pegando contra el suelo: apretado por la aglomeración, todo cadáver se mantuvo en pie [361].

¡Resucite la Fortuna, para estos nuevos funerales, las sombras odiosas de la siniestra Cartago; acepten esas expiaciones tan siniestras el sanguinario Aníbal y los manes cartagineses! Pero es abominable, dioses del cielo, que el descalabro romano en tierras de Libia beneficie a Pompeyo y los deseos del Senado. ¡Mejor es que África nos derrote en su propio beneficio! Curión, cuando vio a sus huestes diseminadas por las llanuras,

[360] Es decir, mientras duró la lucha, no dejaron de caer romanos ni un momento.

[361] La misma exageración, aunque tal vez no se aparte demasiado de la realidad, en II 203-204 (véase n. 148).

y la polvareda, embebida por la sangre, le permitió contemplar tamaño desastre, no se avino, en esta aflictiva situación, a prolongar su vida ni a esperar la suerte de la huida, sino que cayó en medio de la carnicería de los suyos, resuelto ante la muerte y animoso, aunque con valentía obligada.

¿De qué te sirve ahora haber soliviantado la tribuna rostral y el foro, desde donde, portaestandarte de la plebe en tu ciudadela tribunicia, dabas armas a las gentes? ¿De qué, haber traicionado los derechos del Senado e inducido a enfrentarse en una guerra al yerno y al suegro? Has caído antes de que la siniestra Farsalia confronte a los caudillos y se te ha negado el espectáculo de la guerra civil. Éste es el castigo, cobrado de vuestra propia sangre, que pagáis a la Ciudad desventurada, así expiáis con vuestra garganta la guerra, poderosos. ¡Afortunada Roma, sí, y dichosos los ciudadanos que la habitaran, si a los dioses les pluguiera tanto el cuidado de salvaguardar la libertad como les place el de vengarla! [362]. He aquí que un cadáver famoso sirve de pasto a las aves líbicas, el de Curión, no enterrado en ninguna tumba. Pero nosotros —puesto que de nada sirve callar unos hechos de los que su propia nombradía no consiente olvido alguno del tiempo— te tributamos, joven guerrero, elogios dignos de los merecimientos de tu vida. Ningún otro ciudadano engendró Roma con tan grandes disposiciones naturales, ni a quien más debieran las leyes si hubiera seguido el camino recto; pero por entonces la corrupción de los tiempos causó daños a la Ciudad, una vez que la ambición, el lujo y la temible influencia de las riquezas se llevaron en su atravesada torrentera a los espíritus indecisos; y el punto crucial de los acontecimientos fue el cambio de Curión,

[362] Esto es, el castigar a los que atentan contra la libertad de Roma.

71. — 14

seducido por el botín de los galos y por el oro de César [363]. Aunque se hayan atribuido derecho de espada contra nuestras gargantas el poderoso Sila, el feroz Mario, el sanguinario Cinna y la línea dinástica de los Césares, ¿a quién se le concedió tan alto privilegio? Todos ellos compraron la Ciudad; éste la vendió [364].

---

[363] Como ya se ha apuntado, Curión, enemigo de César, se pasó a su bando por dinero. Las *Adnotationes* dicen que percibió un millón de sestercios; pero esta cantidad, aparentemente considerable, no debió de resolverle gran cosa, si es verdad (así VALERIO MÁXIMO, IX 1) que sus deudas ascendían a sesenta millones de sestercios.

[364] Magnífico epifonema para cerrar el episodio y el canto: los demás gastaron su fortuna para realizar su ambición de poder; sólo Curión recibió una fortuna para saciar la ambición de poder de otro, César.

LIBRO V

SINOPSIS

1-64	**Sesión del senado en el Epiro.**
65-236	**Consulta de Apio al oráculo de Delfos.**
237-373	**Sublevación de las legiones de César.**
374-402	**César en Roma.**
403-721	**Travesía de César hacia el Epiro. Tempestad.**
722-815	**Separación de Pompeyo y Cornelia.**

Así a los caudillos, que habían sufrido alternativamente los descalabros de la guerra, la Fortuna, mezclando contratiempos con éxitos, los mantuvo igualados hasta las tierras de los macedonios. Ya el invierno había esparcido las nieves en el Hemo, y también la Atlántide[365] que cae del gélido Olimpo; y estaba ya próximo el día que da nuevos nombres a los Fastos y que honra el primero a Jano, a la cabeza de los meses del año. Con todo, mientras les dura aún el último residuo de un derecho a punto de caducar, los dos cónsules[366] convocan en el Epiro a los senadores que andaban diseminados a causa de sus obligaciones militares. Extranjera y sórdida era la sede que acogió a los próceres de Roma, y la curia escuchó los secretos de Estado hospedada bajo techos ajenos. Pues ¿quién podría llamar

[365] Las Atlántides o Pléyades, hijas de Atlas y de Pleione, las cuales, perseguidas por Orión, fueron transformadas en palomas y, luego, en estrellas de la constelación de Tauro.

[366] Gayo Cornelio Léntulo (que va a pronunciar seguidamente un discurso) y Marco Claudio Marcelo, cónsules del 49 a. C. Van a cesar muy pronto en su cargo, pues, como dice el poeta, estaba ya próximo el comienzo del nuevo año, el 48, en que los nombres de dos nuevos cónsules se iban a inscribir en los Fastos. El Epiro, donde tiene lugar esta convocatoria del senado, era una región del oeste de Grecia, ribereña del mar Jónico, que coincidía, en su mayor parte, con la actual Albania.

campamento a tantas segures empuñadas conforme a derecho, a tantas fasces?[367]. La insigne cámara enseñó a los pueblos que ella no era el partido del Magno, sino que el Magno estaba en su partido.

Tan pronto como el silencio se enseñoreó de la entristecida asamblea, Léntulo, desde arriba, desde su alto sitial, pronuncia estas palabras: «Si hay en el fondo de vuestros pechos una energía digna del carácter latino y de nuestra sangre antigua, no os paréis a pensar en qué tierra reunidos ni cuán lejos de los techos de nuestra Ciudad cautiva celebramos esta sesión, antes reconoced el aspecto que ofrece vuestra nutrida corporación y, dispuestos como estáis a impartir todo tipo de órdenes, decretad antes de nada, senadores, lo que está claro para reinos y pueblos: que nosotros somos el Senado. Pues aunque bajo el carro helado de la hiperbórea Osa, o donde la zona tórrida y el eje cercado por los calores no permiten a las noches ni a los días crecer desiguales[368], aunque allí nos llevara la Fortuna, el Estado irá con nosotros y el mando supremo en nuestra compañía. Cuando la sede de Tarpeya[369] fue abrasada por las antorchas de los galos, y Camilo residía en Veyos, allí estuvo Roma. Jamás perdió esta cámara sus derechos por cambiar de lugar. César ocupa unos techos entristecidos, unas casas vacías, unas leyes silenciosas y unos foros cerrados por la funesta suspensión de la justicia; aquella curia ve sólo a los senadores a quienes expulsó cuando la ciudad estaba aún llena: de tan alta corporación, todo el que no está en el destierro

[367] Con tantos magistrados y senadores, con los atributos de su poder, aquello no era, dice el poeta, un simple campamento de uno de los dos bandos en lucha: era la curia romana.

[368] La zona ecuatorial, donde noches y días son siempre de la misma duración; hay equinoccio continuo.

[369] Es decir, el templo del Capitolio. La ciudad de Veyos, aludida a continuación, estaba en Etruria y fue, largo tiempo, rival de Roma, hasta ser conquistada por Camilo en el 395 a. C.

está aquí [370]. A los no implicados en crímenes y que vivían tranquilos en una larga paz, los dispersó el comienzo del frenesí de la guerra: todos los miembros vuelven de nuevo a su lugar. Mirad cómo los dioses nos compensan con todas las fuerzas del orbe la pérdida de Italia: yace el enemigo aplastado en las ondas ilíricas [371], en los estériles campos de Libia ha caído Curión, una baza importante del senado cesariano. Enarbolad las enseñas, generales, empujad el curso de los destinos, presentad a los dioses vuestra esperanza y que la Fortuna os dé tan grandes arrestos como os daba vuestra causa cuando escapabais del enemigo. Nuestro mandato se clausura con el final del año: vosotros, cuya autoridad no va a finalizar, deliberad en común, senadores, y ordenad que el Magno sea nuestro caudillo.» Con alborozado clamoreo acoge este nombre el Senado y puso en manos del Magno el destino de la patria y el suyo propio. Seguidamente, se repartieron honores a los reyes y a los pueblos que los merecían: fue agraciada con dones Rodas, la de Febo [372], poderosa en el mar, y también la tosca juventud del helado Taigeto [373]; se elogia a Atenas, antigua en nombradía, y, en atención a su colonia Marsella, se otorga la libertad a la Fócide [374]; además, emparejan en sus alabanzas a Sádala y al bravo Cotis, a Deyótaro, fiel en las armas, y a Rascípolis [375], señor de las heladas riberas; y ordenan que Libia obedezca, por la autoridad del Senado, a Juba como a su rey. ¡Ay, funestos destinos! También a ti, Ptolomeo, el más adecuado ocupante del trono de un pueblo sin lealtad, deshonra de la Fortuna y oprobio de los dioses, se te hizo el don de ceñir tus cabellos con el peso de la diadema de Pela. Una cruel espada recibes, niño aún, contra tus pueblos, ¡y ojalá fuera sólo contra tus pueblos! Se le regaló el palacio de Lago, se le dio por añadidura la garganta del Magno, se privó del trono a su hermana, y al suegro de aquél, de un crimen [376]. Ya disuelta la asamblea, la multitud pide las armas; mientras los pueblos y sus caudillos las disponían ante vicisitudes inciertas y un ciego azar. Apio [377] fue el único que temió abismarse en los inseguros resultados de Marte; pide a los dioses que le revelen el resultado de los sucesos y, para ello, hace reabrir el santuario del oracular Febo en Delfos, que estaba cerrado desde muchos años atrás.

A la misma distancia de la extremidad occidental que de la oriental se empina hacia el cielo con sus dos cumbres el Parnaso, monte consagrado a Febo y a Bromio [378], en honor de cuya divinidad, de doble advo-

---

[370] Afirma Lucano que los senadores sometidos a César son los verdaderos exiliados.

[371] Se refiere a la rendición de Gayo Antonio, en Curicta, ante el jefe de la flota pompeyana Marco Octavio, a la que ha aludido Lucano en el canto anterior, al narrar el episodio de Vulteyo, jefe de una de las naves cesarianas de Antonio.

[372] Decía la leyenda que Rodo, ninfa epónima de la isla, había sido esposa del Sol.

[373] Cadena montañosa de Lacedemonia o Laconia, cuyos habitantes tenían fama de incultos por ser poco habladores.

[374] Véase n. 287.

[375] Sádala vino en ayuda de Pompeyo al frente de unas tropas de caballería, mandado por su padre Cotis, rey de Tracia. Deyótaro, tetrarca de Galacia en Asia Menor, recibió de los romanos el título de rey y se alió con Pompeyo en la guerra civil. Acusado en el año 45 de haber atentado contra la vida de César, fue defendido por Cicerón en su discurso *Pro rege Deiotaro*. Jefe macedonio parece ser Rascípolis, al mando de un contingente de caballería en el bando de Pompeyo.

[376] Ptolomeo XIV, rey de Egipto, hermano de Cleopatra, es descendiente de Lago, fundador de la dinastía y procedente de Macedonia, cuya capital era Pela. Sus esbirros dieron muerte a Pompeyo, como se narrará ampliamente en el canto VIII. Lucano opina que, de este modo, se libró César, suegro de Pompeyo, de cometer ese crimen, dando por supuesto que habría matado a su yerno, de no adelantársele Ptolomeo.

[377] Apio Claudio Censorino, que gobernaba Grecia y estaba bajo las órdenes de Pompeyo. Según los *Commenta Bernensia*, «quiso poner a prueba el oráculo de Delfos, en el que ya no se creía».

[378] Sobrenombre de Baco.

cación, celebran las bacantes tebanas sus festejos trienales de Delfos. Cuando el diluvio dejó las tierras sumergidas, sólo esta cima sobresalió y fue el punto de delimitación entre el mar y los astros. Incluso tú, Parnaso, discriminado por las aguas, apenas descubrías lo más elevado de una peña y quedabas oculto en una de tus cimas. Allí, vengador de su madre expulsada en el momento en que el parto oprimía sus entrañas, Peán [379], con sus flechas todavía inexpertas, dejó tendida a Pitón, en los tiempos en que Temis era reina del territorio y señora de los trípodes [380]. Cuando vio Peán que las anchas grietas de la tierra despedían divinas verdades y que el suelo exhalaba unos soplos locuaces, se escondió en los sagrados antros: allí, agazapado en el santuario, Apolo se convirtió en adivino.

¿Cuál de los dioses está aquí oculto? ¿Qué deidad, descendida del éter, se digna habitar, encerrada aquí, estas ciegas cavernas? ¿Qué dios del cielo aguanta vivir en la tierra, dominando todos los secretos del eterno curso de las cosas y sabedor de lo que va a ocurrir en el mundo, y está dispuesto a revelarse a las naciones, soportando el contacto de los hombres, grande y poderoso como es, ya sea que vaticine el destino, o ya que se convierta en destino lo que él ordena en sus vaticinios? Tal vez una parte importante de la totalidad de Júpiter [381], metida dentro del mundo para regirlo, y

379 Peán es Apolo. Según la leyenda, su madre Latona no podía dar a luz en ningún lugar de la tierra, perseguida como estaba por Juno, la esposa de Júpiter, por celos de que estuviera embarazada de su esposo. Juno envió contra ella a la temible serpiente Pitón. Por fin dio a luz en Delos, isla entonces flotante, a Apolo y Ártemis o Diana. Aquél, a los tres días de su nacimiento, mató a flechazos a la serpiente.

380 Temis es la diosa de la justicia, que «antes del nacimiento de Apolo, predecía el futuro a los mortales» (*Adnotationes*). Los trípodes son los objetos en que se recogía el oráculo.

381 Concepción estoico-panteísta de Júpiter identificado con el mundo, inmanente en él («Júpiter es cada cosa que ves, cada movimiento que haces», dirá Catón en el canto IX 580).

que sostiene en equilibrio el orbe en el espacio vacío, sale por los antros de Cirra [382] y se inhala allí, pero en unión estrecha con el Tonante del cielo. Cuando esta deidad ha encontrado cobijo en el pecho de la doncella, sacudiendo su aliento humano, lo convierte en sonidos y desata la boca de la profetisa, tal como el cráter siciliano se agita en oleaje cuando las llamas presionan al Etna, o como, entre rugidos, derrite las rocas de Campania Tifeo [383], enterrado bajo la eterna mole de Inarime.

Esta divinidad, que está al alcance de todos y a nadie dice que no, sólo se retrae, sin embargo, ante el pecado de la violencia humana. No se formulan allí votos malditos en clandestino susurro, pues, al hacer vaticinios seguros y que nadie puede cambiar, impide a los mortales cualquier deseo; benevolente para con los justos, a menudo concedió asentamiento a quienes abandonaban ciudades enteras, como a los tirios [384], procuró a otros el modo de repeler las amenazas de la guerra, como lo recuerda el mar de Salamina [385], hizo desaparecer los enojos de una tierra estéril, señalando el fin de su mal, y disipó un aire pestilente [386]. No están privadas nuestras generaciones de ningún don de los dioses más importante que el que perdieron con el enmudecimiento

382 Véase n. 19.

383 Espantable monstruo, hijo de la Tierra y del Tártaro, con el cuerpo alado y cien cabezas de dragón, que luchó contra Júpiter y lo venció, pero que después fue fulminado y sepultado bajo el Etna o bien en la isla de Inarime, hoy Ischia, frente a las costas de Campania.

384 Los tirios están aquí por los fenicios —Tiro, ciudad fenicia—, y no está claro si se alude a Cadmo, rey de Fenicia que, guiado por el oráculo, emigró con su pueblo y fundó Tebas.

385 Consultado el oráculo antes de la famosa batalla de los atenienses contra Jerjes, aconsejó que fabricaran murallas de madera, y Temístocles lo interpretó certeramente como que debían luchar con naves.

386 Los escoliastas asignan este favor del oráculo nuevamente a la ciudad de Tebas.

del santuario de Delfos, desde que los reyes tuvieron miedo al porvenir e impidieron hablar a los dioses. Y no se duelen las profetisas de Cirra porque se les haya negado la voz: disfrutan de la suspensión de actividades en el templo. Pues, si el dios penetra en el pecho de alguna, la muerte prematura es el castigo o la recompensa de haber acogido a la divinidad; en efecto, con la conmoción y el oleaje del delirio, la armazón humana se tambalea y los sacudimientos de los dioses resquebrajan las vidas quebradizas. Apio, escudriñador hasta el fondo del destino de Italia, rompe la inmovilidad tan prolongada de los trípodes y los silencios de la vasta roca. El sacerdote, cuando se le ordenó abrir la morada sobrecogedora y hacer entrar a presencia de los dioses a la asustada profetisa, apresó a Femónoe, que andaba paseando, libre de cuidados, en torno a la fuente Castalia [387] y a las soledades de los bosques, y la obliga a precipitarse hacia las puertas del templo. Temerosa de poner sus plantas en el umbral aterrador, la profetisa de Febo pretende con vana añagaza disuadir al general de su pasión por conocer el futuro: «¿Por qué, le dice, te arrastra, romano, una esperanza insana de la verdad? Con la mudez de su hendidura se ha callado el Parnaso y ha silenciado al dios, ya sea porque su soplo ha desertado de estas gargantas y ha desviado su ruta hacia parajes inaccesibles del mundo, ya sea porque, cuando ardió Pitón a causa de las antorchas bárbaras [388], las cenizas fueron a parar a las inmensas cavernas y bloquearon el paso de Febo, o bien Cirra calla por voluntad de los dioses, siendo suficiente que declaren los arcanos del futuro los versos de la vieja Sibi-

[387] Según la leyenda (recogida en ESTRABÓN, IX 3, 5), Femónoe fue el nombre de la primera profetisa de Delfos. La fuente Castalia brota al pie del Parnaso.

[388] Pitón está por Delfos y se alude al ataque de los galos en el 279 a. C.

la a vosotros confiados, o bien Peán, que tiene por costumbre apartar de sus templos a los culpables, no ha encontrado en nuestra época nadie en atención al cual despegar sus labios.»

Quedaron patentes las argucias de la doncella, y su mismo miedo dio fe de la divinidad que negaba. Entonces, una cinta trenzada recoge sus guedejas sobre la frente, y una blanca bandeleta ciñe con el laurel foceo su melena suelta sobre la espalda. Resistiéndose e indecisa como estaba, el sacerdote la empujó a la fuerza dentro del templo. Ella, empavorecida ante el interior profético del recóndito santuario, se detiene en la entrada del sagrado recinto y, simulando la presencia del dios en su pecho tranquilo, pronuncia palabras fingidas, sin poder atestiguar con ningún murmullo de sonidos confusos que su espíritu esté inspirado por el divino delirio; con ello iba a causar un daño no tanto al general, a quien vaticinaba falsedades, como a los trípodes y a la credibilidad de Febo. Sus palabras no entrecortadas por un sonido tembloroso, su voz, que no basta a llenar el espacio de la ancha caverna, su corona de laurel, a la que no sacude ningún erizamiento de los cabellos, el umbral del templo, que seguía inmóvil, y el bosque, tranquilo, eran indicios de que ella había tenido miedo de entregarse a Febo. Se dio cuenta Apio de que los trípodes estaban quietos y, furioso, le grita: «Nos pagarás, impía, el bien merecido castigo tanto a mí como a los dioses, a los que simulas, si no te hundes en lo profundo de la caverna y, al ser consultada sobre una tan gran convulsión del mundo conturbado, no dejas de hablar por ti misma.» Al fin, la joven, despavorida, huyó hacia los trípodes y, adentrada en las vastas cavernas, se quedó quieta y acogió en su pecho por primera vez a la divinidad, que la emanación de la roca, aún no agotada a lo largo ya de tantos siglos, introdujo en la profetisa; adueñándose, al fin, de aquel pecho de

Cirra, más colmado que nunca irrumpió Peán en los miembros de la profetisa de Febo, desalojó a su espíritu anterior y ordenó a su naturaleza humana dejarle a su disposición todo el pecho. Se agita en el delirio, llevando por la gruta un cuello que ella no controla y, dislocadas por el erizamiento de sus cabellos las cintas del dios y las guirnaldas de Febo, da vueltas con su cabeza vacilante por los vanos del templo, desparrama los trípodes que obstaculizan sus pasos sin rumbo y se abrasa en terrible fuego, llevándote a ti, Febo, en plena cólera. Y no te sirves sólo del látigo ni sólo hundes aguijadas y llamas en sus entrañas: también soporta un freno, y no le es dado a la profetisa revelar todo cuanto sabe. Vienen a ella todas las edades en un solo bloque, pesan tantos siglos sobre su pecho lastimoso, se le descubre una tan larga sucesión de acontecimientos, todo el futuro se esfuerza por salir a la luz y los destinos luchan reclamando su voz; no falta a la cita el primer día del mundo, ni el último, ni las dimensiones del Océano ni el número de sus arenas. De igual modo que la Sibila de Cumas en su retiro de Eubea [389], indignada de que su delirio profético estuviera al servicio de múltiples pueblos, del montón tan grande de los destinos seleccionó los de Roma con su mano altiva, así también Femónoe, poseída por Febo, se fatiga mientras con gran dificultad te encuentra a ti, Apio, consultor del dios encubierto en la tierra tesalia, buscándote largo tiempo, oculto como estabas entre destinos tan grandiosos. Entonces fluye por vez primera una rabia desenfrenada a través de su boca espumeante, y unos gemidos, y unos murmullos audibles entre los jadeos de su garganta; seguidamente, un lúgubre alarido resuena en las vastas cavernas y, al fin, doblegada ya la joven, estas

[389] La más famosa de las sibilas, la de Cumas, que profetizó a Eneas su destino, es relacionada con Eubea porque Cumas fue fundada por colonos calcidios procedentes de aquella isla del mar Egeo.

palabras: «Escapas, romano, a las enormes amenazas de las guerras, a salvo de un peligro tan grande, y tú solo disfrutarás la paz en una vasta vaguada de la costa de Eubea [390].» El resto del oráculo lo ahogó Febo, obstruyendo su garganta.

Trípodes guardianes de los destinos, misterios del universo y tú, Peán, dueño de la verdad y a quien los dioses no han ocultado ningún día del porvenir, ¿por qué tenéis miedo a revelar la suerte suprema de un imperio que se derrumba, la muerte de los caudillos, los funerales de los reyes y a tantos pueblos caídos en la sangre de Italia? ¿O acaso no se han decidido todavía las divinidades sobre un crimen tan atroz y, estando aún los astros indecisos en condenar a muerte a Pompeyo, quedan en suspenso tantos destinos? ¿O es que guardas silencio sobre la hazaña de la espada vindicatoria, el castigo de los delirios de grandeza y la tiranía que vuelve otra vez a manos de unos Brutos vengadores [391], para que la Fortuna pueda llevar a cabo todo esto? Entonces, cedieron las puertas al chocar contra ellas el pecho de la profetisa y salió despedida del templo con un salto hacia adelante; persiste su rabia y, por no haber podido revelarlo todo, aún está allí el dios al que no ha logrado expulsar. Todavía hace ella girar sus fieros ojos y su mirada errabunda por el cielo todo, ora con semblante amedrentado, ora torva, con aspecto amenazador; nunca está quieto su rostro; un rubor de fuego tiñe sus labios y la lividez de sus mejillas; y no es la palidez del que tiene miedo, sino del que inspira terror; no descansa su corazón fatigado, sino que, como en su cólera gime el mar después de los roncos soplos del bóreas, así callados suspiros sacuden

[390] En Eubea iba a morir Apio, aunque él lo interpretó como que reinaría sobre ella, según dice el poeta más adelante.

[391] Bruto asesinaría a César, reivindicando la libertad, como otro Bruto la reivindicó antaño expulsando al tirano Tarquinio.

a la profetisa. Y mientras desde la sagrada luz, con la que contempló los destinos, retorna a la normal claridad del día, vinieron a interponérsele las tinieblas. Le introdujo Peán en las entrañas el estigio Leteo[392], para que le arrebatara los secretos de los dioses. Entonces la verdad huyó de su pecho, el futuro regresó a los trípodes de Febo y ella, nada más volver en sí, cae desmayada. Pero la proximidad de tu muerte no te asusta, Apio, engañado como estás por un oráculo ambiguo; sino que, cuando aún estaba sin decidir la jurisdicción sobre el mundo, te disponías, llevado de una vana esperanza, a usurpar el dominio de la eubea Cálcide. ¡Ay, insensato! Que no sientas ninguno de los fragores de la guerra y que te veas libre de las catástrofes del mundo ¿cuál de los dioses puede procurártelo, salvo la Muerte? Ocuparás los apartados rincones de la costa de Eubea sepultado en una tumba digna de recordación, por la zona donde estrechan las angosturas del mar la rocosa Caristo y Ramnunte, que da culto a divinidades enemigas de los altaneros; por donde el mar, encajonado, hierve en su vertiginosa corriente y el Euripo arrastra, cambiándoles el rumbo sus aguas, a las naves calcídicas hacia Áulide, funesta para las flotas[393].

Entretanto, después de someter a los iberos, regresaba César dispuesto a llevar a otra zona del mundo sus águilas victoriosas, cuando el curso de sus destinos, tan largo en éxitos, a punto estuvieron de torcerlo los dioses. Pues, sin hallarse presionado por Marte alguno, dentro mismo de las tiendas de su campamento temió

[392] Río de los infiernos, cuyas aguas hacían olvidar la vida anterior.

[393] Caristo es una ciudad de la costa meridional de Eubea. Ramnunte, en el Ática, frente a Eubea, tenía un santuario de Némesis, diosa de la venganza. El estrecho de Euripo (hoy Negroponte) separa Eubea de Beocia. Áulide, ciudad marítima de Beocia, donde peligró la flota griega en su marcha hacia Troya.

el general perder el fruto de sus crímenes, cuando sus tropas, leales a lo largo de tantas campañas, pero al fin hartas de sangre, por poco abandonan a su caudillo, bien sea que la trompeta, temporalmente silenciada en su lúgubre toque, y la espada, fría dentro de la vaina, hubieran ahuyentado su furia bélica, bien porque la tropa, pretendiendo alcanzar recompensas mayores, abomine de su causa y de su general y ponga a la venta una vez más sus espadas chorreantes de crímines. En ninguna otra crítica situación tuvo César una experiencia más clara de que no lo oteaba todo desde una atalaya estable, sino oscilante, y de que se mantenía apoyado sobre arenas movedizas. Mutilado de tantas tropas que se le iban y abandonado casi a su propio acero, el que arrastraba a la guerra a tantos pueblos aprende ahora que las espadas desenvainadas no son del general, sino de los soldados. No había ya una murmuración medrosa ni una cólera oculta en el fondo del pecho, pues el motivo que suele atenazar a los corazones indecisos —cuando cada uno teme a aquellos a quienes él mismo inspira temor y piensa que sólo él siente el peso de las injusticias de los tiranos— no los retiene. Efectivamente, la propia muchedumbre, con su audacia, les había liberado de sus temores: el delito que se comete entre muchos, queda sin castigo. Lanzaron amenazas: «Séanos dado, César, alejarnos de esta rabia criminal. Buscas por tierra y por mar un hierro para nuestras gargantas y te dispones a sacrificar nuestras vidas sin valor frente a un enemigo cualquiera; una parte de nosotros te la arrebató la Galia, otra parte Hispania con sus duras campañas, parte yace en Italia, y en todo el orbe, en tanto tú vences, tu ejército va muriendo. ¿De qué sirve haber derramado la sangre en los territorios del Norte, sometidos el Ródano y el Rin? En premio de tantas guerras me has hecho el don de la guerra civil. Cuando tomamos las moradas de la patria con la ex-

pulsión del senado, ¿a qué hombres o a qué dioses se nos permitió despojar? [394]. Acometemos todo tipo de impiedades, culpables por nuestras manos y nuestro acero, inocentes por nuestra pobreza. ¿Cuál es el acabamiento que se busca para las armas? ¿Qué podrá ser bastante, si Roma es demasiado poco? Echanos una mirada, ya encanecidos como estamos, contempla nuestras manos sin fuerzas y nuestros brazos sin energía. Se nos fueron los goces de la vida, en guerras hemos consumido nuestra existencia: deja a unos ancianos ir a la muerte. He aquí unas demandas exorbitantes: que se nos permita no extender nuestros miembros moribundos en el duro suelo, no golpearnos el casco con nuestro último aliento, al escapársenos la vida, ni buscar en vano una diestra para que nos cierre los ojos al morir; fallecer entre las lágrimas de nuestra esposa y saber que tenemos dispuesta una pira sólo para nuestro cadáver; que se nos permita poner fin a nuestra vejez con los achaques normales; que haya para los que están a las órdenes de César alguna otra muerte que no sea la de la espada. ¿Por qué intentas arrastrarnos con esperanzas como si no supiésemos para qué horrores se nos prepara? ¿Hasta tal punto somos los únicos en ignorar cuál es el crimen que reporta mayor recompensa en las guerras civiles [395]? De nada han servido las campañas si todavía no se comprende que estas manos lo pueden todo. Ni la ley divina ni los vínculos del derecho nos impiden tal audacia: en las aguas del Rin César era para mí el general, aquí es un cómplice; el crimen, a los que mancha, los hace iguales. Además de que, por ser un desagradecido el que valora nuestros méritos, nuestro arrojo no sirve para nada: todas nuestras hazañas se llaman buena suerte. Sepa que nosotros somos su destino. Aunque esperes que los dioses te secunden en todo, si tus soldados se te rebelan, habrá paz.» Tras estas palabras, había empezado la tropa a correr acá y allá por todo el campamento y a reclamar al general con rostro hostil. Que así sea, oh dioses: puesto que tanto la piedad como la lealtad nos abandonan y sólo nos queda esperanza en la perversión moral, ¡que la discordia ponga fin a la guerra civil!

[394] «Es sorprendente que Lucano rinda a César este tributo que va a perdurar en su poema» (Duff, *ad loc.*).

[395] El de traicionar y asesinar al general en jefe, como explican los escoliastas. Hay aquí una amenaza de los sublevados.

¿A qué general no hubiera aterrorizado aquella sublevación? Pero César, acostumbrado a precipitar los destinos y gozoso de poner a prueba su buena suerte a través de los peligros más graves, se presenta ante ellos; y no espera a que se amortigüe la cólera: se apresura a desafiar de lleno sus furias. No les hubiera negado ciudades ni templos que saquear, ni siquiera la morada tarpeya de Júpiter [396] ni las madres y nueras de los senadores para hacerles sufrir indecibles ultrajes. Desea, sin duda, que le pidan todo tipo de atrocidades, desea que gusten de las recompensas de Marte: lo único que le asusta de su tropa feroz es la sensatez. ¿No te avergüenza, ay, César, que sólo a ti te agraden unas guerras ya condenadas por tus propias tropas? ¿Sentirán éstas disgusto de la sangre antes que tú? ¿Será para ellas agobiante el derecho de la espada y tú, en cambio, lo avasallarás todo, lo lícito y lo ilícito? Cede ya al cansancio y aprende a encontrar soportable la vida sin armas; sea dado poner fin a tus crímenes. ¿Qué persigues, cruel? ¿Por qué acucias a quienes ya no quieren? La guerra civil se te escapa. Se mantuvo a pie firme, impertérrito de semblante, sobre el terraplén de consistente cepellón, y su falta de miedo le granjeó el temor de la tropa; y profiere estas palabras dictadas

[396] Su templo en el Capitolio. Flagrante contradicción con lo afirmado en el verso 271.

por la cólera: «Tú, soldado, que hace un momento con tu rostro y tu diestra mostrabas tu furor contra un ausente, aquí lo tienes a pecho descubierto y expuesto a tus heridas. Huye, si te place el fin de la guerra, tras hundir en mí tu espada. Revelan espíritus cobardes una sedición sin arrojo ni osadía y unos combatientes que sólo planean la deserción y están cansados de los éxitos de un general invicto. Marchaos y dejadme con mis destinos para continuar la guerra. Encontrarán manos estas armas y, cuando me haya deshecho de vosotros, la Fortuna me dará a cambio tantos guerreros cuantos dardos queden vacantes. ¿O es que, si a Magno, en su huida, le siguen pueblos de Hesperia con tan nutrida flota, a mí no va a procurarme la victoria una hueste que sólo tiene que recoger el premio de una guerra ya decidida y, llevándose la recompensa de vuestro esfuerzo, acompañar, sin herida alguna, los carros cubiertos de laureles? Y vosotros, ancianos, chusma despreciable y sin gota de sangre, seréis simples espectadores, ya como plebe romana, de nuestros triunfos. ¿O imagináis que la carrera de César puede acusar la mengua que supone vuestra deserción? Igual que, si todos los ríos amenazaran con retirar las aguas que vierten en el mar, jamás descendería su nivel, aunque se le sustraigan estos caudales, como tampoco ahora crece con ellos. ¿O acaso pensáis que me habéis prestado alguna ayuda decisiva? Jamás la providencia de los dioses se rebajará de forma que los destinos se preocupen de la muerte y de la vida de gentes como vosotros: todo esto va a remolque de las acciones de los hombres de pro; el género humano vive en función de unos pocos. Tú que, militando bajo mi nombre, fuiste el terror de los pueblos de Iberia y de los del Norte, al mando de Pompeyo, sin duda, serías un fugitivo. Labieno[397] era un valiente en el ejército de César: ahora, vil desertor, tierras y mares recorre en compañía del jefe de sus preferencias. Y no es para mí mejor vuestra lealtad por el hecho de que terminéis la guerra sin tenerme como enemigo ni como general. Todo el que abandona mis enseñas y no brinda sus armas al bando de Pompeyo, es que jamás quiere ser mío. Sin duda este campamento goza del favor de los dioses, que no han querido embarcarme en tan grandes combates sino después de renovar mis soldados. ¡Ay, qué enorme carga me quita la Fortuna de los hombros ya rendidos por su peso! Me es dado desarmar unas diestras que lo ambicionaban todo, para las que este universo no es suficiente: desde ahora libraré las batallas, sí, en mi propio provecho. ¡Fuera del campamento!; entregad mis enseñas a guerreros de verdad, cobardes quirites[398]. Pero a los pocos por cuya iniciativa prendió este desvarío, no es César, sino el castigo que merecen quien exige que se les retenga. Postraos en tierra y tended vuestra cabeza desleal y vuestros cuellos al golpe del hacha. Y tú, recluta inexperto, en cuya firmeza, y sólo en ella, descansará en adelante el campamento, contempla las ejecuciones: aprende a matar y aprende a morir.» Tembló ante estas feroces palabras de acento amenazador la muchedumbre enervada, y a un solo hombre una tropa tan numerosa, que podría convertirlo en simple particular, le tiene miedo, como si tuviera poder sobre las propias espadas y fuera capaz de poner en movimiento el hierro incluso contra la voluntad del soldado. El propio César tiembla de que armas y diestras se nieguen a ejecutar este crimen: el acatamiento sobrepasó las esperanzas del sanguinario caudillo y le procuró las gargantas, no sólo las

[397] Fue durante varios años legado de César en las Galias. Se pasó a Pompeyo en el año 49 a. C. y dejó, en efecto, de tener éxitos militares.

[398] Llamarlos «quirites» era no reconocerlos ya como soldados, sino como paisanos licenciados. El efecto que causó en la tropa este apelativo fue enorme y se hizo famoso en la Antigüedad (Tácito, *An.* I 42, 4; Suetonio, *Diuus Iulius* 70, 2).

espadas [399]. Nada domina más a los espíritus acostumbrados al crimen que el impulso de matar y de morir. Con la rúbrica de tan siniestro pacto se consiguió la calma, y con el castigo volvió el sosiego a los soldados.

Da órdenes de alcanzar Brindis en diez jornadas y de que se den cita allí todas las embarcaciones que tienen en sus fondeaderos el inaccesible Hidrunte, la antigua Tarento, las apartadas costas de Leuca, la laguna Salpina y Sipunte, plantada al pie de unas montañas, por donde el fértil Gargano, rodeando la costa ausonia y expuesto al bóreas dalmático y al austro calabrés, sale, viniendo a Apulia, a las aguas del Adriático [400]. El propio César, seguro sin ninguna escolta militar, alcanza la asustada Roma, que había aprendido a ser esclava de un hombre de toga, y, sin duda por indulgencia con el pueblo que se lo suplicaba, a la suprema magistratura le tocó en suerte un dictador y llenó de júbilo los Fastos con su consulado [401]. En realidad, todos los apelativos con los que ya desde tanto tiempo atrás calificamos a nuestros dueños [402], los inventó por vez primera aquella época en que César, para que no le faltara

[399] Es decir, fueron delatados los culpables de la sedición y se ofrecieron ejecutores voluntarios.

[400] Aparte de la ya conocida Brindis, descrita ampliamente por el poeta en el canto II 610 ss., alude aquí Lucano a las siguientes ciudades: Hidrunte, hoy Otranto, en la costa oriental de la antigua Calabria; Tarento, hoy Taranto, una de las ciudades más florecientes de la Magna Grecia, tomada por los romanos en el 272 a. C.; Leuca, en la costa jónica, en el extremo de la península; Salpina parece relacionada con una ciudad de la Apulia Daunia, hoy «villaggio di Salpi nella Capitanata» (L. Carelli, trad. it., Turín, 1954, *ad loc.*); Sipunte, ciudad marítima de la Apulia, hoy Santa Maria di Siponto, junto a Manfredonia; Gargano es un promontorio de la misma región, que se adentra en el Adriático.

[401] Ironía del poeta. César, ya dictador, preside él mismo los comicios en los que se le elige cónsul para el 48 a. C., lo que es un honor para dicha magistratura.

[402] «Dueños» o «amos» sería, para Lucano la calificación justa, que se enmascara con otros nombres con visos de legalidad o eufemísticos.

ninguno de los derechos del hierro, se empeñó en combinar con las espadas las segures ausonias y añadió las fasces a las águilas [403] y, usurpando el nombre, aún vacío, de «imperio», consignó aquellos afligidos tiempos con la marca adecuada; pues ¿con qué cónsul podía ser mejor estigmatizado el año de Farsalia? El Campo de Marte brinda un remedo de las elecciones anuales: recoge los sufragios de un pueblo no admitido a votar, canta los nombres de las tribus y les da vueltas en una urna vacía [404]. Y tampoco se permite observar el cielo [405]: truena, y el augur está sordo; y se jura que las aves son favorables, con el búho volando por la izquierda. Entonces por primera vez, desposeído de toda autoridad, desaparece el poder consular antaño venerable; tan sólo para que la sucesión de los días no carezca de nombre, el cónsul nombrado para un mes designa los períodos en los Fastos [406]. Además, la divinidad que preside la troyana Alba [407], sin que se le debieran los sacrificios solemenes, por hallarse el Lacio sometido, vio el final de las ferias latinas en la noche iluminada.

[403] Esto es, reunió el poder civil —segures y fasces— y el militar —espadas y águilas—. Desde entonces, el nombre de «imperio», que designaba el mando supremo del éjercito, empezó a llenarse de un significado político del que carecía.

[404] Simulando que contiene unos votos que no existen, porque no se ha votado.

[405] Era preceptivo que los augures tomaran los auspicios antes de la elección, y ésta debía aplazarse si se observaba algún signo desfavorable.

[406] Otra exageración del poeta. Durante el imperio, en efecto, comenzaron a nombrarse cónsules más de una vez al año; eran ya un cargo honorífico concedido por el emperador. Pero en este año 48 sólo hubo dos cónsules: César y su colega Publio Servilio Vatia. Cuando había más de un nombramiento de cónsules a lo largo del año, los que ocupaban el cargo al empezar el año daban sus nombres a éste, inscribiéndolos en los fastos.

[407] Júpiter Laciar. Sobre él y las ferias latinas, véanse nn. 44 y 88.

Seguidamente, emprende una marcha apresurada y, más veloz que el rayo y que la tigre parida, atraviesa las campiñas que el indolente apulio ha dejado sin el trabajo de la azada y ha entregado a la hierba estéril; ganando las minoicas [408] moradas de la sinuosa Brindis, encuentra sus aguas bloqueadas por los vientos del solsticio hiemal y a las tripulaciones asustadas por el clima del invierno. Vergonzoso le pareció al jefe que el tiempo de acelerar la guerra hubiera desembocado en cobardes demoras y que estén retenidos en el puerto, mientras el mar se abre seguro incluso para hombres no afortunados [409]. Y a unos espíritus no avezados al mar les infunde energía de esta manera: «Los vientos invernales, cuando se han apoderado del cielo y del mar, los dominan con más fuerza que aquellos a los que la traidora inconstancia de la nubosa primavera impide abatirse seguros. Y nosotros no tenemos que recorrer las anfractuosidades del mar y sus costas, sino que hemos de surcar derechamente las olas y con sólo la ayuda del aquilón [410]. Ojalá que él encurve la cofa del remate del mástil, se abata con furia y sople sin parar hasta las murallas griegas, para que los pompeyanos, saliendo de toda la costa de los feacios [411], no puedan apresar, a golpe de remo, nuestras velas fláccidas.

[408] Por el origen cretense —Minos, rey de Creta— de los fundadores de Brindis.

[409] Es decir, a los pompeyanos, que pudieron escapar de Brindis por mar, a pesar del cerco de César, según se ha narrado en el canto II.

[410] «Lucano parece hacer hablar aquí a César de acuerdo con la concepción errónea de una Italia extendida de N. a S. — en lugar de como está, de NO. a SE., en el mismo sentido con que se consideraba también, p. ej., que discurrían los Pirineos—. Por ello, no es de extrañar que se figure que vientos del N. (en el v. 646 del canto II, el bóreas; aquí, el aquilón) sirvan para llegar desde Brindis al Epiro, que —con el cambio equivocado de «inclinación»— resulta más sureño. En los vv. 720-721 de este mismo canto reaparecerá la misma concepción» (MARINER, *ad loc.*).

[411] Míticos habitantes de la isla de Corcira, hoy Corfú.

Romped las amarras que retienen a estas afortunadas proas; ya hemos desperdiciado por un tiempo excesivo las nubes y las furiosas olas.»

Habían salido las primeras estrellas del firmamento, al deslizarse Febo bajo las aguas, y la luna ya había proyectado sombras por sí misma, cuando todos a la vez desamarraron las naves, los cables dejaron completamente flojos los pliegues, y la marinería, doblando las vergas, inclina las velas con la escota a babor y, desplegando las altas gavias, recoge las brisas que se iban a desperdiciar. Apenas, al principio, un viento bastante ligero empieza a empujar las velas hasta hincharlas un poco, cuando, encogiéndose de nuevo hacia el mástil, quedaron colgantes en medio del navío; y, dejada atrás la tierra, la brisa no es capaz de seguir los bajeles que ella misma había impulsado. La superficie del mar reposa inmóvil; encadenadas en profundo letargo, las olas se quedaron quietas, con menos movimiento que las lagunas estancadas. Así de inmóvil se mantiene el Bósforo, apretando las aguas de Escitia, cuando el Danubio, agarrotado por la helada, no hace presión sobre el estrecho, y el mar inmenso se cubre de hielo; el agua atenaza a cuantas embarcaciones logra apresar, el jinete no quiebra la superficie que le brinda camino hacia las velas, ni la rueda del beso [412] nómada rompe la Meótide que resuena en su corriente oculta. Salvaje es la calma del mar e inertes, en el lóbrego abismo, los estancamientos del agua en reposo; como abandonada por la naturaleza que la gobierna, la llanura líquida está paralizada, y el mar, olvidándose de conservar sus antiguos movimientos alternados, no se agita en la marea, no se encrespa trémulo, no centellea con el reflejo del sol. Las embarcaciones de César, allí clavadas, quedaron expuestas a innumerables vicisitudes; de una parte, unas

[412] Pueblo de Tracia que, en su nomadismo, cruza con sus carros, según el poeta, la Meótide o mar de Azov.

flotas hostiles capaces de mover con sus remos las aguas inertes; de otra, el hambre, que se presentaría con especial gravedad para unos hombres bloqueados por la inmovilidad del abismo. Votos nuevos fueron inventados para un tipo de temor nuevo: pedían olas y desaforadas violencias de los vientos, con tal que el agua se sacudiera los agarrotados estancamientos y fuera un mar. Por parte alguna había nubes ni amenaza de olas; con la calma chicha del cielo y del mar se les fue toda esperanza de un naufragio. Pero, ahuyentada la noche, el día alzó su luz empañada por nubes, sacudió poco a poco las profundidades del piélago y suscitó en los navegantes la impresión de que se movían los montes Ceraunios [413]. Seguidamente, empezaron a ser arrastrados los navíos y a seguir las ondulaciones de la superficie la flota, la cual, deslizándose ya a favor del viento y del oleaje, echó anclas en las arenas palestinas [414].

La primera tierra que vio a ambos caudillos asentarse con sus campamentos frente a frente fue aquella a la que circundan con sus riberas el arrebatado Génuso y el Hapso [415], más tranquilo. La causa de que el Hapso sea navegable es una laguna, a la que de forma imperceptible va desaguando con su plácida corriente; en cambio, al Génuso le dan un curso precipitado las nieves derretidas ya por el sol, ya por la lluvia. Ni uno ni otro llega a cansarse por la longitud de su cauce, sino que, por la proximidad de la costa, conocen un mínimo trecho de terreno. En este lugar enfrentó la Fortuna a dos nombres de fama tan grande, y el mundo infortunado albergó la vana esperanza de que los generales,

[413] Los montes Ceraunios o Acroceraunios, en el Epiro, hoy montes Kimara.

[414] De Paleste —hoy Palasa—, la ciudad más septentrional de la Caonia en el Epiro, sobre la costa.

[415] Ríos de Macedonia.

al estar separados por un pequeño espacio de la llanura, pudieran condenar el sacrilegio que habían promovido; pues les es posible distinguir sus rostros y escuchar sus voces, y el que durante muchos años fue, Magno, tu querido suegro, tras la pérdida de unas prendas tan estimadas y la muerte de sus nietos [416], vástagos de una malhadada unión, no te vio más cerca que ahora sino en la arena del Nilo [417].

La frenética inclinación de César a trabar combate se vio forzada a soportar un aplazamiento de los crímenes por los partidarios que había dejado atrás. El jefe de todas estas fuerzas era el audaz Antonio [418], que ya entonces, en la guerra civil, tramaba lo de Léucade. Como él se demoraba, César le emplazó una y otra vez con amenazas y ruegos: «Tú, ay, culpable de tan grandes sufrimientos del mundo, ¿por qué retienes a los dioses y a los destinos? Las demás campañas se han acabado con la rapidez que me caracteriza; la fortuna reclama ahora de ti la última mano de una guerra que ha ido sin parar de victoria en victoria. No es la Libia, cortada por las Sirtes y su bajíos, la que nos separa con la peligrosa agitación de sus aguas. ¿O es que hemos confiado tus armas a un abismo sin explorar y te ves arrastrado a avatares desconocidos? ¡Cobarde! César te ordena venir, no partir. Yo mismo, por en medio de los enemigos, he pisado antes unas arenas en poder de otros: ¿y tú tienes miedo a mi campamento? Me quejo de que se están desperdiciando las ocasiones que nos depara el destino, gasto mis votos en ruegos a los vientos y al mar. No detengas a quienes anhelan atravesar

[416] Parece que, en efecto, Julia dio dos hijos a Pompeyo, ambos muertos en la infancia.

[417] Es decir, ya muerto y decapitado.

[418] Marco Antonio, el futuro triunviro, que será luego derrotado en Léucade, por Augusto, el sucesor de César, en la batalla de Accio. Lucano parece insinuar aquí que Antonio era ya ahora desleal a César.

incluso un mar inseguro: si yo los conozco bien, esos guerreros estarán deseando llegar a las armas de César aun a costa de un naufragio. Ya tengo que utilizar palabras de indignación: no nos hemos repartido el orbe de forma equitativa: César, con el Senado en pleno, ocupa el Epiro, mientras que tú, para ti solo, posees Ausonia.» Después de ver que, acuciado en estos términos tres y cuatro veces, seguía quieto, convencido de que era él el que agraviaba a los dioses y no los dioses a él, se atreve a afrontar, a través de peligrosas tenieblas y por propia iniciativa, el estrecho al que aquellos, a quienes se les ordenaba hacerlo, tenían miedo; sabía por experiencia que las temeridades encuentran siempre un dios favorable y abriga la esperanza de remontar con una pequeña barca las olas temibles para las escuadras.

Había puesto una tregua a los fatigosos afanes de las armas la noche relajante, breve descanso para los desventurados en cuyos pechos su condición humilde infunde un sueño reparador; ya estaba callado el campamento, ya el tercer turno de guardia había relevado a los centinelas del segundo: César, con inquieto paso a través del vasto silencio se dispone a una empresa que apenas osarían los esclavos [419] y, dejándolos a todos a su espalda, elige a la Fortuna como única compañía. Cuando, tras rebasar el espacio de las tiendas, saltó por encima de los cuerpos de los centinelas rendidos al sueño —lamentándose en su interior de que pudiera burlarlos—, recorre el curvo litoral y encuentra en el borde de las aguas una barca sujeta por una cuerda a unas rocas carcomidas. Albergaba al piloto y dueño de la embarcación, no lejos de allí, una casa tranquila, que no se sostenía apoyada en vigas de madera, sino que estaba entretejida con juncos estériles y cañas de pantanos, y protegida en su flanco expuesto al mar por un

[419] Cuyas vidas no tenían valor alguno.

falucho invertido. César golpeó con la mano dos y tres veces estas puertas, lo que hizo que el techo se tambaleara. Amiclas se lenvanta del blando lecho que le proporcionaban unas algas: »¿Quién es el náufrago, dijo, que se acoge a mi techo, o a quién ha obligado la fortuna a recabar ayuda de mi cabaña?» Tras estas palabras, retirando del alto montón de pavesas ya tibias un trozo de cuerda, recebó una chispa minúscula hasta provocar la llama, sin preocuparse para nada de la guerra: sabe que el botín de las guerras civiles no son las cabañas. ¡Oh, qué seguros los recursos de la vida del pobre y la estrechura de sus lares! ¡Oh regalos de los dioses, aún no comprendidos! ¿A qué templos o murallas pudo ocurrirles que no se echaran a temblar con ninguna alarma cuando golpeaba sus puertas la mano de César? Luego, abierta ya la puerta, dice el general: «Ten aspiraciones más grandes que las de tus modestos votos y ensancha tus esperanzas, joven: si, obedeciendo mis órdenes, me llevas a Italia, de ahora en adelante no lo deberás todo a tu barca y a tus manos [ni podrá decirse que, deplorando tu molesta pobreza,] [420] pasas tu vejez en la indigencia. No dudes en poner tus destinos en manos de un dios que quiere colmar de riquezas inesperadas tus estrechos penates.» Así le dice, sin saber hablar el lenguaje de un simple particular, a pesar de ir recubierto de un manto plebeyo. El pobre Amiclas responde a su vez: «Muchos signos ciertamente desaconsejan confiarse esta noche al mar. Pues el sol no dejó tras sí en la superficie de las aguas nubes rutilantes ni presentó rayos concordes: repartida su luz, una parte de Febo reclamaba al noto, la otra, al bóreas. Además, al ponerse, estaba agotado y sin fuerzas en el centro de su disco, permitiendo, con su débil luz, que los ojos pudieran mirarle. Tampoco la luna apareció brillante con delga-

[420] El texto entre corchetes es traducción de dos medios versos —final del 534 y comienzo del 535— insertados por Housman para colmar una probable laguna de los mss.

dos cuernos y vaciadas con nitidez las concavidades del centro de su círculo, ni prolongó sus finas extremidades en rectos cuernos; su color rojizo era señal de vientos; luego, tornándose pálida, presentó un aspecto lívido, mustia en su semblante a punto de entrar bajo una nube. Más aún, no me agradan ni el movimiento de los bosques, ni el batir de las olas en la costa, ni el delfín que empuja inseguro la superficie del mar, ni que el somormujo prefiera irse a lo seco, ni que la garza se atreva a volar tan alto, confiando en sus alas acuáticas, ni que, salpicándose de agua la cabeza como si anticipara la lluvia, recorra el litoral, con paso tambaleante, la corneja. Pero si lo requieren circunstancias críticas de grandes acontecimientos, no dudaré en prestar mis manos: o arribaré a la costa que se me ordena o el mar y el viento, que no yo, lo impedirán.» Esto dice, y, desamarrando la barca, da las velas a los vientos; al empuje de éstos no sólo las estrellas que se deslizan por la parte superior de la atmósfera dejaron tras sí, en su desplazamiento, estelas divergentes, sino que incluso los astros que se mantienen fijos en lo más elevado del cielo parecieron sufrir una sacudida. Tinieblas espantosas oscurecen las espaldas del mar, hierve en largo trecho, a través de múltiples vaivenes, la onda amenazante, y las olas, inseguras respecto al soplo siguiente, atestiguan en su agitación las borrascas que llevan en su seno. Entonces, el piloto de la temblequeante embarcación habla así: «Mira qué gran horror está preparando el piélago cruel: no está claro si va a desencadenar los céfiros o los austros; el mar, indeciso, golpea la barca por todos los lados. Por el aspecto de las nubes y del cielo, es el noto; si nos atenemos a los bramidos del oleaje, el mar va a estar dominado por el coro [421]. Con

[421] El noto, viento del Sur, es el austro inmediatamente anterior; el coro, viento del Noroeste, casi coincide con el céfiro, que sopla del Oeste.

tan gran torbellino ni barca ni náufrago tocarán las costas itálicas: renunciar al viaje y volver atrás de esta ruta que tenemos prohibida es nuestra única salvación. Permíteme arribar a la costa con mi zarandeada barca, no sea que la tierra más cercana vaya a quedar demasiado lejos.»

César, confiado en que todos los peligros cederían ante él, le replica [422]: «No hagas caso a las amenazas del mar y despliega las velas a la furia del viento. Si rehúsas dirigirte a Italia porque desconfías del cielo, hazlo por confianza en mí. La única causa que justifica tu temor es no conocer a tu pasajero, al que las divinidades jamás abandonan, con el que la Fortuna se porta mal cuando no se adelanta a sus deseos. Rompe por en medio de la tempestad, seguro con mi protección. Éste es un aprieto que concierne al cielo y el mar, no a nuestra barca: a ésta, que lleva el peso de César, su carga la defenderá de las olas. Y no se concederá una larga duración a la furia salvaje de los vientos: esta barca será de utilidad para las aguas. No dobles con tu mano el timón, aléjate a toda vela de las costas próximas. Puedes estar seguro de haber alcanzado el puerto de Calabria [423] en el momento en que ya no pueda brindarse otra tierra a la barca y a nuestra salvación. Lo que se fragua con una tempestad tan aparatosa, tú lo ignoras: con todo este alboroto del mar y del cielo la Fortuna está buscando ocasión para dispensarme un favor». Sin dejarle hablar más [424], un torbellino impetuo-

[422] Todos los estudiosos de la obra de Lucano concuerdan en que César, en este episodio de la tempestad, por su serenidad y por su soberbia, aparece como algo sobrehumano, igual, o incluso superior, a los dioses y al destino. Esto se ve en sus dos parlamentos, el que aquí comienza y, sobre todo, el segundo (vv. 653-671). Al episodio se refiere Valerio Máximo, IX 8, 2, en su apartado «De temeritate».

[423] Brindis, adonde se dirigía César para recoger las tropas de Antonio, que no se atrevía a cruzar el Adriático.

[424] En los vv. 593-653 se describe el «climax» de la tempestad.

so, sacudiendo el esquife de arriba abajo, arrancó los cables a pedazos y se llevó las velas en volandas por encima del frágil mástil; crujió el entablado de la barca, al ceder su trabazón.

Desde este momento acuden en tromba los peligros concitados del mundo entero. Antes que ninguno sacas la cabeza, coro, del Océano Atlántico, removiendo las olas. Ya, bajo tu arremetida, el mar estaba furioso y había erguido todas sus ondas contra los acantilados; mas corre a enfrentársele el gélido bóreas y hacer recular al oleaje, y el mar queda en suspenso, dudoso sobre a qué viento ceder. Pero se impuso la violencia del aquilón [425] escítico: volteó las aguas y convirtió en bajíos las arenas, al ocultarlas en el fondo. Con todo, no consigue el bóreas llevar el oleaje hasta los acantilados, sino que rompe las aguas que él domina contra las olas levantadas por el coro: pueden así seguir entrechocando las aguas agitadas incluso si se les retiran los vientos. Estoy por creer que no estuvo inactiva la furia amenazante del euro; que el noto, oscuro de aguaceros, no se quedó quieto bajo la prisión de la roca de Eolo; y que todos ellos [426], precipitándose desde su zona habitual, defendieron con violento torbellino sus propios territorios: de este modo, los mares en su conjunto permanecieron en su sitio. Pues las aguas de cada uno de los mares en particular, se las llevan los vientos en la

---

Cuatro son las tempestades descritas por Lucano en el poema (además de ésta, las de IV 48-120; IX 319-347 y 445-492), pero ésta del canto V es la más larga y la que ha sido objeto de más atención por parte de los estudiosos. El análisis más cuidadoso de las tempestades de la *Farsalia* se encuentra en M. P. O. MORFORD, *The purpose of Lucan's Bellum Civile*, tesis doct., Yale Univ., 1970, caps. 3 y 4.

[425] Es el nombre latino del bóreas, viento del Norte.

[426] Con la mención del euro, viento del Este, ha enumerado el poeta los que soplan de los cuatro puntos cardinales: bóreas o aquilón (N.), noto o austro (S.), euro (E.), coro (O.). Según la tradición, Eolo los tenía aprisionados en una caverna de las islas eolias o Lípari, al norte de Sicilia, y los soltaba para desencadenar las tempestades.

rebatiña de sus borrascas: el Tirreno pasó a las ondas del Egeo, el Adriático emigra y resuena en el mar Jónico. ¡Ah! ¡Montañas batidas en vano —¡cuántas veces!— por las olas, aquel día las derrumbó! ¡Qué excelsas cimas echó abajo la tierra derrotada! En ningún litoral se levantan olas tan poderosas: vinieron del gran mar [427], rodando desde otro hemisferio; el agua que rodea al mundo impulsa estas monstruosas oleadas. Así, el que rige el Olimpo, estando ya su rayo fatigado, buscó ayuda en el tridente de su hermano para castigar a las generaciones, y la tierra se incorporó al segundo reino [428] cuando el mar envolvió a todas las gentes, cuando Tetis no quiso aguantar ningunas riberas, satisfecha de no tener más límites que el cielo. A la sazón, además, tan imponente masa de agua hubiera crecido hasta los astros, si el señor de las divinidades celestes no hubiera comprimido las ondas con las nubes. No fue aquella la noche normal del firmamento: queda la atmósfera oculta y velada con los tintes mortecinos de la mansión infernal; se viene hacia abajo con el peso de los nimbos y la ola absorbe la lluvia en las propias nubes. La luz, incluso la que inspira temor, desaparece, y ni siquiera cruzan brillantes los relámpagos, sino que el aire, tupido de aguaceros, estalla sin romper la oscuridad [429]. Luego, la bóveda de los dioses se estremece, retumbaron las alturas del cielo y, sacudida su trabazón, pasan apuros los polos. La naturaleza tuvo miedo de volver al caos; parece que los elementos han roto las treguas convenidas y que de nuevo retorna la noche que va a mezclar los manes con los dioses [430].

---

[427] El que supuestamente rodeaba toda la tierra.

[428] Se convirtió en mar (véase IV 110-111 y n. 313).

[429] Es decir, la lluvia y la oscuridad son tan espesas que ni siquiera los relámpagos son capaces de rasgarlas.

[430] Es decir, va a mezclar el cielo y el infierno, como en el caos primigenio, antes de la separación de los tres reinos.

La única esperanza de salvarse está en no haber perecido todavía con tamaño derrumbamiento del universo. Cuanta es la extensión de mar en calma que se divisa desde la cima de Léucade, otra tanta, pero de mar embravecido, contemplaron escalofriados los navegantes desde la cresta de las olas; y cuando las hinchadas ondas se entreabren de nuevo, apenas sobresale de la superficie el mástil. Las velas tocan las nubes, y la quilla, el fondo. Pues el mar, por su parte baja, no oculta las arenas, al encontrarse todo él embebido en las grandes moles, y toda el agua está en las olas. Los temores triunfaron sobre los recursos de la pericia, y el piloto no sabe qué onda romper o a cuál ceder. La discordia del mar viene en ayuda de los desventurados, y la ola no es capaz de volcar la nave contra otra ola. El flanco abatido, una nueva ola, repeliéndolo, lo endereza, y la embarcación, con el acoso de los distintos vientos, se yergue enhiesta. No es la tierra llana de Sasón[431] con sus bajíos, [no son los litorales peñascosos de Tesalia llena de curvas lo que les da pavor,][432] ni los malhadados puertos de la costa de Ambracia[433]: lo que temen los navegantes son los farallones de los promotorios ceraunios[434]. Se convence ya César de que los peligros son dignos de sus destinos, y exclama: «¡Qué gran trabajo les cuesta a los dioses abatirme, como para haberme embestido, sentado como estoy en una pequeña barca, con un mar tan imponente! Si la gloria de acabar con un hombre como yo se ha otorgado al piélago y se les niega mi persona a los campos de bata-

431 Isla situada frente a la costa de Calabria, entre Brindis y el Epiro.

432 Texto que Housman *(ad locum)*, con otros comentaristas, considera intercalado.

433 Ciudad del Epiro en sus confines meridionales.

434 Véase n. 413. Al erguirse las naves sobre las altas crestas de las olas, no temen embarrancar en los bajíos —Sasón, Ambracia—, sino estrellarse contra las montañas.

lla, aceptaré impertérrito, divinidades, cualquier clase de muerte que me deparéis. Aunque la fecha adelantada por los hados trunque grandiosas hazañas, ya he llevado a cabo suficientes proezas. He domeñado a los pueblos del Norte, he sometido por el miedo huestes enemigas, Roma ha visto al Magno pasar al segundo puesto, detrás de mí; por mandato del pueblo he alcanzado las fasces que se me negaron con las armas en la mano[435]; ninguna magistratura romana estará ausente de mi historial, y nadie sino tú, Fortuna, única confidente de mis anhelos, tendrá conocimiento de que yo, por más que me vaya a las sombras estigias colmado de honores, a un tiempo dictador y cónsul, muero como un simple particular[436]. No tengo necesidad de funeral alguno, oh dioses: guardaos mi cadáver mutilado en medio de las olas, fáltenme la pira y el sepulcro con tal de que siempre se me tema y espere mi retorno cada habitante de la tierra.» Cuando acabó de hablar, una ola desmesurada[437] —me maravillo al contarlo— lo levanta con su enclenque barquichuela; y no lo tiró de nuevo abajo desde la empinada mole de las aguas, sino que se lo llevó la onda y, en un sitio en que las estrechas riberas se ven libres de escabrosas peñas, lo depositó en tierra. Al tocar tierra firme, recobró a la vez tantos reinos, tantas ciudades y su buena suerte.

435 El senado no le permitió presentarse al consulado mientras no licenciara sus tropas, y ahora es cónsul elegido legalmente (?) en los comicios que él mismo presidió como dictador (véase n. 401).

436 «Sólo la Fortuna puede conocer la desilusión de César al morir sin llegar a ser rey», interpreta Duff *(ad loc.)* y parece aceptar también Housman *(ad loc.)*, siguiendo a las *Adnotationes*. Es decir, pese a haber ostentado todas las magistraturas, incluso la de dictador, se duele de morir sin lograr su sueño dorado: ceñir la corona de rey. Pero las propias *Adnotationes* y los *Commenta Bernensia* dan otra posible interpretación, que nos parece más acertada: César lamenta morir de modo oscuro, en lugar de hacerlo al frente de su ejército, en el combate.

437 La ola «décima», dice el texto, por creer los antiguos que cada décima ola se elevaba más que las otras nueve.

Pero el regreso de César, próximo ya el amanecer, no pasó tan desapercibido a su tropa y a sus oficiales como su secreta huida. Poniendo cerco a su jefe la multitud de los suyos se echó a llorar y le asaltó con sollozos y con quejas nada desagradables: «¿A dónde te ha llevado tu bravura temeraria, César duro de corazón? ¿A qué destinos abandonabas nuestras vidas sin valor, al entregar tus miembros a las tempestades para que los despedazaran sin ellas quererlo? Cuando la vida y la salvación de tantos pueblos dependen de tu aliento y una parte tan considerable del orbe te ha elegido como su cabeza, es una crueldad haber querido morir. ¿Ninguno de tus compañeros mereció el honor de no poder sobrevivir a tus destinos?[438]. Mientras a ti te arrastraba el mar, un perezoso sueño dominaba nuestros cuerpos. ¡Ay, qué vergüenza! El motivo de que te dirigieras a Italia en persona fue que te pareció cruel enviar a nadie por un mar tan violento. De ordinario son las situaciones desesperadas las que arrojan al hombre de cabeza a inciertos azares y a peligros abocados a la muerte; pero, ¡al que es ya dueño de los destinos del mundo, a alguien tan importante haberlo entregado a los caprichos del mar! ¿Por qué exiges tanto a las divinidades? ¿Es ya suficiente para el destino de la guerra este favor y este trabajo que se ha tomado la Fortuna de plantarte en nuestras arenas? ¿Es así como te agrada utilizar a los dioses para ser, no el soberano del orbe y el señor del mundo, sino un náufrago afortunado?» A los que tales exclamaciones proferían les interrumpió, desgarradas las tinieblas, un día despejado, con sol, y el mar, ya rendido, apaciguó con el permiso de los vientos sus hinchadas olas.

Igualmente los jefes itálicos[439], cuando vieron la superficie del mar cansada ya de olas y que del cielo surgía límpido el bóreas, dispuesto a doblegar el piélago, desamarraron sus embarcaciones. El viento y unas manos expertas en seguir a compás el derrotero las mantuvieron largo tiempo unidas y, a través del anchuroso mar, avanza la columna, como lo haría una de tierra, con los bajeles en línea continua. Pero la noche cruel arrebató a los marineros la posibilidad de moderar el viento con la apropiada disposición de las velas y arrancó a las naves de su formación. Así, cuando el invierno las empuja, abandonan las grullas el Estrimón[440] helado para beber tus aguas, Nilo, y al comienzo de su vuelo trazan variadas figuras fruto del azar; luego, cuando el noto, a una altura mayor, golpea sus alas extendidas, mezcladas sin orden se aglomeran en confusos círculos y, con la dispersión de sus plumas, se altera y desaparece la letra que habían formado. Cuando, al apuntar de nuevo el día, un aire más violento, suscitado por la salida del sol, se abatió sobre los navíos, pasan de largo por la costa de Liso, que en vano intentan abordar, y arriban a Ninfeo[441]: sus aguas, libres de los aquilones, las había convertido ya en puerto el austro, reemplazando al bóreas.

Concentradas ya de todas partes las armas de César en un sólido cuerpo de ejército, el Magno, viendo que amenazaban ya su campamento los peligros definitivos del despiadado Marte, decidió poner a salvo su responsabilidad de marido y ocultarte, Cornelia, en la remota Lesbos[442], lejos del estrépito de la guerra cruel. ¡Ah, qué gran poder tiene sobre los corazones justos el amor

438 Porque César, como se ha visto, no llevó a nadie con él.

439 El citado Marco Antonio y los suyos, que seguían en Italia.

440 Véase la n. 264. La letra que forman las grullas en su vuelo, a la que alude el poeta seguidamente, parece ser la lambda griega (V) mayúscula. Decía la leyenda que Palamedes inventó el alfabeto copiando las diversas figuras del vuelo de las grullas.

441 Liso y Ninfeo (hoy Iesch y S. Giovanni di Medua) eran ciudades marítimas del sur de Iliria.

442 Isla del mar Egeo, frente a la costa occidental del Asia Menor, famosa por ser la cuna de los poetas Alceo y Safo.

legitimado! También a ti, Magno, el amor te hizo vacilante y temeroso ante los combates; lo único que no querías exponer a los golpes de la fortuna, bajo los que estaban el mundo y los destinos romanos, era tu esposa. A su mente ya dispuesta le fallan las palabras, y gusta de abandonarse a un deleitoso aplazamiento, dando largas al porvenir, y ganar tiempo a los destinos. Al final de la noche, expulsada ya la pesadez del sueño, Cornelia, mientras con sus brazos da calor a aquel pecho abrumado de preocupaciones y reclama los besos agradables de su marido que le vuelve la espalda, maravillada de notarle húmedas las mejillas y sacudida por un dolor punzante que sería incapaz de explicar, no se atreve a sorprender el llanto del Magno. Él, sollozando, le dice: «Esposa, más dulce para mí que la vida —pero no ahora, cuando estoy cansado de vivir, sino en la época en que era feliz—, ha llegado el funesto día que hemos ido aplazando demasiado y, por otra parte, demasiado poco; ya César, con la totalidad de sus tropas, se encuentra dispuesto a la lucha. Es hora de pasar a los combates, contra los que Lesbos será para ti un refugio seguro. Desiste de ensayar los ruegos: ya me he dicho a mí mismo que no. No tendrás que soportar una larga separación de mí; van a precipitarse los acontecimientos: al acelerarse la ruina, lo más elevado del edificio se desploma. Es suficiente haberte enterado de los peligros del Magno; tu amor es menor del que imaginaba, si eres capaz de contemplar las guerras civiles. Por lo que a mí toca, me avergüenza, con Marte ya dispuesto, haber gozado de sueños tranquilos al lado de mi esposa y levantarme de tu regazo mientras los sones de las trompetas conmocionan al mundo desventurado. Me sonroja confiar a las contiendas civiles a un Pompeyo no apenado por ninguna pérdida[443]. Entretanto, permanece tú oculta, más a salvo que los pueblos y más a salvo que todos los reyes, y que, en tu lejano emplazamiento, la fortuna de tu marido no te aplaste con todo su peso. Si las divinidades desbaratan nuestras formaciones, que sobreviva la parte mejor del Magno, y tenga yo, si me apremian los destinos y un vencedor sanguinario, un lugar en el que me agrade refugiarme.» Apenas pudo ella, falta de fuerzas, dar cabida a un dolor tan grande y los sentidos huyeron de su pecho estupefacto. Al fin, pudo su voz proferir estas afligidas lamentaciones: «No tengo, Magno, ningún motivo de queja sobre los destinos de mi tálamo ni sobre los dioses: no es la muerte quien interrumpe nuestros amores ni la antorcha última de la pira funeral, sino que, por un lance demasiado frecuente y vulgar, me veo sin marido porque él me repudia. A la llegada del enemigo, ¡rompamos los pactos de la atorcha nupcial, aplaquemos así a tu suegro[444]! ¿Es ésta, Magno, la opinión que tienes formada de mi fidelidad? ¿Crees que puede haber algo más seguro para mí que para ti? ¿No dependemos hace tiempo de un solo y mismo azar? ¿Me ordenas, cruel, que exponga mi cabeza, lejos de ti, a los rayos y a tan enorme cataclismo? ¿Te parece una situación cómoda el estar ya muerta[445] mientras tú estás todavía haciendo votos por la victoria? Dando por supuesto que no quiero ser esclava de los malvados, sino que te seguiré a los manes con una pronta muerte, hasta que la triste nueva llegue a turbar aquellas tierras tan alejadas, sin duda te sobreviviré algún tiempo. Aparte de que me acostumbras a mi destino y me enseñas, cruel, a soportar tan gran dolor. Perdona mi confesión: tengo miedo

[443] Por eso quiere separarse de su mujer, como hacen los demás soldados.

[444] Aunque César, muerta su hija Julia, dejó de ser suegro de Pompeyo, Cornelia, exagerando en momentos de dolor, acusa a su esposo de querer repudiarla para congraciarse con César.

[445] Pues para ella separarse de su marido es como estar muerta.

de poder resistirlo[446]. Y si, por el contrario, se hacen realidad mis deseos y los dioses me escuchan, tu esposa será la última en enterarse del resultado de los acontecimientos. Cuando tú seas ya vencedor, seguirá ella, llena de ansiedad, sobre las rocas; y hasta tendré miedo de la nave portadora de tan feliz destino. Y ni siquiera disiparán del todo mis temores las noticias de la victoria bélica, ya que, deportada en un territorio desguarnecido, podría ser hecha prisionera por César incluso en su huida. Cobrarán nombradía aquellas costas con el destierro de un nombre ilustre, y, relegada allí la esposa del Magno, ¿quién podrá ignorar el oculto rincón de Mitilene[447]? Éste es mi último ruego: si la derrota de tus armas no te deja otra salida más segura que la fuga, cuando te confíes a las ondas, desvía tu infausto bajel rumbo a cualquier lugar antes que a ése: se te buscará en las riberas donde yo esté.» Dicho esto, saltó, enloquecida, fuera del lecho y no quiere diferir ni un instante sus tormentos. No soporta prender con dulce abrazo el pecho o el cuello del entristecido Magno y se pierde así la última ocasión de gozar de un amor tan prolongado; precipitan sus aflicciones y ninguno de los dos, al separarse, tuvo fuerzas para decir «adiós»; en toda su vida no hubo un día tan triste, pues las demás pérdidas las soportaron con ánimos ya acorazado y fortalecido por las desgracias.

Desfallece la infeliz y, sostenida por las manos de los suyos, se la traslada a las arenas del litoral, donde se prosterna y abraza las propias riberas; al fin, se la llevan dentro de la nave. No fue así como abandonó la infortunada su patria y los puertos de Italia, cuando la apremiaban las armas del cruel César. La fiel compa-

[446] Es decir, está decidia a no sobrevivir a su marido, pero, con la separación, puede irse acostumbrando a estar sin él y poder así resistir, sin morirse, el posible anuncio de la muerte de Pompeyo.

[447] Capital de la isla de Lesbos.

ñera del Magno va ahora sola, dejándose atrás al general, y es de Pompeyo de quien huye. La noche inmediata siguiente fue para ti una noche de insomnio; entonces por vez primera tuviste, en tu lecho de viuda, un reposo frío e inusual, tú sola, sin el roce del esposo en tu costado desprotegido. ¡Cuántas veces, bajo el peso de la somnolencia, abrazó con sus manos burladas el lecho vacío y, olvidada de su huida, buscó en la noche a su marido! Pues, a pesar de que el fuego abrasa lo más hondo de sus entrañas, no le gusta extender su cuerpo en todo el lecho: le reserva su lado del tálamo. Tenía miedo de estar sin Pompeyo, pero los dioses no le destinaban tamaña ventura: se acercaba para la infeliz la hora que le devolvería al Magno[448].

[448] Ver de nuevo a su esposo iba a ser una desgracia, porque lo vería tras la humillación de la derrota de Farsalia y, además, asistiría al acto de su asesinato en Egipto.

LIBRO VI

SINOPSIS

1-117 Operaciones en la costa adriática. Pompeyo acorralado en Durazzo.
118-262 Heroísmo de Esceva.
263-332 Pompeyo rompe el cerco y marcha hacia Tesalia.
333-412 Descripción de Tesalia.
413-830 Episodio de la maga Ericto.

Una vez que los caudillos, ya con la decisión de luchar, situaron los campamentos en cimas cercanas, quedando los ejércitos frente a frente, en proximidad, y los dioses tuvieron a la vista a sus dos campeones, César desdeña tomar todas las plazas de los griegos y rehúsa ya deber a los hados el favor de Marte, excepto sobre su yerno. Con todas sus ansias busca la hora, funesta para el universo, que lo deje todo en manos del azar; le place el golpe de dados del destino que va a hacer rodar una de las dos cabezas. Por tres veces desplegó sobre las colinas todos sus escuadrones y sus enseñas que amenazaban combate, atestiguando que nunca faltaba él a la hora de la ruina del Lacio. Cuando ve que no se deja arrastrar su yerno a ninguna escaramuza en orden al combate, sino que pone su confianza en quedarse encerrado dentro de su empalizada, mueve las enseñas y, disimulando su marcha a través de campos cubiertos de maleza, se dirige raudo a apoderarse de las fortalezas de Durazzo[449]. Se le adelanta en el camino, siguiendo la línea de la costa, el Magno, asienta su campamento sobre la colina que el habitante taulancio[450] llama Petra y pone a salvo las murallas

[449] Ciudad de la costa iliria, en el norte de la Albania actual.
[450] Pueblo de Iliria, procedente de Macedonia.

efíreas[451], defendiendo una ciudad segura incluso con sólo sus torres. No la protegen una obra de los antiguos, ni una construcción compacta, al fin y al cabo un trabajo de hombres, fácil, por muy alto que se eleve, de ceder bien a las guerras, bien al paso de los años, que todo lo remueven, sino que dispone de unas defensas que ningún hierro puede abatir: la naturaleza y emplazamiento del lugar; en efecto, cerrada por todos lados por un abismo abrupto y por escollos que devuelven el agua del mar, debe a un estrecho collado el no ser una isla. Terribles para las embarcaciones, los arrecifes sostienen firmes las murallas, el Jónico, cuando se encrespa con el austro impetuoso, sacude enfurecido templos y casas, y hasta los techos sube su espuma el mar.

Aquí, ansioso de guerra como estaba el espíritu de César, lo invade una esperanza insensata: rodear al enemigo desparramado por vastas colinas, y sin que se dé cuenta, con un terraplén provisto de empalizada, trazado a larga distancia. Mide el terreno a ojo, y no contentándose con levantar a la carrera unos muros de frágil cepellón, hace transportar ingentes rocas, peñascos arrancados de las canteras, casas de los griegos y escombros de sus murallas. Se levanta una construcción que no sería capaz de derrocar ni el sañudo ariete ni ninguna máquina de la guerra violenta. Se rompen montañas, y César lleva adelante una obra en terreno llano a través de zonas escarpadas; abre fosos, coloca espaciadamente fortines con torres en las cimas de las sierras y, abrazando con un gran repliegue los límites trazados, encierra en una vasta red desfiladeros y fragosas espesuras, selvas y fieras. No le faltan llanuras, no le faltan pastos al Magno, y, sin salir del recinto

[451] Corintias, porque Corinto se llamaba también Efire, nombre de una ninfa marina. Durazzo había sido fundada por corintios, según Estrabón y Tucídides.

cercado por el terraplén de César, cambia de lugar el campamento: tantas corrientes nacen allí y se absorben allí tras fatigoso recorrido; para inspeccionar la totalidad de las obras, César, agotado, hace un alto en medio de los campos.

Ahora, que la vieja leyenda ensalce los muros de Troya y los atribuya a los dioses [452]; admiren los partos, en su huida [453], las murallas que circundan Babilonia, hechas de ladrillo quebradizo. He aquí que todo el territorio que recorre el Tigris, todo el que el rápido Orontes [454], toda la tierra oriental que basta para su reino a los pueblos asirios, lo encierra esta obra improvisada y hecha a la carrera en medio de las escaramuzas de la guerra. Tan grandes afanes fueron cosa perdida. Tantas manos hubieran podido juntar Sestos con Abidos [455] y hacer desaparecer, con la tierra acumulada, el mar de Frixos, o desgajar Efire de los anchos dominios de Pélope [456] y ahorrar a las naves los largos rodeos de Malea [457], o transformar en mejor, por más que se opusiera la naturaleza, algún lugar del mundo. Se condensa el escenario de la guerra: aquí se alimenta la sangre que va a derramarse hacia todas las tierras, aquí se contienen también los desastres de Tesalia y de Libia [458]; borbotea la rabia de los ciudadanos en una estrecha franja de arena.

Al principio, es cierto, la construcción de las obras que iba levantándose pasó desapercibida a Pompeyo, lo

[452] Neptuno y Apolo.

[453] Véase n. 49.

[454] Río de Siria. Los pueblos asirios, aludidos a continuación, tenían por capital a Nínive.

[455] Es decir, Europa con Asia, cegando el Helesponto, al que alude a continuación con el nombre de «mar de Frixos», por el hermano de Hele (véase n. 302).

[456] Separar Corinto del Peloponeso, cortando el istmo.

[457] Promontorio de Laconia, peligroso para las naves.

[458] Las batallas de Farsalia y de Tapso, respectivamente.

mismo que quien, seguro en los campos del interior de Sicilia, no se entera de los ladridos del rabioso Peloro [459] o, cuando hierven la vagabunda Tetis y las costas rutupinas, la agitación de sus aguas pasa inadvertida a los britanos de Caledonia [460]. En cuanto ve la tierras rodeadas por un vasto terraplén, también él, haciendo descender sus escuadrones de la bien protegida Petra, los esparce por altozanos en diversas direcciones, a fin de estirar las tropas de César y ensanchar el cerco con el desperdigamiento del ejército; y se reserva una extensión de campo, acotado por una empalizada, igual a la distancia que separa la pequeña Aricia boscosa, consagrada a la Diana micénica [461], de la elevada Roma, como es también el espacio de terreno por el que el Tíber, deslizándose ante las murallas de Roma, baja hasta el mar, suponiendo que en ninguna parte torciera su curso. No suena ninguna trompeta, los dardos se pasean sin rumbo fijo y a menudo se produce una desgracia mortal cuando un brazo ensaya el disparo de la jabalina. Una más grave preocupación retrae a los jefes de trabar combate: a Pompeyo, las tierras agotadas para suministrar hierbas que, en sus correrías, trituró el jinete y, con sus rápidas galopadas, el córneo casco destrozó la frondosa campiña. El belicoso corcel, exhausto en los campos pelados, aunque los pesebres le brinden repletos la paja importada, se abate moribundo buscando con su boca hierbas frescas y, temblándole las corvas, interrumpe de golpe sus evoluciones. Mientras disuelve sus cuerpos la putrefacción y deshace sus miembros, el cielo en calma arrastró den-

[459] Véase n. 174. Los ladridos son los de Escila y Caribdis, en el estrecho de Mesina, junto al citado Peloro.

[460] Región de la Escocia septentrional. Las costas rutupinas son las del actual Richborough, en Kent.

[461] Véase n. 232. La distancia de Aricia a Roma era de unos 25 km.

tro de una oscura nube la contaminación de un flujo pestilencial. Con parecido soplo Nesis[462] despide por sus neblinosos peñascos el aire de la Estigia y sus antros exhalan la rabia del mortífero Tifón. Por su causa sucumben los pueblos, y el agua, más dispuesta que el aire a acoger todo tipo de venenos, endureció sus entrañas con el fango. Ya la piel, al contraerse, se pone rígida y distiende los ojos hasta romperlos; el fuego de la peste, encendido en el morbo sacro[463], se transmite al rostro, y la cabeza, desmadejada, se niega a mantenerse derecha. Ya más y más impetuoso se lo lleva todo el destino, y no sirve la enfermedad de intervalo entre la vida y la muerte, sino que la flojedad viene acompañada del desenlace inmediato; con la gran masa de los que sucumben se incrementa el contagio, en tanto que yacen mezclados con los vivos los cadáveres insepultos; en efecto, arrojar esparciéndolos fuera de las tiendas a los desgraciados conciudadanos era su único funeral. Sin embargo, les aminoraron estos sufrimientos el mar que tenían a la espalda y el aire empujado por los aquilones, así como las costas y los navíos repletos de mies extranjera. En cambio, libre y a sus anchas el enemigo por las espaciosas colinas, no se ve angustiado por el aire estadizo ni por la inmovilidad de las aguas, pero padece, como si estuviera cercado por un estrecho asedio, un hambre implacable. Como la granazón de las espigas no había llegado aún a su completa madurez, ve a la infortunada tropa arrojarse de bruces a los alimentos de las bestias, mordisquear los matorrales, despojar de sus hojas el bosque y arrancar de raíces desconocidas hierbas sospechosas que amenazaban muerte. Cuanto pueden ablandar con el fuego, cuanto romper a mordiscos, cuanto abajar al estómago por la gargan-

[462] Isla de Campania, cerca de Pozzuoli, hoy Nisita. Para Tifón o Tifeo, véase n. 383.

[463] La erisipela.

ta, aun desollándosela, y una multitud de alimentos hasta entonces desconocidos en las mesas humanas, todo ello lo arrebata acá y allá el soldado que, sin embargo, está asediando a un enemigo saciado[464].

Tan pronto como Pompeyo decidió evadirse, rompiendo el cerco, y tener vía libre a todas las tierras, no busca las horas oscuras de la noche arcana, y desdeña una apresurada salida furtiva sin que entren en acción las armas de su suegro: pretende escapar por anchos derrumbes, arrollar la empalizada y hacer trizas las torres, y pasar a través de todas las espadas, por donde hay que abrirse camino matando. Con todo, le pareció apropiada una parte del vallado cercano, por donde están sin defensas los fortines de Minucio[465], y fragosos breñales con espesos árboles le ocultan a la vista. Aquí, sin que ninguna polvareda le traicione, conduce su ejército y llega de improviso a la línea de fortificación. Tantas águilas latinas refulgieron a la vez de las llanuras, tantas trompetas resonaron. Para que la victoria no debiera nada al hierro, el pavor había convertido a los enemigos en estatuas. De una sola cosa fue capaz su valor: cayeron muertos sobre el lugar en el que debían haber resistido[466]. Ya faltaban quienes recibieran las heridas, y la nube formada por tantos dardos se perdía en el vacío. Entonces, antorchas arrojadas voltean pez llameante, entonces se tambalean las torres sacudidas y amenazan con desplomarse: ante los repetidos impactos del ariete cruje el terraplén. Ya habían salido las águilas pompeyanas por encima de los remates de la alta empalizada, ya tenían abierta vía libre hacia el universo: aquel lugar que ni con mil escuadrones juntos ni con todo el ejército de César les habría arrebatado

[464] Paradoja muy del gusto de Lucano. Pero sucedió así en realidad (César, *Guerra civil* III 47-48).

[465] La zona defendida por Lucio Minucio, legado de César.

[466] Esto es, no lucharon, pero no huyeron.

la Fortuna, un solo hombre lo arrancó a los vencedores, impidiendo que lo tomaran, y afirmó que, mientras él empuñara las armas y no estuviera aún abatido, el Magno no era el vencedor. Esceva era el nombre del héroe [467]: militaba entre los soldados rasos antes de las campañas contra los fieros pueblos del Ródano; allí, ascendido a costa de sus muchas heridas, consigue la vid del Lacio [468] en un grado bajo, presto como estaba a toda impiedad y sin saber qué gran crimen es el valor en las guerras civiles. Éste, cuando ve a sus compañeros buscando la seguridad de la huida con el abandono ya del combate, les dice: «¿Adónde os empuja un pánico impío, desconocido en todos los ejércitos de César? [¡Siervos sin dignidad, rebaño de esclavos!, ¿sin derramar sangre] [469] dais la espalda a la muerte? ¿No os da vergüenza no figurar en el montón de los héroes caídos y que se os busque en vano en las piras y entre los cadáveres? A falta de vuestro honroso deber, soldados, ¿no os mantendréis en vuestro puesto al menos por rabia? De todos aquellos a través de los cuales podía el enemigo hacer una irrupción, nosotros hemos sido los elegidos. No transcurrirá este día sin que cueste mucha sangre al Magno. Ganaría yo más contento las sombras ante la mirada de César; tal testigo me lo ha negado la fortuna: caeré al menos con los elogios de Pompeyo.

[467] Este episodio del heroísmo de Esceva ha sido con frecuencia objeto de atención en los últimos años por parte de los estudiosos de Lucano; baste citar a F. König, *Mensch und Welt bei Lukan im Spiegel bildhafter Darstellung*, tesis doct., Kiel, 1946, págs. 39-78; W. Rutz, *Studien zur Kompositionskunst und zur epischen Technik Lucans*, tesis doct., Kiel, 1950, págs. 87-93, y «*Amor mortis* bei Lucan», *Hermes* 88 (1960), 462-66; B. M. Marti, «Cassius Scaeva and Lucan's Inuentio», en *Studies in Honor of H. Caplan*, Ithaca, N. York, 1962, págs. 239-57.

[468] El distintivo del centurión, que era el sarmiento o renuevo de la vid.

[469] Verso que suele considerarse interpolado, por faltar en los mejores mss.

Romped los dardos con el choque de vuestro pecho y con vuestras gargantas mellad el hierro. Ya gana lejanías el estrépito del derrumbamiento, y ha sacudido el fragor los despreocupados oídos de César. Estamos consiguiendo una victoria, camaradas: vendrá quien reconquiste estas fortalezas mientras morimos.» Suscitaron estas palabras una furia tan grande como no la encienden las trompetas con su primer toque; llenos de admiración por el héroe y ávidos de contemplarle, le siguen los guerreros con la intención de comprobar si la valentía, sorprendida por el número y en una posición desfavorable, podía brindar algo más que la muerte [470]. Aquel bravo se afirma sobre el terraplén en ruinas, y primeramente hace rodar los cadáveres de las torres repletas y aplasta con los cuerpos a los enemigos de al pie del muro; todos los escombros suministran proyectiles al héroe, y amenaza al enemigo con maderos, cascotes y hasta con su propio cuerpo. Bien con una estaca, bien con una dura pica desaloja de los muros los pechos enemigos, y corta con su espada las manos del que logra tocar lo alto del vallado; cabeza y huesos machaca con una piedra, y al cerebro, mal protegido por una frágil armazón, lo hace estallar; a otro le enciende con una llama los cabellos y la barba: chirría el fuego al ir quemándosele los ojos.

Tan pronto como, al crecer el hacinamiento, los cadáveres acercaron el nivel del muro al del suelo, lanzó al héroe y le proyectó por encima de los batallones en medio de las armas un salto no menos impetuoso que el que lleva en volandas al veloz leopardo por las puntas de los venablos. Entonces, comprimido entre densos escuadrones y cercado por todo un ejército, vence todavía al enemigo hacia el que vuelve su vista [471]. Y ya la

[470] A saber, la victoria.

[471] Está rodeado por todas partes; por ello, hacia donde se vuelve, mata a un enemigo. O bien, lo vence con su mirada amenazante, infundiéndole miedo.

aguda hoja [de Esceva], embotada y sin filo por el espesor de la sangre, [magulla, y no hiere, al enemigo golpeado][472]; ha perdido su función de espada, quebranta los miembros sin herirlos. A aquel valiente se le echa encima toda la masa, contra él todos los dardos; ninguna mano deja de ser certera, ni hubo lanza que no diera en el blanco; y la Fortuna ve enfrentarse a una pareja sin precedentes: un ejército y un hombre. Su fuerte escudo resuena con los repetidos golpes, fragmentos del casco abollado le abrasan las apretadas sienes, y nada sujeta ya sus órganos vitales al descubierto, excepto las lanzas detenidas en la superficie de los huesos.

¿Por qué ahora, insensatos, con jabalinas y flechas ligeras desperdiciáis unos golpes que nunca alcanzarán sus órganos vitales? A éste, que una falárica[473] disparada por nervios retorcidos lo derribe, o el peso de un ancho bloque de la muralla; a éste, que lo retire del umbral un ariete con su cabeza de hierro o una ballesta volteadora. Se yergue como un muro inquebrantable por delante de César y detiene a Pompeyo. Ya no protege su pecho con las armas y, temiendo dar la impresión de que escurría el bulto con el apoyo de su escudo y de su mano izquierda, o de que seguía viviendo por culpa suya[474], afronta él solo tan copiosas heridas de la guerra; y, llevando en el pecho un espeso bosque[475], ya con pasos cansinos, elige un enemigo sobre quien desplomarse. [Así la bestia de la tierra líbica, comparable a los monstruos del piélago][476], así el elefante líbico, abrumado por una lluvia de armas, quiebra todo proyectil rebotado de su rasposa espalda y, sacudiendo la piel, despide las lanzas que tiene clavadas: sus entrañas siguen ocultas y seguras en el fondo y, sin que le hagan sangre, se yerguen los dardos sobre la fiera acribillada: tantas heridas provocadas por las saetas, tantas por los venablos, no bastan para causar una sola muerte. He aquí que desde lejos por mano dictea viene disparada contra Esceva una flecha gortinia[477], que, más certera de lo que podría desearse, se hunde en su cabeza y en el globo de su ojo izquierdo. Rompe él los ligamentos nerviosos que retardaban la salida del hierro, arrancándose la saeta clavada con el ojo ya colgante, impertérrito, y pisotea el dardo junto con su ojo. No de otro modo la osa de Pannonia, más furiosa después del golpe, cuando el libio[478] le ha lanzado su venablo impulsado por una pequeña correa, se revuelve sobre su herida, se arroja encolerizada contra el dardo que la penetra y da vueltas en torno al asta, que huye girando a la vez que ella. La acción rabiosa de Esceva había echado a perder su rostro; su cara se alzó desfigurada por un turbión de sangre. El jubiloso estallido de los vencedores golpetea los aires: mayores gozos que los que les proporciona la sangre de este humilde soldado no los produciría en aquellos guerreros el contemplar una herida en el propio César. Aquel, encubriendo su furia sofocada en el fondo del alma, afable y retirando por completo de su rostro todo signo de arrogancia, di-

[472] Verso evidentemente interpolado, que no es más que una glosa del que sigue.

[473] Arma arrojadiza de gran potencia, capaz de atravesar la armadura y el cuerpo; el hierro que llevaba incrustado en el astil medía unos 90 cm.

[474] El cubrirse con el escudo que portaba su mano izquierda podía dar la impresión de que rehuía las heridas y quería seguir viviendo.

[475] De dardos, se entiende.

[476] Verso probablemente interpolado, ya que su sentido se repite en el siguiente.

[477] Dictea es cretense, como se ha dicho. Gortina es ciudad de Creta, famosa por sus arqueros.

[478] La Pannonia se encuentra en Germania y la Libia en África. Que un cazador libio hiera una osa de Pannonia se explica, según HOUSMAN *(ad loc.)*, por alguna escena que el poeta contempló en el anfiteatro romano y ahora la evoca.

ce: «Ya basta, conciudadanos; lejos de aquí llevaos vuestro hierro. En nada van a contribuir ya las heridas a mi muerte: ésta no necesita que se me claven dardos, sino que se me arranquen del pecho. Alzadme y depositadme vivo en el campamento del Magno. Haced este favor a vuestro jefe: que sea Esceva más bien un ejemplo de deserción de las filas de César que de una muerte honorable.» Dio crédito el desventurado Aulo a estas palabras fingidas y no se percató de que mantenía la espada con la punta recta, y, cuando se disponía a llevar a la vez los miembros y las armas del cautivo, recibió la hoja fulminante en medio de su garganta. Se inflamó la bravura de aquél y, recobrado con esta sola muerte, exclama: «Que reciba su castigo cualquiera que esperó el sometimiento de Esceva. Si de esta espada pretende la paz el Magno, que humille sus enseñas, rindiendo homenaje a César. ¿O es que me consideráis semejante a vosotros e indeciso ante el destino? Vuestro amor a Pompeyo y a la causa del senado es menor que el mío a la muerte.» A la vez que pronuncia estas palabras, una nube de polvo atestigua la llegada de las cohortes de César. Esta nube ahorró al Magno la deshonra bélica y la acusación de que todos sus batallones huyeran ante ti solo, Esceva. Tú, cuando se te privó del combate, te derrumbas; pues la lucha, mientras corría la sangre, te daba fuerzas. Al desplomarse, le recoge la muchedumbre de los suyos y se goza en ponerlo, desfallecido, sobre sus hombros; y adoran en él una especie de divinidad encerrada en su pecho acribillado: la imagen viva de la gran Virtud. Compiten en arrancar los dardos de tus miembros atravesados y condecoran a los dioses, especialmente a Marte, el del pecho desnudo, con tus armas, Esceva: feliz tú con este título de gloria, si te hubiera dado la espalda el duro ibero, si el cántabro de cortas espadas o el teutón de largas picas. No puedes tú ornar con los despojos de la guerra los tem-

plos del Tonante, ni dar gritos en jubilosos triunfos [479]. ¡Infortunado, a costa de cuánto valor te procuraste un dueño! [480].

El Magno, rechazado de esta zona de la fortificación, no aplazó el combate ni reposó, inactivo, dentro de su encierro más de lo que se muestra cansado el mar cuando, al levantarse los euros, su onda golpea el escollo que rompe las olas, o corroe el flanco de un empinado monte y prepara su posterior derrumbamiento. De aquí, dirigiéndose a los fortines aledaños del abismo apacible, se los lleva de calle, asaltándolos por tierra y por mar, desparrama holgadamente sus fuerzas, espacia sus tiendas en la llanura anchurosa y se alegra de tener libertad para cambiar de terreno. Así el Po, hinchándose hasta los bordes, se abalanza por encima de sus riberas, aun protegidas por un dique, y arrasa campos enteros; si en algún punto la tierra sucumbe y, sin poder aguantar la furia de su aluvión, se abaja, entonces pasa con toda la fuerza de su corriente y cubre con su caudal llanadas para él desconocidas: a unos, la tierra se les escapa de su dominio, a estos otros colonos, se les añaden nuevas campiñas por donación del Po. César apenas se había apercibido de los combates, de los que supo por el fuego levantado desde una atalaya [481]: encuentra derruidos los muros, con el polvo ya aquietado, y se topa con unas señales ya frías, como de una ruina antigua. Le inflama la paz misma del lugar y suscitó su furia el reposo de los pompeyanos y hasta su sueño tras haber vencido a César. Se apresura a ir incluso a un desastre, con tal de perturbar el gozo de aquéllos. Se lanza al punto, amenazador, sobre Tor-

[479] Véase n. 5.

[480] Epifonema solemne y llamativo: el derroche de valor de Esceva no ha sido para someter pueblos extranjeros ni procurar a Roma la libertad, sino para hacerla, y hacerse él mismo, esclavo de César.

[481] Probablemente, un sistema de señales convenido.

cuato[482], quien no avistó las armas de César con menos premura que la del navegante que, cuando tiembla el mástil, sustrae todas las velas a la tempestad del Circeo[483]; replegó sus escuadrones al interior de un amurallamiento más reducido, a fin de disponer sus fuerzas más apiñadas en un pequeño anillo. Había franqueado César los reparos de la primera empalizada, cuando desde las alturas de todas las colinas lanzó sus tropas el Magno y desplegó sus efectivos contra el enemigo, copado. El que habita en los valles del Henna[484] no siente tanto horror ante Encélado, al soplo del noto, cuando el Etna, todo entero, vacía sus cavernas y se derrama torrencial en las campiñas, como el soldado de César, vencido, antes de combatir, por la aglomeración de polvo, y tembloroso bajo la nube de un ciego temor, al huir de los enemigos se da de bruces con ellos y, en su pánico, se precipita hacia su propia muerte. Hasta la última gota de sangre pudo haberse derramado en aquella contienda civil, llegándose incluso a la paz[485]: pero el propio jefe detuvo las espadas enfurecidas. Feliz y libre de tiranos estarías, Roma, gozando de tu independencia, si en aquella ocasión hubiera vencido en tu nombre un Sila. ¡Es una pena, ay, y lo será siempre, César, que te resulte provechoso el mayor de tus deli-

[482] Lucio Manlio Torcuato, jefe del destacamento que defendía la plaza de Orico.

[483] Promontorio en la costa del Tirreno, famoso por sus tempestades. El nombre proviene de Circe, ninfa marina y célebre maga que se había asentado allí huyendo de la Cólquide.

[484] Hoy Enna, en las llanuras del centro de Sicilia, lejos del Etna, que está al nordeste de la isla y bajo el cual se suponía supultado el titán Encélado.

[485] Es decir, las tropas de Pompeyo pudieron haber exterminado a las de César, con lo que se hubiera dado fin a la guerra civil. En realidad, esta victoria fue bastante menos importante de lo que aquí dice Lucano (véanse J. Brisset, *Les idées politiques de Lucain*, Paris, 1964, pág. 102, y J. Carcopino, *César*, 4.ª ed., París, 1950, págs. 901-902).

tos: haber combatido con un yerno que respeta la piedad! ¡Oh funestos destinos! No hubiera llorado Libia la catástrofe de Útica[486], ni Hispania la de Munda, ni el Nilo, mancillado con una sangre impía, hubiera arrastrado un cadáver más noble que el rey de Faros[487], ni el cuerpo desnudo de Juba habría oprimido las arenas marmáricas, ni Escipión, aplacado con el derramamiento de su sangre las sombras de los púnicos[488], ni la vida se habría visto privada del divino Catón[489]. Pudo ser el último día de tus desventuras, Roma, pudo haber escapado Farsalia del engranaje de los destinos.

Abandona César el área enseñoreada por una divinidad hostil y gana con sus columnas maltrechas las tierras de Ematia[490]. Dispuesto como estaba el Magno a perseguir las huestes de su suegro por dondequiera que se diese a la fuga, intentaron sus camaradas disuadirle, exhortándole a dirigirse a sus patrias moradas, a Ausonia, libre de enemigos. «Jamás —dijo él— me reintegraré a mi patria siguiendo el ejemplo de César, jamás Roma me verá retornar si no es con mis tropas licenciadas. Pude adueñarme de Hesperia al primer brote de las agitaciones, si hubiese querido trabar combate en los templos de mi patria y luchar en medio del foro. Con tal de alejar de allí la guerra, traspasaré los últi-

[486] Ciudad norteafricana, donde se refugiaron los últimos partidarios de Pompeyo y donde se suicidó Catón.

[487] A saber, el cadáver de Pompeyo.

[488] Metelo Escipión, suegro de Pompeyo como padre de Cornelia, murió en África tras la batalla de Tapso. Descendía de Escipión el Mayor, vencedor de los cartagineses en Zama, y de Escipión Emiliano, destructor de Cartago; por eso se dice que su sangre aplaca las sombras de los púnicos.

[489] Paradoja, aunque sólo aparente: un sabio estoico como Catón no teme la muerte ni pierde con ella lo de verdad importante, la virtud; mientras que la vida, es decir, la sociedad de su tiempo, sí perdió con la muerte de Catón un ejemplo vivo de honradez y rectitud.

[490] Véase n. 2.

mos confines del frío escítico y las zonas tórridas [491]. En mi victoria, ¿te voy a arrebatar tu paz, Roma, yo que he huido para que los combates no pesaran sobre ti? ¡Ah, mejor es, para que nada sufras en esta guerra, que piense César que eres suya!» Tras estas palabras, dio orden de marcha hacia el nacimiento de Febo y, avanzando fuera de camino por la región donde Candavia [492] abre sus vastos desfiladeros, alcanzó Ematia, que los hados tenían dispuesta para escenario de la guerra.

A Tesalia [493], por la parte en que Titán levanta el día en la época invernal, la limita el peñón del Ossa; cuando el verano hace cobrar altura a Febo por las cimas del cielo, el Pelión opone sus sombras a los rayos nacientes; por su parte, los fuegos del mediodía y la cabeza del impetuoso León en el solsticio [494] los aleja el boscoso Otris. El Pindo recibe de frente los céfiros y el yápiga [495], y recorta la luz apresurando el crepúsculo; sin miedo al bóreas, el que habita al pie del Olimpo

[491] La huida de Pompeyo ante la llegada de César se intenta justificar como un rasgo de *pietas*: para no mancillar Roma con la sangre vertida en una lucha entre conciudadanos.

[492] Región montañosa de Iliria, en los confines de Macedonia.

[493] Comienza otra de las digresiones científicas de Lucano, la descripción de Tesalia, cuidadosamente analizada por R. Samse, «Lukans Exkurs über Thessalien, VI 333-412», *Rhein. Museum* 91 (1942), 250-268. En los diez primeros versos de este pasaje de «geografía poética» establece Lucano, bajo la enmarañada hojarasca de una sonora erudición retórica, los «límites de Tesalia», que, reducidos por Samse a sencilla prosa, quieren decir: «Tesalia limita al NE. con el Ossa, al SE. con el Pelión, al S. con el Otris, al SO. y O. con el Pindo y al N. con el Olimpo.» A estos cinco puntos geográficos que enmarcan Tesalia —Ossa, Pelión, Otris, Pindo y Olimpo— les dedica el poeta, matemáticamente, dos versos a cada uno, con lo que hay una perfecta simetría.

[494] Según Housman (*ad loc.*), se trata de un error del poeta, ya que el solsticio no tiene lugar bajo la constelación del León.

[495] Vientos del Oeste, el último de los cuales recibe su nombre de Iapigia, región de la Apulia, desde donde soplaba para los griegos. Lo de apresurar el crepúsculo puede deberse a la gran altura del Pindo.

desconoce en noches enteras el brillo de la Osa [496]. Los campos que se hunden en el valle medianero entre estos montes estuvieron antaño ocultos por lagunas ininterrumpidas, cuando las llanuras retenían las corrientes, los abiertos valles del Tempe [497] no les daban salida hacia el mar, y, al llenar un único embalse, su curso consistía en ir hacia arriba. Una vez que el pesado Ossa se desgajó del Olimpo por la mano de Hércules y sintió Nereo el desplome de una súbita avenida, emerge —mejor hubiera sido que permaneciera bajo las aguas de Ematia— Farsalia, reino del héroe marino Aquiles [498], y Filace, la primera que tocó con su nave el litoral de Recio [499], y Ptelos y Dorio, digna de lástima por la cólera de las Piérides [500]; Traquinia y Melibea, fuerte con la aljaba de Hércules, recompensa de una hoguera impía [501], y Larisa [502], poderosa antaño; los ahora campos de labranza, encima de la en otros tiempos famosa Argos [503]; el lugar que la leyenda señala a la antigua Tebas de Equión [504], donde en un tiempo Ágave, deste-

[496] Es decir, está protegido por el Olimpo del soplo del bóreas, viento del Norte, pero también el Olimpo le hurta la visión de la Osa, que brilla en el Norte.

[497] Famoso valle de Tesalia, bañado por el río Peneo, entre los montes Olimpo, Ossa y Pelión.

[498] Hijo de Peleo y de la diosa marina Tetis, hija a su vez del dios marino Nereo, citado inmediatamente antes.

[499] Protesilao, rey de Filace, fue el primero de los griegos en tocar tierra troyana, en el promontorio de Recio.

[500] En Dorio, ciudad de Tesalia, las Piérides o Musas dejaron ciego a Támiris, mítico poeta y músico tracio que las había desafiado.

[501] Melibea era la patria de Filoctetes, que, por haber ayudado a Hércules a levantar sobre el Eta la pira a la que el héroe se arrojó, recibió de él, como regalo, sus flechas invencibles.

[502] Importante ciudad de Tesalia a orillas del Peneo.

[503] Capital de la Argólida en el Peloponeso y de la que hablan Homero y Virgilio.

[504] Uno de los guerreros supervivientes de los que nacieron de los dientes del dragón sembrados por Cadmo y que ayudó a éste a fundar Tebas (véase n. 339).

rrada, llevando el cuello y la cabeza de Penteo, los entregó al fuego supremo, quejosa de no haber podido rescatar de su hijo más que esto [505]. Así pues, la laguna, hecha pedazos, se escindió en múltiples ríos. El Eante, cristalino, pero de escaso caudal, fluye de allí hacia occidente, al mar Jónico; no más pujante en su corriente se desliza el padre de la expatriada Isis [506]; el que a punto estuvo de ser yerno tuyo, Eneo, enfanga con sus aguas cenagosas las Equínades [507], y el Eveno, mancillado con la sangre de Neso, corta la Calidón de Meleagro [508]. Golpea el Esperqueo, con su curso veloz, las aguas de Malis [509], y riega el Anfriso los pastizales donde fue esclavo Febo [510]. Allí inician su andadura el Asopo, el Fénix, el Melas [511] y el que no exhala ni húmedas nieblas ni aire empapado de rocío ni suaves brisas, el Anauro; y todos los ríos que, sin que los conozca el mar por sí mismos, dan sus aguas al Peneo: va con su arrebatado caudal el Apídano, y el Enípeo, que no cobra velocidad hasta después de su confluencia; caso único, el Titareso, cuando llega a unas ondas de nom-

[505] Véase n. 96.

[506] El Ínaco, padre de Io, la cual, convertida en vaca por Júpiter, para librarla de los celos de Juno, y azuzada por un tábano enviado por ésta, recorrió muchos lugares (dio su nombre al Jónico = «mar de Io» y al Bósforo = «el paso de la vaca») y recaló finalmente en Egipto, donde, devuelta a su forma humana, fue venerada bajo el nombre de Isis. Pero Ínaco es un río de Argólida, no de Tesalia.

[507] El Aqueloo, a cuyo héroe epónimo se le prometió en matrimonio Deyanira, hija de Eneo, que se casó luego con Hércules. Las Equínades son islas del Jónico, frente al golfo de Patras.

[508] Por Calidón, reino de Meleagro, pasa el Eveno, a cuyas orillas dio muerte Hércules al centauro Neso, que quiso violar a Deyanira.

[509] Es decir, el estrecho que separa la isla de Eubea del continente.

[510] Apolo, por haber dado muerte a los Cíclopes, fue castigado por Júpiter a guardar durante un año los rebaños de Admeto, rey de Tesalia.

[511] Este verso, el 374, con los tres ríos que contiene, lo ha adelantado HOUSMAN (*ad loc.*), insertándolo entre los vv. 368 y 369, para arreglar así dos falsedades geográficas del texto de Lucano.

bre distinto, defiende sus aguas y, deslizándose por la superficie, se sirve del caudal del Peneo como si se tratase de un terreno seco. Es fama que este río brota de la laguna Estigia y, acordándose de su origen, no quiere soportar el contacto de un río innoble y reserva para sí el mismo temor que inspiran los dioses.

Tan pronto como, al acabar de irse los ríos, quedaron a la vista las campiñas, se abrió bajo la reja bebricia [512] el fértil surco; luego, bien sujeto por la mano de los léleges, se hundió el arado, roturaron el suelo colonos eólidas y dólopes,y también los magnetes, gente famosa por sus caballos, y los minios, por sus remos [513]. Allí, en las cavernas del Peletronio, la nube preñada dio a luz a los centauros con una mitad de animal, hijos de Ixión [514]: a ti, Mónico, que rompías las duras peñas del Foloe; y a ti, Reco feroz, que volteabas al pie de la cima del Eta, tras arrancarlos, los olmos que apenas podría doblar el bóreas; y a ti, Folo, huésped del gran Alcida; y a ti, infame barquero por el río, destinado a sufrir los dardos de Lerna [515]; y a ti, viejo Quirón, que, brillando en una constelación fría, te abalanzas con tu arco hemonio sobre Escorpión, mayor que tú [516].

[512] Los bebricios eran un pueblo de Bitinia, en Asia Menor. También en Asia Menor y en otros lugares aparecen asentados los léleges, aludidos a continuación, pueblo nómada.

[513] Eran descendientes de Minias, uno de los compañeros de Jasón en la expedición de los argonautas.

[514] Ixión, personaje brutal y sanguinario, entre otras fechorías quiso cohabitar con Hera, esposa de Zeus, y éste le envió una nube con la apariencia de Hera, de la cual engendró los centauros en el monte Peletronio de Tesalia. Lucano enumera a continuación a los cinco ixiónidas.

[515] Con estas perífrasis se refiere el poeta al centauro Neso (véase n. 508), que llevaba en una barca a Deyanira por el río Eveno y fue muerto por Hércules, que también había matado a la hidra de Lerna.

[516] Quirón era el único centauro sabio y benéfico (hijo, según otra leyenda, de Crono y Fílira) y fue convertido en la constelación de Sagi-

En esta tierra surgieron las semillas del fiero Marte. Antes que ninguno, de las rocas golpeadas por el tridente marino[517], el corcel tesalio, presagio de guerras funestas, brotó de un salto; antes que ninguno tascó los frenos de acero y cubrió de espuma las riendas flamantes del lápita, su domador[518]. Antes que ninguna, surcando el estrecho desde la costa de Pagasa, una nave[519] proyectó al hombre, criatura terrestre, hacia las ondas, desconocidas para él. Antes que ninguno, Ionos, rey del territorio de Tesalia, golpeó la masa de metal candente para darle forma, fundió la plata con las llamas, acuñó el oro en monedas y coció el bronce en hornos inmensos. Allí se logró contar las riquezas, hecho que empujó a los pueblos a las armas criminales. De allí descendió la gigantesca serpiente Pitón y reptó hacia las campiñas de Cirra[520]; de aquí también el que vengan laureles tesálicos a los juegos píticos. De allí el impío Aleo lanzó a su prole contra los dioses[521], cuando el Pelión estuvo a punto de empotrarse en los excelsos astros, y el Ossa, precipitándose sobre las estrellas, les cerró el paso.

Cuando en esta tierra condenada por los hados asentaron sus campamentos los caudillos, a todos les bulle el presentimiento de un choque inminente, y está claro

tario, signo portador de lluvias, ya que su vigencia está a finales de otoño y comienzos del invierno, detrás de Escorpión. «Hemonio» es equivalente de tesalio.

517 Según la leyenda, Poseidón hizo brotar de la tierra el primer caballo, golpeándola con su tridente.

518 Los lápitas eran un pueblo montaraz de Tesalia, famosos por su lucha contra los centauros, sus parientes, en las bodas de Pirítoo e Hipodamía.

519 La nave Argo.

520 Véase n. 379.

521 Los gigantes Oto y Efialtes, que, en lucha contra los dioses, intentaron escalar el cielo, poniendo uno sobre otro el Olimpo, el Ossa y el Pelión.

que se avecina el grave momento de la prueba decisiva y que ya los destinos avanzan cada vez más cerca. Tiemblan los espíritus cobardes e imaginan lo peor; pocos son los que, pertrechados de energía cara a los dudosos acontecimientos, mantienen su esperanza a la vez que su temor. Pero de la turba de los cobardes formaba parte Sexto, vástago indigno de un padre como el Magno; poco después, merodeando en su destierro por las aguas de Escila, mancilló, pirata siciliano, los triunfos marítimos de su padre[522]. Él, aguijado a conocer previamente los rumbos del destino por miedo, incapaz de soportar la espera e inquieto por todo lo que iba a suceder, no consulta los trípodes de Delos ni los antros píticos, ni le place indagar qué sonidos emite en el bronce de Júpiter, Dodona, la primera en brindar sus frutos como alimentos[523], o quién puede conocer los hados por el examen de las vísceras, quién interpretar el vuelo de las aves, quién observar las fulguraciones del cielo y escrutar las estrellas con el cuidado de los asirios, o cualquier otro arte secreto, pero lícito[524]. Este individuo conocía las prácticas misteriosas de los crueles magos, prácticas detestables para los dioses del cielo, las aras funestas por los sacrificios fúnebres, la creencia que inspiran las sombras y Plutón, y para el infortunado era cosa evidente que las divinidades celestes sabían bastante poco. Coadyuva a su vano y salvaje delirio el propio paraje, las murallas —cercanas al campa-

522 Se trata del hijo de Pompeyo aludido en la n. 15, jefe de una flota y al que Lucano califica de pirata, por lo que deslució el triunfo que su padre había obtenido sobre los piratas de Cilicia.

523 Las bellotas, fruto del árbol de Júpiter, la encina. Sobre el bosque de Dodona con el santuario de Júpiter véase n. 255. En este santuario se interpretaba la voluntad del dios según el sonido que despedía un disco de bronce al ser golpeado.

524 Los cuatro tipos de adivinación enumerados son los que el poeta considera normales y lícitos: observar las entrañas de los animales, el vuelo de las aves, los rayos y relámpagos y la posición de los astros.

mento— de las hemónidas[525], cuyas actividades ni la fantasía más horrenda y desenfrenada podría rebasar, y cuyo quehacer normal es todo lo que resulta increíble. Más aún, la tierra de Tesalia produce habitualmente en sus rocas tanto yerbas venenosas como piedras capaces de comprender a los magos cuando entonan arcanos funestos. Brotan allí numerosos productos capaces de hacer violencia a los dioses, e incluso la extranjera de Cólquida[526] recogió en tierras hemonias yerbas que no había traído consigo. Los impíos encantamientos de esta siniestra casta atraen hacia sí los oídos de los celícolas, sordos a tantos pueblos, a tantas gentes. Sólo esta famosa voz se adentra por las profundidades del éter y hace llegar hasta la divinidad palabras que vencen su resistencia, sin que jamás logren sustraerla a ellas ni el cuidado del eje ni el de las revoluciones del cielo. Cuando su sacrílega melopea ha alcanzado los astros, entonces, que la persa Babilonia y la misteriosa Menfis abran, si quieren, de par en par todos los santuarios de sus viejos magos: la tesalia se llevará de los altares extranjeros a los dioses celestes. Por obra del encantamiento de las tesálidas se ha infiltrado en cora-

[525] Las mujeres de Tesalia, que tenían fama de hechiceras o magas. A una de ellas, Ericto, va a consultar Sexto Pompeyo. Este largo episodio de la maga Ericto, uno de los más célebres de la *Farsalia*, fue siempre valorado negativamente por los comentaristas de Lucano hasta que lo reivindicó briosamente A. BOURGERY («Lucain et la magie», *Rev. Étud. Lat.* 6 [1928], 299-313). Es el más completo documento que nos queda en la literatura sobre la necromancia en la Antigüedad. Los estudiosos modernos (A. GUILLEMIN, «L'inspiration virgilienne dans la *Pharsale*», *Rev. Étud. Lat.* 29 [1951], 214-227; MORFORD, *The Purpose...*, etc.) consideran que no se trata de una mera digresión científico-retórica, sino que cumple una función estructural: sirve de preludio al «climax» de Farsalia, batalla descrita en el canto siguiente. De todos modos, se trata de un texto poético que Lucano debió componer gozosamente, por ser un tema acorde con sus gustos y apropiado para desplegar las alas de su *páthos*.

[526] Medea.

zones insensibles un amor no inducido por los hados, y austeros ancianos se han abrasado en llamas ilícitas. Y no solo les son de utilidad los nocivos bebedizos o el sustraer a la yegua recién parida la bolsa hinchada de líquido de la frente del potro, prenda del amor de su madre[527]: la mente, aun sin estar inficionada por la ingestión de ningún veneno, sucumbe ante el simple encantamiento. A quienes no encadena ningún vínculo de lecho conyugal ni la pujanza de una belleza seductora, les han atraído ellas con el mágico girar del hilo retorcido[528]. Se han visto interrumpidos los ritmos normales de la naturaleza: sufrió un parón el día, diferido por la anormal prolongación de la noche. Desobedeció el éter la ley natural, quedó embotado en su giro veloz el universo al escuchar sus conjuros, y se pasma Júpiter de que los polos, aun impulsados con apremio sobre sus rápidos ejes, no se muevan. Ahora lo cubren todo de lluvias, acarrean nubes ante el ardiente Febo y truena el cielo sin que lo sepa Júpiter: con palabras análogas suelen dispersar a todo lo ancho las húmedas nieblas y los nimbos de flotantes penachos. Con los vientos en calma llega a encresparse el mar; o al contrario, bajo la prohibición de darse por enterado de las galernas, se queda mudo pese a los embates del noto; hasta se hinchan las velas empujando la nave en contra del viento. Quedó clavado el torrente, colgando de una peña cortada a pico, y corrió el río pendiente arriba. No trajo el verano el desbordamiento del Nilo, el Meandro enderezó su corriente, el Saona precipitó el curso lento del Ródano. Abajada su cima, los montes allanaron su cres-

[527] Se creía que el potro recién nacido ostentaba en la frente una excrecencia carnosa que la madre devoraba y sólo entonces sentía amor hacia su hijo; de ahí que dicha bolsa fuera muy codiciada en las prácticas mágicas como filtro amoroso.

[528] También el huso (*rhombus*) juega un papel importante en las actividades mágicas, sobre todo en las eróticas.

ta, avistó el Olimpo las nubes desde abajo y, sin sol alguno, en el rigor del invierno, se fundieron las nieves de Escitia. A Tetis, que se movía a impulsos del astro, la hizo retroceder el encantamiento hemonio, impidiéndole llegar a la costa [529]. También la tierra sacudió los ejes de su masa en equilibrio y basculó la gravedad en su habitual atracción hacia el centro del universo. Al embate de su voz reculó el peso de tan gran mole y ofreció la visión del Olimpo deslizándose en torno a ella [530]. Todo animal capacitado para matar y dañino por naturaleza tiembla ante las habilidades de las hemonias y les suministra los medios para sus variadas muertes. A éstas, los ávidos tigres y la famosa cólera de los leones las acarician con lengua mimosa; para éstas desenrosca la culebra sus gélidos anillos y se tiende a lo largo en el suelo cubierto de escarcha [531]; despedazado el cuerpo, se recomponen los nudos de la víbora, y muere la serpiente bajo el soplo de una ponzoña humana. ¿Qué significa este trabajo que se toman los celestes por seguir los encantamientos y las yerbas, y el temor a desdeñarlos? ¿Qué tipo de pactos e intercambios mantienen vinculados a los dioses? ¿Les es forzoso obedecer, o les agrada? ¿Lo merecen ellas sólo por una piedad que se nos escapa o se hacen valer por secretas amenazas? Esta autoridad ¿la tienen ellas sobre todos los dioses del cielo, o estos ensalmos imperiosos apuntan a una determinada divinidad, que puede obligar al mundo a todo aquello a que ella misma es obligada?

[529] Tetis es el Océano y el astro es la Luna, provocadora de las mareas, que aquí se ven impedidas por las magas tesalias.

[530] «En perfecto sistema geocéntrico, Lucano imagina que de 'correrse' la Tierra hacia alguno de los lados se podría contemplar cómo se encuentra la parte del cielo que considera haberse escondido después de haber dado la vuelta a la Tierra durante la mitad del día en que es observable» (MARINER, *ad loc.*).

[531] Normalmente la culebra, en época y en suelo frío, está enroscada, y se despereza y actúa en ambiente cálido.

Ellas también hicieron descender por vez primera los astros del raudo cielo, y la serena Febe, asediada por los siniestros venenos de sus conjuros, empalideció y se consumió en fulguraciones ennegrecidas y terrosas, no de otro modo que si la tierra le impidiera reflejar a su hermano e interpusiera sus sombras entre las llamas celestes [532]; y, forzada a bajar por obra del encantamiento, soporta tan grandes fatigas hasta que, más cercana al suelo, deja caer su espuma sobre las yerbas de debajo.

Estos ritos alevosos, estos crímenes de una siniestra ralea, la feroz Ericto los había condenado como excesivamente piadosos y había derivado sus inmundas prácticas hacia nuevos ritos. Para ella, en efecto, es un sacrilegio poner su fúnebre cabeza bajo techado de una ciudad o en un ambiente hogareño, habita las tumbas abandonadas y, gracias a los dioses del Erebo, ocupa los túmulos tras la expulsión de sus sombras. Oír las asambleas de las criaturas silentes, conocer las moradas estigias y los arcanos del subterráneo Plutón, no se lo impiden los dioses celestes ni el hecho de estar aún viva. Marca el rostro de la impía una escualidez repugnante y pútrida, y su cara, desconocida del cielo sereno y terrible por su lividez estigia, se inclina bajo el peso de unos cabellos desgreñados; si un nimbo y unos negros nubarrones ocultan las estrellas, entonces la tesalia sale fuera de las desnudas tumbas a la caza de los rayos nocturnos. Al pisarlas, va agostando las semillas de la mies fecunda, y con su aliento echa a perder las brisas que no eran mortíferas. Ni dirige ruegos a los celestes, ni llama en su auxilio a la divinidad entonando súplicas, ni conoce las fibras propiciatorias [533]:

[532] Es decir, consiguen con hechizos artificiales eclipses de Luna, sin que se den las condiciones normales para ellos.

[533] Esto es, no acude a las relaciones normales y lícitas del hombre con los dioses.

se goza en colocar sobre los altares llamas funerarias y los granos de incienso que ha robado a los fuegos de la pira. Cualquier abominación se la conceden los celestes ya a los primeros acentos de su plegaria, pues tienen miedo de escuchar un segundo conjuro. Almas llenas de vida y que aún seguían rigiendo sus miembros, las sepultó en la tumba y, cuando aún les debían años de existencia los destinos, les llegó la muerte, sin ella quererlo; o bien hizo desandar el camino a los funerales desde las propias tumbas, dando la vuelta el cortejo fúnebre, y los cadáveres escaparon a la muerte. Humeantes cenizas y huesos calcinados de jóvenes roba ella del centro de la pira, e incluso la antorcha que sostenían sus padres, y recoge pedazos del lecho fúnebre que vuelan en negra humareda, vestidos que caen hechos cenizas y pavesas todavía con olor a carne muerta. En cambio, cuando los cadáveres quedan guardados en los sarcófagos, donde se desprende el humor interior, y, eliminada la corrupción de la médula, se endurecen, entonces ella se ensaña ávidamente contra todos los miembros, hunde sus manos en los ojos, se goza en extraer los globos helados y roe las lívidas excrecencias de la mano desecada. Acostumbra a romper con sus dientes el lazo y los nudos mortales, a desgarrar los cadáveres que cuelgan de la horca, a raspar las cruces, a arrancar las vísceras batidas por las lluvias y las médulas recocidas por su exposición al sol. Suele robar el clavo que atraviesa las manos [534] y la negra purulencia por los miembros goteantes de podre y los cuajarones de ponzoña, y, si un nervio resiste a sus mordiscos, se queda colgada de él. Además, siempre que algún cadáver yace en la tierra desnuda, allí está ella antes que las fieras y las aves; y no quiere despedazar los miembros con el hierro y con sus propias manos, antes espera a que lo muerdan los lobos, pronta a quitarles

[534] De los crucificados.

las tajadas de sus fauces resecas. Y no se abstienen sus manos del asesinato, si hay necesidad de sangre viva, la primera que salta de la garganta abierta, [ni rehúye el asesinato, si sus ritos exigen sangre viva] [535] y si las mesas fúnebres reclaman entrañas palpitantes. De igual modo, con un tajo en el vientre, y no por donde la naturaleza lo demandaba, extrae el feto para colocarlo en las aras llameantes; y cada vez que tiene necesidad de sombras crueles y poderosas, ella misma se procura los manes [536]. Cualquier tipo de muerte humana le es aprovechable. Ella arranca del cadáver del adolescente el primer vello de sus mejillas, ella corta con su mano izquierda las guedejas del efebo moribundo. A menudo, también, en el funeral de un pariente la siniestra tesalia se echó sobre los miembros queridos y, estampándole besos, mutiló su cabeza y le abrió la boca con la presión de sus dientes; y, mordiéndole la punta de la lengua pegada a la garganta reseca, musitó una salmodia en los labios helados y transmitió un secreto abominable a las sombras estigias.

Cuando la existencia de ésta le fue revelada a Pompeyo por la nombradía del lugar, él, con la noche en lo alto del cielo, a la hora en que Titán hace pasar el mediodía por debajo de nuestra tierra [537], emprende el camino por las solitarias campiñas. Los fieles y habituales lacayos de los crímenes de la maga, merodeando en torno a tumbas y sepulturas violadas, la avistaron a lo lejos sentada en un risco abrupto, por donde el Hemo, perdiendo altura, prolonga los picachos de Farsalia. Ella estaba probando fórmulas desconocidas por los magos y los dioses de la magia y modelando un en-

[535] Este verso, evidentemente interpolado, no hace sino repetir la idea anterior.

[536] Es decir, elige personas crueles y poderosas y las ejecuta.

[537] Cuando es mediodía en los antípodas, que coincide con la media noche entre nosotros.

cantamiento para un uso especial. En efecto, temiendo que Marte pasara de largo hacia otra región del orbe y que la tierra de Ematia se viera privada de tan gran carnicería, la hechicera, emponzoñando a Filipos[538] con sus conjuros y rociándolo con sus siniestros bebedizos, le prohibió que dejara pasar la guerra, con el fin de tener a su disposición tan numerosos muertos y servirse de toda la sangre del mundo: espera mutilar los cadáveres de reyes abatidos, retirar las cenizas de la raza hesperia y conseguir los huesos de famosos personajes y sus manes tan importantes. Ésta es su única y ardorosa preocupación: qué llevarse del cadáver yacente del Magno, sobre qué miembros de César precipitarse.

La aborda primero el cobarde vástago de Pompeyo: «¡Oh gloria de las hemónidas, que puedes revelar a los pueblos su destino y desviar de su curso los sucesos venideros!: te suplico que se me permita conocer con certeza el final que prepara la fortuna de la guerra. No soy el último escalón del populacho romano yo, retoño esclarecido del Magno, futuro dueño del mundo o heredero de tan inmensa calamidad. Mi espíritu, perturbado por la incertidumbre, tiembla, mas está, en cambio, dispuesto a sobrellevar los temores bien fundados: quita al azar el derecho de desplomarse súbito e imprevisto sobre mí. O violenta a las divinidades o bien prescinde tú de los dioses y sácales la verdad a los manes. Descorre las moradas elíseas y, haciendo venir a la propia muerte, oblígala a confesarme a quiénes de nosotros reclama. No es un trabajo de poca monta: es cosa digna que te ocupes de indagar, incluso en tu propio interés, hacia dónde bascula el dado de un destino tan importante.» La impía tesalia se alegra de que se haya difundido el renombre de su fama y le replica a su vez: «Si

538 Véase n. 119.

trataras de remover destinos menos importantes, fácil sería, mozo, contar con los dioses, aun a pesar suyo, para las acciones que tú quisieras. Se le concede a nuestra arte mágica, cuando los planetas han apremiado con sus rayos la muerte de una persona, introducir aplazamientos; y, aunque todas las estrellas hayan decidido que llegue a vieja, truncamos con nuestras yerbas sus años en la mitad de su vida. En cambio, cuando la serie de las causas proviene de los comienzos del mundo, y todos los destinos padecen si se quiere hacer algún cambio, y bajo un solo golpe se ve afectado el conjunto de la humanidad, entonces —lo confesamos la turba de las tesalias— la Fortuna puede más. Mas, si te contentas con saber de antemano los acontecimientos, fáciles, a más de numerosos, serán los accesos abiertos hacia la verdad: la tierra, el éter, el caos, los mares, y también las llanuras y los peñascos de Ródope[539] nos hablarán. Pero lo más fácil, al haber tan gran abundancia de la reciente carnicería[540], es poner en pie un cuerpo en las campiñas de Ematia, de manera que la boca del cadáver recién muerto y todavía caliente resuene a plena voz, en vez de una fúnebre sombra que, con sus miembros ya calcinados por el sol, farfulle estridencias ininteligibles a nuestros oídos.»

Terminó de hablar y, duplicando con su magia las tinieblas de la noche, cubierta su macabra cabeza con escuálida nube, merodea entre los cuerpos de los muertos allí tirados, carentes de sepultura. Al punto huyeron los lobos, huyeron las aves de rapiña, sin saciarse, retrayendo sus garras, mientras la tesalia elige a su adivino y, escrutando las medulas heladas por la muerte, encuentra las fibras de un pulmón que se mantiene rígido sin trazas de herida y busca la voz en ese cuerpo difun-

539 Cadena montañosa de Tracia.

540 «Lucano parece haber olvidado que no ha habido combate hasta ahora en Tesalia» (DUFF, *ad loc.*).

to. Los destinos de numerosos guerreros muertos están ahora pendientes de a quién decidirá ella retornar al mundo de los vivos. Si hubiera tratado de levantar en las llanuras a todas las tropas y devolverlas a la guerra, habrían cedido las leyes del Erebo y, por la fuerza de tal portento, se habría puesto a combatir una multitud sacada del Averno estigio. Por fin, se lleva con una cuerda al cuello el cuerpo elegido y, con un garfio prendido a los fúnebres lazos, por riscos y peñas arrastra al mísero cadáver destinado a volver a la vida y lo coloca bajo el alto peñascal de un monte cavernoso, que la funesta Ericto había consagrado a sus ceremonias impías.

Descendiendo hasta cerca de las tenebrosas cavernas de Plutón, se hunde en un abismo el terreno, cuyos bordes oprime un bosque desvaído de ramas inclinadas hacia el vacío, y el tejo, que ni siquiera por su copa se asoma al cielo ni deja pasar los rayos del sol, lo cubre con su sombra. En el interior, las mortecinas tinieblas y el moho oriniento, debido a la larga noche que reina en las oquedades, no se iluminan jamás si no es por obra de un encantamiento. Ni en las gargantas de Ténaro [541] se asienta un aire tan estancado; es el lúgubre confín del mundo invisible y del nuestro, adonde los reyes del Tártaro no tendrían reparo en enviar a los manes. En efecto, por más que la adivina tesalia haga violencia a los hados, es dudoso si contempla las sombras estigias por haberlas atraído hasta allí o por haber bajado hasta ellas. Viste un atuendo abigarrado y parecido al de las Furias [542] por su vistosa capa, descubre su rostro echándose atrás los mechones y anuda su en-

[541] Promontorio de Laconia con una caverna por donde, según el mito, se bajaba a los infiernos. Hoy cabo Matapán.

[542] Nacidas de la sangre de Urano castrado por su hijo Crono, las Furias o Erinis, encargadas de castigar sobre todo a los parricidas, son tres: Alecto, Megera y Tisífone.

crespada cabellera con guirnaldas de víboras. Cuando ve asustados a los compañeros del joven Sexto y a él mismo tembloroso y con los ojos desencajados en un pálido semblante, les dice: «Deponed los temores que albergáis en vuestro medroso corazón: al punto, al punto le será devuelta una nueva vida con sus verdaderas facciones, de modo que incluso los más amedrentados puedan oírle hablar. Pero si yo puedo mostraros la laguna Estigia y su ribera crepitante de llamas, si, merced a mí, podéis ver a las Euménides y al Cérbero [543] sacudiendo su cuello enmelenado de culebras y a los gigantes con cadenas en su espaldas, ¿qué temor es ese, cobardes, de ver a los manes que a su vez me tienen miedo?»

Entonces, lo primero, llena de sangre hirviente el pecho, tras abrirlo con nuevas heridas, limpia de podre las medulas y le suministra copiosamente virus lunar [544]. A éste se mezcla todo lo que ha producido la naturaleza en parto monstruoso: no faltó la espuma de perros hidrófobos, ni las vísceras del lince, ni la vértebra nodal [545] de la dura hiena, ni las medulas de ciervo engordadas con carne de serpiente, ni la rémora [546] que detiene la nave en medio de las aguas aunque el euro ponga tensos los cables, ni ojos de dragones, ni las piedras que suenan entibiadas debajo del águila en período de incubación [547], ni la serpiente voladora de

[543] Perro de tres cabezas, hijo de Tifeo y Equidna, guardián del infierno. Las Euménides («Benévolas») es el nombre eufemístico de las Furias o Erinis.

[544] *Spumam lunae*, glosan los *Commenta Bernensia*, sin duda pensando en el v. 506 de este mismo canto, donde se dice que la luna baja por obra de las magas hasta derramar espuma sobre la yerba.

[545] «'Es la primera vértebra de la espina dorsal de la hiena' (PLINIO, *Hist. Nat.* XXVIII 27, 99)» (BOURGERY, *ad loc.*).

[546] Animal marino fabuloso.

[547] Fabulosa es también la etites o piedra del nido de las águilas, que servía para proteger a las crías.

los árabes [548] y la víbora nacida en el Mar Rojo, guardiana de la concha preciosa [549], o la piel, arrancada en vivo, de la cerasta líbica [550], o las cenizas del fénix colocado en un ara oriental [551]. Una vez que hubo mezclado así estas ponzoñas vulgares y que tienen cada una su nombre, añadió hojas empapadas en un filtro nefando y yerbas a las que, al nacer, escupió su boca siniestra, y cuantos venenos aportó ella misma al mundo. Luego, su voz, más poderosa que todas las yerbas para conjurar a los dioses infernales, emite primero confusos murmullos disonantes y muy diferentes del lenguaje humano. Contiene aquella voz los ladridos de los perros y los gemidos de los lobos, las quejumbres del búho asustadizo y del vampiro nocturno, los estridentes aullidos de las fieras y el silbido de la serpiente; expresa también los lamentos de la onda estrellada en los acantilados, el ruido de los bosques y los truenos de la nube al romperse: de tantos sonidos se formó una sola voz. Seguidamente, despliega el resto en su canto hemonio y con sus palabras penetra en el Tártaro: «Euménides, que representáis lo nefando de la Estigia y los Castigos de los culpables; Caos, ansioso de confundir innumerables mundos, y tú, rey de este territorio, a quien atormenta hace largos siglos la muerte aplazada de los dioses [552]; Estigia, y vosotros, Campos Elí-

[548] De esta serpiente voladora habla POMPONIO MELA, *Chor.* III 8, 82.

[549] Según los *Commenta Bernensia*, esta víbora es un animal marino que vive dentro de las ostras, junto a las perlas, para que nadie las toque.

[550] Véase, sobre la cerasta, IX 716.

[551] El fénix era un ave mítica que se decía que vivía 500 años y moría entre las llamas, saliendo de sus cenizas un nuevo fénix. Lucano ha enumerado aquí una docena de ingredientes propios de la «cocina mágica». Siguen ahora las «fórmulas mágicas».

[552] Plutón, rey del infierno, espera que lleguen a su dominio los dioses, que, aunque tarden, también han de morir en la destrucción final del universo.

seos, que ninguna tesalia se merece; Perséfone, que aborreces al cielo y a tu madre [553], y tú, última parte de nuestra Hécate [554], por medio de la cual los manes y yo mantenemos intercambios en silencioso lenguaje; tú, portero de la espaciosa morada [555], que desparramas nuestras vísceras ante el can sañudo, y vosotras, hermanas que tenéis que tirar por segunda vez de los hilos [556], y tú, barquero de la onda inflamada, anciano ya cansado por las sombras que a mí retornan, escuchad mis preces. Si os invoco con labios suficientemente abominables y mancillados, si jamás entono estos conjuros sin haberme alimentado de carne humana, si a menudo he lavado con sesos calientes los pechos aún llenos de la divinidad [557], después de tajarlos, si todo niño cuya cabeza y vísceras deposité en vuestros platos iba a volver a la vida, obedeced a mis plegarias. No reclamamos un alma bien oculta en las profundidades del Tártaro y habituada largo tiempo a las tinieblas, sino una que aún está bajando porque acaba de huir de la luz; todavía está detenida en la primera boca del pálido Orco y, aunque preste oídos a estas yerbas mágicas, ha de llegar a los manes de una sola vez [558]. Que la som-

[553] Perséfone o Prosérpina, hija de Zeus y de Ceres, fue raptada por Plutón, que se la llevó como esposa a los infiernos. Aborrece al cielo y a su madre en cuanto que vive con su esposo en el reino subterráneo.

[554] Es decir, la parte infernal, ya que Hécate era la tercera advocación de una misma diosa: Luna (en el cielo), Diana (en la tierra) y Hécate (en los infiernos). «Nuestra», en cuanto que las divinidades infernales son las protectoras de las magas.

[555] No puede ser el Can Cérbero porque ante él arroja las entrañas, como dice a continuación. Tampoco el barquero Caronte, como quieren algunos (por ejemplo, los *Commenta Bernensia*), ya que éste es invocado seguidamente. Se ha pensado también en Mercurio y en Éaco, juez de los infiernos.

[556] Las Parcas (véase n. 225), obligadas a hilar por segunda vez la vida de las personas resucitadas por Ericto.

[557] A saber, aún vivos.

[558] No dos, porque, como acaba de decir, aún no ha bajado hasta las profundidades del Tártaro, donde están los manes.

bra de un soldado pompeyano, hasta hace poco de los nuestros[559], le revele todo al hijo de su general, si es que las guerras civiles merecen vuestra gratitud.»

Cuando, tras pronunciar estas palabras, levantó su cabeza y su boca espumeante, ve allí en pie la sombra del cadáver echado en tierra, temerosa de los miembros sin vida y del odioso confinamiento de su antigua prisión. Le da pavor introducirse en un pecho y en unas entrañas abiertas, y en unas carnes laceradas por mortal herida. ¡Ay, desventurado, a quien se le arrebata inicuamente el último privilegio de la muerte: no poder ya morir![560]. Se maravilla Ericto de que se les permitan a los destinos estas demoras y, airada contra la muerte, azota el cadáver inmóvil con una serpiente viva y, por las cavernosas grietas del suelo, producidas mediante el encantamiento, ladra a los manes y rompe el silencio de su reino: «Tisífone, Megera[561], que no haces caso de mi voz, ¿no empujáis con crueles latigazos a través del vacío del Erebo a esta alma infortunada? Pues ahora yo os voy a hacer salir llamándoos por vuestro nombre verdadero[562] y os dejaré abandonadas, perras de la Estigia, en la luz de aquí arriba; por tumbas y por funerales os perseguiré, vigilándoos, os expulsaré de los túmulos, os ahuyentaré de todas las urnas funerarias. Y a ti, Hécate[563] sórdida de lívida figura, te mostraré así a los dioses, ante los que sueles presentarte con un aspecto distinto y falso, e impediré que cambies tu fisonomía infernal. Divulgaré, Hennea[564], qué

559 Esto es, de los vivos.

560 Porque sólo se muere una vez. Pero los resucitados pierden ese privilegio: mueren dos veces.

561 Véase n. 542.

562 El nombre «verdadero» de los dioses, conocido sólo por los iniciados, concede el poder sobre dichos dioses. Las perras de la Estigia son las propias Furias.

563 Véase n. 554.

564 Es Perséfone, aludida más arriba, raptada por Plutón cuando

festines son los que te retienen debajo de la inmensa mole de la tierra, qué pacto de amor te liga al macabro rey de la noche, qué contagios padeciste, por los que Ceres no quiso seguir reclamándote. Contra ti, el peor de los Soberanos del universo[565], introduciré a Titán, abriendo violentamente tus cavernas, y te sentirás herido por la repentina luz del día. ¿Me obedecéis? ¿O habrá que obligar a intervenir a Aquel, a cuya invocación jamás la tierra deja de sufrir sacudidas de terror, el que mira cara a cara a la Górgona y castiga a la asustada Erinis con sus propios látigos, el que reina en la zona del Tártaro más abajo del alcance de vuestra mirada, para el que vosotros sois los dioses de arriba, y que puede jurar en falso por las ondas de la Estigia[566]?» Al punto se calentó la sangre coagulada, vivificó las negras heridas y corrió por las venas hasta las extremidades del cuerpo. Ante su arremetida, los órganos vitales se estremecen bajo el helado pecho, y una nueva vida, deslizándose por entre las medulas ya deshabituadas a ella, se mezcla a la muerte. Entonces palpitan todas las articulaciones, se tensan los nervios; y el cadáver no se levanta de la tierra poco a poco, miembro por miembro: salió despedido del suelo y se enderezó de un solo golpe. Se ensanchan las comisuras y los ojos quedan abiertos, Su aspecto no era aún el de una persona viva, pero era ya el de un moribundo[567]: continúan la palidez y

recogía flores en el valle del Henna, en Sicilia. Los hechos abominables que le amenaza con descubrir no se sabe cuáles puedan ser.

565 Dite o Plutón, el peor comparado con los otros dos soberanos: Júpiter, del cielo y la tierra, y Neptuno, del mar.

566 Esta divinidad suprema, por encima de todas las demás y tan poderosa que ni siquiera está ligada a los juramentos de la Estigia, que ni los dioses podían quebrantar, es difícil de determinar. Tal vez «sería alguna figura importante de las religiones mistéricas, postolímpicas» (MARINER, *ad loc.*).

567 Es decir, había pasado ya de muerto a moribundo, estadio intermedio en su camino hacia la vida.

la rigidez, y muestra su estupor al verse devuelto al mundo. Mas ningún murmullo emiten sus labios cerrados: se le conceden voz y lengua sólo para dar respuestas: «Contéstame a lo que te ordeno —dijo la tesalia— a cambio de una gran recompensa; pues, si dices la verdad, te haré inmune a las artes hemonias para todo lo que dure el universo: en una pira tal y con tales leños quemaré tus miembros a la vez que recito un ensalmo estigio, que tu sombra no prestará ya oídos a los encantamientos de ningún mago. Merezca este gran premio el haber vivido por segunda vez: ni fórmulas ni yerbas mágicas se atreverán a interrumpir tu largo sueño del Leteo cuando yo te haya dado la muerte. A los trípodes y a los que hablan inspirados por los dioses les vienen bien los vaticinios enigmáticos: retírese con la certeza todo el que reclama la verdad a las sombras y acude animoso a los oráculos de la inflexible muerte. No escatimes nada, te lo ruego: da sus nombres a las cosas, indica los lugares; presta la voz mediante la cual puedan los hados comunicarse conmigo.» Añadió además un encantamiento con el que hizo posible a la sombra saber cuanto se le pregunta. Afligido, hecho un mar de lágrimas, respondió el cadáver: «Los funestos hilos de las Parcas no los he visto en realidad, ya que he regresado desde el talud de la ribera apenas tocada [568]; sin embargo, por lo que he alcanzado a conocer de todas las sombras, feroz discordia agita los manes romanos y armas impías han roto la paz del mundo subterráneo; por distintos caminos dejaron los caudillos del Lacio las moradas elíseas y el Tártaro doliente. Ellos hicieron público lo que se proponen los destinos. Entristecido tenían el rostro las sombras de los bienaventurados: vi llorar a los Decios [569], padre e hijo, almas ofrecidas

[568] Véase n. 558.

[569] Véase n. 157. Esta enumeración de personajes históricos de Roma no es más que un clisé tradicional de «buenos» y «malos», siete

en holocausto a las guerras, y a Camilo y los Curios [570], y a Sila, que se quejaba de ti, Fortuna; llora Escipión en su infortunada descendencia que va a perecer en tierras de Libia [571]; un enemigo de Cartago aún mayor, Catón, se apena de los destinos de su nieto que no está dispuesto a ser esclavo [572]: sólo a ti, Bruto, el primer cónsul tras la expulsión de los tiranos, te vi contento entre las almas piadosas [573]. Rotas y hechas trizas sus cadenas, el terrible Catilina se muestra exultante, y lo mismo los feroces Marios y los Cetegos de hombro desnudo [574]; vi yo jubilosos a demagogos de renombre: los Drusos, desmedidos en sus propuestas legislativas, y los Gracos [575], de una osadía desaforada; manos atenazadas por eternas argollas de acero y por la cárcel de Plutón se pusieron a aplaudir, y una turba de culpables reclama las campiñas de los piadosos [576]. El señor del reino de la muerte abre lívidos aposentos, aguza peñas abruptas y duro acero para las cadenas, y prepara así el castigo para el vencedor. Llévate conti-

de aquéllos y cinco de éstos. Los primeros se entristecen por la suerte de Roma (excepto Bruto, por la razón que se entrevé); los últimos, se alegran.

[570] Véase n. 36.

[571] Escipión el Mayor o el Menor, ambos triunfadores en África (el primero derrotó a Aníbal en Zama, el segundo destruyó Cartago), llora por la suerte de su descendiente, Metelo Escipión, suegro de Pompeyo, muerto también en África, después de la batalla de Tapso.

[572] Catón el Mayor, acérrimo enemigo de Cartago (recuérdese su cantilena «delenda est Carthago»), se apena por su nieto, que se suicidó en Útica tras la citada batalla de Tapso.

[573] Porque un descendiente suyo será el asesino de César.

[574] Véase n. 188.

[575] Livio Druso defendió la concesión de la ciudadanía romana a todos los itálicos. Los hermanos Tiberio y Gayo Graco murieron por proponer y defender profundas reformas sociales. Lucano y todos los escritores latinos de mentalidad aristocrática los tachan de demagogos.

[576] Los impíos, que se creen justificados y purificados por el inminente triunfo de César, quieren pasar a los Campos Elíseos, morada de los justos.

go, joven, este consuelo: que los manes están esperando a tu padre y a su casa en un cobijo apacible y reservan en la zona tranquila del reino un lugar para los Pompeyos. Y no te inquiete la gloria de una vida breve [577]: llegará la hora que haga iguales a todos los caudillos. Apresuraos a morir y, orgullosos de la grandeza de vuestro espíritu, descended, aunque sea desde modestas tumbas, y pisotead los manes de divinidades de Roma [578]. Qué túmulo bañará la onda del Nilo y cuál la del Tíber, ésta es la única cuestión; y la lucha entre los jefes es sólo en torno a su funeral [579]. Tú no inquieras tu destino: las Parcas te lo darán a conocer aunque yo me lo calle; profeta más seguro, tu propio padre Pompeyo te lo revelará todo en los campos de Sicilia [580], sin saber él tampoco con certeza hacia dónde encarrilarte, de dónde alejarte, qué zonas aconsejarte que evites, qué astros del universo. Temed, infortunados, tanto Europa como Libia y Asia: la fortuna ha repartido los túmulos de acuerdo con vuestros triunfos [581]. ¡Oh familia digna de compasión!, nada verás en todo el orbe más seguro que Ematia [582].» Cuando acabó de exponer así los destinos, queda en pie afligido,

577 La de César, que pronto va a morir.

578 Se refiere a la divinización de César, que los pompeyanos podrán despreciar en la otra vida, dado el castigo que allí tendrá el vencedor.

579 Pompeyo morirá en Egipto —Nilo—, César, en Roma —Tíber—, y, después de todo, la muerte de uno y otro van a ser casi seguidas.

580 «Se ignora a qué alude aquí Lucano, tal vez a un episodio del poema que tenía proyectado y que no pudo escribir» (BOURGERY, *ad loc.*).

581 En efecto, Pompeyo y sus dos hijos murieron cada uno en un continente: Pompeyo padre en África (Egipto); Gneo Pompeyo, en Europa (Hispania, en la batalla de Munda); Sexto Pompeyo, el de este episodio, en Asia (Mileto).

582 El cadáver resucitado cierra su parlamento con una de las paradojas tan del gusto de Lucano: Farsalia, pese a la terrible derrota, será el sitio más seguro para los Pompeyos, ya que ninguno de ellos morirá allí.

con callado semblante, y solicita de nuevo la muerte. Es preciso acudir a ensalmos y yerbas mágicas para que el cadáver se desplome; los hados no pueden reclamar para sí esta vida, por haber ya ejercitado una vez todos sus derechos. Entonces, con numerosos troncos, erige ella una pira; el difunto viene a las llamas. Ericto deja al joven colocado sobre el rimero encendido, permiténdole al fin morir, y acompaña a Sexto al campamento de su padre; y, cuando el cielo apuntaba ya los tintes del amanecer, la noche, bajo la orden de retener el día hasta que alcanzaran sin peligro las tiendas, les procuró unas espesas tinieblas.

LIBRO VII

SINOPSIS

1-44	El sueño de Pompeyo.
45-150	Pompeyo, ante la presión de los suyos, decide combatir.
151-213	Los prodigios.
214-234	Orden de batalla de los pompeyanos.
235-384	Arengas de César y de Pompeyo.
385-459	Lamentos del poeta por las consecuencias de Farsalia.
460-646	La batalla.
647-727	Huida de Pompeyo.
728-846	Saqueo del campamento pompeyano y aspecto del campo de batalla.
847-872	Apóstrofe doloroso del poeta a Tesalia.

Más lento en elevarse del Océano de lo que la ley eterna le reclamaba, Titán, afligido, nunca empujó con más brío sus caballos en sentido opuesto al del cielo e invirtió su curso, pese a que la esfera lo arrebataba [583]; hasta quiso sufrir un eclipse y las molestias de la pérdida de su luz, y atrajo hacia sí las nubes, no como pábulo a sus llamas, sino para no brillar esplendoroso en la región de Tesalia.

En cambio, esa noche, última parcela de felicidad en la vida del Magno, engañó sus inquietos sueños con una vana ilusión. En efecto, le pareció ver en los asientos del teatro pompeyano [584] los incontables rostros de la plebe romana, que su nombre se alzaba hasta las estrellas entre gritos de alborozo y que las gradas competían en el estrépito de los aplausos; tal como era antaño el aspecto y el clamor del pueblo entusiasmado, cuando, joven aún, en la época de su primer triunfo [585], tras

[583] La antigua astronomía consideraba que el movimiento propio del sol era de Oeste a Este y que, si el movimiento aparente es de Este a Oeste, se debe a que ese es el movimiento del cielo, que lo arrastra en su dirección, a pesar de la resistencia del sol. Pues bien, aquí se dice que, no queriendo alumbrar el triste día de Farsalia, ofrecía una resistencia mayor que la habitual, para salir lo más tarde posible.

[584] Véase n. 31.

[585] De hecho, su victoria sobre Sertorio le proporcionó su segundo triunfo; el primero lo consiguió ocho años antes, en el 79, tras su victoria sobre Jarbas y su conquista de Numidia.

haber domeñado a los pueblos que rodea el Ebro torrencial y a cuantas fuerzas puso en pie Sertorio en su táctica de guerrillas, y con el Occidente ya pacificado, él, inspirando el mismo respeto con la toga sencilla que con la que realza el carro triunfal, se sentó, entre los aplausos de los senadores, siendo todavía un caballero romano; bien sea que, al término de sus días venturosos, su espíritu, angustiado de preocupaciones, se refugiara en los tiempos felices, bien que el sueño, vaticinando por sus rodeos habituales lo contrario de lo soñado, le augurara una gran lamentación, bien que, habiéndosete prohibido ver más las moradas patrias, te concedía la Fortuna ver a Roma de esta manera. No interrumpáis sus sueños, centinelas del campamento; que ninguna trompeta flagele sus oídos. Mañana su reposo, siniestro y doliente por las visiones de la jornada, de todas partes le presentará funestas formaciones, de todas partes la guerra. ¿De dónde sacar para los pueblos de Italia sueños parecidos y una noche feliz? ¡Afortunada sería tu querida Roma si pudiera verte siquiera de esta forma [586]! ¡Ojalá los dioses celestes os hubieran hecho a tu patria y a ti, Magno, el regalo de un solo día, en el que ambos, seguros ya de vuestro destino, gozarais con avidez el último fruto de tan grande amor! Tú partes como si hubieras de morir en la ciudad ausonia [587]; ella, consciente de que siempre se habían cumplido sus votos respecto a ti, jamás pensó que estuviera grabado en el destino este oprobio: que perdiera así incluso la tumba de su querido Magno. Te hubieran llorado, mezclando sus lágrimas, lo mismo el joven que el viejo, y hasta el niño sin que nadie le obligara; habría lacerado sus pechos la turba mujeril, con la cabellera suelta, como en el funeral de Bruto [588]. Incluso ahora,

[586] Es decir, mientras tienes estos sueños felices.

[587] En Roma.

[588] El fundador de la República romana, tras expulsar al último

aunque les atemoricen las armas del inicuo vencedor, aunque el propio César les anuncie tus funerales, te llorarán, pero a la vez que llevan incienso y guirnaldas al Tonante. ¡Desventurados, ay, cuyos gemidos sofocaron su dolor[589], y no pudieron llorarte todos juntos en tu teatro abarrotado!

El fulgor del sol había borrado las estrellas, cuando la soldadesca estalló en un confuso murmullo y, conforme a los destinos que arrastraban consigo el universo, pidió la señal de combate. La mayor parte de esta desgraciada muchedumbre, que no iba a ver la jornada entera, se queja en torno a la propia tienda del general e, inflamada en una gran agitación, atrae las horas presurosas de su muerte cercana. Una rabia siniestra les invade: cada uno ansía precipitar su propio desenlace y el de la patria; a Pompeyo se le moteja de indolente y medroso, de demasiado tolerante con su suegro, y de que, seducido por la soberanía del universo, deseaba mantener bajo su dominio a tantos pueblos reunidos de todas partes y temía la paz[590]. Igualmente se quejan los reyes y pueblos orientales del aplazamiento de los combates y de que se les retiene lejos de su tierra natal. ¿Es que os complace, dioses del cielo, cuando os habéis propuesto trastornarlo todo, añadir a los errores la culpabilidad[591]? Nos precipitamos sobre la catástrofe y reclamamos unas armas que van a sernos fatales; en el campamento de Pompeyo la meta anhelada es Farsalia. Portavoz en nombre de todos fue el máximo repre-

---

rey, uno de cuyos hijos había ultrajado a Lucrecia; de ahí que lo lloren, agradecidas, las matronas.

[589] Tras la muerte de Pompeyo, dice el poeta, los romanos deseaban llorar libremente, pero ahogan su dolor por miedo a César.

[590] Pues con ella perdería el mando de las naciones ahora bajo sus órdenes.

[591] Al error de intervenir en una guerra civil se añade la culpabilidad de precipitarse a la batalla.

sentante de la elocuencia romana, Tulio[592], bajo cuya autoridad civil el sanguinario Catilina tembló ante las segures pacificadoras; estaba irritado contra la guerra, añorando la tribuna rostral y el foro, después de soportar en la milicia tan largos silencios. Su elocuencia prestó vigor a una endeble causa:

«A cambio de sus múltiples favores, la Fortuna, Magno, sólo te pide una cosa: que te dignes hacer uso de ella; las personas principales de tu campamento y los reyes a tu servicio, postrados ante ti junto con el universo suplicante, te rogamos consientas que tu suegro sea vencido. ¿Será César por tan largo tiempo una guerra viviente para el género humano? Con razón la lentitud de Pompeyo en vencer es un escarnio para los pueblos por él sometidos mientras pasaba a la carrera. ¿A dónde ha ido tu fogosidad, o a dónde tu confianza en el destino? ¿Tienes miedo, ingrato, de los celestes y dudas en confiar a los dioses la causa del senado? Por su propia iniciativa las formaciones arrancarán tus enseñas y se lanzarán adelante: deberías avergonzarte de vencer a la fuerza. Si bajo un mando que nosotros[593] te hemos conferido, y si en beneficio nuestro se libran los combates, concédaseles enfrentarse en el campo de batalla que prefieran. ¿Por qué alejas de la sangre de César las espadas del universo? Blanden las manos los dardos, a duras penas aguarda alguno la señal que se retrasa: dala pronto, no sea que tus trompetas se te adelanten. El senado está ansioso por saber, Magno, si te sigue como combatiente o como simple escolta.» Gimió el caudillo y comprendió que era una trampa de

[592] Cicerón no estuvo en la batalla de Farsalia, sino que se quedó en Durazzo. Lucano, que sin duda lo sabía, le hace intervenir aquí para dar realce a la situación en el preludio de la batalla. Es el recurso literario de un poeta que escribe poesía, no historia.

[593] El senado. Recuérdese el discurso de Léntulo en el canto V, a cuyo final propone conferir el mando a Pompeyo y todos aceptan por aclamación.

los dioses y que los hados se oponían a sus propósitos: «Si éste, dijo, es el deseo de todos, si la ocasión necesita al Magno como soldado, no como general, no retardaré más los destinos: envuelva la fortuna a los pueblos en un solo derrumbamiento y sea este día el último para una gran parte de la humanidad. Con todo, te pongo, Roma, por testigo de que al Magno le han impuesto el día en que todo va a ser destruido. Hubiera podido no costarte herida alguna el agobio de la guerra; hubiera podido yo, sin carnicería, entregar el general, sometido y cautivo, a la paz por él violada. ¿Qué delirio de crímenes es éste, ciegos? Prestos a librar una guerra civil, temen una victoria sin sangre. Les hemos arrebatado las tierras, les hemos cerrado el paso a todos los mares, hemos obligado a sus escuadrones hambrientos a rapiñar las mieses antes de sazón, y hemos logrado que el deseo del enemigo sea preferir ser abatido por nuestras espadas y mezclar los cadáveres de los suyos con los míos. Una gran parte de la guerra está ya acabada para quienes han conseguido que el recluta no tenga miedo al combate, con tal de que reclamen la señal aguijoneados por el valor y enardecidos de espíritu marcial. A muchos les lanzó al cogollo de los peligros el propio temor a la desgracia inminente. El más valeroso es aquel que, pronto a arrostrar los temibles embates si se le echan encima, es también capaz de darles de lado. Les apetece poner en manos de la fortuna esta situación tan favorable y dejar que la espada decida los destinos del mundo; prefieren que su general combata a que venza. Me habías confiado, Fortuna, la dirección de los poderes de Roma: recíbelos acrecentados y protégelos en los ciegos lances de la guerra. Para Pompeyo no habrá ni culpa ni gloria en esta batalla. Me vences, César, ante los dioses del cielo con tus plegarias perniciosas: el combate está a punto. ¡Cuántos crímenes y cuántos desastres acarreará este día a las naciones!

¡Cuántos tronos serán derribados! ¡Qué turbio correrá el Enípeo [594] con la sangre romana! Me gustaría que la primera lanza de esta lucha a muerte se clavara en mi cabeza, si es que ella puede rodar sin la convulsión del Estado y la ruina de nuestra causa; pues la victoria no podría proporcionar al Magno mayor contento. Hoy, cuando se haya cumplido esta catástrofe, Pompeyo será para los pueblos un nombre u odioso o digno de lástima: todo el infortunio que depare la suerte postrera caerá sobre el vencido; toda la abominación, sobre el vencedor [595].» Así habla, y permite a sus huestes tomar las armas, suelta los frenos a los enfurecidos por el ansia de lucha y, como el timonel vencido por la violencia del coro, abandona la dirección a los vientos y, sin hacer uso de su destreza, se deja arrastrar como un peso muerto de su nave. Zumba el campamento revuelto en agitado desorden, y los corazones feroces golpetean con latidos irregulares los pechos que los contienen. En el semblante de muchos está ya la lividez de una muerte cercana, y su aspecto es el vivo retrato de su suerte fatal. Está claro que ha llegado el día que va a establecer para siempre el destino de la humanidad, y que lo que se cuestiona en la gran batalla es el propio ser de Roma. Cada uno es inconsciente de sus propios peligros, espantado por un miedo más terrible. ¿Quién que ve las riberas tragadas por el mar, las aguas encaramadas en las montañas, el sol derribado y el cielo desplomándose sobre la tierra, el fin del mundo, en suma, se pondría a temer por su propia suerte? No hay tiempo para albergar temor alguno por sí mismo: se teme por la Ciudad y por el Magno. Y no tenían confianza en sus espadas sino cuando la punta roma había echado chispas en la amoladera; entonces toda lanza se aguza en el pe-

[594] Ya aludido en la descripción de los ríos de Tesalia, en VI 373.

[595] El vencedor, sea cual sea, cometerá crueldades sobre el vencido y será, por ello, odiado.

dernal, tensan los arcos con cuerdas mejores, se cuidan de colmar sus aljabas con flechas escogidas, amplía el jinete las espuelas y reduce las riendas de los frenos. Si se permite comparar los afanes de los hombres con los de los celestes, no de otra manera, cuando Flegra [596] puso en pie a los rabiosos gigantes, la espada de Marte se caldeó en los yunques de Sicilia, el tridente de Neptuno se puso por segunda vez al rojo vivo en las llamas, Peán templó de nuevo sus flechas tras haber abatido a Pitón, Palas desparramó por su égida los cabellos de la Górgona y el Cíclope le renovó a Júpiter los rayos de Palene.

Sin embargo, la Fortuna no se abstuvo de revelar por medio de signos variados los acontecimientos venideros. En efecto, cuando se dirigían a los campos de Tesalia, el aparato entero del cielo obstaculizó su marcha [las nubes estrellaron sus rayos en los ojos de los soldados] [597], arrojó frente a ellos antorchas e inmensas columnas de fuego y tifones sedientos de agua mezclados con vigas llameantes [598], y les hizo cerrar los ojos con el trallazo de los relámpagos; descuajó los penachos de los cascos, inundó las vainas derritiendo en ellas las espadas, les arrancó las picas y las fundió, e hizo humear el hierro dañino con el azufre de la atmósfera; [además, las enseñas se cubrieron de innumerables enjambres] [599] y, a duras penas arrancadas del

[596] Véanse IV 597 y n. 346. Enumera Lucano los principales dioses que ayudaron a Júpiter en la Gigantomaquia (Peán = Apolo). La Palene aludida es la propia Flegra.

[597] Verso presumiblemente intercalado.

[598] De estas vigas o *trabes* como fenómeno atmosférico habla Séneca, *Cuestiones naturales* VII 5, 2.

[599] Housman (*ad loc.*) considera intercalado este verso, con razones, a nuestro juicio, no suficientemente válidas. Aparte de que este prodigio es mencionado por varios escritores latinos, la repetición de «enseñas» (*signa*) tres versos más abajo nos parece un estilema propio de Lucano, con finalidad «potenciadora».

suelo, doblaron la cabeza del portaestandarte, agobiada por un peso mayor del habitual, enseñas bañadas en llanto que fueron, hasta Farsalia, de Roma y del pueblo. Un toro, llevado como ofrenda a los dioses, huyó del altar, destrozándolo, y se lanzó con la cabeza baja hacia los campos de Ematia, y no se encontró ninguna otra víctima para aquel sacrificio de mal agüero. (En cambio, ¿a qué dioses de los crímenes, a qué Euménides invocaste tú, César? ¿Qué deidades del reino estigio, qué abominación infernal, qué furias hundidas en la noche te hiciste propicias cuando ibas a librar tan salvajemente unas impías campañas?). Además (es dudoso si sucedió por prodigios de los dioses o lo imaginaron por su excesivo terror) a muchos les pareció que el Pindo chocaba con el Olimpo y que el Hemo se hundía en abruptas hoces, que Farsalia despedía nocturnos gritos de guerra y que un torrente de sangre corría por el lago Bebeida [600], al pie del Ossa; unos a otros se ven con asombro las caras veladas por las tinieblas y que el día está mortecino, la noche se abate sobre los cascos, y sus padres difuntos y las sombras de sus consanguíneos revolotean ante sus ojos. Pero sus almas tenían al menos como consuelo que la multitud, consciente de sus deseos nefandos y que esperaba toparse con las gargantas de sus padres y los pechos de sus hermanos, se alegra de estos prodigios y piensa que la conturbación mental y los súbitos delirios son un augurio de sus crímenes.

¿Qué tiene de extraño que los pueblos a los que aguardaba su último día de vida se echaran a temblar con un miedo frenético, siendo así que al hombre se le ha dado una mente capaz de presagiar las desgracias? El romano que reside como forastero en la tiria Cádiz y el que bebe las aguas del Araxes armenio, cual-

[600] Al sur de Ossa y al nordeste de Farsalia.

quiera que sea su meridiano y cualquiera que sea la constelación del universo que le cobije, se siente triste sin saber por qué, y reprocha a su alma esta aflicción, ignorante de las pérdidas que está sufriendo en las campiñas de Ematia. Si podemos fiarnos realmente de quienes lo cuentan, un augur [601], sentado en la colina eugánea, allí donde el Apono brota humeante de la tierra y se dispersa el agua del Timavo, río de Antenor, exclama: «Ha llegado el día supremo, se está librando la gran batalla, entrechocan las armas impías de Pompeyo y de César»; o bien había notado los truenos y los dardos admonitorios de Júpiter, o se había percatado de que el firmamento entero y los polos se oponían a un cielo en discordia, o bien una deidad afligida en el éter le había advertido de la lucha por la mortecina lividez del sol. Pero es cierto que la naturaleza dio paso a un día, el de Tesalia, diferente de todos los que ella despliega: si la inteligencia humana hubiera observado, mediante la pericia de un augur, todos y cada uno de los signos extraños del cielo, Farsalia hubiera podido verse en todo el mundo. ¡Oh personajes cimeros, de quienes la fortuna dejó señales por todo el orbe, y de cuyos destinos estuvo pendiente el cielo entero! Estas célebres batallas, cuando sean leídas entre gentes de tardías edades y en los pueblos de nuestros nietos, tanto si ellas han pasado a la inmortalidad sólo por su propio renombre, como si la diligencia de nuestro empeño puede también haber prestado algún servicio a las grandes figuras, lo cierto es que suscitarán a la vez esperanzas y temores, y votos ya inútiles; y todos leerán

[601] Se llamaba Gayo Cornelio (Plutarco, *César* 47, y Aulo Gelio, *Noches áticas* XV 18). La «colina eugánea» se hallaba entre Padua y Verona, y Apono es una fuente termal aún existente. En cuanto al río Timavo, llamado aquí «de Antenor» por el mítico fundador de Padua, «desemboca en el Adriático cerca de la actual Trieste, a gran distancia de Padua: la geografía de Lucano es inexacta». (Dilke, *ad loc.*).

hechizados los trágicos sucesos como si estuvieran al llegar, no como pasados, y todavía, Magno, estarán de tu parte.

El ejército, luego que, destellando al ser herido de frente por Febo, inundó, conforme bajaba, todas las colinas con el resplandor de las armas, no se lanzó a ciegas sobre las llanuras: se alineó la infortunada tropa de acuerdo con un plan definido [602]. Se te confía a ti, Léntulo, el cuidado del ala izquierda, con la legión primera, en aquella ocasión la más distinguida en la lucha, y con la cuarta. A ti, Domicio, que combates con los dioses en contra, se te encomendó el frente del ala derecha. Pero como fuerza principal del centro de la formación se apiñan los escuadrones más aguerridos, que, procedentes de las tierras de los cílices, los tenía a su mando Escipión, simple soldado aquí, general en jefe después en la región de Libia. Por su parte, junto a los riachuelos y estanques que forma el desbordado Enípeo, marchaba la cohorte montañesa de los capadocios y el jinete del Ponto, pródigo de riendas. Pero la zona más amplia de la seca llanura la ocupan los tetrarcas, los reyes, los grandes potentados y toda la púrpura al servicio de las espadas del Lacio. Allá envió Libia a los númidas y Creta a los cidones [603]; de allí se dispararon las flechas itureas; de allí, feroces galos, avanzasteis contra vuestro enemigo habitual; allí Iberia puso en

[602] Los tres jefes de Pompeyo, al mando, respectivamente, de las dos alas y del centro de la línea de combate, son ya conocidos: Léntulo fue el que pronunció el discurso en el canto V, abogando por la jefatura de Pompeyo (véase n. 366); Domicio fue el defensor de Corfinio en el canto II, entregado por los suyos a César y perdonado por éste (véase n. 183). Escipión, suegro de Pompeyo, ha aparecido también dos o tres veces (véanse nn. 182 y 488).

[603] Los cidones estaban al oeste de Creta; los itureos, al norte de Palestina y sur de Siria. Recuérdese la enumeración detallada de los pueblos aliados de Pompeyo en el canto III, vv. 169-297.

marcha sus belicosos escudos. Arrebata, Magno, estos pueblos a su vencedor[604] y, derramando la sangre del universo, aniquila de un golpe todos tus triunfos.

Casualmente aquel día César, abandonando su posición, estaba a punto de mover sus enseñas para ir al pillaje de las mieses; de repente advierte que el enemigo está bajando a terreno llano, y ve que se le ofrece la ocasión, postulada en mil plegarias, de apostarlo todo a un lance supremo. Enfermo, en efecto, por la dilación y ardiendo en el deseo del trono, comenzaba, pese al poco tiempo transcurrido, a condenar las guerras civiles como un crimen demasiado lento. Cuando vio que se avecinaban los momentos críticos para los caudillos y la batalla decisiva, y sintió que la ruina del mundo se tambaleaba a punto de desplomarse por obra del destino, incluso aquella rabia suya prestísima hacia la espada aflojó un poco, y su espíritu, tan audaz para prometerle desenlaces favorables, permaneció indeciso, pues, ni sus hados le permiten sentir miedo ni los del Magno albergar esperanzas. Ahogado su temor, estalla su confianza, más adecuada para arengar a la tropa: «¡Oh domeñador del universo, buena estrella de mis empresas, soldado!: aquí está la oportunidad tantas veces ansiada. No hay ninguna necesidad de plegarias: emplazad ahora al destino con la espada. En vuestras manos tenéis la decisión sobre la grandeza de César. Éste es el famoso día que, lo recuerdo, me fue prometido junto a las ondas del Rubicón, por cuya esperanza movilizamos las armas, para el cual hemos aplazado el retorno y los triunfos que se nos impidió celebrar, [éste es también el que os devolverá hoy vuestros seres queridos y vuestros penates y, cumplidas las obligaciones

[604] Es decir, si estos pueblos —el mundo no romano— vencidos por Pompeyo son aniquilados, se hará imposible cualquier triunfo futuro, al faltar el material para tal triunfo, a saber, pueblos para ser vencidos.

militares, os convertirá en colonos][605], éste, el que probará, con los hados por testigos, quién ha empuñado las armas con más justicia; esta batalla ha de hacer del vencido el culpable. Si por mí atacasteis la patria a hierro y fuego, pelead ahora fieramente y libraos de vuestra culpa con la espada: ninguna mano está limpia cuando ha cambiado el juez de la contienda[606]. No es mi interés el que está en juego, sino que, para que podáis ser hombres libres, os pido que impongáis vuestra autoridad a todas las naciones. Yo mismo, pese a mis deseos de reintegrarme a la vida privada y de convertirme en un ciudadano corriente vestido con la toga del pueblo llano, con tal de que vosotros seáis todopoderosos, no hay nada que yo renuncie a ser[607]. Sed vosotros reyes, aun a costa de que a mí se me odie. Y no pretendéis el dominio del mundo con un copioso derramamiento de sangre: habrá frente a vosotros una juventud reclutada de los gimnasios griegos, enervada por las prácticas de la palestra y apenas capaz de sostener las armas, o unos bárbaros de lenguas discordantes y en confusa turbamulta, que no soportarán el sonido de las trompetas ni, en la marcha hacia el combate, su propio griterío. Pocas serán las manos que hagan de verdad una guerra civil: gran parte de la batalla se empleará en librar al mundo de estos pueblos y en triturar a enemigos de Roma. Avanzad a través de esas cobardes naciones y esos desacreditados reinos y, con el primer empuje de vuestras espadas, prosternad al universo; quede claro que las gentes que Pompeyo introdujo en la Ciudad a la zaga de tantos carros triunfales, no va-

[605] Estos dos versos, omitidos en casi todos los buenos mss., rompen el hilo de la ideas y son probablemente interpolados.

[606] A juicio del vencedor, único juez, ninguno de los vencidos es inocente.

[607] Es decir: incluso estoy dispuesto a ser rey, a pesar de que no me gusta, con tal de que vosotros participéis de ese poder mío.

lían ni para un solo triunfo. ¿Es que inquieta a los armenios qué general ostenta el poder en Roma, o algún bárbaro pretende, al precio de unas gotas de sangre, poner al Magno al frente del gobierno de Hesperia? Ellos odian a todos los romanos, y los dueños que les son más gravosos son aquellos a los que conocen bien. Pero a mí la Fortuna me ha puesto en manos de los míos, de cuya lealtad la Galia me ha dado testimonio en tantos combates. ¿De cuál de mis soldados no reconocería yo la espada? Y cuando una vibrante lanza cruza el aire, no marraría al decir por qué brazo ha sido blandida. Por tanto, si alcanzo a ver rostros feroces y ojos amenazantes, señales que nunca engañan a vuestros jefe, la victoria es vuestra. Me parece estar viendo ríos de sangre, reyes a un tiempo pisoteados, cuerpos de senadores hechos pedazos, y a los pueblos chapoteando en medio de una inmensa carnicería. Pero estoy demorando mis destinos al reteneros con este discurso, furiosos como estáis por ir a las armas. Disculpadme por retrasar la batalla: tiemblo de esperanza; jamás vi tan cerca de mí a los celestes dispuestos a brindarme tamaños favores; una estrecha franja de terreno nos separa de conseguir nuestros deseos. Yo soy quien, acabada la guerra, estaré en disposición de regalar lo que pueblos y reyes poseen. ¿Qué desplazamiento ha tenido lugar en el polo, qué estrella ha invertido su curso en el cielo para que concedáis, celestes, tan gran privilegio a la ribera de Tesalia? Hoy está preparada o la recompensa o el castigo de esta guerra. Imaginaos las cruces reservadas a César, imaginaos las cadenas, y esta cabeza expuesta en la tribuna rostral, mis miembros desparramados, el crimen de los Setos y las luchas en el Campo cerrado [608]. Contra un jefe del bando de Sila libramos esta guerra civil. La ansiedad que me inquieta

[608] Alusión a las matanzas de Sila en el Campo de Marte (véase n. 147), para decir a continuación que Pompeyo será otro Sila, porque fue uno de los suyos y de él aprendió (véase canto I, vv. 326 y 330-331).

es por vosotros, pues en cuanto a mí, la suerte que me aguarda no me preocupa, ya que será buscada por mi propia mano: me verá atravesándome las entrañas el que vuelva la vista atrás antes de que el enemigo haya sido vencido [609]. ¡Dioses, cuya atención se vio desviada del cielo por causa de la tierra y del sufrimiento romano; sea vencedor aquel que no considera necesario desenvainar la sanguinaria espada contra los vencidos y que no cree que sus conciudadanos, por enarbolar las enseñas en el bando de enfrente, cometieron un crimen! Cuando Pompeyo tuvo a vuestros escuadrones en una zona angosta, donde al valor se le impedía desplegarse, ¡con cuánta sangre sació su espada! [610]. Con todo, yo os ruego, soldados, que nadie intente herir al enemigo por la espalda: el que huyere, sea tenido por un ciudadano. Pero, mientras centellean los dardos, no os dejéis conmover por ningún sentimiento de piedad, ni aunque veáis cara a cara a vuestros padres; desfigurad con la espada los rostros que os demandan respeto. Ya sea que alguien se lance con el hierro hostil contra el pecho de un allegado, o que no viole con la herida de su lanza a ningún ser querido, de todos modos puede reclamar su premio por la garganta de un enemigo desconocido

[609] Es decir, si somos derrotados, me suicidaré.

[610] Si se alude, como parece lo más probable, a la victoria de Pompeyo al escapar del cerco de Durazzo, narrada en VI 290 ss., hay una contradicción con lo que allí se dice (vv. 300-301) de que aquél detuvo la espada para que no exterminaran a las tropas cesarianas. Pese a todo, pudo ser grande la carnicería. De todas formas, no se olvide que estas contradicciones, reprobables en un historiador, lo son menos, o no lo son en absoluto, en un poeta que intenta potenciar cada episodio con todos los recursos literarios a su alcance. Y es totalmente lógico que, en boca de un enemigo como lo es César (recordemos que en aquella otra ocasión era el poeta el que hablaba), y más cuando está arengando a sus tropas contra su enemigo, no reconozca los rasgos de clemencia de éste (sería disonante y hasta absurdo en el contexto), sino que cargue las tintas en su crueldad, real o supuesta.

como si también esto fuera un crimen [611]. Derribad enseguida la empalizada y rellenad los fosos con los escombros, para que la formación salga sin desperdigarse, con los manípulos compactos. No tengáis consideración alguna con el campamento: ya pondréis vuestras tiendas en aquella empalizada de donde viene un ejército destinado a morir.» No bien acabó César su arenga completa, a cada uno le absorbe su tarea, y los soldados toman deprisa las armas y las provisiones. Aceptan los buenos presagios del combate y se precipitan por las ruinas del campamento; se plantan sin alineación alguna, sin táctica alguna emanada del general, y todo lo confían a los destinos. Si se hubiera colocado en aquella funesta formación de batalla a otros tantos suegros del Magno y a otros tantos aspirantes a soberanos de su propio país, no se lanzarían al combate en carrera tan precipitada.

Cuando vio Pompeyo que los batallones enemigos salían en derechura hacia él, y que no se permitía ya aplazamiento alguno de la batalla, sino que los dioses habían decidido aquel día, se queda estupefacto, con el corazón helado; y para un general tan importante sentir ese miedo ante las armas era ya un mal augurio. Luego, sofoca sus temores y, paseándose a lo largo de la formación en un soberbio caballo, les habla: «El día que vuestro valor está reclamando, el final de las guerras civiles, que habéis buscado con ahínco, aquí está. Desplegad todas vuestras fuerzas: queda el último cometido del hierro, y en una sola hora se juega el destino de las naciones. Todo el que aspire a ver su patria, su querido hogar, sus retoños, su tálamo y las prendas que

[611] El sentido es: el que se atreva a matar a alguno de sus parientes (lo que es un «crimen») recibirá de mí un premio especial; pero si no encuentra parientes, puede reclamarme el mismo premio por desconocidos: también esto lo consideraré un «crimen» digno de recompensa.

dejó atrás, gánelo con la espada: la divinidad lo ha puesto todo en medio del campo de batalla. Nuestra mejor causa nos invita a esperar el favor de los dioses: ellos mismos dirigirán nuestros dardos hasta dentro de las entrañas de César, ellos mismos querrán sancionar con esa sangre las leyes romanas. Si se aprestaran a otorgar a mi suegro la soberanía del universo, en su poder estuvo precipitar mi vejez hacia su último destino: es una prueba de que los dioses no están irritados contra los pueblos ni contra la Ciudad el que hayan conservado a Pompeyo como su caudillo. Todo lo que puede asegurar la victoria lo tenemos junto. Han venido a soportar voluntariamente los peligros guerreros insignes y una tropa con la sagrada aureola de pasados tiempos. Si los hados permitieran volver a esta época a los Curios, los Camilos y los Decios, que ofrecieron en holocausto sus cabezas [612], se alinearían en nuestro bando. Pueblos congregados del extremo Oriente e innumerables ciudades han puesto en marcha tantas fuerzas como jamás hubo para un combate. Tenemos a un tiempo el mundo entero a nuestra disposición. Todos los hombres que estamos comprendidos en los límites del cielo estrellado, bajo el noto y el bóreas [613], empuñamos las armas. ¿No podremos copar al enemigo en el centro con un giro envolvente de nuestras alas? Esta victoria exige pocos brazos, mientras que la mayoría de los batallones sólo intervendrá en la batalla con su clamoreo: César no es bastante para nuestras armas. Imaginad con razón que, dobladas desde lo más alto de

[612] Véanse nn. 157 y 569.

[613] HOUSMAN, en su citado «Apéndice astronómico», dice que son «los habitantes del hemisferio norte, desde el Trópico de Cáncer al Círculo Ártico. Se dice que se hallan comprendidos por el zodíaco, porque el zodíaco se proyecta verticalmente sobre la totalidad de la zona tórrida».

las murallas de la Ciudad, sueltos los cabellos, os exhortan a la lucha vuestras madres; imaginad que los senadores longevos e impedidos por su edad de seguir al ejército prosternan a vuestros pies sus augustas canas, y que la propia Roma, temerosa de un dueño, viene ante vosotros; imaginad que las gentes actuales y las gentes venideras os dirigen de consuno sus plegarias: esta muchedumbre quiere nacer libre, aquélla, morir libre. Si después de prendas tan importantes queda algún lugar para Pompeyo, con mis hijos y con mi esposa —y dado que pudiera hacerse salva la dignidad del mando— rodaría suplicante a vuestros pies. Si no vencéis, yo, el Magno, convertido en un desterrado, ludibrio de mi suegro, vergüenza para vosotros, os suplico que me evitéis las últimas desventuras y unos años afrentosos al final de mi recorrido: que no aprenda a ser esclavo en mi vejez.» Ante las palabras tan doloridas que pronunció el general se inflaman los ánimos, crece la bravura romana y deciden morir, si aquellos temores resultaban verdaderos.

Así pues, de uno y otro lado avanzan los escuadrones a la carrera con igual arranque de cólera: a unos les excita el miedo a la tiranía, a otros, la esperanza en ella. Estos brazos ejecutarán lo que ninguna época podrá enmendar ni el género humano reparar en todas sus edades, aunque se viera libre del hierro. Este Marte arruinará también a las gentes futuras, pues se llevará a los pueblos de la generación venidera, privándoles de su nacimiento. Entonces toda la raza latina será pura leyenda; apenas unas ruinas cubiertas de polvo podrán señalar el emplazamiento de Gabi, Veyos y Cora, los lares albanos y los penates laurentinos [614]; campo despoblado, que no habitará sino en las noches forzosas un senador contra su voluntad y quejándose de lo ordenado por Numa [615]. No es el tiempo voraz el que ha hecho estos destrozos y ha ido deshaciendo en polvo los recuerdos del pasado: es el crimen de una guerra civil lo que vemos en tantas ciudades desoladas. ¡A lo que ha quedado reducida la muchedumbre del género humano! Los pueblos que nacemos en el mundo entero no alcanzamos a llenar de habitantes las urbes ni los campos: una sola ciudad tiene cabida para todos nosotros. Las mieses de Italia son cultivadas por labriegos encadenados [616]: sigue en pie, desmoronada en su techumbre vetusta, la casa, a punto de desplomarse sin coger a nadie debajo; Roma, populosa pero sin ningún ciudadano propio, sino abarrotada con la hez del mundo, la hemos sometido a un grado tal de destrucción, que en un conglomerado tan importante no podría ya entablarse una guerra civil [617]. Farsalia es la causa de tan gran infortunio. Cedan ante ella los nombres funerarios de Cannas y Alia, largo tiempo condenada en los fastos romanos [618]. Roma ha marcado las fechas de más leves calamidades, pero ha decidido ignorar este día. ¡Ay, funestos destinos! El aire que transmite la peste, las enfermedades epidémicas, el hambre enloquecedora, las ciudades abandonadas a las llamas, los temblores de tierra que hundirán en el abismo murallas atestadas de gente, todas esas pérdidas podrían haber-

[614] Tres ciudades importantes en la historia del Lacio y que, en tiempos de Lucano, estaban semiabandonadas. Se alude también a Alba Longa, fundada, según la tradición, por Ascanio, hijo de Eneas, a unos veinte kilómetros al sudeste de Roma, y a Laurentum, ciudad marítima del antiguo Lacio, de la que fue rey Latino.

[615] Parece aludirse a las «ferias latinas», durante las cuales los magistrados ofrecían sacrificios a Júpiter Laciar en el monte Albano. Suele atribuirse la creación de dicha festividad a Tarquinio el Soberbio, pero aquí se le asigna a Numa, a quien los romanos consideraban el fundador de su culto y de sus ceremonias religiosas en general.

[616] Son los numerosos esclavos que cultivan los latifundios.

[617] Por falta de ciudadanos.

[618] Las derrotas de Cannas, frente a Aníbal, en el 216 a. C., y del Alia (pequeño río afluente del Tíber), frente a los galos, hacia el 390 a. C., fueron de las más terribles que sufrió Roma y siempre fueron recordadas como fechas trágicas.

las compensado estos hombres que de todas partes arrastró la Fortuna a una muerte lastimosa, mientras despliega, para enseguida arrebatarlos, los dones por largo tiempo acumulados, y alinea en campo abierto pueblos y caudillos para, mediante ellos, mostrarte, Roma, en tu derrumbamiento, qué grandeza se desplomaba contigo. ¿Qué nación poseyó un imperio mundial tan dilatado y recorrió con más rapidez una cadena de venturosos destinos? Toda guerra te proporcionó nuevos pueblos, todos los años el Titán te vio avanzar hacia uno y otro polo; no quedaba ya sino un pequeño espacio de la tierra oriental, para que la noche hiciera su recorrido para ti, para ti el día entero, para ti el éter, y las estrellas a lo largo de su curso no vieran nada que no fuera romano. Pero la funesta jornada de Ematia, anulando los efectos de todos esos años, hizo retroceder tus destinos. Con este día sangriento se consiguió que la India no se atemorice ante las fasces latinas y que un cónsul no conduzca al interior de unas murallas a los dahas [619], impidéndoles su vida nómada, ni empuñe fuerte, con la ropa recogida, el arado sarmático; que Partia siga pendiente de pagarte unos crueles castigos; que la Libertad, huyendo de los horrores de la guerra civil, y sin intención de volver jamás, se haya retirado más allá del Tigris [620] y del Rin y, tantas veces como la hemos buscado arriesgando el cuello, se pasea ahora como una bendición de los germanos y los escitas, y no vuelve más su mirada hacia Ausonia: ¡ojalá que nuestros pueblos nunca la hubieran conocido! Desde el momento en que Rómulo, tras fundar las murallas pese al vuelo del buitre por la izquierda, las llenó con la gen-

[619] Tribus nómadas de Escitia que merodeaban por las llanuras del Este del Mar Caspio. Seguidamente se alude a la antigua misión de los cónsules de trazar con el arado el surco delimitador de una nueva colonia establecida en tierra conquistada.

[620] A territorio de los escitas, mencionados a continuación.

te infame de su asilo [621], hasta la catástrofe de Tesalia, deberías, Roma, haber permanecido en la esclavitud. De los Brutos me quejo, Fortuna. ¿Para qué hemos pasado un largo período sujetos a leyes, o años que toman su nombre de los cónsules? Felices los árabes y los medos y la tierra oriental, a la que los hados mantuvieron bajo perpetuos tiranos. De los pueblos que soportan reyes, la suerte peor es la nuestra, pues nos avergüenza ser esclavos. Para nosotros evidentemente no existen las divinidades: puesto que los siglos son arrebatados por un ciego azar, mentimos al decir que reina Júpiter. ¿Podrá contemplar desde lo alto del cielo las matanzas de Tesalia, teniendo los rayos en la mano? ¿De verdad que él mismo alcanzará con sus fuegos a Foloe, alcanzará el Eta, el bosque de Ródope inocente y los pinos del Mimante [622], y tendrá que ser Casio, y no él, el que hiera esta cabeza [623]? Envió a Tiestes los astros nocturnos y condenó a Argos a repentinas tinieblas [624]: ¿y va a otorgar él la luz del día a Tesalia, que blande tantas espadas parecidas a aquéllas [625], de hermanos y de padres? Ningún dios se cuida de las cosas de los mortales. Sin embargo, hemos obtenido de este desastre la venganza mayor que las divinidades pueden dar en satisfacción a las tierras: las guerras civiles fabricarán dioses equiparables a los dioses celestes, Roma ornará

[621] Véase n. 24.

[622] El Foloe, que se relacionaba con el nacimiento de los centauros (véase n. 263), y el Eta son montes de Tesalia; el Ródope es de Tracia, y el Mimante, de Jonia.

[623] La de César, asesinado por Bruto y Casio.

[624] Júpiter cubrió de tinieblas la ciudad de Argos para ocultar el afrentoso crimen de Atreo, que sirvió a su hermano Tiestes en un banquete los cuerpos de sus propios hijos. También, para protestar, el sol invirtió su curso, como ha recordado el propio Lucano (canto I, vv. 543-544; véase n. 86).

[625] A las de Atreo y Tiestes.

a unos manes con rayos, aureolas y constelaciones, y en los templos de los dioses jurará por unas sombras [626].

Cuando en veloz carrera hubieron devorado el espacio que retardaba la hora suprema del destino, separados ya por una estrecha franja de terreno, observan dónde irán a caer sus picas o con qué mano les amenazarán los hados desde la otra parte [627]. Para que pudieran conocer qué monstruosidades iban a ejecutar, vieron en las filas de enfrente los rostros de sus padres y las armas de sus hermanos, que casi tocaban, pero no se decidieron a cambiar de lugar. Sin embargo, un entumecimiento agarrotó los pechos todos, la sangre se arracimó helada en las entrañas sacudidas por un sentimiento de piedad, y todas las cohortes retuvieron largo tiempo en sus brazos estirados las picas ya dispuestas. Que los dioses te den no la muerte, castigo reservado para todos, sino que sigas sintiendo incluso muerto, después de tu desenlace, Crástino, por cuya mano fue volteada la lanza que trabó el combate, la primera que tiñó Tesalia de sangre romana. ¡Ay, rabiosa precipitación! Cuando César retenía los dardos, ¡se halló una mano capaz de anticipársele! Entonces estalló en los clarines un soplo estridente, y alumbró el cuerno el toque de batalla; entonces las trompetas se atrevieron a dar la señal; entonces el fragor sube hacia el cielo e irrumpe en la cúpula del Olimpo remoto, de donde están lejos las nubes, a donde no llega trueno alguno. El Hemo acogió el griterío en el eco de sus valles y lo entregó para que de nuevo se repitiera en las cavernas del Pelión; el Pindo lanza sordos bramidos, resuenan

[626] Se trata de los emperadores divinizados, el primero de los cuales será César. El estoicismo rechazaba dichas divinizaciones. Las «sombras» por las que dice el poeta sarcásticamente que jurarán los romanos son las mismas de las que dijo en el canto VI, v. 809: «Pisotead los manes de divinidades de Roma.»

[627] Invirtiendo el orden habitual de los versos 462 y 463, HOUSMAN (*ad loc.*) ha logrado un sentido, a nuestro juicio, mucho más claro.

las peñas del Pangeo, gimen los roquedales del Eta y se asustan los combatientes de los gritos de su propio furor repercutidos en toda la tierra. Se esparce un sinnúmero de proyectiles pero con deseos opuestos: unos desean herir, otros, que sus dardos se claven en tierra y conservar así limpias las manos. Todo lo arrebata el azar, y la Fortuna caprichosa hace culpables a quienes
le apetece [628]. Entonces los itureos, los medos y los 488
árabes desmandados, horda temible con el arco, no 514
apuntaron sus flechas a un blanco fijo, sino que disparan sólo contra el aire que domina las llanuras; desde él bajan las muertes. Pero no mancillan con ninguna culpabilidad criminal su acero extranjero: la maldad del crimen quedó enteramente congregada alrededor de las picas. Una espesa malla de hierro oculta el cielo y una noche de dardos entramados se abatió sobre las
campiñas. Pero ¡qué escasa porción de la catástrofe fue 520
llevada a cabo por los proyectiles y el hierro volador! 489
A los odios entre ciudadanos sólo puede satisfacerlos la espada, que lleva las diestras hasta el fondo de las entrañas romanas. El ejército de Pompeyo, apiñado en compactos escuadrones, había unido sus armas en una línea ininterrumpida, entrelazando los escudos; apenas iba a tener sitio para mover sus diestras y sus dardos tal como se había alineado, y, comprimido de esta forma, tenía miedo de sus propias espadas. En precipitada carrera los batallones enfurecidos de César cargan contra las apretadas cuñas e intentan abrirse camino a través de las armas, a través del enemigo. Por donde la trenzada coraza opone sus mallas resistentes y el pecho queda oculto bajo una segura protección, por allí también se llegó hasta las entrañas y, aun a través de tan

[628] Haciendo que se enfrenten con conciudadanos; si se enfrentan con extranjeros, no hay culpabilidad para Lucano. Un poco más abajo repite la idea, afirmando que los extranjeros, al matar romanos, están libres de culpa; sólo son culpables, cuando los matan, los otros romanos.

espesa armadura, la herida que cada uno inflige es terminante. La guerra civil la sufre uno de los ejércitos, el otro la hace; de aquel lado la espada permanece fría, del lado de César todo hierro está caliente por su uso criminal. Y la Fortuna, no queriendo balancear mucho tiempo cosas de tanta pesadumbre, se llevó en el torrente de los destinos las inmensas ruinas.

Tan pronto como la caballería pompeyana desplegó sus alas por toda la llanura y las estiró hasta los bordes exteriores del campo de batalla, la infantería ligera, desparramada por los manípulos de los extremos, va tras ella y lanza contra el enemigo sus hordas salvajes: allí cada pueblo entabla la lucha con sus armas peculiares, pero todos ellos buscan sangre romana; de acá y de allá vuelan flechas, antorchas, piedras y balas derretidas al surcar los aires y fundidas con su masa incandescente; entonces César, temiendo que su primera línea vacilara ante tal arremetida, mantiene unas cohortes en ángulo oblicuo detrás de las enseñas, y contra el flanco de la batalla por donde el enemigo se movía desordenado, lanza de improviso aquella columna sin desplazar las alas. Olvidándose de la lucha y huyendo en desbandada sin sentir ninguna vergüenza por su cobardía, pusieron de manifiesto que no es bueno confiar jamás las guerras civiles a hordas extranjeras. En cuanto un corcel, con el pecho atravesado por el hierro, pisoteó los miembros de su jinete tras despedirlo de cabeza, toda la caballería se retiró del lugar de la refriega, y, vueltas las riendas, se precipitó en compacto nubarrón contra las filas de los suyos. Desde entonces la matanza perdió toda medida, y lo que siguió ya no era una lucha, sino que de un lado se libra la batalla ofreciendo el cuello, del otro, hundiendo el hierro. Este bando no da abasto a derribar todos cuantos de la otra parte están listos para morir. ¡Ojalá, Farsalia, fuera suficiente para tus llanuras esta sangre que derraman pechos extranjeros, que tus fuentes no se tiñeran con ninguna otra sangre y que sólo este número de caídos vistiera con sus huesos todos tus campos! O bien, si prefieres inundarte con sangre romana, perdona a estos otros, te lo ruego: sigan con vida gálatas y sirios, capadocios, galos, iberos de la extremidad del mundo, armenios, cílices; pues, tras las guerras civiles, éstos serán el pueblo romano. El pánico, una vez surgido, invade a todos, y a los destinos se les dio libre curso en favor de César.

Se había llegado al grueso del ejército del Magno, a los batallones del centro. La lucha, que se había propagado en azaroso discurrir a todos los campos, se estabilizó aquí, y la fortuna de César sufrió un parón. Allí no libra el combate una juventud reclutada entre las fuerzas auxiliares de los reyes, ni manejan el hierro manos mercenarias: aquella posición tenía hermanos, la posición aquella, padres. Aquí tu furia, aquí tu rabia, aquí están las pruebas de tus crímenes, César. Rehúye, memoria mía, esta parte de la batalla y déjala en las tinieblas, y que ninguna época aprenda en mí, cantor de tan grandes males, cuánto horror se permite a las guerras civiles. Más bien, ay, ahóguense las lágrimas y ahóguense las lamentaciones: todo lo que en este campo de batalla llevaste a cabo, Roma, me lo callaré[629]. Entonces César, rabia viviente para sus tropas y aguijón de sus furias, a fin de que su crimen no se desperdicie en ninguno de sus detalles, va y viene en torno a sus escuadrones y añade fuego a los ánimos enardecidos. Inspecciona incluso las espadas, cuáles se hallan enteramente bañadas de sangre, cuáles brillan, con sangre únicamente en la punta, qué mano tiembla al empuñar el arma, quién blande los dardos con flojedad, quién con firmeza, quién obedece las órdenes de combate, a quién le gusta pelear, a quién se le demuda el rostro

[629] Puro recurso literario, ya que formula esta promesa y enseguida entra en detalles de lo que prometió callar.

al dar muerte a un conciudadano; recorre los cadáveres tendidos en la vasta llanura; aprieta él mismo con la palma de su mano las heridas por las que se les iba a escapar toda la sangre. Por donde quiera que pasa, como Belona sacudiendo su látigo ensagrentado, o como si Marte, espoleando a los bistones, aguijara con furiosos azotes los carros conturbados por la égida de Palas[630], se asienta una enorme noche de crímenes; brotan las matanzas y un gemido como de una voz inmensa, y resuenan las armaduras bajo el peso del pecho desplomado y los aceros al quebrarse contra los aceros. Con su propia mano les provee de espadas, les suministra dardos, y les da órdenes de desfigurar con el hierro las caras de los adversarios; él mismo hace adelantar las líneas, empuja las espaldas de los suyos, acucia a los rezagados golpeándoles con el mango de su lanza; prohibe a sus pelotones marchar contra la plebe y les muestra el senado: sabe cuál es la sangre vital del imperio, cuáles las entrañas del estado, desde dónde arremeter contra Roma, en qué punto se mantiene vulnerable la última libertad que queda en el universo. Nobles mezclados con los del segundo rango[631], y cuerpos venerables son acosados por el hierro; matan a los Lépidos, matan a los Metelos y los Corvinos a un tiempo, y a miembros de la familia de los Torcuatos, a menudo al frente de la nación y a los personajes más emcumbrados, exceptuándote a ti, Magno[632]. Allí, cubierto el rostro con un casco plebeyo y desconocido del

630 Los bistones, pueblo belicoso de Tracia, tenían por antepasado a Marte. «Es probablemente una alusión a un relato épico en que los bistones combatían a un pueblo protegido por Palas» (BOURGERY, *ad loc.*).

631 El orden ecuestre, que sigue en importancia al orden senatorial. Parece que murieron 40 de ellos en la batalla.

632 Ninguno de los miembros conocidos de estas familias murió en Farsalia. Si Lucano no ha elegido estos nombres al azar, se trata de miembros desconocidos que formarían parte del grupo de senadores muertos en el bando pompeyano.

enemigo, ¿qué hierro empuñabas, Bruto? ¡Oh decoro del imperio, oh suprema esperanza del senado, último nombre de una estirpe tan egregia a lo largo de los siglos!, no te lances con excesiva temeridad por en medio de los enemigos, ni atraigas sobre ti antes de tiempo el día fatal de Filipos, tú que vas a morir en tu propia Tesalia[633]. De nada te sirve estar ahí atento al cuello de César: aún no ha alcanzado el baluarte de su ambición ni, sobrepasando la cima del legítimo poder humano al que todo está sujeto, ha merecido de los hados una muerte tan famosa. Siga con vida y, para que sucumba como víctima de Bruto, que llegue a reinar.

Aquí se perdió toda la gloria de la patria: yacen cadáveres patricios por las llanuras en gran montón, sin mezcla de plebeyos. Una muerte, sin embargo, sobresalió en esta matanza de esclarecidos varones: la del belicoso Domicio[634], a quien los hados llevaron de desastre en desastre: en ningún lugar sucumbió la fortuna del Magno sin estar él presente. Vencido tantas veces por César[635], perece con su libertad a salvo: ahora se derrumba contento sobre mil heridas y se alegra de que no se le conceda un segundo perdón. Le había visto César revolcándose en una espesa capa de sangre, y le increpa: «Al fin abandonas, Domicio, mi sucesor, la causa de Pompeyo[636]; desde ahora la guerra se libra sin ti.» Así le habló. Pero a aquel el aliento que hacía jadear su pecho le bastó para articular la voz y entreabrió sus labios moribundos: «Viéndote así, sin ser aún dueño de la funesta recompensa de tus crímenes, antes dudoso de tu destino, César, e inferior a tu yerno, me voy, con

633 Bruto morirá luchando contra Octavio en la batalla de Filipos, en el 42 a. C. Filipos está en Macedonia, pero véase n. 2.

634 Véanse canto II, vv. 478 ss. y n. 183.

635 Tres veces: en Corfinio, en Marsella y aquí en Farsalia.

636 Sarcasmo en boca de César. Domicio fue elegido para sucederle en la Galia, en enero del 49 a. C., pero no llegó a tomar posesión de la provincia, debido a la guerra civil.

el Magno como jefe, libre y tranquilo a las sombras estigias: en el momento de morir, me permito abrigar la esperanza de que tú, sometido por el cruel Marte, nos pagarás graves castigos a Pompeyo y a mí.» Sin decir más, se le escapa la vida, y densas tinieblas cerraron sus ojos.

Vergüenza me da derrochar lágrimas, en este duelo funerario del universo, por las muertes incontables y, siguiendo el rastro de los destinos individuales, indagar de quién eran las entrañas que atravesó una herida mortal; quién pisó sus órganos vitales desparramados por el suelo; quién, de cara al enemigo, expulsó al morir, junto con su soplo vital, la espada hundida en su garganta; quién se desplomó bajo los golpes; quién siguió en pie mientras se le iban cayendo los miembros; quiénes tenían el pecho acribillado por los dardos o a quiénes una lanza dejó clavados en la llanura; qué borbotón de sangre, estalladas las venas, surcó el aire y fue a caer contra la armadura del propio enemigo; quién hiere el pecho de un hermano y, para atreverse a expoliar aquel cadáver tan allegado, le corta la cabeza y la arroja lejos; quién lacera el rostro de su progenitor y trata de convencer a los presentes, con un exceso de saña, de que aquel a quien degüella no es su padre [637]. Ninguna muerte es digna de una lamentación particular, y no tenemos tiempo para llorar a ninguna persona determinada. Farsalia no representó la misma clase de batalla que otras catástrofes: en ellas Roma perecía por la suerte fatal de cada uno de los guerreros, aquí, por la de pueblos en masa; lo que allí era la muerte de un soldado, aquí es la de una nación [638]; allí corrió sangre

[637] El broche que cierra esta macabra enumeración no puede ser más espeluznante: emplear una especial saña con el propio padre, para que los demás crean que no puede tratarse del padre, ya que nadie sería capaz de una cosa así.

[638] Es decir, por cada soldado muerto en otras ocasiones aquí perece una nación entera, de las muchas que seguían a Pompeyo.

aquea, póntica, asiria; aquí, el torrente de la sangre romana impide que todas las demás queden estancadas en la llanura. De esta batalla reciben los pueblos una herida más grave de lo que sus generaciones podrían soportar; lo que se pierde es más que la vida y la existencia: quedamos postrados para todo lo que dure el mundo. Con estas espadas se derrota a todas las generaciones condenadas a la esclavitud. ¿Cuál fue la culpa de los inmediatos descendientes o cuál la de los nietos, para que merecieran nacer bajo una tiranía? ¿Es que nosotros hemos empuñado las armas medrosamente o hemos escondido nuestros cuellos? El castigo de la cobardía ajena es el que pesa en nuestra cerviz. A los nacidos después de aquellos combates, si nos dabas, Fortuna, un amo, habernos dado también unas guerras [639].

Ya el Magno se había apercibido, ¡infortunado!, de que los dioses y los destinos de Roma se habían pasado al enemigo, aunque a duras penas el desastre total le obliga por fin a renegar de su fortuna. Se irguió en un montículo del terreno, desde donde podía contemplar a distancia todas las calamidades esparcidas por los campos de Tesalia, que quedaban ocultas por el obstáculo de la batalla misma. Vio cómo su destino era el blanco de tantos dardos, vio tantos cuerpos derribados, y a sí mismo sucumbiendo en medio de tanta sangre. Pero no le agrada, como es costumbre en los desventurados, arrastrarlo todo consigo hasta el fondo y hacer que las gentes compartan su propia ruina: para que,

[639] «El epifonema resulta más solemne en su maravilloso laconismo que realmente lógico: haber nacido después de Farsalia y, por tanto, sujeto a un soberano, podía achacarse a la Fortuna; pero la revuelta en lugar de la sumisión era cosa que aquellas mismas generaciones tenían a mano. Trágicamente lo demostrará el propio poeta, perdiendo la vida a consecuencia de la conspiración» (MARINER, *ad loc.*). Aquí termina la descripción de la batalla de Farsalia, que constituye el eje central del poema y su punto culminante, donde la inspiración del poeta alcanza su grado más alto, su mayor «cumbre expresiva».

tras su muerte, siguiera con vida la mayor parte de la multitud del Lacio, sostuvo la creencia de que los habitantes del cielo eran todavía dignos de recibir votos, e hizo votos en ese sentido, lo que fue un consuelo para su desgracia: «Absteneos, dioses —dijo—, de echar por tierra a todas las naciones. El Magno puede ser desgraciado y, a la vez, seguir en pie el mundo y Roma con vida. Si os complace infligirme más heridas, tengo una esposa, tengo unos hijos: otras tantas prendas que he puesto en manos de los hados. ¿Es poco aún para una guerra civil aplastarnos a mí y a lo míos? ¿Resultamos un desastre insignificante, si no se añade el mundo entero? ¿Por qué destruirlo todo? ¿Por qué ese empeño en la perdición universal? Ya nada es mío, Fortuna.» Así habla, y recorre las filas, las enseñas, los batallones quebrantados ya por todas partes, y ordena volver atrás a los que se arrojan a un desenlace prematuro y les dice que él no vale tanto. Y no es que al general le faltara valor para lanzarse contra las espadas y presentar a la muerte su garganta o su pecho. Pero tuvo miedo de que la tropa, abatido el cuerpo del Magno, se diera a la fuga, y sobre el cadáver del jefe se derrumbara el orbe; o bien quiso sustraer su muerte a la mirada de César. ¡En vano, infortunado!: donde quiera que sea, tu cabeza deberá ser presentada a tu suegro ansioso de verla [640]. Pero tú también, su esposa, fuiste la causa de su huida, y tu rostro amado, y el que los destinos le negaran morir en ausencia de una parte de sí mismo [641]. Entonces el corcel, espoleado, se lleva lejos del combate al Magno, que no se asusta de los proyectiles que vuelan a su espalda y se dirige con enorme entereza a su destino

640 En el canto IX describirá el poeta la presentación a César de la cabeza de Pompeyo cortada por los sicarios del rey de Egipto.

641 La corrección de HOUSMAN, *parte apsente* en lugar del *tepraesente* de los mss., nos parece acertada, pues, en efecto, Pompeyo morirá a la vista de su esposa Cornelia (véase canto VIII), «una parte de sí mismo».

final. No hubo en él lamentaciones, no hubo llantos; sólo un noble dolor, sin mengua de su alta dignidad, tal como exigía el decoro que tú, Magno, debías presentar ante las desgracias de Roma. Con semblante inalterado contemplas Ematia: ni te vieron ensoberbecido tus victorias militares, ni te verán quebrantado tus derrotas; y así como la traicionera Fortuna estuvo por debajo de ti en la alegría de tus tres triunfos [642], también lo está ahora en tu infortunio. Depuesta ya la carga del destino, marchas libre de cuidados; ahora te vaga rememorar los tiempos felices, cuando te han abandonado las aspiraciones insaciables; ahora se puede saber lo que realmente has sido. Evita los siniestros combates y pon a los dioses por testigos de que ninguno de los que persistan en tomar las armas muere ya, Magno, por ti. Como el África por sus pérdidas lamentables, y como la dañina Munda y el desastre del golfo de Faros [643], así también la mayor parte de la batalla de Tesalia, reñida después de tu retirada, no tendrá como motivo la popularidad de Pompeyo en todo el mundo, ni la pasión por la guerra, sino la pareja irreconciliable que siempre tenemos en liza: la libertad y César. Y, después de que huiste de allí, el senado demostró, con su muerte, que había combatido por su propio interés.

¿No te hace feliz haberte visto empujado a retirarte de la batalla, sin contemplar hasta el fin tal abominación? Vuelve la vista hacia los batallones espumeantes de carnicería, los ríos enturbiados por las oleadas de sangre, y compadece a tu suegro. ¿Con qué sentimientos entrará en Roma después de haber acrecentado su buena fortuna en estos llanos? Todo cuanto vas a sufrir solo y desterrado en regiones desconocidas, o sometido

642 En el 79 (sobre Numidia), en el 71 (sobre Sertorio), en el 61 (sobre Mitrídates).

643 Alusión a las otras veces mencionadas victorias cesarianas: la de Tapso en África, la de Munda en Hispania y la de Alejandría en Egipto.

al tirano de Faros[644], considéralo una deuda con los dioses, una deuda con el largo favor de los hados: vencer hubiera sido peor. Prohibe que resuenen lamentos, impide que lloren los pueblos, destierra lágrimas y lutos. Que el mundo se incline ante los reveses de Pompeyo como lo hizo ante sus éxitos. Mira tranquilo a los reyes, sin aspecto de suplicante, mira las ciudades que poseíste y los reinos de que hiciste donación, Egipto y Libia, y elige una tierra para tu muerte.

Larisa[645], primer testigo de tu caída, vio tu cabeza noble y no derrotada por los destinos. Desplegó ella todas sus fuerzas a lo largo de las murallas, con su población completa, como si saliera al encuentro de un vencedor: llorando te prometen dones, te abren sus templos, sus casas, y ansían compartir tus calamidades. Sin duda es mucho lo que queda de tu inmenso renombre, y, sólo inferior a ti mismo en el pasado, puedes de nuevo empujar a todas las gentes a las armas y volver a enfrentarte de nuevo con los destinos. Pero les dice: «¿Qué necesidad tiene de naciones o de ciudades un vencido? Ofreced vuestra lealtad al vencedor.» Tú, César, te mueves todavía en una elevada pila de cadáveres a través de las entrañas de la patria, y, en cambio, tu yerno te regala ya poblaciones. El corcel aleja de allí a Pompeyo; le siguen gemidos y lágrimas y numerosas imprecaciones de la gente contra la crueldad de los dioses. Ahora, Magno, has encontrado la prueba verídica y el fruto de la popularidad conseguida: el hombre afortunado no está seguro de que se le quiera.

César, cuando vio que las campiñas estaban suficientemente bañadas de sangre hesperia, pensando que ya era hora de parar el derroche del hierro y las manos de los suyos, perdonó la vida a los que quedaban, como

644 El rey de Egipto. Continuamente designa Lucano a Egipto, en general, con el nombre particular de Faros.

645 Véase n. 502.

a personas sin importancia y tropas con cuya muerte nada iba a ganar. Pero, para evitar que el campamento recupere a los fugitivos y que el reposo nocturno disipe sus temores, decidió ocupar seguidamente la empalizada enemiga, mientras está vivo el ardor del éxito, y mientras sigue cundiendo en los otros el pánico, sin temor a que esta orden resultara pesada a sus hombres fatigados o rendidos por el combate. No eran precisas grandes incitaciones para conducir al soldado al botín: «Nuestra victoria —les dice— ha sido completa, soldados: sólo queda tomar la recompensa por la sangre vertida, y a mí me corresponde mostrarla; pues no llamaré regalar a lo que cada uno se va a dar a sí mismo. He aquí a vuestra disposición un campamento colmado de todo tipo de metales preciosos; ahí se apila el oro arrebatado a los pueblos de Hesperia[646], y las tiendas rebosan con los tesoros de Oriente. Las fortunas de tantos reyes y las del Magno, en un solo montón, esperan dueño: apresúrate, soldado, a anticiparte a los que persigues: todas las riquezas que Farsalia ha hecho tuyas las están saqueando los vencidos.» [Y, sin hablar más, les empujó, enloquecidos y cegados por la avidez del oro, a atropellar las espadas y los cadáveres de los senadores y pisotear a los jefes muertos][647]. ¿Qué foso, qué terraplén podría detener a los que van a cobrar el precio de una guerra y de unos crímenes? Van raudos a conocer a cuánto asciende la recompensa de sus culpas. Encontraron, es cierto, numerosos lingotes de metal, requisados en todo el mundo para sufragar los gastos de la guerra; pero eso no colmó sus espíritus ansiosos de poseerlo todo. Aunque rapiñaran todo el oro que extrae el ibero, todo el que expulsa el Tajo, el que recoge el rico arimaspo[648] en la superficie de sus arenas,

646 Aquí, Hispania. Generalmente designa Italia.

647 Este pasaje lo considera HOUSMAN (*ad loc.*) interpolado.

648 Los arimaspos eran una tribu escítica legendaria. Ya en el canto III, v. 280, los presenta Lucano ciñendo su cabellera con oro.

pensarán que su crimen se ha vendido a bajo precio. Cuando el vencedor se ha adjudicado a sí mismo la ciudadela de Tarpeya, cuando con la esperanza del pillaje de Roma se lo ha prometido todo, se siente decepcionado al saquear un simple campamento. El populacho impío se echa a dormir en el césped destinado a los patricios, el infame soldado raso hunde su cuerpo en la cama extendida para los reyes, y en los lechos de sus padres y de sus hermanos reposaron sus miembros los culpables de su muerte. Los agita una enloquecedora pesadilla, y sueños delirantes revuelven en el pecho de los desgraciados la batalla de Farsalia. En todos y cada uno sigue despierto su horrendo crimen, repasan inquietos el combate con su mente toda y se mueven sus manos sin tener allí el puño de la espada. Yo estaría por creer que las llanuras emitieron gemidos, que la tierra culpable exhaló unas emanaciones, que el aire entero fue contaminado por los manes, y la noche de aquí arriba, por los terrores de la Estigia. Inflige la victoria funestos castigos a quienes bien los merecen, y el letargo les trae silbido y llamas [649]. Allí está junto al lecho la sombra de un conciudadano asesinado; a cada cual lo acosa una forma particular de terror: uno ve caras de ancianos, otro, espectros de jóvenes; a éste lo estremecen durante todo el sueño los cadáveres de sus hermanos; el fantasma de su padre se asienta en el pecho de este otro; en el de César, los manes de todos. No otros fueron los rostros de las Euménides que vio el pelópida Orestes antes de haberse purificado en el ara escítica [650], ni sintieron más espantosos desórdenes mentales Penteo, en pleno delirio, ni Ágave, cuando volvió a la razón [651]. A él, todas las espadas que vio Farsalia, y todas las que el día de la venganza [652] iba a ver, desenvainadas por el senado, le acosan aquella noche; a él lo flagelan monstruos infernales. Y eso que ¡qué cantidad de castigo le perdona al desgraciado su mente culpable, al dejarle ver la Estigia, los manes y el Tártaro mezclados a sus sueños cuando Pompeyo vive todavía! [653]. Sin embargo, a pesar a todos estos padecimientos, cuando las claras del día revelaron las pérdidas de Farsalia, ningún aspecto del paisaje logra desviar sus ojos clavados en las fúnebres campiñas. Mira las corrientes de los ríos, aceleradas por el aflujo de sangre, los cadáveres hacinados que igualan en altura a las empinadas colinas; contempla los montones de muertos ya en vías de descomposición y cuenta los pueblos que seguían al Magno; y se le prepara la mesa en un punto del terreno desde el que pudiera reconocer las caras y los rasgos faciales de los caídos. Le complace no ver el suelo de Ematia y recorrer con sus ojos unas llanuras ocultas bajo la mortandad. En la sangre reconoce su buena fortuna y el favor de los dioses. Y, en su delirio, para no perderse el gozoso espectáculo de sus crímenes, deniega a los desgraciados el fuego de la pira, e impone al cielo culpable la visión de Ematia. El cartaginés [654] enterrando a un cónsul y Cannas inflamada de piras líbicas no le mueven a observar con el enemigo los ritos humanitarios, sino que se acuerda,

[649] Alusión a las serpientes y a las antorchas de las Furias.

[650] Orestes, descendiente de Pélope, dio muerte a su madre Clitemnestra, para vengar el asesinato de su padre Agamenón a manos de aquélla y de su amante Egisto. Perseguido por las Furias, fue a purificarse al Quersoneso Táurico, donde su hermana Ifigenia era sacerdotisa de la diosa Ártemis o Diana. Sobre esta Diana escítica ha hablado el poeta más de una vez (véase n. 232).

[651] Véase n. 96.

[652] El día de los Idus de marzo del 44 a. C., en que César será asesinado.

[653] Es decir, después de la muerte de Pompeyo, César sufrirá más aún en sus sueños, porque se añadirá a ellos dicha muerte, de la que se considerará culpable.

[654] Aníbal, que dio sepultura, tras su victoria de Cannas, al cónsul romano Paulo Emilio y permitió la incineración de los enemigos caídos en la batalla.

con su ira aún no saciada de matanzas, que se trata de conciudadanos suyos[655]. No pedimos piras individuales ni hogueras separadas: dales un fuego único a todos juntos, quémense los cuerpos sin que entre uno y otro quepa llama alguna; o bien, si te place hacer sufrir a tu yerno, apila el bosque del Pindo, yergue, amontonando sus encinas, las selvas del Eta, y vea Pompeyo desde el mar la llamarada de Tesalia. Nada ganas con este acceso de ira: que descomponga los cadáveres la putrefacción o la hoguera, poco importa; la naturaleza lo reabsorbe todo en su apacible seno, y los cuerpos se deben a sí mismos su propio fin[656]. Si el fuego, César, no quema ahora a estas gentes, las quemará junto con las tierras, las quemará con los abismos del mar. Al mundo le está reservada una pira común, que mezclará huesos y astros[657]. A donde quiera que la fortuna llame a tu alma, también están allí las de éstos: no irás a una altura mayor en las auras, no yacerás en mejor lugar bajo la noche estigia. La muerte no está sometida a la fortuna; acoge la tierra a todo lo que engendró; el cielo cubre al que no tiene urna. Mas tú, que castigas a estas gentes con una muerte sin sepultura, ¿por qué huyes de esta catástrofe? ¿Por qué abandonas estos campos malolientes? Saborea estas aguas, César, respira estos aires, si es que puedes. Pero no: los pueblos en descomposición te arrebatan las campiñas de Tesalia y ocupan sus llanuras, poniendo en fuga al vencedor[658].

[655] Duro sarcasmo del poeta: César no incinera a los enemigos muertos precisamente por no ser extranjeros, sino conciudadanos.

[656] Cada ser lleva consigo el germen de su propia destrucción.

[657] Doctrina estoica sobre la conflagración universal, en la que quedarán aniquilados por el fuego el cielo y la tierra.

[658] Rasgo de humor negro del poeta: lo que no han conseguido los enemigos, vivos, durante la batalla, lo consiguen ahora, muertos, por el olor que despiden putrefactos.

Al fúnebre festín de la guerra hemonia no acudieron sólo los lobos bistonios, sino que, al olor de la podre de la sangrienta carnicería, dejaron el Foloe los leones[659]. Además, los osos abandonaron sus escondrijos, los inmundos perros sus techos y sus casetas, y cuantos animales de olfato sagaz barruntan el aire malsano y contaminado por los cadáveres. Ahora se reúnen los volátiles que habían seguido largo tiempo los campamentos de la guerra civil. Vosotras, aves que soléis cambiar los inviernos tracios por el Nilo, llegasteis con bastante retraso al cálido austro[660]. Jamás el cielo se vistió con tal cúmulo de buitres, ni batió el aire mayor número de alas. Todo bosque envió sus criaturas aladas, y todo árbol, ensangrentado por algún pájaro, goteó bermejas rociadas. Con frecuencia sobre el rostro de los vencedores y sobre las impías enseñas llovieron de lo alto del éter cuajarones o podre, y algún ave dejó caer tal o cual miembro de sus garras ya cansadas. De este modo, además, no toda aquella multitud llegó a convertirse en osamenta, sino que fue a parar, despedazada, al cuerpo de las fieras; no se preocupan de tragar con avidez las vísceras más recónditas ni la totalidad de las médulas: sólo degustan los miembros. Pero la mayor parte de la masa de muertos latinos yace preterida: el sol, las lluvias y el paso del tiempo la redujo a polvo y la mezcló con las campiñas de Ematia.

Tesalia, tierra infortunada, ¿con qué delito ofendiste tan gravemente a los dioses del cielo para que a ti sola te hayan aplastado con tantas muertes, con la fatalidad de tantos crímenes? ¿Cuál es el lapso de tiempo suficiente para que la posteridad olvide y te perdone las pérdidas de esta guerra? ¿Qué mies nacerá que no aparezca descolorida por la contaminación de sus tallos?

[659] Bistonios está por tracios. Sobre Foloe, n. 263.

[660] Las grullas (véase n. 264).

¿Con qué reja dejarás de violar los manes romanos? Antes de eso vendrán nuevas huestes y prestarás para un segundo crimen[661] tus llanuras todavía no secas de esta sangre. Por más que volcáramos todas las tumbas de nuestros antepasados, tanto los túmulos que siguen en pie como los que han expulsado sus urnas al ver quebrantada su trabazón por el empuje de viejas raíces, más son las cenizas que voltea el arado en los surcos de la tierra hemonia y más los huesos que golpean las azadas de los agricultores. Ningún marino habría amarrado su cable en la ribera de Tesalia, ni labrador alguno habría removido su suelo, tumba del pueblo romano; huirían los colonos de sus campiñas pobladas de sombras; no abrigarían rebaños sus espesuras, y ningún pastor se atrevería a permitir al ganado que despuntara la yerba brotada de nuestros huesos; y, como una región inhabitable para el hombre, ya por estar en la zona del calor opresivo, ya por el hielo, te extenderías desierta e ignorada, si no hubieras sido el primero, sino el único teatro de la nefanda guerra civil[662]. ¡Oh dioses del cielo!, séanos permitido odiar las tierras culpables. ¿Por qué condenáis, por qué absolvéis al mundo entero? Los desastres de Hesperia, la onda lastimosa de Paquino, Módena y Léucade han purificado a Filipos[663].

---

661 La batalla de Filipos, en Macedonia, y, por extensión, en Tesalia (véase n. 2).

662 Conservamos en la traducción la disposición sintática de este largo período, con la prótasis al final, v. 868. La apódosis la forman los versos anteriores, desde el 860: «Ningún marino...».

663 Para las derrotas en Hesperia, Módena y Léucade, véanse nn. 12, 13 y 14. Con el nombre de Paquino se alude a la derrota naval de Sexto Pompeyo cerca del estrecho de Mesina, junto al promontorio del Peloro en Sicilia. Filipos parece aludir a la vez a la verdadera batalla de Filipos y a la de Farsalia (sobre esta confusión, véase n. 119). Dice el poeta que lo abominable de las batallas que siguieron a Farsalia y a Filipos hizo que se suavizara la culpa y el oprobio de éstas, al no ser ya las únicas, sino repartirse la ignominia entre muchas.

LIBRO VIII

SINOPSIS

1-158	Pompeyo llega a Lesbos, donde está Cornelia.
159-255	Partida de Pompeyo y Cornelia.
256-455	Consejo de guerra en Cilicia. Discursos de Pompeyo y de Léntulo.
456-535	Viaje a Egipto. Consejo en la corte de Ptolomeo.
536-711	Muerte de Pompeyo.
712-793	Cremación de su cadáver por Cordo.
794-872	Panegírico de Pompeyo y apóstrofes del poeta.

Ahora, más allá de las gargantas de Hércules[664] y del nemoroso Tempe, ganando las tortuosas veredas solitarias de la selva hemonia y aguijando a su corcel agotado por la carrera y sordo a la espuela, el Magno embrolla su intrincado rastro, enmarañando su ruta con una marcha desorientadora. Le amedrenta el ruido de los bosques movidos por el viento, y si alguno de sus compañeros se le une llegando por la espalda, lo deja sin aliento, estremecido y temiendo por su vida. Aunque caído de su encumbrado pedestal, sabe que aún no es bajo el precio de su sangre y, acordándose de su carrera, cree que tiene todavía una garganta de tan subida recompensa como la que él mismo pagaría por la cabeza cortada de César. Por más que busque zonas despobladas, los rasgos bien conocidos del héroe no le consienten ocultar su desventura en escondrijos seguros. Muchos, al dirigirse a su campamento de Farsalia, cuando aún no se había divulgado la noticia del desastre, quedaron pasmados al tropezarse con su general, atónitos por el giro vertiginoso de los acontecimientos, y a duras penas dan fe a las garantías que él mismo les ofrece de su propia derrota. Gravosa es para el Magno la presencia de cualquier testigo de sus desgracias. Preferiría ser desconocido de todas las gentes y pasar seguro por las ciudades con un nombre ignorado; pero la Fortuna le exige en su desdicha los castigos que corresponden a su prolongado favor: ella carga el platillo de su adversidad con todo el peso de su fama y lo abruma con sus destinos anteriores. Ahora se da cuenta de que los honores le llegaron demasiado pronto y reniega de las hazañas de su juventud laureada en tiempos de Sila; ahora, en su caída, le disgusta recordar las flotas coricias y las enseñas pónticas[665]. De este modo, una existencia demasiado larga y una vida que se prolonga tras la pérdida del poder derrumban la grandeza de las almas. Si el final de la vida no acompaña al final de la felicidad y no se adelanta a las desventuras con una rápida muerte, la buena suerte anterior es motivo de deshonra. ¿Alguien osa entregarse al favor de los destinos, si no es con su muerte ya dispuesta?

[664] El desfiladero entre el Ossa y el Olimpo, abierto, según la tradición, por Hércules, resultando el valle del Tempe. Véanse VI 345-348 y n. 497.

Había alcanzado las riberas por las que el río Peneo, enrojecido ya por la catástrofe de Ematia, desemboca en el mar. Desde allí, una barca inadecuada para afrontar los vientos y las olas, y apenas segura para los vados del río, se lo llevó, tembloroso, mar adentro. Aquel con cuyos remos son aún batidas las aguas de Corfú y el golfo de Léucade[666], el dueño de los cílices y de la tierra liburna, se refugió a escondidas, pasajero asustado, en un pequeño esquife. Ordena derivar las velas hacia las costas, sabedoras de sus cuitas, de la apartada Lesbos, en cuya tierra te ocultabas a la sazón[667], Cornelia, más afligida que si te encontraras en medio de

[665] Hazañas de sus tiempos jóvenes: la guerra contra los piratas (Coricos es un promontorio de Cilicia, refugio de los piratas) y las campañas contra Mitrídates, rey del Ponto.

[666] La flota de Pompeyo seguía intacta, estacionada en Corfú. Los liburnos ocupaban la costa adriática al sur de Istria.

[667] Véase V 743-744.

los llanos de Ematia. Los presagios exacerban tus tristes preocupaciones, tu sueño se agita con estremecimientos de terror, tus noches enteras las ocupa Tesalia; y, al disiparse las tinieblas, corres hacia los riscos de un peñón abrupto en la punta del litoral; tendiendo la mirada sobre las olas, eres siempre la primera en ver a lo lejos balancearse las velas de la nave que llega, y no te atreves a hacer ninguna pregunta sobre la suerte de tu esposo. Pero ¡he aquí una barca que avanza a velas desplegadas hacia vuestro puerto! Ignoras qué es lo que lleva, y el límite extremo de tu pavor es ahora la funesta noticia y el ominoso rumor sobre la guerra. Tu marido está aquí, y derrotado. ¿Por qué desperdicias el momento propicio para el llanto? Cuando ya podrías estar llorando, tiene miedo a hacerlo. Entonces, con la nave ya próxima, se lanzó a ella y pudo observar la cruel alevosía de los dioses: el general desfigurado por la palidez, las canas cubriendo su rostro, y los vestidos mugrientos de negro polvo. Una noche se cernió sobre la infortunada y le robó con sus tinieblas la luz del cielo; y el dolor sofocó su aliento; sus miembros todos, abandonándoles las fuerzas, desfallecen, cesaron los latidos de su corazón, y largo tiempo yace ella defraudada en su esperanza de morir. Ya, amarrado el cable a la orilla, recorre Pompeyo las arenas solitarias. Cuando lo vieron más cerca sus fieles sirvientas, no se pemitieron acusar al destino más que con callados gemidos, e intentan, en vano, levantar del suelo a su ama medio muerta; el Magno la rodea al abrigo de su pecho y con sus abrazos devuelve el calor a sus miembros agarrotados. Con el retorno de la sangre a la superficie de la piel, empezaba ella a sentir el contacto de las manos del Magno y a poder soportar el aspecto doliente de su marido: le prohibe el Magno dejarse abatir por el destino y le reprocha con estas palabras sus desmedidas muestras de dolor: «¿Por qué quebrantas tu noble firmeza al primer golpe de la fortuna, siendo tú una mujer insigne por los títulos de tan egregios antepasados [668]? Ahora tienes la ocasión de acceder a una fama perdurable. En tu sexo no se alcanza gloria ni con la defensa de las leyes ni con las armas: la única posibilidad de lograrla es la desgracia del esposo. Levanta el ánimo, deja que tu piedad luche sin cuartel con el destino, y llega a amar el hecho mismo de mi derrota. Ahora soy para ti un mayor timbre de gloria, cuando las fasces, cuando la devota muchedumbre de los senadores y una tan gran comitiva de reyes me han abandonado. Empieza a ser tú sola el séquito del Magno. Es indecoroso, cuando tu marido sigue aún con vida, ese dolor extremado, imposible ya de ir a más: llorar a un esposo debe ser la última prueba de fidelidad [669]. Tú no has sufrido ninguna pérdida en mi campaña: el Magno sobrevive a la batalla, pero su buena suerte ha perecido. Lo que lloras, eso es lo que amabas.»

Tras esta reprimenda de su marido, a duras penas levantó del suelo sus desmayados miembros, entrecortando sus gemidos estas quejas: «¡Ojalá, ay, hubiera ido a parar al tálamo del odioso César, esposa infortunada como soy y que no hice la felicidad de ningún marido. Por dos veces causé daño al mundo [670]: me entrega en matrimonio, como madrina, la Furia y las sombras de los Crasos, y, consagrada a sus manes, he traído a los campamentos de la guerra civil los desastres de Asiria, he precipitado en el abismo a los pueblos y he ahuyentado de la causa mejor a todos los dioses. ¡Oh el más

[668] Recuérdese que era de la familia de los Escipiones.

[669] Es decir, el dolor supremo de una esposa debe guardarlo ésta para cuando muera el marido, y Pompeyo aún está con vida, aunque esté derrotado.

[670] Alude Cornelia a que ya había acarreado antes la desgracia de su anterior esposo, el hijo del triunviro Craso, y se considera también en cierto modo responsable, por su mala suerte, de la derrota de Carras, donde murió aquel (véase n. 226).

grande de los esposos, que no te merecías, ay, un tálamo como el mío!, ¿tenía la fortuna tal poder sobre tan noble cabeza? ¿Por qué te desposé yo, impía, si iba a hacerte desgraciado? Ahora impónme el castigo, pero el que yo espontáneamente pagaré: para que las olas te sean más bonancibles, segura la fidelidad de los reyes y más dispuesto a servirte el mundo entero, esparce por el mar el cuerpo de tu compañera. Hubiera preferido pagar con mi cabeza el precio de la victoria de tus armas: ahora, al menos, haz de ella, Magno, la víctima expiatoria de tu derrota. Donde quiera que yazcas, vengada ya de nuestra unión por la guerra civil, ven acá e inflígeme tu castigo, Julia cruel, y, aplacada con la muerte de tu rival, perdona al Magno, ya para ti.» Así habló y, recostándose de nuevo en el regazo de su marido, desató en lágrimas los ojos de todos. Se doblega el duro pecho del Magno, y Lesbos humedeció sus ojos, secos en Tesalia.

Entonces la población de Mitilene [671], con el litoral ya abarrotado, se dirige al Magno: «Si nuestro mayor timbre de gloria será siempre haber dado cobijo a la prenda que nos confió un marido tan ilustre, tú, a tu vez, te lo rogamos, dígnate honrar nuestros muros, apegados a ti por un sagrado vínculo, y a nuestros lares, aliados tuyos, con al menos una de tus noches: haz de éste, Magno, un lugar que visiten todas las generaciones, al que acuda el huésped romano y lo venere. Ningunas murallas te brindarán mejor refugio después de tu derrota: todas las otras pueden esperar el favor del vencedor, éstas ya se han hecho culpables [672]. ¿Y qué decir del hecho de que esto es una isla tendida en el mar, y César carece de naves? Una gran parte de los senadores, segura del lugar donde encontrarte, se reunirá aquí contigo; puedes reparar tu aciaga suerte en

[671] Véase n. 447.

[672] Por acoger a Cornelia.

esta ribera conocida. Acepta los valiosos enseres de nuestros templos y el oro de nuestros dioses; acepta esta juventud, ya te sea más útil para tierra, ya para las naves; dispón de Lesbos entera, en todo su poder. [Acéptalo: para que no lo rapiñe César, tómalo tú, aunque derrotado] [673]. Sólo este baldón evítale a una tierra que te ha prestado buenos servicios: que no parezca que has contado con nuestra lealtad en tus días felices y has renegado de ella en tu desgracia». Contento en su adversidad por tal muestra de devoción de aquellos hombres, y alegrándose en nombre del universo de que aún existiera la lealtad, contestó: «Que no hay en todo el orbe ninguna tierra más grata para mí os lo he demostrado confiándoos una preciada prenda: Lesbos ha tenido, con este rehén, todas mis predilecciones; aquí estuvo mi sagrado hogar y mis queridos penates, aquí estuvo para mí Roma. Hacia ninguna otra costa enderecé antes mi nave en mi huida, y, aun sabiendo que Lesbos, por haber guardado a mi esposa, se había granjeado la cólera del cruel César, no tuve miedo de poner en vuestras manos una tan preciosa oportunidad de haceros perdonar [674]. Pero ya es bastante haberos hecho culpables: debo seguir los pasos de mi destino por todo el mundo. ¡Ah, Lesbos feliz hasta el exceso, con tu eterno renombre, tanto si sirves de ejemplo a naciones y reyes para dar cobijo al Magno, como si tú sola me guardas fidelidad! Pues he resuelto indagar en qué tierras está la virtud, y dónde el crimen. Acoge, divinidad —si alguna todavía está conmigo—, la última de mis plegarias: dame pueblos semejantes a Lesbos, que, aun a costa de la hostilidad de César, no me impidan, derrotado en la guerra, entrar en sus puertos, ni salir de

[673] Verso probablemente interpolado, ya que rompe la trabazón de las ideas; así HOUSMAN (*ad loc.*).

[674] A saber, os he dado la oportunidad de congraciaros con César entregándome a él; esto es lo que después harían los egipcios.

ellos.» Así dijo, e hizo subir a la nave a su afligida compañera. Pensaríase que todos abandonaban su tierra y el suelo de su patria: hasta tal punto suenan sollozos por todo el litoral y se tienden amenazantes las diestras hacia el cielo. Y no tanto a Pompeyo, cuya suerte aciaga había excitado su dolor, como, sobre todo, a ella, a quien durante todo el tiempo de la guerra consideraron su conciudadana, al verla alejarse el pueblo la despidió llorando; incluso si hubiera partido hacia el campamento de un marido victorioso, a duras penas las matronas habrían podido dejarla ir con los ojos secos: con tales afectos tenía encadenados a los unos su pudor, a los otros su bondad y la modestia de su casto semblante, ya que, humilde de espíritu y huésped no molesta para ninguno de los muchos ciudadanos, vivió, cuando la suerte de su esposo aún era floreciente, como si ya fuera un derrotado.

Ya Titán, hundido en el mar hasta la mitad de su disco de fuego, no se mostraba completo ni a aquellos a quienes escondía su globo ni a aquellos —si los hay— a quienes lo descubría [675]. Los cuidados que velan despiertos en el pecho de Pompeyo van ora hacia las ciudades aliadas en un pacto con Roma y a las cambiantes intenciones de los reyes, ora hacia las intransitables campiñas de la zona del mundo que se extiende más allá de los tórridos calores y del austro [676]. A menudo la fatiga agobiante de sus preocupaciones y su aborrecimiento del futuro expulsan por cansancio las efervescencias de su inseguro corazón, y pregunta al piloto de la nave sobre todos y cada uno de los astros: cuál de ellos le hace distinguir las tierras, qué referencia le aporta el cielo para surcar el mar, con qué astro conserva el rumbo hacia Siria, o cuál de las estrellas del

[675] A los antípodas. La mitad del disco solar era visible para los habitantes de un hemisferio y la otra mitad para los del otro.

[676] Parece referirse a Libia y sus desiertos.

Carro le señala bien la ruta de Libia. A estas preguntas responde el experto observador del callado Olimpo: «A todos los astros que se mueven deslizándose por la bóveda estrellada y que, por la no estabilidad del cielo, engañan a los desgraciados navegantes, a ésos no los seguimos; pero el eje que no se pone ni se sumerge en las ondas, el que más brilla en ambas Osas [677], él es el que rige las naves. Cuando lo veo arriba fijo en el cenit y la Osa menor domina la extremidad de las vergas, estamos frente al Bósforo y al Ponto, que comba las riberas de Escitia. Pero siempre que Artofílace [678] baja de la punta del mástil y Cinosura se coloca más cerca del mar, la nave se dirige a los puertos de Siria. Seguidamente se presenta Canopo, estrella que se contenta con deslizarse por el cielo austral, temerosa del bóreas: avanza conservándola también a la izquierda, hasta rebasar Faros, y la nave abordará las Sirtes en medio del mar. Pero ¿hacia dónde me mandas dirigir las velas, con qué escota tender ahora nuestros lienzos?» Le respondió, a su vez, el Magno con dudas en su pecho: «Cuídate solamente, a lo largo de toda la travesía, de que tu bajel se mantenga siempre bien lejos de las costas de Ematia y de dejar atrás las aguas y el cielo de Hesperia: lo demás déjalo a los vientos. Llevo a bordo a mi compañera, la prenda que dejé en depósito: entonces estaba seguro de qué litorales deseaba [679], ahora la Fortuna me procurará un puerto.» Así habla; aquél, por su parte, torció las velas, que colgaban con sus bordes igualados en exacto equilibrio, y desvió hacia la izquierda el rumbo del navío; y, para surcar las olas alborota-

[677] A saber, la estrella polar.

[678] Artofílace o «el guardián de la Osa» se llama también el Boyero y su estrella más brillante es Arturo. Cinosura o «la Cola del Can» es otro nombre para designar la Osa Menor. Canopo es una estrella de la constelación de Argo.

[679] Cuando me dirigía a Lesbos.

das por causa de Quíos y de los escollos de Ásina[680], aflojó unos cables a proa y mantiene tensos otros en la popa[681]. Las aguas acusaron la maniobra y, al cortar el espolón el mar en otro sentido y enfilar la quilla otra dirección, produjeron un sonido distinto. Con menos destreza el auriga, cuando hace girar la rueda derecha sobre la parte izquierda del eje, obliga al carro a ceñirse a la meta sin tocarla.

Hizo visibles las tierras Titán y ocultó los astros. Todos cuantos huyeron de la tormenta de Ematia en distintas direcciones se van uniendo al Magno; tras dejar la costa de Lesbos, el primero que le sale al encuentro es su hijo[682]; después, la masa leal de los senadores. Pues ni siquiera abatido por los hados y fugitivo del campo de batalla, le había quitado la Fortuna al Magno la sumisión de los reyes: en su destierro tiene por escolta a los señores de las tierras y a los monarcas de oriente. A Deyótaro[683], que ha seguido las huellas errabundas del general, le encarga partir hacia los confines del mundo: «Puesto que —le dice— en los desastres de Ematia se ha perdido el orbe, en todo lo que era romano, queda, ¡oh el más fiel de los reyes!, tantear la lealtad de Oriente y a los pueblos que beben las aguas del Eufrates y del Tigris, que todavía nada tiene que temer de César. Y no te moleste, a la búsqueda de destinos para el Magno, penetrar en las remotas moradas de los medos y en los apartados rincones de los escitas, cambiando totalmente de meridiano, y transmitir estas palabras mías al soberbio arsácida[684] : 'Si continúan vigentes para nosotros los antiguos pactos que yo juré

[680] Quíos es una isla del mar Egeo, frente a las costas de Jonia. De Ásina no se tiene ninguna otra noticia.

[681] Para tomar rumbo sur.

[682] Su hijo menor, Sexto Pompeyo.

[683] Véase n. 375.

[684] El rey de los partos Orodes II, ensoberbecido por su victoria sobre los romanos en Carras (véase n. 4).

en nombre del Tonante latino, y que fueron ratificados por vuestros magos, llenad vuestras aljabas y tensad los arcos armenios con cuerdas géticas, si es que a vosotros, oh partos, cuando me dirigía a las barreras del Caspio y perseguía a los duros alanos[685], siempre en guerra, os permití hacer correrías a todo lo ancho de las llanuras aquemenias y nunca os obligué a buscar asustados el refugio de Babilonia[686]. Más allá de las campiñas de Ciro y de los confines del reino de Caldea, por donde el Ganges impetuoso y el Hidaspe niseo[687] se ajuntan al mar, yo estaba ya más cerca que los persas del fuego del sol naciente: sin embargo, a pesar de mi victoria total, consentí que sólo vosotros faltaseis en mis triunfos y, de entre todos los reyes de la tierra de Oriente, el parto es el único que me abordó en plano de igualdad. Y no es la única vez que los arsácidas están a salvo gracias al Magno; pues ¿quién, tras las heridas del desastre de Asiria[688], sofocó las justas iras del Lacio? Que ahora Partia, obligada por tantos favores como le hice, salga de sus barreras, rompiéndolas, a la ribera prohibida durante siglos y al Zeugma peleo[689]. Venced, partos, en bien de Pompeyo: Roma deseará ser vencida'.» No tuvo reparos el rey en obedecer al que le encomendaba esta difícil misión y, depuestas las insignias de su realeza, parte vestido con las ropas tomadas aprisa a un sirviente. En circunstancias peligrosas depara seguridad al tirano disfrazarse de mendigo;

[685] Pueblo belicoso de Escitia.

[686] Capital de la antigua Persia, a cuyas llanuras se les llama aquemenias por el rey Aquemenes, fundador de la dinastía persa.

[687] Este río (hoy Djelem), afluente del Indo, es llamado Niseo por nacer en la zona del monte Nisa, en la India, donde se crió Baco, según la tradición.

[688] Nueva alusión a la derrota de Carras.

[689] Ciudad de Siria, junto al Eufrates, fundada por Alejandro, de donde el apelativo de «peleo», por Pela, la importante ciudad de Macedonia. Zeugma vale tanto como «unión», por el puente que en ella había hecho construir el citado rey para unir las dos orillas del río.

¡cuánto más segura, pues, que la de los señores del mundo es la vida que lleva el verdadero pobre! Después de despedir al rey en el litoral, él, a través de los escollos de Icaria[690], dejando atrás Éfeso y Colofón, la del mar apacible, pasa rozando los peñascos espumeantes de la pequeña Samos; sopla de la ribera de Cos una brisa fresca; luego, elude Gnido y deja atrás Rodas, famosa por su sol, y evita las grandes revueltas de la bahía de Telmeso atajando por en medio del mar. Sale al paso del bajel la tierra de Panfilia, y, no habiendo osado hasta ahora confiarse a ningunas murallas, a ti, pequeña Faselis, es a la que primero se acerca el Magno; pues te impiden inspirar miedo tus escasos habitantes y tus casas vacías de inquilinos: la tripulación de la nave era más numerosa que tu población. De aquí, desplegando de nuevo las velas, avista ya el Tauro y el Dipsunte que baja del Tauro.

¿Hubiera podido imaginar el Magno, cuando procuró la paz a estas aguas, que estaba mirando también por sí mismo? Por las riberas de los cílices huye seguro en un pequeño bajel. Le sigue una gran parte del senado, agrupada junto al caudillo fugitivo; y en la pequeña Sihedras, el puerto en que el Selino despide y recibe las embarcaciones, en una asamblea de los próceres abre por fin el Magno sus labios entristecidos con estas

[690] Isla del Egeo, hoy Nicaria. Éfeso y Colofón son ciudades marítimas de Jonia. En el relato de Lucano, Pompeyo va, desde Lesbos, costeando el Asia Menor hacia el Sur. Después de Colofón, bordea las islas de Samos y de Cos, ésta ya frente a Caria, en un promontorio de cuya costa se halla la ciudad marítima de Gnido, famosa por su culto de Venus y por la estatua obra de Praxíteles; pasa por Rodas, a la que el poeta califica otra vez de isla del Sol (véase n. 372), dobla hacia Telmeso, ya en la costa de Licia, y, pasada ésta, llega a Panfilia, donde está la ciudad de Faselis. Sigue por la costa hacia el Este y avista la cadena montañosa del Tauro, ya en Cilicia, así como el río Dipsunte. A Cilicia llevó el Magno la paz cuando venció a los piratas, originarios de este territorio. Sihedra y Selino son también, respectivamente, una ciudad y un río de Cilicia.

palabras: «Compañeros tanto de la guerra como de la huida, y representación de la patria: aunque sea en un litoral desnudo, en la tierra de los cílices y sin armas que me rodeen, donde os pida consejo e intente poner en marcha una nueva empresa, prestadme vuestra valiosa atención. No he caído del todo en las campiñas de Ematia, ni mis hadas se hallan tan hundidos que no pueda levantar cabeza de nuevo y sacudirme la derrota que he sufrido. ¿O es que las ruinas de Libia pudieron elevar a Mario hasta las fasces y devolverlo a los fastos, llenos ya de su nombre[691], y a mí, abatido con mano más ligera, me va a mantener así la Fortuna? Mil bajeles míos evolucionan en aguas de Grecia, mil jefes; Farsalia más bien dispersó que destruyó mis recursos. Pero incluso podría protegerme la sola fama de las proezas que llevé a cabo en todo el orbe, y mi nombre querido en el mundo entero. Vosotros sopesad los reinos en cuanto a su fuerza y a su fidelidad —Libia, los partos y Faros—, a ver cuál de ellos conviene que venga en ayuda de la situación romana. Por mi parte, yo os revelaré los secretos de mis preocupaciones y hacia dónde se inclina el peso de mi mente. La edad del tirano del Nilo[692] me inspira desconfianza, pues la lealtad, que entraña riesgos, exige el vigor de los años. De otro lado, me da miedo la doblez astuta del ambiguo moro[693]; en efecto, fiel al recuerdo de su linaje, el impío vástago de Cartago amenaza a Hesperia, y en su va-

[691] Véanse II 88 ss., y nn. 134 y 135.

[692] El rey Ptolomeo de Egipto —el «Faros» de arriba—, que contaba diez años de edad (Carcopino, *César*, pág. 907).

[693] Juba, rey de Numidia —la «Libia» de arriba—. Las relaciones de parentesco entre Juba y Aníbal, a que se alude a continuación, no están claras. Los *Commenta Bernensia* dicen que una hija de Asdrúbal (para las *Adnotationes*, una hermana de Aníbal) se había casado con Sífaco, antepasado de Juba, y de ahí lo de «línea colateral», que sería por línea femenina. Otros piensan que Aníbal tuvo una madre o una abuela númida.

nidoso pecho hay mucho de Aníbal, que con su descendencia en línea colateral mancha la dinastía y llega hasta sus abuelos númidas. Ya, al suplicarle Varo[694], se hinchó de orgullo, pues vio el poder de Roma en un segundo puesto. Por ello, ¡adelante, compañeros, apresurémonos hacia las regiones de Oriente! Nos separa el Eufrates, con su caudal, de todo un mundo, las barreras del Caspio esconden al otro lado espacios sin límites, es el otro hemisferio el que rige la sucesión de las noches y los días de Asiria, tienen un mar disociado del nuestro, diferente en el color de sus aguas[695], y hasta su propio Océano. Dominar es su único placer. Su corcel se empina más en la llanura, su arco es más poderoso, ni el niño ni el viejo se muestran indolentes para tensar las cuerdas fatales, y la muerte sale certera de cada una de sus flechas. Fueron los primeros en romper con sus arcos las falanges macedonias[696], Bactra, sede de los medos, y Babilonia, morada de los asirios, soberbia en sus murallas. Tampoco nuestras picas dan demasiado miedo a los partos, y tienen la osadía de provocarnos a la guerra tras haber probado la eficacia de sus aljabas escíticas con la muerte de Craso. Y las flechas que disparan no les inspiran seguridad sólo por el hierro, sino que sus silbantes proyectiles van empapados de abundante veneno: una pequeña herida es fatal y la muerte se alberga en un ligero rasguño. ¡Ojalá, ay, no tuviera yo tan gran confianza en los feroces arsácidas! Unos hados demasiado émulos de nuestros hados empujan a los medos, y muchos dioses están con esa nación. Daré rienda suelta a esos pueblos arrancados de una tierra extranjera y lanzaré contra mi enemigo a todo el Oriente, haciéndolo salir de sus moradas. Y

[694] Véanse IV 666 ss., y nn. 353 y 354.

[695] La alusión es al Mar Rojo, pero, en este caso, lo ha confundido el poeta con el Golfo Pérsico. El Océano es el Índico.

[696] El texto dice: «las largas picas (*sarisas*) peleas».

si me fallaran la lealtad del Este y las alianzas con los bárbaros, que la Fortuna se lleve mi naufragio más allá de las zonas de convivencia del mundo conocido: no imploraré a los reyes que yo he hecho. Yacente en un país extraño, tendré como consuelo suficientemente grande por mi muerte el que mi suegro no haya perpetrado contra mis miembros ningún ultraje ni ninguna acción piadosa. Pero además, si paso revista a todos los avatares de mi vida, siempre fui respetado en aquella parte del mundo. ¡Qué grande fui más allá de la Meótide, qué grande junto al Tanais[697] ante las miradas de todo el Oriente! ¿En qué tierra se paseó más mi nombre con gloriosas hazañas, o de dónde retorné con un triunfo más importante? ¡Roma, favorece mis empresas! ¿Qué ocasión más gozosa podrán ofrecerte jamás los dioses del cielo que la de librar una guerra civil teniendo en tus filas al parto, y destruir así a una nación tan poderosa, implicándola en nuestras calamidades? Cuando las armas de César choquen con las de los medos, la Fortuna vengará necesariamente o a mí o a los Crasos[698].» Cuando acabó de hablar, por el murmullo levantado se dio cuenta de que los senadores condenaban su plan. A todos ellos se anticipó Léntulo en los acicates del valor y en la nobleza de su indignación, y profirió estas palabras dignas del que acababa de dejar el consulado[699]: «¿Hasta ese punto han quebrantado tu espíritu los desastres de Tesalia? ¿Un sólo día ha condenado los destinos del mundo? ¿Por el resultado de Ematia queda ya sentenciado un proble-

[697] La Meótide y el Tanais son, como se ha dicho, el Mar de Azov y el río Don.

[698] La alternativa era, en ambos casos, favorable: si en esta confrontación de César y los partos vencía el primero, Roma vengaba la derrota y muerte de Craso, que era un clamor nacional; si vencían los partos, Roma se libraba de la tiranía de César y quedaba vengado Pompeyo de su derrota en Farsalia.

[699] En el 49 a. C. Véase n. 366.

ma de tal magnitud? ¿Está ya descartado todo remedio para esta herida cruenta? ¿No te ha dejado, Magno, la Fortuna otra salida que echarte a los pies de los partos? ¿Por qué tú, tránsfuga de nuestro mundo, odiando todas estas extensiones de tierras y todo este cielo, buscas horizontes opuestos y estrellas ajenas, dispuesto a venerar las llamas caldeas y los ritos bárbaros, siervo de los partos? ¿Por qué se alega como pretexto para la guerra el amor a la libertad? ¿Por qué engañas al universo desventurado, si eres capaz de ser esclavo? A ti, ante cuyo nombre tembló el rey de los partos, al enterarse de que regías los destinos de Roma, a quien vio conducir reyes cautivos desde las selvas de Hircania y la costa de la India, ¿te verá ahora abatido por los hados, hundido y roto, y levantará su ánimo, ensoberbecido contra el mundo romano, al sopesar a la vez sus propias fuerzas y las de Roma ante un Pompeyo suplicante? No lograrás decirle nada digno de tus arrestos y tus destinos: no entendiendo él la comunicación en lengua latina, te exigirá, Magno, que se lo supliques con lágrimas. ¿Y podemos soportar este ultraje a nuestro honor: que la Partia vengue la derrota de Hesperia antes que Roma, que la ha sufrido? [700]. Ella te eligió sin duda general para una guerra civil: ¿por qué difundir entre los pueblos escíticos nuestras heridas y descalabros que ellos desconocen? ¿Por qué enseñar a los partos a traspasar sus barreras? Pierde así Roma el único consuelo de tan imponente desgracia: no someterse a ningún rey de fuera, sino ser esclava de uno de sus propios ciudadanos [701]. ¿Te complace ir a través del orbe a la cabeza de salvajes naciones contra las murallas de Roma y, desde el Eufrates, en pos de unas enseñas capturadas junto con los Crasos? El único de en-

700 Se refiere a la derrota de Farsalia, de la que antes había dicho Pompeyo que quedaría vengada si vencían los partos a César.

701 Dado que a Roma se le viene encima la esclavitud, mejor es serlo de uno de los suyos, de César, que de un extranjero.

tre los reyes que faltó a la cita de Ematia, mientras el destino ocultaba aún sus preferencias, ¿va él ahora a desafiar tamañas fuerzas del que ya sabe que es vencedor, o querrá unir contigo, Magno, su suerte? No tiene esa nación una tal confianza en sí misma. Todo pueblo, sea cual sea, nacido entre las escarchas del Norte es indómito en la guerra y amador de la muerte: todo lo que se fuere hacia las regiones orientales y la zona cálida del mundo, la benignidad del clima enmollece a las gentes. Allí se ven vestidos sueltos y ropas flotantes en los hombres. El parto, por los campos de los medos, en medio de las llanuras de los sármatas y las campiñas del Tigris que se derraman en ancha planicie, resulta invencible para cualquier enemigo por su libertad para huir; pero, donde el terreno es escarpado, no subirá a las enriscadas cimas de la montaña, ni librará combates a través de opacas espesuras —impotente cuando su arco no es certero—, ni surcará a nado un río de violentos remolinos, ni resistirá, con sus miembros todos bañados de sangre en la batalla, un largo día de verano bajo el polvo abrasador. No tienen ellos ariete, ni máquina alguna de guerra, ni son capaces de rellenar fosos, y, cuando el parto persigue a alguien, será como un muro cualquier obstáculo que pueda interceptar su flecha. Su lucha es la escaramuza, su táctica de combate, la huida, sus escuadrones, volantes: a su tropa se le da mejor ceder su puesto que echar al enemigo del suyo; sus dardos están emponzoñados con alevosía, y su valor en ninguna parte se atrevió a aguantar un combate cuerpo a cuerpo, sino a tensar los arcos desde lejos y a confiar a los vientos que dirijan sus disparos a donde quieran. Es la espada la que da la medida de las fuerzas, y cualquier nación de hombres de verdad libra las batallas con el acero. Pues bien, a los medos los primeros choques los dejan sin armas y los obligan a retirarse con la aljaba vacía. Ninguna confianza en

su brazo: toda la tienen puesta en el veneno. ¿Crees, Magno, que son auténticos hombres quienes no tienen bastante con el hierro para enfrentarse a los peligros de la guerra? Tantear una ayuda vergonzosa ¿merece la pena hasta el punto de que vayas a morir separado de tu país por todo un mundo, caiga sobre tus huesos una tierra extranjera, te cubra una tumba pequeña y pobre y, no obstante, odiosa, puesto que Craso aún reclama sepultura? Con todo, tu suerte es bastante llevadera, dado que la muerte no es más que el último castigo y no debe inspirar miedo a los hombres de verdad. Cornelia, en cambio, no es la muerte lo que teme en poder de un rey infame. ¿Es que no conocemos la lujuria de los bárbaros, que, ciegamente, a la manera de las bestias, profana con innumerables esposas las leyes y los lazos del matrimonio, y cómo las intimidades de su tálamo abominable salen a la luz en presencia de mil mujeres? La corte, enloquecida por las francachelas y el vino, osa acoplamientos no incluidos en ninguna legislación [702]: una noche entera, entre los abrazos de tantas mujeres, no basta para agotar a uno solo de esos garañones. En los tálamos de los reyes se han acostado sus hermanas y sus madres, pese a lo sacrosanto de sus vínculos. Una lastimosa leyenda condena ante la humanidad a la Tebas de Edipo [703] por un crimen como ese, aun cometido involuntariamente: ¡cuántas veces un arsácida, señor de los partos, nace así de una mezcla incestuosa de sangres! Quien tiene por lícito fecundar a la que le dio el ser, ¿qué podría yo pensar que tenga por ilícito? La hija tan ilustre de Metelo se alineará como esposa número mil ante el lecho de un bárbaro.

[702] Por lo infamantes que son en sí mismos. Léntulo expone un argumento convincente, atacando a Pompeyo por donde más puede dolerle: las humillaciones sexuales que sufrirá su esposa, describiendo con tintes recargados las lúbricas aberraciones de los partos.

[703] Edipo, sin saberlo, mató a supadre y se casó con su madre Yocasta, de la que tuvo a Eteocles y Polinices, a Ismene y a Antígona.

Aunque es verdad que a ninguna otra, Magno, se aplicará con más ahínco la lubricidad del rey, estimulada por su crueldad y por los títulos de los esposos que ella tuvo; en efecto, para que más monstruosidades hagan las delicias del parto, sabrá que también fue mujer de Craso [704]: cual si se les debiera desde tiempo atrás a los hados de Asiria, se les lleva ahora como botín de una derrota antigua. Siga grabada en tu pecho la herida lastimosa de nuestra suerte aciaga en Oriente, y te avergonzarás no sólo de haber pedido ayuda a un rey funesto, sino de haber dado preferencia a la guerra civil [705]. Pues ¿qué acusación se os hará entre las gentes, a tu suegro y a ti, más grave que la de que, al entrechocar vosotros vuestras armas, se ha esfumado la posibilidad de vengar a los Crasos? Todos los jefes a una deberían haberse precipitado contra Bactras y, para que ni una sola arma quedara inactiva, desguarnecer incluso el flanco septentrional del imperio, expuesto a los dacios y a las hordas del Rin, hasta que la pérfida Susa y Babilonia yacieran en ruinas sobre los túmulos de nuestros generales. Te imploramos, Fortuna, el fin de la paz con Asiria; y, si la guerra civil ha llegado a su término en Tesalia, marche hacia los partos el que ha vencido [706]. Es la única nación del mundo sobre la que podría ver con alegría un triunfo de César. Desde el momento en que atravieses el helado Araxes, la sombra del anciano [707] afligido, acribillado de flechas escíticas, ¿no te arrojará a la cara estas palabras: 'Tú, a quien nosotros, sombras sin sepultura desde el día de nuestra muerte hemos estado aguardando como venga-

[704] Del hijo del triúnviro, como se ha dicho.

[705] Es decir, te importa más hacer la guerra civil para vengarte de César, que luchar contra los partos para vengar el honor de Roma.

[706] Es decir, en lugar de ir hacia los partos el vencido Pompeyo, en plan de suplicante, debe ir el vencedor César, en plan de guerra.

[707] Craso, que tenía en Carras más de 60 años.

dor de nuestras cenizas, ¿vienes ahora a firmar un tratado de paz?' Seguidamente, se agolparán a tu paso numerosos recordatorios del desastre: las murallas que recorrieron nuestros generales decapitados, el lugar donde el Eufrates se tragó nombres tan importantes y el Tigris hundió bajo tierra los cadáveres de los nuestros y luego los devolvió a la luz [708]. Si puedes marchar por entre tales escenas, también puedes, Magno, aplacar a tu suegro asentado en medio de Tesalia. ¿Por qué no vuelves la vista hacia el mundo romano? Si tienes miedo a los reinos que se extienden bajo el austro y al desleal Juba, nos vamos a Faros y a las campiñas de Lago [709]. De un lado, Egipto está protegido por las Sirtes líbicas, y por lo que toca al otro, un río impetuoso con siete bocas mantiene alejado el mar. Su tierra tiene bastante con sus propias riquezas, sin necesidad del comercio ni de las lluvias de Júpiter: tan grande es su confianza en sólo el Nilo. El niño Ptolomeo empuña un cetro que te debe a ti, Magno, y que fue confiado a tu tutela: ¿quién podría temer la mera sombra de ese título real [710]? Su edad es la de la inocencia. No esperes justicia, lealtad ni respeto a los dioses en una corte de largo reinado; ante nada se avergüenzan los ya avezados al cetro: la estrella más bonancible de las monarquías es la que transcurre bajo un rey nuevo.» Sin hablar ya más, empujó los ánimos hacia su punto de vista. ¡Cuánta libertad encierras, última esperanza en la vida del hombre! [711]. Fue derrotada la opinión del Magno.

Entonces abandonaron el territorio de los cílices y dirigieron sus bajeles con rapidez hacia Chipre, cuyos

[708] Véase III 261-263.

[709] Fundador de la dinastía de los Lágidas de Egipto, designada aquí, además, por Faros, como es habitual en el poeta.

[710] De rey sólo tiene el nombre.

[711] Es decir, se atrevieron los senadores a enfrentarsae con la opinión de Pompeyo porque se veían ya en el último trance.

altares prefiere a los demás la diosa que no olvida las ondas de Pafos [712] —si creemos que las divinidades nacen y si es lícito sostener que alguno de los dioses haya tenido principio—. Cuando Pompeyo hubo dejado estas riberas, tras sortear todos los escollos de Chipre en la parte que da hacia el austro, dobla desde allí empujado por la corriente oblicua del mar abierto; y no arribó al promontorio que inspira gratitud por su luminaria nocturna [713], sino que a duras penas y a fuerza de velas abordó las costas extremas de Egipto, por donde el más grande de los brazos en que el Nilo se divide, la séptima boca, se desploma en los bajíos de Pelusia. Era la estación en que Libra sopesa iguales las horas del día y de la noche, y el fiel de la balanza no dura más que una sola jornada [714]; luego, acortándose, el día va pagando a la noche invernal las compensaciones de la pérdida que le hizo sufrir en primavera. Cuando supo que el rey se encontraba en el monte Casio, desvía hacia allá su curso; ni el sol ni las velas de la nave decaen todavía.

Ya un vigía a caballo por la playa, en veloz galope, había llenado de alarma a la corte, anunciando la llegada del extranjero. Apenas había tiempo de deliberar; sin embargo, se reunieron todos los monstruos del palacio de Pela [715]; entre ellos, Acoreo, ya apacible en su vejez y con más moderación por los quebrantos de su edad (había visto la luz en Menfis, dada a idolatrías,

[712] Chipre, la famosa isla del Mediterráneo oriental, frente a Cilicia y Siria. Su ciudad de Pafos albergaba un célebre templo de Afrodita, a quien la leyenda suponía nacida de la espuma del mar en la mencionada isla.

[713] La isla de Faros, llamada así por la torre del faro construida por Ptolomeo II.

[714] El equinoccio de otoño.

[715] Como Faros y Lago (n. 709), también Pela sirve para designar a Egipto, pues de esta ciudad de Macedonia era Alejandro Magno, según se ha dicho, y Lago fue uno de los generales sucesores de Alejandro.

guardiana de las crecidas del Nilo sobre las campiñas; siendo él sacerdote de los dioses, más de un Apis había vivido el período que le asigna Febe, su dueña)[716]; él fue la primera voz que sonó en la asamblea y resaltó tanto los merecimientos como la lealtad de aquél, y también los sagrados lazos con su difunto padre. Pero, más hábil en persuadir a los malvados y en conocer a los tiranos, Potino se atrevió a condenar a muerte a Pompeyo: «El derecho y la religión, Ptolomeo, hacen culpables a muchos —dijo—; la lealtad, tan elogiada, recibe su castigo cuando presta su apoyo a quienes la Fortuna aplasta. Toma el partido de los hados y de los dioses: honra a los venturosos, huye de los caídos en desgracia. Tanto como las estrellas distan de la tierra y el fuego del mar, así la utilidad de la rectitud. La fuerza de los cetros desaparece totalmente si empieza a sopesar consideraciones de justicia; el respeto por la honradez destruye las fortalezas. La libertad de crímenes y el uso ilimitado de la espada son lo que defiende a los reyes odiados. Las crueldades continuas no cabe cometerlas impunemente, sino mientras se siguen cometiendo[717]. Abandone el trono quien quiera ser piadoso. La virtud y el poder supremo no son compatibles; siempre tendrá miedo aquel a quien le dé vergüenza ser cruel. No debe quedar impune que haya despreciado tu corta edad el Magno, que te cree incapaz de arrojar lejos de nuestra costa ni siquiera a los vencidos. Y, para que no tenga que privarnos del cetro un extranjero,

[716] Quiere decir el poeta que Acoreo era un sacerdote muy anciano. El buey Apis estaba consagrado a la Luna, reguladora, a su vez, de los años. En Menfis, capital religiosa de Egipto, se veneraba como dios un buey sagrado, de color negro con una mancha blanca en el costado, en forma de media luna, símbolo de su dueña.

[717] Es la espiral sin fin de los crímenes del tirano, que no puede dejar de cometerlos, si quiere seguir en el poder. Todo este discurso de Potino, brutal y sin asomo de ética, es «modélico» respecto a lo que debe hacer un tirano para mantenerse como tal sin que lo derroquen.

tienes parientes más cercanos: si te molesta ser rey, devuelve el Nilo y Faros a la hermana que has condenado[718]. En todo caso defendamos a Egipto de las armas latinas. Todo lo que no fue del Magno mientras se libraba la guerra, tampoco lo será del vencedor. Expulsado ya del mundo entero, y cuando ya no le queda ninguna confianza en su destino, busca una nación para asociarla a su caída. Es arrastrado por las sombras de los muertos en la guerra civil. Y no sólo huye de las armas de su suegro: huye de las miradas del senado, gran parte del cual sirve de alimento a las aves de Tesalia; teme a las naciones que abandonó confundidas en un solo río de sangre; teme a los reyes a quienes se lo hundió todo; culpable de Tesalia y sin ninguna tierra que lo acoja, trae ahora la perturbación a nuestro país, al que aún no ha destruido. Nosotros, Ptolomeo, poseemos un motivo especialmente justo de queja contra el Magno: ¿por qué manchas con la culpa de la guerra a la apartada y siempre tranquila Faros, y haces nuestras campiñas sospechosas al vencedor? ¿Por qué en tu caída fue de tu agrado, entre todas, esta tierra, para hacer confluir sobre ella los hados de Farsalia y tu propio castigo? Ya somos reos de una culpa que debemos pagar con el empleo de la espada[719]. Como el senado nos concedió el cetro por consejo tuyo, apoyamos tus armas con nuestros votos. Este hierro, que los hados me mandan desenvainar, no lo destinaba a ti, sino al vencido; heriré tus entrañas, Magno, aunque hubiera preferido las de tu suegro: pero nos vemos arrebatados hacia donde todo desemboca. ¿Pones en duda la necesidad que tengo de hacerte violencia, al darme tú la opor-

[718] A Cleopatra.

[719] Por el mero hecho de haber tocado Pompeyo tierra de Egipto, ya son culpables ante César y deben librarse de esa culpa matando a Pompeyo. En la misma idea abunda más abajo.

tunidad? ¿Qué confianza en nuestro reino te empuja hasta aquí, infortunado? ¿No ves a un pueblo sin armas, que apenas puede cavar las campiñas mullidas por el Nilo, al retirarse a su cauce? Conviene medir el propio poder y reconocer las propias fuerzas. Tú, Ptolomeo, ¿eres capaz de sostener la caída del Magno, bajo la cual está Roma derrumbada? ¿Te atreves a remover la pira y las cenizas de Tesalia y a citar a la guerra dentro de tus reinos? Antes de la batalla de Ematia no nos sumamos a ninguno de los ejércitos: ¿y ahora te decides por el campamento de Pompeyo que el mundo entero abandona? ¿Ahora desafías el poder del vencedor y su buena estrella declarada? Lo decente es no abandonar en los reveses, pero ello sólo va con los que antes fueron compañeros de los éxitos: jamás lealtad alguna eligió por amigos a los desdichados.»

Dieron todos su asentimiento al crimen. Se alegra el rey niño por el honor, insólito para él, de que sus sirvientes le permitan ya dar órdenes de tal transcendencia. Aquilas [720] fue el elegido para la ejecución, y, en el lugar en que aquella tierra de traidores se alarga en las arenas del Casio y los bajíos de Egipto atestiguan la vecindad de las Sirtes, dispone un pequeño esquife con los cómplices de la atrocidad y sus espadas. ¡Oh dioses del cielo!, ¿es posible que el Nilo, la bárbara Menfis y la turba tan afeminada del egipcio Canopo [721] tengan tales arrestos? ¿Hasta ese punto aplasta al universo la fatalidad de las guerras civiles? ¿Tan bajo ha caído el poderío romano? ¿Tiene Egipto algún papel en esta tragedia y por ello interviene la espada de Faros? Por lo menos mantened esta lealtad, guerras civiles: procurad manos de la misma sangre y apartad a los monstruos extranjeros, si es que ha merecido el Magno

[720] Había sido educador del rey y ahora era el jefe supremo del ejército.

[721] Ciudad del bajo Egipto, asentada en la desembocadura del brazo más occidental del Nilo.

por tan preclaro renombre ser la víctima de un crimen de César. ¿No temes, Ptolomeo, la caída de un nombre tan ilustre, y te atreves, impuro y medio hombre, a meter tus manos sacrílegas cuando el cielo está tronando [722]? No ya que fuera el domeñador del mundo, ni el tres veces llevado al Capitolio en carro triunfal, el dueño de reyes, el campeón del senado, el yerno del vencedor: para el tirano de Faros lo que debería ser ya suficiente es que era un romano [723]. ¿Por qué escudriñas con la espada nuestras entrañas? No sabes, niño malvado, no sabes en qué situación se halla tu fortuna: ya empuñas el cetro del Nilo sin derecho alguno, pues en la guerra civil ha caído quien te había dado el poder real.

Ya el Magno le había quitado las velas al viento y con ayuda de los remos ganaba los infames litorales; frente a él, transportado en una exigua birreme, llegaba el pelotón de asesinos y, pretextando que el reino de Faros estaba abierto para el Magno, le invitan a bajar desde su nave de alto bordo al pequeño esquife, echando la culpa a los peligros de la costa y a la corriente de dos mares [724], que se rompe contra unos bajíos y que impide a los barcos extranjeros arribar a tierra. De todos modos, si no fuera porque las leyes de los hados y la vecindad de un trágico desenlace aplicado por mandato de una ordenación divina irrevocable arrastraban hacia el litoral al Magno, ya condenado a muerte, a ninguno de sus compañeros le faltaban presunciones del crimen: en efecto, si hubiera existido buena fe, si el palacio se le hubiera abierto con un sincero reconocimiento al Magno, a quien se le debía el cetro, habría venido a su encuentro el tirano de Faros con toda su flota. Pe-

[722] En señal de protesta, según Lucano.

[723] Esto debería ser suficiente para abstenerse de matarlo.

[724] «Estas dos corrientes, una proveniente de las Sirtes, la otra de Siria, se rompen frente a las bocas del Nilo» (Bourgery, *ad loc.*).

ro cede ante el destino y, cuando se le ordena abandonar su nave, obedece, gustoso de preferir la muerte a la cobardía.

Iba Cornelia a tirarse de cabeza sobre el bajel enemigo, tanto más inquieta ante la idea de dejar desembarcar a su marido sin ella cuanto que recelaba la tragedia: «Quédate, esposa temeraria, y tú, hijo mío, os lo ruego; lejos de la costa contemplad lo que me suceda y en la suerte que corra mi cuello tened una prueba de la lealtad del tirano», les dijo. Pero, sorda a la prohibición, Cornelia le tendía enloquecida ambas manos; «¿A dónde vas sin mí, cruel? ¿Por segunda vez me veo abandonada, tras habérseme alejado de las desgracias de Tesalia? ¡Nunca nos separamos, desdichados de nosotros, con un feliz augurio! Ya podías no haber desviado el rumbo de tu nave cuando escapabas por alta mar, y haberme dejado en mi escondrijo de Lesbos, si es que estabas dispuesto a no permitirme tocar tierra. ¿Acaso únicamente entre las olas te gusta mi compañía?» Cuando hubo derramado en vano estas quejas, se dobla, sin embargo, angustiada sobre el borde de la nave y, bajo la consternación de su pánico, no es capaz ni de apartar la vista hacia otro lado ni de tenerla fija en el Magno. Quedó allí la flota desasosegada por la suerte de su general, con miedo no a las armas y al crimen, sino a que Pompeyo se prosternara con súplicas humillantes ante el cetro que él había donado con su propia mano [725]. Cuando se disponía a cambiar de navío, le saluda desde el esquife de Faros un soldado romano, Septimio [726], que —¡oh vergüenza para los dioses!— portaba, tras haber dejado la pica, las deshonrosas armas del rey, como satélite suyo, hombre cruel, violento,

[725] En realidad, el que repuso en el trono, en el 55 a. C., al padre del actual rey fue Aulo Gabinio, pero por orden de Pompeyo.

[726] Había sido centurión a las órdenes de Pompeyo durante la guerra contra los piratas (César, *Guerra Civil* III 104, 3).

abominable, y menos comedido en la carnicería que cualquiera de las fieras. ¿Quién no hubiera creído, Fortuna, que tú tenías consideración con los pueblos, al no intervenir en la guerra aquel brazo y al haber desterrado lejos de Tesalia aquellos dardos tan dañinos? Distribuyes las espadas, ay, de modo que no deje de cometerse en ningún lugar del orbe, para tu satisfacción, un crimen civil [727]. Deshonor para los propios vencedores y un relato que jamás dejará de ser un oprobio para los dioses: una espada romana obedeció hasta ese punto a un rey, y el niño de Pela te cortó el cuello, Magno, con una espada tuya. ¿Con qué fama transmitirá la posteridad el nombre de Septimio a las generaciones venideras? ¿Cómo calificarán este crimen los que calificaron de nefando el de Bruto?

Había llegado ya el límite de su última hora y, desplazado en la barca de Faros, había perdido ya los derechos sobre sí mismo. Entonces los abominables esbirros del rey se disponen a desenvainar el hierro. Cuando vio que las espadas se le venían encima, envolvió su rostro y su cabeza, teniendo por indigno presentarla al descubierto a la Fortuna; seguidamente cerró los ojos y contuvo el aliento, no sea que le diera por dejar escapar algún grito y echara a perder con el llanto su inmortal renombre. Pero, una vez que el funesto Aquilas le hundió en el costado la punta del acero, no acusó el golpe con ningún gemido ni volvió los ojos hacia el crimen, sino que conserva su cuerpo inmóvil, pone a prueba su valor en la hora de la muerte y da vueltas en su pecho a estas razones: «Atentas están las edades que nunca dejarán de pregonar los afanes romanos, y el tiempo venidero contempla desde todos los puntos del orbe esta barca y la perfidia de Faros: cuida ahora

[727] Es decir, hasta en Egipto un romano, Septimio, matará a otro romano, Pompeyo. Existe contradicción con la idea expresada en los vv. 547-550 de este mismo canto.

de tu fama. Prósperos destinos han jalonado tu larga vida: ignoran los pueblos, si no se lo demuestras en tu muerte, si sabes soportar la adversidad. No te sonrojes ni sufras porque sea éste el instrumento de tu destino: sea cual sea la mano que te hiere, piensa que es la de tu suegro[728]. Podrán esparcir mi cuerpo y mutilarlo: soy, sin embargo, feliz, ¡oh celestes!, y ningún dios tiene poder para privarme de este sentimiento. La prosperidad cambia durante la vida, mas por la muerte no se hace uno desdichado. Cornelia y mi querido Pompeyo están viendo esta muerte: con tanta más firmeza sofoca, dolor, te lo ruego, mis gemidos: mi hijo y mi esposa, si me admiran en este trance, no pueden menos de amarme después de muerto.» Tal era la vigilancia del Magno sobre sus pensamientos, tal dominio tenía de su espíritu en el momento de morir.

En cambio, Cornelia, menos capaz de soportar el espectáculo de aquella cruel infamia que de padecerla ella misma, llena los aires con gritos lastimeros[729]. «¡Oh esposo mío, yo he sido la criminal culpable de tu muerte. La apartada Lesbos fue la causa de tu fatal demora, y así César llegó antes que tú a la ribera del Nilo; pues ¿qué otro pudo tener autoridad para ordenar este crimen? Pero, quienquiera que tú seas, enviado por los celestes a cortar esta cabeza, bien al servicio de la cólera de César, bien mirando por ti mismo, no sabes, cruel, dónde están las verdaderas entrañas del Magno: te apresuras a asestar los golpes por donde el vencido desea recibirlos. ¡Que sufra él un castigo no menor que

[728] César es, para Lucano, el responsable último de la muerte de Pompeyo, ya que los egipcios lo matan para congraciarse con él. La parcialidad del poeta alcanza aquí una de sus cotas más altas.

[729] A lo largo de todo este episodio de la muerte de Pompeyo, las intervenciones de éste en el relato y las de Cornelia (que se suceden en este orden: Pompeyo-Cornelia-Pompeyo-Cornelia-Pompeyo) contrastan fuertemente en el sentido de que las primeras están teñidas de serenidad estoica y las últimas de *páthos* y desmelenamiento.

la muerte viendo antes rodar mi cabeza! No estoy libre de culpa respecto a la guerra yo, la única de las matronas que, compañera suya a través de las olas y de los campamentos, sin miedo a ningún destino, lo acogí tras su derrota, cosa que incluso los reyes temieron hacer. ¿Y esto es lo que, esposo, he merecido a cambio: que se me dejara a seguro en una nave? ¿Me salvabas así la vida, pérfido? Mientras tú afrontabas el desenlace supremo, ¿fui yo digna de seguir con vida? Moriré, y no por la generosidad de un rey. Permitidme, marineros, que me tire de cabeza, o que ajuste a mi cuello un lazo de este cordaje retorcido, o bien que algún compañero digno del Magno me atraviese con su espada: puede así prestar un servicio a Pompeyo e imputarlo a las armas de César. ¡Oh crueles!, ¿me retenéis cuando me precipito hacia el trance fatal? Todavía vives, esposo mío, y ya Cornelia no es libre, Magno, de ejercer sus derechos: me prohiben encararme con la muerte; se me guarda para el vencedor.» Así habló y, desplomándose en brazos de los suyos, se la lleva aprisa el bajel que huye agitado.

Por su parte, pese a que las espadas y el pecho del Magno resonaban bajo los golpes del hierro, permaneció inalterada la noble dignidad de sus augustas facciones y su rostro, sólo enfadado con los dioses[730], sin que los últimos momentos de su agonía cambiaran nada del porte y la expresión del héroe: lo confiesan quienes vieron su cabeza lacerada. En efecto, el salvaje Septimio en la misma ejecución del crimen inventa un crimen mayor: deja al descubierto, desgarrando el velo, los augustos rasgos del Magno moribundo, se apodera de su cabeza que aún respiraba y coloca de través el cuello desfallecido en el banco de los remeros. Entonces corta nervios y venas y va rompiendo poco a poco

[730] Tal vez porque lo habían hecho morir antes de tiempo, a los 58 años.

las nudosas vértebras: aún no existía el arte de desprender de un tajo la cabeza con la espada. Mas, una vez que el cuello rodó separado del tronco, el satélite de Faros [731] reivindica el derecho a pasearla en su diestra. Romano degenerado y soldado para trabajos secundarios, ¿cortas con tu siniestra espada la augusta cabeza de Pompeyo para no llevarla tú mismo? ¡Oh fatalidad de la última afrenta! Para que un impío mozuelo reconociera al Magno, aquella cabellera encrespada, digna de veneración para los reyes, y aquellas guedejas que agraciaban su noble frente, una mano las agarró, y en una lanza de Faros, mientras las facciones están aún con vida y los jadeos del aliento agitan la boca en unos murmullos, mientras los ojos aún abiertos se van poniendo rígidos, quedó clavada aquella cabeza, cuyas órdenes de guerra hacían cesar la paz; ella ponía en marcha las leyes, el Campo de Marte y la tribuna rostral [732]; en esa faz, Fortuna de Roma, hallabas tus complacencias. Y no fue suficiente para el infame tirano el haberla contemplado: quiere que quede testimonio del crimen. Entonces, con un arte abominable, se rebañó la podre de la cabeza, se desecó la piel una vez extraído el cerebro, se absorbió de lo hondo el líquido putrefacto y, con la infiltración de una droga, quedó endurecida la faz [733].

Último retoño de la estirpe lágida, destinado a perecer [734], degenerado que has de ceder el cetro a tu hermana incestuosa; mientras que guardas al Macedonio [735] en una cavidad consagrada y las cenizas de los faraones descansan bajo un monte que se hicieron

[731] Aquilas.

[732] «Es decir, inspiraba la legislación, influía en los comicios y en las campañas políticas» (MARINER, *ad loc.*).

[733] Embalsamaron la cabeza, arte que Lucano considera «abominable».

[734] Ptolomeo iba a morir poco después ahogado en el Nilo.

[735] Alejandro Magno.

construir, mientras que pirámides y afrentosos mausoleos encierran los manes de los Ptolomeos, dinastía vergonzosa, a Pompeyo lo golpean las olas del litoral y su cuerpo sin cabeza es sacudido de acá para allá por las aguas de los rompientes. ¿Tan molesto te era el cuidado de conservar para su suegro el cadáver entero? Con esta fidelidad llevó a término la Fortuna los destinos tan prósperos del Magno, con esta misma lo reclamó en la muerte desde su encumbrada posición y le hizo pagar cruelmente en un solo día todas las calamidades de las que le preservó inmune durante tantos años; y fue Pompeyo el hombre que nunca vio mezclados éxitos y reveses: en su felicidad ninguno de los dioses le perturbó, y ninguno le tuvo miramientos en su desventura; de un solo golpe lo derribó la Fortuna con su mano largo tiempo contenida. Se ve zarandeado en las arenas, desgarrado en los escollos, absorbiendo el agua por las heridas, juguete de la mar; y, desfigurado totalmente, la única señal de identificación del Magno es la pérdida de su cabeza cortada.

Antes, sin embargo, de que el vencedor pisara las arenas de Faros, la Fortuna le deparó precipitadamente un túmulo a Pompeyo, para que no yaciera sin sepultura o para que no tuviera otra mejor. Desde su escondrijo bajó corriendo hasta la orilla del mar, asustado, Cordo [736]. Cuestor como era, había sido compañero de infortunio del Magno desde el icario litoral de la cinírea [737] Chipre. Él, osando avanzar a través de las sombras, logró expulsar su miedo, sobre el que triunfó su piedad, hasta el punto de conducir a tierra el cadáver, tras buscarlo en medio de las ondas, y arrastrar al Magno hasta la orilla. Cintia [738], doliente, prestaba

[736] Personaje del que sólo tenemos esta noticia.

[737] Por Ciniras, rey legendario de Chipre. El litoral «icario», si se identifica con «egeo», por ser Icaria una isla de este mar, es erróneo aplicado a Chipre, que está lejos de él.

[738] La Luna, que, en su identificación con Diana, recibe este ape-

una pizca de luz a través de las espesas nubes, pero se distingue el tronco gracias a su color diferente al del agua blanquinosa. Mantiene aquél a su general en un estrecho abrazo cuando el mar intentaba arrebatárselo; luego, vencido por tan gran peso, espera la llegada de las olas y va empujando el cadáver con la ayuda del mar. Una vez que ya estuvo asentado en tierra seca, se echó sobre el Magno, inundó de lágrimas todas sus heridas y se dirige así a los dioses del cielo y a las veladas estrellas: «Pompeyo, tu favorito, no aspira, Fortuna, a un sepulcro costoso con montones de incienso, ni a que un humo espeso haga subir desde sus miembros hacia los astros perfumes orientales, a que hombros de romanos lo porten devotamente como a un querido padre, a que un cortejo fúnebre vaya encabezado por sus antiguos triunfos, a que resuenen las plazas con cantos dolientes, a que el ejército entero, en duelo, desfile en torno a su pira con las armas hacia abajo [739]. Concede al Magno el féretro barato de un funeral plebeyo que deposite su cuerpo mutilado en una hoguera carente de perfumes; que no le falten al desdichado unos leños y un astroso atizador del fuego [740]. Contentaos, oh dioses, con que Cornelia no esté aquí postrada con los cabellos sueltos ni, abrazada a su marido, ordene que apliquen la antorcha, sino que, esposa infortunada, está ausente de este último tributo de la pira, pese a que no se halla aún lejos de la costa.» Tras estas palabras, divisa el joven a lo lejos una pequeña hoguera que estaba quemando, sin que nadie lo vigilara, un cuerpo despreciado por los suyos. De allí se lleva aprisa fuego, sustrayendo de debajo de los miembros unos tizones a

lativo por haber nacido, con su hermano Apolo, en la ladera del monte Cinto, en la isla de Delos.

[739] En señal de duelo.

[740] El *ustor* es un humilde empleado que se encargaba de mantener encendido el fuego de la pira en las incineraciones.

medio quemar: «Quienquiera que seas —dice— sombra desdeñada y malquerida por todos los tuyos, pero más feliz que Pompeyo, perdona que una mano extranjera viole tu pira ya preparada: si queda algún sentimiento después de la muerte, no hay duda de que tú misma renuncias a parte de tu pira y consientes esta merma de tu sepultura, y sientes vergüenza de ser quemada mientras andan esparcidos los manes de Pompeyo.» Así habló, y, llenando los pliegues de su ropa con el rescoldo encendido, se va volando hacia el tronco, que, casi arrastrado de nuevo por el oleaje, flotaba en la orilla. Removió las arenas en la superficie y colocó tembloroso en el pequeño hueco los pedazos, recogidos lejos de allí, de una nave destrozada. Ningún leño se aprieta contra su noble cuerpo, no reposan sus miembros en ningún rimero: acoge al Magno un fuego prendido a su lado, no puesto debajo. Aquél, sentado junto a la llamas, exclamó: «¡Oh el más grande de los generales y majestad sin igual del nombre de Hesperia!, si esta pira resulta para ti más triste que el zarandeo de las aguas o que quedarte sin funeral, aparta tus manes y tu alma poderosa de estos servicios que te rindo: la injusticia del destino sanciona la licitud de mis actos: para que ni monstruo marino, ni fiera, ni aves, ni la cólera del salvaje César osen nada contra ti, acepta en la medida en que puedas, esta escasa llama, incinerado como eres por una mano romana. Si la Fortuna me otorga el regreso a Hesperia, no descansarán en este lugar tan sagradas cenizas, sino que Cornelia te acogerá, Magno, y te trasladará de mi mano a una urna. Entretanto, marquemos este sitio de la costa con una pequeña piedra, para que haya una señal de tu sepultura; si alguien deseara tal vez aplacarte, tras tu asesinato, y ofrecerte unas completas honras fúnebres, que encuentre las cenizas de tu tronco y reconozca las arenas a las que devolver, Magno, tu cabeza.» Cuando hubo dicho esto, avi-

va las débiles llamas añadiéndoles maleza. Se consume y disuelve el Magno a fuego lento, alimentando con su podre la combustión. Pero ya había eclipsado las estrellas la claridad que precede a la aurora: él, interrumpiendo el funeral, busca consternado un escondrijo en la costa. ¿Qué castigo temes, insensato por este delito gracias al cual la fama se hace lenguas de ti año tras año? El suegro impío te elogiará por haber enterrado los huesos del Magno: ve ahora, seguro de su perdón, y, confesándole que lo has sepultado, reclámale la cabeza. La piedad le impulsa a coronar sus servicios. Toma aprisa los huesos a medio quemar y todavía no bastante pelados de músculos y, llenos como estaban de medulas ardiendo, los apagó en el agua del mar y, apilándolos en un montón, los cubrió con una delgada capa de tierra. Luego, no sea que una ligera brisa se llevara las cenizas tras dejarlas al descubierto, aplastó la arena con una piedra, y, para que no removiera la sepultura un marinero, amarrando allí el cable, inscribió con un palo chamuscado el nombre augusto: «Aquí está enterrado el Magno.» ¿Te complace, Fortuna, llamar sepulcro de Pompeyo a éste, bajo el cual su suegro prefirió verlo sepultado a que careciera de enterramiento?[741]. Mano temeraria, ¿por qué pones al Magno la traba de una tumba y aprisionas en ella sus manes errantes? Se encuentra sepultado en el lugar donde la extremidad de la tierra flota en el Océano, que se repliega[742]; el nombre romano y el imperio entero constituyen para el Magno el límite de su tumba: ¡echa abajo esas piedras, llenas de reprobación hacia los dioses! Si todo el Eta es de Hércules y todas las cumbres de Nisa están a disposición de Bromio[743],

[741] Por ser un ultraje mayor tener esta tumba que no tener ninguna.

[742] La idea es la misma que la de la frase siguiente: su sepulcro es el mundo entero, hasta sus últimos confines, porque hasta allí llega la fama de su nombre.

[743] Sobrenombre de Baco, «el Ruidoso», por el bullicio de sus fiestas. Nisa era el monte de la India donde se crió el dios. En cuanto a Hércules y el monte Eta, véase n. 254.

¿por qué en Egipto sólo una piedra es del Magno? Podría él ocupar todas las campiñas de Lago, si su nombre no estuviera grabado en ningún terrón. Andaríamos las gentes desorientadas y, por miramiento hacia tus cenizas, Magno, no pisaríamos por ningún sitio las arenas del Nilo. Ahora bien, si consideras a una piedra digna de tan augusto nombre, añádele sus hazañas tan gloriosas y los testimonios magníficos de sus proezas, añádele la sublevación del feroz Lépido y las campañas de los Alpes[744], la victoria sobre las armas de Sertorio tras haber sido llamado de nuevo el cónsul, los carros triunfales que condujo siendo aún un caballero, los intercambios asegurados entre las naciones y los cílices temerosos del mar; añade el sometimiento de los bárbaros, los pueblos nómadas y cuantos reinos se extienden bajo el euro y el bóreas. Escribe que después de las campañas volvió siempre a la toga de ciudadano y que, contentándose con haber conducido tres veces el carro triunfal, condonó a su patria muchos triunfos. ¿Qué tumba tiene cabida para estas hazañas? Se levanta una miserable sepultura, vacía de todo título y de la lista tan copiosa de sus cargos contenidos en los fastos[745]; y el nombre de Pompeyo, que solía leerse sobre los altos templos de los dioses y sobre los arcos construidos con los despojos del enemigo, está ahora casi a ras de

[744] La sublevación de Lépido en la Galia Cisalpina tuvo lugar en el año 78 a. C., después de la muerte de Sila. Fue derrotado por Pompeyo y por Cátulo. El cónsul aludido a continuación, que no pudo reducir a Sertorio y fue relevado por Pompeyo, es Quinto Cecilio Metelo Pío. La enumeración de las hazañas y triunfos de Pompeyo son los ya conocidos por otros pasajes: victorias sobre Sertorio, sobre los piratas, sobre Mitrídates y sus aliados (los «bárbaros»), sobre los escitas (los «nómadas»), sobre Oriente desde el Mar Rojo al Mar de Azov («bajo el euro y el bóreas»). Para los tres triunfos conseguidos, véase n. 642.

[745] Las tres veces que fue cónsul, que no es una lista tan «copiosa» si se compara, por ejemplo, con Mario, que lo fue siete veces.

la arena, hundido en un túmulo, de modo que no podría leerlo, de pie, un extranjero, y un viajero romano pasaría de largo si no se le hiciera notar.

¡Tierra de Egipto, culpable por la fatalidad de la guerra civil!; no sin razón, ciertamente, se nos había prevenido por el oráculo de la sibila de Cumas que el soldado hesperio no tocara las bocas pelusias del Nilo[746] ni sus riberas desbordadas en verano. ¿Qué imprecaciones te dirigiré, tierra cruel, por un crimen tan grande? Que el Nilo invierta el curso de sus aguas, estancado en la región donde nace, y tus campos, estériles, tengan necesidad de las lluvias invernales, y te disuelvas, entera, en las arenas desmoronadas de los etíopes. Nosotros hemos acogido en nuestros templos de Roma a tu Isis, a tus perros semidioses, a tus sistros que provocan el llanto y a aquel a quien tú, al llorarlo, lo reconoces como un simple mortal, Osiris; tú, en cambio, Egipto, tienes a nuestros manes entre el polvo[747]. Tú también, ¡oh Roma!, cuando ya has consagrado templos al cruel tirano[748], aún no has reclamado las cenizas de Pompeyo; todavía yace en el destierro la sombra de tu general. Si las primeras generaciones temieron las amenazas del vencedor, ahora, al menos, da acogida a los huesos de tu querido Magno, si es que siguen reposando en aquella tierra odiada, sin haber sido aún engullidos por las olas. ¿Quién va a tener miedo a su tumba? ¿Quién sentirá reparos en remover una sombra

[746] «Porque, habiéndole tocado en suerte a Publio Léntulo la provincia de Egipto, cuando pretendía marchar allá, el Tíber se desbordó con una inundación tan grande que no permitía cruzar al otro lado. Examinados con este motivo los libros sibilinos, se encontró como expiación que no pasara el ejército a Egipto. Algunos lo interpretaron referido a la batalla de Accio, otros, a lo que hemos sufrido bajo Aulo Gabinio; éste, por su parte, lo relaciona con el asesinato de Pompeyo» (*Commenta Bernensia*, ad loc.).

[747] Los manes de Pompeyo, identificados con los de Roma.

[748] A César.

digna de culto? ¡Ojalá me ordene a mí Roma cometer este delito y se digne hacer uso de mi pecho[749]: feliz, ay, cumplidamente y hasta el exceso, si tuviera la suerte de trasladar a Ausonia los manes arrancados de allí y profanar un sepulcro tan indigno de un caudillo! Tal vez, cuando Roma pretenda solicitar de los celestes que pongan fin a la esterilidad de sus surcos, a los mortíferos austros, a los excesivos calores o al terremoto que bambolea sus edificios, por consejo y mandato de los dioses pasarás, Magno, a tu querida ciudad, y el sumo sacerdote será el portador de tus cenizas. Pues ¿quién, en su afán de contemplar el Nilo, se acercará a Siene, abrasada por el ardiente Cáncer, y a Tebas, reseca cuando las Pléyades ya traen lluvias, o qué traficante en mercancías orientales se dirigirá, Magno, a los vados del Mar Rojo o a los puertos de los árabes, sin que los desvíe de su ruta la piedra venerable de tu túmulo y tus cenizas, tal vez esparcidas por la superficie de la arena, y le impulsen a aplacar tus manes y a preferirte al Júpiter del monte Casio[750]? En nada esa tumba menoscabará tu fama: sepultado en templos y en oro, serías una sombra de menos valor. Ahora la Fortuna, yacente en este túmulo, es como una suprema divinidad[751]; más augusta que los altares del vencedor es la piedra batida por las aguas de Libia. A menudo los que han negado a los dioses del Capitolio el incienso que les es debido veneran el rayo encerrado en el césped etrusco[752]. Algún día te será beneficioso el que no se te haya erigido una altiva mole de pesado mármol, des-

[749] «La urna que contiene los restos del muerto debe ser llevada por un pariente o un amigo, que la mantiene contra su pecho» (BOURGERY, *ad loc.*).

[750] Monte con un santuario de Júpiter cercano a la tumba de Pompeyo en Egipto, no lejos de Pelusio.

[751] Se identifica aquí la diosa Fortuna con Pompeyo, su favorito.

[752] Véase n. 33.

tinada a durar para siempre. Un espacio de tiempo nada largo disgregará tu exiguo montón de polvo, la tumba caerá y desaparecerán los testimonios de tu muerte. Vendrá una época aún más feliz, en que no se dará ningún crédito a los que señalen aquella piedra; y tal vez Egipto será para la generación de nuestros nietos tan mendaz al hablar de la tumba del Magno como lo es Creta respecto a la del Tonante[753].

[753] Creta, donde se había criado Zeus, enseñaba también la tumba donde estaba enterrado el mismo, lo que, para Lucano, es una burda mentira, ya que Zeus es inmortal.

LIBRO IX

SINOPSIS

1-50	Apoteosis de Pompeyo y primeras medidas de Catón.
51-166	Catón, Cornelia y los Pompeyos.
167-217	Honras fúnebres a Pompeyo con discurso de Catón.
218-293	Tentativa de deserción.
294-367	Marcha hacia Libia. Las Sirtes y la tempestad. El lago de Tritón.
368-510	El desierto de Libia. El simún.
511-586	El templo de Hamón.
587-949	Los reptiles de Libia. Llegada a Leptis.
950-999	César en Troya.
1000-1108	César en Egipto.

Pero no quedaron enterrados sus manes en el rescoldo de Faros, ni un poco de ceniza pudo retener a una sombra tan grande; saltó fuera de su tumba y, abandonando los miembros semicalcinados y la indigna pira, emprende camino hacia la bóveda del Tonante. Donde el aire turbio y el espacio que se extiende entre la tierra y la órbita lunar se unen a las esferas estrelladas [754], habitan los manes semidivinos, a los que, inocentes en vida, la fuerza vivificante del fuego les ha permitido tolerar la capa inferior del éter y ha juntado sus almas en los círculos eternos: no llegan allá por haber sido depositados en urnas de oro o sepultados con incienso. Allí, una vez que se bañó en la luz verdadera, maravillado ante las estrellas errantes y los astros fijos en el cielo, vio bajo qué noche tan cerrada yace nuestro día y se rió de los escarnios hechos a su tronco. De allí voló sin parar por encima de las campiñas de Ematia, de las enseñas del sanguinario César y de las flotas esparcidas en el mar, y, vengador de crímenes, se aposentó en el augusto pecho de Bruto y se alojó en la mente del indomable Catón.

[754] De acuerdo con la doctrina estoica, las almas de los virtuosos ascendían, después de la muerte, por encima de la atmósfera terrestre hasta la órbita lunar, que es el más bajo de los círculos planetarios y estelares (las «esferas estrelladas» son las mismas que más abajo son llamadas «círculos eternos»).

Éste, cuando los acontecimientos seguían indecisos y quedaba la duda de a quién harían dueño del mundo las guerras civiles, aborrecía también al Magno, por más que hubiera seguido sus armas arrastrado por los auspicios de la patria y por el ejemplo del senado; pero después de la catástrofe de Tesalia, ya en todo su corazón era un pompeyano. Se hizo cargo de la patria, carente de defensor, dio calor a los miembros temblorosos del pueblo, devolvió a las manos cobardes las espadas que habían arrojado y llevó a cabo la guerra civil sin el deseo de un trono y sin miedo a caer en la esclavitud. Nada hizo él bajo las armas en su propio provecho: el partido entero, después de la muerte del Magno, era el partido de la libertad. Diseminado como estaba por la costa, para impedir que la victoria de César lo recogiera en una rápida maniobra, gana Catón los apartados rincones de Corfú y en mil bajeles se llevó consigo los restos del desastre de Ematia. ¿Quién podría creer que en tan numerosas naves iban unos batallones en huida y que a unos bajeles derrotados les venía estrecho el mar?

Se dirigie luego a Málea de los dorios y a Ténaro, abierta a las sombras infernales [755]; de allí, a Citera, y, con el Bóreas empujando las naves, esquiva los litorales de Grecia y costea los de Creta, cediendo las ondas a su paso. Seguidamente atacó Ficunte, que había osado

[755] Málea y Ténaro son dos promontorios de Laconia, el último considerado como asiento de una de las bocas del infierno. Citera, hoy Cerigo, es una isla frente a la costa sur del Peloponeso. Como se ve, Catón, que permaneció en Durazzo durante la batalla de Farsalia, se pone al frente del ejército pompeyano (los «restos del desastre de Ematia» dice el poeta) y baja por la costa oeste de Grecia, pasa por Corfú y, bordeando el Peloponeso, llega hasta el Sur, a Citera. Desde allí enfila derecho hacia África, dejando Creta a su izquierda. Toca tierra africana en la Cirenaica, donde estaba la ciudad de Ficunte y sigue por mar hasta el cabo Palinuro, que lleva el nombre del piloto de Eneas ahogado en estas aguas, aunque bastante más al Norte.

cerrar sus puertos a la flota, y, tal como lo había mere-
40 cido, la sometió repetidamente a crueles pillajes; desde
allí, a favor de unas brisas apacibles, se desliza por alta
mar hacia la ribera que lleva tu nombre, Palinuro (pues
no sólo en el mar ausonio has dejado tu recuerdo: tam-
bién Libia atestigua que sus puertos tranquilos fueron
del agrado del piloto frigio), cuando, a lo lejos, unos na-
víos que desplegaban sus velas desde alta mar mantu-
vieron sus ánimos en suspenso, dudando si llevarían
compañeros de desventura o enemigos: el impetuoso
vencedor hace que todo inspire temor, y se piensa que
está en cada bajel. Pero no, aquellas naves transporta-
ban lutos y llantos, y desgracias capaces de arrancar
lágrimas incluso al inflexible Catón.

50 En efecto, Cornelia, después de que retuvo inútil-
mente con sus plegarias a los marineros y la huida de
su hijastro, por ver si acaso el tronco de Pompeyo, repe-
lido por las costas de Faros, volvía mar adentro, y luego
que la llama le indicó la pira de una sepultura indigna,
exclamó: «Así pues, ¿no fui yo, Fortuna, merecedora de
encender la pira de mi marido y arrojarme sobre mi
esposo, tendiéndome a lo largo de sus miembros hela-
dos, de quemar mis cabellos, tras arrancármelos, de re-
componer los miembros del Magno desperdigados por
el mar, de inundar de copioso llanto todas sus heridas,
de llenar los pliegues de mi vestido con sus huesos y
60 con su tibio rescoldo, presta a esparcir en los templos
de los dioses cuanto hubiera podido llevarme de la ho-
guera extinguida? Arde su pira sin ningún honor fúne-
bre; tal vez una mano egipcia ha rendido este servicio
afrentoso a sus manes. ¡Ay, cenizas en buena hora inse-
pultas de los Crasos: a Pompeyo se le ha otorgado una
hoguera por una mayor ojeriza de parte de los dioses!
¿Será siempre parecida mi mala estrella? ¿Nunca me
será permitido rendir las honras debidas a mis espo-
sos? ¿Nunca podré llorar ante una urna que conten-

ga cenizas?[756]. Mas, por otra parte, ¿qué necesidad
hay de túmulos o por qué exiges, dolor, todo un aparato
visible? ¿No llevas, impía, a Pompeyo en tu corazón to-
do? ¿No está grabada su imagen en lo hondo de tus en- 70
trañas? Que busque cenizas la que está dispuesta a so-
brevivir a su esposo. Ahora, sin embargo, el fuego que
brilla a lo lejos con luz mezquina, surgiendo de la ribe-
ra de Faros, me muestra aún, Magno, algo de ti. Ya la
llama ha bajado, el humo que se lleva a Pompeyo se
desvanece ante la salida del sol, y los odiosos vientos
hinchan las velas de mi nave. Si se da crédito a lo que
digo, no quiero dejar las costas pelusias[757]. No hay 83
para mí ahora una tierra más grata, incluida la que, 78
conquistada, procuró triunfos a Pompeyo, ni tampoco
el carro triunfal que hollaba las alturas del Capitolio;
el Magno de la buena estrella se me ha esfumado del
corazón: a éste que el Nilo posee es al que quiero, 80
y lamento no quedarme de por vida en esta tierra cul-
pable; su crimen me hace atractivas estas arenas. Tú,
Sexto, busca los bélicos avatares y enarbola por el mun-
do las enseñas de tu padre; pues Pompeyo me dejó para
vosotros estos encargos, confiados a mi diligencia:
'Cuando la hora fatal me haya condenado a muerte, en-
cargaos, hijos, de la guerra civil, y que jamás, mientras
quede en la tierra alguien de nuestra estirpe, se deje
a los Césares ocupar un trono. Bien los cetros, bien las
ciudades poderosas gracias a su libertad, ponedlas en 90
marcha al reclamo de mi nombre: éste es el partido,
éstas son las armas que os dejo. Encontrará flotas cual-
quier Pompeyo que se presente en el mar, y mi herede-
ro emprenderá guerras sin que le falle ninguna de las
naciones: basta con que conservéis unos ánimos indó-
mitos y fieles al recuerdo de la autoridad de vuestro
padre. A una sola persona deberéis obedecer, si es que

[756] No ha podido incinerar a ninguno de sus dos esposos.
[757] Egipcias. Housman anticipa aquí, justificándolo, el v. 83.

toma partido por la libertad: a Catón.' Te he cumplido mi palabra, Magno, he llevado a cabo tus encargos; tuvieron éxito tus artimañas [758] y, pese a mi decepción, he vivido para no llevarme conmigo, traicionándote, el mensaje que me encomendaste. Ahora ya puedo seguirte, esposo, a través del vacío caos, a través del Tártaro, si es que existe, entregada a una muerte que no sé cuán lejos estará: antes de que llegue, exigiré de mi propia vida el castigo de aferrarme a ella. Fue capaz de ver tus funerales, Magno, y no buscar refugio en la muerte: perecerá a golpes de llanto, se disolverá en lágrimas; jamás recurriré a las espadas ni a los lazos ni a tirarme de cabeza al vacío: vergüenza me da no poder morir, muerto tú, de dolor solamente.» Dicho esto, cubrió su cabeza con fúnebre velo, decidió aguantar las tinieblas y se hundió en los bajos de la nave; estrechamente abrazada a su dolor cruel, disfruta con las lágrimas y se enamora del llanto en sustitución de su esposo. No la inmutan las olas ni el estridor del euro en los cordajes ni el clamoreo que se levanta ante los peligros más graves, y, formulando votos contrarios a los angustiados marineros, yace en la postura de una amortajada y está a favor de las tempestades.

Chipre es la primera que acoge la embarcación en sus ondas espumeantes; desde allí el euro, dueño del piélago, pero ya más moderado, la empujó hacia el país de Libia y el campamento de Catón. Afligido, dado que en trances de mucho temor el espíritu tiene presentimientos, Magno [759], desde el litoral, divisó a los compañeros de su padre y a su hermano; al punto se lanza

[758] Se da a entender que Pompeyo le dio ese encargo para que no se suicidara, teniendo esa misión que cumplir.

[759] El sobrenombre de su padre se aplica ahora al hijo mayor, Gneo Pompeyo. En el canto II se cuenta cómo su padre lo envió a Oriente a reclutar tropas. Estuvo luego al mando de la flota pompeyana y, posteriormente, luchó, como su hermano Sexto, en Munda; poco después de esta batalla fue hecho prisionero y ajusticiado.

de cabeza en medio de las ondas: «Dime, hermano, dónde está nuestro padre; ¿sigue en pie el supremo capitán del orbe, o estamos perdidos y el Magno se ha llevado a las sombras el destino de Roma?» Esto dice; y le responde así su hermano: «Feliz, ay, tú, a quien la suerte desvió hacia otras riberas, y que la infamia sólo la oyes contar: yo traigo, hermano, los ojos llenos de culpa por haber visto el espectáculo de mi padre. No sucumbió bajo las armas de César ni murió a manos de un verdugo digno de abatirlo: bajo el rey impuro que gobierna las campiñas del Nilo, confiado como estaba en los dioses de la hospitalidad y en el favor tan grande que había hecho a los antepasados del príncipe, ha caído, víctima del trono por él donado. He visto yo a los que mutilaban el pecho de nuestro magnánimo padre y, no pudiendo creer que el tirano de Faros tuviera un poder tamaño, imaginé que su suegro se encontraba ya en la ribera del Nilo. Pero a mí no me afectaron tanto ni la sangre ni las heridas de nuestro querido viejo, como que fuera paseada por la ciudad la cabeza del caudillo, que vimos en alto, clavada en una pica: se dice que la guardan para que la vea su inicuo vencedor, y que el tirano ha buscado así una prueba de su crimen. Pues lo que es el cuerpo, si lo han despedazado los perros de Faros y las voraces aves, o lo ha consumido una llama furtiva que hemos visto, lo ignoro. Sea cual sea el atropello del destino que haya arrebatado estos miembros, perdono a los dioses este delito: de lo que me quejo es de la parte del cuerpo que han guardado [760].» Cuando Magno oyó este relato, no volcó su dolor en gemidos y lágrimas, antes justamente furioso a causa de su amor filial, grita: «Arrastrad aprisa los bajeles desde el seco litoral, marineros; que la flota irrumpa con sus remeros frente a los vientos contrarios. ¡Adelante, capi-

[760] La cabeza, como ha dicho antes, cortada y guardada para que la viera César.

tanes, conmigo (en ninguna parte tuvo la guerra civil tamaña recompensa) a enterrar los manes insepultos, a dar satisfacción al Magno con la sangre de un tirano medio hombre! ¿No voy a hundir yo en las aguas perezosas de Mareótide las fortalezas de Pela [761] y el cuerpo de Alejandro, tras exhumarlo de su santuario? ¿No van a flotar por obra mía en el Nilo caudaloso Amasis [762] y otros faraones, arrancados de sus tumbas de las pirámides? Que todos sus sepulcros te ofrezcan expiación a ti, Magno, dejado sin sepultura. Haré rodar fuera de su tumba a Isis, que es ahora una divinidad para los pueblos, y esparciré por calles y plazas los miembros de Osiris con sus vendas de lino [y el sagrado Apis será inmolado a las cenizas del Magno] [763], y quemaré la cabeza de mi padre con estos dioses debajo como combustible. Su tierra sufrirá a mis manos estos castigos: dejaré sus campos vacíos de labradores y no habrá quien se aproveche de las crecidas del Nilo; y tú solo, padre, señorearás Egipto, expulsadas sus gentes y sus dioses.» Así habló, e intentaba en su furia arrastrar la flota hacia las ondas; pero Catón, tras elogiar la cólera del joven, la refrenó.

Entretanto, al conocerse la muerte del Magno, en toda la costa resonó el aire herido por los sollozos, y era un duelo sin precedentes, desconocido en cualquier época: las gentes del pueblo lloraban la muerte de un poderoso. Pero cuando se vio a Cornelia desembarcar,

[761] Pela, sinónimo, como hemos visto ya, de Macedonia, está aquí por Alejandría, fundada por Alejandro y donde éste tenía su sepulcro. La Mareótide era una laguna separada del Mediterráneo precisamente por la franja de tierra donde se asentaba Alejandría y servía a ésta de puerto.

[762] Antiguo rey de los egipcios, que fue suegro de Ciro y nieto de Cambises.

[763] Este verso rompe un tanto la secuencia de las ideas y lo consideran interpolado R. Bentley, R. Cumberland (ed. crit., Strawberry-Hill, 1887), a quienes sigue Housman (*ad loc.*).

deshecha en lágrimas, con los cabellos sueltos derramados sobre el rostro, crecen las lamentaciones con redoblados golpes. Tan pronto como arribó al litoral de una tierra amiga, recogió ella los vestidos y las insignias del desdichado Magno, sus armas, las prendas recamadas de oro que había llevado en otro tiempo, las togas bordadas —atavíos que había visto tres veces [764] el supremo Júpiter— y lo echó todo a una hoguera fúnebre. Aquélla fue para la infortunada la ceniza del Magno. Su ejemplo es seguido por la piadosa afección de todos, y a lo largo del litoral se elevan piras que pagan su tributo de fuego a los manes de Tesalia. Así, cuando el apulio, decidido a reponer la grama en las llanuras peladas por el ganado y a renovar las yerbas para el invierno, quema sus tierras, relucen a la vez el Gargano, las campiñas de Vúlture y los pastos del cálido Matino [765]. Sin embargo, todos los improperios que osa el pueblo contra los celestes y los reproches que dirige a los dioses por la suerte de Pompeyo, no llegaron a las sombras del Magno más gratamente que las palabras de Catón, pocas, pero brotadas de un corazón poseído por la verdad: «Ha muerto un ciudadano —dijo— muy inferior a nuestros mayores en conocer los límites de la autoridad legal, pero útil, con todo, en esta época, que no ha tenido respeto alguno a la justicia; ejerció el poder sin atentar contra la libertad; fue el único que siguió siendo un particular cuando la plebe estaba dispuesta a ser su esclava; era el jefe del senado, pero de un senado soberano. Nada reclamó por derecho de guerra, y lo que quiso que se le otorgara, quiso también que se le pudiera negar. Poseyó riquezas desmedidas, pero ingresó en el tesoro más de las que se guardó. Empuñó con fuerza la espada, pero sabía deponerla. Prefi-

[764] En los tres triunfos de Pompeyo, ya mencionados más de una vez. La ceremonia del triunfo terminaba en el templo de Júpiter en el Capitolio.

[765] Tres montañas de la Apulia (hoy Puglia) en la Italia meridional; la segunda, rica en pastos, la tercera, en miel.

rió las armas a la toga, pero, incluso bajo las armas, amó la paz. Le agradó, como general, asumir el poder, le agradó igualmente dejarlo. Casto fue su hogar, carente de lujo, y jamás corrompido por la buena suerte de su dueño. Ilustre fue su nombre y digno de respeto entre las gentes, y fueron muchos los servicios que prestó a nuestra ciudad. Tiempo atrás, al admitir el dominio de Sila y de Mario, desapareció el auténtico concepto de libertad: ahora, con la muerte de Pompeyo, perece incluso la ilusión de ella. Ya no dará vergüenza reinar, no habrá disfraz legal para el mando supremo ni el senado servirá de pantalla. ¡Feliz, ay, tú, que te topaste con tu último día tras ser derrotado, y a quien el crimen de Faros le procuró la espada que tenías obligación de buscar![766]. Tal vez habrías podido seguir viviendo bajo la tiranía de tu suegro. Saber morir es el primero de los bienes para los hombres; pero el inmediato es verse forzado a ello. También para mí, si estamos destinados a caer bajo el dominio de otro, haz, Fortuna, que Juba sea un Ptolomeo; no pido que no se me guarde para el enemigo, con tal de que se me guarde con el cuello cortado.»

Con estas palabras se le rindieron a la noble sombra unas honras fúnebres más importantes que si la tribuna rostral de Roma resonara con las alabanzas del caudillo. Mientras tanto, estalla la discordia entre la soldadesca; una vez muerto el Magno, les pesan los campamentos y la guerra; y he aquí que Tarcondimoto[767] levantó las enseñas para abandonar a Catón.

[766] Es decir, si no te hubieran matado, tenías obligación de suicidarte antes que someterte a tu suegro, pero a lo mejor, por apego a la vida, te hubieras sometido, perdiendo la libertad; por lo cual ha sido un bien que te hayan librado de ese dilema.

[767] Jefe de la tropa de Cilicia que había luchado a favor de Pompeyo.

Cuando ya se escapaba llevándose la flota, Catón, siguiéndole hasta el borde de la costa, le reconvino con estas palabras: «¡Cilicio que jamás, ay, aceptaste la paz!, ¿otra vez partes a cometer pillajes en la mar? La Fortuna acaba de arrebatar al Magno, y ya vuelves al piélago como pirata.» Entonces repara en que todos sus hombres están agrupados y amotinados; uno de ellos, con clara intención de desertar, interpela al jefe en estos términos: «A nosotros, Catón —perdona—, nos condujo a las armas el apego a Pompeyo, no a la guerra civil, y por esta afección tomamos partido. Ahora está muerto aquel a quien el mundo dio preferencia sobre la paz[768], y nuestra causa ya no existe: permítenos volver a ver los penates patrios, el hogar que abandonamos y los dulces hijos. Pues ¿cuál será el fin de la lucha si ni Pompeyo ni Farsalia lo serán? Hemos desperdiciado los años de nuestra vida; que al menos se halle a seguro nuestra muerte; que nuestra vejez pueda atisbar la pira que le es debida: la guerra civil apenas puede procurar sepultura a los jefes. No aguardan a los vencidos unos reyes bárbaros, no me amenaza la cruel Fortuna con el yugo armenio o el escítico: caigo bajo el dominio de un ciudadano con toga. Quienquiera que, en vida del Magno, ha sido el segundo será ahora para mí el primero. A las augustas sombras se le rendirá por mi parte el supremo honor; tendré por dueño al que me impone la derrota, pero a ninguno, Magno, por caudillo: sólo a ti he seguido en la guerra, después de ti seguiré al destino; pues esperar tiempos mejores ni me está permitido ni sería posible. Todo está dominado por la buena estrella de César, su victoria ha desperdigado las armas de Ematia; se ha estrechado el cerco de la esperanza para los desdichados, y en el mundo entero él es

[768] Es decir, muchos reyes y naciones, que podían haber disfrutado de paz, prefirieron la guerra sólo por ayudar a Pompeyo.

el único que quiere y puede brindar la salvación a los vencidos. Muerto Pompeyo, es un crimen la guerra civil que, cuando él vivía, era lealtad. Si tú, Catón, sigues siempre las leyes del estado y la patria, pongamos rumbo a las enseñas que porta el cónsul de Roma[769].» Tras estas palabras, saltó dentro de la nave, acompañándole la turbamulta de los soldados.

Había llegado a su fin la causa de Roma y bullía en el litoral toda la soldadesca, mendigando la esclavitud: pero del augusto pecho del jefe brotaron con ímpetu estas palabras: «Así pues, ¿tú también, juventud armada, has hecho la guerra con una intención parecida[770] en pro de unos, y has sido una tropa pompeyana, no romana? Ahora que no trabajas para establecer una tiranía, que vives y mueres para ti, no para unos generales, que no conquistas el mundo para nadie, que ya no corres riesgo al vencer[771], rehúyes la guerra, buscas un yugo para tu cuello recién liberado y no sabes aguantarte sin un rey. Ahora hay una contienda peligrosa, digna de hombres de verdad. Pudo Pompeyo servirse a discreción de vuestra sangre: ¿y ahora negáis a la patria vuestras gargantas y vuestras espadas, justo cuando la libertad está próxima? De los tres amos, la Fortuna ha dejado ya uno solo. ¡Enrojeced de vergüenza: más que vosotros han hecho por nuestras leyes la corte del Nilo y el arco del soldado parto![772]. Mar-

[769] A saber, César, elegido cónsul en los comicios que él mismo presidió como dictador (véase n. 401).

[770] Parecida a la de los soldados de César, o bien a la de las tropas y reyes de Oriente, a los que no importaba que Pompeyo, si vencía, se convirtiera en dictador o en rey absoluto.

[771] El riesgo al que acabamos de aludir: que Pompeyo vencedor se convirtiera en tirano. Ahora, muerto Pompeyo, si vencen a César, es únicamente para defender la libertad.

[772] Una y otro habían librado a los romanos, respectivamente, de Pompeyo y de Craso. No deja de ser sorprendente, a primera vista, que Lucano considere aquí el asesinato de Pompeyo como un servicio

chaos, degenerados, desperdiciad el regalo de Ptolomeo y vuestras armas. ¿Quién va a imaginar que vuestras manos son culpables de algún tipo de muerte? Creerá César sin dificultad que le volvisteis la espalda, creerá que fuisteis los primeros en escapar de la Filipos de Ematia[773]. Id sin cuidado; os habéis merecido la vida, a juicio de César, por no haber sido sometidos ni por las armas ni por un asedio. ¡Oh viles servidores, después de la muerte de vuestro primer amo os pasáis a su heredero! ¿Por qué no anheláis merecer un premio mayor que la vida y el perdón? Arrebatad hacia las olas a la infortunada esposa del Magno e hija de Metelo, llevaos cautivos a los Pompeyos, superad así el presente de Ptolomeo. Y también mi cabeza, quienquiera que la presente al odioso tirano la entregará a cambio de no pequeña recompensa: sepa esa juventud, por el precio de mi cuello, que hizo un buen negocio al seguir mis enseñas. Adelante, pues, y haced méritos con una muerte valiosa: sólo la fuga es un crimen cobarde.» Así habló, y a todos los bajeles los hizo volver desde mar adentro, no de otro modo que cuando los enjambres abandonan las celdillas de cera donde han nacido y, olvidándose del panal, no mezclan ya sus alas, entrelazándolas, sino que cada abeja vuela por su cuenta y, por desidia, no liba ya el amargo tomillo; pero, si retiñe el sonido del bronce frigio, al punto detienen atónitas su huida y reanudan el ardor de su tarea entre las flores

de los egipcios a Roma, cuando en el canto anterior ha clamado contra los que lo cometieron y los ha maldecido. Pero esto, puesto en boca de Catón, no disuena de otras frases del mismo personaje, por ejemplo, en el canto II, vv. 322-323, o las inmediatamente anteriores a ésta, en que acusa a la tropa de ser «pompeyana, no romana», o en el propio elogio fúnebre de Pompeyo de este mismo canto, donde comienza diciendo que era «muy inferior a nuestros mayores en conocer los límites de la autoridad legal». Catón apoya a Pompeyo como «mal menor», no porque crea que con él va a volver a Roma la libertad (véase también Mariner, *ad loc.*).

[773] Véanse nn. 2 y 119.

y la inclinación a la miel en ellas esparcida: en la yerba del Hibla el pastor, tranquilo, se llena de gozo por haber conservado las riquezas de su cabaña [774]. Así, con las palabras de Catón, se inculcó en los soldados la entereza para aguantar una guerra justa.

Y desde ahora decidió mantener ocupados, mediante actividades bélicas y otra serie de trabajos, a unos espíritus que no sabían soportar el reposo. Primeramente, se cansa a los soldados con maniobras en las arenas del litoral. La siguiente operación es ya contra los muros y fortificaciones de Cirene [775]: aunque se le habían cerrado las puertas, no se venga con ningún acto de cólera, y el único castigo que Catón se cobra de los vencidos es haberlos vencido. Desde allí le pareció bien dirigirse a los reinos del libio Juba, rayanos con los moros, pero la Naturaleza le impedía el camino con la interposición de las Sirtes: su audaz bravura abriga la esperanza de que aquella [776] se le doblegue.

A las Sirtes, cuando la naturaleza daba al mundo su primera forma, o bien las dejó en una situación indecisa entre mar y tierra (pues ni el suelo se hundió del todo, de modo que admitiera los embalses del abismo, ni puede verse libre del mar, sino que por la ambigua condición del terreno se extiende como una zona intransitable —aguas quebradas por bajíos y tierra interrumpida por cuencas profundas— y las olas restallan estrellándose de vado en vado: hasta tal punto ha abandonado miserablemente la naturaleza esta parte de sí misma, sin sacarle ninguna utilidad); o bien en otro tiempo la Sirte estaba más cubierta por el piélago pro-

[774] El pasaje, como hacen notar los comentaristas, es típicamente virgiliano (véase, por ejemplo, *Geórg.* IV 64-66).

[775] La ciudad más importante de la Cirenaica, región a la que daba nombre, en el norte de África, al oeste de Alejandría.

[776] A saber, la Naturaleza.

fundo y totalmente inundada, pero el veloz Titán, que alimenta sus rayos en el Océano, absorbió las aguas próximas a la zona tórrida; y así, ahora todavía el mar resiste a Febo que lo va desecando, pero más adelante, cuando el paso pernicioso del tiempo le haya aplicado sus rayos, la Sirte llegará a ser tierra firme; en efecto, ya ahora la recubre por encima una ligera capa de agua, y la superficie líquida, destinada a desaparecer, va reduciendo su extensión.

Luego que el mar, agitado por los remos, impulsó hacia adelante toda la pesada mole de la flota, rugió el austro tenebroso de espesos aguaceros. Enfurecido contra sus propios dominios, defendió con un torbellino el mar donde se había aventurado la flota, se llevó las ondas lejos de las Sirtes y quebró el ponto, haciendo aflorar en él una ribera. Después, las lonas de los bajeles, sorprendidas en el mástil enhiesto, se las arrebató a los marineros y, pese a que los cables osaron negarle las velas al noto, sobrepasaron ellas la longitud de la quilla y su pliegue se hinchó más allá de la proa. Si alguien, previsor, sujetó los lienzos en la punta de la antena, se frustra su propósito y se ve arrancado de los desnudos aparejos. Mejor suerte corrieron, con todo, estas naves que surcaban olas levantadas y que se vieron sacudidas en un mar de verdad. En cambio, cualesquiera que, aliviadas de su arboladura, rota, escaparon al embate del huracán, se las llevó la corriente, libre del acoso de los vientos, arrastrándolas en dirección contraria, y las precipitó, victoriosa, contra el austro, a pesar de su resistencia. Las hacen encallar los bajíos, y la tierra, bruscamente interpuesta en el mar, provoca el naufragio; expuesta así a un destino inseguro, una parte del bajel está varada, la otra flota en las ondas. Entonces, mientras más van chocando, el mar se les va haciendo más reducido y a menudo emerge la tierra a su paso: aunque estrellado por impulso del austro, a menudo el oleaje no logra, con todo, doblegar los montones de are-

na. Se yergue en la superficie del piélago, lejos de toda campiña, un terraplén de polvo ya seco, al no ser tocado por el agua; plántanse allí los desdichados navegantes y, con la quilla agarrada a la tierra, no ven ninguna ribera. Así, una parte de las naves queda presa en el mar, pero la mayor parte siguió la dirección del timón en una huida segura y, como tenía la suerte de contar con unos marineros conocedores de la zona, arribó ilesa al adormecido lago de Tritón.

Este lago, según la leyenda, es amado por el dios al que el ponto, a lo largo de toda la costa, oye soplar incesantemente con su ventosa caracola la bruñida superficie del mar [777], y también por Palas, que, nacida de la cabeza de su padre, la primera de las tierras que pisó fue Libia (pues es la que está más cerca del cielo, como lo prueba precisamente su calor), contempló su rostro en el agua quieta del estanque, posó sus plantas en la orilla y de aquella onda predilecta se dio a sí misma el nombre de Tritónida. Junto a él se desliza taciturno el río Leto, que, según es fama, arrastra el olvido desde los veneros infernales; y allí está —protegido en otro tiempo por el dragón insomne el jardín de las Hespérides [778], empobrecido ahora al verse despojado de su follaje. Se ha vuelto odioso, pues priva de su leyenda a las viejas edades y llama a los poetas a la realidad. Había antes una selva de oro, unas ramas cargadas de riquezas y de dorados frutos, un coro de doncellas, guardián del radiante bosque, y una serpiente, condenada a no rendir jamás sus ojos al sueño y enroscada a los troncos curvados por el peso del rutilante metal. Y el que arrebató a los árboles su tesoro y al bosque su cometido fue el Alcida: dejando desprovistas las ramas, sin su carga, le llevó las lucientes manzanas al tirano de Argos.

Así pues, siguiendo su curso desde estos parajes, tras escapar a las Sirtes, la flota no avanzó más allá de las aguas de los garamantes, sino que, al mando de Pompeyo, permaneció en las riberas de la mejor zona de Libia. En cambio, la bravura de Catón, incapaz de aguantar este quietismo, se atreve, fiado en sus armas, a conducir sus tropas por entre pueblos desconocidos y a rodear por tierra las Sirtes. Le incitaba a ello el propio tiempo invernizo, que mantenía bloqueado el mar; y por otra parte, la lluvia era esperanzadora para los que temían los excesivos calores, de modo que la estación, de un lado, por el clima de Libia, del otro, por ser invierno, mitigaría la marcha, que no iba a ser penosa ni por el sol ni por la crudeza del frío. Y, a punto de adentrarse en las estériles arenas, les habla así: «Vosotros, que, al alistaros en mi campamento, habéis elegido como única salvación la de morir sin doblar la cabeza, preparad vuestros espíritus para el magno ejercicio de la virtud y para los más altos esfuerzos. Vamos a entrar en llanuras estériles y en regiones abrasadas del mundo, donde el calor es excesivo, raras las aguas en las fuentes y las resecas campiñas están erizadas de serpientes mortíferas. Es duro el camino para recuperar la legalidad y el amor de la patria que se derrumba. Vengan por el centro de Libia y aventúrense por zonas intransitables aquellos, si los hay, que no tienen puestas sus miras últimas en llegar a la meta, aquellos, si

[777] El dios marino Tritón, que da nombre al lago, en cuyas inmediaciones se sitúa el nacimiento de Palas Atenea de la cabeza de Jupiter.

[778] Las Hespérides o «ninfas de Occidente» guardaban, con ayuda de un dragón, las manzanas de oro que habían sido un regalo de bodas a Júpiter y a Juno. Hércules mató al dragón —undécimo de sus trabajos— y llevó las manzanas al «tirano de Argos», de que se habla más abajo, o sea, a Euristeo, vástago de Perseo como él, pero nacido antes que él y que así se hizo con el poder, conferido por Júpiter por un engaño de Juno, y pudo ordenarle los famosos «doce trabajos», con el fin de que muriera en alguno de ellos, pero que Hércules superó felizmente. Este Jardín de las Hespérides suele situarse junto al Atlas, pero también, como aquí, en Libia. Lucano se duele de que se haya perdido la vieja leyenda ante la vulgar realidad.

los hay, que se contentan con caminar hacia ella[779]. Pues no es mi intención engañar a nadie ni llevar tras de mí a la masa ocultándole mis temores. Sean compañeros míos aquellos a quienes atraigan los peligros por sí mismos, quienes, de acuerdo con mi testimonio, consideran hermoso y propio de un romano soportar incluso los más graves infortunios. En cambio, el soldado que necesita que se le garantice la incolumidad, y que está prisionero de las dulzuras de la vida, que se vaya en busca de un amo por un camino mejor. Mientras yo me adentre el primero en las arenas y plante el primero mis pasos en el polvo, hágame daño el calor del cielo, salga a mi encuentro la serpiente llena de veneno y, por la suerte que yo corra, pronosticad los riesgos que os esperan. Sienta sed quienquiera que me vea a mí beber, sienta calor quienquiera que me vea buscar las sombras de los bosques, desfallezca quien me vea ir a caballo delante de los escuadrones a pie: esto en el caso de que por algún indicio se distinguiera, en la marcha, si yo soy un general o un soldado. Serpientes, sed, arenas quemantes son delicias para la virtud; la entereza disfruta con las penalidades. La honradez es más deleitable siempre que se paga por ella un gran precio. Sólo Libia, con la profusión de sus plagas, puede demostrar que es decorosa la huida de unos valientes»[780]. De este modo inflamó él sus medrosos corazones con la virtud y el amor al esfuerzo, y emprende, por una ruta del desierto, un camino del que no había de volver; y así Libia, destinada a encerrar su augusto nombre en

[779] Es decir, los que se contentan con el esfuerzo por huir de la tiranía y recuperar la libertad, aunque no lo consigan.

[780] Todo este discurso de Catón es pura doctrina estoica y podría resumirse en la frase «a la virtud por el esfuerzo» y termina con una fuerte paradoja: la huida (de Farsalia, se entiende), que es lo más vergonzoso para un romano, es, en este caso, decorosa, porque no huyen hacia las delicias de la libertad, sino hacia el desierto de Libia, abarrotado de peligros e infortunios peores que la muerte.

un humilde sepulcro, se apoderó del destino del imperturbable Catón.

Libia es la tercera parte del mundo, si se quiere creer todo lo que se dice; pero, si se guía uno por sus vientos y su cielo, resultará que forma parte de Europa. Pues las riberas del Nilo no están más distantes que el Tanais escítico de los bordes de Cádiz, desde donde Europa se separa de Libia y donde las costas, en comba, dejan sitio al Océano; pero una porción más extensa del mundo ha ido a parar a Asia sola. En efecto, mientras las dos primeras desencadenan juntas el céfiro, ella, tocando a la vez el flanco izquierdo del bóreas y el derecho del noto, se estira hacia Oriente como única dueña del euro[781]. La zona fértil del territorio de Libia se extiende hacia poniente; pero incluso ésta no se desata en manantiales ningunos: con el soplo de los aquilones, de tarde en tarde, recibe las lluvias septentrionales y reanima sus campos coincidiendo con nuestro cielo despejado[782]. No se viola su suelo en aras de ningunas riquezas; no se extrae de él, mediante fusión, ni cobre ni oro; con sus glebas irreprochables, es tierra pura hasta lo más hondo. Para aquel pueblo los árboles de Mauritania eran su única riqueza, mas no sabía hacer uso de ella, antes vivía contento a la sombra del follaje de los cedros. En aquel bosque desconocido penetraron nuestras hachas, y en la extremidad del mundo hemos buscado manjares y mesas. En cambio, toda la región costera que rodea a la movediza Sirte, sometida como está a un calor excesivo, vecina de la zona tó-

[781] De nuevo aquí los vientos de los cuatro puntos cardinales. Asia es considerada, ella sola, tan grande como Europa y África juntas: estas dos contienen el Occidente y la mitad del Norte y del Sur. Asia sola, el Oriente y la otra mitad del Norte y del Sur. «Como es sabido, la Antigüedad ignora prácticamente que África se extiende mucho más hacia el Sur que la parte más meridional de Asia» (MARINER, *ad loc.*).

[782] Es decir, al trasladarse las nubes viajeras desde Italia a África, aquélla queda despejada.

rrida, abrasa las mièses, ahoga con su polvo los brotes de Baco y, por la inconsistencia de su suelo, no agarra en ella ninguna raíz. No hay allí un clima favorable a la vida, y por parte de Júpiter no se presta ninguna atención a aquella tierra; la región se enerva por la incuria de la naturaleza y no siente el cambio de estación en sus arenas jamás aradas. Este terreno tan indolente hace brotar, sin embargo, algunas hierbas acá y allá, que recoge el nasamón, pueblo recio, que habita desnudo los campos aledaños al mar, y al que la bárbara Sirte alimenta a expensas del mundo. En efecto, este atracador se pone al acecho en las arenas del litoral y, sin que ningún navío arribe a sus puertos, está familiarizado con las mercancías: así, mediante los naufragios, los nasamones tienen comercio con el mundo entero. Por aquí le impulsa a marchar a Catón su firme coraje. Allí los soldados, que se creían tranquilos respecto a los vientos y no temían en tierra ninguna galerna, sufrieron los temores propios de la mar. Pues la Sirte en su ribera seca recibe con más violencia que en el mar los embates del austro, y éste es aún más dañino en tierra firme. Cuando se levanta, Libia no tiene montañas que oponerle para romperlo, ni riscos para disiparlo, repeliéndolo, ni disuelve el huracán en delgadas brisas, ni tampoco éste se abate sobre selvas y se fatiga retorciendo añosos troncos: todo es campo abierto, y, libre en su camino, descarga en toda la extensión de las arenas la rabia que le imprimió Eolo; y no porta lluvia la nube de polvo vortiginoso que él empuja violentamente en remolinos: la mayor parte de la tierra se alza en el aire y queda allí suspendida, sin que su vértice jamás caiga deshecho. El indigente nasamón ve sus posesiones esparcidas por el viento y descuajadas sus casas, y revuelan las cabañas arrebatadas a partir del techo, dejando sin abrigo al garamante. No lleva el fuego a más altura lo que arrebata; y todo cuanto él con su humareda es

capaz de elevarse y eclipsar la luz del día, otro tanto es el polvo que ocupa el aire. Entonces, con más violencia aún que la habitual, ataca la columna romana, y el soldado, sin estabilidad, no puede mantenerse derecho sobre ningunas arenas, pues se le arrebatan incluso las que tiene bajo los pies. Llegaría a sacudir las tierras y a remover el orbe de su asiento, si Libia fuera rocosa y, con una sólida trabazón y una masa consistente, pudiera encerrar al austro en carcomidas grutas; pero, como se altera fácilmente gracias a la movilidad de sus arenas, por no ofrecer resistencia en parte alguna, permanece estable, y la tierra del fondo se mantiene firme precisamente porque la de la superficie se deja llevar. Cascos y escudos de guerreros y hasta picas volteó el aire con su violento impulso y, sin aflojar su fuerza, se los llevó por los espacios de la gran bóveda del cielo. Tal vez esto ocasionó un prodigio en una tierra extrema y muy lejana, y las gentes se asustan de estas armas caídas del cielo y piensan que han sido enviadas por los dioses las que fueron arrebatadas de brazos de hombres. Así fue seguramente como cayeron ante Numa, cuando ofrecía un sacrificio, aquellos escudos que una juventud selecta agita sobre sus hombros patricios: el austro o el bóreas habían despojado a unos pueblos que llevaban los que ahora son nuestros escudos sagrados[783]. Al azotar de esta manera el noto la región, los soldados romanos se echaron en tierra, temiendo ser llevados en volandas: se apretaron los vestidos e hincaron las manos en las arenas, con lo que se mantuvieron acostados no sólo por su propio peso, sino con su esfuerzo, y aun así a duras penas logran no ser desplazados por el austro, que arremolina sobre ellos gran-

[783] Los *ancilia* o escudos sagrados que la cofradía de los sacerdotes Salios agitaba en sus danzas rituales en honor de Marte se decía que habían caído del cielo, enviados por los dioses, en tiempos del rey Numa. Lucano, en su afán desmitificador, da una explicación racionalista del fenómeno.

des acumulaciones de arena y cubre de tierra a los guerreros. Apenas puede el soldado enderezar sus miembros, constreñido como está por la abundante pila de polvo. Incluso cuando ya están de pie, los aprisiona un gran rimero de arena extendida alrededor y se mantienen inmovilizados por la tierra que se eleva a su paso. El viento se llevó piedras desprendidas de muros arrancados de cuajo y las despidió a gran distancia, dando lugar a un extraño concurso de desgracias: los que nunca habían visto casas, vieron sus ruinas.

Y ya todo camino está borrado y no hay para distinguir la tierra indicios [ningunos, sino los brillos del cielo, como en medio del mar][784]: conocen la ruta gracias a las estrellas; pero no todas las estrellas son visibles en el horizonte que delimita el territorio de Libia, antes muchas quedan ocultas por la inclinación del borde de las tierras. Y cuando el calor dilató el aire que el vendaval había contraído, y se abrasó el día, chorrean sudor los miembros, resécanse las bocas por la sed. Se divisó a lo lejos, en un venero mezquino, un poco de agua, que un soldado, rebañándola a duras penas de entre el polvo, vertió en el ancho redondel de su casco y se la tendió al general. Rasposas estaban por el polvo las gargantas de todos, y el general, aun teniendo él mismo sólo una pizca de agua, era objeto de envidia. «¿A mí únicamente —le dijo— entre tal muchedumbre, soldado vil, me has considerado falto de hombría? ¿Hasta tal punto te he parecido blando e incapaz de arrostrar el primer amago de calor? ¡Cuánto más digno eres tú de este castigo, de beber mientras toda la gente tiene sed!» Enardecido así de cólera, vació de un golpe el casco, y aquel agua fue suficiente para todos[785].

[784] Verso que falta en los mejores mss. y que la mayoría de los editores considera interpolado.

[785] Porque todos, siguiendo el ejemplo de Catón, se avinieron a pasarse sin ella.

Se había llegado al templo —el único existente entre los pueblos de Libia— que poseen los salvajes garamantes. Yérguese allí un Júpiter —según lo llaman— que dicta oráculos, pero que no blande rayos ni se asemeja al nuestro, sino uno de cuernos retorcidos: Amón. No le han erigido allí las gentes de Libia ricos templos, ni resplandecen sus tesoros con gemas orientales: aunque para los pueblos de los etíopes, para las gentes felices de Arabia y para los indios hay un solo Júpiter Amón, es todavía un dios pobre, dueño de santuarios no profanados por riqueza alguna a lo largo del tiempo; divinidad de costumbres antiguas, defiende su templo del oro romano. Que los dioses están en aquellos parajes lo atestigua una floresta, la única verdeante en Libia entera. Pues toda la extensión de polvo seco que separa la abrasada Berenícide de la templada Leptis desconoce el follaje[786]: el bosque se lo ha quedado Amón solo. La causa de la vegetación en aquella zona es una fuente, que aglutina la inconsistencia del suelo y con sus aguas hace compactas las arenas, tras adueñarse de ellas. Mas tampoco aquí hay nada que sea un obstáculo para Febo, cuando el día, en el fiel de la balanza, se yergue en su cenit; apenas puede el árbol proteger su tronco, tan delgada es la sombra comprimida hacia el centro por los rayos del sol. Es cosa averiguada que éste es el punto donde el círculo del solsticio superior corta el zodíaco, equidistante de los polos[787]. Pero a ti, seas cual seas 538
el pueblo separado de nosotros por los calores de Libia,

[786] La región que se extiende desde Berenice, al oeste de la Cirenaica, hacia la izquierda, hasta Leptis Minor, en las cercanías de Cartago.

[787] Es decir, cuando el Trópico de Cáncer corta el zodíaco, ya que «el círculo del solsticio superior» es «el círculo que alcanza el sol en mitad del verano, cuando ha subido alto en el signo de Cáncer», según HOUSMAN, que, en su citado «Apéndice astronómico», comenta ampliamente los versos 531-543 y aporta razones convincentes para adelantar los versos 538-543, insertándolos entre el 532 y el 533. En dicho co-

te cae hacia el noto la sombra que a nosotros se nos proyecta hacia la Osa. Ante ti aparece la lenta Cinosura, tú imaginas que el Carro, en realidad seco, se sumerge en el Océano, y no posees ninguna estrella en el cenit que nunca se hunda en el mar; uno y otro polo están lejos, y la andadura de los signos del zodíaco lo arreba-
533 ta todo por el centro del cielo. No describen una órbita oblicua, ni el Escorpión emerge del horizonte más cercano a la perpendicular que el Toro, ni el Carnero regala parte de su tiempo a la Balanza, ni Astrea exige a los Peces que desciendan con lentitud. Quirón está al mismo nivel que los Gemelos, el húmedo Capricornio sube a la misma altura que el Cangrejo abrasador, y el León no más arriba que la Urna.

544 Estaban en pie ante las puertas del templo los pueblos que había enviado el Oriente y que pretendían saber sus nuevos destinos gracias al oráculo del Júpiter cornígero; pero cedieron su puesto al general latino; y sus compañeros ruegan a Catón que sondee a esta divinidad renombrada a través del territorio de Libia y juzgue sobre su fama de tan larga duración. El que más le exhortaba a indagar lo venidero mediante la voz de
550 los dioses era Labieno[788]: «La suerte —le dijo— y la buena estrella de nuestra marcha nos ha deparado la boca de una deidad tan poderosa y su divino consejo: podemos servirnos, para cruzar las Sirtes, de un guía tan importante y conocer las incidencias reservadas a la guerra. Pues ¿a quién podría yo creer que los celestes van a confiar sus secretos y a decirle la verdad más que al augusto Catón? Sin duda tu vida ha estado siem-

mentario pueden leerse los diversos errores astronómicos que, según el citado editor, alberga este pasaje de Lucano. Entre los nombres que aparecen en el pasaje, recuérdese que Cinosura es la Osa Menor y, para los signos del zodíaco, que aquí traduzco castellanizados, Astrea designa a Virgo; Quirón, a Sagitario; y Urna, a Acuario.

[788] Véase n. 397.

pre enderezada conforme a las leyes superiores, y eres un seguidor de la divinidad. Se te ofrece, hela aquí, la posibilidad de hablar con Júpiter: interrógale sobre los destinos del infame César y arráncale la condición futura de nuestra patria: ¿se permitirá a las gentes hacer uso de sus derechos y de las leyes, o la guerra civil ha 560
sido inútil? Llena tu pecho con la voz divina; al menos, amante como eres de la austera virtud, pregúntale qué es la virtud y pídele un modelo de integridad moral.»

Él, lleno de la divinidad que albergaba en lo recóndito de su corazón, derramó de su pecho estas palabras, dignas de un santuario[789]: «¿Qué preguntas me encargas hacer, Labieno? ¿Si yo querría sucumbir bajo las armas, como un hombre libre, antes que ver una tiranía? ¿Si no hay diferencia alguna en que la vida sea breve o larga? ¿Si ninguna violencia puede hacer daño al hombre de bien y si la fortuna amenaza en vano cuando tiene enfrente a la virtud? ¿Si es suficiente aspirar a lo que es digno de elogio y si nunca se acrecien- 570
ta la honradez con el éxito? Todo esto lo sé, y Amón no lo va a grabar más profundamente en mí. Todos estamos estrechamente unidos a los celestes y, aunque el templo esté mudo, nada hacemos sin la voluntad divina; la deidad no necesita hablar con palabras: el creador nos dijo de una vez por todas, al nacer, todo lo que cabe saber. ¿Es que ha elegido estas arenas estériles para emitir oráculos a unos pocos, y ha enterrado la verdad en este desierto polvoriento? ¿Es que existe una morada de la divinidad que no sea la tierra, el mar, el aire, el cielo y la virtud? ¿Por qué buscar más lejos a los celestes? Júpiter es todo lo que contemplas, cada uno de tus movimientos. Tengan necesidad de profetas los 580
que dudan y los siempre indecisos ante los futuros acontecimientos: a mí no son los oráculos los que me

[789] Es decir, de ser pronunciadas por un oráculo. Catón es, para el poeta, un verdadero oráculo de los dioses, y por ello no necesita consultar ninguno.

inspiran certeza, sino la muerte, que es cierta. Cobarde o valiente, hay que morir: basta con que Júpiter haya dicho esto.» Tras pronunciar estas palabras, y preservando la credibilidad del templo, se alejó de sus aras, dejando a Amón para las gentes, sin haberlo él sondeado.

Porta él mismo en la mano sus propios dardos, marcha a pie a la cabeza de la tropa jadeante, les da ejemplo de soportar las fatigas, no se lo ordena, y no se hace llevar tumbado sobre hombros algunos ni sentado en un carro; es igualmente el más parco en el sueño, el último en beber del agua que, al encontrar por fin una fuente, se ven obligados a esperar por turno los soldados sedientos: aguarda hasta que ha bebido incluso el cantinero. Si es grande la fama reservada a los verdaderos hombres de bien y si se fija uno en la virtud sin más, dando de lado al éxito, cuanto alabamos en alguno de nuestros mayores fue un don de la Fortuna. ¿Quién con el favor de Marte, derramando la sangre de los pueblos, se hizo acreedor a tan gran renombre? Yo hubiera preferido conducir esta marcha triunfal a través de las Sirtes y los confines de Libia antes que subir tres veces al Capitolio en el carro de Pompeyo y tronchar el cuello de Jugurta [790]. He aquí el auténtico padre de la patria, el más digno, Roma, de tus altares, en cuyo nombre jamás será una vergüenza jurar y al que, si alguna vez, ahora o más adelante, logras enderezarte con tu cuello libre del yugo, has de convertir en dios. Ya el calor es más sofocante, y se pisa la región más allá de la cual los celestes no han dado ninguna otra a los mortales por la parte del mediodía [791], y el agua se hace más es-

[790] Rey de Numidia, formado militarmente en el ejército romano y luego enemigo y verdugo de las tropas romanas, hasta que, vencido por Mario, fue hecho prisionero por una traición de su suegro y llevado a Roma, donde se le estranguló.

[791] A saber, la última región habitable por la zona del ecuador, más abajo de la cual ya no pueden vivir personas humanas.

casa. Se encontró en medio de las arenas una sola fuente de agua abundante, pero la ocupaba una multitud de serpientes que apenas cabían en el recinto; erguíanse en la orilla, sin mojarse, los áspides, y en medio del agua estaban sedientas las dípsadas. El caudillo, cuando vio que sus hombres, si dejaban atrás aquella fuente, iban a perecer, les dice: «Sobrecogido como estás ante lo que no es más que una falsa apariencia de muerte, no dudes, soldado, en beber este líquido seguro. La ponzoña de las serpientes sólo es dañina mezclada con la sangre; en la mordedura es donde tienen el veneno y en sus dientes la amenaza de muerte: el agua que beben no tiene efectos mortales.» Así dijo, y bebió un trago de lo que no se sabía si estaba envenenado; y en todo el desierto de Libia aquella fue la única fuente de la que reclamó ser el primero en beber [792].

Por qué la atmósfera de Libia, fértil en muertes, está bañada en tan graves ponzoñas, o qué es lo que la naturaleza, en secreto, ha mezclado a su nocivo suelo, no es capaz de descubrirlo nuestro cuidadoso esfuerzo, excepto los engaños que una leyenda divulgada por todo el mundo ha brindado a las generaciones en sustitución de la verdadera causa [793]. En los últimos confines de Libia, donde la abrasada tierra linda con el Océano recalentado por el sol, al hundirse en él, se extendían ampliamente los abruptos campos de Medusa, la hija de Forcis, no protegidos por la cabellera de los bosques, ni enmuellecidos por el surco, sino erizados de rocas

[792] En efecto, véase lo afirmado en los vv. 398 y 591.

[793] Lucano no sabe dar una explicación racional de la abundancia de venenos de Libia y cuenta el origen mítico de las serpientes, pero afirmando de entrada que es una falsedad. Nacen, según la leyenda, de las gotas de sangre caídas de la cabeza cortada de Medusa. Medusa es una de las tres Górgonas (las otras son Esteno y Euríale) hijas de Forcis y Ceto. Tenían cabelleras de serpientes y colmillos salidos, y su rostro producía el terrible efecto de convertir en piedra a todo el que las mirara.

fruto de la mirada de su dueña. En el cuerpo de ésta fue donde primeramente la naturaleza maligna alumbró tales plagas crueles; de aquellas fauces brotaron las serpientes que emitieron estridentes silbidos con sus lenguas vibrátiles. Azotaban igualmente el cuello de Medusa cuando aún podía disfrutar de ello[794]: sueltas por su espalda a modo de cabellera femenina, surgen unas culebras, erguidas también en el lado opuesto, en la frente, y fluye el veneno viperino al peinar sus guedejas. Esto es lo que queda ahora de la malhadada Medusa y que todos pueden mirar impunemente[795]. Pues, antes, ¿quién tuvo tiempo de sentir miedo ante el rictus y el semblante del monstruo? ¿A quién, que la mirara derecho a los ojos, le dio la Medusa ocasión de morir? Precipitó ella los hados indecisos y se adelantó a los temores; perecieron los miembros con el alma aún retenida en ellos, y los manes, sin haber salido, quedaron petrificados bajo los huesos. La cabellera de las Euménides sólo provocó la locura[796], Cérbero apaciguó sus ladridos ante el canto de Orfeo, el hijo de Anfitrión miró a la hidra cuando la estaba abatiendo: a este monstruo, en cambio, le ha tenido miedo su propio padre Forcis, la segunda divinidad de las aguas, y su madre Ceto, y sus mismas hermanas, las otras Górgonas; éste tuvo poder para amenazar al cielo y al mar con una paralización insólita y para petrificar el universo. Las

[794] Es decir, cuando aún estaba viva. HOUSMAN (*ad loc.*), siguiendo a C. M. FRANCKEN (ed. crít. Leiden, 1896-1897) anticipa el verso 633 al 632.

[795] A saber, las serpientes de Libia, nacidas de las fauces de Medusa, ya muerta, y que no tienen poder petrificador.

[796] Sólo la locura, no la muerte. Lucano compara con la Medusa otros monstruos, para deducir que aquélla es el peor de todos: peor que las Euménides o Furias; peor que el Cérbero, guardián de los infiernos, que se rindió al canto de Orfeo, cuando éste fue a rescatar del mundo subterráneo a su esposa Eurídice; peor que la hidra de Lerna, matada por Hércules, hijo putativo de Anfitrión, pues en realidad era hijo de Júpiter.

aves, volviéndose súbitamente pesadas, cayeron del cielo, las fieras quedaron incrustadas en los riscos, todas las gentes que habitaban las proximidades de los etíopes tomaron la rigidez del mármol. Ningún ser vivo podía aguantar su mirada, y hasta sus propias serpientes evitaban el rostro de la Górgona, escapando hacia atrás. Ella convirtió en rocas a Atlante, el Titán que se erguía al pie de las columnas de Hesperia; y, cuando en pasados tiempos el cielo se asustó de los gigantes con piernas de serpientes flegreas[797], los convirtió en empinadas montañas, y a la guerra implacable de los dioses le puso fin la Górgona desde el centro del pecho de Palas[798].

Cuando al nacido del alumbramiento de Dánae y de la lluvia preciosa, Perseo[799], lo trasladaron a aquella región las alas parrasias del Arcadio inventor de la cítara y de la palestra donde corre el aceite, y cuando, repentinamente alado, empuñó el arpón del Cilenio —arpón ya enrojecido por la sangre de otro monstruo, al ser abatido el guardián de la ternera amada por Júpiter[800]—, Palas, la virgen, brindó su ayuda a su her-

[797] Véase n. 346.

[798] La «égida» de Palas Atenea, que llevaba en el centro la cabeza de Medusa —la Górgona por excelencia—; parece que seguía teniendo esta cabeza, incluso muerta, poderes petrificadores, aunque no automáticos, sino dependientes de la voluntad de su poseedor. Palas se sirvió de estos efectos para vencer a los Gigantes en su guerra contra Júpiter.

[799] Inicia aquí Lucano el relato de la muerte de Medusa a manos de Perseo. Éste era hijo de Dánae y de Júpiter, que logra llegar hasta aquélla —encerrada en una prisión subterránea de bronce— en forma de lluvia de oro. En su empresa de matar a Medusa, Perseo es ayudado por Hermes o Mercurio y por Palas o Minerva. El primero le presta sus sandalias aladas —era el veloz mensajero de los dioses— y su arpón —«parrasias» es igual que arcádicas, y Mercurio es el Arcadio por haber nacido en el monte Cileno, de Arcadia—; la segunda le da un espejo o, según Lucano, un escudo reflectante, para que pueda ver en él a la Górgona sin mirarla de frente, con lo que quedaría petrificado.

[800] Se alude a Argo, el monstruo de los mil ojos, que vigilaba, por

mano volador, tras pactar la cabeza del monstruo; en los confines del país libio mandó a Perseo volverse hacia el sol naciente y surcar de espaldas, en su vuelo, los reinos de la Górgona [801], y ajustó a su mano izquierda un escudo rutilante de dorado bronce, en el que le encargó que mirara reflejada a la Medusa petrificadora. El sueño, que va a traerle con la muerte el eterno reposo, no se apodera de ella del todo: está en vela una gran parte de su cabellera —las hidras, asomadas a sus mechones, defienden su cabeza—, mientras el resto yace en medio de su rostro y de sus ojos en tinieblas. La propia Palas guía al medroso y dirige el arpón del Cilenio, que tiembla en la diestra de Perseo vuelto de espaldas, cercenando con él la ancha divisoria del cuello cuajado de serpientes. ¡Qué cara se le puso a la Górgona, al cortársele la cabeza a golpes del curvo hierro! ¡Qué caudal de veneno imagino que exhalaría su boca y qué cúmulo de muertes difundirían sus ojos! Ni siquiera Palas puede mirarlos, y habrían congelado el rostro de Perseo, aun estando de espaldas, si la Tritonia no hubiera desparramado los espesos cabellos y cubierto así la cara con las culebras. Tras apoderarse de la Górgona de esta manera, huyó el alígero hacia el cielo. Sin duda él acortaba camino y surcaba el aire en un trayecto más breve, si atravesaba por medio de las ciudades de Europa: pero Palas le ordenó que no dañara sus fructíferas tierras y que ahorrara molestias a estos pueblos. ¿Quién, en efecto, no habría vuelto su vista hacia el cielo ante un ser alado de tal magnitud? [802]. El volador tuerce su rumbo por causa del céfiro y va por

---

encargo de Juno, a Io, amada de Júpiter, convertida en ternera (sobre Io, véase la n. 506).

[801] Los reinos de la Górgona estaban al oeste de Libia, por lo que Perseo, vuelto hacia Oriente, los tenía de espaldas.

[802] Y habrían quedado petrificados, al mirar de frente el rostro de Medusa.

encima de Libia, la cual, no sujeta a ningún cultivo, está abierta a los astros y a Febo; el curso del sol agobia y calcina su suelo, y en ninguna otra región la noche se extiende más alta sobre el cielo [803] ni obstaculiza tanto la órbita de la luna, si ésta, olvidándose de rodeos errabundos, discurre en línea recta por los signos del zodíaco y no elude la sombra ni hacia el bóreas ni hacia el noto. Con todo, aquella tierra estéril y sus campos que no fecunda ninguna buena semilla, absorben el virus de la Medusa que gotea a modo de podre y las siniestras rociadas de su sangre fiera, a las que el calor dio fuerzas y recoció en la arena desmoronada.

Entonces, la primera ponzoña que movió su cabeza de entre el polvo puso en pie al áspid [804] somnífero de hinchado cuello. Cayó en aquel sitio más cantidad de sangraza y un goterón de espeso veneno: en ninguna otra serpiente se acumuló más abundancia de él. El propio áspid, necesitado de calor, no pasa por iniciativa suya a las regiones frías, y sólo recorre las arenas hasta el Nilo; pero (¿nos avergonzaremos alguna vez de nuestro afán de lucro?) desde allí se importan acá instrumentos de muerte libios y hemos hecho del áspid una mercancía. Por su parte, sin consentir que les quede dentro su propia sangre a las desgraciadas víctimas, despliega sus escamosos anillos el enorme hemórroo [805]; nació también el destinado a habitar las

---

[803] Es decir, la sombra de la Tierra durante la noche. En las regiones ecuatoriales el sol está directamente encima de la Tierra durante el día, y durante la noche la sombra de la Tierra se proyecta también en vertical hacia arriba.

[804] Comienza aquí el «catálogo de las serpientes» de Libia. Lucano enumera 17; de 7 de ellas habla con más detenimiento, al describir los efectos mortales y variados de sus venenos en otros tantos soldados que se ven mordidos por ellas.

[805] Como indica su nombre, esta serpiente deja sin sangre a sus víctimas, provocando en ellas una hemorragia total.

campiñas de la ambigua Sirte, el quersidro[806]; y los que se arrastran dejando una estela de humo, los quelidros; y el que siempre se deslizará en línea recta, el cencro[807]: tiene él teñido su abigarrado vientre con más motas que pintada de pequeñas manchas está la ofita de Tebas. De igual color y no distinguible de las requemadas arenas es la amonita; los que van dando bandazos según se tuerce su espina dorsal, los cerastas[808]; la escítala, la única que va a despojarse de su piel con las escarchas todavía esparcidas; la quemante dípsada[809]; la pesada anfisbena, que se mueve en la dirección de sus dos cabezas[810]; el nátrice[811], que contamina el agua; los yáculos voladores[812]; el que se limita a dejar un surco en el camino con la cola, el pareas[813]; el que abre de par en par su boca humeante, el voraz préster[814]; el que descompone los huesos junto con el cuerpo, el pestilente sepe[815]; y el

[806] Este reptil, cuyo nombre se compone de dos palabras que significan respectivamente «tierra» y «agua», es adecuado para habitar las Sirtes, descritas por el poeta en este mismo canto —vv. 303 ss.— como ambiguas entre tierra firme y mar.

[807] Su nombre, en griego, significa «mijo», por las características que se le asignan de tener el vientre moteado; la «ofita» es un tipo de mármol propio de la Tebas de Egipto.

[808] «Se dice que Helena, raptada por Paris, al pasar por Egipto pisó un cerasta; de ahí que tengan rota la espina dorsal» (*Commenta Bernensia*, ad loc.).

[809] Su nombre griego significa «tener sed». En el episodio de «la fuente de las serpientes» de este mismo canto se decía que estaban «sedientas en medio del agua» (v. 610).

[810] Su nombre alude a «andar en dos direcciones», es decir, hacia adelante y hacia atrás, con una cabeza en cada extremo de su cuerpo.

[811] Este nombre es puramente latino, no griego. Lucano hace resaltar su característica, ya que las demás serpientes no envenenan el agua, como se puso de manifiesto en el episodio aludido en la n. 809.

[812] Su nombre, también latino, significa «jabalina», aludiendo a su particularidad de cruzar volando los aires.

[813] Es decir, camina con el cuerpo arqueado.

[814] Su nombre griego significa «remolino de fuego».

[815] Su nombre griego alude, en efecto, a la putrefacción.

que emite silbidos que aterran a todas las plagas anteriores, mata antes de inocular su veneno[816], ahuyenta a su paso, en una gran extensión, a toda la turbamulta de reptiles y reina en las arenas desiertas: el basilisco. También a vosotros, que os deslizáis por todas las tierras como divinidades inofensivas, dragones rutilantes de dorado fulgor, la ardiente África os convierte en mortíferos: os remontáis con alas en el aire y, persiguiendo a rebaños enteros, quebrantáis a coletazos, enroscados a ellos, gigantescos toros; ni el elefante está seguro, pese a su volumen: todo lo entregáis a la muerte y, para vuestros deletéreos estragos, ni siquiera tenéis necesidad de veneno.

Por entre estas plagas recorre Catón con sus duros soldados una árida ruta, presenciando tantos infelices destinos de los suyos y formas insólitas de morir con sólo una pequeña herida. A Aulo, joven portaestandarte de sangre etrusca, le mordió una dípsada, pisada por él, torciendo la cabeza hacia atrás. Apenas hubo dolor ni sensación de dentellada, el propio exterior de la mordedura mortal no tiene mala vista, ni la herida presenta un aspecto amenazador. Pero he aquí que el veneno se desliza calladamente y una fiebre voraz le desgarra las médulas y le quema las vísceras con ardiente purulencia. Absorbió la infección el líquido derramado en torno a los órganos vitales y empezó a abrasarle la lengua en el reseco paladar; no hubo sudor que corriera hacia los miembros agotados, y la vena de las lágrimas no acudió a sus ojos. Ni el honor de su mando ni la autoridad del afligido Catón impidieron al guerrero abrasado que osara tirar las enseñas y buscara, fuera de sí, por todas las campiñas las aguas que reclamaba el veneno sediento en su corazón. Seguiría él ardiendo incluso metido en el Tanais, el Ródano y el Po, y hasta bebiéndose el

[816] A saber, sólo con su aliento. El nombre de basilisco alude a su condición de «rey» de los reptiles, como le considera aquí Lucano, destacándolo al final de la enumeración.

Nilo derramado por los campos. Coadyuvó a su muerte la Libia, y así la dípsada alcanza menor fama en su poder destructivo, al contar con la ayuda de unas tierras abrasadas. Escudriña hasta el fondo los veneros de la arena seca, ora se vuelve hacia las Sirtes y absorbe las olas con su boca: el agua del mar le sabe bien, pero tampoco ella le basta. Y no se da cuenta de la naturaleza de su mal ni de que muere a causa del veneno, sino que imagina que es la sed; y hasta tuvo el valor de abrirse con el hierro las hinchadas venas y llenarse la boca con su sangre.

Mandó Catón coger aprisa las enseñas: a ninguno se le permitió tener la experiencia de que hasta ese punto puede llevar la sed. Pero una muerte más lamentable que la de aquél tenía ya lugar ante los ojos: un pequeño sepe se aferró a la pierna del desdichado Sabelo; pese a estar tenazmente agarrado con su diente curvo, se lo arrancó con la mano y lo clavó con la pica en las arenas. Es una serpiente de reducidas dimensiones, pero ninguna posee tanto poder de sangre y muerte como ella. En efecto, en torno a las proximidades de la herida la piel, rota, desaparece y deja a la vista los pálidos huesos; al agrandarse la cavidad, ya no hay más que una pura llaga sin forma de cuerpo. Los miembros nadan en pus, las pantorrillas cayeron deshechas, los jarretes estaban sin cobertura alguna, incluso toda la carne de los muslos se licua, y las ingles destilan negra podredumbre. Estalló la piel que sujeta el vientre y se derraman las entrañas; mas no fluye él hasta el suelo en la proporción debida a la totalidad de su cuerpo, sino que el cruel veneno consume sus miembros, y la muerte los reduce todos a un mínimo de podre [817]. Toda la armazón del hombre la deja al descubierto la índole siniestra de este azote [818]: los ligamentos de los nervios, la textura de los pulmones, la cavidad del pecho y todo lo oculto en los órganos vitales se hace visible con esta muerte. Se disuelven los hombros y los fuertes brazos; el cuello y la cabeza se derriten: con más rapidez, ni baja la nieve fundida por el cálido austro ni se va la cera tras los efectos del sol. Es poco decir que el cuerpo, consumido, goteó en forma de pus: esto puede hacerlo también la llama; pero ¿qué hoguera ha hecho desaparecer los huesos? Incluso éstos se esfuman ahora y, yendo a la zaga de las medulas convertidas en polvo, no permiten que quede huella alguna de su rápida destrucción. Entre las plagas cinífeas [819] tú te llevas la palma de los estragos: todas arrebatan la vida; sola tú, el cadáver.

[817] En esta «muerte por licuefacción» el veneno es tan corrosivo que, antes de que caigan al suelo los miembros disueltos, ya se han consumido en parte y sólo cae una pequeña porción.

Mas he aquí que se presenta una forma de muerte opuesta a la muerte por licuefacción. A Nasidio, agricultor marso [820], le picó un ardiente préster. Una rojez de fuego le enciende el rostro, y distiende su piel, hasta desfigurarlo, una hinchazón que confunde todos sus rasgos; una podredumbre más grande ya que el cuerpo entero, y que rebasa cualquier medida humana, se derrama por todos sus miembros al propagarse el poderoso veneno; el hombre como tal queda oculto, totalmente sumergido bajo la masa de carne amontonada, y la coraza no logra contener el abultamiento progresivo del ensanchado pecho. No se desborda tanto de la vasija de bronce puesta al fuego el cúmulo de agua de hirviente espuma, ni las velas se curvan en tan grandes com-

[818] Este verso, el 779 de los mss., HOUSMAN (*ad loc.*) lo anticipa delante del 777.

[819] Es decir, líbicas. El Cínife era un río de la costa de las Sirtes, en la actual zona de Trípoli.

[820] Los marsos eran un pueblo de la Italia central, limítrofe del Lacio por el Este. Se distinguían por su habilidad para la magia y los encantamientos.

bas bajo la acción del coro. Ya no dan cabida a los hinchados miembros la bola informe y el tronco con su masa sin perfiles. El cadáver, no tocado por los picos de las aves y que, no sin daño, procuraría comida a las fieras, no se atrevieron ellos a entregarlo a la hoguera y huyeron de él, que seguía creciendo sin parar.

Pero aún mayores espectáculos deparan las plagas de Libia. Un feroz hemórroo dejó impresos sus dientes en Tulo, joven magnánimo y admirador de Catón. Y, tal como suele derramarse de todas las partes de la estatua a la vez la rociada de azafrán coricio [821], así despidieron a un tiempo todos sus miembros, a modo de sangre, un rojo veneno. Sangre eran sus lágrimas; de todos los orificios que utilizan los humores para salir mana un río de sangre; rebosa la boca y las dilatadas fosas nasales; el sudor es rojo; todos sus miembros chorrean a plenas venas; el cuerpo entero es una llaga abierta.

A ti, en cambio, Levo desventurado, por obra de la serpiente del Nilo [822] se te paró la sangre y te agarrotó el corazón; sin delatar la mordedura por ninguna muestra de dolor, en una súbita oscuridad recibes la muerte y desciendes con el sueño junto a las sombras de tus compañeros. No infectan las copas con una muerte tan rápida los tóxicos que, semejando falsamente varas sabeas en su tallo siniestro, recogen, cuando ya han madurado, los hechiceros saítas [823].

He aquí que una cruel serpiente se balanceó en la estéril madera de un tronco, se lanzó desde lejos («yáculo» [824] la llama el África) y huyó a través de la

[821] Las aspersiones de azafrán se usaban para perfumar los teatros y parece que también lo despedían las estatuas por agujeros hechos con este fin. «Coricio», por el monte Córico, de Cilicia, donde se criaba un azafrán de excelente calidad.

[822] El áspid.

[823] El país de los sabeos, famoso por sus especias y perfumes, estaba en la Arabia Feliz, hoy Yemen. Sais era la antigua capital del Bajo Egipto.

[824] Alusión a su salto volador (véase n. 812).

cabeza de Paulo, horadándole las sienes. Aquí no actúa el veneno: se lo llevó la muerte con sólo la herida. Hízose evidente cuán lentos vuelan los proyectiles que voltea la honda, cuán tarda es la estridencia del aire al paso de la flecha escítica.

¿De qué sirve que un basilisco fuera atravesado por la punta de la lanza del desdichado Murro? Veloz corre el veneno por el astil y le invade la mano; la hiere él al punto, desenvainando la espada, y de un tajo la separa totalmente del brazo; contemplando el vivo retrato de lo que hubiera sido su muerte, queda a salvo mientras perece su mano. ¿Quién podría imaginar que el escorpión posee recursos fatales o poderes para infligir una muerte rápida? Cierto que él, amenazador con su cola nudosa y fiero con su aguijón erguido, alcanzó la gloria de haber vencido a Orión, y el cielo es testigo de ello [825]. ¿Quién tendría miedo de pisar, salpuga [826], tus escondrijos? Sin embargo, también a ti te dan las hermanas de la Estigia autoridad sobre sus hilos [827].

Así ni el claro día ni la noche oscura les procuraban descanso, siéndoles sospechosa a los desdichados la tierra en que reposaban. Pues ni follaje amontonado elevó sus yacijas ni sus lechos se erigieron con bálago, sino que ruedan por el suelo, exponiendo sus cuerpos a trances fatales; con su cálido vaho atraen las sabandijas, ateridas por el frío de la noche, y recalientan entre sus miembros las bocas largo tiempo inofensivas, por estar el veneno entumecido. Y no conocen, con sólo el cielo por guía, cuál es el espacio de camino recorrido y cuál

[825] Se refiere al signo del zodíaco en el que fue catasterizado un enorme escorpión que brotó de la tierra y dio muerte al gigante cazador Orión, que había querido violar a Diana. También Orión fue catasterizado, pero en la zona opuesta del cielo, de modo que cuando sale Escorpión por Oriente se pone Orión por Occidente.

[826] Es una especie de hormiga venenosa.

[827] Las Parcas, que hilan y cortan la vida de los mortales. Quiere decir que también la salpuga mata.

su término: a menudo, quejándose, exclaman: «Devolved, dioses, a estos desventurados los combates de los que hemos huido, devolvednos Tesalia. ¿Por qué padecemos muertes cobardes, siendo, como somos, una tropa que ha jurado sobre las espadas? En lugar de César luchan las dípsadas, y las cerastas ponen fin a las guerras civiles. Es un placer ir por donde está la zona tórrida y el eje abrasado por los caballos del sol; me agrada imputar a agentes etéreos mi perdición y morir por obra del cielo. En nada me quejo de ti, África, ni de ti, Naturaleza: esta región del mundo que alumbra tantos monstruos la habías asignado a las serpientes, quitándosela a los pueblos, y este suelo, incapaz de producir cereales, lo condenaste negándole cultivadores, pues quisiste que los hombres se sustrajeran a sus venenos. Al país de las serpientes hemos venido a parar nosotros: acepta nuestra expiación tú, quienquiera de los celestes que, con tu odio al tráfico entre las naciones, al dejar cortada esta parte del mundo, de un lado, con una zona ardiente, del otro, con las dudosas Sirtes, colocaste en la frontera entre ambas una serie de muertes. Por los apartados rincones de tu retiro marcha la guerra civil, y un ejército conocedor de tus misteriosas regiones viola las barreras del mundo. Tal vez, cuando nos hayamos adentrado, nos esperan mayores males: se juntan allí los fuegos con las bullentes aguas [828] y se abaja la posición del cielo; pero, por esta ruta, ninguna tierra se extiende más lejos que los tristes reinos de Juba, que nos son conocidos sólo por lo que dicen. Tal vez añoraremos estas tierras de serpientes; este clima nos brinda al menos un consuelo: aún hay en él algo con vida [829]. No reclamo las campiñas de la patria, ni Europa y Asia, que ven otros soles: ¿por qué zona del cielo, por qué región de la tierra te he dejado, África?

[828] En el lugar donde el sol se hunde en el mar.

[829] A saber, las serpientes.

En Cirene todavía era riguroso invierno: ¿es que en nuestro breve trayecto hemos invertido la ley de las estaciones? Marchamos hacia el polo opuesto, contorneamos el orbe, damos la espalda a los embates del noto; ahora tal vez la propia Roma está bajo mis pies [830] Sólo pedimos este consuelo en nuestra desgracia: que vengan aquí nuestros enemigos, que César nos persiga por donde hemos huido.» Así su duro aguante se alivia del peso de sus quejas. Les empuja a soportar tan grandes fatigas la suprema virtud de su general, que duerme tendido en la desnuda arena y desafía a la fortuna a todas horas. Sólo él está presente en todas las calamidades; dondequiera que se le llama, acude volando, y acarrea un beneficio grande, mayor aún que la salvación: fuerzas para arrostrar la muerte; da vergüenza, ante tal testigo, morir con quejumbres. ¿Qué derecho hubiera ejercido sobre él plaga alguna? Triunfa de las adversidades en el corazón de los otros y, por su sola presencia, prueba que los grandes dolores no tienen poder alguno.

A duras penas la Fortuna, cansada de exponerlos a tan gran peligro, brindó a los desdichados una ayuda largo tiempo esperada. Un único pueblo habita aquellas tierras indemne ante la cruel mordedura de las serpientes: los psilos marmáridas [831]. Su voz va a la par con el poder de las yerbas, su propia sangre está a salvo de infecciones y es capaz de rechazar cualquier virus, incluso sin encantamientos. La naturaleza del país ha dispuesto que, al vivir mezclados con las serpientes, sean inmunes a ellas. Les ha sido útil haberse establecido en medio de los venenos. Se les ha otorgado vivir

[830] Marchan hacia el Oeste, pero les parece que van hacia el Sur y que han rebasado ya la línea ecuatorial, de donde pensaban que nacía el noto, por eso dicen que lo dejan a la espalda y que están dando la vuelta a la tierra por el otro lado, por los antípodas, con lo cual tendrían a Roma bajo los pies.

[831] Pueblo situado en la parte suroccidental de la Sirte Mayor.

en paz con la muerte [832]. A estos extremos llega la confianza en su sangre: en cuanto cae sobre la tierra un niño recién nacido, por temor a que haya mestizaje de adulterio con un extranjero, comprueban los frutos sospechosos mediante un áspid mortífero. Y, tal como el ave de Júpiter, cuando ha hecho salir del huevo empollado a sus implumes retoños, los vuelve hacia el sol naciente, y los que han podido soportar los rayos y han resistido sin pestañear la luz del día se reservan para servicios en el cielo, mientras los que no aguantaron a Febo son abandonados, así el psilo tiene como garantías de que pertenece a su raza el que el niño no haya tenido miedo de tocar los reptiles y haya jugado con las serpientes que se le han ofrecido. Mas aquel pueblo, no contento sólo con estar él a salvo, vela por los extranjeros, es decir, el psilo ayuda a las gentes contra los monstruos dañinos. Como ellos seguían a la sazón las enseñas romanas, tan pronto como el jefe ordenó levantar las tiendas, lo primero que hacen es purificar las arenas comprendidas dentro del espacio acotado por la empalizada mediante encantamientos y palabras que ponen en fuga a las serpientes. En torno a los bordes exteriores del campamento es paseado un fuego medicinal. En él rechina el yezgo, chorrean los exóticos gálbanos, y crujen en las llamas el tamariz escaso de follaje, el costos oriental, la poderosa panacea, la centaura tesalia, el hinojo y la tapsia de Erice [833]; queman también alerces y abrótano, molesto a las serpientes por su humo, y cuernos de ciervo nacido lejos. De este modo la noche fue segura para los soldados. Pero si alguno, por una infección recibida durante el día, se atrae la muerte, entonces se despliegan los milagrosos poderes de aquel pueblo mago y una tremenda lucha entre los psilos y el veneno absorbido. Pues, en princi-

832 Con la muerte por veneno que sufren los demás mortales.

833 Véase n. 216.

pio, marca los miembros con un toque de saliva, que confina el virus y retiene la ponzoña en la herida; luego, hace rodar en su espumeante lengua numerosos ensalmos en murmullo ininterrumpido: el curso de la herida no le da respiro, o los hados no le permiten callarse ni un momento. A menudo, es cierto, la infección alojada en las ennegrecidas médulas huye ante los encantamientos; pero, si algún virus es demasiado lento en escucharlos y se resiste a las evocaciones y a las órdenes de salir, entonces, echándose encima, lame las lívidas heridas, sorbiendo el veneno con la boca, deseca los miembros con sus dientes y, victorioso, escupe la muerte que ha extraído del helado cuerpo; y es cosa fácil para los psilos reconocer, con sólo probar el veneno, el tipo de serpiente cuya mordedura han dominado.

Así pues, al fin, la tropa romana, ya más aliviada con esta ayuda, vagabundea a todo lo ancho por las áridas llanuras. Febe, dos veces perdiendo sus brillos y dos veces recobrando su luz, en creciente y en menguante, vio a Catón errante en las arenas [834]. Ya empezó el polvo a hacérsele más y más sólido, y la Libia, ya compacta, a convertirse otra vez en tierra firme, y a elevarse ya a lo lejos algunos que otros follajes de bosques, y a surgir toscas chozas de paja amontonada. ¡Qué gran alegría de estar en una tierra mejor les deparó a aquellos infelices nada más ver frente a ellos sañudos leones [835]! Próxima estaba Leptis [836], en cuyo tranquilo acuartelamiento pasaron el invierno sin sufrir de lluvias ni calores.

César, cuando, saciado de estragos, se retiró de Ematia, arrojó el lastre de las restantes preocupaciones,

834 Es decir, que la marcha por el desierto de Libia duró dos meses lunares. Plutarco afirma que sólo duró siete días.

835 Porque los consideraban menos peligrosos que las serpientes y, además, eran indicio de que habían llegado a tierra habitable.

836 Leptis la Menor, hoy Lempta, en la costa de Túnez.

concentrando su atención en sólo su yerno; tras seguir en vano sus huellas desperdigadas por tierra, se dirige, guiado por los rumores, hacia las ondas, costea el estrecho de Tracia, ese mar famoso por un amor, y la torre de Hero en el lacrimoso litoral, donde Hele, la hija de Néfele, robó al piélago su nombre [837]. En ninguna parte una franja de agua más reducida sirve de frontera entre Asia y Europa, por más que el Ponto separe con un estrecho canal a Bizancio de Calcedonia, rica en ostras, y que la Propóntide, llevándose las aguas del Euxino, se precipite por una angosta boca [838]. Admirador de las leyendas, gana las arenas del Sigeo, las aguas del Simois, el Reteo, famoso por la tumba griega, y las sombras que tanto deben a los poetas [839]. Gira una visita a lo que sólo es ya nombre memorable de la abrasada Troya y busca las anchas huellas de la muralla de

[837] El Helesponto, para cuyo nombre véase la n. 302. El amor del que habla el poeta es el de Hero y Leandro, los jóvenes enamorados que vivían a uno y otro lado del Helesponto: Hero, sacerdotisa de Afrodita, en Sesto, en la ribera europea; Leandro, en Abido, en la ribera asiática. Mantienen oculto su amor y Leandro pasa todas las noches a nado el Helesponto para verse con Hero, que vivía en una torre a orillas del mar y guiaba a su amado hasta allí mediante la luz de una lámpara. Una noche se apagó la lámpara y Leandro sucumbió perdido en medio de las olas. Su cadáver arriba al litoral y Hero, al verlo, se arroja desde lo alto de la torre y se mata.

[838] Bizancio, la actual Estambul, en la costa europea, tiene enfrente a Calcedonia, en Bitinia, en la costa asiática. Ambas ciudades están separadas por el estrecho del Bósforo, que lleva las aguas del Ponto Euxino o Mar Negro a la Propóntide o Mar de Mármara. El poeta dice que el Bósforo es menos estrecho que el Helesponto, en el otro extremo del Mar de Mármara, por donde éste desagua en el Egeo.

[839] El Sigeo es un promontorio de la Tróade, donde la leyenda situaba la tumba de Aquiles. El Simois es un pequeño río torrencial que nace en el monte Ida y desemboca en el Escamandro, el río de Troya al que se alude más abajo con su otro nombre de Janto. En el promontorio Reteo estaba, según la tradición, la tumba de Áyax. Aquiles y Áyax son las «sombras» cantadas por los poetas.

Febo [840]. Ahora matojos estériles y troncos podridos en su madera agobian el palacio de Asáraco [841] y ocupan con sus raíces ya gastadas los templos de los dioses, y Pérgamo se halla en su totalidad cubierta de malezas: incluso las ruinas han desaparecido. Mira la roca de Hesíone [842] y el tálamo de Anquises oculto por el boscaje [843]; la gruta en la que se sentó el que hizo de juez [844], el lugar desde donde el niño fue arrebatado al cielo [845], la altura en la que lloró la náyade Enone [846]: no hay ni una piedra que no tenga un nombre. Sin darse cuenta, había atravesado un arroyuelo que serpen-

[840] Las murallas de Troya se decían construidas por Apolo (Febo) y Neptuno.

[841] Abuelo de Príamo y de Anquises.

[842] Hesíone era hija de Laomedonte, rey de Troya. Éste contrató a Posidón y a Apolo para que construyeran las murallas de la ciudad, pero, una vez construidas, se negó a pagarles el salario que había pactado con ellos, por lo cual Posidón envió un monstruo marino que aterrorizaba a la población y al que un oráculo dictaminó que sólo podría aplacársele ofreciéndole a Hesíone, la hija del rey. Ésta fue encadenada a una roca, la aludida aquí por Lucano, para que la devorara el mostruo. Pero entonces llegó Hércules a la ciudad, da muerte al monstruo y libera a Hesíone.

[843] El tálamo donde Anquises, hijo de Capis y de Temis, se unió a la diosa Venus, unión de la cual nació Eneas.

[844] Paris, hijo de Príamo, en sus tiempos de pastor en el monte Ida, tuvo que hacer de juez para decidir cuál de las tres diosas, Juno, Venus y Minerva, era la más hermosa. Sobornado por Venus, que le había prometido la más bella de las mujeres, Helena, sentenció a su favor.

[845] Ganimedes, hijo de Tros, el héroe epónimo de Troya, y de Calírroe, niño de gran belleza, fue arrebatado al cielo por Júpiter, prendado de su hermosura, para que sirviera de copero a los dioses.

[846] Enone fue esposa de Paris, al que amó hasta la muerte. Paris la abandonó por Helena, y Enone, que conocía el porvenir, trató en vano de retenerlo y le dijo, al marcharse, que, cuando estuviera herido, sólo ella podría curarlo. Herido efectivamente por Filoctetes en el sitio de Troya, envió un mensajero a Enone para que ésta acudiera en su ayuda. Ésta, despechada, se negó en principio. Luego, arrepentida, fue a curarlo, pero Paris ya había muerto, por lo que ella, que seguía amándole, se suicidó arrojándose a su pira.

teaba en el polvo seco: era el Janto. Sin cuidarse de ello, tenía puestas sus plantas en un rimero de césped: un frigio nativo le dice que no pise los manes de Héctor. Había en el suelo unas piedras desprendidas y que no guardaban trazas de nada sagrado: «¿No reparas —le dice el guía— en el altar de Júpiter Herceo?»[847].

¡Oh sagrada y magnífica tarea la de los poetas: todo lo arrebatas al destino y das a las gentes mortales inmortalidad! No te dejes, César, ganar por la envidia de lo que la fama ha consagrado; pues, si es lícito hacer alguna promesa a las Musas latinas, todo el tiempo que perdure la gloria del poeta de Esmirna[848], los venideros leerán mis versos y tus hazañas; nuestra Farsalia vivirá[849], y no seremos condenados a las tinieblas por ninguna de las futuras generaciones.

Una vez que aquella venerable antigüedad sació las miradas del caudillo, erigió deprisa un altar con un amontonamiento de césped y formuló, sobre el fuego donde ardía el incienso, estos votos con intención de cumplirlos: «Dioses de las cenizas, cualesquiera que habitéis las ruinas frigias; lares de mi antepasado Eneas[850], ahora conservados por su ciudad de Lavinio y por Alba, y en cuyas aras brilla aún el fuego frigio; y tú, Palas[851], no accesible a la mirada de ningún

[847] La advocación «Herceo» significa protector del atrio y, por extensión, de la familia, del hogar. Junto a este altar parece que fue donde cayó Príamo asesinado por Neoptólemo, el hijo de Aquiles.

[848] Una de las ciudades que se disputaban la gloria de haber sido la cuna de Homero.

[849] Es decir, la batalla ganada por ti y cantada por mí. Para el nombre del poema, véase lo dicho en la Introducción.

[850] La familia Julia se decía descendiente de Iulo, hijo de Eneas.

[851] Se refiere al *Palladium* o estatua de Palas, que se hallaba en el templo de la diosa en Troya y que habría sido transportado por Eneas a Italia al huir de la ciudad en llamas. En Roma se conservaba en el templo de Vesta, al cuidado de las vestales y, por tanto, inaccesible a los hombres.

hombre, prenda de recordación en las profundidades del templo: el más esclarecido descendiente de la estirpe de Iulo ofrece piadoso incienso en vuestros altares y os invoca ritualmente en vuestra sede primitiva. Concededme una ruta de éxitos en lo que me resta por hacer, y yo os restituiré vuestos pueblos; agradecidos, a su vez, los ausónidas devolverán a los frigios sus murallas y resurgirá una Pérgamo romana.»

Tras estas palabras, se embarcó de nuevo y entregó sus velas todas a los soplos favorables del coro; ávido de compensar, con el impulso de la borrasca, sus demoras en Troya, costea la poderosa Asia y deja atrás Rodas por entre un mar de espumas. La séptima noche, sin que el céfiro aflojara ni un momento los cables, le mostró, mediante el fuego que brillaba en Faros, los litorales egipcios. Pero la luz del día naciente eclipsó el fanal nocturno antes de que él penetrara en las aguas tranquilas[852]. Allí percibe la playa llena de agitación y alborotados gritos en confuso murmullo, y, temiendo confiarse a un reino que le era sospechoso, retuvo sus bajeles lejos de la orilla. Pero un satélite del rey avanzó en una barca mar adentro, llevándole un siniestro presente: porta la cabeza del Magno cubierta con un velo de Faros y, antes de nada, encarece el crimen con estas infames palabras: «Domeñador del mundo, el más grande del linaje romano, y —lo que todavía ignoras— libre ya de cuidados gracias a la muerte de tu yerno: el rey de Pela te condona las fatigas de la guerra y del piélago[853], y lo único que faltó a tu victoria de Ematia lo pone ante tus ojos. En tu ausencia se te ha rematado

[852] En el puerto de Alejandría.

[853] «Para este emisario, pues, del rey egipcio («de Pela»: recuérdese el v. 153 de este mismo canto), la muerte del Magno supone el fin de la guerra, con lo que a César se le han evitado las fatigas de su continuación y, a la vez, da por sentado que César hubiera continuado navegando hasta encontrar a Pompeyo» (MARINER, *ad loc.*).

la guerra civil: el Magno, que pretendía reparar su descalabro de Tesalia, ha caído bajo nuestra espada. Con tamaña prenda hemos comprado, César, tu favor; con esta sangre se ha remachado nuestra alianza contigo. Recibe el reino de Faros conseguido sin una sola gota de sangre, recibe el derecho sobre el caudal del Nilo, recibe todo lo que habrías dado por la cabeza del Magno; considera digno de tu campamento a un cliente a quien los destinos han tenido a bien permitirle tal poder contra tu yerno. Y no estimes de poco valor este servicio porque lo hayamos rematado con una fácil ejecución: era un huésped de antiguo, había devuelto el cetro al destronado padre del rey. ¿A qué decir más? Tú mismo encontrarás el nombre para tan grandiosa acción, o bien aconséjate de la opinión del mundo. Si es un crimen, estás confesando que tu deuda para con nosotros es mayor, porque este crimen no lo cometes tú en persona.» Tras decir esto, descubrió la cabeza tapada y la sostuvo así. Ya la fisonomía, desmadejada por la muerte, había cambiado la expresión de aquel rostro familiar. César no abominó del regalo al primer golpe de vista ni apartó los ojos; mantuvo fija la mirada, hasta estar bien seguro; y cuando comprobó la autenticidad del crimen y juzgó que ya no había peligro en mostrarse como un buen suegro, derramó lágrimas que no fluían espontáneas y emitió gemidos con el corazón jubiloso, incapaz de ocultar si no es con lágrimas el gozo manifiesto de su alma; anula así el servicio monstruoso del tirano y prefiere llorar la cabeza cortada de su yerno antes que sentirse en deuda por ella. Quien con el rostro inflexible había pisado cuerpos de senadores [854], quien con ojos secos había contemplado las llanuras de Ematia, sólo a ti, Magno, no se atreve a negarte sus gemidos. ¡Oh suerte la más dura del destino! ¿De modo

[854] Véase el canto VII, v. 598.

que tú, César, has atacado en una guerra criminal a éste, a quien luego debías llorar? ¿Ahora te afectan los lazos de familia que os unen? ¿Ahora te empujan a afligirte tu hija y tu nieto? ¿Imaginas que entre los pueblos apegados al nombre de Pompeyo tu actitud servirá a la causa de tus armas? Tal vez te acomete la envidia hacia el tirano: te dueles de que sea a otro a quien le ha cabido tal poder contra las entrañas del Magno, su prisionero, y te quejas de haber perdido la venganza fruto de la guerra, de que tu yerno haya sido sustraído al derecho del soberbio vencedor. Cualquiera que sea el impulso que te ha forzado a llorar, se sitúa lejos de una sincera afección. ¡Pues, claro está, tú recorres tierras y mares con el propósito de evitar que pueda morir tu yerno apresado en algún sitio! ¡Oh muerte de Pompeyo felizmente sustraída a tu decisión! ¡Qué gran crimen ahorró a la vergüenza de Roma la cruel Fortuna, no permitiendo, pérfido, que pudieras compadecerte del Magno cuando aún vivía! Y todavía se atreve a proferir palabras engañosas, buscando crédito al dolor simulado en su semblante: «Quita de nuestra vista, satélite, el funesto regalo de tu rey. Vuestro crimen ha prestado peor servicio a César que a Pompeyo: el único privilegio de la guerra civil, perdonar la vida a los vencidos, se nos ha escamoteado. Y si al tirano de Faros no le fuera odiosa su hermana, hubiera podido yo devolver al rey su favor y, a cambio de tal presente, habría enviado, Cleopatra, tu cabeza a tu hermano. ¿Por qué blandió las armas por su cuenta e interfirió sus puñales en un asunto de nuestra competencia? ¿Es que en las campiñas de Tesalia otorgamos este derecho a la espada de Pela? ¿Lo que se pretendía conseguir allí era la libertad sin trabas para vuestros reyes? No había soportado yo que el Magno compartiera conmigo el gobierno de Roma: ¿y te voy a soportar a ti, Ptolomeo? En vano hemos involucrado a los pueblos en la guerra

civil, si sigue habiendo en este mundo alguna otra autoridad que César, si algún país es de dos dueños. Me habría marchado de vuestro litoral, haciendo girar en redondo las proas latinas: me lo impide el celo por mi reputación, no vaya a parecer que no he condenado a la sanguinaria Faros, sino que le he tenido miedo. Y no creáis vosotros que estáis engañando al vencedor: también a nosotros nos teníais preparada la misma recepción en vuestra costa; que mi cabeza no sea llevada de ese modo se debe a mi fortuna en Tesalia. Libramos la batalla con un riesgo mayor en realidad que el que podía sospecharse. Yo temía el destierro, las amenazas de mi yerno y a Roma: ¡el castigo de la derrota era Ptolomeo! Pero disculpamos sus pocos años y perdonamos su crimen impío. Sepa el tirano que, por esta muerte, no se le puede conceder nada más que el perdón. Enterrad vosotros en una tumba la cabeza de tan ilustre caudillo, pero no sólo para que la tierra cubra vuestro crimen: ofrecedle incienso en el sepulcro que se merece, aplacad su cabeza, recoged sus cenizas diseminadas en la ribera y brindad una urna única a sus manes esparcidos. Que advierta su sombra la llegada de su suegro y oiga los piadosos acentos de mis quejas. Al anteponer él todo a mí [855], al preferir deber su vida a su cliente de Faros, se ha privado a los pueblos de un día de júbilo, se le ha sustraído al mundo nuestra reconciliación. No encontraron mis votos dioses propicios de forma que, abrazándote, tras deponer mis armas victoriosas, te rogara volver a nuestros viejos afectos y que conservaras, Magno, tu vida, contentándome, como premio a mis fatigas suficientemente digno, con ser igual a ti. Entonces, en una paz sincera, habría logrado yo que pudieras perdonar a los dioses por tu derrota, y

[855] Es decir, Pompeyo ha puesto su confianza en cualquier otro antes que en César.

habrías logrado tú que Roma me perdonara a mí.» En estos términos habló, pero no encontró quien le acompañara en su llanto ni la multitud dio crédito a sus quejas: zahondan sus gemidos y ocultan sus sentimientos bajo una máscara de alegría, y hasta se atreven a contemplar risueños aquel crimen sanguinario —¡oh espléndida libertad!—, mientras César llora [856].

[856] Termina Lucano el canto con una exclamación sarcástica («¡oh espléndida libertad!») y con una de sus paradojas estupefacientes: César, que en su interior está contento, llora y se indigna exteriormente; en cambio, los soldados, que en su interior sienten dolor e indignación, se muestran contentos en el exterior, por miedo a la cólera de César, cuyo llanto saben que es fingido y que, por tanto, no permitirá que los demás lloren «de verdad». Un retorcimiento conceptual muy del gusto del poeta. (Véase nuestro trabajo «Las paradojas retóricas en Lucano», en *Actas del V Congreso Esp. de Est. Clásicos*, Madrid, 1978, págs. 371-376).

LIBRO X

SINOPSIS

1-52	César en Alejandría. Invectiva contra Alejandro.
53-103	César y Cleopatra.
104-171	El banquete.
172-331	Digresión sobre el Nilo.
332-546	Sublevación contra César.

Tan pronto como César, en pos de la cabeza de Pompeyo[857], tocó tierra y pisó las siniestras arenas, entraron en pugna la fortuna del general y el destino del culpable Egipto, a ver si el reino de Lago se rendía a las armas romanas o bien la espada de Menfis[858] arrebataba al mundo la cabeza del vencedor junto con la del vencido. Tu sombra, Magno, resultó útil, tus manes libraron a tu suegro de la muerte cruenta, para que el pueblo romano, después de tu asesinato, no le cogiera afecto al Nilo[859]. De allí, libre de cuidados, se encamina a la capital egipcia, seguidora de sus enseñas con la garantía de tan salvaje crimen. Mas por los gritos indignados de la multitud, que se quejaba de que las fasces y las leyes romanas vinieran a imponerse sobre las suyas, notó que había sentimientos discordes y espíritus indecisos, y que el Magno no había perecido en provecho suyo. Entonces, con el semblante siempre ocultando su miedo, gira intrépido una visita a los santuarios de los dioses y a los templos de vieja majestad, que delatan la antigua pujanza de los macedonios, y,

[857] Esto es, siguiendo a la nave que la había traído desde tierra.

[858] Tanto el reino de Lago como Menfis designan a Egipto.

[859] Quiere decir que los romanos habrían perdonado a los egipcios el asesinato de Pompeyo e, incluso, les habrían tomado afecto, si, a cambio, hubieran asesinado a César.

sin dejarse cautivar por el dulce atractivo de cosa alguna, ni por el oro ni los enseres de los dioses, ni por las murallas de la ciudad, baja ansiosamente a la cueva excavada para sepultura. Allí yace el desalmado retoño de Filipo de Pela[860], bandido con buena estrella, arrebatado por el destino vengador del mundo: los miembros del famoso individuo, que debían haber sido esparcidos por el orbe entero, los depositaron en una sagrada cripta; la Fortuna tuvo miramientos con sus manes, y el destino de su reino ha perdurado hasta el final. Pues si alguna vez el orbe recobrara la libertad, parecería que se le había conservado para nuestra afrenta, un hombre nacido como ejemplo, nada útil para el mundo, de que tantas tierras pueden estar bajo el dominio de una sola persona. Abandonó los confines de los macedonios y los oscuros rincones de los suyos y despreció Atenas, conquistada por su padre; llevado por impulso de los destinos a través de los pueblos de Asia, se precipitó haciendo estragos entre los hombres y blandió su espada por todas las naciones; mancilló ríos desconocidos, el Eufrates con la sangre de los persas, el Ganges con la de los indios; fatal malaventura de las tierras, rayo capaz de aniquilar por igual a todos los pueblos y astro aciago para la humanidad. Se aprestaba a llevar sus flotas al Océano por el mar exterior[861]. No fueron barreras para él ni el sol de fuego, ni las aguas, ni la estéril Libia, ni Amón el de las Sirtes. Hubiera llegado hasta el Occidente siguiendo la inclinación de la tierra, habría contorneado los polos y bebido del Nilo en la fuente donde nace: le sobrevino su último día, único término que la naturaleza pudo imponer al insensato rey; éste, con su amor propio, se lle-

[860] Alejandro Magno, fundador de la ciudad, hijo de Filipo II de Macedonia, aquí, como en otros pasajes, denominada Pela.

[861] El mar más allá de Asia, para llegar, dando la vuelta, al Océano del occidente europeo, el único Océano para los antiguos.

vó consigo el poder con el que había conquistado el orbe todo, y, sin dejar a nadie heredero del conjunto de lo que le brindó el destino, expuso las ciudades a que se desgarraran [862]. Pero cayó en una Babilonia que era suya e inspirando respeto a los partos. ¡Qué vergüenza!, los pueblos de Oriente temieron más de cerca las sarisas [863] de lo que ahora temen las picas. Aunque ejerzamos nuestro dominio hasta al pie de la Osa y las moradas del céfiro, y conculquemos las tierras abrasadas que se extienden a espaldas del noto, en Oriente quedamos por debajo del que fue dueño de los arsácidas [864]. La Partia, funesta para los Crasos, fue una provincia de total tranquilidad para la insignificante Pela.

Ya el rey niño, viniendo desde el brazo del Nilo en Pelusio [865], había calmado las iras de su pueblo nada belicoso; con él como rehén de paz, César estaba a salvo en la corte de Pela, cuando Cleopatra, en una pequeña birreme, tras sobornar al guardián para que bajara las cadenas del puerto de Faros, se introdujo, sin que César lo supiera, en el palacio ematio [866], ella, deshonra de Egipto, furia mortífera del Lacio, impúdica para desdicha de Roma. Igual que la espartana [867], con su belleza dañina, derrocó Argos y las moradas de Troya, otro tanto acrecentó Cleopatra los furores de Hesperia. Hizo temblar ella, si esto es posible, con su sistro al Capitolio y atacó las enseñas romanas con los nada belicosos

[862] En efecto, Alejandro no dejó herederos, y sus generales (los «diádocos») lucharon entre sí para hacerse con su imperio.

[863] Larga lanza de los macedonios.

[864] Alejandro, dominador de los partos.

[865] Ciudad situada en la boca más oriental del Nilo.

[866] A saber, macedonio (véase n. 2), aquí por egipcio, por haber sido Lago, general de Alejandro, el fundador, como ya se ha dicho, de la dinastía a la sazón reinante en Egipto.

[867] Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta, que, raptada por Paris, hijo de Príamo, rey de Troya, dio lugar a la guerra de los griegos contra esta ciudad, mandados por Agamenón.

canopos [868], decidida a celebrar el triunfo en Faros con un César como prisionero [869]; y en el golfo de Léucade se mantuvo dudoso el trance de si se adueñaría del mundo una mujer que ni siquiera era de las nuestras. Este arrojo se lo proporcionó aquella primera noche que apareó en el lecho a la impura hija de los Ptolomeos con nuestros generales. ¿Quién podría rehusarte, Antonio, el perdón por tu amor insensato, cuando el mismo fuego consumió el duro pecho de César? Incluso en medio de su rabia y de su furia, y en el palacio habitado por los manes de Pompeyo, él, bañado con la sangre de la catástrofe de Tesalia, hizo sitio entre sus cuidados a amores adúlteros, y mezcló con la guerra tálamos ilícitos y retoños no nacidos de una esposa legítima [870]. ¡Oh vergüenza!, olvidándose del Magno, te dio hermanos, Julia, de una madre impúdica y, permitiendo que el bando fugitivo se reagrupara en el extremo reino de Libia, derrocha torpemente los días en su amor del Nilo, en tanto que prefiere regalar Faros [871] en lugar de quedárselo como fruto de su victoria. Fiada en su hermosura, Cleopatra lo aborda afligida, pero sin lágrimas, componiendo su fingido dolor de forma que realzara su belleza, esparcidos los cabellos como si se los hubiera mesado, y empezó a hablarle de este modo: «¡Oh poderosísimo César!, si la nobleza cuenta para algo, yo, el retoño más esclarecido de Lago, rey de Faros,

[868] Egipcios, del nombre de una ciudad y uno de los brazos del Nilo.

[869] Deseaba celebrar su triunfo en Egipto llevando como prisionero a Octavio, contra el que luchó, uniendo sus fuerzas a la de Marco Antonio, en la batalla de Accio, a la que se alude a continuación con la referencia al golfo de Léucade.

[870] Alude a Cesarión, supuesto hijo de César y Cleopatra. No todos los historiadores, antiguos y modernos, están de acuerdo en que Cesarión fuera efectivamente hijo de César. Plutarco lo afirma, pero Suetonio lo niega.

[871] Entregar a Cleopatra el reino de Egipto.

arrojada del trono de mi padre y desterrada para siempre, a no ser que tu diestra me restituya a mi antiguo destino, abrazo, reina como soy, tus pies. Tú te presentas ante nuestras gentes como un astro justo. No seré yo la primera mujer que reine sobre las ciudades del Nilo: sin ninguna discriminación en cuanto al sexo, Faros sabe obedecer a una reina. Lee las últimas palabras de mi difunto padre, que me transmitió el derecho a compartir el trono y el tálamo con mi hermano. Él, un niño, ama de por sí a su hermana, con tal de que tuviera libertad para ello; pero tiene bajo el control de Potino sus sentimientos y las espadas de sus soldados. No es por ambición personal por lo que reclamo acceder al trono de mi padre: libra a mi casa de una culpa y de un deshonor tan grande, arroja de aquí las funestas armas de este satélite y ordena que sea el rey el que reine. ¡Qué altivo engreimiento lleva en el alma ese lacayo! Cortada la cabeza del Magno, ahora es a ti a quien amenaza —pero ¡ojalá los hados aparten lejos este peligro!—. Bastante oprobio fue ya, César, para el mundo como para ti, que el asesinato de Pompeyo haya sido la obra criminal y el mérito de un Potino.»

En vano habría tentado los duros oídos de César: mas su cara secunda sus plegarias, y su belleza descocada pone un buen colofón a su discurso. Pasa una noche infamante corrompiendo a su juez. Cuando estuvo asegurado el favor del general, comprado al precio de grandes concesiones, un banquete recogió los alborozos por tan gran acontecimiento, y Cleopatra, con aparatosa ostentación, desplegó unos lujos exclusivos suyos, aún no exportados a la sociedad romana. La propia sala era parecida a un templo que una época más corrompida a duras penas podría construir [872]; los techos artesonados acumulaban riquezas y una espesa lámina de

[872] Es decir, una época corrompida no hubiera gastado el dinero de sus placeres en la construcción de un templo lujoso.

oro ocultaba las vigas. La estancia brillaba revestida de mármoles, pero no con unas meras placas superficiales [873]; el ágata y el pórfido formaban columnas enterizas, no eran un simple adorno; se pisaba el ónice, extendido profusamente por todo el recinto; el ébano mareótico [874] no se limita a recubrir las anchas jambas, sino que se eleva en vez de la madera vulgar, soporte, y no mera decoración, de la estancia. El marfil reviste los atrios, y en las puertas están embutidos caparazones de tortuga india coloreados a mano, con sus junturas moteadas por el engaste de frecuentes esmeraldas. Refulge la pedrería en los lechos y, con reflejos de jaspe, la dorada vajilla; resplandecen los tapices, cuya mayor parte, cocida en el tinte de Tiro [875], absorbió largo tiempo la droga en más de un caldero; parte brilla con brocados de oro, parte, con una llamarada escarlata, según es entre los egipcios la costumbre de entreverar tramas en sus tejidos. Además, una turbamulta de criados y una población de servidores. A unos los distinguía el color diferente de su raza, a otros, la edad; una parte es de cabellos líbicos [876], otra los tiene tan rubios, que César llega a decir que no ha visto cabelleras tan rutilantes en ninguna campiña del Rin; parte es de atezada piel y cabeza ensortijada, y lleva los cabellos retirados de la frente; no faltan los desdichados jóvenes a quienes el hierro afeminó, amputándoles su virilidad: están, por otra parte, los de masculinidad más vigorosa, pero con apenas algún bozo sombreándoles las mejillas.

[873] Quiere decir que las paredes eran de mármol macizo, inmediatamente afirma que pasaba lo mismo con las columnas de ágata y pórfido, y más abajo lo dice de las puertas de ébano.

[874] De la Mareótide; sobre la cual, véase n. 761.

[875] Alude a la púrpura, industria exportada por Tiro, la famosa ciudad fenicia.

[876] Esto es, negros.

Se recostaron allí[877] los reyes y el que tenía un poder superior al de ellos, César; desmedidamente acicalada su hermosura dañina, y sin contentarse con el cetro que ya es suyo ni con tener a su hermano por marido, cargada de expolios del Mar Rojo[878], lleva Cleopatra una fortuna en su cuello y en su cabellera, y va agobiada con el peso de su aderezo. Su blanco busto resplandece bajo el tejido de Sidón[879], que, espesado por la lanzadera de los seres, la aguja del Nilo lo fue entresacando, hasta atenuar su urdimbre en un velo vaporoso. Entonces, sobre níveos colmillos de marfil colocaron mesas redondas cortadas en los bosques de Atlante[880], tales como no llegaron a la vista de César ni aun después de que Juba fuera hecho prisionero. ¡Oh delirio ciego e insensato por causa de la ambición: exhibir las propias riquezas ante quien está librando una guerra civil, encender la avaricia de un huésped en armas! Aunque no estuviera él ya dispuesto a conseguir riquezas en una guerra impía, incluso con la ruina del mundo —pon en su lugar caudillos antiguos y nombres de los viejos tiempos de la pobreza: los Fabricios, los Curios austeros; supón que se hallara aquí recostado el famoso cónsul sustraído, lleno de polvo, de su arado etrusco—[881]: deseará celebrar en beneficio de su patria tan espléndido triunfo.

Sirvieron por manjares en vajilla de oro todo lo que brinda la tierra, el aire, el mar y el Nilo, cuanto el lujo, enloquecido de vana ostentación, fue a buscar por todo

877 A saber, en los lechos del festín.

878 Perlas de las conchas de dicho mar.

879 La otra gran ciudad comercial fenicia, junto con Tiro. Los seres son los chinos, y el tejido a que se alude, la seda.

880 «Se trata de la tuya de Mauritania» (BOURGERY, *ad loc.*).

881 Para Fabricio, véase la n. 247; para los Curios, la n. 36. El cónsul aludido es Cincinato, que estaba arando cuando fueron a nombrarle dictador y volvió al arado después de renunciar al cargo, cumplida ya su misión.

el orbe, sin que le incitara a ello el hambre; pusieron en la mesa gran cantidad de aves y fieras, que son divinidades de Egipto; en jarras de cristal sirven para las manos agua del Nilo; en anchas copas de pedrería escancian el vino, pero no el de uvas de la Mareótide, sino un generoso falerno, al que en pocos años confiere solera Méroe, obligándolo a fermentar pese a su aspereza[882]. Se les ofrecen coronas trenzadas con nardo florido y con rosas que allí nunca faltan, y derraman sobre sus cabelleras, hasta empaparlas, abundante cinamomo, que aún no se había evaporado en el aire de un país extraño ni perdido el aroma de su tierra natal, y amomo recién importado de una cercana cosecha. Aprende César a despilfarrar las riquezas de un mundo saqueado y le avergüenza haber hecho la guerra contra un yerno pobre; y ansía motivos para combatir con las gentes de Faros.

Cuando ya el agotamiento del placer puso un límite a los manjares y a Baco, César propone el primero prolongar la noche en largas conversaciones, y se dirige con afables palabras a Acoreo, que, con vestidura de lino[883], estaba echado en el asiento más alto: «¡Oh anciano, consagrado al culto y, como lo demuestra tu edad, no desasistido de los dioses!, explícame los orígenes de la nación de Faros, la situación de sus tierras, las costumbres del pueblo y los ritos y las figuras de los dioses; revélame todo lo que hay inscrito en vuestros viejos santuarios[884] y descúbreme unas divinidades que están deseando que se las conozca. Si tus antepasados instruyeron en sus misterios al cecropio[885] Platón, ¿qué huésped hubo nunca más digno de escu-

882 Méroe es una isla formada por una bifurcación del Nilo, y son sus altas temperaturas las que aceleran la fermentación de los vinos. En el festín se sirve, no vino egipcio, sino itálico.

883 Era el vestido propio de los sacerdotes de Isis.

884 En los jeroglíficos.

885 Ateniense; de Cécrope, antiguo rey del Ática.

char este relato y con más capacidad que yo para comprender el mundo? Es verdad que fueron los rumores sobre mi yerno los que me trajeron a las ciudades de Faros, pero también lo que se decía de vosotros. En medio de mis campañas siempre he encontrado tiempo para dedicarlo a las regiones de las estrellas del cielo y a los dioses, y mi año no será sobrepasado por el de los fastos de Eudoxo [886]. Pero, aun siendo tan vigorosa la energía que bulle en mi pecho y tan profunda mi pasión por la verdad, nada hay que yo desee conocer más que los orígenes de este río, ocultos a lo largo de tantos siglos, y su ignorada cabecera: que se me dé la esperanza segura de ver las fuentes del Nilo, y abandonaré la guerra civil.» Terminó de hablar, y el sacerdote Acoreo le replicó, a su vez, de este modo: «Me es lícito, César, sacar a la luz los secretos de nuestros grandes antepasados, desconocidos hasta el día de hoy por las gentes profanas. Tengan otros por un piadoso deber el silenciar tan notables maravillas; por mi parte, yo estoy persuadido de que a los celícolas les es grato que llegue a oídos de todos esta obra suya y que se hagan conocer a los pueblos sus leyes sagradas. A los astros que gobiernan en exclusiva el rápido movimiento del Olimpo y que oponen su órbita a la del cielo, se les asignó, en la primera regulación del mundo, un poder diferente [887]. El sol divide los períodos del tiempo, hace que se sucedan el día y la noche, impide con sus rayos poderosos la marcha de los astros y, con intervalos es-

[886] La reforma del calendario llevada a cabo por orden de César entró en vigor el 1 de enero del año 45 a. C. Aquí le asigna Lucano ya esa preocupación. Eudoxo, astrónomo griego de la primera mitad del siglo IV a. C., discípulo de Platón, intentó una reforma del calendario que no se llevó a la práctica.

[887] Se trata de los siete considerados planetas por los antiguos y que son enumerados a continuación: el Sol, la Luna, Saturno, Marte, Júpiter, Venus y Mercurio. Se creía que su órbita iba en sentido contrario a la del resto de los astros.

tacionarios, detiene sus cursos errabundos; la Luna, con sus fases, pone en contacto a Tetis y a las tierras [888]; a Saturno pertenecen el frío hielo y la zona de nieves; Marte es el dueño de los vientos y de los irregulares rayos [889]; bajo Júpiter están el clima templado y la atmósfera nunca revuelta; por su parte, la fecunda Venus posee los gérmenes de todo lo que existe. El Cilenio [890] es el árbitro de la inmensidad de las aguas. Cuando [891] éste ha alcanzado la región del cielo donde las estrellas del León están en contacto con las de Cáncer, donde Sirio emite sus rápidos fuegos y el círculo que hace alternar las estaciones contiene a Capricornio y a Cáncer, región bajo la cual se esconden las fuentes del Nilo, y cuando las ha herido verticalmente con su rayo el señor de las aguas, entonces el Nilo, desatado su manantial, emerge, obedeciendo las órdenes de aquél —tal como el Océano sube de nivel con los crecientes lunares— y no reduce su crecida hasta que la noche ha recuperado del sol las horas que perdió en el verano.

»Es una errónea creencia de los antiguos que las nieves de los etíopes son las que ayudan al Nilo a desbordarse sobre las campiñas [892]. Ni la Osa ni el bóreas aparecen por aquellas montañas. La prueba te la brindan el propio color de aquella gente, tostada por el sol, y los austros de calientes soplos. Además, toda cabece-

[888] Es decir, provoca las mareas. Tetis es el mar.

[889] Según Housman (*ad loc.*), que cita a Plinio, *Hist. Nat.* II 82, ni los vientos ni los rayos son atribuibles a Marte solo, sino en comandita con Júpiter y Saturno.

[890] Mercurio (véase n. 115).

[891] Housman, en su «Apéndice astronómico», ha comentado con detalle los vv. 210-218, señalando su difícil sintaxis y sus errores respecto a la fecha de las crecidas del Nilo, cuyo comienzo coloca el poeta, por una mala interpretación de un texto de su tío Séneca (*Cuestiones Naturales* IV 1, 2), en mitad del verano, en lugar de hacerlo poco después del solsticio.

[892] «Es la opinión de Anaxágoras» (Bourgery, *ad loc.*).

ra de río a la que precipita el deshielo, comienza a hincharse al llegar la primavera, con el inicio de la fusión de las nieves: el Nilo, en cambio, ni eleva el nivel de sus aguas antes de la aparición de los rayos del Can, ni encadena su corriente entre sus riberas antes de que Febo sea igual a la noche bajo el arbitrio de Libra [893]. De ahí que también ignore las leyes que rigen otras aguas: no se hincha en invierno, cuando, al retirarse lejos el sol, su onda no tiene un servicio propio que prestar [894]: cumpliendo órdenes de mitigar un clima agobiante, se sale de cauce en medio del verano, bajo la zona tórrida, y, para que el fuego no desintegre la tierra, el Nilo viene en ayuda del mundo y se hincha contra la boca llameante del León y, cuando Cáncer abrasa a Siene [895], a él sometida, acude a sus plegarias, y no deja las llanuras libres de sus aguas hasta que Febo declina hacia el otoño y Méroe alarga sus sombras. ¿Quién podría explicar las causas del fenómeno? Así decidió la madre naturaleza que se desbordara el Nilo, y así lo necesita el mundo. También erróneamente la Antigüedad atribuyó estas inundaciones a los céfiros —que soplan en épocas determinadas, día tras día, y ejercen un largo dominio sobre la atmósfera—, bien porque [896] expulsan las nubes del cielo occidental hasta más allá del noto y obligan a las lluvias a caer sobre el río, bien porque [897] baten con incesantes oleadas las aguas del Nilo, cuando irrumpe por tantas bocas en el litoral, y lo obligan a detenerse: él, entonces, con el estancamiento de su curso y la barrera del mar

[893] Es decir, en el equinoccio de otoño.

[894] Porque las tierras, con la humedad del invierno, no la necesitan.

[895] Véase n. 201.

[896] «Hipótesis de Demócrito» (Bourgery, *ad loc.*).

[897] «Hipótesis de la acción de los vientos etesios (que soplan del Norte, mientras que los céfiros son vientos del Oeste); es la opinión de Tales» (Bourgery, *ad loc.*).

que tiene enfrente, se desborda hacia las llanuras. Hay quienes piensan [898] que existen respiraderos bajo la tierra y grandes aberturas en su hueca armazón. Por allí, bien honda y en invisibles idas y venidas, circula el agua, reclamada desde la fría zona del norte hacia el ecuador, cuando Febo cae verticalmente sobre Méroe y la tierra abrasada empuja hacia allá las aguas; el Ganges y el Po son arrastrados allí a través de misteriosos conductos de la tierra: entonces el Nilo, vomitando todos los ríos por una sola fuente, los lleva hasta el final por más de un brazo. Existe también la opinión [899] de que el Nilo irrumpe con violencia por obra de un lejano desbordamiento del Océano, que ciñe las tierras todas, y que en su largo recorrido va dulcificando el sabor a sales marinas. Incluso se ha llegado a creer que Febo y el cielo se alimentan en el Océano: el sol, cuando ha alcanzado las pinzas del ardiente Cangrejo, succiona el Océano y se lleva hacia arriba más agua de la que la atmósfera puede asimilar; este sobrante lo devuelven las noches y lo derraman sobre el Nilo. Yo, por mi parte, si me asiste el derecho, César, de solventar tan enconada disputa, sostengo la opinión de que algunas aguas, muchos siglos después de la creación del mundo, brotan de golpe al ser sacudidas las venas de la tierra [900], sin ninguna intervención divina; pero algunas otras, en el momento mismo de la formación del globo, comenzaron a existir con el conjunto, y éstas son las que aquel creador y artífice del universo tiene sometidas a un régimen determinado [901].

»El deseo que tú tienes, romano, de conocer el Nilo, también lo tuvieron los tiranos de Faros, de Persia y de Macedonia, y no hay época que no haya querido

[898] «Hipótesis de Enópido» (Bourgery, *ad loc.*).

[899] «La de Eutimeno: Sén., *N.Q.* IV 2, 21-24» (Bourgery, *ad loc.*).

[900] Por los terremotos.

[901] De estas últimas es el Nilo, con crecidas a fecha fija.

transferir a la posteridad tal conocimiento; pero sigue triunfando la naturaleza de este misterio. El más grande de los reyes, Alejandro, al que Menfis rinde culto, tuvo celos del secreto del Nilo y envió por los confines de la tierra de los etíopes un grupo de hombres seleccionados: los detuvo el enrojecido paraje de la zona tórrida; llegaron a ver el Nilo recalentado[902]. Se dirigió Sesostris[903] a Occidente hasta la extremidad del mundo y paseó sus carros de Faros sobre nucas de reyes; sin embargo, bebió de vuestros ríos, el Ródano y el Po, antes que del Nilo en su fuente. El vesánico Cambises[904] penetró en Oriente hasta los pueblos de los longevos: falto de víveres y obligado a alimentarse matando a los suyos, volvió, Nilo, sin haberte conocido. Ni siquiera la fábula mentirosa ha osado hablar de tu fuente. Dondequiera que se te ve, se te investiga, mas a ningún pueblo le alcanza la gloria de ser famoso por tener la propiedad del Nilo. Voy a revelar tus corrientes, en la medida en que el dios que oculta tus aguas, Nilo, me ha permitido conocerte. Brotas de la zona ecuatorial; osando alzar tu lecho contra el ardiente Cáncer, vas con tus aguas directo hacia el bóreas y el centro del Boyero[905] (tu curso se tuerce en meandros hacia occidente y hacia oriente, ora favoreciendo a los pueblos de Arabia, ora a los arenales de Libia)[906]; los primeros en verte son los seres, pero también ellos buscan tu origen; embistes luego las llanuras de los etíopes con un caudal ajeno, y el orbe no sabe con cuál de las tierras está en deuda por ti. La naturaleza no ha revelado a nadie tu misteriosa cabecera, ni se les ha permitido a los pueblos verte, Nilo, en tus primeros pasos; ha ocultado tus sinuosos rincones y preferido que las gentes se maravillen de tu nacimiento a que lo conozcan. Tienes el privilegio de elevar tu nivel en pleno solsticio, engrosar tu caudal fuera de la época de lluvias y acarrear tu propio invierno[907], y sólo a ti se te ha concedido pasearte por ambos hemisferios: en uno se busca tu nacimiento, en el otro, el final de tu curso. Con una ancha bifurcación de tu caudal abrazas a Méroe[908], fértil para sus negros colonos, rica en follajes de ébano, la cual, pese a la frondosidad de sus muchos árboles, con ninguna sombra consigue mitigar el ardor del estío: tan perpendicularmente golpea al León la línea trazada desde aquella zona del mundo. Desde allí atraviesas las regiones de Febo[909] sin sufrir pérdida en tus aguas y recorres largo tiempo estériles arenas, ora congregando todas tus fuerzas en una sola avenida, ora errático y desbordando tu ribera que fácilmente cede a tu presión. De nuevo tu cauce indolente reclama las desperdigadas aguas allí donde File[910], barrera del reino, separa los campos egipcios de los pueblos de Arabia. Luego, cuando cruzas los desiertos por donde el tráfico comercial une nuestro mar con el Mar Rojo, avanzas deslizándote suavemente. ¿Quién, al verte fluir tan manso, imaginaría, Nilo, que vas a movilizar todas las iras de tu

902 Pero no alcanzaron sus fuentes, se entiende.

903 Se trata de Ramsés II, «el Grande», que extendió su reino desde el Mediterráneo hasta el Indo; pero es exagerado decir que llegó al Ródano y al Po.

904 Rey de los persas, hijo de Ciro. Anexionó a su imperio el reino de Egipto. Los «longevos» son seguramente los etíopes, a los que HERÓDOTO llama «macrobios» (III 17).

905 Según HOUSMAN (*ad loc.*), el poeta ha puesto aquí el Boyero (*Arctophýlax* en griego) en lugar de la Osa (*Árcton* en griego).

906 Propiamente no es el Nilo, sino el Mar Rojo, el que separaba Arabia de Egipto. Y los seres o chinos están muy lejos del Nilo.

907 A diferencia de los otros ríos, el Nilo incrementa sus aguas en verano, por lo que, en esa época, se fabrica su propio invierno, desbordándose.

908 Véase n. 882.

909 La zona tórrida.

910 Pequeña isla que señala, en tiempos de los Ptolomeos, la frontera sur de Egipto.

violenta corriente? Pero, cuando se apoderan de tu curso abruptos cañones y desplomadas cataratas, y te indignas de que unos riscos obstaculicen el paso de tus aguas que en ninguna otra parte hallaron estorbos, entonces amenazas a los astros con tu espuma, todo lo llena la brama de tus ondas y con gran estruendo de la montaña empieza a blanquear en unas olas forzadas la corriente espumeante. A continuación, siente el choque de tus primeras oleadas la dura tierra que nuestra venerable tradición llama Abatos[911], y los escollos, a los que pareció bien llamar 'venas del río', porque son los primeros en dar señales claras de una nueva crecida. Seguidamente, la naturaleza rodeó de montañas tus aguas errantes, para negarle a Libia, Nilo, tu paso; entre ellas, por una profunda hondonada, avanza silenciosa tu corriente, recobrado ya su natural sosiego. Menfis es la primera en ofrecerte llanuras y abiertas campiñas e impide así que unas riberas pongan límite a tus desbordamientos.»

De este modo pasaron una larga media noche, despreocupados, como en una situación de paz y tranquilidad. Pero la mente vesánica de Potino, manchada ya una vez con un asesinato execrable, no paraba de maquinar crímenes; después de haber dado muerte al Magno, piensa él que ya no existe nada abominable; moran en su pecho los manes de aquél, y las diosas de la venganza alientan su locura para nuevas monstruosidades. Considera a unas viles diestras dignas también de esa sangre con la que la Fortuna proyecta rociar a los senadores vencidos[912], y el castigo por la guerra civil, que es a un tiempo la venganza del senado, a punto estuvo de ser obra de un sirviente. Alejad, destinos, la afrenta de que esta cerviz sea cortada sin estar allí Bruto.

911 Significa, en griego, «lugar inaccesible».

912 La sangre de César, que será asesinado en la Curia por estos senadores vencidos.

En un crimen de Faros se convierte así el castigo del tirano de Roma, y se pierde su ejemplaridad. Urde aquél, en su audacia, proyectos que malograrán los hados, pues no procura fiar el éxito de su asesinato a una secreta emboscada, sino que ataca en lucha abierta al general invicto. Tanto coraje le infundían sus delitos, que determinó asestar un golpe al cuello de César y que tu suegro, Magno, fuera a hacerte compañía; encarga, pues, a unos fieles servidores que transmitan estas palabras a su cómplice en el asesinato de Pompeyo, Aquilas, a quien el nada belicoso adolescente había dado el mando de todas sus tropas y, sin reservarse para él ninguna autoridad, le había entregado el poder del hierro contra todos y, a la vez, contra el propio rey: «Tú —le dice—, en un momento como el presente, acuéstate en mullidos lechos y duerme sueños largos y abotargantes: Cleopatra se ha apoderado del palacio, y Faros no sólo ha sido entregada traidoramente, sino regalada después[913]. ¿Tú eres el único que no te apresuras en correr hacia el tálamo de tu soberana? Se desposa la hermana impía con su hermano —pues con el general latino se ha desposado ya— y, yendo de un marido a otro, es dueña de Egipto y hace méritos para serlo de Roma. Cleopatra ha sido capaz de conquistar a un viejo con sus hechizos[914]: como para poner, desdichado, tu confianza en un niño; tras una sola noche de acoplamiento, cuando, sometido una sola vez a los abrazos de su pecho incestuoso, haya él gustado so pretexto de afección fraternal su obsceno amor, le regalará mi persona y tu cabeza, tal vez cada una por un beso. En la cruz y en la hoguera pagaremos la hermosura que haya desplegado su hermana. En ninguna parte nos queda ayu-

913 Entregada por Cleopatra a César y regalada luego por éste a aquélla.

914 César, que contaba entonces 52 años, pero era viejo con respecto a Cleopatra, que no tenía más de 20.

da: de un lado, el rey, su esposo; del otro, César, su amante. Y, a decir verdad, somos culpables ante tan riguroso juez: ¿a cuál de nosotros que hemos respetado su castidad cree Cleopatra inocente? Por el crimen que hemos cometido juntos y que de nada nos ha servido[915], por la alianza remachada con la sangre del Magno, apresúrate; emprende la lucha con un súbito alzamiento, ataca rápido; interrumpamos con la muerte su noche de bodas e inmolemos a nuestra cruel soberana en su propio lecho con cualquiera de sus dos maridos. Y no nos espante de nuestros osados propósitos la buena estrella del general hesperio, que lo ha encumbrado y puesto al frente del universo: su gloria la comparte con nosotros, también a nosotros nos ha enaltecido el Magno[916]. Mira el litoral, estímulo de nuestro crimen; pregunta a las olas ensangrentadas cuál es nuestro poder, y mira el túmulo de Pompeyo, que no es más que un puñado de polvo y no alberga todos sus miembros[917]. Pues bien, el que te da miedo era su igual. No somos ilustres por el linaje (¿qué importa?) ni manejamos los recursos de los pueblos ni a sus reyes; pero tenemos un gran porvenir en el crimen. A estos personajes la Fortuna los ha traído a nuestras manos: fíjate, llega la otra víctima, aún más afamada. Aplaquemos con un segundo asesinato a las gentes de Hesperia: el tajo a la garganta de César puede reportarme el que el pueblo romano tome cariño a los culpables del asesinato de Pompeyo. ¿Por qué atemorizarnos de un renombre tan grande y de las fuerzas del general, si él, estando ahora sin ellas[918], será un simple soldado? Esta noche pondrá fin a la guerra civil, ofrecerá un sacrificio a los manes de los pueblos y enviará a las sombras la cabeza que todavía se le debe al mundo. Avanzad feroces contra la garganta de César; presten este servicio los soldados de Lago a su rey; los romanos[919], a sí mismos. Tú ahórrate las demoras. Lo encontrarás repleto de manjares, empapado de vino y presto a los placeres de Venus: ¡demuestra tu arrojo!, los celestes pondrán en tu haber los votos tantas veces formulados por los Catones y los Brutos.» Aquilas se apresura a obedecer la incitación al crimen, pero, al levantar el campamento, no dio las llamativas señales de costumbre ni delató sus armas con el toque de ninguna trompeta: atrapa a la carrera todos los pertrechos para una guerra sanguinaria. La mayor parte de su soldadesca provenía de la plebe latina, pero tan profundo olvido se había apoderado de sus almas, al corromperse la tropa entre las costumbres extranjeras, que allá iban acatando la jefatura de un sirviente y las órdenes de un satélite, ellos, para quienes sería infamante obedecer al propio tirano de Faros. No hay lealtad alguna ni sentido del deber en los hombres que andan de un campamento a otro; sus manos se venden al mejor postor; la buena causa está allí donde esté la paga inmediata: sirven por un parvo estipendio, y no son ellos los que se benefician al atacar la garganta de César[920]. ¡Vaya ley divina! ¿Dónde no ha encontrado guerras civiles el sino lastimoso de nuestro imperio? La tropa que no intervino en Tesalia desahoga a orillas del Nilo su furia, según la costumbre nacional. ¿Qué más habría podido osar, Magno, la corte de Lago, en el caso de haberte acogido?

915 Porque César se ha indignado con ellos, en lugar de agradecérselo.

916 En efecto, si la gloria de César es haber vencido a Pompeyo, la de ellos es haberlo matado.

917 Pues le falta la cabeza, cortada.

918 Pues al banquete ha debido asistir con una reducida escolta.

919 Se refiere a los soldados romanos que servían en el ejército egipcio de Ptolomeo.

920 Los beneficiados son los egipcios. Lucano lanza aquí un duro ataque contra los mercenarios, soldados sin ideales ni patriotismo, que militan donde mejor se les paga.

Está claro que cada diestra paga su deuda a los dioses, y que a ningún romano se le permite escapar a esta ley. De este modo plugo a los dioses desgarrar el cuerpo del Lacio: los pueblos no están divididos a favor del suegro y del yerno; es un satélite el que pone en marcha la guerra civil. Aquilas ha usurpado el papel de un romano y, si los destinos no apartan sus manos de la sangre de César, ese bando será el vencedor. Ya uno y otro estaban a tiempo en su puesto: el palacio, enfrascado en el banquete, estaba abierto a todo tipo de emboscadas, y era posible que la sangre de César se derramara en las copas de los reyes y que su cerviz cayera sobre la mesa. Pero temen las agitadas turbulencias de una lucha nocturna, no vaya a ser que la matanza, en la confusión del cuerpo a cuerpo y dejada al azar, te arrastre a ti, Ptolomeo[921]. Tan gran confianza les inspira su hierro, que no se dieron prisa en ejecutar su crimen; desdeñaron la oportunidad de coronar su obra; a aquellos esclavos les pareció una pérdida reparable la de dejar pasar aquella ocasión de inmolar a César. Se le reserva para sufrir el castigo en pleno día; se le hizo al general el regalo de una noche, y César, por donación de Potino, vivió con una prórroga hasta la salida del sol.

El lucero de la mañana asomó desde las rocas del monte Casio[922] y envió sobre Egipto la luz del día, que allí calienta incluso con los primeros rayos del sol, cuando se divisa a lo lejos, desde los muros, una formación no desperdigada en manípulos ni a la deriva, sino que avanza con un frente rectilíneo, como contra unos enemigos en orden de combate: se precipitan resueltos a sufrir y a practicar la lucha cuerpo a cuerpo. Por su parte, César, no fiándose de las murallas de la ciudad,

[921] Contradicción con lo afirmado en el v. 375, en que Potino animaba a Aquilas a asesinar a Cleopatra «con cualquiera de sus dos maridos».

[922] Véase n. 750.

se protege detrás de las puertas del palacio, consintiendo aquel deshonroso escondrijo. Pero no toda la mansión real estaba a disposición del sitiado: había concentrado sus fuerzas en una parte muy pequeña del edificio. Embargan su ánimo iras y temores: teme los asaltos y se indigna de temerlos. Así ruge la noble fiera encerrada en una pequeña jaula y quiebra sus rabiosos dientes mordiendo los barrotes de su prisión; y no de otro modo se enfurecería tu llama en las cavernas de Sicilia, si alguien te obstruyera, Múlciber[923], la boca del Etna. El osado que hace poco, al pie de las rocas del Hemo en Tesalia, frente a todos los próceres de Hesperia, al ejército del senado y a su general Pompeyo, y aunque su causa le impedía albergar esperanzas[924], no tuvo miedo, sino que se prometió el apoyo injusto del destino, siente ahora pavor ante la acción impía de unos esclavos, y en el interior de una casa se le viene encima una lluvia de proyectiles. Éste, a quien no había atropellado el alano[925], ni el escita, ni el moro que juega a asaetear a su huésped; éste, a quien no basta la amplitud del orbe romano, y que consideraría un exiguo reino el que uniera a los indios con la tiria Cádiz[926], ahora, como un niño indefenso o una mujer cuando ya han sido tomados los muros, busca los rincones protegidos de la mansión; pone la esperanza de salvar su vida en que esté cerrada una puerta; recorre a la deriva los atrios sin rumbo fijo, pero no sin el rey, al que lleva consigo a todas partes, dispuesto a descargar en él el castigo y a obtener una consoladora

[923] Apelativo eufemístico («el ablandador») para designar a Vulcano, el dios del fuego que tenía sus fraguas en los volcanes; de ahí la alusión al Etna.

[924] Porque, al ser una causa injusta, según el poeta, no podía esperar la ayuda de los dioses.

[925] Véase n. 685.

[926] Es decir, el que abarcara el mundo entero, de Oriente a Occidente.

71. — 28*

expiación en caso de muerte, y, si llegaran a faltarle dardos y teas, decidido a disparar contra tus servidores, Ptolomeo, tu cabeza. Así se cree que la bárbara de Cólquida [927], temiendo al vengador de su patria y de su huida, esperaba a su padre teniendo a punto su espada y a la vez el cuello de su hermano. Sin embargo, el peligro extremo de la situación obliga al jefe a tantear las posibilidades de paz, y fue enviado un satélite del rey para, con un mensaje del tirano ausente, reconvenir a los crueles servidores, a ver quién era el responsable de haber entablado la lucha. Pero de nada valió ni el derecho universal ni los acuerdos inviolables en todos los pueblos: el portavoz del rey y negociador de la paz da la medida de lo que hay que cargar en la cuenta de tus crímenes, Egipto culpable de tantas monstruosidades. Ni la tierra de Tesalia y los vastos dominios de Juba, ni el Ponto, las impías enseñas de Farnaces [928] y el territorio ceñido por la corriente del gélido Ebro [929], ni la bárbara Sirtes se atrevieron a tales crímenes como los que has cometido tú, tierra de molicies. Arrecia la lucha por todas partes, y caen ya los proyectiles dentro del palacio y cuartean las estancias. No hay ariete, que de un solo golpe habría hecho saltar las puertas y desportillado el edificio, no hay máquina alguna de guerra, ni se confía la operación a las llamas; sino que una soldadesca ciega e irreflexiva rodea por pelotones el vasto recinto, y en ningún lugar se lanza al asalto la columna con la totalidad de sus fuerzas. Lo impiden los hados, y la Fortuna hace las veces de muro protector.

[927] Medea, que huyó con Jasón, perseguida por su padre Eetes, y, habiéndose llevado consigo a su hermano Apsirto, lo mató y despedazó, esparciendo sus restos por el mar, para que su padre se entretuviera recogiéndolos (como así fue, en efecto) y cesara en su persecución.

[928] Impías porque se sublevó contra su padre, Mitrídates.

[929] Parece referirse, no al Ebro español, sino al río oriental del mismo nombre, en la zona del Cáucaso.

Igualmente se ataca el palacio con embarcaciones por el lugar en que, sobre un audaz dique, se adentra en medio de las olas la suntuosa mansión. Pero César está presente en todas partes como defensor: estos accesos los neutraliza con la espada, aquéllos, con el fuego, y, sitiado —¡tan grande es la firmeza de su alma!—, realiza las operaciones propias de un asaltante. Ordena que se lancen antorchas bañadas en viscosa pez contra las velas de los bajeles pegados unos a otros; y no iba lento el fuego a lo largo de los nudos de estopa y del entablado chorreante de cera, y a un mismo tiempo ardieron los bancos de los remeros y los altos cordeles de la verga [930]. Ya se van hundiendo en las aguas los navíos casi a medio quemar, y ya flotan enemigos y dardos. Y no se abatió el incendio únicamente sobre las naves, sino que los edificios que estaban próximos al mar apresaron el fuego al alargarse las fogaradas, los notos fomentaron el desastre, y la llama, ante los embates del torbellino, se propagó de casa en casa con igual rapidez que suele deslizarse, dejando una estela celeste, el meteoro, que carece de materia inflamable y arde al solo contacto con la atmósfera. Aquella calamidad retiró por breve tiempo del palacio sitiado a la multitud de asaltantes para ir en ayuda de la ciudad [931]. Y esos momentos de tragedia no los desperdició César en el sueño, sino que en la oscuridad de la noche saltó sobre los bajeles —siempre había hecho un uso afortunado de la celeridad en el curso de la guerra— y, cogiendo al vuelo la ocasión, se apoderó ahora de Faros, llave del piélago. Antaño, en tiempos del adivino Proteo [932], se

[930] Es decir, lo de abajo y lo de arriba, todo ardió de una vez.

[931] En este incendio ardió la célebre biblioteca de Alejandría, que albergaba 700.000 volúmenes.

[932] Viejo dios marino, que habitaba la isla de Faros, tenía el don de la adivinación y el de asumir diversas formas de animales y de elementos, como el agua, el fuego o el aire.

elevaba ésta como una isla en pleno mar; ahora, en cambio, está muy cerca de las murallas de Alejandría[933]. Ella prestó al general un doble servicio en la guerra: César privó al enemigo de sus salidas y de las bocas de paso al mar y aseguró a sus asistencias los accesos y las libres entradas del ponto. A continuación, no aplazó para más adelante el castigo de Potino[934]. Pero no se dejó llevar por la cólera debida, pues no lo hizo morir ni en la cruz, ni en las llamas, ni entre los colmillos de las fieras: [¡qué pena de ejecución!, quedó colgando el cuello, mal cortado por la espada][935]; murió con la muerte del Magno.

Por su parte, sustraída gracias a las argucias preparadas por su sirviente Ganimedes, llegó hasta los enemigos de César Arsínoe[936]; ésta, en calidad de hija de Lago, toma el mando del campamento que carece de rey y atraviesa con espada justiciera a Aquilas, el terrible lacayo del tirano. Es ya, Magno, la segunda víctima que se ofrece a tus sombras; mas la Fortuna no piensa que esto sea suficiente. ¡Lejos de ti la idea de que esto constituya la totalidad de tu venganza! Ni el propio tirano ni la corte entera de Lago basta para la expiación: hasta que penetren en las entrañas de César las espadas de

[933] «Después de la construcción del famoso dique llamado *heptastadion*, que, empezado ya por Alejandro y terminado por los Ptolomeos, convirtió la antigua isla en un suburbio portuario de la ciudad» (MARINER, *ad loc.*)

[934] Lucano no ha especificado cuándo lo hizo prisionero.

[935] Verso que HOUSMAN (*ad loc.*) considera interpolado, porque Pompeyo no murió por decapitación (la cabeza se la cortaron después de muerto), sino por apuñalamiento.

[936] Hermana menor de Cleopatra. Sobre ella y su ayo Ganimedes, comentan las *Adnotationes*: «Era hermana de Ptolomeo; un tal Ganimedes, eunuco muy apreciado por la joven, la condujo al campamento de Aquilas; por orden suya, Aquilas fue ejecutado y Ganimedes puesto al frente del ejército. Más tarde, una vez vencidos los egipcios, César la hizo desfilar en su triunfo, como recuerda Livio en el libro cuarto de la guerra civil.»

sus compatriotas, Magno estará sin vengar. Pero, con la eliminación del responsable del desatino, no decayó la rabia; pues de nuevo se arrojan a las armas bajo los auspicios de Ganimedes y riñen muchos combates con el favor de Marte. Por el extremo peligro que corrió César, pudo aquel día único entrar en la fama para siempre.

Con las armas de los suyos apretujadas en el exiguo espacio del dique, el general latino, mientras se apresta a trasladar la lucha a las naves vacías, se encuentra de repente cercado por todo el formidable aparato de la guerra: de un lado, navíos en cerrada formación festonean el litoral; del otro, la infantería carga al asalto por su espalda. Ningún camino de salvación, ni la huida, ni la bravura; incluso apenas la esperanza de una muerte honrosa. No hacía falta entonces vencer a César poniendo a su ejército en desbandada ni acumulando una gran carnicería, sino sin una gota de sangre. Acorralado por la naturaleza de su posición, pende de un hilo; dudoso como estaba entre temer o desear la muerte, divisó entre su apretada columna a Esceva, que había merecido ya el renombre de una fama inmortal en tus llanuras, Epidamno[937], cuando él solo, ante la brecha abierta en los muros, tuvo asediado al Magno que pisaba ya la línea de fortificaciones[938].

[937] El otro nombre de Durazzo. El heroísmo de Esceva fue cantado por el poeta en VI 138-262. Aunque algunos se extrañan de que Esceva sobreviviera a sus heridas, de hecho Lucano no dice que muriera, ni tampoco CÉSAR (*Guerra civil* III 53).

[938] Sobre la brusca interrupción del poema, no acabado, véase la Introducción.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL